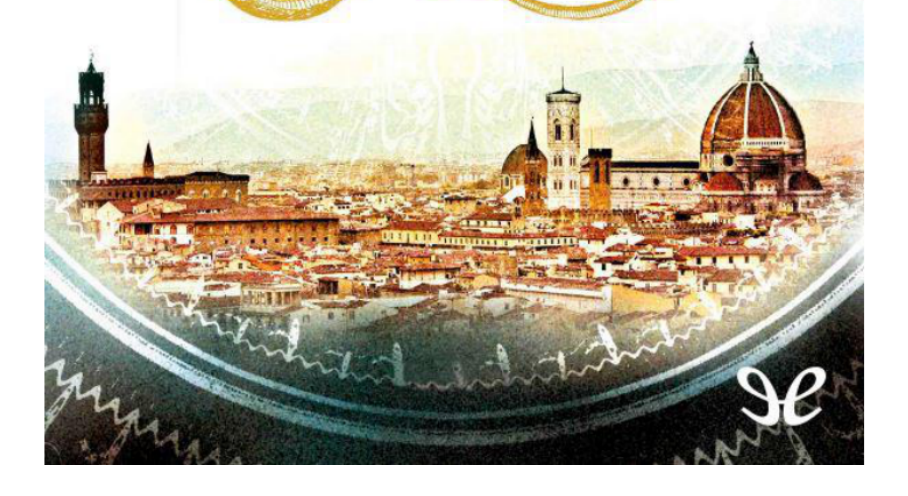
Por el autor de *El código Da Vinci*

DAN BROWN

INFERNO



En el corazón de Italia, el catedrático de Simbología de Harvard Robert Langdon se ve arrastrado a un mundo terrorífico centrado en una de las obras maestras de la Literatura más imperecederas y misteriosas de la Historia: el «Infierno» de Dante.

Con este telón de fondo, Langdon se enfrenta a un adversario escalofriante y lidia con un acertijo ingenioso en un escenario de arte clásico, pasadizos secretos y ciencia futurista. Apoyándose en el oscuro poema épico de Dante, Langdon, en una carrera contrarreloj, busca respuestas y personas de confianza antes de que el mundo cambie irrevocablemente.



Dan Brown

Inferno

Robert Langdon - 4

ePub r2.3
Titivillus 07.10.2021

Título original: *Inferno*
Dan Brown, 2013
Traducción: Aleix Montoto

Editor digital: Titivillus
Primer editor: libra
ePub base r2.1





Para mis padres

Los lugares más oscuros del infierno están reservados para aquellos que mantienen su neutralidad en épocas de crisis moral.

LOS HECHOS

Todas las obras de arte, la literatura, la ciencia y las referencias históricas que aparecen en esta novela son reales.

El Consorcio es una organización privada con oficinas en siete países. El nombre ha sido cambiado por cuestiones de seguridad y de privacidad.

Inferno es el averno tal y como se describe en la *Divina Comedia*, el poema épico de Dante Alighieri, que retrata el infierno como un reino altamente estructurado y poblado por entidades conocidas como «sombras», almas sin cuerpo atrapadas entre la vida y la muerte.



PRÓLOGO

Yo soy la Sombra.

A través de la ciudad doliente, huyo.

A través de la desdicha eterna, me fugo.

Por la orilla del río Arno, avanzo con dificultad, casi sin aliento… tuerzo a la izquierda por la via dei Castellani y enfilo hacia el norte, escondido bajo las sombras de los Uffizi.

Pero siguen detrás de mí.

Sus pasos se oyen cada vez más fuertes, me persiguen con implacable determinación.

Hace años que me acosan. Su persistencia me ha mantenido en la clandestinidad…, obligándome a vivir en un purgatorio…, a trabajar bajo tierra cual monstruo ctónico.

Yo soy la Sombra.

Ahora, en la superficie, levanto la vista hacia el norte, pero soy incapaz de encontrar un camino que me lleve directo a la salvación…, pues los Apeninos me impiden ver las primeras luces del amanecer.

Paso por detrás del *palazzo* con su torre almenada y su reloj con una sola aguja…; me abro paso entre los primeros vendedores de la piazza di San Firenze, con sus roncas voces y su aliento a *lampredotto* y a aceitunas al horno. Tras pasar por delante del Bargello, me dirijo hacia el oeste en dirección a la torre de la Badia y llego a la verja de hierro que hay en la base de la escalera.

Aquí ya no hay lugar para las dudas.

Abro la puerta y me adentro en el corredor a partir del cual —lo sé— ya no hay vuelta atrás. Obligo a mis pesadas piernas a subir la estrecha escalera… cuya espiral asciende en suaves escalones de mármol, gastados y llenos de hoyos.

Las voces resuenan en los pisos inferiores. Implorantes.

Siguen detrás de mí, implacables, cada vez más cerca.

No comprenden lo que va a tener lugar… ¡Ni lo que he hecho por ellos!

¡Tierra ingrata!

Mientras voy subiendo, acuden a mi mente las visiones…, los cuerpos lujuriosos retorciéndose bajo la tempestad, las almas glotonas flotando en excrementos, los villanos traidores congelados en la helada garra de Satán.

Asciendo los últimos escalones y llego a lo alto. Tambaleándome y medio muerto, salgo al aire húmedo de la mañana. Corro hacia la muralla, que me llega a la altura de la cabeza, y miro por sus aberturas. Abajo veo la bienaventurada ciudad que he convertido en mi santuario frente a aquellos que me han exiliado.

Las voces gritan, están cada vez más cerca.

—¡Lo que has hecho es una locura!

La locura engendra locura.

—¡Por el amor de Dios! —exclaman—, ¡dinos dónde lo has escondido!

Precisamente por el amor de Dios, no lo haré.

Estoy acorralado, tengo la espalda pegada a la fría piedra. Miran en lo más hondo de mis ojos verdes y sus expresiones se oscurecen. Ya no son aduladoras, sino amenazantes.

—Sabes que tenemos nuestros métodos. Podemos obligarte a que nos digas dónde está.

Por eso he ascendido a medio camino del cielo.

De repente me doy la vuelta, extiendo los brazos y me encaramo a la cornisa alta con los dedos, y me alzo sobre ella primero de rodillas y finalmente de pie, inestable ante el precipicio. *Guíame, querido Virgilio, a través del vacío*.

Sin dar crédito, corren hacia mí e intentan agarrarme de los pies, pero temen que pierda el equilibrio y me caiga. Ahora suplican con desesperación contenida, pero les he dado la espalda. *Sé lo que debo hacer*.

A mis pies, vertiginosamente lejos, los tejados rojos se extienden como un mar de fuego… iluminando la tierra por la que antaño deambulaban los gigantes: Giotto, Donatello, Brunelleschi, Miguel Ángel, Botticelli.

Acerco los pies al borde.

—¡Baja! —gritan—. ¡No es demasiado tarde!

¡Oh, ignorantes obstinados! ¿Es que no ven el futuro? ¿No comprenden el esplendor de mi creación?, ¿su necesidad?

Con gusto haré este sacrificio final…, y con él extinguiré su última esperanza de encontrar lo que buscan.

Nunca lo encontrarán a tiempo.

A cientos de metros bajo mis pies, la *piazza* adoquinada me atrae como un plácido oasis. Me gustaría disponer de más tiempo…, pero ese es el único bien que ni siquiera mi vasta fortuna puede conseguir.

En estos últimos segundos distingo en la *piazza* una mirada que me sobresalta.

Veo tu rostro.

Me miras desde las sombras. Tus ojos están tristes y, sin embargo, en ellos también advierto admiración por lo que he logrado. Comprendes que no tengo alternativa. Por amor a la humanidad, debo proteger mi obra maestra.

Que incluso ahora sigue creciendo…, a la espera…, bajo las aguas teñidas de rojo sangre de la laguna que no refleja las estrellas.

Finalmente, levanto la mirada y contemplo el horizonte. Por encima de este atribulado mundo hago mi última súplica.

Querido Dios, rezo para que el mundo recuerde mi nombre, no como el de un pecador monstruoso, sino como el del glorioso salvador que sabes que en verdad soy. Rezo para que la humanidad comprenda el legado que dejo tras de mí.

Mi legado es el futuro.

Mi legado es la salvación.

Mi legado es el Inferno.

Tras lo cual, musito mi amén… y doy mi último paso hacia el abismo.

1

Los recuerdos comenzaron a tomar forma lentamente..., como burbujas emergiendo a la superficie desde la oscuridad de un pozo sin fondo.

«Una mujer cubierta con un velo».

Robert Langdon la contemplaba desde el otro lado de un río cuyas turbulentas aguas estaban teñidas de sangre. En la orilla opuesta, la mujer permanecía de pie, inmóvil, solemne y con el rostro oculto por un velo. En la mano sostenía una cinta *tainia* que alzó en honor al mar de cadáveres que había a sus pies. El olor a muerte se extendía por todas partes.

«Busca —susurró la mujer—. Y hallarás».

Langdon escuchó las palabras como si las hubieran pronunciado en el interior de su cabeza.

—¡¿Quién eres?! —exclamó, pero su boca no emitió sonido alguno.

«El tiempo se está agotando —susurró ella—. Busca y hallarás».

Langdon dio un paso hacia el río pero advirtió que, además de estar teñidas de sangre, sus aguas eran demasiado profundas. Cuando volvió a alzar la mirada, los cuerpos que había a los pies de la mujer se habían multiplicado. Ahora había cientos, miles quizá. Algunos todavía estaban vivos y se retorcían agonizantes mientras sufrían muertes terribles e impensables... Consumidos por el fuego, enterrados en heces, devorándose los unos a los otros. Desde la otra orilla del río, Langdon podía oír sus angustiados gritos de sufrimiento.

La mujer dio un paso hacia él y extendió sus delgadas manos como si le pidiera ayuda.

—¡¿Quién eres?! —volvió a gritar Langdon.

A modo de respuesta, la mujer fue retirando poco a poco el velo de su rostro. Era increíblemente hermosa y, sin embargo, también

mayor de lo que él había imaginado. Debía de tener más de sesenta años, pero su aspecto era majestuoso y fuerte, como el de una estatua atemporal. Tenía una mandíbula poderosa, unos ojos profundos y conmovedores, y un cabello largo y plateado cuyos rizos le caían sobre los hombros. De su cuello colgaba un amuleto de lapislázuli con una serpiente enroscada alrededor de un bastón.

Langdon tuvo la sensación de que la conocía…, y de que confiaba en ella. «Pero ¿cómo?, ¿por qué?».

Ella le señaló unas piernas que salían de la tierra y que pertenecían a algún pobre desgraciado que había sido enterrado boca abajo hasta la cintura. En el pálido muslo del hombre se podía ver una letra escrita con barro: «R».

«¿Erre? —pensó Langdon, confundido—. De… ¿Robert?».

—Ese soy… ¿yo?

El rostro de la mujer permaneció impasible. «Busca y hallarás», repitió.

De repente, comenzó a irradiar una luz blanca…, cada vez más y más brillante. Todo su cuerpo comenzó a vibrar intensamente hasta que, con el rugido de un trueno, estalló en mil astillas de luz.

Langdon se despertó de golpe, gritando.

Estaba en una habitación que tenía la luz encendida. Solo. Olía a alcohol medicinal y, en algún lugar, una máquina emitía un sonido que se acompasaba al ritmo de su corazón. Intentó mover el brazo derecho, pero un dolor punzante se lo impidió. Bajó la mirada y descubrió que una vía intravenosa colgaba de su antebrazo.

Se le aceleró el pulso, y el sonido de las máquinas también se avivó.

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?».

Langdon sentía un dolor intenso y palpitante en la parte posterior de la cabeza. Con cuidado, levantó el brazo libre y se tocó el cuero cabelludo para intentar localizar su origen.

Bajo el pelo apelmazado notó las protuberancias de una docena o más de puntos recubiertos de sangre seca.

Cerró los ojos e intentó recordar el accidente.

Nada. Completamente en blanco.

«Piensa».

Solo oscuridad.

Un hombre ataviado con un traje quirúrgico entró

apresuradamente, alertado por la aceleración del monitor cardíaco de Langdon. Lucía una barba y un bigote hirsutos y espesos y, bajo unas cejas igualmente pobladas, sus amables ojos irradiaban una reflexiva calma.

—¿Qué… ha sucedido? —preguntó Langdon—. ¿He sufrido un accidente?

El hombre de la barba se llevó un dedo a los labios indicándole que no hablara y volvió a salir de la habitación para avisar a alguien que se encontraba en el pasillo.

Langdon volvió la cabeza, pero ese movimiento le provocó una punzada de dolor que se extendió por todo el cráneo. Respiró hondo varias veces y esperó a que pasara. Luego, metódicamente y con mucho cuidado, inspeccionó la estéril habitación de hospital.

Solo había una cama. Ninguna flor. Ninguna tarjeta. Langdon vio su ropa sobre un mostrador cercano, doblada en el interior de una bolsa de plástico transparente. Estaba cubierta de sangre.

«Dios mío. Debe de haber sido grave».

Langdon volvió la cabeza lentamente hacia la ventana que había junto a la cama. El exterior estaba oscuro. Era de noche. Lo único que podía ver en el cristal era su propio reflejo: un desconocido demacrado, pálido y fatigado, cubierto de tubos y cables y rodeado de instrumental médico.

Oyó unas voces en el pasillo y se volvió hacia la puerta. El médico entró acompañado de una mujer.

Debía de tener unos treinta y pocos años, iba vestida con un traje quirúrgico de color azul y llevaba el pelo rubio recogido en una cola que se balanceaba al caminar.

—Soy la doctora Sienna Brooks —dijo al entrar, y sonrió a Langdon—. Esta noche trabajo con el doctor Marconi.

Langdon asintió levemente.

Alta y ágil, la doctora Brooks se movía con el paso asertivo de una atleta. Incluso vistiendo el holgado uniforme se podía advertir su esbelta elegancia. A pesar de no llevar maquillaje, su rostro era extremadamente terso, apenas marcado por un pequeño lunar que tenía justo sobre los labios. Sus ojos, de color café, parecían inusualmente penetrantes, como si hubieran sido testigos de profundas experiencias poco habituales en una persona de su edad.

—El doctor Marconi no habla mucho inglés —dijo, sentándose a

su lado—, y me ha pedido que complete su formulario de ingreso. —Volvió a sonreír.

—Gracias —dijo Langdon con voz ronca.

—Muy bien —repuso ella en tono formal—. ¿Cómo se llama?

Tardó un momento en contestar.

—Robert… Langdon.

Le iluminó los ojos con una linterna de bolsillo.

—¿Ocupación?

Esa información tardó todavía más en acudir a su mente.

—Profesor. Historia del arte… y simbología. Universidad de Harvard.

La doctora Brooks bajó la linterna con expresión alarmada. El médico de las cejas pobladas se mostró igualmente sorprendido.

—¿Es… norteamericano?

Langdon la miró confundido.

—Es solo que… —vaciló—, cuando llegó anoche no llevaba encima identificación alguna. Como iba vestido con un saco Harris de *tweed* y unos mocasines Somerset, supusimos que era inglés.

—Soy estadounidense —le aseguró él, demasiado cansado para explicarle su preferencia por la ropa de buen corte.

—¿Le duele algo?

—La cabeza —respondió Langdon. La brillante luz de la linterna no hacía sino empeorar el palpitante dolor que sentía en el cráneo. Afortunadamente, la doctora se la guardó en el bolsillo y empezó a tomarle el pulso.

—Se ha despertado gritando —dijo la mujer—. ¿Recuerda por qué?

La extraña visión de la mujer cubierta por el velo y rodeada de cuerpos retorciéndose de dolor volvió a acudir a la mente de Langdon. «Busca y hallarás».

—Estaba teniendo una pesadilla.

—¿Sobre?

Langdon se lo contó.

La expresión de la doctora Brooks permaneció impasible mientras tomaba notas en un portapapeles.

—¿Tiene alguna idea de qué puede haberle provocado una visión tan aterradora?

Langdon hurgó en su memoria y luego negó con la cabeza, que

protestó con un martilleo.

—Está bien, señor Langdon —dijo ella sin dejar de tomar notas —. Le voy a hacer un par de preguntas rutinarias. ¿Qué día de la semana es?

Langdon se lo pensó un momento.

—Sábado. Recuerdo estar caminando por el campus…, me dirigía a un ciclo vespertino de conferencias y luego… Bueno, básicamente, eso es todo lo que recuerdo. ¿Me he caído?

—Ya llegaremos a eso. ¿Sabe dónde está?

—¿El Hospital General de Massachusetts? —aventuró él.

La doctora Brooks hizo otra anotación.

—¿Quiere que llamemos a alguien? ¿Esposa? ¿Hijos?

—No, a nadie —respondió Langdon instintivamente. Siempre había disfrutado de la soledad y la independencia que le proporcionaba la vida de soltero que había escogido. Aun así, debía admitir que, en su situación actual, habría preferido tener a alguien conocido a su lado—. Podría llamar a algún colega, pero no hace falta.

La doctora Brooks terminó y el médico se acercó. Tras alisarse las pobladas cejas, sacó del bolsillo una pequeña grabadora y se la enseñó a la doctora Brooks. Ella asintió y se volvió hacia el paciente.

—Señor Langdon, cuando llegó anoche, balbuceaba algo una y otra vez. —Se volvió hacia el doctor Marconi, que alzó la grabadora digital y presionó un botón.

Comenzó a sonar una grabación y Langdon oyó su propia voz mascullando repetidamente las mismas palabras en inglés:

—*Ve… sorry. Ve… sorry.*

—Parece que dice «*Very sorry. Very sorry*» —dijo la mujer.

Langdon estuvo de acuerdo y, sin embargo, no lo recordaba.

La doctora Brooks se lo quedó mirando con una intensa e inquietante mirada.

—¿Tiene alguna idea de por qué estaba diciendo eso? ¿Hay algo que lamente?

Al hurgar de nuevo en los oscuros recovecos de su memoria, Langdon volvió a ver a la mujer cubierta por el velo. Estaba en la orilla de un río teñido de sangre y se encontraba rodeada de cadáveres. Volvió a percibir el hedor de la muerte.

De repente, le sobrevino una repentina e instintiva sensación de peligro… No solo era él quien lo corría…, sino el mundo entero. El sonido del monitor cardíaco se aceleró rápidamente. Sus músculos se tensaron e intentó incorporarse.

La doctora Brooks le colocó una mano en el esternón, firme, obligándolo a tumbarse de nuevo. Luego se volvió hacia el doctor y este se dirigió a un mostrador cercano y comenzó a preparar algo.

La doctora Brooks se inclinó entonces hacia Langdon y le susurró:

—Señor Langdon, la ansiedad es común cuando se ha sufrido una lesión cerebral, pero debe mantener las pulsaciones bajas. No se mueva. No se excite. Quédese tumbado y descanse. Poco a poco recuperará la memoria.

El doctor regresó con una jeringa, que dio a la doctora Brooks. Esta inyectó su contenido en la vía intravenosa de Langdon.

—Un sedante suave para tranquilizarle —le explicó—, y también para aliviar el dolor —se incorporó para marcharse—. Se pondrá bien, señor Langdon, procure dormir. Si necesita alguna cosa, presione el botón que hay en la cabecera de la cama.

La doctora Brooks apagó la luz y salió de la habitación con el doctor.

En la oscuridad, Langdon sintió cómo la droga se propagaba por su cuerpo casi instantáneamente, arrastrándole de nuevo a ese profundo pozo del que había emergido. Resistiéndose, se esforzó por mantener los ojos abiertos e intentó incorporarse, pero su cuerpo pesaba como el cemento.

Langdon se dio la vuelta y volvió a encontrarse de cara a la ventana. Como ahora las luces estaban apagadas, su reflejo había desaparecido del cristal y había sido reemplazado por la silueta de una ciudad.

En un mar de torres y cúpulas, una fachada iluminada dominaba el campo de visión de Langdon. El edificio era una imponente fortaleza de piedra, con un parapeto dentado y una torre almenada y con matacán, que se elevaba hasta los noventa metros de altura.

Langdon se incorporó de golpe, lo cual provocó una explosión de dolor en su cabeza. Haciendo caso omiso al suplicio palpitante que sentía, se quedó mirando la torre.

Conocía bien esa estructura medieval.

Era única en el mundo.

Lamentablemente, también se encontraba a seis mil quinientos kilómetros de Massachusetts.

En la calle, oculta entre las sombras de la via Torregalli, una mujer de complexión atlética descendió ágilmente de su BMW y comenzó a caminar con la intensidad de una pantera al acecho de su presa. Su mirada era afilada. El cabello corto, que llevaba en punta, sobresalía por encima del cuello levantado de su traje de motociclista. Tras comprobar su pistola con silenciador, elevó la mirada hacia la ventana de Robert Langdon, cuya luz se acababa de apagar.

Unas horas antes, su misión original se había estropeado.

«El arrullo de una única paloma lo ha cambiado todo».

Ahora tenía que arreglarlo.

2

«¿Estoy en Florencia?».

Robert Langdon tenía un intenso dolor de cabeza. Sentado en su cama de hospital, presionó varias veces el botón de ayuda. A pesar de los sedantes que le habían suministrado, el corazón le latía con fuerza.

La doctora Brooks entró apresuradamente. Su cola se balanceaba de un lado a otro.

—¿Se encuentra bien?

Langdon negó con la cabeza, desconcertado.

—Estoy en... ¡¿Italia?!

—Bien —dijo ella—. Comienza a recuperar la memoria.

—¡No! —Langdon señaló el imponente edificio que se veía a lo lejos, a través de la ventana—. He reconocido el Palazzo Vecchio.

La doctora Brooks volvió a encender la luz y la silueta de Florencia desapareció. Luego se acercó a la cama y susurró con calma:

—Señor Langdon, no tiene de qué preocuparse. Sufre una ligera amnesia, pero el doctor Marconi ha confirmado que sus funciones cerebrales están intactas.

El doctor de la barba también entró en la habitación. Comprobó el monitor que controlaba el ritmo cardíaco de Langdon mientras la joven doctora le decía en un italiano rápido y fluido algo sobre que Langdon estaba «*agitato*» tras descubrir que se encontraba en Italia.

«¿Alterado? —pensó Langdon, enojado—. ¡Más bien estupefacto!».

Una oleada de adrenalina había empezado a contrarrestar el efecto de los sedantes.

—¿Qué me ha sucedido? —inquirió—. ¡¿Qué día es hoy?!

—No pasa nada —dijo ella—. Es la madrugada del lunes dieciocho de marzo.

«Lunes». Langdon obligó a su dolorida mente a revisar las últimas imágenes —frías y oscuras— que recordaba. Caminaba a solas por el campus de Harvard en dirección a un ciclo de conferencias vespertino. «¿Eso sucedió hace dos días?». Al intentar recordar la conferencia o algún acontecimiento posterior sintió un dolor todavía más agudo. «Nada». El sonido del monitor cardíaco se aceleró.

El doctor se rascó la barba y siguió manipulando el equipo médico mientras la doctora Brooks se sentaba de nuevo junto a Langdon.

—Se pondrá bien —le tranquilizó—. Le hemos diagnosticado una amnesia retrógrada, algo muy común tras sufrir un traumatismo encefálico. Puede que no recuerde nada de los últimos días o puede tener recuerdos desordenados, pero no parece haber sufrido ninguna lesión permanente —se quedó un momento callada —. ¿Recuerda mi nombre? Se lo he dicho al entrar.

Langdon lo pensó un momento.

—Sienna.

«Doctora Sienna Brooks».

Ella sonrió.

—¿Lo ve? Ya está creando nuevos recuerdos.

El dolor que Langdon sentía en la cabeza era casi insoportable, y su visión de cerca seguía borrosa.

—¿Qué… ha sucedido? ¿Cómo he llegado aquí?

—Creo que debería descansar y quizá…

—¡¿Cómo he llegado aquí?! —exigió. El monitor cardíaco se aceleró todavía más.

—Está bien. Respire hondo —dijo la doctora Brooks al tiempo que intercambiaba una mirada de inquietud con su colega—. Se lo diré. —El tono de su voz se volvió más serio—. Señor Langdon, hace tres horas ha aparecido en urgencias tambaleándose y sangrando, con una herida en la cabeza, y se ha desplomado. Nadie tenía ni idea de quién era usted o cómo había llegado hasta aquí. Mascullaba palabras en inglés, así que el doctor Marconi me ha pedido que le echara una mano. Soy inglesa. He venido a trabajar un año a Italia.

Langdon tenía la sensación de haberse despertado dentro de un cuadro de Max Ernst. «¿Qué demonios estoy haciendo en Italia?».

Normalmente, él solía ir en junio con motivo de alguna conferencia de arte, pero estaban en marzo.

En ese momento notó el efecto de los sedantes. Tuvo la sensación de que la gravedad de la tierra aumentaba su fuerza por momentos y tiraba de él hacia el colchón. Intentó resistirse alzando la cabeza, y se esforzó por permanecer alerta.

La doctora Brooks se inclinó sobre él como lo haría un ángel.

—Por favor, señor Langdon —susurró—. Las primeras veinticuatro horas tras sufrir un traumatismo encefálico son muy delicadas. Debe descansar o su situación podría empeorar.

Una voz sonó en el intercomunicador de la habitación.

—¿Doctor Marconi?

El doctor presionó un botón que había en la pared y respondió.

—¿Sí?

La voz del intercomunicador dijo algo en italiano. Langdon no lo entendió, pero sí captó la mirada de sorpresa que intercambiaron los dos médicos. «¿O ha sido de alarma?».

—Un minuto —respondió Marconi, poniendo fin a la conversación.

—¿Qué sucede? —preguntó Langdon.

La doctora Brooks frunció ligeramente el ceño.

—Era la recepcionista de la UCI. Alguien ha venido a visitarle.

Un rayo de esperanza se abrió paso a través del embotamiento que sentía Langdon.

—¡Eso son buenas noticias! Puede que esta persona sepa qué me ha ocurrido.

Ella no parecía estar tan segura.

—Es extraño que haya venido alguien a verlo. No teníamos su nombre, y todavía no lo hemos registrado en el sistema.

Langdon intentó combatir el efecto de los sedantes y se incorporó como pudo en la cama.

—¡Si sabe que estoy aquí tiene que saber qué me ha pasado!

La doctora Brooks se volvió hacia el doctor Marconi, que inmediatamente negó con la cabeza y le dio unos golpecitos al reloj. Ella se volvió otra vez hacia Langdon.

—Esta es la unidad de cuidados intensivos —explicó—. Nadie podrá entrar, como muy pronto, hasta las nueve de la mañana. El doctor Marconi saldrá a ver quién es el visitante y qué quiere.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —reclamó Langdon.

La doctora Brooks sonrió con gesto paciente, se acercó a él y, bajando el tono de voz, dijo:

—Señor Langdon, hay cosas sobre lo que le pasó anoche que no sabe… Y antes de que hable con nadie, creo que es justo que esté al tanto de todas las circunstancias. Lo lamento, pero no creo que se encuentre suficientemente bien para…

—¡¿Qué circunstancias?! —preguntó enseguida Langdon, e intentó incorporarse. Sintió la punzada de la vía intravenosa y tuvo la sensación de que su cuerpo pesaba varios cientos de kilos—. Lo único que sé es que estoy en un hospital de Florencia y que he llegado repitiendo las palabras «*very sorry*…». —Entonces se le ocurrió una posibilidad terrible—. ¿Acaso he sido responsable de un accidente de tráfico? ¡¿He herido a alguien?!

—No, no —dijo ella—. No lo creo.

—¿Entonces qué? —insistió Langdon, mientras observaba con furia a ambos doctores—. ¡Tengo derecho a saber qué está pasando!

Hubo un largo silencio. Finalmente, el doctor Marconi hizo un gesto de asentimiento a su atractiva colega, aunque su rostro mostraba serias dudas al respecto. La doctora Brooks suspiró y se acercó a la cama.

—Está bien, deje que le cuente lo que sé… Pero procure permanecer en calma, ¿de acuerdo?

Langdon asintió. El movimiento de cabeza le provocó una punzada de dolor que se extendió por todo su cráneo. Lo ignoró, sediento como estaba de respuestas.

—En primer lugar… la herida de su cabeza no ha sido causada por un accidente de tráfico.

—Bueno, eso es un alivio.

—En realidad, no. Su herida la ha producido una bala.

El sonido del monitor cardíaco de Langdon se aceleró.

—¿Cómo dice?

La doctora Brooks hablaba rápidamente pero con firmeza.

—Una bala le ha rozado la parte superior del cráneo y le ha provocado una contusión. Tiene mucha suerte de estar vivo. Un centímetro más abajo y… —negó con la cabeza.

Langdon se la quedó mirando, incrédulo. «¿Alguien me ha disparado?».

Se oyeron unos gritos en el pasillo. Parecía como si la persona que había ido a visitar a Langdon no quisiera esperar. Acto seguido, el profesor oyó el ruido de una pesada puerta al abrirse, al final del pasillo. Y, a continuación, vio la silueta de alguien que se acercaba.

Se trataba de una mujer vestida por completo en cuero negro. Era atlética y fuerte, y tenía el cabello oscuro y en punta. Se movía con agilidad, como si sus pies no tocaran el suelo, y se dirigía directamente hacia la habitación de Langdon.

Sin vacilar, el doctor Marconi salió al pasillo para cerrarle el paso.

—*Ferma!* —ordenó el hombre, y alzó la palma de la mano como un policía.

Sin detenerse, la desconocida sacó una pistola con silenciador, apuntó al pecho del doctor Marconi y disparó.

Se oyó un sonido agudo y sordo.

Langdon observó horrorizado cómo el doctor Marconi retrocedía unos pasos y caía al suelo con las manos en el pecho. Una mancha roja comenzó a extenderse por su bata blanca.

3

A ocho kilómetros de la costa de Italia, el *Mendacium*, un yate de lujo de setenta metros de longitud, avanzaba a través de la niebla que se elevaba al amanecer entre las suaves olas del Adriático. El sigiloso casco del barco era de color gris metálico, lo cual le proporcionaba una distintiva y poco acogedora apariencia militar.

Valorado en más de trescientos millones de dólares, el navío contaba con todos los lujos: spa, piscina, cine, submarino y helipuerto. Estas comodidades, sin embargo, carecían de interés para el dueño, que se había hecho con el yate cinco años atrás e inmediatamente hizo desmantelar la mayoría de espacios para instalar en su lugar un centro de mando electrónico de categoría militar.

Conectada a tres satélites propios, así como a una serie de repetidores terrestres, la sala de control del *Mendacium* contaba con un personal de casi veinticuatro personas entre técnicos, analistas y coordinadores de operaciones, que vivían a bordo y permanecían siempre en contacto con los diversos centros de operaciones terrestres de la organización.

La seguridad del barco incluía una pequeña unidad de soldados con entrenamiento militar, dos sistemas de detección de misiles y un arsenal que contaba con las armas más recientemente desarrolladas. El resto de personal de apoyo (cocineros, limpieza y servicio) elevaba el total de la tripulación a más de cuarenta personas. El *Mendacium* era, a todos los efectos, una oficina móvil desde la cual el propietario dirigía su imperio.

Este era un hombre pequeño y delgado, de piel bronceada y ojos hundidos, al que sus empleados conocían como comandante. Su físico poco imponente y su personalidad directa parecían perfectos para alguien que había hecho una vasta fortuna proporcionando un

menú privado de servicios muy codiciados en los oscuros límites de la legalidad.

Le habían llamado muchas cosas: mercenario sin alma, facilitador del pecado, posibilitador del diablo…, pero no era nada de eso. Él simplemente proporcionaba la oportunidad de llevar a cabo, sin consecuencias, las ambiciones y deseos de sus clientes; que la naturaleza de la humanidad fuera pecaminosa no era problema suyo.

A pesar de los detractores y sus objeciones éticas, su brújula moral era una estrella fija. Había construido su reputación —y la del mismo Consorcio— en base a dos reglas doradas:

No hacer nunca una promesa que no pudiera mantener.

Y no mentir nunca a un cliente.

Nunca.

En su carrera profesional, no había roto ninguna promesa ni había renunciado a un acuerdo hecho. Su palabra era sagrada, una garantía absoluta, y si bien había algunos contratos que lamentaba haber realizado, echarse para atrás era una opción que no contemplaba.

Esa mañana, al salir al balcón privado de su camarote, el comandante miró el mar revuelto e intentó alejar la inquietud que sentía en su interior.

«Las decisiones del pasado determinan nuestro presente».

Las elecciones que había hecho en el pasado le permitían lidiar casi con cualquier asunto, por delicado que fuera, y salir siempre victorioso. Ese día, sin embargo, mientras miraba las lejanas luces de la costa italiana, se sentía inusualmente intranquilo.

Un año atrás, en ese mismo yate, había tomado una decisión cuyas ramificaciones ahora amenazaban con echar por tierra todo lo que había construido. «Acepté proporcionar nuestros servicios al hombre equivocado». Por aquel entonces no podía saberlo, pero su error de cálculo provocaría una tempestad de desafíos imprevistos y le obligaría a recurrir a algunos de sus mejores agentes y ordenarles que hicieran «lo que fuera necesario» para evitar que su barco se fuera a pique.

En ese momento, estaba esperando noticias de un agente en particular.

«Vayentha», pensó, y visualizó a la fornida especialista del

cabello en punta. Vayentha, que hasta esta misión siempre le había servido con gran profesionalismo, cometió un error catastrófico la noche anterior. Las últimas seis horas habían sido un caos, un desesperado intento de retomar el control de la situación.

«Ella asegura que su error fue una cuestión de mala suerte: el inoportuno arrullo de una paloma».

Sin embargo, él no creía en la mala suerte. Todos sus actos buscaban erradicar la aleatoriedad y evitar el azar. El control era su especialidad: prever todas las posibilidades, anticipar cualquier respuesta y adecuar la realidad al resultado deseado. Tenía un expediente inmaculado de éxitos y discreción, y con él una impresionante cartera de clientes compuesta por millonarios, políticos, jeques e, incluso, gobiernos enteros.

Al este, las primeras y débiles luces del amanecer habían comenzado a consumir las estrellas más bajas del horizonte. De pie en la cubierta, el comandante esperaba pacientemente la noticia de que la misión de Vayentha había salido tal y como estaba planeada.

4

Por un instante, Langdon tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido.

El doctor Marconi yacía en el suelo, inmóvil y con el pecho ensangrentado. Sobreponiéndose a los sedantes que le habían inyectado, levantó la mirada hacia la asesina, que estaba recorriendo los últimos metros del pasillo en dirección a la puerta abierta. Al acercarse al umbral, miró a Langdon y levantó el arma… Le apuntaba directamente a la cabeza.

«Voy a morir —pensó Langdon—. Aquí y ahora».

El estallido que resonó en la pequeña habitación del hospital fue ensordecedor.

Langdon se encogió, convencido de que la mujer le había disparado. Sin embargo, el ruido no lo había provocado el arma de la asesina sino la puerta al cerrarse de golpe. La doctora Brooks se había abalanzado sobre ella antes de que la desconocida disparara.

Con expresión de pánico, la doctora se dio la vuelta y se agachó junto a su colega cubierto de sangre, y empezó a buscarle el pulso. El doctor Marconi tosió y un pequeño hilo de sangre comenzó a recorrer su mejilla hasta la espesa barba. Luego se quedó inmóvil.

—*Enrico, no! Ti prego!* —gritó la doctora.

Una ráfaga de balas impactó contra el exterior metálico de la puerta, y en el pasillo se oyeron gritos de alarma.

De algún modo, Langdon consiguió ponerse en movimiento. El pánico y el instinto de supervivencia le hicieron sobreponerse al efecto de los sedantes. Al salir de la cama sintió una punzada de dolor en el antebrazo. Por un instante, creyó que una bala había atravesado la puerta y le había alcanzado, pero, al bajar la mirada, vio que se había roto la vía intravenosa. El catéter de plástico colgaba de su antebrazo, y la sangre caliente comenzaba a recorrer el tubo en sentido inverso.

Langdon se despejó completamente.

Agachada junto al cuerpo de Marconi, la doctora Brooks seguía buscándole el pulso al tiempo que las lágrimas comenzaban a aflorar en sus ojos. Como si hubieran accionado un interruptor en su interior, se puso de pie y se volvió hacia Langdon. La expresión de su rostro había cambiado. Sus jóvenes rasgos se habían endurecido y ahora transmitían el aplomo de un experimentado doctor de urgencias haciendo frente a una crisis.

—Sígame —le ordenó.

La doctora Brooks lo agarró por el brazo y tiró de él. Con paso inestable, Langdon comenzó a recorrer la habitación mientras en el pasillo se seguían oyendo disparos. Su mente estaba alerta pero a su cuerpo, muy drogado, le costaba reaccionar. «¡Muévete!». Las baldosas del suelo estaban frías, y la fina bata de hospital no era lo bastante larga para su metro ochenta. En la palma de la mano podía notar la sangre que goteaba desde el antebrazo.

Mientras las balas seguían impactando con fuerza en el pomo de la puerta, la doctora Brooks metió a Langdon en un pequeño cuarto de baño. Antes de ir detrás de él, sin embargo, se detuvo, dio media vuelta y corrió hacia el mostrador para tomar la ensangrentada chaqueta de *tweed* Harris.

«¡Deje mi maldito saco!».

La doctora Brooks regresó con la prenda y rápidamente cerró la puerta del baño. Justo entonces, la puerta de la habitación se abrió con gran estruendo.

Sin vacilar, la joven doctora cruzó el pequeño cuarto de baño en dirección a una segunda puerta, la abrió y condujo a Langdon a la sala de recuperación contigua. Los disparos sonaban a sus espaldas. Ella asomó entonces la cabeza a un pasillo, agarró a Langdon por el brazo y lo llevó hacia una escalera. El brusco movimiento le hizo sentirse mareado; tenía la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento.

Los siguientes quince segundos apenas consiguió mantener la conciencia despierta… Bajaron escaleras, tropezó, se cayó al suelo. El martilleo que sentía en la cabeza era casi insoportable. Su vista era más y más borrosa, y sus músculos, más torpes, como si respondieran con efecto retardado.

Y hacía más frío.

«Estoy en la calle».

Mientras recorrían un oscuro callejón, Langdon tropezó y se cayó al suelo. Con gran esfuerzo, la doctora Brooks consiguió ponerlo de pie, maldiciendo en voz alta por estar sedado.

Al llegar al final del callejón, Langdon tropezó de nuevo. Esta vez ella lo dejó allí, avanzó unos pasos y llamó a alguien. Él pudo distinguir la tenue luz verde de un taxi aparcado delante del hospital. El coche no se movía. El conductor debía de estar durmiendo. La doctora siguió gritando y agitando los brazos con fuerza. Al fin, los faros del coche se encendieron y comenzó a avanzar perezosamente hacia ellos.

Una puerta en el callejón se abrió de golpe. Langdon pudo oír unas pisadas que se acercaban a ellos con rapidez y, al volverse, vio la oscura silueta que venía en su dirección. Mientras intentaba ponerse de pie, la doctora lo agarró y lo metió en el asiento trasero del coche. La mitad del cuerpo del profesor aterrizó ahí y la otra, en el suelo del vehículo. La doctora Brooks se le echó encima y cerró la puerta.

El soñoliento taxista se volvió y se quedó mirando a la extraña pareja que acababa de meterse en su taxi: una joven con el cabello amarrado ataviada con un traje quirúrgico y un hombre con una bata de hospital medio rasgada y el brazo ensangrentado. Estaba a punto de decirles que salieran del coche cuando uno de los retrovisores laterales estalló en pedazos. La mujer vestida de cuero negro se acercaba con el arma en alto. Se volvió a oír el silbido del silenciador y, rápidamente, la doctora Brooks agarró a Langdon por la cabeza y tiró de ella hacia abajo. La luna trasera reventó, y una lluvia de cristales les cayó encima.

El conductor no necesitó más motivos. Apretó a fondo el pedal del acelerador y el taxi salió disparado.

Langdon se encontraba al borde de la conciencia. «¿Alguien está intentando asesinarme?».

Cuando doblaron la esquina, la doctora Brooks se incorporó y tomó el ensangrentado brazo de Langdon. El catéter le colgaba de una aparatosa herida en la piel.

—Mira por la ventanilla —le ordenó ella.

Langdon obedeció. En la oscuridad exterior pudo distinguir unas tumbas con aspecto fantasmal. De algún modo, le pareció apropiado

estar pasando junto a un cementerio. Notó que los dedos de la doctora agarraban el catéter y, sin previo aviso, tiraban de él.

Un intenso dolor le recorrió el cuerpo en dirección a la cabeza. Sintió que todo le daba vueltas y, al fin, perdió el sentido.

5

El agudo sonido del timbre del teléfono hizo que el comandante apartara la mirada de la relajante neblina del Adriático y volviera a entrar rápidamente a su despacho.

«Ya era hora», pensó, ávido de noticias.

La pantalla del computador de su escritorio se encendió, informándole de que la llamada provenía de un teléfono sueco encriptador de voz Sectra Tiger XS. Antes de contactar con el barco, había sido redirigida a través de cuatro *routers*.

Se puso los auriculares.

—Aquí el comandante —contestó. Pronunciaba las palabras lenta y meticulosamente—. Diga.

—Soy Vayentha —respondió ella.

El hombre advirtió un nerviosismo inusual en su voz. Los agentes de campo rara vez hablaban con él, y todavía era menos frecuente que permanecieran en su puesto tras una debacle como la de la noche anterior. No obstante, necesitaba un agente que le ayudara a remediar la crisis, y Vayentha era la mejor para ese trabajo.

—Tengo noticias —empezó.

El comandante permaneció en silencio, indicándole con ello que continuara.

Cuando Vayentha habló, lo hizo en un tono frío y procurando sonar lo más profesional posible.

—Langdon ha escapado —dijo—. Tiene el objeto en su poder.

El hombre se sentó en su escritorio y permaneció un largo rato en silencio.

—Comprendido —dijo al fin—. Imagino que se pondrá en contacto con las autoridades tan pronto como pueda.

Dos cubiertas por debajo suyo, en su cubículo en el centro de control del barco, el facilitador *senior* Laurence Knowlton advirtió

que la llamada encriptada había terminado. Esperaba que las noticias fueran buenas. Los últimos dos días la tensión del comandante había sido palpable, y todos los operarios a bordo habían notado que en esta operación había mucho que perder.

«Sí, hay mucho en juego. Será mejor que esta vez Vayentha no falle».

Knowlton estaba acostumbrado a coordinar planes cuidadosamente elaborados, pero el caos en el que había degenerado esta situación había provocado que el comandante decidiera encargarse de ella en persona.

«Nos encontramos en territorio inexplorado».

La media docena de misiones que el Consorcio tenía en marcha alrededor del mundo se habían asignado a las diversas oficinas locales de la organización, permitiendo así que él y el equipo a bordo del *Mendacium* se concentraran exclusivamente en esa.

Unos días atrás, su cliente se había suicidado en Florencia arrojándose al vacío. Sin embargo, el Consorcio todavía tenía en su agenda algunos servicios pendientes (tareas específicas que él había confiado a la organización fueran cuales fuesen las circunstancias), y, como siempre, iban a llevarse a cabo sin la menor vacilación.

«Tengo mis órdenes y pienso cumplirlas», pensó Knowlton. Luego salió de su cubículo insonorizado y pasó por delante de otra media docena de ellos —algunos transparentes, otros opacos— en los que varios agentes lidiaban con distintos aspectos de la misión.

Knowlton atravesó la sala de control principal, donde se respiraba un aire enrarecido y artificial, le hizo una señal con la cabeza al equipo técnico y entró en una pequeña habitación acorazada en la que había doce cajas fuertes. Abrió una y retiró su contenido. Era una tarjeta de memoria de color rojo brillante. Según la nota adjunta, contenía un archivo de video que el cliente quería que enviaran a medios de comunicación clave a una hora concreta de la mañana del día siguiente.

El envío anónimo era una tarea sin mayor dificultad, pero según el protocolo que seguían con todos los archivos digitales, el documento debía ser revisado ese mismo día —veinticuatro horas antes—, para asegurarse de que el Consorcio tuviese tiempo suficiente para realizar cualquier descifrado, compilación u otro preparativo necesario antes de enviarlo a la hora señalada.

«No hay que dejar nada al azar».

Knowlton regresó a su cubículo transparente, cerró la pesada puerta de cristal y quedó aislado del mundo exterior.

Accionó un interruptor que había en la pared y al instante el vidrio se volvió opaco. Por cuestiones de privacidad, todas las oficinas con paredes de cristal a bordo del *Mendacium* estaban construidas con un material provisto de un «dispositivo de partículas suspendidas». La transparencia se controlaba con facilidad mediante la aplicación de una corriente eléctrica que alineaba o desordenaba millones de diminutas partículas cilíndricas suspendidas en el interior del panel.

La compartimentación era una piedra angular del éxito del Consorcio.

«Conoce únicamente tu misión. No compartas nada».

Una vez instalado en su espacio privado, Knowlton insertó la tarjeta de memoria en el computador y abrió el archivo para realizar su evaluación.

De inmediato, la pantalla se fundió a negro y los altavoces comenzaron a reproducir el suave sonido del chapoteo del agua. Una imagen apareció poco a poco en pantalla y, emergiendo de la oscuridad, un escenario comenzó a tomar forma. Era el interior de una cueva o una cámara gigante de algún tipo. El suelo era líquido, como si se tratara de un lago subterráneo. Por alguna razón, el agua parecía estar iluminada… desde dentro.

Knowlton nunca había visto nada igual. La caverna resplandecía con una espeluznante tonalidad rojiza. En las pálidas paredes se reflejaban las intrincadas ondulaciones del agua. «¿Qué es este lugar?».

De repente, la imagen descendía verticalmente hasta que se sumergía en la superficie iluminada. Un escalofriante silencio subacuático reemplazaba entonces el chapoteo del agua. La cámara descendía varios metros más hasta que se detenía y enfocaba el suelo lodoso de la caverna.

Atornillada en el suelo había una reluciente placa de titanio.

En ella se podía leer una inscripción:

EN ESTE LUGAR, EN ESTA FECHA,
EL MUNDO CAMBIÓ PARA SIEMPRE.

Al pie de la placa había un nombre y una fecha grabados.
El nombre era el de su cliente.
La fecha, el día siguiente.

6

Langdon sintió que unas manos firmes lo levantaban, lo despertaban de su delirio y lo ayudaban a salir del taxi. Luego notó el frío pavimento bajo sus pies desnudos.

Medio apoyado en el delgado cuerpo de la doctora Brooks, Langdon recorrió con pie vacilante el desierto pasaje que había entre dos edificios de apartamentos. El aire matutino agitaba su bata de hospital y sentía frío en lugares en los que sabía que no debería sentirlo.

El sedante que le habían inyectado en el hospital le había dejado la mente tan emborronada como la vista. Se sentía como si estuviera debajo del agua e intentara abrirse paso a través de un mundo viscoso y poco iluminado. Sienna Brooks tiraba de él y lo sostenía con sorprendente fuerza.

—Escalera —dijo ella, y Langdon se dio cuenta de que habían llegado a la entrada lateral del edificio.

Se agarró de la baranda y, con la ayuda de la doctora Brooks, comenzó a subir penosamente los escalones, uno detrás de otro. Cuando al fin llegaron al descanso, la doctora marcó unos números en un viejo y herrumbroso teclado numérico, y se abrió una puerta.

El aire del interior del edificio no era mucho más cálido, pero las baldosas le parecieron una suave alfombra en comparación al rugoso pavimento de la calle. La doctora Brooks condujo a Langdon hasta un pequeño ascensor y, tras abrir una puerta corrediza, lo introdujo en un cubículo del tamaño de una cabina telefónica. El interior olía a cigarrillos MS, una fragancia agridulce tan ubicua en Italia como el aroma a café expreso recién hecho. Aunque no del todo, ese olor le despejó un poco la cabeza. La doctora presionó un botón y sobre sus cabezas se oyó el ruido metálico de una serie de engranajes poniéndose en marcha.

Hacia arriba…

Mientras ascendía, el compartimento comenzó a oscilar y a vibrar. Como las paredes no eran placas lisas de metal, Langdon se quedó mirando por la ventana del elevador. Incluso en su estado medio inconsciente, el pánico a los espacios cerrados que siempre había sentido seguía vivo.

«No mires».

Se apoyó en la pared e intentó recobrar el aliento. Le dolía el antebrazo y, cuando bajó la mirada, vio que la manga de su chaqueta de *tweed* Harris estaba incongruentemente atada alrededor de su brazo a modo de vendaje. El resto del saco, deshilachado y sucio, colgaba hasta el suelo.

El martilleante dolor de cabeza le obligó a cerrar los ojos y la oscuridad volvió a engullirle.

Una visión ya familiar acudió de nuevo a su mente: la escultural mujer cubierta por un velo y con el amuleto y el cabello lleno de rizos. Estaba en la orilla de un río teñido de sangre, como antes, rodeada de cuerpos retorciéndose de dolor. Se dirigió a Langdon en un tono de voz suplicante. «¡Busca y hallarás!».

Langdon tenía la sensación de que debía salvarla…, de que debía salvarlos a todos. Las piernas de los cuerpos medio enterrados boca abajo fueron quedando inertes… Una a una.

«¡¿Quién eres?! —exclamó él en silencio—. ¿Qué es lo que quieres?».

Una ráfaga de aire caliente comenzó a agitar el exuberante cabello plateado de la mujer. «El tiempo se está agotando», susurró y se tocó el amuleto que colgaba de su cuello. Entonces, sin previo aviso, brotó de su cuerpo una cegadora columna de fuego que se extendió a través del río y los engulló a ambos.

Langdon gritó y abrió los ojos.

La doctora Brooks se lo quedó mirando con preocupación.

—¿Qué sucede?

—¡Sigo teniendo alucinaciones! —exclamó él—. La misma escena.

—¿La mujer del cabello plateado? ¿Y los cadáveres?

Langdon asintió. En su frente comenzaron a formarse gotas de sudor.

—Te pondrás bien —le aseguró ella, pero su voz temblaba—. Las visiones recurrentes son habituales en los casos de amnesia. La

función cerebral que clasifica y cataloga tus recuerdos ha sufrido una conmoción temporal, de modo que lo reconstruye todo en una sola imagen.

—Una imagen muy poco agradable —añadió él.

—Lo sé, pero hasta que te cures, esos recuerdos seguirán desordenados y sin catalogar, de modo que mezclarás pasado, presente y fantasía. Como en los sueños.

El elevador se detuvo y ella abrió la puerta corrediza. Volvieron a ponerse en marcha y recorrieron un estrecho y oscuro pasillo. Al pasar por delante de una ventana, Langdon advirtió que la luz del amanecer comenzaba a iluminar la silueta de los tejados de Florencia. Cuando llegaron al final del pasillo la doctora se agachó, tomó una llave que había bajo una planta de aspecto sediento y abrió una puerta.

El apartamento era pequeño, y su interior olía a una mezcla imposible de velas con aroma a vainilla y tapicería vieja. Los muebles y los cuadros eran, por decir lo menos, sencillos, como si hubieran sido adquiridos en un mercado. Ella ajustó un termostato y los radiadores se encendieron ruidosamente.

La doctora se quedó un momento de pie con los ojos cerrados y respiró hondo, intentando recobrar la compostura. Luego se volvió hacia Langdon y le ayudó a entrar en una modesta cocina donde había una mesa de formica y un par de sillas endebles.

Langdon hizo el amago de sentarse en una de ellas, pero ella lo tomó del brazo mientras, con la otra mano, abría un armario. Estaba casi vacío: galletas saladas, unos pocos paquetes de pasta, una lata de Coca-Cola y una botella de NoDoz.

La doctora agarró la botella y le dio a Langdon seis comprimidos.

—Cafeína —dijo—. Las tomo cuando tengo que hacer guardias, como anoche.

Langdon se llevó las píldoras a la boca y miró a su alrededor en busca de agua.

—Máscalas —dijo ella—. Te harán efecto más de prisa y contrarrestarán el efecto del sedante.

Langdon comenzó a hacerlo y, al instante, hizo una mueca. Eran demasiado amargas. Estaba claro que había que tragárselas enteras. La doctora Brooks abrió la nevera, sacó una botella de San

Pellegrino y se la dio a Langdon. Agradecido, él le dio un largo trago.

Sienna Brooks le tomó entonces el brazo derecho, retiró el improvisado vendaje que había hecho con el saco y lo dejó sobre la mesa de la cocina. Luego examinó cuidadosamente la herida. Él pudo sentir el temblor de sus delgadas manos.

—Vivirás —le anunció ella.

Langdon esperaba que ella también se recompusiera. Apenas podía concebir lo que ambos acababan de vivir.

—Doctora Brooks —dijo él—, tenemos que llamar a alguien. Al consulado, a la policía, a alguien.

Ella asintió.

—También podrías dejar de llamarme doctora Brooks. Me llamo Sienna.

Langdon asintió.

—Gracias. Yo, Robert. —Sin duda, el vínculo que se había forjado entre ambos al huir para salvar sus vidas justificaba el tuteo —. ¿Dijiste que eras inglesa?

—De nacimiento, sí.

—No noto ningún acento.

—Me alegro —contestó ella—. Me costó mucho perderlo.

Langdon iba a preguntarle por qué, pero Sienna le indicó que lo siguiera y lo condujo por un pasillo hasta un pequeño y lúgubre cuarto de baño. En el espejo que había encima del lavatorio, Langdon pudo verse por primera vez desde que lo hizo en la ventana de la habitación del hospital.

«Qué mal aspecto». Tenía el cabello apelmazado y los ojos cansados, inyectados en sangre. Una barba incipiente oscurecía su mandíbula.

Ella abrió la llave y condujo el antebrazo herido hasta el agua helada. Langdon sintió un agudo dolor e hizo una mueca, pero se mantuvo quieto.

Sienna agarró entonces una toallita limpia y echó un chorro de jabón antibacteriano.

—Será mejor que mires hacia otro lado.

—No pasa nada. Puedo aguantar un…

De repente, Sienna comenzó a frotarle la herida con fuerza y Langdon sintió un dolor extremo en el brazo que le obligó a apretar

los dientes para no gritar.

—Hay que evitar que se infecte —dijo ella y siguió, todavía con mayor empeño—. Además, si vas a llamar a las autoridades, será mejor que te encuentres más despejado de lo que estás ahora. Nada activa la producción de adrenalina como el dolor.

Langdon aguantó lo que le parecieron diez segundos eternos, hasta que finalmente apartó con brusquedad el brazo. «¡Basta!». Tenía que reconocer, no obstante, que ahora se sentía más fuerte y despierto; el dolor que sentía había eclipsado por completo el entumecimiento de la cabeza.

—Bien —dijo ella. Tras cerrar el grifo, le secó el brazo con una toalla limpia y le puso un pequeño vendaje en la herida. Mientras lo hacía, a Langdon le distrajo algo que acababa de advertir y que le entristeció muchísimo.

Durante casi cuatro décadas había llevado un reloj de Mickey Mouse; una edición de coleccionista que le habían regalado sus padres. El rostro sonriente de Mickey y sus brazos en continuo movimiento siempre habían sido para él un recordatorio diario de que debía sonreír con más frecuencia y tomarse la vida un poco menos seriamente.

—Mi… reloj —tartamudeó—. ¡No está! —Sin él, de repente, se sintió incompleto—. ¿No lo llevaba cuando llegué al hospital?

Sienna se lo quedó mirando con incredulidad, desconcertada por el hecho de que a él le preocupara algo tan trivial.

—No recuerdo ningún reloj. Lávate un poco; volveré en unos minutos y pensaremos un modo de conseguir ayuda. —Se dio media vuelta, pero se detuvo en la entrada y miró su reflejo en el espejo—. En mi ausencia, te recomiendo que pienses bien por qué razón hay alguien que quiere matarte. Imagino que es la primera pregunta que te harán las autoridades.

—Espera, ¿adónde vas?

—No puedes hablar con la policía medio desnudo. Voy a buscarte algo de ropa. Mi vecino tiene más o menos tu talla. Está de viaje y me dio la llave para que le diera de comer a su gato. Me debe una.

Tras lo cual, se marchó.

Robert Langdon se dirigió hacia el diminuto espejo del baño. Apenas reconoció a la persona que le devolvía el reflejo. «Alguien

quiere matarme». En su mente, todavía podía oír la grabación de sus balbuceos delirantes.

«*Very sorry. Very sorry*».

Langdon volvió a hurgar en su memoria por si recordaba algo más, lo que fuera. Nada. Lo único que sabía era que estaba en Florencia y que tenía una herida de bala en la cabeza.

Al ver sus fatigados ojos en el espejo, se preguntó si en algún momento se despertaría en el sillón de lectura de su casa, con una copa vacía en una mano y un ejemplar de *Almas muertas* en la otra, tras lo cual se recordaría a sí mismo que no debía mezclar nunca Bombay Sapphire y Gógol.

7

Langdon se quitó la ensangrentada bata de hospital y se ató una toalla alrededor de la cintura. Después de limpiarse un poco la cara, se tocó con cuidado los puntos que tenía en la parte posterior de la cabeza. Tenía una herida en la piel, pero se alisó el cabello apelmazado y quedó casi oculta. Las píldoras de cafeína comenzaron a hacer efecto y al fin notó que su cabeza comenzaba a despejarse.

«Piensa, Robert. Intenta recordar».

El cuarto de baño sin ventanas le pareció de pronto claustrofóbico, de modo que salió y se dirigió de manera instintiva al otro lado del pasillo, donde, a través de una puerta parcialmente abierta, veía que entraba la luz natural. La habitación era una especie de estudio provisional. En ella había un escritorio barato, una gastada silla giratoria, varios libros en el suelo y, por suerte, una ventana.

Langdon se acercó a la luz diurna.

A lo lejos, el sol naciente de la Toscana comenzaba a besar las agujas más altas de la ciudad: el Campanile, la Badia, el Bargello. Langdon pegó la frente al cristal. El aire de marzo era vivificante y frío, y amplificaba el espectro de luz que ahora asomaba por encima de la ladera de las montañas.

«La luz del pintor», la llamaban.

En el centro de la silueta de la ciudad se elevaba una gigantesca cúpula de tejas rojas cuya cúspide estaba adornada con una bola de cobre dorado que relucía como un faro. El Duomo. Brunelleschi había hecho historia en la arquitectura al diseñar la enorme cúpula de la basílica y, ahora, más de quinientos años después, la estructura de ciento quince metros todavía se mantenía firme en la Piazza del Duomo, como un gigante inamovible.

«¿Por qué estoy en Florencia?».

Esa ciudad se había convertido en uno de los destinos europeos favoritos de Langdon, que había sido aficionado desde siempre al arte italiano. En sus calles Miguel Ángel había jugado de niño, y en sus estudios había surgido el Renacimiento italiano; sus galerías atraían a miles de viajeros para admirar *El nacimiento de Venus* de Botticelli, la *Anunciación* de Leonardo, o el orgullo de la ciudad: el *David*.

Esta obra de Miguel Ángel le impresionó muchísimo cuando, en la adolescencia, la vio por primera vez. Recuerda haber entrado en la Galleria dell'Accademia, avanzar con lentitud a través de la sombría falange de los toscos *Prigioni* de Miguel Ángel y, al fin, levantar inexorablemente la mirada hacia la obra maestra de cinco metros de altura. La inmensidad y la definida musculatura del *David* maravillaban a muchos visitantes que lo veían por primera vez y, sin embargo, lo que Langdon encontró más fascinante fue la postura en la que se encontraba. El escultor había empleado la clásica tradición del *contrapposto* para crear la ilusión de que David estaba inclinado hacia la derecha y que la pierna izquierda casi no soportaba peso alguno cuando, en realidad, estaba sosteniendo toneladas de mármol.

El *David* supuso para Langdon la primera apreciación verdadera del poder de una gran escultura. Se preguntaba si habría visitado la obra esos últimos días. Lo único que recordaba era haberse despertado en el hospital y ver cómo asesinaban a un médico inocente ante sus ojos. «*Very sorry. Very sorry*».

El sentimiento de culpa que sentía era casi nauseabundo. «¿Qué he hecho?».

Mientras miraba por la ventana, advirtió que sobre el escritorio que tenía al lado descansaba un computador portátil y se le ocurrió que en internet quizá había alguna noticia sobre lo que le había pasado.

«Puede que encuentre alguna respuesta».

Langdon se volvió hacia la puerta y exclamó:

—¡¿Sienna?!

Silencio. Debía de estar todavía en el apartamento del vecino buscando ropa.

Convencido de que comprendería la intrusión, Langdon abrió el portátil y lo encendió.

La pantalla cobró vida con un parpadeo. El fondo era la típica «nube azul» de Windows. Acto seguido, abrió la página de Google Italia y tecleó «Robert Langdon».

«Si mis alumnos pudieran verme ahora», pensó mientras comenzaba la búsqueda. No dejaba de reprenderles por buscarse en Google, un nuevo pasatiempo que reflejaba la obsesión con la celebridad personal que había poseído a la juventud estadounidense.

La página mostró cientos de resultados relacionados con él, sus libros y sus conferencias. «Esto no es lo que estoy buscando».

Langdon seleccionó el botón de noticias para restringir la búsqueda.

Apareció una nueva página: resultados de noticias para «Robert Langdon».

Firmas de libros: Robert Langdon aparecerá…

Discurso de graduación de Robert Langdon…

Robert Langdon publica un manual básico sobre símbolos para…

La lista se extendía varias páginas, pero no encontró nada reciente y, desde luego, nada que explicara su estado actual. «¿Qué sucedió anoche?». Langdon abrió entonces la página web de *The Florentine*, un periódico en lengua inglesa publicado en Florencia. Revisó los titulares, la sección de últimas noticias y el blog de la policía, pero solo encontró artículos sobre un incendio en un apartamento, un escándalo sobre malversación de fondos y diversos incidentes relacionados con delitos menores.

«¡¿No hay nada?!».

Se detuvo un momento en una noticia de última hora sobre un alto cargo municipal que había muerto la noche anterior de un ataque al corazón en la plaza que había delante de la catedral. El nombre de la víctima todavía no había sido revelado, pero no se sospechaba que fuera un acto criminal.

Sin saber qué más hacer, finalmente Langdon entró en su cuenta de correo electrónico de Harvard para echar un vistazo a sus mensajes, por si ahí encontraba alguna respuesta. Lo único que halló, sin embargo, fue la habitual ristra de *e-mails* de colegas, alumnos y amigos, la mayoría de los cuales estaban relacionados

con citas de la semana siguiente.

«Es como si nadie supiera que me he ido».

Con creciente incertidumbre, Langdon apagó el computador y cerró la tapa. Estaba a punto de salir de la habitación cuando algo llamó su atención. En un rincón del escritorio de Sienna, en lo alto de una pila de viejas revistas médicas y papeles, había una vieja Polaroid. La instantánea mostraba a Sienna Brooks y a su compañero de la barba riendo en un pasillo del hospital.

«El doctor Marconi», pensó Langdon al tomar la fotografía y contemplarla; sin poder evitar sentirse culpable.

Cuando volvió a dejarla sobre la pila de libros, advirtió con sorpresa el cuadernillo amarillo que había en lo alto: un maltrecho programa del teatro Globe de Londres. Según la portada, era de una producción de *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare…, que se había representado hacía más de veinticinco años.

En la parte superior había un mensaje escrito en rotulador permanente: «Cariño, nunca olvides que eres un milagro».

Langdon agarró el cuadernillo y unos cuantos recortes de periódico cayeron sobre el escritorio. Se dispuso a colocarlos de nuevo en su sitio pero, al abrir el programa por la desgastada página de la que habían caído, se detuvo en seco.

Ante sí tenía una fotografía de la actriz infantil que interpretaba a Puck, el travieso duende de Shakespeare. Era una niña que no debía de tener más de cinco años, y llevaba el cabello recogido de manera familiar.

Debajo se podía leer:

HA NACIDO UNA ESTRELLA.

Se trataba de un efusivo relato acerca de una niña prodigio —Sienna Brooks— con un coeficiente intelectual fuera de lo común. En una sola noche, la niña había memorizado las líneas de todos los personajes y, durante los ensayos iniciales, a menudo les daba el pie a los demás miembros del reparto. Entre sus aficiones se encontraban el violín, el ajedrez, la biología y la química. Era hija de una adinerada pareja del suburbio londinense de Blackheath, y una celebridad en los círculos científicos: a los cuatro años había vencido a un maestro de ajedrez en su propio juego, y leía en tres

idiomas.

«Dios mío —pensó entonces Langdon—. Sienna. Esto explica unas cuantas cosas».

Recordó que uno de los graduados de Harvard más famosos fue un niño prodigio llamado Saul Kripke que, a los seis años, había aprendido hebreo por sí mismo y, a los doce, había leído las obras completas de Descartes. También recordaba a otro joven fenómeno más reciente llamado Moshe Kai Cavalin que, a los once años, había obtenido un grado universitario con una nota media de 4.0 y había conseguido un título nacional de artes marciales; a los catorce había publicado un libro titulado *Podemos hacerlo*.

Langdon tomó otro recorte de periódico. Era un artículo con una fotografía de Sienna a los siete años:

GENIO INFANTIL CON UN COEFICIENTE INTELECTUAL DE 208.

Él no sabía que los coeficientes intelectuales llegaban a esa cifra. Según el artículo, Sienna Brooks era una virtuosa violinista, podía dominar un idioma en un mes, y estaba aprendiendo por sí misma anatomía y fisiología.

Luego vio otro recorte de una revista médica:

EL FUTURO DEL PENSAMIENTO: NO TODOS LOS ANIMALES
HAN SIDO CREADOS IGUALES.

En ese artículo había una fotografía de Sienna con unos diez años, tan rubia como siempre, de pie junto a un enorme aparejo médico. El artículo contenía una entrevista con un doctor que explicó que los escáners PET del cerebelo de Sienna habían revelado que era físicamente diferente de otros cerebelos. El suyo era un órgano más grande y aerodinámico, capaz de manipular el contenido visual-espacial de un modo en que la mayoría de seres humanos no podía siquiera imaginar. El médico achacó la ventaja física de Sienna a un inusual crecimiento acelerado de las células de su cerebro; algo parecido al cáncer salvo que, en vez de peligrosas células cancerígenas, lo que se había acelerado era el crecimiento de tejido cerebral benigno.

Langdon encontró otro recorte más, esta vez de un periódico local.

LA MALDICIÓN DE LA BRILLANTEZ.

No había ninguna fotografía. El artículo hablaba de una joven genio, Sienna Brooks, que había intentado asistir a escuelas normales. En estas, sin embargo, se burlaban de ella porque no encajaba. Luego describía la soledad que sentían los jóvenes superdotados cuyas herramientas sociales no estaban al nivel de su intelecto, y que a menudo se veían marginados por los demás.

Según el artículo, Sienna había huido de casa a los ocho años y había sido capaz de vivir sola durante diez días sin que la descubrieran. Finalmente, la habían encontrado en un lujoso hotel londinense, donde se hizo pasar por la hija de un huésped, robó una llave y subsistió gracias al servicio de habitaciones, que cargaba a nombre de otra persona. Al parecer, se había pasado la semana leyendo las mil seiscientas páginas de la *Anatomía de Gray*. Cuando las autoridades le preguntaron por qué estaba leyendo textos médicos, ella les contestó que quería averiguar qué le pasaba a su cerebro.

Langdon se compadeció de esa niña. Era incapaz de imaginarse lo solitaria que debía de ser la vida de alguien tan profundamente distinto. Volvió a doblar los artículos, y se detuvo un momento para mirar por última vez la fotografía de Sienna a los cinco años, caracterizada como Puck. Teniendo en cuenta las surreales circunstancias de su encuentro, Langdon tenía que admitir que su interpretación del travieso duende inductor de sueños parecía adecuada. Deseó entonces poder despertar y, al igual que los personajes de la obra, descubrir que todos los acontecimientos recientes no habían sido más que un sueño.

Langdon volvió a colocar con cuidado todos los recortes en la página donde estaban antes y cerró el programa. Al ver la nota de la portada volvió a sentir una inesperada melancolía: «Cariño, nunca olvides que eres un milagro».

Se fijó entonces en el familiar símbolo que adornaba la portada del programa. Era el mismo pictograma griego que decoraba la mayoría de programas teatrales del mundo, un símbolo de dos mil

quinientos años que se había convertido en sinónimo de teatro dramático.

Le maschere.



Langdon se quedó mirando los icónicos rostros de la Comedia y la Tragedia y de repente oyó un extraño zumbido, como si un cable se tensara poco a poco en el interior de su mente. Una punzada de dolor le atravesó el cráneo y ante sus ojos comenzó a desfilar la visión de una máscara flotante. Dejó escapar un grito ahogado y se llevó las manos a la cabeza. Acto seguido se sentó en la silla y cerró los ojos con fuerza.

Al hacerlo, las extrañas visiones volvieron a su mente con toda su crudeza.

La mujer del cabello plateado y el amuleto le llamaba desde el otro lado del río teñido de sangre. Sus desesperados gritos atravesaban el pútrido aire y se oían con claridad por encima de los sonidos de los cuerpos atormentados y moribundos que se extendían hasta donde llegaba la vista. Langdon volvió a ver el cuerpo medio enterrado boca abajo que agitaba con desesperación las piernas en el aire. Justo en ellas se distinguía claramente una letra erre.

—¡Busca y hallarás! —le dijo la mujer a Langdon—. ¡El tiempo se está agotando!

Langdon volvió a sentir la abrumadora necesidad de ayudarla, de ayudarlos a todos.

—¡¿Quién eres?! —gritó él desde el otro lado del río teñido de sangre.

De nuevo, la mujer levantó los brazos y se retiró el velo, dejando a la vista el mismo rostro cautivador que Langdon había visto antes.

—Yo soy la vida —dijo ella.

Sin más aviso, una colosal imagen apareció en el cielo sobre la cabeza de la mujer: una aterradora máscara con una nariz larga y picuda y dos ojos verdes e inexpresivos que observaban a Langdon.

—Y yo soy la muerte —dijo una resonante voz.

8

Sobresaltado, Langdon abrió los ojos y procuró recobrar el aliento. Seguía sentado en el escritorio de Sienna con las manos en la cabeza. El corazón le latía con fuerza.

«¿Qué diablos me está pasando?».

No podía dejar de pensar en la imagen de la mujer del cabello plateado y la máscara picuda. «Yo soy la vida. Yo soy la muerte». Intentó desembarazarse de la visión, pero parecía haberse grabado con fuerza en su mente. Las dos máscaras del programa teatral lo miraban desde el escritorio.

«Tus recuerdos seguirán desordenados y sin catalogar —le había dicho Sienna—. Mezclarás pasado, presente y fantasías».

Langdon se sintió mareado.

En algún lugar del apartamento, sonó un teléfono. Era un timbre agudo y anticuado que parecía provenir de la cocina.

—¡¿Sienna?! —exclamó Langdon al tiempo que se ponía de pie.

Nadie respondió.

Todavía no había vuelto. El timbre sonó dos veces más y luego saltó el contestador automático.

«*Ciao, sono io* —declaró alegremente la voz de Sienna en el mensaje—. *Lasciatemi un messaggio e vi richiamerò*».

Se oyó un sonido, y luego el mensaje de una asustada mujer con un marcado acento de Europa del este. Su voz resonó por el pasillo.

«¡*Szienna*, soy Danikova! ¡¿Dónde *estász*?! ¡Terrible! Tu amigo doctor Marconi, ¡muerto! ¡*Hoszpital* todo el mundo frenético! ¡*Polizía* aquí! ¡¿Gente dice que tú salir corriendo para salvar paciente?! ¡¿Por qué?! ¡No lo conoces! ¡Ahora *polizía* querer hablar contigo! ¡Tener tu expediente! ¡Yo sé que información mentira (dirección mala, no números teléfono, visa trabajo falsa), así que no encontrarán hoy, pero pronto sí! Quería avisar. Lo siento, *Szienna*».

La llamada terminó.

Langdon sintió que lo embargaba una nueva oleada de remordimiento. A juzgar por el mensaje, el doctor Marconi había permitido a Sienna trabajar en el hospital de forma irregular. La aparición de Langdon, sin embargo, le había costado la vida al doctor, y salvar a un desconocido tendría duras consecuencias para ella.

Justo entonces oyó que al otro extremo del apartamento se cerraba la puerta de entrada.

«Ha regresado».

Un momento después, oyó que Sienna reproducía el mensaje que le habían dejado en el contestador.

«¡*Szienna*, soy Danikova! ¡¿Dónde *estász*?!…».

Langdon no pudo evitar hacer un gesto de disgusto al pensar en el mensaje que Sienna estaba a punto de oír. Mientras este se reproducía, volvió a dejar en su sitio el programa teatral para despejar la mesa y luego cruzó rápidamente el pasillo de vuelta al cuarto de baño. Se sentía algo incómodo por su pequeña intrusión en el pasado de ella.

Diez segundos después, oyó que su anfitriona llamaba con suavidad a la puerta.

—Te dejo la ropa colgada en la manilla —dijo Sienna, con la voz quebrada por la emoción.

—Muchas gracias —contestó Langdon.

—Cuando hayas terminado ven a la cocina, por favor —añadió ella—. Hay algo importante que debo enseñarte antes de que llamemos a nadie.

Sienna recorrió cansinamente el pasillo hasta el modesto dormitorio del apartamento.

Tras tomar unos pantalones y un suéter de la cómoda, se dirigió a su cuarto de baño.

Sin apartar la mirada de su imagen en el espejo, extendió los brazos, agarró un mechón de su espesa cabellera rubia y tiró con fuerza. La peluca dejó a la vista su cuero cabelludo. Una mujer calva de treinta y dos años le devolvió la mirada.

Sienna había tenido que vérselas con no pocos desafíos en la vida, y a pesar de que siempre había contado con el intelecto para superar las adversidades, la situación actual la había alterado

profundamente a nivel emocional.

Dejó la peluca a un lado y se limpió la cara y las manos. Tras secarse, se cambió de ropa y puso de nuevo la peluca con mucho cuidado. La autocompasión era un impulso que Sienna rara vez toleraba, pero ahora que las lágrimas surgían de lo más hondo, sabía que no tenía otra opción que dejarse llevar.

Y así lo hizo.

Lloró por la vida que no podía controlar.

Lloró por el mentor que había muerto ante sus ojos.

Lloró por la profunda soledad que atenazaba su corazón.

Y, sobre todo, lloró por el futuro, que de repente le parecía tan incierto.

9

En las entrañas de la embarcación de lujo, el facilitador Laurence Knowlton permanecía sentado en su cubículo de cristal y contemplaba con incredulidad la pantalla de su computador después de haber visto el video que su cliente les había dejado.

«¿Se supone que debo enviar esto a los medios de comunicación mañana temprano?».

En los diez años que llevaba trabajando para el Consorcio, Knowlton había realizado todo tipo de extrañas tareas que —era consciente de ello— se encontraban en algún lugar entre lo deshonesto y lo ilegal. Actuar en un terreno moralmente ambiguo era algo habitual en el Consorcio, una organización cuya única directriz ética consistía en hacer todo lo que fuera necesario para mantener la promesa hecha a un cliente.

«Llegamos hasta el final. Sin hacer preguntas. Cueste lo que cueste».

La perspectiva de hacer público ese video, sin embargo, le inquietaba mucho. En el pasado, por extraña que fuera la tarea que le tocara realizar, siempre había comprendido su lógica, los motivos que había detrás, el resultado deseado.

Ese video, en cambio, resultaba desconcertante.

En él había algo distinto.

Muy distinto.

Knowlton decidió verlo otra vez con la esperanza de que un segundo vistazo pudiera arrojar más luz al respecto. Subió el volumen y se preparó para revisitar los nueve minutos de grabación.

Como antes, el video comenzaba con el suave sonido del chapoteo del agua en el interior de la espeluznante caverna bañada por una luz roja. De nuevo, la imagen se sumergía bajo la superficie del agua hasta llegar al suelo lodoso de la caverna. Y, de nuevo,

Knowlton leyó el texto de la placa sumergida:

EN ESTE LUGAR, EN ESTA FECHA,
EL MUNDO CAMBIÓ PARA SIEMPRE.

Que la brillante placa estuviera firmada por el cliente del Consorcio resultaba inquietante. Que la fecha fuera *mañana* no hacía sino preocupar cada vez más a Knowlton. Era lo que aparecía a continuación, sin embargo, lo que le ponía nervioso de verdad.

La imagen se desplazaba entonces hacia la izquierda y enfocaba un desconcertante objeto que permanecía suspendido junto a la placa.

Ahí, sujeta al suelo mediante un corto filamento, había una ondulante esfera de plástico muy fino. Meciéndose con delicadeza, como una enorme burbuja de jabón, ese objeto transparente flotaba como un globo submarino lleno, no de helio, sino de una especie de líquido gelatinoso amarillo pardusco. El diámetro de esa amorfa bolsa distendida parecía de unos treinta centímetros. Dentro de sus paredes transparentes, la turbia nube de líquido parecía arremolinarse lentamente, como el ojo de una tormenta gestándose en silencio.

«Dios mío», pensó Knowlton, y sintió un sudor frío. La bolsa suspendida parecía incluso más siniestra la segunda vez.

Poco a poco, la imagen se fundía a negro.

Y luego aparecía otra nueva: la húmeda pared de la caverna, con el reflejo de las ondulaciones del lago iluminado. En la pared, aparecía una sombra…, la sombra de un hombre de pie en la cueva.

Su cabeza, sin embargo, era deforme.

En vez de nariz, el hombre tenía un largo pico… como si fuera medio pájaro.

Al hablar, su voz sonaba apagada y lo hacía con una elocuencia fantasmagórica y una cadencia medida como si fuera el narrador de una especie de coro clásico.

Knowlton permanecía inmóvil, sin apenas respirar, atento a las palabras de la sombra picuda.

Yo soy la Sombra.

Si estás viendo esto, es que mi alma ha encontrado al fin la paz.

Empujado a la clandestinidad, me veo obligado a dirigirme al mundo desde las entrañas de la Tierra, confinado a esta lúgubre caverna cuyas aguas teñidas de rojo conforman la laguna que no refleja las estrellas.

Pero este es mi paraíso, el útero perfecto para mi frágil hijo.

Inferno.

Pronto sabrán qué he dejado tras de mí.

Y, sin embargo, incluso aquí percibo los pasos de las almas ignorantes que me persiguen, dispuestas a hacer lo que haga falta para frustrar mi empresa.

«Perdónalos», podrán decir, «pues no saben lo que hacen». Pero llega un momento en la historia en el que la ignorancia ya no es un defecto disculpable; llega un momento en el que solo la sabiduría tiene el poder de la absolución.

Con pureza de conciencia les entrego el regalo de la Esperanza, de la salvación, del mañana.

Y, sin embargo, todavía hay quienes me persiguen como si fuera un perro, alimentados por la arrogante creencia de que estoy loco. ¡Como la hermosa mujer del cabello plateado que se atreve a llamarme monstruo! Igual que los clérigos ciegos que conspiraron para que se ajusticiara a Copérnico, me desprecia como a un demonio, temerosa de que haya atisbado la Verdad.

Pero yo no soy un profeta.

Yo soy la salvación para ustedes.

Yo soy la Sombra.

10

—Siéntate —dijo Sienna—, tengo que hacerte unas preguntas.

Langdon entró en la cocina. Ahora su paso ya era mucho más firme. Llevaba el traje Brioni de su vecino, y había descubierto con sorpresa que le quedaba bastante bien. Incluso los mocasines eran cómodos y, mentalmente, tomó nota de pasarse al calzado italiano cuando llegara a casa.

«Si es que llego», pensó.

Sienna, toda una belleza, se había transformado por completo. Ahora iba con unos pantalones entallados y un suéter de color crema. Ambas prendas realzaban su ágil figura. Seguía llevando el cabello recogido y sin el aire autoritario del traje quirúrgico parecía más vulnerable. Langdon advirtió que tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando, y volvió a sentirse embargado por un abrumador sentimiento de culpa.

—Lo siento, Sienna. He oído el mensaje telefónico. No sé qué decir.

—Gracias —respondió ella—, pero ahora debemos centrarnos en ti. Por favor, siéntate.

Ahora su tono era más firme, y Langdon recordó los artículos que acababa de leer sobre su intelecto y su infancia.

—Necesito que pienses —dijo Sienna, indicándole que se sentara—. ¿Puedes recordar cómo hemos llegado a este apartamento?

Langdon no estaba seguro de qué importancia tenía eso.

—En un taxi —dijo, sentándose a la mesa—. Alguien nos estaba disparando.

—Disparándote a ti. Dejemos eso claro.

—Sí. Lo siento.

—¿Y recuerdas algún disparo mientras estabas en el taxi?

«Qué pregunta más extraña».

—Sí, dos. Uno ha impactado en el retrovisor lateral, y el otro ha

hecho pedazos la luna trasera.

—Está bien, ahora cierra los ojos.

Langdon comprendió que estaba examinando su memoria. Cerró los ojos.

—¿Qué llevo puesto?

Langdon la visualizó a la perfección.

—Zapatos planos de color negro, pantalones y un suéter de color crema con el cuello en V. Tienes el cabello rubio, te llega a los hombros y lo llevas recogido. Tus ojos son marrones.

Langdon abrió los ojos y se la quedó mirando, satisfecho de comprobar que su memoria eidética funcionaba a la perfección.

—Muy bien. Tu capacidad cognitiva visual es excelente, lo cual confirma que tu amnesia es solo retrógada, y que en el proceso de creación de recuerdos no hay ninguna lesión permanente. ¿Te has acordado de algo de los últimos días?

—Lamentablemente, no. Y cuando te has ido he tenido otra oleada de visiones.

Langdon contó la alucinación de la mujer del velo, la multitud de cadáveres y las piernas del cuerpo medio enterrado, agitándose y marcadas con la letra erre. Luego le explicó lo de la rara máscara picuda suspendida en el cielo.

—¿«Yo soy la muerte»? —preguntó Sienna con preocupación.

—Eso es lo que decía, sí.

—Está bien. Supongo que eso gana a «Soy Vishnú, destructor de mundos». —La joven acababa de citar lo que dijo Robert Oppenheimer al hacer las pruebas de la primera bomba atómica—. ¿Y la máscara de ojos verdes con nariz en forma de pico? —preguntó con desconcierto—. ¿Tienes alguna idea de por qué tu mente ha evocado esa imagen?

—No, pero se trata de un tipo de máscara bastante habitual en la Edad Media. —Langdon se detuvo un momento—. Se llama máscara de la peste.

Sienna se mostró extrañamente intranquila.

—¿Máscara de la peste?

Langdon le explicó que en el mundo de la simbología, la especial forma de esa máscara de largo pico era casi siempre un sinónimo de la Peste Negra, la plaga mortal que barrió Europa en el siglo XIV y mató en algunas regiones hasta un tercio de la población. Muchos

creían que lo de «negra» era una referencia al oscurecimiento de la carne de las víctimas debido a la gangrena y a las hemorragias subepidérmicas, pero en realidad se debía al hondo pavor que la pandemia causó entre la población.

—Esa máscara de largo pico —dijo Langdon— la llevaban los médicos medievales para mantener la pestilencia lejos de sus orificios nasales cuando trataban a sus pacientes. Hoy en día, solo se ve en algunos disfraces durante el carnaval de Venecia, un escalofriante recordatorio de ese sombrío período de la historia de Italia.

—¿Y estás seguro de que has visto una de estas máscaras en tus visiones? —preguntó Sienna con voz trémula—. ¿La máscara de un médico medieval de la peste?

Langdon asintió. «Una máscara picuda no se confunde con facilidad».

Por cómo Sienna frunció el entrecejo, Langdon tuvo la impresión de que estaba intentando averiguar el mejor modo de darle malas noticias.

—¿Y la mujer no dejaba de decirte que «buscaras y hallarías»?

—Sí. Igual que antes. El problema es que no sé qué debo buscar.

Sienna dejó escapar un largo suspiro.

—Creo que yo sí lo sé. Es más, creo que ya lo has encontrado.

Langdon se la quedó mirando fijamente.

—¡¿De qué estás hablando?!

—Robert, cuando anoche llegaste al hospital, llevabas algo inusual en el bolsillo de la chaqueta, ¿recuerdas qué era?

Langdon negó con la cabeza.

—Llevabas un objeto… sorprendente. Lo encontré por casualidad cuando te estábamos limpiando. —Se volvió hacia la desmejorada chaqueta de *tweed* Harris que descansaba sobre la mesa—. Si quieres echarle un vistazo, todavía está en el bolsillo.

Langdon se volvió hacia su saco. «Al menos eso explica por qué volvió para rescatarlo». Agarró la ensangrentada prenda y revisó uno a uno todos los bolsillos. Nada. Lo comprobó de nuevo. Finalmente, se volvió hacia Sienna y se encogió de hombros.

—Aquí no hay nada.

—¿Y qué hay del bolsillo secreto?

—¿Cómo? Mi chaqueta no tiene ningún bolsillo secreto.

—¿No? —Parecía desconcertada—. Entonces, ¿es de otra persona?

Langdon se volvió a sentir confundido.

—No, es mía.

—¿Estás seguro?

«Por supuesto que lo estoy —pensó—. De hecho, era mi Camberley favorita».

Langdon le dio la vuelta para dejar el forro a la vista y le mostró a Sienna la etiqueta con su símbolo favorito del mundo de la moda, el icónico logo del *tweed* Harris: una esfera adornada con trece joyas en forma de botón y coronada por una cruz de Malta.

«Solo a los escoceses se les ocurriría invocar a los guerreros cristianos en una prenda de tela asargada».

—Mira esto —dijo Langdon, señalando las iniciales «R. L.» bordadas a mano en la etiqueta. Siempre llevaba modelos de *tweed* Harris hechos a medida, y por eso siempre pagaba un poco más para que bordaran sus iniciales en la etiqueta. En un campus universitario en el que cientos de personas se quitaban y ponían continuamente sacos de *tweed* en comedores y aulas, Langdon no tenía intención alguna de salir perdiendo en un intercambio accidental.

—Te creo —dijo ella tomándole la chaqueta de las manos—. Ahora fíjate bien.

Sienna abrió todavía más la chaqueta para dejar a la vista el forro a la altura de la nuca. Ahí, muy bien oculto, había un amplio bolsillo.

«¡¿Qué diablos…?!».

Langdon estaba seguro de que nunca lo había visto.

Se trataba de una costura perfectamente disimulada.

—¡Eso no estaba antes ahí! —insistió él.

—¿Entonces nunca habías visto esto? —Sienna metió la mano en el bolsillo y sacó un reluciente objeto metálico que dejó en las manos de Langdon.

Él bajó la mirada, estupefacto.

—¿Sabes qué es? —preguntó Sienna.

—No… —balbuceó él—. Nunca había visto nada igual.

—Bueno, por desgracia yo sí lo sé. Y estoy bastante segura de que es la razón por la que alguien está intentando matarte.

Sin dejar de dar vueltas alrededor de su cubículo en el *Mendacium*, el facilitador Knowlton pensó en el video que debía hacer público al día siguiente por la mañana y no pudo evitar sentir una creciente inquietud.

«¿Yo soy la Sombra?».

Según los rumores, meses atrás ese cliente en particular había sufrido una crisis psicótica. El video parecía confirmarlo más allá de toda duda.

Knowlton sabía que tenía dos opciones. O bien lo dejaba listo para su envío tal y como habían prometido, o se lo mostraba al comandante para una segunda opinión.

«Aunque en realidad ya sé cuál será —pensó, pues nunca le había visto hacer otra cosa que no fuera lo prometido al cliente—. Me dirá que lo haga público, sin hacer más preguntas y se enfadará por haber sido molestado».

Knowlton volvió entonces su atención al video, que había rebobinado hasta un punto particularmente perturbador, y lo reprodujo de nuevo. La siniestra caverna iluminada reapareció junto a los sonidos del agua. Y la sombra de un hombre alto con un largo pico de pájaro se proyectó una vez más en la húmeda pared.

Entonces, la sombra deforme comenzaba a hablar con voz apagada:

> Estamos en una nueva Edad Media:
>
> Siglos atrás, Europa estaba inmersa en su propia miseria; la población vivía hacinada, muerta de hambre y sumida en el pecado y la desesperanza. Era como un bosque demasiado poblado y asfixiado por la sequedad, a la espera del rayo de Dios, la chispa que finalmente encendería un fuego que se extendería por la Tierra y la despejaría de vegetación seca, permitiendo que la luz del sol llegara de nuevo a las raíces sanas.
>
> El sacrificio selectivo es el Orden Natural de Dios.
>
> Pregúntate: ¿Qué siguió a la Peste Negra?
>
> Todos sabemos la respuesta.
>
> El Renacimiento.
>
> Un renacer.

Siempre ha sido así. A la muerte le sigue el nacimiento.

Para alcanzar el paraíso, el hombre debe pasar por el infierno.

Eso es lo que nos enseñó el maestro.

¿Y esa ignorante del cabello plateado todavía se atreve a llamarme monstruo? ¿Es que no entiende las matemáticas del futuro? ¿Los horrores que nos esperan?

Yo soy la Sombra.

Yo soy la salvación para ustedes.

De modo que aquí estoy, en lo más hondo de esta caverna, contemplando la laguna que no refleja las estrellas. Hundido en este palacio sumergido, el infierno se cuece bajo las aguas.

Pronto estallará en llamas.

Y, cuando lo haga, nada en la Tierra será capaz de detenerlo.

11

El objeto que Langdon tenía en las manos era sorprendentemente pesado para su tamaño. Se trataba de un cilindro metálico estrecho y liso, de unos quince centímetros y con los extremos redondeados, como un torpedo en miniatura.

—Antes de manipularlo con brusquedad —dijo Sienna—, será mejor que mires el otro lado. —Le sonrió con nerviosismo—. ¿No decías que eras profesor de simbología?

Langdon bajó la mirada y le dio la vuelta al tubo hasta que el brillante símbolo rojo quedó a la vista.

Al instante, su cuerpo se tensó.

Como especialista en iconografía, Langdon sabía que muy pocas imágenes tenían el poder de inspirar un miedo instantáneo en la mente humana… El símbolo que tenía ante sí sin duda formaba parte de esa lista. Su reacción fue visceral e inmediata. Dejó el tubo en la mesa y echó la silla hacia atrás.

Sienna asintió.

—Sí, esa también fue mi reacción.

La imagen que había en el tubo era un sencillo icono trilateral.



Langdon había leído que ese afamado símbolo había sido desarrollado por la empresa Dow Chemical en la década de 1960 para reemplazar toda la serie de inútiles símbolos de advertencia que se habían estado usando hasta entonces. Como todos los que tienen éxito, era sencillo, distintivo y fácil de reproducir. El símbolo moderno para advertir de «riesgo biológico» evocaba hábilmente multitud de elementos peligrosos, que iban desde las pinzas de un cangrejo a los cuchillos arrojadizos de los ninjas, y se había

convertido en una marca global que transmitía la idea de peligro en cualquier idioma.

—Este pequeño recipiente es un biotubo —dijo Sienna—. Se utiliza para transportar sustancias peligrosas. En medicina los vemos de vez en cuando. En el interior hay una funda de espuma donde se insertan las probetas con muestras para poder transportarlas de forma segura. En este caso… —señaló el símbolo de riesgo biológico—, imagino que se trata de un agente químico mortal, o quizá de un virus. —Se detuvo un momento—. Las primeras muestras de Ébola las trajeron de África en un tubo parecido a este.

No era lo que a Langdon le hubiera gustado oír.

—¡¿Y qué demonios está haciendo en mi saco?! Soy profesor de historia del arte, ¡¿por qué llevo algo así?!

Recordó las violentas imágenes de cuerpos retorciéndose y, suspendida en el aire encima de ellos, la máscara de la peste.

«*Very sorry… Very sorry*».

—Sea cual sea su origen —dijo Sienna—, se trata de una unidad de alta gama. Titanio revestido de plomo. Casi impenetrable, ni siquiera por radiación. Imagino que pertenece a algún gobierno. —Señaló un sensor negro del tamaño de un sello que había al lado del símbolo de riesgo biológico—. Reconocimiento de huella dactilar. Una medida de seguridad por si lo roban o se pierde. Tubos como este solo los puede abrir una persona determinada.

Aunque la mente de Langdon ya funcionaba a velocidad normal, todavía tenía la sensación de que debía esforzarse para entender lo que estaba sucediendo. «He estado transportando un tubo sellado biométricamente».

—Cuando descubrí este tubo en tu ropa, quise mostrárselo al doctor Marconi en privado, pero no tuve oportunidad. Pensé en probar tu pulgar en el sensor mientras estabas inconsciente, pero no tenía ni idea de lo que había dentro, y…

—¡¿Mi pulgar?! —Langdon negó con la cabeza—. Es imposible que esta cosa esté programada para que yo la abra. No sé nada de bioquímica. Nunca había visto algo como esto.

—¿Estás seguro?

Langdon estaba absolutamente seguro. Extendió la mano y colocó el pulgar en el sensor. No pasó nada.

—¡¿Lo ves?! Ya te lo…

El tubo de titanio hizo clic, y Langdon retiró la mano de golpe, como si se hubiera quemado. «Dios mío». Se lo quedó mirando como si estuviera a punto de desenroscarse por sí solo y fuera a emitir un gas mortal. Tres segundos después, volvió a hacer clic y se cerró de nuevo.

Langdon se volvió hacia Sienna, sin saber qué decir.

La joven doctora suspiró hondo.

—Bueno, parece bastante claro que está pensado para que seas tú quien lo transporte.

A Langdon todo eso le parecía un sinsentido.

—Eso es imposible. En primer lugar, ¿cómo iba a pasar este objeto de metal a través de la seguridad del aeropuerto?

—Quizá volaste en un avión privado. O te lo dieron al llegar a Italia.

—Sienna, debo llamar al consulado. Inmediatamente.

—¿No crees que antes deberíamos abrirlo?

Langdon había cometido muchas imprudencias en su vida, pero abrir el envase de un material peligroso en la cocina de esa mujer no sería una más.

—Pienso entregar esto a las autoridades. Ahora.

Sienna apretó los labios mientras consideraba las opciones.

—Está bien, pero en cuanto llames, pasarás a depender solo de ti mismo. Yo no puedo estar implicada. Y de ninguna manera puedes quedar aquí con ellos. Mi situación legal en Italia es… complicada.

Langdon la miró directamente a los ojos y le habló con el corazón.

—Lo único que sé, Sienna, es que me has salvado la vida. Me ocuparé de esta situación como tú me pidas.

Ella asintió, agradecida. Luego se acercó a la ventana y miró a la calle.

—Muy bien, así es como debemos hacerlo.

Expuso su plan con rapidez. Era sencillo, inteligente y seguro.

Langdon observó cómo Sienna bloqueaba el identificador de llamada de su teléfono móvil y marcaba. Sus dedos eran delicados, pero se movían con determinación.

—*Informazioni abbonati?* —dijo Sienna con un impecable acento italiano—. *Per favore, può darmi il numero del Consolato*

americano di Firenze?

Esperó un momento, y luego anotó un número de teléfono.

—*Grazie mille* —dijo, y colgó.

Sienna le dio el número a Langdon junto con su teléfono móvil.

—Ya está. ¿Recuerdas qué tienes que decir?

—Mi memoria funciona perfectamente —le contestó él con una sonrisa mientras marcaba el número escrito en el papel. La línea comenzó a sonar.

«Que sea lo que Dios quiera».

Activó el altavoz y dejó el teléfono sobre la mesa para que Sienna pudiera oír la conversación. Salió un mensaje automático con información general sobre los servicios del consulado y el horario de atención. No abrían hasta las ocho y media.

Langdon consultó la hora en el teléfono móvil. Eran solo las seis de la mañana.

—Si se trata de una emergencia —dijo a continuación la grabación—, marque la extensión setenta y siete para hablar con el operador nocturno.

Langdon lo hizo.

La línea volvió a sonar.

—*Consolato americano* —dijo una voz cansada—. *Sono il funzionario di turno*.

—*Lei parla inglese?* —preguntó Langdon.

—Por supuesto —dijo el hombre en inglés norteamericano. Sonaba vagamente molesto, como si le hubieran despertado—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy estadounidense. Estoy de visita en Florencia y me han atacado. Me llamo Robert Langdon.

—Número de pasaporte, por favor. —Se oyó cómo el hombre bostezaba.

—He perdido el pasaporte. Creo que me lo han robado. Me han disparado en la cabeza. He estado en el hospital. Necesito ayuda.

El operador se espabiló de golpe.

—¡¿Qué dice, señor?! ¿Que le han disparado? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Robert Langdon.

Se oyó un ruido en la línea y luego cómo el hombre tecleaba. Un computador emitió un sonido. Hubo una pausa. Luego tecleó algo

más. Otro sonido. Luego tres más.

Una pausa más larga.

—Señor —dijo el hombre—. ¿Ha dicho que se llama Robert Langdon?

—Así es. Y estoy en un aprieto.

—Está bien, señor, su nombre tiene una alerta indicándome que lo ponga en contacto con el administrador jefe del cónsul general. —El hombre se quedó un momento callado, como si no se lo pudiera creer—. No cuelgue.

—¡Espere! ¿Puede decirme…?

La línea ya estaba sonando.

El timbre sonó cuatro veces y descolgaron.

—Aquí Collins —contestó una voz ronca.

Langdon respiró hondo y habló con la mayor serenidad y claridad con que fue capaz.

—Señor Collins, me llamo Robert Langdon. Soy estadounidense y estoy de visita en Florencia. Me han disparado. Necesito ayuda. Quiero ir inmediatamente al consulado. ¿Puede ayudarme?

Sin vacilación, la voz profunda contestó.

—Gracias a Dios que está vivo, señor Langdon. Lo hemos estado buscando.

12

«¿En el consulado saben que estoy en Florencia?».

Para Langdon, esa noticia fue un alivio inmediato.

El señor Collins —que se había presentado como el administrador jefe del cónsul general— hablaba con una cadencia firme y profesional, pero en su voz también era perceptible cierto apremio.

—Señor Langdon, tenemos que hablar enseguida —dijo Collins —. Y, obviamente, no por teléfono.

A esas alturas, a Langdon nada le parecía obvio, pero no iba a interrumpirle.

—Enviaré a alguien que lo recoja —sentenció Collins—. ¿Dónde se encuentra?

Al escuchar eso, Sienna se removió en su asiento nerviosamente. Langdon hizo un gesto con la cabeza para tranquilizarla e indicarle que tenía intención de seguir su plan al pie de la letra.

—Estoy en un pequeño hotel llamado Pensione la Fiorentina — dijo Langdon con la vista puesta en el humilde establecimiento que había al otro lado de la calle, y que Sienna le había mostrado unos minutos atrás. Le dio a Collins la dirección.

—De acuerdo —contestó el hombre—. Quédese donde está. Permanezca ahí, alguien irá inmediatamente. ¿En qué número de habitación se encuentra?

Langdon se inventó una.

—Treinta y nueve.

—Muy bien. Veinte minutos —Collins bajó el tono de voz—. Y, señor Langdon, parece que se encuentra usted herido y confuso, pero necesito saberlo, ¿todavía está en su posesión?

«En su posesión». Langdon no tuvo ninguna duda de que la pregunta, si bien críptica, solo podía tener un significado. Volvió la mirada hacia el biotubo que se encontraba sobre la mesa de la

cocina.

—Sí, señor, todavía lo tengo.

Collins suspiró hondo.

—Al no tener noticias suyas pensamos… Bueno, francamente, supusimos lo peor. Es un alivio confirmar que está bien. Permanezca donde está. No se mueva. Veinte minutos. Alguien llamará a la puerta de su habitación.

Collins colgó.

Langdon sintió que sus hombros se relajaban por primera vez desde que se había despertado en el hospital. «En el consulado saben qué está pasando, y pronto tendré respuestas». Cerró los ojos y dejó escapar un lento suspiro. Cada vez se sentía mejor, y ya casi no le dolía la cabeza.

—Bueno, todo esto parece de Misión Imposible —dijo Sienna medio en broma—. ¿Acaso eres un espía?

En aquel momento, Langdon ya no sabía quién era. La idea de que pudiera perder dos días de recuerdos y encontrarse en una situación desconocida le parecía impensable y, sin embargo, ahí estaba, a veinte minutos de un encuentro con un funcionario del consulado estadounidense en un hotel de mala muerte.

«¿Qué está pasando aquí?».

Se volvió hacia Sienna y cayó en la cuenta de que sus caminos estaban a punto de separarse. Por alguna razón, sin embargo, tenía la sensación de que entre ambos todavía había un asunto pendiente. Pensó en el doctor de la barba, muriendo en el suelo del hospital ante sus ojos.

—Sienna —susurró—, tu amigo… el doctor Marconi…, lo lamento mucho.

Ella asintió inexpresivamente.

—Y lamento mucho haberte involucrado en esto. Sé que tu situación en el hospital es anómala, y que si hay una investigación… —fue bajando el tono de voz hasta quedarse callado.

—No pasa nada —dijo ella—. Estoy acostumbrada a los traslados.

Langdon advirtió en su mirada distante que para ella esa mañana había cambiado todo. Y, a pesar de que su propia vida se encontraba sumida en el caos, no pudo evitar compadecerse de la

joven.

«Me ha salvado la vida y yo he arruinado la suya».

Permanecieron un minuto entero sentados en silencio. La tensión entre ambos había ido creciendo. Era como si ambos quisieran decir algo, pero no supieran qué. Al fin y al cabo, eran unos desconocidos que el azar había unido en un breve y extraño viaje que estaba a punto de llegar a una bifurcación. Ahora cada uno debería seguir su propio camino.

—Sienna —dijo finalmente Langdon—, cuando solucione esto con el consulado, si hay algo que pueda hacer por ti, no dudes en pedírmelo.

—Gracias —susurró ella con tristeza, y se volvió hacia la ventana.

Pasaron los minutos. Mientras miraba por la ventana de la cocina, Sienna se preguntó adónde la llevaría ese día. Dondequiera que fuera, no tenía ninguna duda de que, al final del mismo, su mundo sería muy distinto.

Sabía que con toda seguridad se debía a la adrenalina, pero se sentía extrañamente atraída por el profesor. Además de apuesto, parecía poseer buen corazón. En una remota vida paralela, Robert Langdon hubiera sido alguien con el que habría podido tener una relación.

«Él nunca me habría querido —pensó—. Para mí ya no hay remedio».

Sienna recobró la compostura al ver algo en el exterior que llamó su atención. Se puso de pie rápidamente y acercó el rostro al cristal.

—¡Robert, mira!

Langdon miró por la ventana y vio la lustrosa motocicleta BMW de color negro que acababa de detenerse ante la Pensione la Fiorentina. La conductora era esbelta y fuerte, e iba ataviada con un traje de cuero negro. Mientras descendía ágilmente de la moto y se quitaba el lustroso casco negro, Sienna advirtió que a Langdon se le cortaba la respiración.

El cabello en punta de la mujer era inconfundible.

La motociclista sacó una pistola, comprobó el silenciador y se la volvió a guardar en el bolsillo de la chamarra. Luego, moviéndose con letal elegancia, entró en el hotel.

—Robert —susurró Sienna con la voz quebrada por el miedo—. El gobierno estadounidense acaba de enviar a alguien para matarte.

13

Robert Langdon sintió una oleada de pánico. La mujer del cabello en punta acababa de entrar en el hotel que había al otro lado de la calle, pero él no comprendía cómo podía haber conseguido la dirección.

Sentía cómo la adrenalina fluía por su cuerpo, alterando una vez más su proceso de pensamiento.

—¿Mi propio gobierno ha enviado a alguien para matarme?

Sienna parecía igualmente sorprendida.

—Robert, eso significa que el anterior intento del hospital también fue cosa suya. —Se puso de pie y comprobó la cerradura de la puerta del apartamento—. Si el consulado tiene permiso para asesinarte… —No terminó la frase, pero tampoco hacía falta. Las implicaciones eran terroríficas.

«¿Qué diablos creen que he hecho? ¿Por qué mi propio gobierno va detrás de mí?».

De nuevo, Langdon oyó las dos palabras que al parecer balbuceaba cuando entró tambaleándose en el hospital.

«*Very sorry… Very sorry*».

—Aquí no estás a salvo —dijo Sienna, y se volvió hacia la calle —. No estamos a salvo. Esa mujer nos ha visto huir juntos del hospital. Apuesto lo que quieras a que tu gobierno y la policía también están intentando localizarme. El alquiler de este apartamento está a nombre de otra persona, yo lo tengo subarrendado, pero tarde o temprano me encontrarán. —Volvió a fijarse en el biotubo que estaba en la mesa—. Tienes que abrir eso, ahora.

Langdon se quedó mirando el artilugio de titanio. Solo veía el símbolo de riesgo biológico.

—Probablemente —dijo Sienna—, en su interior hay algún código de identificación, la pegatina de una agencia, un número de

teléfono, algo. Necesitas información. ¡Y yo también! ¡Tu gobierno ha matado a mi amigo!

El dolor que percibía en la voz de Sienna hizo que Langdon dejara a un lado sus reticencias. Asintió, consciente de que ella tenía razón.

—Sí, lo siento —titubeó Langdon, sintiéndose culpable.

Luego se acercó al tubo que había en la mesa, preguntándose qué respuestas se esconderían en su interior.

—Abrirlo podría ser muy peligroso.

Sienna lo consideró.

—Lo que haya dentro estará excepcionalmente bien resguardado, con toda probabilidad, en una probeta de resina sintética inastillable. El biotubo no es más que un caparazón exterior para que su traslado sea más seguro.

Langdon miró por la ventana la motocicleta negra que estaba aparcada delante del hotel. La mujer seguía dentro, pero pronto se daría cuenta de que él no se alojaba ahí. Se preguntó qué haría a continuación y cuánto tiempo pasaría antes de que estuviera llamando a la puerta del apartamento.

Se decidió, al fin. Tomó el tubo de titanio y colocó el pulgar en el sensor biométrico. Un momento después, hizo clic y se abrió.

Antes de que se cerrara otra vez, Langdon comenzó a girar las dos partes en direcciones opuestas. Cuando hubo dado un cuarto de vuelta, el recipiente volvió a hacer clic y Langdon supo que ya no había marcha atrás.

Siguió abriendo el tubo con manos sudorosas. Las dos mitades se deslizaban con suavidad en su rosca perfectamente torneada. Langdon se sentía como si estuviera a punto de abrir una valiosa muñeca rusa, salvo que en este caso no tenía ni idea de qué encontraría en su interior.

A la quinta vuelta, el artilugio se abrió. Langdon respiró hondo y separó las dos mitades con mucho cuidado. El hueco entre ambas se fue ampliando hasta dejar a la vista el interior. Langdon lo dejó sobre la mesa. El relleno protector recordaba de manera vaga a una pelota de goma, pero más alargada.

«Que sea lo que Dios quiera».

Retiró con cuidado la parte superior del material protector y dejó a la vista el objeto que había en su interior.

Sienna bajó la mirada y ladeó la cabeza, desconcertada.

—Definitivamente, no es lo que esperaba.

Langdon había imaginado que se trataría de alguna especie de frasco de aspecto futurista, pero el contenido del biotubo no tenía nada de moderno. Era un objeto ornamentado que parecía estar hecho de marfil tallado, y que tenía más o menos el tamaño de un paquete de caramelos Life Savers.

—Parece antiguo —dijo Sienna—. Una especie de…

—Es un sello cilíndrico —siguió Langdon, soltando por fin el aire que contenía en los pulmones.

Inventados por los sumerios en el año 3500 a. C., los sellos cilíndricos eran los precursores de la técnica de impresión del grabado calcográfico. Tallado con imágenes decorativas, el sello contenía un cilindro hueco a través del cual se insertaba un eje para poder hacer girar el tambor sobre la arcilla húmeda o la terracota, como un rodillo moderno, y así «imprimir» una serie recurrente de símbolos, imágenes o texto.

Ese sello en particular, supuso Langdon, debía de ser raro y valioso. Pero no entendía por qué estaba guardado dentro de un tubo de titanio como si fuera una especie de arma biológica.

Mientras le daba vueltas con cuidado en las manos, advirtió que la imagen tallada en este sello en particular era especialmente macabra: un Satán cornudo de tres cabezas que devoraba a tres hombres a la vez, uno con cada boca.

«Qué agradable».

Langdon observó entonces las siete letras talladas debajo del diablo. Como todos los textos de los rodillos de impresión, la ornamentada caligrafía estaba escrita de forma especular. Aun así, no tuvo dificultad alguna en leer las letras: SALIGIA.

Sienna aguzó la mirada y leyó la palabra en voz alta.

—¿Saligia?

Langdon sintió un escalofrío al oír la palabra en voz alta y asintió.

—Es un recurso mnemotécnico en latín inventado por el Vaticano en la Edad Media para recordar a los cristianos los Siete Pecados Capitales. Saligia es un acrónimo de: *superbia*, *avaritia*, *luxuria*, *invidia*, *gula*, *ira* y *acedia*.

Sienna frunció el entrecejo.

—Orgullo, avaricia, lujuria, envidia, gula, ira y pereza.

Langdon se quedó impresionado.

—Sabes latín.

—Mi educación es católica. Sé lo que es el pecado.

Langdon sonrió y, volviendo la mirada al sello, se preguntó otra vez por qué había sido guardado como si fuera peligroso.

—Creía que era de marfil —dijo Sienna—, pero es hueso. —Colocó el artilugio bajo la luz del sol y señaló las líneas del material —. Las estrías del marfil son translúcidas con forma de diamante; las de los huesos, en cambio, son paralelas y tienen pequeños hoyos oscuros.

Langdon agarró el sello con cuidado y examinó la talla más atentamente. En los sellos sumerios originales se tallaban figuras rudimentarias y textos en escritura cuneiforme. Este, en cambio, era mucho más elaborado. Medieval, supuso. Además, su iconografía tenía una inquietante conexión con las alucinaciones que había estado sufriendo.

Sienna lo miró con preocupación.

—¿Qué sucede?

—Un tema recurrente —dijo Langdon sombríamente, y señaló una de las tallas del sello—. ¿Ves este Satán de tres cabezas que devora a tres hombres? Es una imagen común de la Edad Media. Un icono asociado a la Peste Negra. Las tres bocas simbolizan la eficiencia con la que la plaga diezmó la población.

Sienna observó con inquietud el símbolo de riesgo biológico que decoraba el tubo.

Esa mañana, las alusiones a la plaga parecían ser más frecuentes de lo que Langdon quería admitir y, a regañadientes, advirtió otra conexión más.

—Saligia hace referencia a los pecados colectivos de la humanidad que, según la doctrina religiosa medieval…

—… fueron la razón por la cual Dios castigó al mundo con la Peste Negra —dijo Sienna, terminando la frase.

—Sí. —Langdon perdió el hilo de sus pensamientos y se quedó callado un instante. Acababa de darse cuenta de que había algo extraño. Normalmente, era posible ver a través del centro hueco del cilindro, como si fuera la sección de una tubería vacía. En ese caso, sin embargo, no se podía. «Hay algo insertado en el interior del

hueso». Colocó el extremo bajo la luz y comprobó que brillaba—. Hay algo dentro —dijo—. Y parece de cristal. Le dio la vuelta al cilindro para ver el otro extremo y, al hacerlo, se oyó el suave repiqueteo de un pequeño objeto que se desplazaba de un extremo al otro, como una bola dentro de un tubo.

Langdon se quedó inmóvil al tiempo que Sienna dejaba escapar un débil grito ahogado a su espalda.

«¡¿Qué ha sido eso?!».

—¿Has oído el ruido? —susurró Sienna.

Langdon asintió y observó atentamente el extremo del cilindro.

—La abertura parece estar bloqueada por algo… metálico.

«¿La tapa de una probeta, quizá?».

Sienna retrocedió.

—Está… ¿roto?

—No lo creo. —Con mucho cuidado, volvió a darle la vuelta al artilugio para examinar de nuevo el extremo de cristal y se oyó otra vez el ruido. Un instante después, el cristal del cilindro hizo algo inesperado: comenzó a iluminarse.

Sienna abrió los ojos como platos.

—¡Robert, detente! ¡No lo muevas!

14

Langdon se quedó inmóvil, sosteniendo el cilindro de hueso con la mano en alto. Sin duda alguna, el cristal que había a un extremo del tubo emitía una luz, como si de repente su contenido hubiese cobrado vida.

Un momento después, la luz volvió a apagarse.

Sienna se acercó. Su respiración era entrecortada. Ladeó la cabeza y estudió la sección de cristal que había dentro del hueso.

—Vuelve a darle la vuelta —susurró—. Poco a poco.

Langdon puso el cilindro boca abajo. De nuevo, un pequeño objeto recorrió la extensión del hueso y se detuvo en el otro extremo.

—Otra vez —dijo ella—. Con suavidad.

Langdon repitió el proceso, y de nuevo se oyó el ruido. Esta vez, el interior del cristal resplandeció débilmente durante un instante antes de apagarse otra vez.

—Debe de ser una probeta con una bola agitadora —declaró Sienna. Langdon estaba familiarizado con las bolas agitadoras que se utilizaban en las latas de pintura en *spray*, esas esferas que ayudaban a remover la pintura cuando uno agitaba la lata—. Puede que contenga alguna especie de componente químico fosforescente —continuó Sienna—, o un organismo bioluminiscente que resplandece cuando se estimula.

Langdon no estaba tan convencido. Aunque había visto varitas luminosas químicas y también plancton bioluminiscente que resplandecía cuando una embarcación removía su hábitat, estaba prácticamente seguro de que el cilindro que tenía en la mano no contenía ninguna de esas cosas. Le dio varias vueltas más al tubo hasta que se iluminó y entonces apuntó el extremo luminiscente a su palma. Como esperaba, una luz rojiza se proyectó en su piel.

«Es bueno saber que alguien con un coeficiente intelectual de

208 también puede equivocarse».

—Mira esto —dijo Langdon, y comenzó a agitar el tubo violentamente. El objeto que había en el interior repiqueteaba cada vez más rápido.

Sienna retrocedió dando un salto.

—¡¿Qué estás haciendo?!

Sin dejar de agitar el tubo, Langdon se acercó al interruptor de la luz y la apagó, dejando la cocina en relativa oscuridad.

—Lo que hay en el interior no es una probeta —dijo, agitando el cilindro con tanta fuerza como podía—. Es un puntero de corriente faradaica.

Uno de los alumnos le había dado una vez a Langdon un artilugio similar: un puntero láser para conferenciantes a los que no les gustaba malgastar pilas AAA y a quienes no les importaba realizar el esfuerzo de agitar el puntero durante unos segundos para transformar energía cinética en electricidad cuando lo necesitaban. Al agitar el artilugio, una bola metálica alojada en el interior iba de un lado a otro, atravesando una serie de paletas y accionando con ello un diminuto generador. Al parecer, alguien había decidido insertar un puntero como ese en un hueso hueco y tallado; un envoltorio antiguo para un moderno juguete electrónico.

Ahora, el extremo del puntero que tenía en la mano resplandecía intensamente, y Langdon se volvió hacia Sienna con una sonrisa en el rostro.

—Comienza el espectáculo.

Orientó el puntero con la funda de hueso hacia un espacio desnudo de la pared de la cocina. Cuando se iluminó, Sienna dejó escapar un grito. Fue Langdon, sin embargo, quien retrocedió sorprendido.

En la pared no apareció un pequeño punto rojo, sino una vívida fotografía en alta definición. El tubo la emitía como si fuera un antiguo proyector de diapositivas.

«¡Dios mío!». Al ver la macabra escena reproducida en la pared, a Langdon le comenzó a temblar la mano. «No es de extrañar que haya estado teniendo visiones relacionadas con la muerte».

A su lado, Sienna se llevó la mano a la boca y dio un vacilante paso hacia adelante, claramente fascinada por lo que estaba viendo.

La escena que proyectaba el hueso tallado era una lúgubre

representación al óleo del sufrimiento humano: miles de almas padeciendo espantosas torturas en los distintos niveles del infierno. El inframundo estaba representado como la sección transversal de un foso cavernoso en forma de embudo que descendía en la Tierra a una profundidad incalculable. Ese foso infernal estaba dividido en terrazas descendentes de un sufrimiento que iba en aumento, y cada uno de los niveles estaba poblado por atormentados pecadores de todo tipo.

Langdon reconoció la imagen al instante.

La obra maestra que tenían delante, el *Mappa dell'Inferno*, la había pintado uno de los gigantes del Renacimiento italiano: Sandro Botticelli. Consistía en un elaborado plano del inframundo y se trataba de una de las visiones de ultratumba más aterradoras jamás creadas. El cuadro era oscuro, lúgubre y terrorífico, e incluso hoy en día sobrecogía a quienes lo veían. A diferencia de sus vibrantes y coloridas *Primavera* o *El nacimiento de Venus*, Botticelli había elaborado este mapa del infierno con una deprimente paleta de rojos, sepias y marrones.

Langdon volvió a sentir de repente un lacerante dolor de cabeza y, sin embargo, por primera vez desde que se había despertado en el hospital, sintió que una pieza del rompecabezas encajaba en su lugar. Parecía evidente que sus sombrías alucinaciones estaban provocadas por ese famoso cuadro.

«Debo de haber estado estudiando el *Mapa del infierno* de Botticelli», pensó, aunque no tenía ni idea de por qué.

Si bien la pintura en sí resultaba perturbadora, era el origen del cuadro lo que provocaba en Langdon una creciente inquietud. Sabía bien que la inspiración de esa apocalíptica obra maestra no había tenido lugar en la mente del mismo Botticelli, sino en la de otra persona que vivió doscientos años antes que él.

«Una gran obra de arte inspirada por otra anterior».

El *Mapa del infierno* de Botticelli era en realidad un tributo a una obra literaria del siglo XIV que se había convertido en una de las piezas más célebres de la historia, una visión bastante macabra del infierno, cuyo eco llegaba hasta la actualidad.

El *Inferno* de Dante.

Al otro lado de la calle, Vayentha ascendió con sigilo una escalera de servicio y llegó al tejado de la adormecida Pensione la

Fiorentina. Langdon le había dado a su contacto del consulado un número de habitación inexistente y un punto de encuentro falso o «secundario», como lo llamaban en su línea de negocio; una técnica habitual que le permitía a uno valorar la situación antes de revelar la verdadera localización. Invariablemente, la localización falsa o secundaria se seleccionaba porque estaba a la vista de la verdadera.

En el tejado, Vayentha encontró un lugar estratégico desde el que podía ver toda la zona. Con calma, empezó a inspeccionar el edificio de apartamentos que había al otro lado de la calle.

«Su turno, señor Langdon».

Mientras tanto, a bordo del *Mendacium*, el comandante salió a la cubierta de caoba y respiró hondo, saboreando con ello el salado aire del mar Adriático. La embarcación había sido su hogar durante los últimos años. En ese momento, sin embargo, la serie de acontecimientos que estaban teniendo lugar en Florencia amenazaban con echar por tierra todo lo que había construido.

Su agente de campo Vayentha lo había puesto todo en peligro, y si bien sería amonestada cuando terminara esta misión, todavía la necesitaba en ese momento.

«Será mejor que vuelva a hacerse con el control de la situación».

Oyó unos rápidos pasos a su espalda y se dio la vuelta. Una de sus asistentes se acercaba a él a toda velocidad.

—¿Señor? —preguntó casi sin aliento cuando llegó a su lado—. Tenemos noticias. —Su voz atravesó el aire matutino con rara intensidad—. Parece que Robert Langdon acaba de acceder a su cuenta de correo electrónico de Harvard desde una dirección IP abierta. —Se detuvo y lo miró directamente a los ojos—. Su localización exacta ha quedado expuesta.

Al comandante le sorprendió que alguien pudiera ser tan imprudente. «Esto lo cambia todo». Juntó las yemas de los dedos y se quedó mirando la línea de la costa, considerando las implicaciones.

—¿Sabemos cuál es la situación de la unidad AVI?

—Sí, señor. Se encuentra a menos de tres kilómetros de la posición de Langdon.

El hombre solo necesitó un momento para tomar la decisión.

15

—*L'inferno di Dante* —susurró Sienna acercándose más a la cruda imagen del inframundo que había ahora en la pared de su cocina.

«La visión del infierno de Dante —pensó Langdon—, proyectada con todo detalle».

Considerada una de las obras más importantes de la literatura mundial, el *Inferno* fue el primero de los tres libros que conforman la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, un poema épico de 14 233 versos que describía su brutal descenso al inframundo, el tránsito a través del purgatorio, y la llegada final al paraíso. De las tres secciones de la *Comedia* —*Inferno*, *Purgatorio* y *Paradiso*—, la primera era de lejos la más leída y memorable.

Compuesto a principios del siglo XIV, *Inferno* redefinió la percepción medieval de la condenación eterna. Nunca antes el concepto de infierno había cautivado a las masas de un modo tan intenso. De la noche a la mañana, la obra de Dante convirtió el concepto abstracto del inframundo en algo aterrador. Era una visión visceral, palpable e inolvidable. No sorprende que, tras la publicación del poema, las iglesias católicas disfrutaran de un importante incremento en la asistencia de pecadores aterrados que querían evitar caer en la versión del averno que había concebido el poeta florentino.

Retratada aquí por Botticelli, esta terrorífica visión del infierno consistía en un embudo subterráneo de sufrimiento; un desolador paisaje de fuego, azufre, aguas residuales, monstruos y el mismísimo Satán en su centro. En el foso había nueve niveles, los nueve círculos del infierno, en los cuales se distribuían los pecadores de acuerdo con la profundidad de su culpa. Cerca de la cúspide, los lujuriosos o «pecadores carnales» sufrían las embestidas de una tempestad eterna, símbolo de su incapacidad para controlar

los deseos. Bajo ellos, los glotones yacían boca abajo en una repugnante ciénaga de aguas residuales, con la boca llena del producto de sus excesos. Más abajo, los herejes estaban atrapados en unos sepulcros en llamas, condenados al fuego eterno. Y así sucesivamente, cuanto más se descendía, peor era el castigo.

En los siete siglos que habían pasado desde su publicación, la visión que Dante creó del infierno había inspirado a algunas de las mentes más creativas de la historia la realización de tributos y variaciones. Longfellow, Chaucer, Marx, Milton, Balzac, Borges e incluso varios papas habían escrito obras basadas en el *Inferno*. Por su parte Monteverdi, Liszt, Wagner, Tchaikovski y Puccini habían compuesto piezas basadas en la obra de Dante, al igual que una de las cantantes favoritas de Langdon, Loreena McKennitt. Y en el mundo moderno de los videojuegos y las aplicaciones de iPad no faltaban las propuestas relacionadas con el poeta florentino.

Langdon, deseoso de compartir con sus alumnos su vibrante riqueza simbólica, impartía a veces un curso sobre la imaginería recurrente en Dante y las obras que había inspirado a lo largo de los siglos.

—Robert —dijo Sienna, acercándose más a la imagen de la pared—. ¡Mira eso! —Y señaló un punto en la base del infierno con forma de embudo.

La zona que señalaba se conocía como *Malebolge* (que significaba algo así como los «fosos del mal»). Era el octavo y penúltimo círculo del infierno y se dividía en diez fosos distintos, cada uno de los cuales estaba dedicado a un tipo de fraude específico.

—¡Mira! ¿No decías que en tu visión veías esto? —exclamó ella con gran excitación.

Langdon se fijó en el punto que señalaba Sienna, pero no vio nada. El pequeño proyector estaba perdiendo energía, y la imagen se había comenzado a desvanecer. Volvió a agitar el artilugio hasta que el cuadro volvió a ser visible. Esta vez colocó el cilindro más lejos de la pared, en el borde del mostrador que había al otro lado de la pequeña cocina, para que la imagen proyectada se viera más grande. Luego se acercó a Sienna para examinar con ella el reluciente mapa.

De nuevo, Sienna le señaló el octavo círculo del infierno.

—Mira, ¿no decías que en tus alucinaciones veías un par de piernas que salían de la tierra, y que tenían marcada la letra erre? —Tocó un punto concreto de la pared—. ¡Aquí están!

Como había visto muchas veces en ese cuadro, el décimo foso del *Malebolge* estaba lleno de pecadores medio enterrados boca abajo con las piernas en el aire. Curiosamente, en esta versión un par de piernas tenían la letra *erre* escrita con barro, igual que en la alucinación de Langdon.

—¡Dios mío! —exclamó él, fijándose bien en ese pequeño detalle—. ¡Esta letra… no aparece en el original de Botticelli!

—Ahí hay otra letra —dijo Sienna, señalándola.

Langdon miró el punto de los diez fosos del *Malebolge* que le señalaba el dedo de la joven y vio una letra *e* garabateada sobre un falso profeta que tenía la cabeza al revés.

«¡¿Qué diablos…?! ¡Este cuadro ha sido modificado!».

Luego vio otras letras, todas garabateadas en distintos pecadores de los diez fosos del *Malebolge*. Una *ce* en un seductor al que unos demonios estaban azotando; otra *erre* en un ladrón al que mordían perpetuamente unas serpientes; una *a* en un político corrupto que se encontraba sumergido en un río de resina hirviendo.

—Sin duda alguna, estas letras —dijo Langdon sin la menor vacilación— no forman parte del original de Botticelli. Esta imagen ha sido retocada digitalmente.

Volvió a mirar el foso superior del *Malebolge* y comenzó a leer las letras que había en cada uno de los fosos, de arriba abajo.

C… A… T… R… O… V… A… C… E… R

—¿Catrovacer? —dijo Langdon—. ¿Es italiano?

Sienna negó con la cabeza.

—Tampoco es latín. No lo reconozco.

—Quizá… ¿una firma?

—¿Catrovacer? —repitió ella poco convencida—. No me parece ningún nombre. Mira aquí. —Señaló uno de los muchos personajes del tercer foso del *Malebolge*.

Cuando los ojos de Langdon localizaron la figura, sintió un escalofrío. Entre la multitud de pecadores del tercer foso había una

figura icónica de la Edad Media: un hombre con una capa, una máscara con un largo pico como el de un pájaro y los ojos muertos.

«La máscara de la peste».

—¿En el original de Botticelli aparece algún médico de la peste? —preguntó Sienna.

—Para nada. Esa figura también ha sido añadida.

—¿Y firmó Botticelli su original?

Langdon no lo recordaba, pero sus ojos se desplazaron al rincón inferior derecho, donde solían estar las firmas, y se dio cuenta de por qué lo preguntaba. A lo largo del borde marrón oscuro del *Mappa* de Botticelli se podía ver una línea de texto en pequeñas letras de imprenta: LA VERITÀ È VISIBILE SOLO ATTRAVERSO GLI OCCHI DELLA MORTE.

Langdon sabía suficiente italiano para comprender el significado:

—La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte.

Sienna asintió.

—Extraño.

Los dos permanecieron en silencio mientras la siniestra imagen comenzaba a apagarse. «El *Inferno* de Dante —pensó Langdon—. Inspirando obras de arte apocalípticas desde el siglo XIV».

El curso sobre Dante que impartía Langdon siempre incluía una sección sobre las obras de arte inspiradas por el *Inferno*. Además del celebrado *Mapa del infierno* de Botticelli, estaba la atemporal escultura de Rodin *Las tres sombras*, incluida en *Las puertas del infierno*; la ilustración de Flegia remando entre los cuerpos sumergidos en el río Estigia realizada por Stradano; los lujuriosos pecadores de William Blake arremolinándose bajo una tempestad eterna; la extraña visión erótica de Bouguereau en la que Dante y Virgilio contemplaban dos hombres desnudos enzarzados en una pelea; las torturadas almas de Bayros, acurrucadas bajo un torrente de guijarros ardientes y gotas de fuego, las excéntricas series de acuarelas y grabados en madera de Salvador Dalí… Y la enorme colección de grabados en blanco y negro de Doré, en los que el artista retrató desde la entrada en forma de túnel al Hades… hasta el mismísimo Satán alado.

Ahora parecía que, además de influir en los artistas más reverenciados de la historia, la poética visión del infierno de Dante

había inspirado a otro individuo más: un alma torcida que había alterado digitalmente el famoso cuadro de Botticelli para añadirle diez letras, un médico de la peste y una siniestra frase sobre ver la verdad a través de los ojos de la muerte. Este artista había escondido luego la imagen en un proyector de alta tecnología insertado en el interior de un extraño hueso tallado.

Langdon era incapaz de imaginar quién podría haber creado un artilugio así y, sin embargo, en ese momento la cuestión parecía secundaria en comparación a otra todavía más inquietante.

«¿Por qué diablos soy yo quien lo lleva encima?».

Mientras Sienna y Langdon permanecían en la cocina considerando el siguiente paso a dar, el inesperado rugido de un motor de gran cilindrada resonó en la calle, seguido de una rápida sucesión de chirridos de frenos y portazos de coches.

Desconcertada, Sienna corrió hacia la ventana y se asomó a ver qué pasaba.

Una furgoneta negra sin ningún letrero de identificación se había detenido en medio de la calle. De ahí salió un equipo de hombres ataviados con un uniforme negro con medallones circulares de color verde en el hombro izquierdo. Llevaban rifles automáticos y se movían con enérgica eficiencia militar. Sin la menor vacilación, cuatro de ellos se dirigieron a la entrada del edificio de apartamentos.

Sienna sintió que se le helaba la sangre.

—¡Robert! —exclamó—. ¡No sé quiénes son, pero nos han encontrado!

En la calle, el agente Christoph Brüder gritaba órdenes a sus hombres mientras corrían hacia el edificio. Era un individuo de robusta constitución, cuya formación militar le había imbuido de un frío sentido del deber, así como de un respeto absoluto por la cadena de mando. Conocía su misión, y también los riesgos.

La organización para la que trabajaba Brüder tenía muchas divisiones, pero la suya —la Unidad de Apoyo para la Vigilancia y la Intervención— solo entraba en acción cuando una situación llegaba al estatus de «crisis».

En cuanto sus hombres desaparecieron en el interior del edificio de apartamentos, Brüder se detuvo en la puerta de entrada, sacó su teléfono móvil y se puso en contacto con la persona al cargo.

—Soy Brüder —dijo—. Hemos localizado a Langdon a través de la dirección IP de su ordenador. Mi unidad acaba de entrar. Le avisaré cuando lo tengamos.

Desde el tejado de la Pensione la Fiorentina, Vayentha contempló con horrorizada incredulidad cómo los agentes entraban a toda velocidad en el edificio.

«Pero ¡¿qué están haciendo ELLOS aquí?!».

Mientras se pasaba una mano por el cabello en punta, volvió a pensar en las consecuencias de la metedura de pata que había cometido la noche anterior. Por culpa del simple arrullo de una paloma, ahora todo estaba fuera de control. Lo que había comenzado como una misión rutinaria se había convertido en una absoluta pesadilla.

«Si la unidad AVI está aquí, yo ya no tengo nada que hacer».

Desesperada, Vayentha agarró su teléfono móvil Spectra Tiger XS y llamó al comandante.

—¡Señor! —dijo—. ¡La unidad AVI está aquí! ¡Los hombres de Brüder han entrado en el apartamento!

Esperó su respuesta, pero solo oyó unos agudos pitidos, seguidos de una voz electrónica que anunció con serenidad: «Protocolo de desautorización iniciado».

Vayentha apartó el teléfono de su oreja y miró la pantalla justo a tiempo de ver cómo el dispositivo se apagaba.

Sintió cómo su rostro palidecía, y finalmente la agente no tuvo más remedio que aceptar lo que estaba sucediendo. El Consorcio había cortado todo vínculo con ella.

Ningún nexo. Ninguna asociación.

«He sido desautorizada».

La conmoción duró solo un instante.

Luego sintió miedo.

16

—¡Date prisa, Robert! —exclamó Sienna—. ¡Sígueme!

Con la mente todavía puesta en las lúgubres imágenes del inframundo de Dante, Langdon corrió hacia la puerta y salió al pasillo del edificio. Hasta ese momento, Sienna había conseguido mantener a raya el tremendo estrés de esa mañana y comportarse con cierta compostura, pero ahora su aplomo había dado paso a una emoción que hasta entonces Langdon todavía no había visto en ella: auténtico miedo.

En el pasillo, la joven pasó a toda velocidad por delante del elevador, que ya había comenzado a bajar, sin duda los hombres que habían entrado en el vestíbulo lo habían llamado. Corrió entonces hasta el final del corredor y, sin mirar atrás, desapareció por la escalera.

Langdon la seguía de cerca, deslizándose a toda velocidad con sus nuevos mocasines prestados. Notaba cómo el pequeño proyector, que llevaba en el bolsillo interior de su traje Brioni, le iba golpeando el pecho. Pensó entonces en las extrañas letras que adornaban el octavo círculo del infierno, CATROVACER, y luego en la máscara de la peste y en la extraña firma: «La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte».

Langdon había intentado establecer alguna relación entre estos elementos dispares, pero hasta el momento no se le había ocurrido nada que tuviera sentido. Cuando al fin llegó al descanso de la escalera, Sienna permanecía inmóvil, aguzando el oído. Langdon también prestó atención y escuchó los pasos de unos soldados que estaban subiendo la escalera.

—¿Hay otra salida? —susurró Langdon.

—Sígueme —dijo ella.

Esa madrugada, Sienna ya le había salvado la vida en una ocasión, así que, sin otra opción mejor que confiar en la mujer,

Langdon respiró hondo y bajó la escalera tras ella.

Descendieron un piso. El ruido de las botas de los soldados se oía más cerca. Parecían estar a uno o dos pisos de distancia.

«¿Por qué corre directamente hacia ellos?», pensó Langdon.

Antes de que pudiera protestar, ella le tomó la mano y tiró de él hacia un pasillo desierto en el que había varias puertas cerradas.

«¡Aquí no hay ningún lugar en el que esconderse!».

Sienna presionó un interruptor y unas cuantas bombillas se apagaron, pero el pasillo, aunque a oscuras, seguía ofreciendo escaso refugio. Aún podían verles. Los atronadores pasos resonaban cada vez más cerca y Langdon sabía que sus perseguidores aparecerían por la escalera en cualquier momento.

—Necesito tu saco —susurró Sienna al tiempo que ella misma comenzaba a quitárselo con brusquedad. Luego le obligó a acuclillarse detrás de ella en el hueco de una puerta—. No te muevas.

«¿Qué está haciendo? ¡Está a plena vista!».

Los soldados aparecieron y se detuvieron de golpe cuando vieron a Sienna en el pasillo a oscuras.

—*Per l'amor di Dio!* —exclamó ella en un agrio tono de voz—. *Cos'è questa confusione?*

Los dos hombres aguzaron la mirada, sin estar del todo seguros de qué era lo que estaban viendo.

Sienna siguió gritándoles.

—*Tanto chiasso a quest' ora!* ¡Tanto ruido a estas horas!

Langdon vio entonces que Sienna se había envuelto la cabeza y los hombros con la chaqueta como si fuera el chal de una anciana y luego había encorvado el cuerpo para taparle a él, que permanecía acuclillado en las sombras. Del todo transformada, dio un rengueante paso hacia ellos gritando como una mujer senil.

Uno de los soldados alzó la mano, indicándole que regresara a su apartamento.

—*Signora! Rientri subito in casa!*

Sienna dio otro paso tambaleante, mientras agitaba airadamente el puño en el aire.

—*Avete svegliato mio marito, che è malato!*

Langdon la escuchó, perplejo. «¿Que han despertado a tu marido enfermo?».

El otro soldado levantó su ametralladora y la apuntó con ella.

—*Ferma o sparo!*

Sienna se detuvo de golpe y, sin dejar de maldecirles acaloradamente, comenzó a retroceder.

Al fin, los hombres siguieron su camino y desaparecieron escalera arriba.

«No ha sido lo que se podría decir una interpretación shakespeariana —pensó Langdon—, pero sí bastante impresionante». Al parecer, la formación dramática podía ser un arma versátil.

Sienna se quitó el saco de la cabeza y se lo arrojó a Langdon.

—Vamos, sígueme.

Él lo hizo sin vacilar.

Descendieron la escalera hasta el descanso que había justo encima del vestíbulo, y desde ahí vieron como otros dos soldados se introducían en el ascensor. En la calle, un soldado más montaba guardia junto a la furgoneta. Su musculoso cuerpo se marcaba en el ceñido uniforme negro. En silencio, Sienna y Langdon descendieron un piso más hasta el sótano.

El aparcamiento subterráneo era oscuro y olía a orina. Sienna corrió hacia una esquina repleta de escúters y motocicletas y se detuvo junto a una moto de tres ruedas plateada, que parecía el improbable resultado de un cruce entre una Vespa y un triciclo para adultos. La joven metió entonces la mano debajo del guardabarros delantero y agarró una pequeña cajita imantada. Dentro había una llave que insertó en el contacto. El motor se puso en marcha.

Segundos después, Langdon se sentó tras ella. Precariamente encaramado en el pequeño asiento, buscó a tientas algo a lo que sujetarse.

—No es momento de andarse con tonterías —dijo Sienna, mientras le tomaba las manos y las colocaba alrededor de su delgada cintura—. Será mejor que te agarres a mí.

Langdon lo hizo, al tiempo que ella tomaba la rampa de salida. El ciclomotor tenía más potencia de la que él había imaginado, y casi dio un salto cuando llegaron a lo alto y salieron del garaje, a unos cuarenta y cinco metros de la entrada principal. El fornido soldado que estaba junto a la furgoneta se volvió de golpe y no pudo hacer más que ver cómo se alejaban a toda velocidad. Sienna

aceleró y el motor emitió un gruñido.

Encaramado en la parte trasera, Langdon echó un vistazo por encima del hombro y vio cómo el soldado levantaba su arma y les apuntaba minuciosamente. Se preparó para el disparo, que impactó en el guardabarros trasero, aunque estuvo a punto de acertar en la base de su columna vertebral.

«¡Dios mío!».

Al llegar a una intersección, Sienna torció con brusquedad a la izquierda y él notó que perdía el equilibrio y resbalaba a un lado.

—¡Pégate a mí! —exclamó ella.

Langdon consiguió estabilizarse y se inclinó hacia adelante al tiempo que la moto enfilaba una calle más grande. Hasta que no hubieron recorrido una manzana entera, no recobró el aliento.

«¡¿Quiénes eran esos hombres?!».

Sienna estaba completamente concentrada en la conducción, serpenteando con habilidad a través de los escasos vehículos del tráfico matutino, y varios peatones se volvieron al verlos pasar. Parecía sorprenderles que un hombre de metro ochenta ataviado con un traje Brioni fuera detrás de una delgada mujer.

Langdon y Sienna habían recorrido tres manzanas y se estaban acercando a una intersección importante cuando oyeron un estruendo de bocinas unos metros más adelante. De repente, una lustrosa furgoneta negra apareció en la esquina, derrapó y aceleró en su dirección. Era idéntica a la que estaba aparcada delante del edificio de apartamentos.

Sienna giró a la derecha, se metió detrás de un camión de reparto estacionado y frenó de golpe, lo que provocó que Langdon se pegara a su espalda. Acto seguido, acercó tanto como pudo la moto al parachoques trasero del camión y apagó el motor.

«¡¿Nos habrán visto?!».

Los dos se agacharon y contuvieron el aliento a la espera.

La furgoneta pasó a toda velocidad. Al parecer, no los habían visto. Langdon, en cambio, sí distinguió a alguien en su interior.

En el asiento trasero, una atractiva mujer mayor iba entre dos soldados, como si fuera su prisionera. Tenía la mirada perdida y la cabeza le iba de un lado a otro como si estuviera delirando o la hubieran drogado. Llevaba un amuleto alrededor del cuello y el cabello le caía en largos rizos.

Creyendo haber visto un fantasma, Langdon sintió un nudo en la garganta.

Era la mujer de sus visiones.

17

El comandante salió de la sala de control hecho una furia y comenzó a recorrer la cubierta de estribor del *Mendacium* para intentar poner en orden sus pensamientos. Lo que acababa de suceder en ese edificio de apartamentos de Florencia era inconcebible.

Tras dar dos vueltas completas al barco, regresó a su despacho y agarró una botella de Highland Park de una sola malta de cincuenta años. Sin servirse un vaso, la dejó a un lado y le dio la espalda; un recordatorio personal de que todavía lo tenía bajo control.

De manera instintiva, se volvió hacia un tomo grueso y gastado que había en su biblioteca. Era un regalo de un cliente al que ahora desearía no haber conocido nunca.

«Hace un año… ¿Cómo podría haberlo sabido?».

Él no solía entrevistar en persona a los posibles clientes, pero ese había llegado a través de alguien de confianza, de modo que había hecho una excepción.

El cliente llegó a bordo del *Mendacium* en su propio helicóptero privado un día de calma total. Se trataba de un hombre muy importante en su campo, de cuarenta y seis años, pulcro, excepcionalmente alto y con unos penetrantes ojos verdes.

—Como sabe —comenzó a decir el hombre—, alguien a quien ambos conocemos me ha recomendado sus servicios. —El visitante estiró sus largas piernas y se puso cómodo en el lujoso despacho—. Permítame explicarle lo que necesito.

—En realidad, no —le interrumpió el comandante, dejando claro quién estaba al mando—. Mi protocolo requiere que no me cuente nada. Seré yo quien le explique los servicios que ofrecemos, y entonces usted podrá decidir cuáles le interesan, en caso de que así sea.

El visitante se sintió algo desconcertado, pero se mostró de

acuerdo y escuchó con atención. Al final, lo que el cliente deseaba resultó ser el servicio más habitual del Consorcio: la posibilidad de permanecer «invisible» durante un tiempo para poder llevar a cabo una empresa personal alejado de miradas curiosas.

«Pan comido».

El Consorcio le proporcionaría una identidad falsa y una localización segura que nadie conocería y en la que podría llevar a cabo su proyecto en secreto, fuera cual fuese. Ellos nunca preguntaban la razón por la que un cliente requería un servicio, pues preferían saber lo menos posible sobre aquellos para quienes trabajaba.

A cambio de unos beneficios nada despreciables, durante todo un año el comandante le había proporcionado un refugio seguro al hombre de ojos verdes, que había resultado ser un cliente ideal. No mantenían ningún contacto y el cliente pagaba todas las facturas a su debido tiempo.

Hasta que, dos semanas atrás, todo cambió.

Inesperadamente, el cliente solicitó un encuentro privado con el comandante. Teniendo en cuenta la suma de dinero que había pagado, este accedió.

El desaliñado hombre que llegó al yate poco tenía que ver con la pulcra y equilibrada persona que había visto hacía un año. Tenía una mirada desquiciada y parecía casi enfermo.

«¿Qué le ha pasado? ¿Qué ha estado haciendo?».

El comandante hizo entrar al nervioso hombre en su despacho.

—La mujer del cabello plateado —tartamudeó el cliente—. Está cada día más cerca.

El hombre bajó la mirada hacia el expediente de su cliente y observó la fotografía de la atractiva mujer.

—Sí —dijo—. Su diablo de cabello plateado. Estamos al tanto de sus enemigos. Por poderosa que sea, durante un año hemos conseguido mantenerla alejada de usted y eso es lo que seguiremos haciendo.

El hombre de ojos verdes retorció nerviosamente un grasiento mechón de cabello con los dedos.

—No se deje engañar por su belleza. Es peligrosa.

«Cierto», pensó el comandante, todavía molesto por el hecho de que el cliente hubiera llamado la atención de alguien tan influyente.

La mujer del cabello plateado contaba con un tremenda cantidad de recursos a su disposición; no era alguien a quien le gustara tener de adversario.

—Si ella o sus demonios me localizan… —comenzó a decir el cliente.

—No lo harán —le aseguró—. ¿Acaso hasta la fecha no le hemos proporcionado todo lo que nos ha pedido?

—Sí —dijo el hombre—. Y, sin embargo, dormiría más tranquilo si… —Se quedó un momento callado para reformular lo que iba a decir—. Necesito saber que si me pasa algo, usted llevará a cabo mi última voluntad.

—¿Y en qué consiste?

El cliente metió la mano en una bolsa y sacó un pequeño sobre cerrado.

—Lo que hay aquí dentro proporciona acceso a la caja de seguridad de un banco de Florencia. En su interior hay un pequeño objeto. Si algo me sucede, necesito que entregue el objeto en mi nombre. Es algo así como un regalo.

—Muy bien. —El comandante tomó nota—. ¿Y a quién debo entregárselo?

—Al diablo de cabello plateado.

Levantó la mirada.

—¿Un regalo para su enemiga?

—Algo así como un caramelo envenenado. —Sus ojos centellearon nerviosamente—. Un ingenioso artilugio con forma de hueso que, como descubrirá, es un mapa, su Virgilio personal, que la escoltará al centro de su propio infierno.

El comandante se lo quedó mirando un largo rato.

—Como desee. Considérelo hecho.

—La fecha es de suma importancia —advirtió el hombre—. El regalo no debe ser entregado antes de tiempo. Debe permanecer oculto hasta… —Se quedó callado y se sumió en sus pensamientos.

—¿Hasta cuándo? —inquirió.

De repente, el hombre se puso de pie y, tras acercarse al escritorio del comandante, agarró un rotulador rojo y marcó frenéticamente un círculo en una fecha en su calendario personal.

—Hasta este día.

El comandante apretó los dientes y luego exhaló un suspiro,

apenas podía contener la repulsión que sentía por la desfachatez del hombre.

—Entendido —dijo—. No haremos nada hasta el día señalado, momento en el que entregaremos el objeto de la caja de seguridad, sea lo que sea, a la mujer del cabello plateado. Tiene usted mi palabra. —Contó los días hasta la fecha marcada en su calendario —. Llevaré a cabo su deseo en exactamente catorce días.

—¡Y ni un solo día antes! —le advirtió el cliente de manera febril.

—Sí —le aseguró—. Ni un solo día antes.

El comandante tomó el sobre, lo metió en el expediente del hombre y registró las anotaciones necesarias para asegurarse de que los deseos de ese hombre se cumplirían al pie de la letra. No le había descrito la naturaleza exacta del objeto que estaba guardado en la caja de seguridad, pero él lo prefería así. La discreción era una piedra angular de la filosofía del Consorcio. «Ofrece el servicio. No preguntes. No juzgues».

El cliente relajó los hombros y dejó escapar un suspiro.

—Gracias.

—¿Algo más? —preguntó, deseoso de librarse de ese cliente transformado.

—Sí, en realidad hay una cosa más. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña tarjeta de memoria, que dejó sobre la mesa—. Dentro hay un archivo de video. Me gustaría que lo enviaran a los principales medios de comunicación mundiales.

El comandante estudió cuidadosamente al hombre. El Consorcio solía distribuir información de forma masiva en nombre de los clientes, pero había algo en la petición de ese hombre que resultaba inquietante.

—¿El mismo día? —preguntó, señalando la fecha marcada.

—El mismo —respondió el cliente—. Ni un momento antes.

—Comprendido. —El comandante etiquetó la tarjeta de memoria con la información correspondiente—. ¿Eso es todo? —Se puso de pie con la esperanza de que la reunión hubiera terminado.

Pero el cliente permaneció sentado.

—No. Una última cosa.

Volvió a sentarse. La mirada del cliente era ahora casi salvaje.

—Poco después de que distribuya el video, me convertiré en un

hombre muy famoso.

«Ya es un hombre muy famoso», pensó el comandante mientras consideraba los impresionantes logros de su cliente.

—Y parte del mérito le corresponde a usted —siguió el hombre —. El servicio que me ha proporcionado me ha permitido crear mi obra maestra; una que cambiará el mundo. Debería estar orgulloso de su papel.

—Sea cual sea esa obra maestra —dijo con creciente impaciencia—, estoy contento de que haya contado con la privacidad necesaria para crearla.

—A modo de agradecimiento, le he traído un regalo de despedida. —El desgreñado hombre metió la mano en su bolso y sacó un libro.

El comandante se preguntó si esa sería la obra en la que el cliente había estado trabajando todo ese tiempo.

—¿Lo ha escrito usted?

—No. —El hombre dejó un enorme tomo sobre la mesa—. Al contrario… Este libro fue escrito *para* mí.

Desconcertado, se quedó mirando el volumen que su cliente había dejado encima de la mesa. «¿Cree que esto lo escribieron para él?». Se trataba de un clásico de la literatura, escrito en el siglo XIV.

—Léalo —le dijo el cliente con una sonrisa siniestra—. Le ayudará a comprender todo lo que he hecho.

Tras lo cual el desaliñado visitante se puso de pie, se despidió y se marchó abruptamente. El comandante contempló a través de la ventana de su despacho cómo el helicóptero del hombre despegaba de la cubierta y regresaba a la costa italiana.

Luego volvió su atención al libro que tenía ante sí. Con dedos vacilantes, abrió la cubierta de piel y comenzó a leer el principio. La estrofa inicial estaba escrita en una caligrafía elaborada y ocupaba toda la primera página.

INFERNO
A mitad del camino de la vida
yo me encontraba en una selva oscura,
con la senda derecha ya perdida.

En la anterior, el cliente había escrito el siguiente mensaje:

Mi querido amigo, gracias por ayudarme a encontrar la senda.

El mundo también se lo agradece.

El comandante no tenía ni idea de qué significaba eso, pero ya había leído suficiente. Cerró el libro y lo dejó en su biblioteca. Por suerte, su relación profesional con ese extraño individuo estaba a punto de terminar. «Catorce días más», pensó y volvió a mirar el círculo rojo garabateado en su calendario personal.

Los días siguientes se sintió inusualmente inquieto. Ese hombre parecía haber perdido la razón. No obstante, a pesar de sus miedos, los días pasaron sin incidentes.

Antes de la fecha indicada, sin embargo, tuvieron lugar en Florencia un serie de acontecimientos calamitosos. El comandante intentó contener la crisis, pero pronto todo estuvo fuera de control. El punto más álgido llegó cuando su cliente subió a lo alto de la torre de la Badia.

«Se suicidó arrojándose al vacío».

A pesar del horror que le provocaba la pérdida de un cliente, en especial de ese modo, el comandante seguía en este mundo. Rápidamente, se dispuso a cumplir la promesa que había hecho al fallecido: entregar a la mujer del cabello plateado el contenido de la caja de seguridad del banco florentino. La fecha, le había advertido el cliente, era de gran importancia.

«No antes de la fecha indicada en el calendario».

Le dio el sobre con los códigos de la caja de seguridad a Vayentha, que había viajado a Florencia para entregar el objeto que contenía, ese «caramelo envenenado». Sin embargo, cuando ella le llamó, las noticias fueron alarmantes. El contenido de la caja de seguridad ya había sido retirado y a Vayentha casi la detienen. De algún modo, la mujer del cabello plateado había sabido de la cuenta y utilizó su influencia para tener acceso a la caja de seguridad. También había emitido una orden de arresto contra todo aquel que se presentara para abrirla.

Eso había sucedido tres días atrás.

Estaba claro que el cliente pretendía que el objeto robado fuera su insulto final a la mujer del cabello plateado; una burla desde la

tumba.

«Y, sin embargo, ha salido a la luz demasiado pronto».

Desde entonces, el Consorcio se encontraba en una situación muy delicada y había tenido que utilizar todos sus recursos para proteger la última voluntad de su cliente, así como la propia seguridad de la organización. Para ello, habían cruzado una serie de líneas de las cuales el comandante sabía que sería difícil regresar. En ese momento, con todo lo que estaba ocurriendo en Florencia, se preguntó qué le depararía el futuro.

En su calendario, vio la fecha indicada por el cliente, un círculo de tinta roja alrededor de un día aparentemente especial.

«Mañana».

Indignado, miró la botella de whisky que descansaba sobre la mesa. Luego, por primera vez en catorce años, se sirvió un vaso y se lo tomó de un trago.

Bajo cubierta, el facilitador Laurence Knowlton retiró la tarjeta de memoria del ordenador y la dejó sobre el escritorio. Ese video era una de las cosas más extrañas que había visto nunca.

«Y dura exactamente nueve minutos…, ni un segundo más».

Alarmado, algo poco habitual en él, se puso de pie y comenzó a dar vueltas en su pequeño cubículo, preguntándose de nuevo si debía avisarle al comandante del contenido del video.

«Limítate a hacer tu trabajo —se dijo Knowlton—. No preguntes. No juzgues».

Intentando no pensar en las imágenes que había visto, marcó en su agenda la tarea a realizar. Al día siguiente, tal y como había solicitado el cliente, enviaría el video a los medios de comunicación.

18

La Viale Niccolò Machiavelli estaba considerada la más elegante de las avenidas florentinas. Sus amplias curvas rodeadas de frondosos setos y árboles estacionales la convertían en uno de los lugares favoritos de ciclistas y entusiastas de los Ferraris.

Sienna condujo con pericia por las cerradas curvas de la calle y, al poco andar, dejaron atrás el barrio residencial en el que vivía ella y llegaron a la elegante rivera oeste de la ciudad, donde el aire era más despejado y olía a cedro. Un campanario dio las ocho de la mañana justo cuando pasaban por delante.

Langdon no podía dejar de pensar en las perturbadoras imágenes del infierno de Dante, ni en el misterioso rostro de la mujer que acababa de ver sentada entre dos fornidos soldados en el asiento trasero de la furgoneta.

«Quienquiera que sea —pensó Langdon—, ahora la tienen en su poder».

—La mujer aquella —dijo Sienna por encima del ruido del motor de la moto—. ¿Estás seguro de que se trata de la misma de tus visiones?

—Absolutamente.

—Entonces debes de haberte encontrado con ella en algún momento de los últimos dos días. La pregunta es por qué sigues viéndola, y por qué no deja de decirte que busques y hallarás.

Langdon estuvo de acuerdo.

—No lo sé, no recuerdo haberla conocido, pero cada vez que veo su rostro, tengo la abrumadora sensación de que debo ayudarla.

«*Very sorry. Very sorry*».

Langdon se preguntó si esa extraña disculpa se dirigía a la mujer del cabello plateado. «¿Le he fallado de algún modo?». Al pensarlo, se le hizo un nudo en la garganta.

«No tengo memoria». Langdon se sentía como si hubieran

sustraído un arma vital. Su memoria, eidética desde la infancia, era el activo intelectual del que más dependía. Para un hombre acostumbrado a recordar hasta el más pequeño detalle de lo que veía a su alrededor, desenvolverse sin memoria era como intentar aterrizar un avión en la oscuridad y sin radar.

—Parece que el único modo de encontrar respuestas es descifrar el *Mappa* —dijo Sienna—. Sea cual sea el secreto que contiene, todo indica que es la razón por la que te están persiguiendo.

Langdon asintió y pensó en la palabra *catrovacer* esbozada sobre los cuerpos retorcidos del *Inferno* de Dante.

De repente tuvo una idea.

«Me he despertado en Florencia…».

Ninguna otra ciudad de la tierra estaba más ligada a Dante que esa. Dante Alighieri había nacido en Florencia, se había criado en Florencia, se había enamorado de Beatrice en Florencia (contaba la leyenda) y había sido cruelmente desterrado de su casa florentina. Obligado a errar durante años por la península itálica, en todo ese tiempo no dejó de añorar su hogar.

«Todo lo que más amas sin tardanza has de dejar —escribió Dante sobre el exilio—; y esta es la primera flecha que el arco del destino lanza».

Al recordar esas palabras del decimoséptimo canto del *Paradiso*, Langdon se volvió hacia la derecha y contempló el perfil del centro histórico de la ciudad al otro lado del río Arno.

Pensó entonces en su trazado, un congestionado laberinto repleto de turistas y coches deambulando de un lado a otro por las estrechas calles que rodeaban las catedrales, los museos, las capillas y la zona comercial de Florencia. Estaba seguro de que si él y Sienna se deshacían de la moto, se podrían mezclar fácilmente con la multitud.

—Tenemos que ir a la parte antigua —declaró Langdon—. Si hay respuestas, lo más probable es que estén ahí. Lo que para nosotros es la Florencia antigua, para Dante era el mundo entero.

Sienna asintió y dijo por encima del hombro:

—También será más seguro. Hay muchos sitios en los que esconderse. Iré hasta la Porta Romana, ahí podremos cruzar el río.

«El río», pensó Langdon con un estremecimiento. El famoso viaje de Dante hacia el infierno también comenzaba atravesando un río.

Sienna aceleró. Mientras recorrían la ciudad, Langdon revisó mentalmente las imágenes que acababa de ver: el infierno, los muertos y los moribundos, los diez fosos del *Malebolge* con el médico de la peste y esa extraña palabra, *catrovacer*. También reflexionó sobre las palabras garabateadas en la parte inferior del *Mappa* («La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte»), y se preguntó si ese sombrío mensaje sería una cita de Dante.

«No la reconozco».

Langdon conocía bien la obra de Dante, y debido a su preeminencia como historiador del arte especializado en iconografía, de vez en cuando le llamaban para interpretar el vasto conjunto de símbolos que poblaban la obra del poeta italiano. Casualmente, o quizá no tanto, un par de años atrás había dado una conferencia sobre el *Inferno*.

«Dante divino: Símbolos del infierno».

Dante Alighieri se había convertido en un auténtico icono histórico, y en todo el mundo existían sociedades sobre su persona. La más antigua de Estados Unidos, había sido fundada en 1881 en Cambridge, Massachusetts, por Henry Wadsworth Longfellow. El famoso integrante de los *Fireside Poets*, de Nueva Inglaterra, fue el primer norteamericano en traducir la *Divina Comedia* (versión que seguía siendo una de las más respetadas y leídas).

Como celebrado especialista en la obra de Dante, a Langdon le habían pedido que diera una charla en una de las más antiguas sociedades dedicadas al poeta florentino: la Società Dante Alighieri Vienna. El evento tendría lugar en la Academia Austríaca de las Ciencias. Su principal patrocinador —un rico científico, miembro de la Sociedad Dante— había conseguido que les permitieran utilizar el auditorio de la academia, con capacidad para dos mil personas.

A Langdon lo recibió el director del congreso. Al cruzar el vestíbulo, no pudo evitar advertir las cinco palabras escritas en una pared del fondo con letras gigantescas: ¿Y SI DIOS ESTUVIERE EQUIVOCADO?

—Nuestra última instalación artística —susurró el director—. Es un Lukas Troberg. ¿Qué le parece?

Langdon contempló las enormes letras sin saber qué contestar…

—Esto, las pinceladas son ciertamente majestuosas, pero su

conocimiento del subjuntivo parece algo deficiente.

El director lo miró desconcertado. Langdon esperaba que el público respondiera mejor.

Cuando por fin subió al escenario, un auditorio lleno a rebosar le dio la bienvenida con una enérgica ronda de aplausos.

—*Meine Damen und Herren* —resonó la voz de Langdon por los altavoces—. *Willkommen, bienvenue, welcome*.

La famosa cita de *Cabaret* arrancó una risa del público.

—Me han informado de que la audiencia de esta noche no solo está formada por miembros de la Sociedad Dante, sino que también se encuentran entre nosotros muchos científicos y alumnos que están empezando a explorar la obra del artista florentino. Así pues, teniendo en cuenta a aquellos que han estado demasiado ocupados estudiando su disciplina para leer poemas épicos medievales, he pensado en comenzar con una rápida introducción a Dante: su vida, su obra y por qué está considerado una de las figuras más influyentes de toda la historia.

Los aplausos reanudaron.

Mediante un minúsculo control remoto, Langdon comenzó a proyectar una serie de diapositivas con la imagen de Dante, la primera de las cuales fue el retrato realizado por Andrea del Castagno, que mostraba al poeta de pie ante una puerta y con un libro de filosofía en la mano.

—Dante Alighieri, escritor y filósofo florentino que vivió de 1265 a 1321. En este retrato, como en prácticamente todos los que tenemos de él, el poeta lleva en la cabeza un *cappucio* rojo (una entallada capucha a cuadros y con ligaduras laterales), que, junto con su túnica Lucca, se ha convertido en el atuendo más reconocible del poeta.

Langdon fue pasando las diapositivas hasta llegar al retrato de Botticelli que se encuentra en la galería de los Uffizi, un cuadro que subrayaba los rasgos más característicos de su rostro: la marcada mandíbula y su nariz aguileña.

—En este retrato, la cabeza del poeta vuelve a estar enmarcada por el *cappucio* rojo, pero Botticelli le ha añadido una corona de laurel, un tradicional símbolo de maestría (en este caso en las artes poéticas) que el pintor tomó prestada de la antigua Grecia y que todavía hoy se utiliza en las ceremonias de condecoración a poetas

y premios Nobel.

Langdon pasó rápidamente otra serie de imágenes en las que aparecía Dante con el gorro rojo, la túnica roja, la corona de laurel y su prominente nariz.

—Y para completar su imagen de Dante, les mostraré la estatua que se encuentra en la Piazza di Santa Croce. Y, por supuesto, el famoso fresco de la capilla del Bargello, atribuido a Giotto.

Dejó la diapositiva de Giotto en la pantalla y se dirigió al centro del escenario.

—Como sin duda saben, a Dante se le conoce sobre todo por su monumental obra maestra, la *Divina Comedia,* un relato brutalmente vívido del descenso del autor al infierno, su paso a través del purgatorio y la ascensión final al paraíso para encontrarse con Dios. Según los estándares modernos, la *Divina Comedia* no tiene nada de cómico. Se llama así por otra razón. En el siglo XIV, la literatura occidental se dividía en dos categorías: la tragedia, formada por la literatura culta y que estaba escrita en latín, y la comedia, escrita en lengua vernácula, que iba dirigida al pueblo.

Langdon fue pasando diapositivas hasta llegar al icónico cuadro de Michelino que mostraba a Dante ante las murallas de Florencia con un ejemplar de la *Divina Comedia* en la mano. Al fondo, la escalonada montaña del purgatorio se elevaba sobre las puertas del infierno. En la actualidad, el cuadro se encontraba en la catedral de Santa Maria del Fiore de Florencia, más conocida como el Duomo.

—Como se habrán imaginado por el título, pues, la *Divina Comedia* fue escrita en lengua vernácula, la lengua del pueblo. A pesar de ello, fusionó con maestría religión, historia, política, filosofía y comentarios sociales sobre un tapiz de ficción que, si bien erudito, no dejaba de ser totalmente accesible para las masas. La obra se convertiría en un pilar tal de la cultura italiana que al estilo de Dante se atribuye nada menos que la codificación de la lengua italiana moderna.

Langdon se detuvo un momento y luego susurró:

—Amigos míos, es imposible exagerar la influencia de la obra de Dante Alighieri. A lo largo de la historia y con la sola excepción de las Sagradas Escrituras, ninguna otra obra de literatura, pintura o música ha inspirado más tributos, imitaciones, variaciones y anotaciones que la *Divina Comedia*.

Después de enumerar la gran cantidad de compositores, artistas y escritores que habían creado obras basadas en el poema épico de Dante, Langdon se quedó mirando al público y preguntó:

—Díganme, ¿tenemos a algún escritor entre nosotros esta noche?

Casi un tercio del auditorio levantó la mano. Langdon se quedó boquiabierto. «Vaya, o se trata del público más talentoso del mundo o la autopublicación digital realmente está comenzando a funcionar».

—Bien, como todos ustedes saben, pues, no hay nada que un escritor aprecie más que una frase de apoyo; una recomendación que un individuo influyente escribe para que otros quieran comprar nuestra obra. En la Edad Media ya existían. Y Dante recibió unas cuantas.

Langdon cambió de diapositiva.

—¿Qué les parecería contar con algo así en la cubierta de su libro?

> No ha existido un hombre más grande sobre la faz de la Tierra.
>
> MIGUEL ÁNGEL

Un murmullo de sorpresa recorrió el auditorio.

—Sí —continuó Langdon—, se trata del mismo Miguel Ángel que conocen de la Capilla Sixtina y del *David*. Además de pintor y escultor genial, también fue un soberbio poeta que publicó más de trescientos poemas, entre los cuales uno titulado «Dante», dedicado al hombre cuyas lúgubres visiones del infierno le habían inspirado *El juicio final*. Y, si no me creen, lean el tercer canto del *Inferno* de Dante, y luego visiten la Capilla Sixtina; justo encima del altar, verán esta familiar imagen.

Langdon pasó unas cuantas diapositivas hasta el aterrador detalle de una bestia musculada agitando un remo gigante ante un grupo de personas encogidas de miedo.

—Se trata del barquero del inframundo de Dante, Caronte, que golpea a los pasajeros rezagados con un remo.

Langdon pasó a otra diapositiva, un segundo detalle de *El juicio final*: un hombre que está siendo crucificado.

—Este es Amán el Agagueo, quien, según las Sagradas Escrituras, fue ahorcado. En el poema de Dante, sin embargo, lo crucifican. Como pueden observar, Miguel Ángel prefirió para la Capilla Sixtina la versión de Dante a la de la Biblia. —Langdon sonrió y bajó la voz—: No se lo digan al papa.

El público se rio.

—El *Inferno* de Dante creó un mundo de dolor y sufrimiento más allá de todo lo que hasta entonces la humanidad había imaginado, y su escritura ha definido, literalmente, nuestra visión moderna del infierno. —Langdon se quedó un momento callado—. Y créanme, la Iglesia Católica tiene mucho que agradecerle a Dante. Sin duda, su *Inferno* hizo que los temerosos triplicaran su asistencia a las misas y ha aterrorizado a sus fieles durante siglos.

Cambió de diapositiva.

—Lo cual nos conduce a la razón por la que estamos todos aquí esta noche.

En la pantalla se podía leer el título de la conferencia: DANTE DIVINO: SÍMBOLOS DEL INFIERNO.

—El *Inferno* de Dante es un paisaje tan rico en símbolos e iconografía que a menudo le dedico un curso entero. Esta noche, he creído que no habría mejor modo de descubrir estos símbolos que caminar junto al poeta…; atravesar con él las puertas del infierno.

Langdon se dirigió hasta el borde del escenario y se quedó mirando al público.

—Si pretendemos dar un paseo por el infierno, recomiendo encarecidamente que utilicemos un mapa. Y no hay mapa del infierno de Dante más completo y fiel que el que realizó Sandro Botticelli.

Presionó un botón del control remoto y el apocalíptico *Mappa dell'Inferno* de Botticelli apareció en la pantalla. Se oyeron varios gritos ahogados de personas sobrecogidas al ver los diversos horrores que tenían lugar en la caverna subterránea con forma de embudo.

—A diferencia de la de otros artistas, la interpretación de Botticelli fue extremadamente fiel. De hecho, se pasó tanto tiempo leyendo a Dante que Giorgio Vasari, el gran historiador del arte, dijo que su obsesión con el poeta florentino acabó provocando «serios desórdenes en su vida». Botticelli realizó más de dos docenas

de obras relacionadas con Dante, pero la más famosa es este mapa.

Langdon se volvió y señaló el rincón superior izquierdo del cuadro.

—Nuestro viaje comenzará ahí, en la superficie terrestre, donde pueden ver a Dante vestido de rojo junto a su guía, Virgilio, de pie ante las puertas del infierno. Luego comenzaremos a descender por los nueve círculos del inframundo hasta encontrarnos cara a cara con…

Langdon pasó a una nueva diapositiva, una ampliación del Satán dibujado por Botticelli en su cuadro: un terrorífico Lucifer de tres cabezas devorando a tres personas distintas con sus bocas.

El público dejó escapar un grito ahogado.

—Un anticipo de las atracciones que nos esperan —anunció Langdon—. El viaje de esta noche terminará aquí, en el noveno círculo del infierno, donde reside el mismo Satán. Ahora bien… —hizo una pausa—. Llegar ahí solo supone una parte de la diversión, así que rebobinemos un poco, de vuelta a las puertas del infierno, donde comienza nuestra aventura.

Langdon pasó a la siguiente diapositiva, una litografía de Gustave Doré que mostraba una oscura entrada con forma de túnel en la pared de un austero acantilado. En la inscripción que había encima se podía leer: ABANDONAD TODA ESPERANZA, AQUELLOS QUE ENTRÁIS.

—Bueno… —dijo Langdon con una sonrisa—. ¿Entramos?

De repente, se oyó un frenazo y la visión del público se evaporó. Langdon salió impulsado hacia adelante y chocó con la espalda de Sienna, que se había detenido en mitad de la Viale Machiavelli.

Langdon vaciló. Todavía tenía la mente puesta en las puertas del infierno que se cernían ante él. Al volver en sí, vio dónde se encontraba.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Sienna señaló la Porta Romana, que estaba a unos trescientos metros. La antigua puerta de piedra que servía de entrada a la parte antigua de Florencia.

—Robert, tenemos un problema.

19

El agente Brüder estaba en el humilde apartamento intentando encontrarle un sentido a lo que estaba viendo. «¿Quién demonios vive aquí?». La decoración era escasa y destartalada, como la de un dormitorio universitario amueblado sin apenas presupuesto.

—¿Agente Brüder? —exclamó al final del pasillo uno de sus agentes—. Venga a ver esto.

Mientras recorría el pasillo, el agente Brüder se preguntó si la policía local habría detenido ya a Langdon. Él habría preferido solucionar esa crisis personalmente, pero la huida del profesor no le había dejado más remedio que solicitar apoyo a la policía local y establecer controles en las calles. En las laberínticas calles de Florencia una moto podía eludir con facilidad las furgonetas de Brüder, cuyas ventanillas blindadas y sólidos neumáticos a prueba de pinchazos las hacían impenetrables pero poco prácticas. La policía italiana tenía reputación de ser poco cooperativa con los extranjeros, pero la organización de Brüder tenía una significativa influencia en la policía, los consulados y las embajadas. «Cuando hacemos una petición, nadie se atreve a ignorarla».

Brüder entró en el pequeño estudio, donde se encontraba su hombre junto a un computador abierto, tecleando algo con las manos enfundadas en unos guantes de látex.

—Este es el computador que Langdon ha utilizado para consultar su correo electrónico y hacer algunas búsquedas —dijo el hombre—. Los archivos siguen en el historial.

Brüder se acercó al escritorio.

—No parece que sea suyo —dijo el técnico—. Está registrado a nombre de alguien con las iniciales «S. C.». Dentro de poco sabré a quién pertenecen.

Mientras esperaba, Brüder tomó un montón de papeles que había en el escritorio y les echó un vistazo. Se trataba de un viejo

programa del teatro Globe de Londres y una serie de artículos de periódico. Cuanto más leía, más se le abrían los ojos.

Con los documentos en la mano, Brüder salió al pasillo y llamó a su superior.

—Soy Brüder —dijo—. Creo que he identificado a la persona que está ayudando a Langdon.

—¿De quién se trata? —respondió su superior.

Brüder dejó escapar lentamente un suspiro.

—No se lo va a creer.

A tres kilómetros de allí, Vayentha huía de la zona con su BMW. Unos coches de policía con las sirenas en marcha pasaron en dirección opuesta.

«He sido desautorizada», pensó.

Por lo general, la suave vibración de la motocicleta de cuatro tiempos le calmaba los nervios. Ese día, no.

En los doce años trabajados para el Consorcio, Vayentha había ido ascendiendo poco a poco en su jerarquía, pasando de mero apoyo terrestre a coordinadora de estrategia, hasta llegar finalmente a agente de campo de alto rango. «Mi carrera es todo lo que tengo». Los agentes de campo llevaban una dura vida de secretismo, viajes y largas misiones, lo cual impedía cualquier intento de vida normal o relación sentimental.

«Le he dedicado un año entero a esta misión», pensó, todavía incapaz de creer que el comandante la hubiera desautorizado con tal rapidez.

Durante los últimos doce meses, Vayentha se había encargado de supervisar los servicios que el Consorcio había estado ofreciendo a un mismo cliente, un excéntrico genio de ojos verdes que solo quería «desaparecer» una temporada para trabajar sin que lo molestaran rivales y enemigos. Rara vez había viajado y, cuando lo hizo, fue sin que nadie la viera. Básicamente, se había dedicado a trabajar. Ella desconocía la naturaleza de esa empresa. Su cometido se limitaba a mantenerlo oculto de las poderosas personas que intentaban dar con él.

Vayentha había realizado el servicio con consumado profesionalismo, y todo había salido a la perfección.

Hasta la noche anterior, claro está.

Desde entonces, perdió el control de su estado emocional y su

carrera.

«Ahora estoy fuera».

El protocolo de desautorización requería que el agente abandonara instantáneamente su misión y saliera del «campo de juego» de inmediato. Si el agente era capturado, el Consorcio negaría toda relación con él. Los agentes sabían que no debían tentar su suerte, pues conocían de primera mano la capacidad de la organización para manipular la realidad y amoldarla a sus necesidades.

Vayentha solo conocía a dos agentes que fueron desautorizados. Curiosamente, no había vuelto a ver a ninguno. Siempre creyó que los habían llamado para amonestarlos de manera oficial, los habían despedido e indicado que no volvieran a ponerse en contacto con los empleados del Consorcio.

Ahora, Vayentha no estaba tan segura.

«Estás reaccionando de forma exagerada —intentó decirse a sí misma—. Los métodos del Consorcio son mucho más elegantes que el asesinato a sangre fría».

Aun así, un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Había sido el instinto lo que la había impelido a huir del tejado del hotel en cuanto había visto llegar el equipo de Brüder, y ahora se preguntaba si ese instinto la habría salvado.

«Ahora nadie sabe dónde estoy».

Mientras recorría a toda velocidad la recta del Viale del Poggio Imperiale, se dio cuenta de la diferencia que habían supuesto para ella unas pocas horas. La noche anterior le preocupaba proteger su trabajo. Y en ese momento, su vida.

20

Antaño, Florencia había sido una ciudad amurallada y, por aquel entonces, la entrada principal era la Porta Romana, construida en 1326. Si bien la mayor parte de la muralla había sido derribada hacía siglos, esta entrada de piedra sigue existiendo, y el tráfico todavía accede a la ciudad por debajo del arco principal de la colosal fortificación.

La entrada en sí misma es una barrera de quince metros de altura hecha de ladrillos y piedras. El arco principal conserva todavía sus puertas de madera con enormes cerrojos (aunque permanecen abiertas a todas horas para que el tráfico pueda pasar). Seis importantes calles convergen delante en una glorieta cuyo centro estaba dominado por una gran estatua de Pistoletto que representa a una mujer alejándose de las puertas de la ciudad con un enorme fardo en la cabeza.

Aunque actualmente es una maraña circulatoria de pesadilla, esta austera puerta de entrada a la ciudad de Florencia fue en su día el lugar en el que se celebraba la Fiera dei Contratti, la feria de los contratos, donde los padres concertaban los matrimonios de sus hijas, a menudo obligándolas a bailar de manera provocativa para conseguir un mejor partido.

Esa mañana, Sienna se había detenido a varios cientos de metros de la puerta y señalaba un punto, alarmada. Desde la parte trasera de la moto, Langdon miró lo que le indicaba y de inmediato compartió su aprensión. Ante ellos había una larga hilera de coches parados: el tráfico en la rotonda estaba detenido por un control policial, y estaban llegando más policías. Agentes armados iban de coche en coche haciendo preguntas.

«Esto no puede ser por nosotros —pensó Langdon—. ¿O sí?».

—*Cos'è successo?* —le preguntó Sienna a un sudoroso ciclista que se acercaba a ellos. Iba en una bicicleta especial, reclinada, y

pedaleaba con los pies en alto.

—*E chi lo sa?* —contestó él, con preocupación—. *Carabinieri.* —Y pasó de largo a toda velocidad, impaciente por abandonar la zona.

Sienna se volvió hacia Langdon con expresión sombría.

—Un control policial.

De repente, a sus espaldas se oyeron unas sirenas y Sienna se dio la vuelta. El miedo era visible en su rostro.

«Estamos atrapados», pensó Langdon mientras buscaba una salida de algún tipo —una bocacalle, un parque, un camino de entrada a alguna casa—. Lo único que veía, sin embargo, eran residencias privadas a la izquierda y una alta pared de piedra a la derecha.

Las sirenas sonaban cada vez más fuertes.

—Por ahí —dijo Langdon señalando unas obras desiertas que había a unos treinta metros y en las que una hormigonera parecía ofrecer la posibilidad de esconderse.

Sienna subió a la acera y se dirigió hacia las obras. Aparcaron detrás de la hormigonera y enseguida se dieron cuenta de que a duras penas tapaba la moto.

—Sígueme —dijo entonces ella, y salió corriendo hacia un pequeño cobertizo que se encontraba entre los arbustos, junto a la pared de piedra.

«Esto no es un cobertizo —pensó Langdon al acercarse—, es un baño químico».

Cuando llegaron al excusado de los operarios, oyeron unos coches de policía que se acercaban a sus espaldas. Sienna tiró de la manilla, pero la puerta no se abrió. Estaba cerrada con una gruesa cadena. Langdon la agarró entonces del brazo y la metió en la parte trasera de la estructura, en el estrecho espacio que había entre el lavamanos y la pared de piedra. Apenas cabían, y el olor era nauseabundo.

Langdon se deslizó detrás de ella justo cuando aparecía un Subaru Forester de color negro con la palabra CARABINIERI escrita en las puertas. El vehículo pasó lentamente por delante del escondite.

«La policía italiana», pensó Langdon con incredulidad. Se preguntó si estos agentes también tenían órdenes de disparar en cuanto les vieran.

—Alguien quiere encontrarnos a toda costa —susurró Sienna—. Y, de algún modo, lo han hecho.

—¿GPS? —se preguntó Langdon en voz alta—. Puede que el proyector tenga un dispositivo de localización.

Sienna negó con la cabeza.

—Créeme, si ese objeto fuera localizable, ya tendríamos a la policía encima.

Langdon cambió de posición para acomodarse al angosto espacio, y de repente se encontró cara a cara con un elegante *graffiti* garabateado en la parte trasera del baño.

«Solo un italiano podía hacer algo así».

Muchos sanitarios portátiles estadounidenses estaban cubiertos de pueriles dibujos que vagamente recordaban a pechos o penes enormes. La pared trasera de este, sin embargo, se parecía más al cuaderno de dibujo de un estudiante de arte: en él había un ojo humano, una mano trazada a la perfección, un hombre de perfil y un dragón fantástico.

—La destrucción de la propiedad no siempre se hace así en Italia —dijo Sienna como si hubiera leído la mente de Langdon—. Al otro lado de esta pared de piedra se encuentra el Instituto Estatal de Arte de Florencia.

Como para confirmar el comentario de Sienna, de repente un grupo de estudiantes apareció a lo lejos con portafolios bajo el brazo. Iban charlando, fumando cigarrillos y se preguntaban unos a otros por el control policial que había en la Porta Romana.

Langdon y Sienna se agacharon para que no les vieran. Al hacerlo, de repente él cayó en la cuenta de una cosa.

«Los pecadores medio enterrados con las piernas en el aire».

Puede que se debiera al hedor a desechos humanos, o quizá al ciclista recostado pedaleando con las piernas en alto. En cualquier caso, Langdon recordó el pútrido mundo del *Malebolge* y las piernas desnudas que salían de la Tierra.

Se volvió hacia Sienna.

—En nuestra versión del *Mappa*, los cuerpos medio enterrados estaban en el décimo foso, el más bajo del *Malebolge*, ¿verdad?

Sienna se lo quedó mirando extrañada, como si ese no fuera el momento.

—Sí, el último.

La mente de Langdon volvió a evocar su conferencia vienesa. De repente, se encontró de nuevo en el escenario, a punto de terminar su charla después de haberle mostrado al público el grabado que Doré hizo de Gerión, el monstruo alado con cola venenosa que vivía justo encima del *Malebolge*.

—Antes de llegar ante Satán, debemos pasar por los diez fosos del *Malebolge*, donde se castiga a los fraudulentos; es decir, aquellos culpables de actuar mal de forma deliberada —declaró. Su voz resonaba a través de los altavoces.

Langdon pasó de diapositiva para mostrar un detalle del *Malebolge* y luego fue mostrando al público los fosos, uno a uno.

—De arriba abajo tenemos: los seductores, azotados por demonios; los aduladores, sumergidos en excrementos humanos; los simoníacos, medio enterrados boca abajo y con las piernas en el aire; los adivinos, con la cabeza vuelta del revés; los corruptos, en resina hirviendo; los hipócritas, ataviados con pesadas capas de plomo; los ladrones, atacados por serpientes; los malos consejeros, consumidos por el fuego; los sembradores de discordias, despedazados por demonios y, finalmente, los mentirosos, desfigurados más allá de todo reconocimiento. —Langdon se volvió hacia el público—. Lo más probable es que Dante reservara este foso final para los mentirosos porque una serie de mentiras sobre él provocaron que lo desterraran de su querida Florencia.

—¿Robert? —era la voz de Sienna.

Langdon volvió al presente.

Sienna lo estaba mirando desconcertada.

—¿Qué sucede?

—Nuestra versión del *Mappa* —dijo con excitación— ¡está modificada! —Sacó el proyector del bolsillo de su chaqueta y lo agitó lo mejor que pudo en ese estrecho espacio. La bola repiqueteó ruidosamente, pero las sirenas ahogaban el ruido—. ¡Quienquiera que creara esta imagen, reconfiguró los niveles del *Malebolge*!

Cuando el artilugio comenzó a resplandecer, Langdon lo apuntó hacia la lisa superficie que tenían delante. El *Mappa dell'Inferno* apareció, brillando en la tenue luz de su escondite.

«Botticelli en un excusado químico», pensó Langdon, avergonzado. Este tenía que ser el lugar menos elegante en el que se hubiera mostrado nunca un cuadro de Botticelli. Luego comenzó a

repasar los diez fosos y asintió con excitación.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Está mal! ¡El último foso del *Malebolge* debería estar lleno de enfermos, no de gente enterrada boca abajo! ¡El décimo foso es el de los mentirosos, no el de los simoníacos!

Sienna parecía intrigada.

—Pero… ¿por qué alguien querría cambiar el orden?

—*Catrovacer* —susurró Langdon, mirando las pequeñas letras que habían sido añadidas en cada nivel—. No creo que sea eso lo que realmente dice.

A pesar de la herida que le había borrado los recuerdos de los dos últimos días, Langdon notaba que su memoria funcionaba a la perfección. Cerró los ojos y pensó en las dos versiones del *Mappa* para cotejarlas y detectar las diferencias. No había tantos cambios como había imaginado y, sin embargo, sintió como si un velo hubiera sido retirado.

De repente, todo estuvo claro.

«¡Busca y hallarás!».

—¿Qué ocurre? —preguntó Sienna.

Langdon sintió que se le secaba la boca.

—Ya sé porqué estoy en Florencia.

—¡¿Lo sabes?!

—Sí, y también adónde se supone que debo ir.

Sienna le agarró del brazo.

—¡¿Adónde?!

Langdon tuvo la sensación de pisar tierra firme por primera vez desde que se había despertado en el hospital.

—Esas diez letras —susurró—. Señalan una localización precisa en la parte antigua de la ciudad. Ahí es donde están las respuestas.

—¡¿En qué lugar de la parte antigua?! —preguntó Sienna—. ¿Qué has averiguado?

Unas risas resonaron al otro lado del baño. Otro grupo de estudiantes estaba pasando por delante, bromeando y charlando en varias lenguas. Langdon se asomó con cuidado por la esquina del cubículo y vio cómo se alejaban. Luego miró a la policía.

—Tenemos que ponernos en marcha. Te lo explicaré de camino.

—¡¿De camino?! —Sienna negó con la cabeza—. ¡Nunca podremos cruzar la Porta Romana!

—Espera aquí treinta segundos —le dijo—, y luego ven y

sígueme la corriente.

Tras decir eso, Langdon se marchó, dejando a su nueva amiga desconcertada y sola.

21

—*Scusi!* —le dijo Robert Langdon al grupo de estudiantes—. *Scusate!*

Todos se volvieron y él hizo ver que miraba a su alrededor como si fuera un turista.

—*Dov'è l'Istituto Statale d'Arte?* —preguntó en un italiano chapurreado.

Un joven tatuado le dio una calada a su cigarrillo y respondió con sarcasmo:

—*Non parliamo italiano* —dijo con acento francés.

Una de las chicas reprendió a su amigo y le señaló a Langdon una larga pared que había cerca de la Porta Romana.

—*Più avanti, sempre dritto*.

«Todo recto», tradujo mentalmente Langdon.

—*Grazie*.

Tal y como le había indicado Langdon, Sienna salió de detrás del sanitario portátil y se acercó al grupo. Cuando la esbelta mujer de treinta y dos años llegó a su lado, él se volvió hacia ella y le colocó una mano en el hombro.

—Esta es mi hermana, Sienna. Es profesora de arte.

—A esta profesora sí que me la tiraría —dijo en voz baja el chico tatuado, y provocó con ello la risa de los otros chicos.

Langdon los ignoró.

—Estamos en Florencia informándonos sobre posibles centros en los que dar clase durante un año en el extranjero. ¿Podéis acompañarnos?

—*Ma certo* —dijo la chica con una sonrisa.

En cuanto el grupo comenzó a caminar hacia la Porta Romana, Sienna se puso a charlar con los estudiantes y Langdon se metió entre los jóvenes para intentar pasar desapercibido.

«Busca y hallarás», pensó. El corazón le comenzó a latir con fuerza al repasar mentalmente los diez fosos del *Malebolge*.

Catrovacer. Langdon había caído en la cuenta de que estas diez letras constituían la esencia de uno de los misterios más enigmáticos de la historia del arte. Un antiguo acertijo que nunca había sido solucionado. En 1563, las diez letras fueron utilizadas para escribir un mensaje en clave en lo alto de un mural que hay en el célebre Palazzo Vecchio de Florencia, a doce metros del suelo. Apenas visible sin binoculares, el mensaje había permanecido oculto durante siglos hasta que fue descubierto en la década de 1970 por un experto, ahora famoso, que se había pasado mucho tiempo desde entonces intentando descifrar su significado. Pero a pesar de numerosas teorías, seguía siendo un enigma.

Para Langdon, los códigos eran un terreno familiar; un puerto seguro en medio de ese mar extraño y agitado en el que se encontraba. Al fin y al cabo, la historia del arte y los secretos antiguos eran su especialidad, no los tubos de riesgo biológico y las armas de fuego.

Más coches de policía llegaron a la Porta Romana.

—Dios mío —dijo el chico tatuado—. La persona a la que están buscando debe de haber hecho algo terrible.

El grupo llegó a la puerta principal del instituto, donde se habían congregado una gran cantidad de alumnos para ver lo que sucedía en la calle. El malpagado guardia de seguridad de la escuela comprobaba con desgana las identificaciones de los chicos que entraban, pero claramente estaba más interesado en la operación policial.

Un fuerte frenazo resonó por la *piazza* y Langdon advirtió que acababa de llegar una familiar furgoneta negra.

No necesitó echar un segundo vistazo.

Sin decir palabra, él y Sienna aprovecharon la ocasión y cruzaron la puerta con sus nuevos amigos.

El sendero de entrada al Istituto Statale d’Arte era increíblemente hermoso, de apariencia casi regia. Unos robles enormes lo bordeaban a cada lado, creando una especie de dosel que enmarcaba el edificio del fondo: una enorme estructura de color amarillo desvaído, con un triple pórtico y una amplia extensión ovalada de césped enfrente.

Langdon sabía que, como tantos otros de la ciudad, el edificio había sido un encargo de la misma ilustre dinastía que había dominado la política florentina durante los siglos XV, XVI y XVII.

«Los Medici».

El nombre mismo se había convertido en todo un símbolo de Florencia. Durante tres siglos, la casa de los Medici amasó una riqueza y una influencia incalculables. Además de fundar la institución financiera más importante de toda Europa en esa época, aportaron al mundo cuatro papas y dos reinas de Francia. Aún hoy en día, los bancos modernos utilizan el método de contabilidad inventado por los Medici: el sistema de partida doble.

El mayor legado de esta familia, sin embargo, no había tenido lugar en el ámbito de las finanzas ni en el de la política, sino en el del arte. Posiblemente se trataba de los mecenas más pródigos jamás conocidos en la historia del arte, y la generosa serie de encargos que realizaron impulsó el Renacimiento. La lista de artistas que recibieron su mecenazgo iba de Leonardo da Vinci a Galileo, pasando por Botticelli (el cuadro más famoso de este último, *El nacimiento de Venus*, se debía a un encargo de Lorenzo de Medici, que quiso regalarle a su primo por su boda una pintura sexual y provocativa para que la colgara sobre la cama marital).

Lorenzo de Medici —conocido en su día como Lorenzo *el Magnífico* por su generosidad— fue él mismo un consumado artista y se decía que tenía un gran ojo. En 1489, por ejemplo, se encaprichó con la obra de un joven escultor florentino e invitó al muchacho a vivir en el palacio Medici para que pudiera practicar su oficio rodeado de arte, poesía y cultura. Bajo la tutela de Lorenzo, el adolescente prosperó y terminaría realizando dos de las esculturas más celebradas de toda la historia: la *Pietà* y el *David*. Actualmente le conocemos como Miguel Ángel, un gigante creativo que se considera el mayor regalo de los Medici a la humanidad.

Teniendo en cuenta la pasión de esta familia por el arte, Langdon imaginaba que les alegraría saber que el edificio que ahora tenía delante, en su inicio concebido como su establo principal, había sido reconvertido en el vibrante instituto artístico. Ese tranquilo emplazamiento, que ahora inspiraba a jóvenes artistas, había sido escogido específicamente para construir los establos debido a su proximidad con una de las zonas para pasear más

hermosas de toda Florencia.

«Los jardines Boboli».

Langdon echó un vistazo a la izquierda y vio las copas de los árboles que asomaban por encima de un alto muro. La vasta extensión de estos jardines era una popular atracción turística. No dudaba que, si conseguían entrar ahí, podrían rodear la Porta Romana sin que los descubrieran. Al fin y al cabo, el espacio que ocupaban era enorme, y no faltaban escondites (bosques, laberintos, grutas, ninfeos). Y, lo que era más importante, si atravesaban los jardines llegarían directamente al Palazzo Pitti, la fortaleza de piedra que antaño fue la sede principal del gran ducado de los Medici, y cuyas ciento cuarenta habitaciones se habían convertido en una de las atracciones turísticas más visitadas de la ciudad.

«Si llegamos al Palazzo Pitti —pensó Langdon—, el puente que conduce al centro de la ciudad estará a tiro de piedra».

Se acercó con tranquilidad al alto muro.

—¿Cómo podemos entrar a los jardines? —preguntó—. Me encantaría enseñárselos a mi hermana antes de ir al instituto.

El chico tatuado negó con la cabeza.

—Desde aquí no se puede. La entrada se encuentra en el Palazzo Pitti. Tendréis que ir por la Porta Romana.

—¡Anda ya! —soltó Sienna.

Todo el mundo se volvió hacia ella y se la quedó mirando, Langdon incluido.

—¿Me estás diciendo que no os coláis nunca a los jardines para fumar hierba y hacer el tonto? —dijo a los estudiantes con una sonrisa de complicidad y sin dejar de acariciarse el cabello.

Todos los chicos intercambiaron miradas y estallaron en carcajadas.

El muchacho tatuado parecía ahora completamente encandilado.

—Señora, sin duda usted debería dar clase aquí. —Acompañó a Sienna a un lateral del edificio y le señaló la zona de aparcamiento que había detrás de una esquina—. ¿Ve ese cobertizo a la izquierda? En la parte posterior hay una vieja plataforma. Suba al techo y desde ahí podrá saltar al otro lado del muro.

Sienna ya se había puesto en marcha. Miró por encima del hombro a Langdon y le dijo burlonamente:

—Vamos, Bob, a no ser que seas demasiado viejo para saltar un

muro.

22

La mujer del cabello plateado apoyó la cabeza contra la ventanilla a prueba de balas y cerró los ojos. Tenía la sensación de que todo daba vueltas a su alrededor. Las drogas que le habían dado la habían indispuesto.

«Necesito atención médica», pensó.

Aun así, las órdenes del guardia armado que estaba a su lado eran estrictas: las necesidades de la mujer debían ser ignoradas hasta que la tarea hubiera sido completada con éxito. Y, a juzgar por el caos que había alrededor, estaba claro que eso no iba a ser pronto.

El mareo iba en aumento y ahora le costaba respirar. Tras contener una nueva oleada de náuseas, se preguntó cómo había llegado a esa surreal encrucijada. En su actual estado, averiguar la respuesta era una tarea demasiado compleja, pero sin duda sabía dónde había comenzado todo.

«Nueva York. Dos años atrás».

Había volado a Manhattan desde Ginebra, donde trabajaba como directora de la Organización Mundial de la Salud, un puesto altamente codiciado y prestigioso que ocupaba desde hacía casi una década. Como especialista en enfermedades contagiosas y epidemiología, había sido invitada a las Naciones Unidas para dar una conferencia sobre la amenaza de las pandemias en los países del Tercer Mundo. Su charla fue optimista y tranquilizadora. Había presentado varios sistemas nuevos de detección temprana y planes de tratamiento diseñados por la Organización Mundial de la Salud y otras instituciones, y al terminar recibió una gran ovación.

Después de la conferencia, mientras se encontraba en el vestíbulo charlando con algunos especialistas, un empleado de las Naciones Unidas con una insignia diplomática de alto nivel se acercó a ella e interrumpió la conversación.

—Doctora Sinskey, alguien del Consejo de Relaciones Exteriores quiere hablar con usted. Un coche la espera fuera.

Desconcertada y un poco enervada, la doctora Elizabeth Sinskey se disculpó y agarró su maleta. Mientras su limusina recorría la Primera Avenida, comenzó a sentirse extrañamente inquieta.

«¿El Consejo de Relaciones Exteriores?».

Como muchos otros, Elizabeth Sinskey había oído los rumores.

Fundado en la década de 1920 como un comité de expertos privado, el CRE había contado entre sus miembros pasados casi con todos los secretarios de Estado del gobierno estadounidense, más de media docena de presidentes, la mayoría de los jefes de la CIA y diversos senadores y jueces, así como leyendas dinásticas como los Morgan, los Rothschild y los Rockefeller. La capacidad intelectual, la influencia política y la riqueza sin parangón de sus miembros había otorgado al Consejo de Relaciones Exteriores la reputación de «el club privado más influyente de la faz de la Tierra».

Como directora de la Organización Mundial de la Salud, Elizabeth estaba acostumbrada a relacionarse con personas importantes. Su larga trayectoria en la OMS, así como su naturaleza extrovertida, le habían hecho merecedora recientemente de una señal de aprobación por parte de una importante revista del ámbito de la salud, que la incluyó en su lista de las veinte personas más influyentes del mundo, algo que a Elizabeth le pareció irónico teniendo en cuenta lo enfermiza que había sido de niña.

A los seis años sufrió una severa asma que le trataron con una dosis elevada de una prometedora droga —la primera del mundo de los glucocorticoides u hormonas esteroides— que le curó los síntomas de la enfermedad con milagrosa rapidez. Lamentablemente, los imprevistos efectos secundarios de esa droga no salieron a la luz hasta varios años más tarde, cuando Sinskey dejó atrás la pubertad… sin llegar a desarrollar el ciclo menstrual. Nunca olvidaría el oscuro día en la consulta del médico, a los diecinueve años, en el que descubrió que el daño a su sistema reproductivo era irreversible.

Elizabeth Sinskey nunca podría tener hijos.

«El tiempo curará el vacío», le aseguró el médico, pero la tristeza y la rabia no hicieron sino crecer. Las drogas que le habían privado de la capacidad de concebir un hijo habían sido tan crueles que no

habían hecho lo mismo con el instinto animal de tenerlo. Durante décadas, había intentado aplacar el deseo de cumplir ese sueño imposible.

Incluso entonces, a los sesenta y un años, todavía sentía una punzada de amargura cada vez que veía a una madre con su hijo.

—Estamos llegando —le anunció el conductor de la limusina.

Elizabeth se pasó la mano por su cabello de largos rizos plateados y se miró en el espejito que llevaba. Antes de que pudiera darse cuenta, el vehículo se detuvo en una adinerada zona de Manhattan y el conductor la ayudó a bajar.

—La esperaré aquí —dijo el chofer—. Cuando haya terminado podemos ir directamente al aeropuerto.

Los cuarteles generales del CRE se encontraban en un edificio neoclásico en la esquina de Park Avenue con la Calle 68 que antaño había sido el hogar de un magnate de la Standard Oil. Su discreto exterior se fundía a la perfección con el elegante paisaje de los alrededores, y no ofrecía ninguna pista de su singular propósito.

—Doctora Sinskey —dijo una corpulenta recepcionista—. Por aquí, por favor. Le está esperando.

«Muy bien, pero ¿de quién se trata?». La recepcionista la condujo por un lujoso pasillo. Al llegar a una puerta cerrada, llamó con los nudillos, luego abrió y le indicó que pasara.

La doctora entró y la puerta se cerró tras ella.

La pequeña y oscura sala de juntas estaba iluminada únicamente por el resplandor de una pantalla de video. Bajo esta, distinguió una silueta muy alta y delgada. Aunque no podía ver su rostro, pudo advertir que se trataba de una persona poderosa.

—Doctora Sinskey —dijo el desconocido—. Gracias por venir. —Su inglés, de sobria precisión, sugirió a Elizabeth que debía de ser suizo o quizá alemán—. Por favor, siéntese —dijo, señalándole una silla del centro de la habitación.

«¿No se presenta primero?». Elizabeth hizo lo que le decía. La extraña imagen proyectada en la pantalla de video no contribuía a calmarle los ánimos. «¿Qué…?».

He asistido a su conferencia de hoy —declaró la silueta—. He venido desde muy lejos para escucharla. Un discurso impresionante.

—Gracias —contestó ella.

—Permítame decirle que es usted mucho más hermosa de lo que

había imaginado, a pesar incluso de su edad y de su miope visión de la salud mundial.

Elizabeth se quedó anonadada. Había sido un comentario de lo más ofensivo.

—¿Cómo dice? —preguntó, observando la oscura silueta—. ¿Quién es usted? ¿Y por qué me ha hecho venir aquí?

—Disculpe mi fallido comentario humorístico —respondió entonces la espigada sombra—. La imagen de la pantalla le explicará por qué está aquí.

Sinskey miró la horrenda diapositiva: el cuadro mostraba un vasto mar de personas enfermas que trepaban unas sobre otras formando una densa maraña de cuerpos desnudos.

—Es del gran artista Doré —anunció el hombre—. Se trata de una sombría interpretación del infierno de Dante. Espero que no le resulte demasiado perturbadora, porque ahí es adonde nos dirigimos. —Se quedó un momento callado y luego comenzó a dirigirse lentamente hacia ella—. Permita que le explique por qué.

Siguió acercándose a la doctora. Su figura parecía hacerse más alta a cada paso.

—Si tomo esta hoja de papel y la rompo por la mitad… —se detuvo junto a la mesa, tomó una hoja de papel y la rasgó—, y luego coloco las dos mitades juntas, y repito el proceso… —volvió a romper los papeles y a juntar sus mitades—, obtendré una pila de papel cuatro veces más gruesa que la original, ¿verdad? —En la oscuridad de la habitación, parecía que sus ojos relucían.

A Elizabeth le molestó su tono condescendiente y también su actitud hostil. No dijo nada.

—Hablando hipotéticamente —prosiguió él, acercándose a la doctora todavía más—, si el grosor de la hoja de papel original no fuera más que de una décima de milímetro y repitiera el proceso, digamos, cincuenta veces, ¿sabe qué altura alcanzaría la pila?

Elizabeth se sentía indignada.

—Lo sé —respondió con más hostilidad de la que pretendía—. Sería una décima de milímetro multiplicada por dos y elevada a la quincuagésima potencia. A eso se le llama progresión geométrica. ¿Puedo preguntarle qué estoy haciendo aquí?

El hombre sonrió con satisfacción y asintió, impresionado.

—Sí ¿y se puede imaginar usted qué aspecto tendría ese valor?

¿Una décima de milímetro multiplicada por dos y elevada a la quincuagésima potencia? ¿Sabe lo alta que sería nuestra pila de papel? —Calló solo un instante—. Tras realizar esa operación tan solo cincuenta veces, esa pila llegaría casi… hasta el sol.

A Elizabeth no le sorprendía. El asombroso poder de la progresión geométrica era algo con lo que estaba acostumbrada a lidiar en su trabajo. «Círculos de contaminación, replicación de células infectadas, estimaciones de víctimas mortales».

—Le pido perdón si parezco ingenua —dijo la doctora, sin molestarse en ocultar su contrariedad—, pero no entiendo qué quiere decir.

—¿Qué quiero decir? —rio él entre dientes—. Lo que quiero decir es que la historia del crecimiento de la población mundial es cada vez más dramática. Igual que la pila de papel, la población de la Tierra comenzó siendo muy escasa, pero su potencial es alarmante.

El hombre se puso a caminar de nuevo de un lado a otro de la habitación.

—Considere esto: la población de la Tierra tardó miles de años en llegar a los mil millones de personas, desde los inicios de la humanidad hasta principios del siglo XIX. Luego, solo le llevó unos sorprendentes cien años doblar la población hasta los dos mil millones, cifra a la que llegó en la década de 1920. Después de eso, tardó apenas cincuenta años en volver a doblarla hasta los cuatro mil millones, esto es, en la década de 1970. Como sabrá, muy pronto alcanzaremos los ocho mil millones. Solo en un día como hoy, la raza humana ha añadido otro cuarto de millón de personas al planeta. Un cuarto de millón. Y esto ocurre todos los días, llueva o truene. A día de hoy, en un año añadimos a la Tierra el equivalente a la población de Alemania.

El alto hombre se detuvo de golpe delante de Elizabeth.

—¿Cuántos años tiene?

Otra pregunta ofensiva aunque, como directora de la OMS, estaba acostumbrada a manejar el antagonismo con diplomacia.

—Sesenta y uno.

—¿Sabía que si vive otros diecinueve años, hasta los ochenta, habrá sido testigo de cómo la población mundial se triplica? *Una* vida, *triplicación* de la población. Piense en las implicaciones de

esto. Como sabe, su organización ha vuelto a incrementar sus previsiones y ahora prevé que antes de llegar a la mitad del siglo alcanzaremos los nueve mil millones de personas. Las especies animales se están extinguiendo a un ritmo vertiginoso. La demanda de nuestros menguantes recursos naturales se ha disparado. El agua potable es cada vez más escasa. Desde cualquier perspectiva biológica, nuestra especie ha superado la cantidad sostenible. Y ante este desastre, la Organización Mundial de la Salud (guardianes de la salud mundial) se dedica a cosas como curar la diabetes, llenar bancos de sangre o batallar contra el cáncer. —El hombre se detuvo y se quedó mirando fijamente a la doctora—. De modo que le he pedido que venga hoy aquí para preguntarle de manera directa por qué diablos la OMS no tiene las agallas de afrontar este problema sin miramientos.

Al oír eso, Elizabeth se enfureció.

—Quienquiera que sea usted, sabe perfectamente bien que nosotros tomamos la superpoblación muy en serio. Hace poco, hemos gastado millones de dólares en enviar médicos a África para que repartan preservativos de manera gratuita y eduquen a la gente sobre la importancia del control de natalidad.

—¡Ah, sí! —dijo el hombre alto en un tono burlón—. Y un ejército todavía más grande de misioneros católicos ha ido detrás para decirles a los africanos que si usan condones irán al infierno. Ahora África tiene un nuevo problema medioambiental: vertederos llenos de condones sin usar.

Elizabeth tuvo que hacer un esfuerzo para morderse la lengua. En ese punto tenía razón, aunque también había católicos modernos a los que no les parecía bien que el Vaticano se inmiscuyera en cuestiones reproductivas. Era destacable el caso de Melinda Gates, una devota católica que había tenido la valentía de enfrentarse a su propia iglesia e invertir 560 millones de dólares en la mejora del acceso al control de natalidad en todo el mundo. Elizabeth Sinskey había declarado muchas veces públicamente que Bill y Melinda Gates merecían ser canonizados por todo lo que habían hecho con su fundación por la mejora de la salud mundial. Por desgracia, la única institución con potestad para conferir la santidad no apreciaba la naturaleza cristiana de sus esfuerzos.

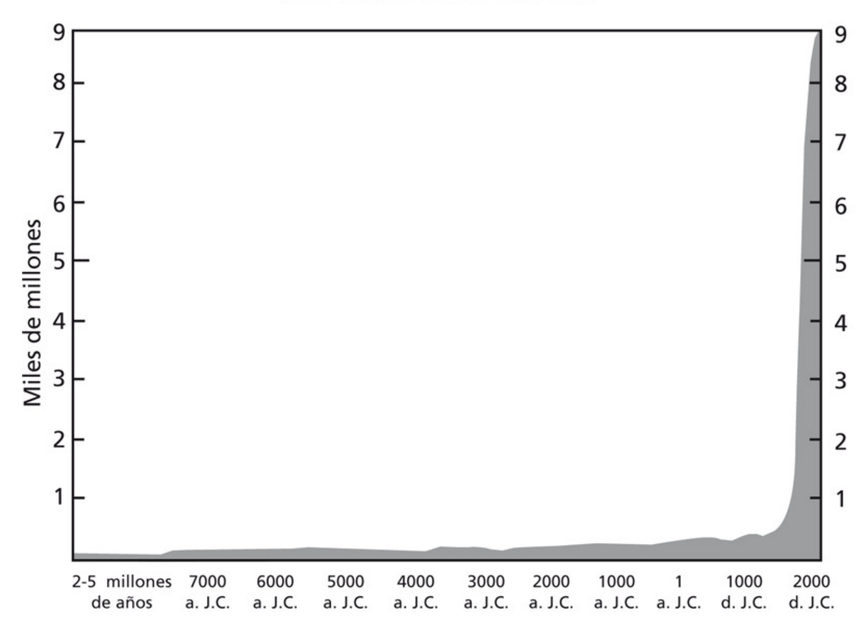
—Doctora Sinskey —prosiguió la sombra—, lo que la

Organización Mundial de la Salud no consigue entender es que solo existe un problema de salud global. Y es este. —Señaló de nuevo el sombrío mar de cuerpos enmarañados de la pantalla, y se quedó un momento callado—. Soy consciente de que es usted una científica y que es posible que no conozca los clásicos o las bellas artes. Permítame que le muestre otra imagen que comprenderá mejor.

La habitación se quedó un instante a oscuras y luego la pantalla se volvió a iluminar.

Elizabeth había visto muchas veces la nueva imagen y siempre le provocaba una siniestra sensación de inevitabilidad.





En la habitación se hizo un profundo silencio.

—Sí —dijo al fin el hombre alto—. El pánico mudo es una respuesta adecuada. Ver esta imagen es un poco como mirar fijamente el faro de una locomotora que está a punto de atropellarle a uno. —Poco a poco, el hombre se volvió hacia Elizabeth y sonrió con condescendencia—. ¿Alguna pregunta, doctora Sinskey?

—Solo una —respondió ella—. ¿Me ha hecho venir aquí para sermonearme o para insultarme?

—Ninguna de las dos cosas. —Su tono de voz se volvió siniestramente zalamero—. La he traído para trabajar con usted. No tengo la menor duda de que comprende que la superpoblación supone un serio problema de salud. Lo que quizá no tiene tan claro es que se trata de una cuestión que afectará al alma misma del hombre. Bajo la presión de la superpoblación, aquellos que nunca habían considerado la posibilidad de robar se verán obligados a hacerlo para alimentar a sus familias. Los pecados de Dante (la avaricia, la gula, la traición, el asesinato, etcétera) comenzarán a aflorar por doquier, amplificados por nuestros menguantes recursos. Nos encontramos ante una batalla por el alma misma del hombre.

—Yo soy bióloga. Salvo vidas, no almas.

—Bueno, puedo asegurarle que salvar vidas se volverá cada vez más difícil en los próximos años. La superpoblación provocará mucho más que descontento espiritual. Hay un pasaje de Maquiavelo…

—Sí —le interrumpió ella, y recitó de memoria la famosa cita—: «Cuando todas las provincias del mundo estén tan repletas de habitantes que no puedan vivir donde están ni trasladarse a otro sitio, el mundo se purgará a sí mismo». —Se lo quedó mirando fijamente—. En la OMS conocemos bien esa cita.

—Bien, entonces sabe que Maquiavelo consideraba las plagas la forma natural que tenía el mundo de purgarse a sí mismo.

—Sí, y como he mencionado en mi conferencia, somos totalmente conscientes de la directa correlación que existe entre la densidad de población y la probabilidad de epidemias a gran escala, pero no dejamos de diseñar día a día nuevos planes de detección y tratamiento. En la OMS estamos seguros de que podremos prevenir futuras pandemias.

—Qué lástima.

Elizabeth se lo quedó mirando con incredulidad.

—¡¿Cómo dice?!

—Doctora Sinskey —respondió el hombre con una extraña sonrisa—, habla usted del control de epidemias como si fuera algo bueno.

Ella no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—He ahí el problema —siguió el hombre alto, como un abogado que presenta sus pruebas—. Y es usted la directora de la

Organización Mundial de la Salud, lo mejor que puede ofrecer esta institución. Una idea aterradora, si uno lo piensa bien. Le he mostrado esta imagen del sufrimiento que nos espera. —Volvió a mostrar los cuerpos en la pantalla—; le he recordado el increíble poder del crecimiento incontrolado de la población mundial. —Señaló la pequeña pila de papel—; la he ilustrado sobre el hecho de que estamos al borde del colapso espiritual… —Se quedó callado y se volvió hacia ella—. ¿Y cuál ha sido su respuesta? «Condones gratis en África» —dijo en un despreciativo tono burlón—. Eso es como intentar detener con un matamoscas un asteroide que está a punto de chocar con la Tierra. La bomba de tiempo ya no hace tictac, doctora Sinskey. Ya ha estallado. Y si no tomamos medidas drásticas, la matemática exponencial se convertirá en su nuevo Dios… Y se trata de un Dios vengativo, que traerá la visión del infierno de Dante al mismo Park Avenue… Masas apiñadas revolcándose en sus propios excrementos… Un proceso de selección global orquestado por la misma Naturaleza.

—¿Eso cree? —contestó de pronto Elizabeth—. Dígame, en su visión de un futuro sostenible, ¿cuál es la población ideal de la Tierra? ¿Cuál es el número mágico que permitiría a la humanidad sostenerse indefinidamente y en un relativo bienestar?

El hombre alto sonrió al oír esa pregunta.

—Cualquier biólogo o estadista medioambiental le dirá que el límite de la posibilidad de supervivencia a largo plazo se encuentra en una población de unos cuatro mil millones.

—¡Cuatro mil millones! —exclamó Elizabeth—. Ahora somos siete mil millones, creo que ya es un poco tarde.

Los ojos verdes del hombre relucieron intensamente.

—¿Lo es?

23

Robert Langdon aterrizó pesadamente sobre la mullida tierra que había al otro lado del muro. Se encontraba en la boscosa zona sur de los jardines Boboli. Sienna lo hizo a continuación y, tras ponerse de pie y sacudirse un poco el polvo, echó un vistazo a su alrededor.

Estaban en un claro de musgo y helechos que había al borde de una pequeña arboleda. Desde ahí no se veía el Palazzo Pitti, y Langdon tuvo la sensación de que se encontraban en la otra punta de los jardines. Al menos, a esa hora no había ningún trabajador o turista que hubiera llegado tan lejos.

Langdon contempló el sendero de gravilla que serpenteaba con elegancia colina abajo y se introducía en la arboleda que tenían enfrente. En el punto donde el sendero desaparecía entre los árboles había una estatua de mármol. A Langdon no le sorprendió. El diseño de los jardines se debía al excepcional talento de Niccolò Tribolo, Giorgio Vasari y Bernardo Buontalenti; un increíble grupo de expertos que había convertido esas tres hectáreas en una obra de arte paseable.

—Si nos dirigimos hacia el noroeste llegaremos al palacio —dijo Langdon, señalando el sendero—. Ahí seguro que podremos mezclarnos con los turistas y salir sin que nos vean. Imagino que abre a las nueve.

Bajó la mirada para consultar la hora pero en su muñeca desnuda seguía faltando el reloj de Mickey Mouse. Se preguntó si todavía estaría en el hospital con el resto de su ropa y si llegaría a recuperarlo.

De repente, Sienna se detuvo con aire desafiante.

—Robert, antes de dar otro paso más, quiero saber adónde vamos. ¿Qué has descubierto antes sobre el *Malebolge*? Has dicho que estaba desordenado.

Langdon señaló la zona arbolada que tenían delante.

—Antes ocultémonos —la condujo por un sendero que descendía a una hondonada cercada por árboles (una «habitación», en términos de arquitectura paisajística) donde había algunos bancos *faux-bois* y una pequeña fuente. El aire ahí dentro era más frío.

Langdon sacó el proyector de su bolsillo y comenzó a agitarlo.

—Sienna, quienquiera que creara esta imagen digital no solo añadió letras al *Malebolge*, sino que también cambió el orden de los pecados. —Se subió al banco y apuntó el proyector a sus pies. El *Mappa dell'Inferno* de Botticelli apareció débilmente en el asiento.

Langdon señaló la zona escalonada que había en el fondo del embudo.

—¿Ves las letras de los diez fosos del *Malebolge*?

Sienna las leyó de arriba abajo.

—*Catrovacer*.

—Correcto. Una palabra sin sentido.

—Pero ¿dices que el orden de los fosos está cambiado?

—En realidad, algo todavía más sencillo. Si estos niveles fueran una baraja de diez cartas, sería como si la hubieran cortado una vez. La baraja, pues, seguiría manteniendo el orden correcto, pero comenzaría con la carta equivocada —Langdon volvió a señalar los diez fosos del *Malebolge*—. Según el texto de Dante, el nivel superior debería ser el de los seductores azotados por demonios, pero según esta versión, sin embargo, los seductores aparecen… en el séptimo foso.

Sienna examinó la imagen, cada vez más desvaída, y asintió.

—Ajá, ya lo veo. El primer foso es ahora el séptimo.

Langdon volvió a guardarse el proyector en el bolsillo y bajó del banco. Entonces agarró un pequeño palo y comenzó a escribir las letras en una extensión de tierra que había junto al sendero.

—Estas son las letras tal y como aparecen en nuestra versión modificada del infierno:

C
A
T
R
O

V
A
C
E
R

—*Catrovacer* —leyó Sienna.

—Sí. Y aquí es donde la «baraja» ha sido cortada. —Langdon trazó una línea debajo de la séptima letra y esperó a que Sienna volviera a examinar el resultado.

C
A
T
R
O
V
A
-
C
E
R

—Muy bien —dijo rápidamente—. *Catrova. Cer*.

—Sí, y para ordenar de nuevo las cartas, solo tenemos que volver a cortar la baraja y colocar de nuevo la parte inferior en su lugar, intercambiando con ello la posición de las dos mitades.

Sienna miró las letras.

—*Cer. Catrova*. —Se encogió de hombros. No parecía muy impresionada—. Sigue sin tener sentido…

—*Cer catrova* —repitió Langdon. Un momento después, volvió a decir las palabras, esta vez juntas—: *Cercatrova*. —Al fin, las dijo con una pausa en medio—. *Cerca… trova*.

Siena soltó un grito ahogado y levantó la mirada hacia Langdon.

—Sí —dijo él con una sonrisa—. *Cerca trova*.

Las dos palabras italianas *cerca* y *trova* significan literalmente «buscar» y «hallar». Al combinarlas en una oración —*cerca trova*—

eran sinónimas del aforismo bíblico «busca y hallarás».

—¡Tus alucinaciones! —exclamó Sienna, casi sin aliento—. ¡La mujer del velo! ¡No dejaba de decirte que buscaras y hallarías! —Se puso de pie de un salto—. Robert, ¿te das cuenta de lo que significa esto? ¡Las palabras «*cerca trova*» ya estaban en tu subconsciente! ¿No lo ves? ¡Debiste descifrar esta frase antes de llegar al hospital! ¡Probablemente, ya habías visto la imagen de este proyector, pero te olvidaste!

«Tiene razón», se dio cuenta Langdon. Había estado tan centrado en el código mismo que no se le había ocurrido que ya hubiera pasado por todo eso.

—Robert, antes has dicho que el *Mappa* señala una localización concreta de la parte antigua de la ciudad. Pero yo sigo sin ver cuál.

—¿*Cerca trova* no te dice nada?

Ella se encogió de hombros.

Langdon sonrió para sus adentros. «Por fin, algo que Sienna no sabe».

—Resulta que esta frase hace referencia a un famoso mural que cuelga en el Salón de los Quinientos del Palazzo Vecchio: la *Battaglia di Marciano*, de Giorgio Vasari. En la parte superior del cuadro, apenas visible desde el suelo, Vasari escribió las palabras «*cerca trova*» en letras minúsculas. Existen muchas teorías sobre por qué lo hizo, pero no se ha descubierto ninguna prueba concluyente.

De repente, oyeron sobre sus cabezas el agudo zumbido de una pequeña aeronave que sobrevolaba el arbolado dosel de los jardines. A juzgar por el ruido, se acercaba a gran velocidad, y tanto Langdon como Sienna se quedaron inmóviles cuando les pasó por encima.

En cuanto comenzó a alejarse, Langdon miró la aeronave a través de las ramas de los árboles.

—Es un helicóptero de juguete —dijo, recobrando el aliento, mientras observaba el artilugio teledirigido de un metro de largo. Sonaba como un mosquito gigante y enojado y, a lo lejos, parecía que estaba dando la vuelta.

Efectivamente, el pequeño helicóptero regresó hacia ellos sobrevolando las copas de los árboles. Esta vez pasó por encima de un claro que quedaba a su izquierda.

—Eso no es un juguete —susurró Sienna—. Es un *drone* de reconocimiento. Probablemente tiene una cámara incorporada que envía imágenes en directo a alguien.

Langdon apretó los dientes y observó cómo el helicóptero regresaba al punto del que había partido: la Porta Romana y el instituto de arte.

—No sé qué has hecho —dijo ella—, pero está claro que hay gente poderosa que tiene muchas ganas de encontrarte.

El helicóptero volvía a dar la vuelta y pasaba por encima del muro por el que acababan de saltar.

—Alguien debe de habernos visto en el instituto de arte y habrá dicho algo. Tenemos que salir de aquí. Ahora —dijo Sienna, y comenzó a recorrer el sendero.

Mientras el *drone* se alejaba hacia el otro extremo de los jardines, Langdon borró con el pie las letras que había escrito junto al sendero. Luego fue detrás de Sienna. No podía dejar de pensar en las palabras *cerca trova*, el mural de Giorgio Vasari y en lo que había dicho Sienna de que anteriormente puede que ya hubiera descifrado el mensaje del proyector. «Busca y hallarás».

De repente, justo cuando entraban en un segundo claro, Langdon cayó en la cuenta de algo. Se detuvo en el sendero arbolado con una expresión de perplejidad en el rostro.

Sienna también se paró.

—¿Robert? ¿Qué sucede?

—Soy inocente —declaró.

—¿De qué estás hablando?

—La gente que me persigue… Pensaba que era por algo que había hecho.

—Sí, en el hospital no dejabas de decir «*very sorry*».

—Lo sé. Pero ustedes pensaban que estaba hablando en inglés.

Sienna se lo quedó mirando, desconcertada.

—Es que estabas hablando en inglés.

La excitación era perceptible en los ojos azules de Langdon.

—Sienna, cuando no dejaba de decir «*very sorry*», no estaba pidiendo perdón. ¡Estaba balbuceando algo sobre el mensaje secreto en el mural del Palazzo Vecchio! —Todavía podía oír la grabación de su propia voz delirante: «*Ve… sorry. Ve… sorry*».

Sienna parecía perdida.

—¡¿No lo ves?! —dijo Langdon con una amplia sonrisa—. No estaba diciendo «*very sorry, very sorry*», sino el nombre de un artista: «Va… sari. Vasari».

24

Vayentha frenó de golpe.

Su motocicleta derrapó con gran estrépito y dejó una larga marca en el pavimento del Viale del Poggio Imperiale. Finalmente se detuvo detrás de una inesperada hilera de coches. El tráfico estaba parado.

«¡No tengo tiempo para esto!».

Vayentha se asomó por encima de los coches para intentar ver qué estaba provocando el atasco. Ya se había visto obligada a dar un rodeo para evitar la unidad AVI y todo el caos del edificio de apartamentos y ahora necesitaba llegar cuanto antes a la parte antigua para vaciar la habitación del hotel en la que se había hospedado los últimos días.

«He sido desautorizada… ¡Tengo que salir rápidamente de la ciudad!».

Su racha de mala suerte, sin embargo, parecía seguir. La ruta que había escogido parecía bloqueada. Sin intención alguna de esperar más tiempo, comenzó a adelantar los coches por el estrecho arcén hasta que la congestionada intersección, una rotonda en la que convergían seis importantes vías públicas, quedó a la vista. Se trataba de la Porta Romana, uno de los puntos más concurridos de Florencia y el acceso al centro de la ciudad.

«¿¡Qué está pasando aquí!?».

Vayentha vio que toda la zona estaba llena de policías. Era un control de algún tipo. Un momento después, vio algo en el centro que la dejó estupefacta: una familiar furgoneta negra alrededor de la cual varios agentes ataviados de negro daban órdenes a la policía local.

Sin duda alguna, esos hombres eran miembros de la unidad AVI pero Vayentha no entendía qué estaban haciendo allí.

«A no ser que…».

Tragó saliva, sin atreverse apenas a considerar siquiera la posibilidad. «¿Langdon había eludido a Brüder?». Parecía imposible. Las opciones de huida habían sido prácticamente nulas. Aunque claro, Langdon no estaba solo, y Vayentha había experimentado de primera mano hasta qué punto la mujer rubia era capaz.

A unos pocos metros, apareció un agente de policía. Iba enseñando de coche en coche la fotografía de un apuesto hombre con abundante cabello castaño. Vayentha lo reconoció al instante: era Robert Langdon. El corazón le dio un vuelco.

«¡Ha esquivado a Brüder…!

»¡Langdon sigue libre!».

Vayentha, estratega experimentada, comenzó a evaluar enseguida en qué medida ese cambio en los acontecimientos modificaba su situación.

«Primera opción: marcharse según lo requerido».

Había arruinado una importante misión de la organización y, a causa de ello, había sido desautorizada. Si tenía suerte, sería amonestada y, con toda probabilidad, despedida. Si, por el contrario, había infravalorado la severidad de su jefe, se pasaría el resto de su vida mirando hacia atrás y preguntándose constantemente si el Consorcio la estaría acechando.

«Ahora tengo una segunda opción: completar la misión».

Permanecer en su puesto suponía un desafío directo al protocolo de desautorización, pero si Langdon seguía libre, Vayentha tenía la oportunidad de cumplir la directriz original.

«Si Brüder no consigue capturar a Langdon —pensó al tiempo que se le aceleraba el pulso— y yo sí lo hago…».

Vayentha sabía que era improbable, pero si Langdon conseguía eludir a Brüder y ella intervenía y terminaba su trabajo, habría salvado ella sola la crítica situación del Consorcio, con lo que el comandante no tendría más remedio que mostrarse indulgente.

«Conservaría mi trabajo —pensó—. Puede que incluso me asciendan».

Al instante, Vayentha cayó en la cuenta de que todo su futuro dependía de un único y crucial cometido. «Debo localizar a Langdon… antes de que lo haga Brüder».

No sería fácil. Brüder tenía a su disposición un gran número de soldados, así como una gran variedad de modernos equipos de

vigilancia. Vayentha, en cambio, trabajaba sola. Pero sabía algo que Brüder, el comandante y la policía desconocían.

«Sé exactamente adónde se dirige Langdon».

Vayentha dio media vuelta con su BMW y se fue por donde había venido. «Ponte alle Grazie», pensó, visualizando el puente que había más al norte. Había más de una ruta para llegar al centro de la ciudad.

25

«No era una disculpa —pensó Langdon—, sino el nombre de un pintor».

—Vasari —dijo lentamente Sienna mientras avanzaba por el sendero—. El pintor que escondió las palabras «*cerca trova*» en su mural.

Langdon no pudo evitar sonreír. «Vasari. Vasari». Además de arrojar luz sobre su extraña situación, esa revelación también suponía que ya no tenía que seguir preguntándose qué terrible acto había cometido por el que no dejaba de pedir disculpas.

—Robert, está claro que antes de resultar herido ya habías visto la imagen de Botticelli del proyector y sabías que contenía un código que apuntaba al mural de Vasari. Por eso repetías su nombre.

Langdon intentó evaluar qué significaba todo eso. Giorgio Vasari —un pintor, arquitecto y escritor del siglo XVI— era un hombre al que él se solía referir como «el primer historiador del arte del mundo». A pesar de los cientos de cuadros que pintó y de las docenas de edificios que diseñó, su legado más perdurable era el seminal libro *Las vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos*, una colección de biografías de artistas italianos que aún entonces seguía siendo una lectura indispensable para los estudiantes de historia del arte.

Las palabras «*cerca trova*» habían vuelto a situar a Vasari en el imaginario colectivo unos treinta años atrás, cuando ese «mensaje secreto» fue descubierto en su mural del Salón de los Quinientos del Palazzo Vecchio. Las minúsculas letras aparecían en un estandarte verde, apenas visibles en medio del caos de la batalla. Si bien todavía no se había llegado a un consenso respecto a por qué Vasari había añadido ese extraño mensaje, la teoría más aceptada era que

se trataba de una pista para las generaciones futuras respecto a la existencia de un fresco de Leonardo da Vinci oculto en la pared, tres centímetros por detrás del mural de Vasari.

Sienna buscó nerviosamente el *drone* entre las ramas de los árboles.

—Todavía hay una cosa que no entiendo. Si no estabas intentando decir «*very sorry, very sorry*», ¿por qué hay gente que intenta matarte?

Langdon se preguntaba lo mismo.

Volvieron a oír el lejano zumbido, y Langdon supo que había llegado el momento de tomar una decisión. No entendía la relación que podía haber entre la *Battaglia di Marciano* de Vasari y el *Inferno* de Dante o la herida de bala que había sufrido y, sin embargo, al fin veía ante sí un sendero tangible.

«*Cerca trova*. Busca y hallarás».

De nuevo, Langdon pensó en la mujer del cabello plateado dirigiéndose a él desde el otro lado del río. «¡El tiempo se está agotando!». Si había alguna respuesta, intuía Langdon, la encontrarían en el Palazzo Vecchio.

Le vino entonces a la memoria un viejo dicho popular de los antiguos pescadores griegos que se sumergían a pulmón en las cuevas de coral de las islas Egeas para capturar langostas. «Al nadar por un oscuro túnel, llega un momento en el que ya no tienes suficiente aire para deshacer el camino. La única posibilidad es seguir nadando hacia lo desconocido y rezar para encontrar una salida».

Langdon se preguntó si él y Sienna habían llegado a ese punto.

Miró el laberinto de senderos que tenían delante. Si conseguían llegar al Palazzo Pitti y, con ello, a la salida del jardín, el centro de la ciudad, estarían justo al otro lado del puente peatonal más famoso del mundo: el Ponte Vecchio. Siempre estaba abarrotado de gente y sería fácil pasar sin llamar la atención. Desde ahí, el Palazzo Vecchio estaba a unas pocas manzanas.

El zumbido del *drone* se oía cada vez más cerca, y por un momento Langdon sintió que el cansancio hacía mella en él. El descubrimiento de que no había estado diciendo «*very sorry*» le hizo plantearse si hacía bien en huir de la policía.

—En algún momento u otro me atraparán, Sienna —dijo

Langdon—. Quizá sería mejor que dejara de huir.

Sienna se volvió hacia él alarmada.

—¡Robert, cada vez que te detienes en algún sitio, alguien comienza a dispararte! Tienes que averiguar en qué estás metido. Ver el mural de Vasari quizá te ayude a recordar de dónde ha salido el proyector y por qué lo llevabas encima.

Langdon pensó entonces en la mujer del cabello en punta asesinando a sangre fría al doctor Marconi, en los soldados disparándoles, en el control de la policía en la Porta Romana… Y ahora el *drone* de reconocimiento que les buscaba en los jardines Boboli. Se quedó un momento en silencio y, frotándose los cansados ojos, consideró sus opciones.

—¿Robert? —dijo Sienna—. Hay otra cosa…, algo que en su momento no me pareció importante, pero que ahora creo que quizá lo sea.

Langdon percibió su tono de voz y levantó la mirada.

—Quería decírtelo en el apartamento —dijo ella—, pero…

—¿De qué se trata?

Sienna frunció los labios. Parecía incómoda.

—Cuando llegaste al hospital delirabas e intentabas decir algo.

—Sí —dijo Langdon—, estaba balbuceando «Vasari, Vasari».

—Sí, pero antes de eso, antes de que te grabáramos, al poco de llegar, dijiste otra cosa. Solo lo hiciste una vez, pero estoy segura de haberla entendido.

—¿Qué dije?

Sienna levantó la mirada hacia el *drone* y luego se volvió hacia Langdon.

—Dijiste: «Yo tengo la clave para encontrarlo… Si fracaso, todo será muerte».

Langdon no supo qué decir, de modo que Sienna prosiguió:

—Creía que te referías al objeto que llevabas en el bolsillo de la chaqueta, pero ahora no estoy tan segura.

«¿Si fracaso, todo será muerte?». Esas palabras le conmocionaron. Inquietantes imágenes relacionadas con la muerte comenzaron a desfilar ante él… El infierno de Dante, el símbolo de riesgo biológico, el médico de la peste. Una vez más, el rostro de la hermosa mujer del cabello plateado se dirigió a él desde el otro lado del río teñido de sangre. «¡Busca y hallarás! ¡El tiempo se está

agotando!».

La voz de Sienna le devolvió a la realidad.

—Sea lo que sea lo que señale este proyector o lo que estés buscando, debe tratarse de algo muy peligroso. El hecho de que haya gente intentando matarnos… —La voz se le quebró y se tomó un momento para recobrar la compostura—. Piensa en ello. Te han disparado a plena luz del día y a mí también, solo por estar a tu lado. Nadie parece querer negociar. Tu propio gobierno se ha vuelto en tu contra… Les has llamado pidiendo ayuda y han enviado a alguien para matarte.

Langdon se quedó mirando el suelo. Poco importaba si el consulado de Estados Unidos había compartido su localización con el asesino o lo había enviado directamente. El resultado era el mismo. «Mi propio gobierno no está de mi lado».

Langdon miró los ojos castaños de Sienna y vio en ellos valentía. «¿En qué la he metido?».

—Ojalá supiera qué estamos buscando. Eso ayudaría a ponerlo todo en perspectiva.

Sienna asintió.

—Sea lo que sea, creo que tenemos que encontrarlo. Al menos nos proporcionará cierta ventaja.

Su lógica era difícil de rebatir. Aun así, había algo que seguía preocupando a Langdon. «Si fracaso, todo será muerte». Durante la mañana se había ido topando con macabros símbolos intrigantes. Ciertamente, no tenía indicios claros de qué estaba buscando, pero no era tan ingenuo como para no considerar al menos la posibilidad de que esa situación implicara una enfermedad mortal o una amenaza biológica a gran escala. Ahora bien, si eso era cierto, ¿por qué su propio gobierno intentaba eliminarlo?

«¿Acaso creen que estoy implicado de algún modo en un posible ataque?».

No tenía ningún sentido. Debía tratarse de alguna otra cosa.

Langdon volvió a pensar en la mujer del cabello plateado.

—También está la mujer de mis visiones. Tengo la sensación de que tengo que encontrarla.

—Entonces confía en tus instintos —dijo Sienna—. En tu condición, el subconsciente es la mejor brújula de la que dispones. Es psicología básica: si crees que debes confiar en esa mujer,

deberías hacer exactamente lo que ella te pide que hagas.

—Buscar y hallar —dijeron al unísono.

Langdon tuvo la sensación de que el camino se había despejado y respiró hondo.

«Lo único que puedo hacer es seguir buceando por este túnel».

Con renovada determinación, se volvió y miró a su alrededor para intentar situarse.

«¿Por dónde se sale de este jardín?».

Se encontraban debajo de unos árboles que había en el borde de una amplia plaza en la que confluían varios senderos. A su izquierda, Langdon vio una laguna elíptica con una pequeña isla en medio adornada con limoneros y una estatua. El *Isolotto,* pensó, al tiempo que reconocía la famosa escultura de Perseo sobre un caballo medio sumergido que cabalgaba a través del agua.

—El Palazzo Pitti está por ahí —dijo Langdon señalando al este, en dirección a la principal vía del jardín, el *Viottolone,* que recorría todo el recinto de este a oeste. Era una vía amplia como una carretera de dos carriles y estaba bordeada por esbeltos cipreses de cuatrocientos años de edad.

—No hay nada que nos cubra —dijo Sienna al ver la avenida abierta y señalando el *drone*.

—Tienes razón —dijo él con una sonrisa torcida—. Por eso iremos por el túnel que hay al lado.

Le señaló un denso cerco de setos contiguo al inicio del *Viottolone*. El muro de densa vegetación tenía una pequeña abertura arqueada. Más allá, un estrecho sendero se perdía en la distancia. Era un túnel que corría en paralelo al *Viottolone*, cercado a cada lado por una falange de encinas que desde el siglo XVII habían ido podando y arqueando para que formara un entoldado de follaje sobre el sendero. El nombre de este pasaje, *La Cerchiata* —que literalmente significa «circular» o «arqueado»—, se debía a ese dosel de árboles curvados que parecían aros de barril o *cerchi.*

Sienna corrió hacia la entrada y echó un vistazo al interior del oscuro canal. Un momento después se volvió hacia Langdon con una sonrisa.

—Mejor.

Sin perder más tiempo, se metió por la abertura y comenzó a recorrer el sendero cercado por árboles.

Langdon siempre había considerado *La Cerchiata* uno de los lugares más tranquilos de Florencia. En ese momento, sin embargo, al ver a Sienna desaparecer por el oscuro pasaje, pensó otra vez en los pescadores griegos buceando a pulmón por los túneles de coral rezando para encontrar una salida.

Langdon musitó una pequeña oración y corrió tras Sienna.

A casi un kilómetro de allí, frente al instituto de arte, el agente Brüder se abrió paso entre la multitud de policías y estudiantes de arte con su gélida mirada, y llegó al puesto de mando que su especialista en vigilancia había improvisado en la capota de la furgoneta negra.

—Del *drone* aéreo —dijo el especialista, mostrándole a Brüder la pantalla de una tableta—. Tomada hace apenas unos minutos.

Brüder examinó los fotogramas del video y se detuvo en la borrosa ampliación de dos rostros, un hombre de cabello oscuro y una mujer rubia, que permanecían escondidos en las sombras y miraban hacia arriba a través del dosel de árboles.

Robert Langdon.

Sienna Brooks.

Sin ninguna duda.

Brüder volvió entonces su atención al mapa de los jardines Boboli que estaba extendido sobre la capota. «Han tomado una pésima decisión», pensó al ver el trazado del enorme parque. Si bien era intrincado y con múltiples escondites, también estaba rodeado por unos altos muros. Era lo más cercano a una «zona de muerte» que Brüder hubiera visto nunca en la vida real.

«No podrán escapar».

—Las autoridades locales están bloqueando todas las salidas —dijo el agente—. Y han comenzado la búsqueda.

—Manténgame informado —respondió Brüder.

Lentamente, levantó la mirada a la ventanilla blindada de la furgoneta, al otro lado de la cual podía ver a la mujer de cabello plateado sentada en el asiento trasero del vehículo.

Las drogas que le habían administrado habían embotado sus sentidos más de lo que Brüder esperaba. Aun así, el temor de su mirada evidenciaba que seguía siendo consciente de lo que sucedía a su alrededor.

«No parece contenta —pensó Brüder—. Aunque, claro, ¿por qué

iba a estarlo?».

26

El chorro de agua se elevaba hasta seis metros en el aire.

Langdon contempló cómo caía suavemente de nuevo a tierra y supo que se estaban acercando al palacio. Habían dejado atrás el frondoso túnel de *La Cerchiata* y luego habían atravesado una extensión abierta de césped hasta una arboleda de alcornoques. Se encontraban delante del surtidor más famoso de los jardines Boboli, la estatua de bronce de Neptuno y su tridente realizada por Stoldo Lorenzi. Ese surtidor ornamental, conocido por los florentinos más irreverentes como «La fuente de la horca», estaba considerado el punto central de los jardines.

Sienna se detuvo en la linde de la arboleda y levantó la mirada.

—No oigo el *drone*.

Él tampoco lo oía; aunque, claro, la fuente hacía bastante ruido.

—Debe de estar reportando —dijo Sienna—. Es nuestra oportunidad. ¿En qué dirección tenemos que ir?

Langdon la condujo a la izquierda y comenzaron a descender una pronunciada pendiente. Al salir de la arboleda, el Palazzo Pitti quedó a la vista.

—No está mal la casita —susurró Sienna.

—Sí. Discreta, como les gustaba a los Medici —respondió Langdon irónicamente.

La fachada del Palazzo Pitti, que todavía se encontraba a quinientos metros, dominaba el paisaje. El almohadillado rústico de la fachada le daba al edificio un aire de autoridad implacable; la repetición de ventanas con postigos y puertas arqueadas acentuaba este efecto. Tradicionalmente, los palacios se construían en un terreno elevado para que todo el mundo tuviera que levantar la mirada hacia el edificio. El Palazzo Pitti, en cambio, estaba situado al fondo de un valle bajo cercano al río Arno, con lo que la gente que se encontraba en los jardines tenía que bajar la mirada para

verlo.

Ese efecto no hacía sino añadir dramatismo al edificio. Un arquitecto declaró que el palacio parecía haber sido construido por la misma naturaleza, como si un alud hubiera precipitado las enormes piedras por la larga cuesta y al aterrizar hubieran formado una elegante pila en el fondo. A pesar de su posición escasamente defensiva, la sólida estructura de piedra del *palazzo* era tan imponente que Napoleón lo utilizó en una ocasión como base de operaciones mientras se encontraba en Florencia.

—Mira —dijo Sienna, señalando las puertas más cercanas del palacio—. Buenas noticias.

Langdon también lo había visto. En esa extraña mañana, lo que más agradeció ver no fue el edificio en sí, sino a los turistas que salían a los jardines. Ya estaba abierto al público, lo cual significaba que Langdon y Sienna no tendrían problemas para cruzarlo y salir de allí. Una vez en la calle, Langdon sabía que el río se encontraba a la derecha y, al otro lado, el centro de la ciudad.

Él y Sienna siguieron avanzando, medio corriendo por la inclinada pendiente. Al descender, cruzaron el anfiteatro Boboli, un recinto con forma de herradura construido en la ladera de una colina, donde tuvo lugar la primera representación de ópera de la historia. Luego, pasaron por delante del obelisco de Ramsés II y la desafortunada «obra de arte» que había en su base. Las guías se referían a ella como una «colosal bañera procedente de las termas romanas de Caracalla», pero Langdon sabía lo que era en realidad: la palangana más grande del mundo. «Deberían colocar esa cosa en otro lugar».

Finalmente llegaron a la parte trasera del palacio y ralentizaron la marcha, mezclándose con disimulo entre los primeros turistas del día. Avanzando a contracorriente, descendieron un estrecho túnel hasta el *cortile*, un patio interior en el que los visitantes se sentaban para disfrutar de un café expreso matutino. El olor a café recién hecho provocó que Langdon sintiera un repentino deseo de sentarse y disfrutar de un desayuno civilizado. «Hoy no es el día», pensó mientras seguían adelante y entraban en un amplio corredor de piedra que conducía hasta las puertas principales del palacio.

A medida que se acercaban a la entrada, advirtieron una creciente cantidad de turistas que se habían congregado en el

pórtico para observar algo que sucedía en la calle. Langdon estiró el cuello para echar un vistazo.

La majestuosa entrada del Palazzo Pitti era tan sobria y poco acogedora como la recordaba. En vez de cuidado césped y una zona ajardinada, el patio exterior consistía en un amplio espacio que descendía por la ladera de una colina hasta llegar a la Via dei Guicciardini cual gigantesca pista de esquí pavimentada.

En la base de la colina, Langdon vio la razón de la multitud de mirones.

En la Piazza dei Pitti había media docena de coches de policía aparcados y un pequeño ejército de agentes estaba subiendo por la pendiente pistola en mano, desplegándose para impedir que él y Sienna salieran del palacio.

27

Cuando la policía entró en el Palazzo Pitti, Sienna y Langdon ya se habían puesto de nuevo en marcha y habían comenzado a desandar sus pasos. En el *cortile* y la cafetería empezaba a agolparse una muchedumbre de turistas que querían saber cuál era el origen de ese alboroto.

A Sienna le sorprendía la rapidez con que las autoridades les habían encontrado. «El *drone* debe de haber desaparecido porque ya nos había localizado».

Ella y Langdon encontraron el estrecho túnel por el que habían descendido y, sin vacilar, se metieron dentro y comenzaron a subir. Al llegar arriba, torcieron a la izquierda y comenzaron a correr junto a un muro de contención. A medida que avanzaban, se fue haciendo más bajo hasta que, finalmente, la vasta extensión de los jardines Boboli quedó a la vista.

Langdon agarró entonces a Sienna del brazo y tiró de ella para esconderla detrás del muro. Ella también lo había visto.

A unos trescientos metros, en la pendiente que había encima del anfiteatro, se había desplegado una falange de policías que los buscaban entre los árboles, interrogaban a los turistas y se coordinaban entre sí con radios.

«¡Estamos atrapados!».

Sienna no había imaginado que conocer a Robert Langdon la llevaría a esa situación. «Esto es más de lo que podría haber esperado». Al salir del hospital con Langdon creía que huían de la mujer armada del cabello en punta. Ahora lo hacían de toda una unidad militar y de las autoridades italianas. Era consciente de que sus posibilidades eran prácticamente nulas.

—¿Hay alguna otra salida? —preguntó Sienna, casi sin aliento.

—Creo que no —dijo Langdon—. Este jardín es una ciudad amurallada, como… —Se quedó callado de golpe y se volvió hacia

el este—. Como el Vaticano. —Un extraño destello de esperanza iluminó su rostro.

Sienna no entendía qué tenía que ver el Vaticano con su situación actual pero, de repente, Langdon comenzó a asentir con la vista puesta en el extremo oriental de los jardines.

—Es arriesgado —dijo, tirando de ella—. Pero puede que sí exista otra forma de salir de aquí.

En ese momento aparecieron dos hombres por la esquina del muro de contención y casi chocan con ellos. Ambos iban vestidos de negro y, por un instante, Sienna creyó que se trataba de los soldados que había visto en la escalera del edificio de apartamentos. Al llegar a su lado, sin embargo, comprobó que se trataba de turistas; italianos, supuso, a juzgar por su elegante ropa de cuero negro.

Sienna tuvo un idea. Agarró a uno de los turistas del brazo y le sonrió tan afectuosamente como pudo.

—*Può dirci dov'è la Galleria del costume?* —preguntó en italiano—. *Io e mio fratello siamo in ritardo per una visita privata*.

—*Certo!* —El hombre les sonrió a ambos, deseoso de ayudarles —. *Proseguite dritto per il sentiero!* —Se volvió y señaló un punto al otro lado de los jardines.

—*Molte grazie!* —dijo Sienna con otra sonrisa y los dos hombres siguieron su camino.

Langdon asintió impresionado al darse cuenta de lo que había hecho Sienna. Si la policía preguntaba algo a esta pareja de turistas, estos les dirían que los fugitivos habían ido a la Galería de los Trajes, un lugar que, según el mapa que tenían delante, se encontraba al oeste, en dirección completamente opuesta.

—Tenemos que seguir ese sendero de ahí —dijo Langdon, señalando un camino de gravilla que había al otro lado de una plaza abierta. Uno de los laterales estaba protegido por enormes setos que les permitirían avanzar a cubierto de las autoridades que bajaban la colina a apenas cien metros.

Sienna calculó que sus posibilidades de cruzar la plaza para llegar al sendero sin que los vieran eran muy escasas. Allí se había congregado una pequeña multitud de turistas que observaban a la policía con curiosidad. Y a lo lejos escuchó de nuevo el leve zumbido del *drone*.

—Ahora o nunca. —Langdon le tomó de la mano y tiró de ella en dirección a la plaza abierta, donde comenzaron a serpentear a través de la muchedumbre de turistas. Sienna sintió el impulso de ponerse a correr, pero él se lo impidió y atravesaron la multitud a paso rápido pero sin perder la calma.

Cuando finalmente llegaron al principio del sendero, Sienna echó un vistazo por encima del hombro para comprobar si les habían visto. Los únicos agentes de policía a la vista estaban de espaldas a ellos, observando el *drone* que se acercaba por el cielo.

Ella volvió a mirar al frente y comenzó a recorrer el sendero con Langdon.

Ante ellos, el perfil de Florencia asomaba por encima de los árboles. Sienna contempló la cúpula de tejas rojas del Duomo y la torre verde, roja y blanca del campanario de Giotto. Por un instante, también distinguió la torre almenada del Palazzo Vecchio —su destino aparentemente inalcanzable—, pero cuando descendieron por el sendero, los altos muros perimetrales les engulleron de nuevo y les bloquearon la vista.

Al llegar a la base de la colina, Sienna estaba casi sin aliento y comenzaba a preguntarse si en realidad Langdon tenía idea de adónde se dirigían. El sendero conducía directamente a un laberinto de setos, pero él torció a la izquierda sin vacilar, manteniéndose a la sombra de los árboles. El patio estaba desierto; parecía más un aparcamiento de empleados que una zona de turistas.

—¡¿Adónde vamos?! —preguntó Sienna, sin aliento.

—Ya casi hemos llegado.

«Pero ¿adónde?». El patio estaba cercado por unos muros que tenían, al menos, tres pisos de altura. La única salida que Sienna veía era un acceso de vehículos a la izquierda, cerrado por una enorme reja de hierro forjado que parecía remontarse a la época de la construcción del palacio original, en los tiempos de los ejércitos saqueadores. Más allá de la barricada, se podía ver a la policía congregada en la Piazza dei Pitti.

Langdon siguió adelante, avanzando a lo largo del perímetro de vegetación en dirección al muro que tenían al frente. Sienna examinó su lisa superficie en busca de alguna puerta, pero lo único que vio fue un nicho que contenía la estatua más horrenda que hubiera visto jamás.

«Dios mío, ¿los Medici se podían permitir cualquier obra de arte y eligieron esto?».

La estatua que tenían delante mostraba un enano obeso y desnudo sentado a horcajadas sobre una tortuga gigante. Los testículos del enano estaban aplastados contra el caparazón de la tortuga, y de su boca manaba agua, como si estuviera enferma.

—Sí, ya lo sé… —dijo Langdon, sin detenerse—. Es Braccio di Bartolo, un famoso enano de la corte. En mi opinión, deberían esconderlo junto con aquella palangana gigante del anfiteatro.

Langdon se volvió a la derecha en dirección a una escalera que Sienna no había visto hasta ese momento.

«¿Una salida?».

El destello de esperanza fue efímero.

Al torcer la esquina y comenzar a descender la escalera, se dio cuenta de que estaban en un callejón sin salida, un *cul-de-sac* de paredes el doble de altas que las demás.

Sienna vio entonces la entrada de la caverna que había al fondo y tuvo la sensación de que su largo viaje estaba a punto de terminar en esa profunda gruta cavada en la pared. «¡Ese no puede ser el lugar al que nos dirigimos!».

En la entrada de la cueva había unas imponentes estalactitas con aspecto de dagas y, en el interior, se adivinaban unas retorcidas figuras geológicas que emergían de las paredes, como si la piedra se estuviera derritiendo y metamorfoseando, para alarma de Sienna, en seres humanoides medio enterrados, o quizá engullidos por las rocas. Le vinieron a la cabeza las imágenes que acababa de ver del *Mappa dell'Inferno* de Botticelli.

Por alguna razón, Langdon siguió corriendo sin dudarlo hacia la entrada de la caverna. Había hecho un comentario sobre la Ciudad del Vaticano, pero Sienna estaba convencida de que en la Santa Sede no había ninguna cueva extraña.

Al acercarse más, pudo ver bien la cornisa de la entrada. En ella, una fantasmagórica serie de estalactitas e imprecisas figuras de piedra parecían engullir a dos mujeres reclinadas que flanqueaban un escudo con seis esferas o *palle*, el célebre blasón de los Medici.

De repente, Langdon se volvió hacia la pequeña puerta gris que había a la izquierda de la caverna, y que Sienna no había visto. Se trataba de una sencilla puerta de madera gastada que parecía

conducir a un cuarto de almacenaje o a un cobertizo para guardar herramientas de jardinería.

Langdon corrió hacia allí con la esperanza de que estuviera abierta, pero al llegar descubrió que no tenía manilla, sino una cerradura de latón que, al parecer, solo podía abrirse desde dentro.

—¡Maldita sea! —El optimismo de Langdon había desaparecido y ahora su expresión evidenciaba la preocupación que sentía—. Esperaba que…

De repente, el penetrante zumbido del *drone* resonó entre los altos muros. Sienna se dio la vuelta y vio que el artilugio se elevaba por encima del palacio y avanzaba hacia donde se encontraban.

Al verlo, Langdon agarró a Sienna de la mano, tiró de ella hacia la caverna y se escondieron bajo las estalactitas que colgaban en la entrada de la gruta.

«Un final adecuado —pensó ella—. Cruzando a toda velocidad las puertas del infierno».

28

Vayentha aparcó su motocicleta a apenas medio kilómetro al este. Había accedido a la parte antigua de la ciudad por el Ponte alle Grazie. Después de atar el casco a la moto, se dirigió hacia el Ponte Vecchio, el célebre puente peatonal que conectaba el Palazzo Pitti con el centro y se mezcló con los turistas más madrugadores.

Al llegar al río, la fresca brisa de marzo que soplaba agitó su corto cabello en punta, y eso le hizo recordar que Langdon conocía su aspecto. Se detuvo entonces en una de las muchas paradas que había en el puente y, tras comprar una gorra en la que ponía AMO FLORENCIA, se la bajó hasta los ojos.

Una vez en el centro del puente, se alisó el traje de cuero para disimular la protuberancia de la pistola y se apoyó despreocupadamente en una columna. Desde ahí podría examinar sin problema a todos los peatones que cruzaban el río Arno en dirección al centro de Florencia.

«Langdon va a pie —se dijo—. Si consigue pasar la Porta Romana, este puente es la ruta más lógica para llegar al centro».

Hacia el oeste, en dirección al Palazzo Pitti, oyó las sirenas de la policía y se preguntó si serían buenas o malas noticias. «¿Todavía le están buscando o ya le han atrapado?». Aguzó el oído por si podía obtener alguna indicación más de lo que estaba sucediendo, y percibió un nuevo ruido: un zumbido. Levantó instintivamente la mirada y enseguida divisó el pequeño helicóptero teledirigido que se elevaba sobre el palacio y las copas de los árboles en dirección al rincón nordeste de los jardines Boboli.

«Un *drone* de reconocimiento —pensó, y sintió un fugaz destello de esperanza—. Si está en el aire es que Brüder todavía no ha encontrado a Langdon».

El helicóptero se acercaba a toda velocidad. Parecía estar vigilando la zona del jardín más cercana al Ponte Vecchio y a la

posición de Vayentha, lo cual la animó todavía más.

«Si Langdon ha eludido a Brüder, sin duda vendrá en esta dirección».

Pero de repente el *drone* descendió en picado por detrás del alto muro. A juzgar por el ruido que hacía, parecía haberse quedado suspendido al otro lado de la línea de árboles, como si hubiese localizado algo de interés.

29

«Busca y hallarás —pensó Langdon mientras permanecía acurrucado junto a Sienna en la oscura gruta—. Buscábamos una salida… y hemos hallado un callejón sin salida».

La amorfa fuente que había en el centro de la cueva era un buen refugio, pero cuando Langdon asomó la cabeza, tuvo la sensación de que se habían escondido demasiado tarde.

El *drone* había descendido al *cul-de-sac* amurallado y se había detenido justo en la puerta de la caverna, donde ahora permanecía suspendido en el aire solo a tres metros del suelo y zumbando intensamente, como un insecto enfurecido a la espera de su presa.

Langdon volvió a esconder la cabeza y le susurró las malas noticias a Sienna.

—Creo que sabe que estamos aquí.

En el interior de la caverna, el agudo zumbido del *drone* reverberaba en las paredes de piedra y resultaba ensordecedor. A Langdon le costaba creer que fueran rehenes de un pequeño helicóptero mecánico no tripulado y, sin embargo, sabía que intentar darle esquinazo sería inútil. «¿Qué hacemos entonces?, ¿esperar?». Su plan original, acceder a lo que había detrás de la pequeña puerta gris, había sido razonable salvo por el hecho de que esa puerta solo se podía abrir desde dentro.

Cuando sus ojos se ajustaron al oscuro interior de la gruta, Langdon inspeccionó el lugar en el que se encontraban y se preguntó si habría otra salida, pero no vio nada que lo pareciera. Las extrañas paredes con formas líquidas del interior de la caverna estaban adornadas con esculturas de animales y humanos a los que parecían estar engullendo. Abatido, levantó la mirada hacia el techo de amenazadoras estalactitas que colgaban sobre sus cabezas.

«Un buen lugar para morir».

La gruta de Buontalenti —así llamada por su arquitecto,

Bernardo Buontalenti— era posiblemente el lugar con el aspecto más peculiar de toda Florencia. La decoración de la suite de tres cavernas, en su origen concebidas como un divertimento para los invitados más jóvenes del Palazzo Pitti, era una mezcla de fantasía naturalista y exceso gótico compuesta por una serie de formas colgantes y piedras pómez con aspecto líquido que parecían tragarse o exudar una multitud de figuras esculpidas. En la época de los Medici, el efecto de la gruta estaba acentuado por el agua que fluía por el interior de las paredes, algo que servía tanto para refrescar el espacio durante los calurosos veranos de la Toscana como para dar la sensación de que se trataba de una verdadera caverna.

Langdon y Sienna estaban en la primera cámara, la más grande, escondidos detrás de la fuente central. A su alrededor había un variopinto surtido de figuras de pastores, campesinos, músicos y animales e incluso copias de los cuatro prisioneros de Miguel Ángel. Todos parecían estar forcejeando para liberarse de las rocas que las estaban engullendo. En lo alto, la luz matutina se filtraba a través de un óculo; allí, antaño se había construido una gigantesca bola de cristal llena de agua donde una carpa roja nadaba bajo la luz del sol.

Langdon se preguntó cómo habrían reaccionado los visitantes renacentistas originales al ver un helicóptero de verdad —en tanto que invención soñada por el mismísimo Leonardo da Vinci— suspendido en el aire en la entrada de la gruta.

De repente, el zumbido del *drone* dejó de oírse. No parecía que se hubiera alejado, sino más bien que se hubiera detenido.

Desconcertado, Langdon asomó la cabeza y vio que había aterrizado en medio de la plaza de gravilla. Ahí su aspecto era mucho menos amenazante, especialmente porque la lente con forma de aguijón que tenía en la parte delantera apuntaba a un lado, en dirección a la pequeña puerta gris.

La sensación de alivio que sintió Langdon fue fugaz. Unos cien metros detrás del *drone*, cerca de la estatua del enano y la tortuga, tres soldados fuertemente armados comenzaron a descender la escalera en dirección a la gruta.

Iban ataviados con los familiares uniformes negros con medallones verdes en los hombros. A Langdon, la mirada vacía del

musculado cabecilla le recordó la máscara de la peste de sus visiones.

«Yo soy la muerte».

Langdon no vio ni la furgoneta ni a la misteriosa mujer del cabello plateado.

«Yo soy la vida».

Al llegar al pie de la escalera, uno de ellos se detuvo y dio media vuelta para evitar que nadie más descendiera a esa zona. Los otros dos siguieron adelante.

Aunque probablemente solo estaban retrasando lo inevitable, Langdon y Sienna se pusieron de nuevo en marcha y, a gatas, se metieron en la segunda caverna, que era más pequeña, profunda y oscura. También tenía una obra de arte en el centro; en ese caso, se trataba de la estatua de dos amantes entrelazados tras la cual se escondieron.

Agazapado en las sombras, Langdon asomó la cabeza y vio que uno de los soldados se detenía junto al *drone*, lo recogía y examinaba su cámara.

«¿Ese artefacto nos habrá visto?», se preguntó Langdon por un momento, pero creía saber la respuesta.

El tercer y último soldado, el musculoso de la mirada fría, siguió avanzando con gélida determinación hasta la entrada de la caverna. «Va a entrar». Justo cuando iba a volverse hacia Sienna para decirle que todo había acabado, Langdon vio algo que no esperaba.

En vez de entrar en la gruta, el soldado giró a la izquierda y desapareció de su vista.

«¡¿Adónde va?! ¿Acaso no sabe que estamos aquí?».

Unos momentos después, Langdon oyó unos fuertes golpes: un puño llamando a una puerta de madera.

«La pequeña puerta gris —pensó Langdon—. Debe de saber adónde conduce».

El guardia de seguridad del Palazzo Pitti, Ernesto Russo, siempre había querido jugar a fútbol. Con veintinueve años y sobrepeso, al fin había comenzado a aceptar que su sueño de infancia no se haría realidad. Desde hacía tres años, Ernesto trabajaba como guardia en este palacio, siempre encerrado en el mismo despacho del tamaño de un armario, y siempre realizando las mismas tareas rutinarias.

Ernesto estaba acostumbrado a que turistas curiosos llamaran a

la pequeña puerta gris que daba al despacho donde estaba apostado, y en general se limitaba a ignorarlos hasta que dejaban de hacerlo. Ese día, sin embargo, los golpes eran intensos y continuos.

Molesto, volvió a centrar su atención en el aparato de televisión, que emitía un partido de fútbol entre la Fiorentina y la Juventus. Los golpes, sin embargo, eran cada vez más fuertes. Finalmente salió del despacho maldiciendo a los turistas y recorrió un estrecho pasillo en dirección al ruido. A medio camino se detuvo ante la enorme verja de acero que, a excepción de unas pocas horas, siempre estaba cerrada.

Introdujo la combinación en el candado y abrió la verja. Después de cruzarla, siguió el protocolo y volvió a cerrarla. Luego recorrió el tramo de pasillo que conducía a la puerta de madera gris.

—*È chiuso!* —exclamó desde el otro lado de la puerta, esperando que la persona que había fuera pudiera oírle—. *Non si può entrare!*

Siguieron llamando.

Ernesto se armó de paciencia. «Neoyorquinos —supuso—, lo quieren todo y lo quieren ahora». La única razón por la que su equipo de fútbol, los Red Bulls, tenía éxito, era porque le habían robado a otro equipo uno de los mejores entrenadores de Europa.

Los golpes seguían y, a regañadientes, Ernesto abrió la puerta unos pocos centímetros.

—*È chiuso!*

Por fin dejaron de dar golpes y Ernesto se encontró cara a cara con un soldado de mirada tan fría que, literalmente, le hizo retroceder. El hombre le mostró entonces una tarjeta identificativa oficial con un acrónimo que no reconoció.

—*Cosa succede?!* —preguntó Ernesto, alarmado.

Detrás de ese soldado había otro agachado junto a lo que parecía ser un helicóptero de juguete. Y, todavía más lejos, un tercero hacía guardia en la escalera. A lo lejos, se oían sirenas de policía.

—¿Habla inglés? —Sin duda alguna, el acento del soldado no era de Nueva York. ¿Europeo, quizá?

Ernesto asintió.

—Un poco, sí.

—¿Ha entrado alguien por esta puerta hoy?

—No, *signore*. *Nessuno*.

—Bien. Manténgala cerrada. Que nadie entre o salga. ¿Está claro?

Ernesto se encogió de hombros. En eso consistía precisamente su trabajo.

—Sí, comprendo. *Non deve entrare, né uscire nessuno*.

—Dígame, ¿esta puerta es la única entrada?

Ernesto consideró la pregunta. Técnicamente, la puerta estaba considerada una *salida*, por eso no tenía manilla en el exterior, pero comprendió lo que le preguntaba el soldado.

—Sí, esta puerta es el único acceso. No hay otro. —La entrada original en el interior del palacio llevaba muchos años cerrada.

—¿Y hay alguna otra salida oculta en los jardines Boboli aparte de las verjas tradicionales?

—No, *signore*. El parque está rodeado de altos muros. Esta puerta es la única salida secreta.

El soldado asintió.

—Gracias por su ayuda. —Y le indicó a Ernesto que cerrara la puerta.

Desconcertado, este obedeció. Luego desanduvo el pasillo, abrió la verja, la cruzó, la cerró a su espalda y regresó a su partido de fútbol.

30

Langdon y Sienna habían aprovechado la oportunidad.

Mientras el soldado musculoso golpeaba la puerta, ellos se habían adentrado más en la gruta y ahora estaban en la última cámara. El pequeño espacio estaba adornado con toscos mosaicos y sátiros. En el centro había una escultura de tamaño real de una *Venus* en el baño que parecía mirar recatadamente por encima del hombro.

Permanecían escondidos detrás de la estrecha base de la estatua, con la vista puesta en la estalagmita globular que se elevaba al fondo de la gruta.

—¡Todas las salidas han sido bloqueadas! —exclamó un soldado en el exterior. Hablaba inglés con un ligero acento que Langdon no pudo ubicar—. Envía el *drone* de vuelta a la base. Yo inspeccionaré la cueva.

Segundos después, oyeron cómo los fuertes pasos del soldado cruzaban la primera cámara de la gruta y luego la segunda. Iba directamente hacia ellos.

Langdon y Sienna se encogieron todavía más.

—¡Ey! —exclamó otra voz en la distancia—. ¡Los tenemos!

Los pasos se detuvieron.

Langdon oyó entonces que alguien corría por el sendero de gravilla en dirección a la gruta.

—¡Los han identificado! —declaró el soldado casi sin aliento—. Acabamos de hablar con dos turistas. Hace unos minutos, el hombre y la mujer les han preguntado la dirección de la Galería de los Trajes del palacio, que está en el otro extremo de los jardines.

Langdon se volvió hacia Sienna, que parecía sonreír levemente.

El soldado recobró el aliento y prosiguió:

—Las salidas occidentales han sido las primeras en ser

bloqueadas… Todo parece indicar que los tenemos acorralados en los jardines.

—Ejecute su misión —dijo el soldado que estaba más cerca—. Y llámeme en cuanto los haya atrapado.

Hubo una confusión de pasos alejándose por la gravilla, el *drone* despegando de nuevo y, finalmente, silencio absoluto.

Langdon estaba a punto a asomarse por detrás de la base de la estatua cuando Sienna lo agarró del brazo y lo detuvo. Se llevó entonces un dedo a los labios y le indicó con la cabeza una leve sombra de forma humana que había en la pared del fondo. El soldado todavía estaba en la entrada de la gruta.

«¡¿A qué está esperando?!».

—Soy Brüder —dijo el soldado de repente—. Los tenemos acorralados. En breve podré confirmar su captura.

El hombre había llamado a alguien y su voz sonaba inquietantemente cerca, como si estuviera justo detrás de ellos. La caverna producía el efecto de un micrófono parabólico y proyectaba todo el ruido al fondo.

—Hay más —dijo Brüder—. Acabo de recibir noticias del equipo científico. Al parecer, el apartamento de la mujer está subarrendado. Y tiene muy pocos muebles. Está claro que su estancia pretendía ser breve. Hemos localizado el biotubo, pero no el proyector. Repito, el proyector, no. Suponemos que sigue en posesión de Langdon.

Robert sintió un escalofrío al oír que el soldado pronunciaba su nombre.

Los pasos se acercaron todavía más y Langdon se dio cuenta de que el hombre estaba adentrándose en la gruta. Su zancada no tenía la intensidad de antes y parecía más bien que estuviera dando vueltas de un lado a otro mientras hablaba por teléfono.

—Correcto —dijo el hombre—. El equipo científico también ha confirmado que han hecho una llamada poco antes de que llegáramos al apartamento.

«El consulado», pensó Langdon, recordando su conversación telefónica y la rápida llegada de la asesina del cabello en punta. La mujer parecía haber desaparecido, reemplazada por una unidad de soldados.

«No podremos esquivarlos para siempre».

Los pasos se oían ahora a unos seis metros. El hombre había entrado en la segunda cámara y, si llegaba hasta el final, sin duda los vería agazapados detrás de la estrecha base de la *Venus*.

—Sienna Brooks —declaró el hombre de repente.

Ella se sobresaltó y levantó la mirada, esperando encontrarse con el rostro del soldado. Por suerte, no había nadie.

—Ahora están inspeccionando su portátil —prosiguió la voz, a unos tres metros—. Todavía no tengo un informe, pero sin duda es el mismo ordenador desde el que Langdon ha accedido a su cuenta de correo electrónico de Harvard.

Al oír esto, Sienna se volvió hacia Langdon y se lo quedó mirando boquiabierta. Además de desconcertada también parecía sentirse traicionada.

Langdon estaba igualmente sorprendido. «¡¿Así es como nos han localizado?!». Cuando lo hizo ni se le había ocurrido la posibilidad. «¡Necesitaba información!». Antes de que pudiera musitar una disculpa, Sienna apartó la mirada y su expresión se ensombreció.

—Correcto —dijo el soldado ya en la entrada de la tercera cámara, apenas a dos metros de Langdon y Sienna. Dos pasos más y los vería—. Efectivamente —añadió, acercándose un paso más. De repente, sin embargo, se detuvo—. Espere un segundo.

Langdon se quedó inmóvil y se preparó para lo peor.

—Un momento, estoy perdiendo la señal —dijo el soldado, y retrocedió unos pasos hacia la primera cámara—. Casi no tenía cobertura. Ya puede continuar… —Escuchó un momento lo que le decían y luego contestó—: Sí, estoy de acuerdo, pero al menos sabemos con quién estamos tratando.

Tras lo cual, los pasos salieron de la gruta, se alejaron por la superficie de gravilla y, finalmente, dejaron de oírse.

Langdon relajó los hombros y se volvió hacia Siena, cuyos ojos ardían con una mezcla de miedo y rabia.

—¡¿Utilizaste mi portátil para consultar tu correo electrónico?! —exclamó.

—Lo siento… Pensaba que lo comprenderías. Necesitaba averiguar…

—¡Así es como nos han encontrado! ¡Y ahora saben mi nombre!

—Lo siento, Sienna. No me di cuenta… —Langdon se sentía consumido por la culpa.

Ella se volvió y se quedó mirando la bulbosa estalagmita que había al fondo de la caverna. Ninguno de los dos dijo nada durante casi un minuto. Langdon se preguntó si Sienna recordaba los objetos personales que había sobre su escritorio —el programa de *Sueño de una noche de verano* y los recortes sobre su infancia—. «¡¿Sospechará acaso que los he visto?!». Aunque así fuera, no se lo preguntó y él tampoco pensaba mencionarlo.

—Saben quién soy —dijo ella en un tono de voz tan bajo que Langdon apenas la pudo oír. A continuación, Sienna respiró hondo varias veces, como si con ello intentara asimilar su nueva realidad. Mientras lo hacía, Langdon tuvo la sensación de que poco a poco recobraba la determinación.

De repente, Sienna se puso de pie.

—Tenemos que movernos —dijo—. No tardarán en descubrir que no estamos en la Galería de los Trajes.

Langdon también se puso de pie.

—Sí, pero… ¿adónde vamos?

—¿Ciudad del Vaticano?

—¿Cómo dices?

—Por fin me he dado cuenta de lo que querías decir antes… Lo que la Ciudad del Vaticano tiene en común con los jardines Boboli —señaló la pequeña puerta gris—. Esa es la entrada, ¿verdad?

Langdon asintió.

—En realidad es la salida, pero pensé que valía la pena probarlo. Lamentablemente, no podemos pasar por ahí. —Después de lo que le había dicho el soldado al guardia, Langdon tenía claro que la puerta gris no era una opción viable.

—Pero si consiguiéramos pasar por ella —dijo Sienna. En su voz volvía a haber cierto tono travieso—, ¿sabes lo que significaría? —Un tenue asomo de sonrisa se dibujó entonces en sus labios—. Que el mismo artista renacentista nos habría ayudado hoy dos veces.

Langdon se rio entre dientes. Unos minutos atrás había pensado lo mismo. «Vasari, Vasari».

Sienna sonrió con franqueza, y Langdon tuvo la sensación de que le había perdonado, al menos por el momento.

—Creo que es una señal de los cielos —declaró, medio en serio—. Tenemos que ir por esa puerta.

—Muy bien ¿y qué hacemos con el guardia?

Sienna se crujió los nudillos y se encaminó hacia la salida de la gruta.

—Yo hablaré con él. —Se volvió hacia Langdon y sus ojos volvían a brillar con intensidad—. Confíe en mí, profesor. Cuando me lo propongo, puedo ser muy persuasiva.

Volvieron a llamar a la puerta.

Los golpes eran firmes y constantes.

El guardia de seguridad Ernesto Russo refunfuñó. Al parecer, el extraño soldado de mirada fría había regresado. Lamentablemente, el momento elegido no podía haber sido peor. El partido estaba en el tiempo añadido. La Fiorentina estaba con un hombre menos y pendía de un hilo.

Siguieron llamando a la puerta.

Ernesto no era idiota. A juzgar por todas esas sirenas y soldados, estaba claro que esa mañana sucedía algo raro. Sin embargo, él siempre procuraba mantenerse alejado de los asuntos que no le afectaban directamente.

«*Pazzo è colui che bada ai fatti altrui*».

Pero también resultaba obvio que ese soldado parecía alguien importante e ignorarlo parecía poco aconsejable. Encontrar trabajo en Italia no era fácil, aunque fuera uno aburrido. Tras echar un último vistazo al partido, Ernesto se encaminó a la puerta.

Todavía no se podía creer que le pagaran por pasarse todo el día sentado en su despacho viendo la televisión. Un par de veces al día, llegaban visitas VIP procedentes de la galería de los Uffizi. Ernesto las recibía, abría la verja de hierro y permitía que el grupo pasara por la pequeña puerta gris para terminar su recorrido en los jardines Boboli.

Los golpes eran cada vez más intensos. Ernesto abrió la verja de acero, la cruzó y luego la cerró tras de sí.

—*Sì?!* —exclamó por encima de los golpes, de camino a la puerta gris.

No contestaron.

«*Insomma!*». Finalmente abrió la puerta esperando ver la misma mirada sin vida de antes.

Pero el rostro que ahora tenía ante sí era mucho más atractivo.

—*Ciao* —dijo una hermosa rubia con una dulce sonrisa y ofreciéndole una hoja de papel doblada que, sin pensarlo, él agarró.

Enseguida se dio cuenta de que no era más que basura del suelo, pero la mujer ya le había agarrado de la muñeca con sus delgadas manos y le había clavado el pulgar en la zona de los huesos del carpo que conectan la muñeca y la mano.

Ernesto tuvo la sensación de que un cuchillo le atravesaba la muñeca. A la dolorosa punzada le siguió un repentino entumecimiento. La mujer dio entonces un paso hacia adelante y la presión aumentó terriblemente, haciendo que el ciclo de dolor volviera a comenzar. Ernesto retrocedió para intentar liberar el brazo, pero sus piernas flaquearon y cayó de rodillas.

El resto sucedió en un instante.

Un hombre alto ataviado con un traje oscuro apareció en la entrada, cruzó la puerta y en un momento la cerró tras de sí. Ernesto intentó tomar la radio, pero una suave mano le apretó un punto de la nuca que le agarrotó los músculos y le dejó sin respiración. La mujer le quitó entonces la radio mientras el hombre alto se acercaba a ellos. Parecía tan alarmado por la forma de actuar de la mujer como Ernesto.

—*Dim mak* —dijo despreocupadamente la rubia—. Puntos de presión chinos. Por algo se utilizan desde hace tres milenios.

El hombre alto se la quedó mirando asombrado.

—*Non vogliamo farti del male* —le susurró luego la mujer a Ernesto, aflojando la presión en el cuello—. No queremos hacerte daño.

En cuanto la presión se redujo, Ernesto intentó liberarse, pero entonces regresó y sus músculos volvieron a agarrotarse. Casi sin respiración, soltó un grito ahogado.

—*Dobbiamo passare* —dijo ella, y señaló la verja de acero, que afortunadamente Ernesto había cerrado—. *Dov'è la chiave?*

—*Non ce l'ho* —consiguió decir él—. No la tengo.

El hombre alto pasó a su lado en dirección a la verja y examinó el mecanismo.

—Es un candado de combinación —le dijo a la mujer. Su acento era norteamericano.

La mujer se arrodilló junto a Ernesto. Su mirada era gélida.

—*Qual è la combinazione?* —preguntó.

—*Non posso!* —Respondió—. No me está permitido…

La mujer le hizo algo en la nuca, y el guardia notó que todo su

cuerpo flaqueaba. Un instante después, se desmayó.

Cuando volvió en sí, Ernesto tuvo la sensación de que habían transcurrido unos minutos. Recordaba vagamente una discusión, más punzadas de dolor… ¿Le habían arrastrado, quizá? Era todo muy confuso.

En cuanto las telarañas comenzaron a despejarse, vio algo extraño ante él: sus zapatos sin cordones. Entonces se dio cuenta de que apenas se podía mover. Estaba tumbado de costado, en el suelo, con las manos y los pies atados a su espalda, al parecer con los cordones de los zapatos. Intentó gritar, pero no pudo. Tenía uno de sus calcetines en la boca. El verdadero miedo, sin embargo, llegó un momento después, cuando levantó la mirada y vio su televisor emitiendo el partido de fútbol. «¡¿Estoy en mi despacho… al otro lado de la verja?!».

A lo lejos, Ernesto oyó unos pasos que se alejaban por el pasillo. «*Non è posibile!*». De algún modo, la rubia le había persuadido para hacer la única cosa que no le estaba permitida, revelar la combinación del candado que impedía el paso al célebre Corredor Vasariano.

31

La doctora Elizabeth Sinskey sintió una nueva oleada de náuseas y mareo. Estaba tumbada en el asiento trasero de la furgoneta aparcada enfrente del Palazzo Pitti. El soldado que había a su lado la observaba con creciente preocupación.

Un momento antes alguien había dicho por su radio algo sobre una galería de trajes, despertando a Elizabeth que soñaba con el siniestro monstruo de los ojos verdes.

En el sueño volvía a encontrarse en la oscura habitación del Consejo de Relaciones Exteriores, en Nueva York, escuchando los desvaríos del misterioso desconocido que la había convocado. El hombre no dejaba de dar vueltas de un lado a otro de la habitación, y su alta silueta se recortaba contra la espantosa imagen de multitudes desnudas y moribundas inspiradas por el *Inferno* de Dante.

—Alguien tiene que tomar cartas en este asunto —concluyó la figura— o este será nuestro futuro. Las matemáticas lo garantizan. La humanidad se encuentra ahora en un purgatorio de procastinación, indecisión y avaricia personal, pero los círculos del infierno nos aguardan justo bajo nuestros pies, a la espera de consumirnos a todos.

Elizabeth todavía estaba asimilando las monstruosas ideas que ese hombre le acababa de exponer. En un momento dado, no pudo más y se puso de pie.

—Lo que está sugiriendo es…

—Es nuestra única opción —le interrumpió el hombre.

—En realidad —dijo ella—, iba a decir ¡un crimen!

El hombre se encogió de hombros.

—El camino al paraíso pasa a través del infierno. Dante nos lo enseñó.

—¡Está loco!

—¿Loco? —repitió él, aparentemente dolido—. ¿Yo? No lo creo. Locura es que la OMS contemple el abismo y niegue su existencia. Locura es que un avestruz meta la cabeza bajo la arena mientras una jauría de hienas la rodean.

Antes de que Elizabeth pudiera defender su organización, el hombre cambió de imagen de la pantalla.

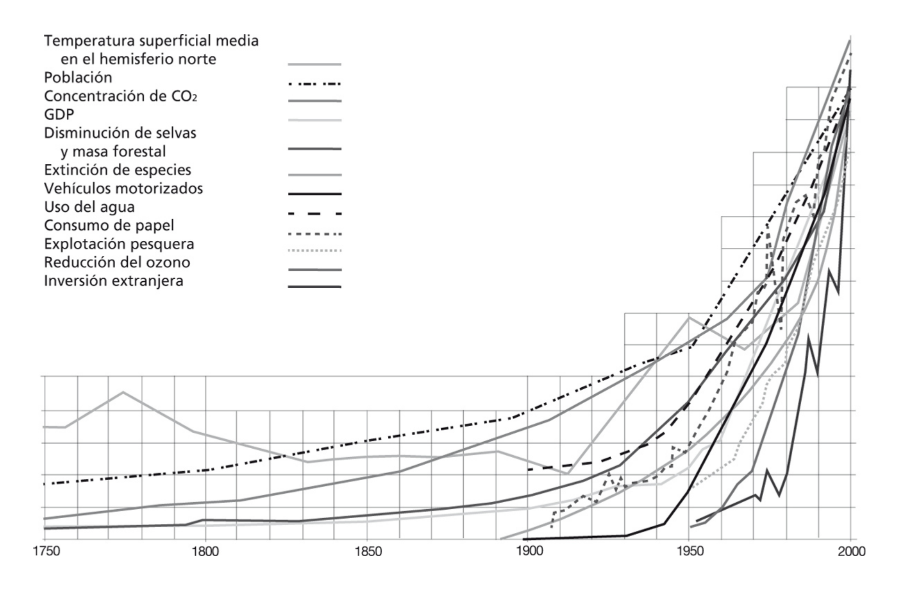
—Y hablando de hienas —dijo, señalando la nueva diapositiva —. He aquí la jauría que rodea actualmente a la humanidad y que se está acercando con gran rapidez.

A Elizabeth le sorprendió la imagen que tenía delante. Era un gráfico que había publicado la OMS el año anterior sobre los problemas medioambientales que, según la organización, en el futuro tendrían un mayor impacto en la salud global.

Entre otros, la lista incluía:

La demanda de agua potable, el aumento de la temperatura global de la Tierra, la disminución de la capa de ozono, el descenso de los recursos de los océanos, la extinción de especies, la concentración de CO_2, la deforestación y el aumento del nivel de los mares.

Todos estos indicadores negativos habían ido en aumento durante el último siglo. En ese momento, sin embargo, se estaban acelerando a un ritmo aterrador.



Elizabeth siempre tenía la misma reacción al ver el gráfico: una oleada de desesperanza. Era una científica que creía en la utilidad de las estadísticas, y la escalofriante imagen que dibujaban esas líneas no pertenecía a un futuro lejano.

Muchas veces, Elizabeth Sinskey había lamentado la imposibilidad de quedarse embarazada. Y, sin embargo, cuando veía este gráfico se sentía casi aliviada de no haber traído a un hijo al mundo.

«¿Este es el futuro que le estaría ofreciendo?».

—Durante los últimos cincuenta años —declaró el hombre alto—, nuestros pecados en contra de la Madre Naturaleza han ido creciendo de manera exponencial. —Hizo una pausa—. Temo por el alma de la humanidad. Cuando la Organización Mundial de la Salud publicó este gráfico, políticos, dirigentes en la sombra y líderes ecologistas del mundo celebraron cumbres de emergencia para intentar evaluar cuál de los problemas era más severo y qué podían hacer para solucionarlo. ¿El resultado? En privado, se llevaron las manos a la cabeza y lloraron. En público, nos aseguraron que estaban trabajando en diversas soluciones, pero que los problemas eran complejos.

—¡Es que estos problemas son realmente complejos!

—¡Y una mierda! —dijo con violencia el hombre—. ¡Usted sabe que este gráfico dibuja la más simple de las relaciones, una función basada en una única variable! Todas las líneas aumentan en proporción a un único valor…, sobre el cual nadie se atreve a discutir: ¡La población mundial!

—En realidad, creo que es un poco más…

—¿Un poco más complicado? ¡No es cierto! No hay nada más simple. ¡Si queremos más agua potable por persona, necesitamos menos gente en la Tierra! ¡Si queremos reducir las emisiones de los vehículos, necesitamos menos conductores! ¡Si queremos que los océanos se vuelvan a llenar de peces, necesitamos que menos gente coma pescado!

Se la quedó mirando y su tono de voz se volvió aún más enérgico.

—¡Abra los ojos! Estamos al borde del fin de la humanidad, y nuestros líderes mundiales se limitan a encargar estudios sobre energía solar, reciclaje y automóviles híbridos. ¿Cómo puede ser

que usted, una cualificada científica, no se dé cuenta? La disminución de la capa de ozono, la falta de agua y la polución no son la enfermedad… sino los síntomas. La verdadera enfermedad es la superpoblación. Y a no ser que abordemos el problema de frente, no estamos haciendo más que aplicar un parche curita en un tumor cancerígeno de rápido crecimiento.

—¿Considera la raza humana un cáncer? —preguntó Elizabeth.

—El cáncer no es más que una célula sana que comienza a reproducirse sin control. Comprendo que mis ideas le puedan parecer desagradables, pero le aseguro que, cuando llegue, la alternativa lo será mucho más. Si no hacemos algo drástico…

—¡¿Drástico?! —soltó ella—. «Drástico» no es la palabra que está buscando. ¡Yo diría demencial!

—Doctora Sinskey —dijo el hombre en un tono de voz que pasó a ser de repente sereno—. La he convocado aquí porque esperaba que usted, una voz sabia de la Organización Mundial de la Salud, estaría dispuesta a trabajar conmigo en una posible solución.

Elizabeth se lo quedó mirando con incredulidad.

—¿Cree que la Organización Mundial de la Salud colaborará con usted para llevar a cabo una idea como esta?

—Pues sí —dijo él—. Su organización está constituida por médicos y cuando un doctor tiene un paciente con gangrena no vacila en cortarle la pierna para salvarle la vida. A veces el único camino es el mal menor.

—Esto es muy distinto.

—No. Es idéntico. La única diferencia es la escala.

Elizabeth ya había oído suficiente.

—Tengo que tomar un avión.

El hombre alto dio un amenazante paso en su dirección, impidiéndole la salida.

—Le advierto que puedo llevar a cabo esta idea con o sin su cooperación.

—Y yo le advierto —replicó ella, tomando su teléfono celular— que considero esto una amenaza terrorista y la trataré como tal.

El hombre se rio.

—¿Va a denunciarme por hablar en términos hipotéticos? Siento decirle que tendrá que esperar para hacer su llamada. Esta habitación está protegida electrónicamente, su teléfono no tiene

cobertura.

«No la necesito, maldito lunático». Elizabeth alzó el teléfono y antes de que el hombre se diera cuenta de qué estaba pasando, hizo una fotografía de su cara. El flash se reflejó en sus ojos verdes y, por un momento, creyó reconocer su rostro.

—Quienquiera que sea usted —dijo ella—, ha cometido un error al hacerme venir a aquí. Para cuando llegue al aeropuerto ya sabré quién es y estará considerado como potencial bioterrorista en las listas de la OMS, el CDC y el ECDC[1]. Lo vigilaremos día y noche. Si intenta comprar materiales, lo sabremos. Si construye un laboratorio, nos enteraremos. No podrá esconderse en ningún lugar.

El hombre permaneció en tenso silencio durante un largo rato, como si fuera a abalanzarse sobre ella para tomarle el teléfono. Finalmente se relajó y se hizo a un lado mientras en su rostro se dibujaba una siniestra sonrisa.

—Entonces parece que ha comenzado nuestro baile.

32

El Corredor Vasariano fue diseñado por Giorgio Vasari en 1564 bajo las órdenes del dirigente Medici de la época, el Gran Duque Cosme I, para que este pudiera contar con un pasaje seguro entre su residencia del Palazzo Pitti y las oficinas administrativas del Palazzo Vecchio, al otro lado del río Arno.

Parecido al célebre Pasetto de la Ciudad del Vaticano, el Corredor Vasariano era el pasadizo secreto por excelencia. Se extendía a lo largo de un kilómetro desde el rincón oriental de los jardines Boboli hasta el corazón del mismo palacio, pasando por el Ponte Vecchio y la mundialmente famosa galería de los Uffizi.

Hoy en día, el corredor todavía sirve de refugio, aunque no para los aristócratas Medici, sino para obras de arte: su interminable extensión de paredes alberga incontables cuadros poco comunes que no cabían en el museo.

Unos años atrás, Langdon había realizado una tranquila visita privada al pasadizo. En esa ocasión pudo detenerse para admirar la impactante cantidad de cuadros allí expuestos; entre ellos se encontraba la colección de autorretratos más grande del mundo. También se había detenido varias veces para echar un vistazo por los miradores, que permitían a los visitantes comprobar su progreso a través del pasaje elevado.

Esa mañana, sin embargo, Langdon y Sienna lo recorrían a la carrera, deseosos de poner tanta distancia como fuera posible entre ellos y sus perseguidores. Langdon se preguntó cuánto tardarían en descubrir al guardia atado. A medida que avanzaban por el túnel, Langdon tuvo la sensación de que a cada paso estaban más cerca de lo que buscaban.

«*Cerca trova*, los ojos de la muerte, la identidad de mis perseguidores».

El zumbido del *drone* de reconocimiento estaba ahora muy lejos.

Mientras recorría el pasadizo, Langdon volvió a admirar lo ambiciosa que había sido esa hazaña arquitectónica. Elevado por encima de la ciudad durante casi toda su extensión, el Corredor Vasariano era como una amplia serpiente que avanzaba entre los edificios en zigzag, desde su origen en el Palazzo Pitti hasta el corazón de la antigua Florencia. El pasadizo estrecho y encalado parecía extenderse sin fin, torciendo ocasionalmente a la izquierda o la derecha para evitar un obstáculo, pero sin dejar de avanzar siempre hacia el este.

De repente, oyeron unas voces y Sienna se detuvo de golpe. Langdon también lo hizo, y le colocó una mano en el hombro para tranquilizarla, indicándole que se asomara a un mirador cercano.

«Turistas».

Ambos dieron un vistazo por el mirador. Estaban en el Ponte Vecchio, el puente medieval de piedra que servía de acceso peatonal al centro de la ciudad. A sus pies, los turistas disfrutaban del mercado que se celebraba en el puente desde el siglo XV. En la actualidad, los puestos eran en su mayoría de bisutería y joyas, pero no siempre había sido así. Originalmente, el puente era la sede del mercado de carne. En 1593, sin embargo, los carniceros fueron expulsados porque el rancio olor a carne en mal estado llegaba hasta el Corredor Vasariano y agredía la delicada nariz del Gran Duque.

En algún lugar del puente, recordaba Langdon, estaba el lugar exacto en el que se había cometido uno de los asesinatos más famosos de Florencia. En 1215, un joven noble apellidado Buondelmonte rechazó el matrimonio que le había concertado su familia y se casó con su verdadero amor, lo cual provocó que la familia agraviada lo asesinara brutalmente.

Su muerte está considerada desde entonces el «asesinato más sangriento de Florencia» porque marcó, en la ciudad, el inicio de la contienda que mantendrían las poderosas facciones políticas de los güelfos y los gibelinos, que duraría siglos.

Como el consiguiente conflicto político fue el causante del destierro de Dante de Florencia, el poeta lo inmortalizó con amargura en su *Divina Comedia*: «¡Oh, Buondelmonte, malamente huiste de las nupcias, porque otra feliz fuera!».

En la actualidad, cerca del lugar del asesinato se pueden

encontrar tres placas distintas, cada una de las cuales cita una línea del canto dieciséis de *Paradiso*:

MAS CONVENÍA QUE FLORENCIA HICIESE
A LA PIEDRA QUE, ROTA, GUARDA EL PUENTE
UN SACRIFICIO MIENTRAS PAZ TUVIESE.

Langdon levantó la mirada hacia las turbias aguas sobre las que pasaba el puente. Al este se elevaba la torre del Palazzo Vecchio.

Aunque solo habían cruzado la mitad del río Arno, Langdon ya no tenía ninguna duda de que hacía mucho que habían dejado atrás el punto de no retorno.

A apenas diez metros de allí, de pie en el adoquinado del Ponte Vecchio, Vayentha inspeccionaba el gentío con creciente inquietud, sin imaginar que su única posibilidad de redención acababa de pasar por encima de su cabeza.

33

En lo más profundo de las entrañas del *Mendacium*, el facilitador Knowlton permanecía sentado a solas en su cubículo e intentaba en vano concentrarse en su trabajo. Presa de la inquietud, durante la última hora había estado analizando el contenido del video. El soliloquio de nueve minutos oscilaba entre la genialidad y la locura.

Knowlton avanzó la cinta a velocidad rápida en busca de alguna pista que se hubiera podido pasar por alto. Volvió a ver la placa sumergida y la bolsa suspendida con el turbio líquido amarillo pardusco en su interior hasta que llegó al momento en el que aparecía la sombra de nariz picuda; una silueta deformada que se proyectaba en la húmeda pared de la caverna iluminada por una tenue luz roja.

Knowlton volvió a escuchar la voz apagada e intentó descifrar su elaborado lenguaje. A mitad del discurso, la sombra de la pared se hacía más grande y el sonido de la voz se intensificaba.

> ¡El infierno de Dante no es ficción, es una profecía!
>
> Miserable sufrimiento. Horrenda desgracia. Este es el paisaje del mañana.
>
> Sin control, la humanidad se comporta como una plaga, un cáncer. Con cada nueva generación, la población ha ido en aumento, hasta que los bienes terrenales que antaño alimentaron nuestra virtud y nuestra fraternidad han quedado reducidos a nada. Han provocado que salga a la luz el monstruo que habita en nuestro interior y que luchemos a muerte para alimentar a nuestros hijos.
>
> Este es el infierno de nueve círculos de Dante.

> Esto es lo que nos aguarda.
>
> El futuro se yergue amenazante ante nosotros, alimentado por las inflexibles matemáticas de Malthus. Estamos en el borde del primer círculo, a punto de caer más rápido de lo que hubiéramos imaginado.

Knowlton detuvo el video. «¿Las matemáticas de Malthus?». Buscó en internet y rápidamente encontró información sobre el prominente matemático y demógrafo inglés del siglo XIX Thomas Robert Malthus, célebre por su predicción de un eventual colapso global debido a la superpoblación.

Para alarma de Knowlton, la información de Malthus incluía un angustioso pasaje de su libro *Ensayo sobre el principio de la población.*

> El poder de la población es tan superior al poder de la Tierra para producir subsistencia, que la muerte prematura deberá de un modo u otro visitar a la raza humana. Los vicios de la humanidad son ministros de despoblación activos y capaces. Son los precursores del gran ejército de la destrucción; y a menudo terminan el atroz trabajo ellos mismos. En caso de que no concluyan esta guerra de exterminio, estaciones enfermizas, epidemias, pestilencia y plaga asolarán la Tierra y eliminarán a miles y a decenas de miles. En caso de que su éxito sea aún incompleto, una gigantesca e inevitable hambruna vendrá detrás y, con un poderoso golpe, nivelará la población con la comida disponible en el mundo.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Knowlton volvió a mirar la imagen en pausa de la sombra picuda.

«Sin control, la humanidad se comporta como un cáncer».

«Sin control». A Knowlton no le gustaba cómo sonaba eso.

Con el dedo tembloroso, reanudó la reproducción del video.

La voz apagada prosiguió su discurso.

> No hacer nada es dar la bienvenida al infierno de Dante, un asfixiante y estéril maremágnum de Pecado.

Así pues, he decidido tomar medidas drásticas.

Algunos se sentirán horrorizados, pero toda salvación tiene su precio.

Algún día, el mundo comprenderá la belleza de mi sacrificio.

Pues yo soy la salvación para ustedes.

Yo soy la Sombra.

Yo soy la puerta de acceso a la edad Posthumana.

34

El Palazzo Vecchio parecía una gran torre de ajedrez. El imponente edificio, de robusta fachada y sólidas almenas cuadrangulares, estaba convenientemente situado en la esquina sudeste de la Piazza della Signoria.

Su inusual torre, que se elevaba en el centro de la fortaleza, destacaba en el perfil de Florencia y se había convertido en un inimitable símbolo de la ciudad.

El edificio, construido para albergar la sede del gobierno del ducado, imponía al visitante recién llegado unas estatuas masculinas intimidantes. El musculoso *Neptuno* de Ammannati se erguía desnudo sobre cuatro caballos, símbolo del dominio marítimo de la ciudad; una réplica del *David* de Miguel Ángel —sin duda el desnudo masculino más admirado del mundo— se alzaba en toda su gloria en la entrada del *palazzo*. Al lado del *David* había dos colosales hombres desnudos más, *Hércules* y *Caco*, que junto a los sátiros de Neptuno, elevaban a más de una docena los penes que recibían a los visitantes del palacio.

Normalmente, las visitas de Langdon al Palazzo Vecchio comenzaban en la Piazza della Signoria (que, a pesar de su sobreabundancia de falos, siempre había sido una de sus favoritas de toda Europa). Ninguna visita al lugar estaba completa sin un café expreso en el Caffè Rivoire, seguido de una visita a los leones Medici de la Loggia dei Lanzi, la galería de esculturas al aire libre de la *piazza*.

Ese día, sin embargo, Langdon y su acompañante iban a entrar al Palazzo Vecchio como los duques Medici en su época, siguiendo el serpenteante trayecto del Corredor Vasariano, por encima de puentes, calles y edificios, hasta llegar al corazón mismo del viejo palacio. De momento, no habían oído pasos a sus espaldas, pero

Langdon estaba impaciente por llegar al final del pasadizo.

«Y ahora por fin hemos llegado —advirtió al ver la pesada puerta de madera que se levantaba ante ellos—. La entrada al viejo palacio».

A pesar del elaborado mecanismo de su cerradura, la puerta estaba equipada con una barra antipánico que le permitía ser una salida de emergencia al tiempo que evitaba que nadie del otro lado entrara en el corredor sin una tarjeta de acceso.

Langdon pegó la oreja a la puerta y aguzó el oído. Al no escuchar nada al otro lado, colocó las manos en la barra y presionó suavemente.

La cerradura hizo clic.

Abrió unos centímetros la puerta de madera y echó un vistazo por la pequeña abertura. Una pequeña estancia. Vacía. En silencio.

Con un pequeño suspiro de alivio, Langdon entró y le indicó a Sienna que le siguiera.

«Hemos llegado».

De pie en la silenciosa alcoba, Langdon se tomó un momento para ubicarse. En un pasillo que había a su izquierda oyó unas voces tranquilas y joviales. Al igual que el Capitolio de Estados Unidos, el Palazzo Vecchio era al mismo tiempo atracción turística y oficina gubernamental. A esa hora, las voces que escuchaban con toda seguridad eran de funcionarios que entraban y salían de sus despachos, preparándose para la jornada.

Langdon y Sienna fueron hasta la esquina y asomaron la cabeza. Efectivamente, al fondo había un atrio en el que una docena de funcionarios tomaban expresos matutinos y charlaban entre sí antes de comenzar la jornada.

—¿Has dicho que el mural de Vasari está en el Salón de los Quinientos? —susurró Sienna.

Langdon asintió y señaló un pórtico que había al otro lado del atrio.

—Lamentablemente, tenemos que cruzar el patio.

—¿Estás seguro?

Langdon asintió.

—No podremos llegar sin que nos vean.

—Son funcionarios. No tienen el más mínimo interés en nosotros. Haz como si trabajaras aquí.

Dicho lo cual, Sienna alisó la chaqueta Brioni de Langdon y le puso bien el cuello de la camisa.

—Tienes muy buen aspecto, Robert —dijo con una recatada sonrisa. Luego ajustó el cuello de su propio suéter y se puso en marcha.

Langdon fue tras ella. Al llegar al atrio, Sienna comenzó a hablar con él en italiano —algo sobre subsidios agrícolas— mientras gesticulaba apasionadamente. Avanzaron pegados a la pared exterior, manteniéndose alejados de los funcionarios. Para sorpresa de Langdon, ni uno solo les prestó atención.

De camino al pasillo, Langdon recordó el programa de la obra de Shakespeare y el travieso Puck.

—Eres una gran actriz —susurró.

—No he tenido más remedio —dijo ella en un tono de voz extrañamente distante.

Una vez más, Langdon tuvo la sensación de que en el pasado de Sienna había más dolor del que él podía imaginar, y sintió una punzada de remordimiento por haberla involucrado en esa peligrosa situación. Se recordó a sí mismo que ya no podía hacerse nada salvo seguir adelante.

«Sigue nadando por el túnel y reza para encontrar la luz».

A medida que se acercaban al pórtico, Langdon volvió a comprobar, aliviado, que su memoria funcionaba perfectamente. Una pequeña placa con una flecha señalaba la esquina del final del pasillo y anunciaba: SALONE DEI CINQUECENTO. «El Salón de los Quinientos —pensó Langdon, y se preguntó qué respuestas encontrarían en él—. “La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte”. ¿Qué significará esto?».

—Puede que el salón todavía esté cerrado —advirtió Langdon al acercarse a la esquina. Aunque se trataba de un destino turístico popular, parecía que el *palazzo* todavía no había abierto sus puertas al público.

—¿Has oído eso? —preguntó Sienna, deteniéndose de golpe.

Langdon lo había oído. Al otro lado de la esquina se oía un fuerte zumbido. «Por favor, que no sea un *drone* de interior». Con cuidado, Langdon asomó la cabeza. A unos treinta metros, veía la puerta de madera —sorprendentemente sencilla— que daba acceso al Salón de los Quinientos. Pero entre ellos y la puerta había un

corpulento conserje que empujaba con hastío una pulidora de suelos.

«El guardián de la puerta».

Langdon advirtió entonces los tres símbolos de un letrero de plástico que había junto a la puerta. Descifrables incluso por el simbólogo menos experimentado, esos iconos universales eran: una videocámara con una X encima, un vaso con una X encima y un par de figuras de palo, una femenina y otra masculina.

A Langdon se le ocurrió algo y comenzó a caminar velozmente hacia el conserje, acelerando a medida que se acercaba a él. Sienna tuvo que apretar el paso para no quedarse rezagada.

El conserje levantó la mirada, sobresaltado.

—*Signori?!* —levantó los brazos para indicarles que se detuvieran.

Langdon sonrió al hombre con una expresión de dolor en el rostro —más bien una mueca— y señaló en tono de disculpa los símbolos del letrero.

—¡Baño! —declaró en un tono de voz apremiante. No era una pregunta.

El conserje vaciló un momento. Parecía que iba a denegarles el paso, pero al fin, al ver cómo Langdon se retorcía incómodamente ante él, asintió y les indicó que pasaran.

Cuando llegaron a la puerta, Langdon le guiñó un ojo a Sienna.

—La compasión es un lenguaje universal.

35

En su momento, el Salón de los Quinientos fue la sala más grande del mundo. Fue construido en 1494 para la celebración de las juntas del *Consiglio Maggiore*, el consejo mayor de la república (formado por quinientos miembros, de ahí su nombre). Algunos años después, a requerimiento de Cosme I, el hombre más poderoso de la península itálica, el salón fue renovado y ampliado sustancialmente. El arquitecto y supervisor del proyecto fue el gran Giorgio Vasari.

En una excepcional proeza de la ingeniería, Vasari hizo elevar el tejado original para permitir que la luz natural entrara a través de tragaluces por los cuatros costados del salón. El resultado fue una elegante sala de exposición para algunas de las mejores obras pictóricas y escultóricas de Florencia.

Lo primero que a Langdon siempre le llamaba la atención de ese salón era el suelo, que ya indicaba que no se trataba de un espacio convencional. La cuadrícula negra sobre el fondo carmesí confería al amplio espacio, de más de mil metros cuadrados, solidez, profundidad y equilibrio.

Langdon levantó la mirada hacia el otro extremo del salón, donde seis dinámicas esculturas —*Los trabajos de Hércules*— se erguían como un grupo de soldados. Ignoró deliberadamente la de *Hércules y Diomedes*, a menudo denostada, y que representaba sus cuerpos desnudos enzarzados en un extraño combate de lucha libre en el que se incluía un agarrón de pene, ante el cual Langdon siempre se encogía de dolor.

Más agradable a la vista era el impresionante *El genio de la Victoria*, de Miguel Ángel, que dominaba el nicho central de la pared sur. De casi tres metros de altura, esta escultura fue creada para la tumba del papa ultraconservador Julio II —*Il Papa Terribile* —; un encargo que a Langdon siempre le había parecido irónico,

teniendo en cuenta la postura del Vaticano sobre la homosexualidad. La estatua representaba a Tommaso dei Cavalieri, el joven del que Miguel Ángel estuvo enamorado durante gran parte de su vida y a quien dedicó más de trescientos sonetos.

—No me puedo creer que nunca hubiera estado aquí —susurró Sienna a su lado, en un tono de voz de repente sereno y reverencial—. Esto es… hermoso.

Langdon asintió y recordó su primera visita a ese espacio en ocasión de un espectacular concierto de música clásica que había ofrecido la pianista Mariele Keymel. Si bien originalmente ese majestuoso salón había albergado encuentros políticos privados y audiencias con el Gran Duque, en la actualidad acogía veladas musicales, conferencias o cenas de gala (aquí se habían celebrado conferencias del historiador del arte Maurizio Seracini o eventos plagados de celebridades, como la inauguración del Museo Gucci). A veces, Langdon se preguntaba qué le habría parecido a Cosme I compartir su austero salón privado con presidentes de empresas y modelos.

Langdon centró su atención en los enormes murales que decoraban las paredes. Su extraña historia incluía una fracasada técnica experimental de Leonardo da Vinci que dio como resultado una «obra maestra deteriorada» o el «enfrentamiento» artístico alimentado por Pietro Soderini y Maquiavelo, que encararon a dos titanes del Renacimiento —Miguel Ángel y Leonardo— encargándoles murales en paredes opuestas del mismo salón.

En ese momento, sin embargo, Langdon estaba más interesado en otra de las rarezas históricas de la sala.

«*Cerca trova*».

—¿Cuál es el de Vasari? —preguntó Sienna mirando los murales.

—Casi todos. —Langdon sabía que, al renovar la sala, Vasari y sus asistentes lo habían repintado prácticamente todo, desde los murales originales de las paredes hasta los treinta y nueve paneles que adornaban su célebre techo «suspendido».

—Pero ese de ahí —dijo Langdon, señalando el mural que había a su derecha—, es el que hemos venido a ver. *La batalla de Marciano*.

El tamaño de esa tremenda confrontación militar era descomunal: quince metros de largo y más de tres pisos de altura.

En tonos marrones y verdes, la enorme pintura mostraba una violenta colisión de soldados, caballos, lanzas y estandartes en una ladera pastoral.

—Vasari, Vasari —susurró Sienna—. ¿Y en algún lugar de este mural se encuentra su mensaje secreto?

Langdon asintió, al tiempo que aguzaba la mirada para localizar el estandarte verde sobre el que el artista había pintado su misterioso mensaje: *Cerca trova*.

—Desde aquí es casi imposible verlo sin binoculares —dijo él, señalándolo—, pero en la parte superior de la sección media, justo debajo de las dos granjas que hay en la ladera de la colina, se puede ver un pequeño estandarte verde y…

—¡Lo veo! —exclamó Sienna, señalando el cuadrante superior derecho, justo el lugar exacto.

Langdon deseó tener unos ojos más jóvenes.

Se acercaron al imponente mural y él levantó la mirada para admirar su esplendor. Al fin, habían llegado. El único problema ahora era que no estaba seguro de *por qué* estaban ahí. Se quedó en silencio un largo rato, contemplando los detalles de la obra maestra de Vasari.

«Si fracaso todo será muerte».

A sus espaldas se abrió una puerta con un crujido y apareció el conserje con la pulidora de suelo. Sienna le saludó alegremente. El trabajador se los quedó mirando un momento y a continuación cerró la puerta.

—No tenemos mucho tiempo, Robert —le urgió Sienna—. Tienes que pensar. ¿Te dice algo la pintura? ¿Recuerdas algo?

Langdon examinó la caótica escena bélica.

«La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte».

Langdon había creído que quizá el mural incluía un cadáver cuyos ojos muertos miraran alguna otra pista en el mismo cuadro o quizá en algún otro lado de la sala. Lamentablemente, en el mural había docenas de cadáveres, ninguno más destacable que los demás y ninguno que mirara a algún punto en particular.

«¿La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte?».

Intentó visualizar las líneas que conectaban los cadáveres entre sí, y se preguntó si crearían alguna forma, pero no vio nada.

Hurgó en las profundidades de su memoria y la cabeza le

comenzó a doler otra vez. En algún lugar, la voz de la mujer del cabello plateado no dejaba de susurrar: «Busca y hallarás».

«¡¿Hallar qué?!», quería gritar Langdon.

Cerró los ojos y respiró hondo. Estiró varias veces los hombros para relajarlos e intentó liberar su mente de todo pensamiento consciente, a ver si así fluía sin obstáculos hacia su instinto.

«Very sorry.

»Vasari.

»*Cerca trova.*

»La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte».

Su instinto le dijo que, sin lugar a dudas, se encontraba en el lugar adecuado. Y, si bien no sabía muy bien por qué, tenía la sensación de que estaba a punto de encontrar lo que había venido a buscar.

El agente Brüder se quedó mirando inexpresivamente los pantalones de terciopelo rojo y la túnica expuestos en la vitrina que tenía delante y maldijo su suerte en voz baja. Su unidad había registrado toda la Galería de los Trajes y no había ni rastro de Langdon y Sienna.

«Apoyo para la Vigilancia y la Intervención —pensó enojado—. ¿Desde cuándo un profesor universitario elude una unidad AVI? ¡¿Dónde demonios se han metido?!».

—Todas las salidas habían sido bloqueadas —insistió uno de sus hombres—. La única posibilidad es que todavía estén en los jardines.

Aunque eso parecía lógico, Brüder tenía el presentimiento de que Langdon y Sienna habían encontrado alguna otra salida.

—Vuelva a poner en marcha el *drone* —soltó Brüder—. Y diga a las autoridades locales que amplíen la zona de búsqueda al otro lado de las murallas. «¡Maldita sea!».

Mientras sus hombres se alejaban corriendo, Brüder agarró su teléfono móvil y llamó a la persona a cargo.

—Soy Brüder —dijo—. Me temo que tenemos un serio problema. Bueno, en realidad varios.

36

«La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte».

Sienna repitió las palabras para sí mientras seguía examinando cada centímetro de la brutal escena bélica de Vasari, esperando encontrar algo que le llamara la atención.

Por todas partes veía ojos muertos.

«¡¿Cuáles son los que estamos buscando?!».

Se preguntó si lo de los ojos de la muerte sería una referencia a todos los cadáveres en descomposición diseminados por toda Europa a causa de la Peste Negra.

«Al menos eso explicaría lo de la máscara de la peste…».

De repente, Sienna recordó una antigua canción infantil: «Un anillo rosado. El bolsillo lleno de flores. Cenizas, cenizas. Todos caemos».

De niña solía recitar ese poema, hasta que descubrió que aludía a la gran plaga de Londres de 1665. Al parecer, el anillo rosado era una referencia a las pústulas rosadas de las personas infectadas. Las víctimas llevaban el bolsillo lleno de flores para intentar disimular el olor de sus cuerpos en descomposición, así como el hedor de la ciudad misma, en la que cientos de víctimas morían todos los días, y cuyos cadáveres eran luego incinerados. «Cenizas, cenizas. Todos caemos».

—Por el amor de Dios —dijo Langdon de repente, volviéndose hacia la pared opuesta.

Sienna se volvió hacia él.

—¿Qué sucede?

—Es el nombre de una obra de arte que una vez se expuso aquí. *Por el amor de Dios*.

Desconcertada, Sienna observó cómo Langdon cruzaba la sala en dirección a una pequeña puerta de cristal e intentaba abrirla. Estaba cerrada. Acercó entonces la cara al cristal y ahuecó las manos a los

lados para poder mirar su interior.

Sienna no sabía qué estaba haciendo Langdon, pero esperó que lo hiciera rápido; el conserje había regresado, y parecía extrañarle que Langdon estuviera fisgoneando el espacio que había detrás de una puerta cerrada.

Sienna volvió a saludarle alegremente. El hombre se limitó a mirarla un largo rato, y luego desapareció.

Lo Studiolo.

En la pared opuesta al mural de Vasari, justo enfrente de las palabras ocultas «*cerca trova*», y detrás de la puerta de cristal, había una pequeña cámara sin ventanas. Se trataba del estudio secreto de Francesco I, cuyo alto techo abovedado proporcionaba a quienes se encontraban en su interior la sensación de estar dentro de un gigantesco baúl del tesoro.

Y, efectivamente, su interior estaba repleto de hermosas obras de arte. Más de treinta pinturas adornaban las paredes y el techo, tan cerca unas de otras que casi no había espacio vacío. *El vuelo de Ícaro*, *La alegoría de los sueños*, *Prometeo recibiendo las joyas de la Naturaleza*.

Al ver el deslumbrante espacio a través del cristal, Langdon susurró para sí: «Los ojos de la muerte».

Langdon había estado por primera vez en Lo Studiolo durante una visita privada a los pasadizos secretos del *palazzo* que había realizado unos pocos años atrás y se quedó asombrado al descubrir la enorme cantidad de puertas secretas, escaleras y pasajes que había en el edificio, entre los cuales había varios que se ocultaban tras las pinturas de esa cámara.

Los pasadizos secretos, sin embargo, no eran lo que acababa de recordar Langdon. Lo que había acudido a su mente era una pieza de arte moderno que había visto una vez allí: *Por el amor de Dios* una controvertida obra de Damien Hirst que causó cierto revuelo cuando la expusieron.

Se trataba de la reproducción a tamaño real de una calavera humana hecha de platino, y cuya superficie estaba recubierta con más de *ocho mil* relucientes diamantes incrustados. El efecto era deslumbrante. Las cuencas de los ojos resplandecían con luz y vida, belleza y horror. Aunque la calavera de diamantes de Hirst hacía tiempo que ya no estaba en Lo Studiolo, su recuerdo le había dado

una idea.

«Los ojos de la muerte —pensó—. Los de las calaveras deben de contar como tales, ¿no?».

Las calaveras eran un tema recurrente en el *Inferno* de Dante. Era famoso, por ejemplo, el cruento castigo al conde Ugolino, sentenciado a devorar eternamente la calavera de un perverso arzobispo en el círculo más bajo del infierno.

«¿Estamos buscando una calavera?».

Langdon sabía que el enigmático Studiolo había sido construido siguiendo la tradición de los «gabinetes de curiosidades». Casi todos sus cuadros tenían bisagras ocultas, y tras ellos se escondían alacenas en las cuales el duque guardaba extraños objetos de su interés: muestras de minerales raros, hermosas plumas, el fósil de una concha de nautilus e, incluso, la tibia de un monje decorada con plata repujada.

Lamentablemente, Langdon sospechaba que todos los objetos habían sido retirados hacía tiempo y, que él supiera, no se había vuelto a exponer ninguna otra calavera salvo la de Hirst.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos de golpe por un fuerte portazo procedente del otro extremo de la sala, seguido de unos rápidos pasos que se acercaban a él.

—*Signore!* —exclamó una enojada voz—. *Il salone non è aperto!*

Langdon se volvió y vio a una empleada del palacio que venía directamente hacia él. Era pequeña y tenía el cabello castaño y corto. También lucía un avanzado embarazo. La mujer se movía rápida, señalando su reloj. En cuanto estuvo lo bastante cerca como para verle bien, se detuvo de golpe y se llevó la mano a la boca.

—¡Profesor Langdon! —exclamó. Parecía avergonzada—. ¡Lo siento mucho! No sabía que estaba aquí. ¡Bienvenido de nuevo!

Él se quedó de piedra.

Estaba absolutamente seguro de que nunca antes había visto a esa mujer.

37

—¡No le había reconocido, profesor! —dijo la mujer en inglés con acento italiano—. Es por la ropa que lleva. —Sonrió afectuosamente y asintió, dándole el visto bueno a su traje Brioni—. Muy a la moda. Casi parece usted italiano.

A Langdon se le había secado la boca de golpe, pero se las arregló para sonreír con educación cuando la mujer llegó a su lado.

—Buenos… días —dijo, vacilante—. ¿Cómo está?

Ella se rio y se llevó las manos a la barriga.

—Agotada. La pequeña Catalina ha estado toda la noche dando patadas. —La mujer echó un vistazo alrededor de la sala, desconcertada—. Il Duomino no mencionó que fuera a regresar usted hoy. ¿También él está aquí?

La mujer pareció advertir la confusión de Langdon y, tras soltar una risa ahogada, añadió:

—No pasa nada, todo el mundo en Florencia le llama así. A él no le importa. ¿Ha sido él quién le ha dejado pasar?

—Así es —dijo Sienna, acercándose desde el otro lado de la sala —, pero tenía un desayuno. Nos ha dicho que a usted no le importaría que echáramos un vistazo. —Al llegar junto a ellos extendió la mano con entusiasmo—. Soy Sienna, la hermana de Robert.

La mujer le dio un apretón de manos exageradamente oficial.

—Yo soy Marta Álvarez. Qué suerte la suya, poder contar con el profesor Langdon de guía privado.

—Sí —dijo Sienna, apenas disimulando un mohín—. ¡Es tan listo!

Hubo un incómodo silencio durante el cual la mujer examinó a Sienna.

—Es curioso —dijo finalmente—, no encuentro ningún parecido entre ambos. Excepto, quizá, en la altura.

«Ahora o nunca» pensó Langdon, temiendo que les atrapara.

—Marta —la interrumpió, esperando haber oído bien su nombre—, lamento molestarle, pero, bueno… supongo que ya se puede imaginar por qué estoy aquí.

—En realidad, no —respondió ella entornando los ojos—. No tengo la menor idea de qué está haciendo usted aquí.

A Langdon se le aceleró el pulso y, durante el desagradable silencio que hubo a continuación, temió lo peor. De repente, sin embargo, Marta sonrió y soltó una carcajada.

—¡Estoy bromeando, profesor! Claro que imagino por qué ha regresado. No tuvo suficiente con la hora que anoche pasó ahí arriba con il Duomino y ahora ha regresado para enseñársela a su hermana, ¿no es así? La verdad, todavía no sé por qué la encuentra tan fascinante.

—Así es… —dijo Langdon—. Si no es molestia, me encantaría enseñársela a Sienna.

Marta levantó la mirada hacia el balcón del segundo piso y se encogió de hombros.

—No hay ningún problema. Justo ahora iba hacia allí.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Langdon levantó la mirada hasta el balcón del segundo piso que había al fondo de la sala. «¿Anoche estuve ahí arriba?». No recordaba nada. Sabía que, además de estar exactamente a la misma altura que las palabras «*cerca trova*», el balcón también servía de entrada al museo del *palazzo*, que siempre visitaba cuando iba allí.

Marta estaba a punto de conducirlos al otro lado de la sala cuando de repente se detuvo y, como si se lo hubiera pensado mejor, dijo:

—Pero, profesor, ¿está seguro de que no prefiere enseñarle a su hermana algo un poco menos lúgubre?

Langdon no tenía ni idea de cómo responder a eso.

—¿Vamos a ver algo lúgubre? —preguntó Sienna—. ¿Qué es? No me lo ha dicho.

Marta sonrió ligeramente y se volvió hacia Langdon.

—¿Se lo digo yo o prefiere hacerlo usted, profesor?

Langdon se apresuró a aprovechar la oportunidad.

—Oh, no, Marta, hágalo usted misma, por favor.

Ella se volvió hacia Sienna y comenzó a hablar con calma.

—No sé lo que le ha contado su hermano, pero vamos al museo a ver una máscara muy especial.

Sienna abrió los ojos como platos.

—¿Qué tipo de máscara? ¿Una de esas tan feas que llevan aquí en Carnaval?

—Buen intento —dijo Marta—, pero no, no es una máscara de la peste. Es algo muy distinto. Se trata de una máscara mortuoria.

Langdon dejó escapar un grito ahogado y Marta le reprendió con la mirada. Pensaba que lo había hecho para asustar a su hermana.

—No haga caso a su hermano —dijo—, las máscaras mortuorias eran una práctica muy extendida en el siglo XVI. Básicamente consisten en una máscara de yeso del rostro de alguien, hecha momentos después de su fallecimiento.

«Una máscara mortuoria. —Langdon tuvo el momento de mayor claridad desde que se había despertado en Florencia—. El *Inferno* de Dante, *cerca trova*, mirar a través de los ojos de la muerte. ¡La máscara!».

—¿Y qué rostro se utilizó para hacer la máscara? —preguntó Sienna.

Langdon le puso una mano en el hombro y le contestó lo más serenamente que pudo.

—Un famoso poeta italiano llamado Dante Alighieri.

38

Las olas del mar Adriático mecían el *Mendacium* y el sol brillaba con fuerza en sus cubiertas. El comandante vació su segundo whisky y miró por la ventana de su despacho, se sentía cansado.

Las noticias de Florencia no eran buenas.

Quizá fuera porque hacía mucho tiempo que no probaba el alcohol, pero se sentía extrañamente desorientado e impotente, como si el barco hubiera perdido el motor y estuviera a merced de la marea.

Esa sensación le resultaba desconocida. En su mundo, siempre había contado con una brújula fiable, el protocolo, que nunca había dejado de indicarle el camino. Era lo que le permitía tomar decisiones difíciles sin echar jamás la vista atrás.

Era el protocolo lo que había requerido la desautorización de Vayentha y él la había llevado a cabo sin la menor vacilación. «Ya me encargaré de ella cuando esta crisis haya pasado».

Era el protocolo lo que requería que supiera lo menos posible sobre sus clientes. Había decidido hacía mucho que el Consorcio carecía de responsabilidad ética para juzgarlos.

«Ofrecer el servicio.

»Confiar en el cliente.

»No hacer preguntas».

Al igual que los directores de la mayoría de las empresas, el comandante simplemente ofrecía sus servicios con la presunción de que serían implementados dentro del marco de la ley. Al fin y al cabo, no era responsabilidad de Volvo asegurarse de que las madres condujeran con cuidado en las zonas escolares, ni tampoco se podía culpar a Dell por el hecho de que alguien utilizara uno de sus computadores para piratear una cuenta bancaria.

En ese momento, con todo lo que estaba pasando, maldijo para sí el contacto que le había sugerido que se hiciera cargo de ese

cliente.

—Esfuerzo mínimo y dinero fácil —le había asegurado—. Se trata de un hombre brillante, una estrella en su campo, y es absurdamente rico. Solo quiere desaparecer durante uno o dos años. Necesita estar un tiempo fuera de la vista de todo el mundo para trabajar en un proyecto importante.

Tras darle muchas vueltas, el comandante aceptó. Las recolocaciones por períodos largos siempre suponían dinero fácil y él confiaba en el instinto de su contacto.

Efectivamente, el trabajo había sido muy sencillo.

Hasta la semana anterior, claro.

A raíz del caos creado por ese cliente, él se encontraba dando vueltas alrededor de una botella de whisky y contando los días para que el compromiso que les unía a ese hombre llegara a su fin.

El teléfono de su escritorio sonó y vio que se trataba de Knowlton, uno de sus principales facilitadores.

—Sí —contestó.

—Señor… —comenzó a decir Knowlton. La intranquilidad era patente en su voz—. Odio molestarle con esto pero, como sabe, mañana está programado el envío a los medios de un video.

—Sí —contestó—. ¿Lo ha dejado preparado?

—Sí, pero creo que sería mejor que lo viera antes de hacer nada con él.

El comandante se quedó un momento callado, desconcertado por el comentario.

—¿Acaso nos menciona o compromete de algún modo?

—No, señor, pero el contenido es bastante perturbador. El cliente aparece en él y dice que…

—No diga nada más —ordenó el comandante, escandalizado por el hecho de que un facilitador experimentado se atreviera a sugerir siquiera una infracción tan clara del protocolo—. El contenido es irrelevante. Diga lo que diga, el video habría sido distribuido con o sin nuestra ayuda. El cliente podría haberlo hecho electrónicamente, pero nos contrató. Nos pagó. Confió en nosotros.

—Sí, señor.

—Su trabajo no consiste en ser crítico de cine —le reprendió—, sino en mantener promesas. Hágalo.

En el Ponte Vecchio, Vayentha seguía examinando cientos de

rostros de turistas. Había permanecido alerta y estaba segura de que Langdon todavía no había pasado, pero ya no oía el *drone*. Eso quería decir que ya no era necesario.

«Brüder debe de haberlo atrapado».

A regañadientes, empezó a considerar la sombría perspectiva de una amonestación del Consorcio. «O algo peor».

Vayentha volvió a pensar en los dos agentes que habían sido desautorizados. «Seguramente están trabajando en otro campo», se dijo para tranquilizarse, pero no pudo evitar preguntarse también si no sería mejor dirigirse a las colinas de la Toscana, desaparecer y utilizar sus conocimientos para construirse una nueva vida.

«Pero ¿durante cuánto tiempo podré esconderme de ellos?».

Incontables objetivos habían aprendido de primera mano que cuando uno se encontraba en el punto de mira del Consorcio, la privacidad no era más que una ilusión. Era solo cuestión de tiempo.

«¿De verdad mi carrera va a terminar así?», se preguntó, incapaz de aceptar todavía que sus doce años en la organización hubieran llegado a su fin por una serie de desafortunados incidentes. Durante un año había atendido las necesidades del cliente de ojos verdes. «No fue culpa mía que se suicidara arrojándose al vacío y, sin embargo, ahora parece que estoy cayendo con él».

Su única posibilidad de redención pasaba por ser más astuta que Brüder, pero desde el principio había sabido que las probabilidades de éxito eran remotas.

«Anoche tuve mi oportunidad y fallé».

Cuando ya volvía de mala gana a su motocicleta, oyó un sonido a lo lejos, un zumbido agudo que le resultaba familiar.

Desconcertada, levantó la mirada. Para su sorpresa, el *drone* de reconocimiento volvía a estar en el aire, esta vez en el extremo más lejano del Palazzo Pitti. Vayentha observó cómo el pequeño artilugio comenzaba a dar vueltas desesperadamente sobre el edificio.

Eso solo podía significar una cosa.

«¡Todavía no han capturado a Langdon!

»¿Dónde demonios estará?».

El penetrante zumbido despertó de nuevo a la doctora Elizabeth Sinskey de su delirio. «¿El *drone* vuelve a estar en el aire? Pensaba que…».

Se removió en el asiento trasero de la furgoneta, donde el mismo agente de antes seguía sentado a su lado. Luego volvió a cerrar los ojos, presa del dolor y las náuseas. Pero lo que más sentía, sin embargo, era miedo.

«El tiempo se está agotando».

A pesar de que su enemigo se había suicidado arrojándose al vacío, en sus sueños ella todavía podía ver su silueta, sermoneándola en la oscura sala del Consejo de Relaciones Exteriores.

«Es imperativo que alguien haga algo —había declarado con un fulgor en sus ojos verdes—. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién? Si no ahora, ¿cuándo?».

Elizabeth sabía que debería haberlo detenido entonces, cuando tuvo la oportunidad. Nunca olvidaría ese día. Tras salir apresuradamente de la reunión, recorrió Manhattan en dirección al aeropuerto internacional JFK. Deseosa de saber quién era este maníaco, mientras iba en la parte trasera de la limusina agarró su teléfono móvil y miró la fotografía que le había hecho.

Cuando la vio, no pudo evitar un grito ahogado. La doctora Elizabeth Sinskey sabía muy bien quién era ese hombre. La buena noticia era que sería muy fácil localizarlo. La mala, que era un genio en su campo y una persona muy peligrosa si se lo proponía.

«Nada es más creativo o destructivo que una mente brillante con un propósito».

Cuando llegó al aeropuerto, treinta minutos después de la reunión, llamó a su equipo e hizo que lo incluyeran en las listas de bioterroristas de las agencias más relevantes y organizaciones filiales alrededor del mundo.

«Esto es todo lo que puedo hacer hasta que llegue a Ginebra», pensó.

Agotada, se dirigió al mostrador de facturación con su equipaje y le mostró a la empleada de la aerolínea su pasaporte y su billete.

—Oh, doctora Sinskey —dijo la empleada con una sonrisa—. Un caballero muy amable acaba de dejar un mensaje para usted.

—¿Cómo dice? —Elizabeth no sabía de nadie que tuviera acceso a la información de su vuelo.

—Un señor muy alto, con los ojos verdes —dijo la empleada.

A Elizabeth se le cayó la bolsa de las manos. «¿Está aquí?

¡¿Cómo?!». Se dio la vuelta y miró los rostros de los demás pasajeros.

—Ya se ha ido —dijo la empleada—, pero nos ha pedido que le diéramos esto. —Y le entregó a Elizabeth un papel de carta doblado.

Temblando, Elizabeth desdobló el papel y leyó la nota manuscrita.

Era una famosa cita inspirada en la obra de Dante Alighieri.

> Los lugares más oscuros del infierno
> están reservados para aquellos
> que mantienen su neutralidad
> en épocas de crisis moral.

39

Marta Álvarez se quedó mirando la empinada escalera que conducía al museo de la segunda planta.

«Puedo hacerlo», se dijo a sí misma.

Como administradora de arte y cultura en el Palazzo Vecchio, Marta había subido incontables veces esa escalera. Últimamente, sin embargo, embarazada de más de ocho meses, le resultaba mucho más dura.

—Marta ¿estás segura de que no prefieres tomar el ascensor? —Robert Langdon parecía preocupado y señaló un pequeño montacargas cercano que habían instalado en el *palazzo* para los visitantes minusválidos.

Marta agradeció su oferta con una sonrisa, pero negó con la cabeza.

—Como le comenté anoche, mi médico dice que el ejercicio es bueno para el bebé. Además, profesor, sé que es usted claustrofóbico.

Langdon se mostró extrañamente sorprendido por su comentario.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado que lo mencioné.

«¿Ha olvidado que lo mencionó? —pensó Marta—. Lo hizo ayer mismo y me contó con todo detalle el incidente de su infancia que le provocó la fobia».

La noche anterior, mientras el acompañante de Langdon, el obeso Duomino, subía con el ascensor, el profesor lo hizo a pie con Marta. De camino, le contó con todo detalle la caída en un pozo abandonado que le había provocado ese miedo paralizador que desde entonces sentía por los espacios estrechos.

Con el cabello rubio de Sienna balanceándose ante ellos, Langdon y Marta ascendieron la escalera poco a poco.

—Me sorprende que quiera volver a ver la máscara —dijo ella—.

De todas las piezas que hay en Florencia, esta podría considerarse una de las menos interesantes.

Langdon se encogió de hombros evasivamente.

—Más que nada, he regresado para que Sienna pueda verla. Por cierto, gracias por dejarnos entrar otra vez.

—No hay de qué.

La reputación de Langdon habría bastado la noche anterior para persuadir a Marta de que le abriera la galería, pero el hecho de que fuera acompañado de il Duomino no le dejó otra opción.

El hombre conocido como *il Duomino*, Ignazio Busoni, era toda una institución en el mundo cultural de Florencia. Director desde hacía mucho tiempo del Museo dell'Opera del Duomo, Ignazio supervisaba todos los aspectos del edificio histórico más prominente de la ciudad: el Duomo, la enorme catedral cuya cúpula roja dominaba tanto la historia como el perfil de la ciudad. Su pasión por el edificio, unida a su peso de casi ciento ochenta kilos y su rostro siempre colorado, habían propiciado que recibiera el cariñoso apelativo de il Duomino, «la pequeña cúpula».

Marta no tenía ni idea de cómo se habían conocido los dos hombres, pero il Duomino la había llamado el día anterior por la tarde y le había dicho que quería ir con un conocido a hacer una visita privada a la máscara mortuoria de Dante. Cuando descubrió que el misterioso invitado era el famoso simbólogo e historiador del arte Robert Langdon, Marta se sintió entusiasmada ante la oportunidad de guiar a esos dos hombres tan famosos a la galería del *palazzo*.

Al llegar a lo alto de la escalera, Marta se detuvo con los brazos en jarras para recobrar el aliento. Sienna ya se había asomado al balcón.

—Mi vista favorita de la sala —dijo Marta, todavía jadeante—. Desde aquí se tiene una perspectiva completamente distinta de los murales. Supongo que su hermano ya le ha explicado lo del misterioso mensaje oculto en ese de ahí, ¿verdad? —dijo, y señaló la *Battaglia di Marciano*.

Sienna asintió con entusiasmo.

—*Cerca trova*.

Marta se fijó entonces en Langdon mientras él también echaba un vistazo a la sala desde el balcón, y no pudo evitar advertir que

no tenía el mismo buen aspecto de la noche anterior. El nuevo traje le quedaba bien, pero necesitaba un afeitado, y su rostro parecía pálido y fatigado. Además, esa mañana el pelo se le veía apelmazado, como si todavía no se hubiera duchado.

Marta se volvió hacia el mural antes de que el profesor se diera cuenta de que le estaba mirando.

—Estamos prácticamente a la misma altura que el mensaje —dijo Marta—. Desde aquí casi se pueden ver las palabras.

A la hermana de Langdon parecía darle igual el mural.

—Hábleme de la máscara mortuoria de Dante. ¿Por qué está en el Palazzo Vecchio?

«Se nota que son hermanos», pensó Marta, refunfuñando para sí y sin comprender la fascinación que los dos sentían por esa máscara. Aunque, claro, debía reconocer que su historia era extraña, sobre todo la más reciente y Langdon no era el primero en mostrar una fascinación casi maníaca por ella.

—Bueno, dígame, ¿qué sabe sobre Dante?

La hermosa rubia se encogió de hombros.

—Básicamente, lo que todo el mundo aprende en la escuela: un poeta que se hizo famoso por ser el autor de la *Divina Comedia*, que describe su viaje imaginario a través del infierno.

—Parcialmente correcto —respondió Marta—. En su poema, Dante consigue salir del infierno, atraviesa el purgatorio y al final llega al paraíso. Si alguna vez lee la *Divina Comedia*, comprobará que su viaje está dividido en esas tres partes: *Inferno*, *Purgatorio*, *Paradiso*. —Marta les indicó que la siguieran en dirección a la entrada del museo—. La razón por la que la máscara se encuentra en el Palazzo Vecchio, sin embargo, no tiene nada que ver con la *Divina Comedia*, sino con la biografía de Dante. Adoraba Florencia tanto como una persona puede adorar una ciudad. A pesar de ser un florentino muy prominente y poderoso, hubo un cambio de poder y, como él había apoyado el bando equivocado, le desterraron y le prohibieron que regresara.

Marta se detuvo para recobrar el aliento. Ya estaban cerca de la entrada del museo. Con los brazos de nuevo en jarras, echó la espalda hacia atrás y siguió hablando:

—Algunas personas aseguran que el exilio es la razón por la que su máscara mortuoria tiene un aspecto tan triste, pero yo prefiero

otra teoría. Soy un poco romántica y creo que su melancólica expresión se debe a una mujer. Dante se pasó toda la vida desesperadamente enamorado de Beatrice Portinari. Por desgracia, ella se casó con otro hombre, lo cual significa que él no solo tuvo que vivir alejado de su querida Florencia, sino también de la mujer a la que amaba. Su devoción por Beatrice se convirtió en un tema central de la *Divina Comedia*.

—Interesante —dijo Sienna en un tono que sugería que no le había prestado la más mínima atención—. Sin embargo, todavía no me ha quedado claro por qué la máscara mortuoria se encuentra en este *palazzo*.

A Marta, la insistencia de la joven le pareció inusual y rayana en la descortesía.

—Bueno, Sienna —prosiguió Marta, poniéndose de nuevo en marcha—, cuando Dante murió todavía tenía prohibido entrar en Florencia, de modo que lo enterraron en Ravena. Pero como el cuerpo de su verdadero amor, Beatrice, estaba en Florencia, y Dante amaba tanto esta ciudad, traer su máscara mortuoria aquí se consideró un generoso tributo al poeta.

—Comprendo —dijo Sienna—. ¿Y por qué eligieron este edificio en particular?

—El Palazzo Vecchio es el símbolo más antiguo de Florencia, y en la época de Dante era el corazón de la ciudad. De hecho, en la catedral hay un famoso cuadro en el que aparece el poeta fuera de las murallas y en el que al fondo se puede ver la torre del *palazzo*. En cierto modo, acoger aquí la máscara mortuoria de Dante es un modo de permitirle regresar al fin a casa.

—Un bonito gesto —dijo Sienna, aparentemente satisfecha—. Gracias.

Marta llegó junto a la puerta del museo y llamó tres veces.

—*Sono io, Marta! Buongiorno!*

Se oyó un ruido de llaves al otro lado, y luego la puerta se abrió. Un guardia ya mayor sonrió a la mujer y miró la hora.

—*È un po' presto* —dijo con una sonrisa—. Temprano.

A modo de explicación, Marta señaló a Langdon y de inmediato al guardia se le iluminó el rostro.

—*Signore! Bentornato!*

—*Grazie* —respondió Langdon cordialmente cuando el guardia

les hizo pasar.

Atravesaron un pequeño vestíbulo en el que el guardia desactivó un sistema de seguridad y abrió una segunda puerta más gruesa. Luego se hizo a un lado y, con un amplio movimiento de brazo, les indicó que pasaran.

—*Ecco il museo!*

Marta le dio las gracias con una sonrisa y condujo a los invitados al interior.

Originalmente, el espacio que ahora ocupaba el museo había sido diseñado para albergar las oficinas gubernamentales, lo cual significaba que, en vez de amplias galerías, consistía en un laberinto de salas de reducido espacio y pasillos que circundaban la mitad del edificio.

—La máscara mortuoria de Dante está a la vuelta de esa esquina —le dijo Marta a Sienna—. Se exhibe en un estrecho espacio llamado *l'andito* que, en esencia, es un corredor que une dos salas más grandes. La máscara está dentro de una vieja vitrina que la mantiene oculta hasta que uno se encuentra a su altura. Por esta razón, muchos visitantes pasan de largo sin ni siquiera verla.

Langdon aceleró el paso e iba con la mirada al frente, como si la máscara ejerciera un extraño poder sobre él. Marta le dio un leve codazo a Sienna y susurró:

—Está claro que a su hermano no le interesan ninguna de las otras piezas, pero ya que está usted aquí, no debería perderse nuestro busto de Maquiavelo o el globo terráqueo que se exhibe en la Sala de los Mapas Geográficos: el *Mappa Mundi*.

Sienna asintió con educación y siguió adelante, también con la mirada al frente. Marta apenas podía mantener su paso. Al llegar a la tercera sala se había quedado un poco rezagada, y al final se detuvo.

—¡¿Profesor?! —exclamó jadeante—. ¿No le gustaría enseñarle a su hermana otras piezas de la galería antes de ver la máscara?

Langdon se volvió hacia ella. Parecía distraído, como si tuviera la mente puesta en un lugar muy lejano.

—¿Cómo dice?

Casi sin aliento, Marta señaló una vitrina cercana.

—Uno de los primeros ejemplares impresos de la *Divina Comedia*.

Al advertir que la mujer se secaba el sudor de la frente e intentaba recobrar el aliento, Langdon se sintió muy avergonzado.

—¡Oh, Marta, discúlpeme! Por supuesto que nos encantaría echarle un rápido vistazo al texto.

Langdon se acercó a Marta, quien les guio hasta la antigua vitrina. En su interior había un gastado libro de piel, abierto en una ornamentada portadilla: *Divina Commedia, Dante Alighieri*.

—Increíble —manifestó Langdon, sorprendido—. Reconozco el frontispicio. ¡No sabía que aquí había un ejemplar original de la edición Numeister!

«¡Claro que lo sabe —pensó Marta, desconcertada—. Se lo mostré anoche!».

—A mediados del siglo XV —se apresuró a explicarle Langdon a Sienna—, Johann Numeister realizó la primera edición impresa de esta obra. Imprimió varios cientos de copias, pero solo una docena han sobrevivido. Son muy raras de ver.

Marta pensó entonces que quizá Langdon se había estado haciendo el tonto para poder alardear ahora ante su hermana pequeña. Le pareció una presuntuosidad impropia de un profesor con reputación de humilde académico.

—Este ejemplar es un préstamo de la Biblioteca Laurenciana —explicó Marta—. Si usted y Robert todavía no la han visitado, deberían hacerlo. Tienen una espectacular escalera diseñada por Miguel Ángel que conduce a la primera sala de lectura pública del mundo. Los libros estaban encadenados a los asientos para que nadie se los pudiera llevar. Aunque, claro, muchos de esos ejemplares eran los únicos que había en el mundo.

—Increíble —dijo Sienna, con la mirada puesta en el fondo del museo—. ¿Y la máscara también está por aquí?

«¿A qué viene tanta prisa?». Marta todavía necesitaba otro minuto para recobrar el aliento.

—Sí, pero quizá les interese esto —señaló una pequeña escalera que había al otro lado de una alcoba y que desaparecía en el techo—. Esa escalera conduce a una plataforma que hay sobre las vigas del Salón de los Quinientos y desde donde se puede ver el famoso techo suspendido de Vasari desde arriba. No tengo ningún inconveniente en esperarles aquí si quieren…

—Por favor, Marta —le interrumpió Sienna—. Me gustaría ver la

máscara. Vamos algo justos de tiempo.

Marta se quedó mirando a la guapa joven con perplejidad. No le gustaba la moderna costumbre de que los desconocidos se llamaran entre sí por el nombre de pila. «Soy la señora Álvarez —la amonestó en silencio—, y le estoy haciendo un favor».

—Está bien, Sienna —dijo Marta con sequedad—. La máscara está por aquí.

No perdió más tiempo en explicaciones y se limitó a llevarlos por la serpenteante sucesión de galerías que conducía a la máscara. La noche anterior, Langdon e il Duomino se habían pasado una hora en el estrecho *andito* contemplándola. Intrigada por la curiosidad de los hombres por la pieza, Marta les había preguntado si su fascinación estaba relacionada de algún modo con la inusual serie de acontecimientos que habían rodeado la máscara durante el último año. Langdon e il Duomino se mostraron reservados al respecto, y no llegaron a contestarle.

Ahora, mientras se acercaban al *andito*, Langdon comenzó a explicarle a su hermana el proceso de creación de una máscara mortuoria. Su descripción, apreció Marta, era absolutamente correcta (y no como la falsa afirmación de que no había visto nunca el raro ejemplar de la *Divina Comedia* que se exhibía en el museo).

—Al poco de morir —explicó Langdon—, se cubre el rostro del fallecido con aceite de oliva y luego se le aplica en la piel de la cara una capa de yeso líquido hasta cubrirlo todo —boca, nariz, ojos—, desde el nacimiento del cabello hasta el cuello. Una vez endurecido, este yeso se retira fácilmente y se utiliza de molde para hacer réplicas detalladas del rostro del fallecido. Esta práctica se solía llevar a cabo para conmemorar personas eminentes y de talento excepcional. Así, por ejemplo, existen máscaras mortuorias de gente como Dante, Shakespeare, Voltaire, Tasso o Keats, entre muchos otros.

—Y por fin hemos llegado —anunció Marta al llegar al *andito*. Se hizo a un lado y les indicó a Langdon y a su hermana que entraran primero—. La máscara está en la vitrina de la pared izquierda. Les pido por favor que permanezcan detrás del cordón de seguridad.

—Gracias. —Sienna entró en el estrecho pasillo, se dirigió a la vitrina y miró en su interior. Al instante, abrió los ojos como platos

y se volvió hacia Robert con expresión de pánico.

Marta había visto esa reacción miles de veces. La visión de la siniestra faz arrugada, de nariz aguileña y con los ojos cerrados sobresaltaba a muchos visitantes.

Langdon se acercó a Sienna. Al llegar a su lado, echó un vistazo a la vitrina e, inmediatamente, retrocedió con expresión de sorpresa.

Marta dejó escapar un leve gruñido. «*Che esagerato*». Sin embargo, cuando al fin se acercó y miró, también ella dejó escapar un grito ahogado.

—Oh mio Dio!

Marta Álvarez esperaba encontrarse ante el familiar rostro de Dante. En vez de eso, lo único que veía era el interior de satín rojo y el gancho del que siempre colgaba la máscara.

Horrorizada, se llevó una mano a la boca y se quedó mirando la vitrina vacía. Notó que se le aceleraba la respiración y tuvo que agarrarse a uno de los postes del cordón de seguridad para no caer. Finalmente, apartó la mirada de la vitrina vacía y se volvió hacia los guardias nocturnos de la entrada principal.

—La maschera di Dante! —gritó como una loca—. *La maschera di Dante è sparita!*

40

Marta Álvarez comenzó a temblar ante la vitrina vacía. Esperaba que la tirantez que se extendía por su abdomen se debiera al pánico y no fueran contracciones.

«¡La máscara de Dante ha desaparecido!».

Los dos guardias de seguridad habían llegado al *andito* y, al ver la que la máscara no estaba, se habían puesto inmediatamente en marcha. Uno se había dirigido a toda prisa a la sala de vigilancia para revisar la grabación de las cámaras de la noche anterior y el otro acababa de denunciar por teléfono el robo a la policía.

—*La polizia arriverà tra venti minuti* —le dijo el guardia a Marta al colgar el teléfono.

—¡¿Veinte minutos?! —exclamó—. ¡Acaban de robar una importante obra de arte!

El guardia le explicó que, al parecer, en esos momentos había una crisis muy seria y la mayoría de los agentes de policía de la ciudad estaban lidiando con ella, y que intentarían encontrar a alguien que se acercara a tomarles declaración.

—*Che cosa potrebbe esserci di più grave?* —protestó Marta—. ¿Qué puede ser más grave?

Langdon y Sienna intercambiaron una mirada de inquietud y Marta creyó que sus dos invitados estaban sufriendo una sobrecarga sensorial. «Normal». Habían ido a echar un rápido vistazo a la máscara y estaban siendo testigos de las consecuencias del robo de una importante obra de arte. De algún modo, la noche anterior alguien se las había arreglado para acceder a la galería y había robado la máscara mortuoria de Dante.

Marta sabía que podrían haber robado otras obras mucho más valiosas que había en el museo, de modo que todavía podía considerarse afortunada. Aun así, se trataba del primer robo en la

historia del centro. «¡Ni siquiera conozco el protocolo!».

De repente, se sintió débil y tuvo que apoyarse otra vez en uno de los postes del cordón de seguridad.

Consternados, los dos guardias de seguridad le detallaron a Marta todos sus movimientos y los acontecimientos de la noche anterior: alrededor de las diez, apareció ella con il Duomino y Langdon. Al cabo de un rato, los tres volvieron a salir juntos. Los guardias cerraron las puertas, reactivaron la alarma y, que ellos supieran, nadie más había entrado o salido de la galería desde ese momento.

—¡Imposible! —le reprendió Marta en italiano—. Cuando nos fuimos, la máscara todavía estaba en la vitrina así que, obviamente, alguien entró después en la galería.

Los guardias se encogieron de hombros, estupefactos.

—Noi non abbiamo visto nessuno!

Mientras llegaba la policía, Marta se dirigió a la sala de vigilancia tan rápidamente como le permitía su cuerpo. Langdon y Sienna fueron tras ella.

«La grabación de las cámaras de seguridad nos mostrará quién estuvo aquí anoche», pensó Marta.

A tres manzanas de ahí, en el Ponte Vecchio, Vayentha se ocultó en las sombras al ver a una pareja de agentes de policía que avanzaba entre la gente preguntando y mostrándole a todo el mundo una fotografía de Langdon.

Cuando estaban cerca, Vayentha pudo oír el rutinario aviso de la central a todas las unidades que emitió una de sus radios. Fue breve y en italiano, pero ella entendió lo esencial: cualquier agente disponible en la zona del Palazzo Vecchio debía acudir al museo del palacio.

Los agentes apenas parpadearon, pero Vayentha aguzó rápidamente el oído.

«*Il Museo di Palazzo Vecchio?*».

La debacle de la noche anterior —el fiasco que había destruido su carrera— había tenido lugar en los callejones cercanos al Palazzo Vecchio.

El italiano y las interferencias hicieron casi ininteligible el resto del boletín, salvo dos palabras que oyó con toda claridad: el nombre Dante Alighieri.

De inmediato, todo su cuerpo se tensó. ¡¿Dante Alighieri?! No podía tratarse de una coincidencia. Dio media vuelta y localizó la torre almenada del Palazzo Vecchio entre los tejados de los edificios que lo rodeaban.

«¿Qué debe haber sucedido en el museo? —se preguntó—. ¡¿Y cuándo?!».

Dejando a un lado los detalles, Vayentha había sido analista de campo el tiempo suficiente para saber que las coincidencias son mucho menos comunes de lo que la mayoría de la gente piensa. ¿El museo del Palazzo Vecchio y Dante? Eso tenía que estar relacionado con Langdon.

Vayentha ya sospechaba que el profesor regresaría al centro de la ciudad. Tenía sentido: allí era donde estaba la noche anterior cuando todo comenzó a irse a pique.

Se preguntó si Langdon habría regresado a la zona del Palazzo Vecchio para encontrar lo que fuera que estaba buscando. De lo que sí estaba segura era que no había ido a través de este puente. Había muchos otros que conducían al centro, aunque lo cierto era que parecían estar demasiado lejos para ir a pie desde los jardines Boboli.

Vayentha vio entonces un bote de remos con cuatro hombres que en ese momento pasaba por debajo del puente. En el casco se podía leer SOCIETÀ CANOTTIERI FIRENZE / FLORENCE ROWING CLUB. Sus llamativos remos de color rojo y blanco subían y bajaban al mismo tiempo.

«¿Había cruzado Langdon el río en un bote?». Parecía improbable y sin embargo algo le decía que el aviso de la policía acerca del Palazzo Vecchio era una pista que debía seguir.

—¡Saquen sus cámaras, *per favore*! —dijo una mujer en inglés con fuerte acento italiano.

Vayentha se volvió y vio el pompón naranja del bastón de una guía turística que trataba de conducir a su grupo a través del Ponte Vecchio.

—¡Sobre sus cabezas se encuentra la mayor obra maestra de Vasari! —exclamó la guía con profesional entusiasmo, y alzó el pompón para dirigir la mirada de todos hacia arriba.

Vayentha no se había dado cuenta antes, pero sobre las tiendas del puente parecía haber una segunda estructura, una especie de

apartamento estrecho que recorría toda su extensión.

—El Corredor Vasariano —anunció la guía—. Hace casi un kilómetro de largo y servía a la familia Medici de pasadizo privado entre el Palazzo Pitti y el Palazzo Vecchio.

Vayentha abrió los ojos como platos al recordar en qué consistía la estructura en forma de túnel que tenía encima, hasta ahora no había caído.

«¡Conduce al Palazzo Vecchio!».

—Los afortunados que tienen contactos VIP —siguió la guía— pueden acceder al Corredor. Hoy en día, es una espectacular galería de arte que se extiende del Palazzo Vecchio al extremo nordeste de los jardines Boboli.

Vayentha no oyó lo que dijo la guía a continuación.

Ya había salido corriendo hacia su motocicleta.

41

Cuando Langdon y Sienna entraron en la sala de vigilancia con Marta y los dos guardias, Langdon notó que le volvían a doler los puntos que tenía en el cuero cabelludo. El angosto espacio no era más que una antigua guardarropía con un panel de ruidosos discos duros y monitores de ordenador. El aire en su interior era asfixiante y olía a tabaco rancio.

De inmediato, sintió que las paredes se estrechaban a su alrededor.

Marta se sentó delante de un monitor de video en el que ya se estaba reproduciendo una grabación. Se trataba de una imagen granulosa en blanco y negro del *andito* visto desde encima de la puerta. La fecha sobreimpresa indicaba que había sido rebobinado veinticuatro horas, hasta la mañana del día anterior; justo antes de que el museo abriera y mucho antes de que Langdon y el misterioso Duomino llegaran.

El guardia presionó el botón de avance rápido y Langdon observó cómo los grupos de turistas fluían aceleradamente por el *andito*. Desde esa perspectiva, la máscara no era visible, pero estaba claro que todavía se encontraba en su lugar en la vitrina, ya que los turistas se detenían delante para verla o fotografiarla antes de seguir adelante.

«De prisa, por favor», pensó Langdon, consciente de que la policía llegaría de un momento a otro. Se preguntó si no sería mejor que él y Sienna se disculparan y salieran corriendo, pero necesitaban ver el video: lo que hubiera en esa grabación contestaría muchas preguntas sobre qué estaba pasando.

La grabación prosiguió todavía más rápido, y las sombras del atardecer comenzaron a oscurecer la sala. Los turistas siguieron saliendo y entrando, hasta que la cantidad de gente comenzó a

disminuir y, al fin, desaparecía por completo. Al llegar las 17.00 horas, las luces del museo se apagaron y todo quedó en calma.

«Las cinco en punto. Hora de cierre».

—*Aumenti la velocità* —le ordenó Marta al guardia, inclinándose hacia adelante en la silla y mirando fijamente la pantalla.

El guardia dejó que el video continuara y la hora sobreimpresa siguió avanzando a toda velocidad hasta que, alrededor de las 22.00 horas, las luces del museo volvieron a encenderse.

El guardia presionó entonces un botón y la grabación pasó a reproducirse a velocidad normal.

Poco después, aparecía la ya familiar silueta embarazada de Marta Álvarez, seguida de cerca por el profesor Langdon, vestido con su chaqueta Camberley de *tweed* Harris, sus pantalones de pinzas y sus mocasines de cordobán. Robert pudo atisbar incluso el resplandor de su reloj de Mickey Mouse asomando por debajo de la manga.

«Ahí estoy antes de que me dispararan».

A Langdon le resultó profundamente perturbador verse a sí mismo haciendo cosas de las cuales no tenía el menor recuerdo. «¿Estuve aquí anoche… mirando la máscara mortuoria?». Por alguna razón, entre ese momento y el presente había perdido la ropa, su reloj de Mickey Mouse y dos días de su vida.

La reproducción de la grabación prosiguió. Él y Sienna se acercaron a Marta y los dos guardias para ver mejor lo que sucedía. En ella, Langdon y Marta llegaban a la vitrina y contemplaban la máscara. Poco después, una amplia sombra oscurecía el pasillo a sus espaldas y, de repente, un hombre extremadamente obeso aparecía en pantalla. Iba vestido con un traje de color marrón claro, llevaba un maletín en la mano y apenas cabía por la puerta. Su prominente barriga hacía que, a su lado, incluso Marta pareciera delgada.

Langdon reconoció al hombre de inmediato. «¡¿Ignazio?!».

—Ese es Ignazio Busoni —susurró Langdon al oído de Sienna—. El director del Museo dell'Opera del Duomo. Lo conozco desde hace años. Nunca había oído que le llamaran il Duomino.

—Un epíteto adecuado —respondió Sienna en voz baja.

Años atrás, Langdon le había hecho a Ignazio varias consultas relacionadas con unos objetos y la historia del Duomo, del que era

responsable, pero una visita al Palazzo Vecchio parecía estar fuera de sus dominios. Aunque claro, además de ser un influyente personaje del mundo cultural florentino, Ignazio Busoni también era un entusiasta especialista en Dante.

«Una fuente de información lógica sobre la máscara mortuoria del poeta».

Langdon volvió a prestar atención al video, y pudo ver que Marta esperaba pacientemente junto a la pared trasera del *andito* mientras él e Ignazio se inclinaban sobre el cordón de seguridad para acercarse lo más posible a la máscara. Mientras los hombres seguían examinándola y discutiendo entre sí, Marta consultaba con discreción la hora a sus espaldas.

Langdon deseó que la grabación incluyera audio. «¿De qué carajos hablamos Ignazio y yo? ¿Qué estamos buscando?».

De repente, Langdon pasaba por encima del cordón de seguridad y se inclinaba justo delante de la vitrina, con el rostro a apenas unos centímetros del cristal. Marta intervenía enseguida, amonestándole, por lo que Langdon se disculpaba y volvía a retroceder.

—Lamento haber sido tan estricta —dijo Marta por encima del hombro— pero, como le dije anoche, la vitrina es muy antigua y extremadamente frágil. El propietario de la máscara insiste en que mantengamos a la gente detrás del cordón de seguridad. Ni siquiera permite que nuestro personal abra la vitrina si él no está presente.

Langdon tardó un momento en registrar las palabras de Marta. «¿El propietario de la máscara?». Creía que era propiedad del museo.

Sienna parecía igualmente sorprendida e intervino enseguida.

—¿No es el museo el propietario de la máscara?

Marta negó con la cabeza y volvió a fijar los ojos en la pantalla.

—Un rico benefactor se ofreció a comprar la máscara mortuoria de Dante de nuestra colección y dejarla aquí para su exposición permanente. Ofreció una pequeña fortuna, así que aceptamos encantados.

—Un momento —dijo Sienna—. ¿Pagó por la máscara y les deja tenerla aquí?

—Es un acuerdo muy común —dijo Langdon—. Consiste en una adquisición filantrópica; un modo mediante el cual los donantes

pueden ofrecer importantes contribuciones a los museos sin que queden registradas como meros donativos.

—El donante fue un hombre especial —dijo Marta—. Un auténtico experto en Dante, y sin embargo, cómo lo diría… ¿Fanático?

—¿Y quién es este misterioso donante? —preguntó Sienna. Su despreocupado tono de voz estaba teñido de cierta urgencia.

—¿Quién? —Marta frunció el ceño, pero no apartó los ojos de la pantalla—. Bueno, puede que lo hayan visto en las noticias recientemente: el multimillonario suizo Bertrand Zobrist.

A Langdon el nombre le resultaba de algún modo familiar; Sienna, en cambio, lo agarró del brazo y apretó con fuerza. Parecía que hubiera visto un fantasma.

—Ah, sí… —dijo Sienna en un tono vacilante y con el rostro lívido—. Bertrand Zobrist, el famoso bioquímico. Hizo una fortuna a temprana edad con patentes biológicas. —Se quedó un momento callada y tragó saliva. Luego se inclinó hacia Langdon y le susurró —. Básicamente, inventó el campo de la manipulación de la línea germinal.

Langdon no tenía ni idea de qué era la manipulación de la línea germinal, pero no le parecía que sonara demasiado bien, sobre todo teniendo en cuenta la reciente retahíla de imágenes de plagas y muerte con la que se habían ido encontrando. Se preguntó si Sienna sabría tanto acerca de Zobrist por lo versada que estaba en medicina o si se debía a que ambos habían sido niños prodigio. «¿Siguen las personas excepcionales el trabajo de otros genios?».

—Oí hablar por primera vez de Zobrist hace unos años —explicó Sienna—, cuando hizo unas declaraciones muy provocativas en los medios de comunicación sobre el crecimiento de la población. —Se detuvo un momento. La expresión de su rostro era sombría—. Zobrist es un defensor de la Ecuación del Apocalipsis de la Población.

—¿Cómo dices?

—Básicamente, consiste en la explicación matemática del hecho de que la población de la Tierra va en aumento, la gente vive durante más años y los recursos naturales, en cambio, no dejan de disminuir. La ecuación predice que este curso de los acontecimientos no puede tener otro resultado que el apocalipsis de

la sociedad. Zobrist ha vaticinado de manera pública que la raza humana no sobrevivirá otro siglo a no ser que tenga lugar algún tipo de extinción masiva. —Sienna suspiró hondo y cruzó la mirada con Langdon—. De hecho, en una ocasión Zobrist llegó a declarar que «lo mejor que le ha pasado nunca a Europa ha sido la Peste Negra».

Langdon la miró, escandalizado. Pudo notar cómo se le erizaba el vello de la nuca al tiempo que, una vez más, la imagen de la máscara de la peste volvía a acudir a su mente. Se había pasado toda la mañana intentando resistirse a la idea de que todo este asunto estaba relacionado de algún modo con una plaga mortal, pero esa idea era cada vez más y más difícil de rechazar.

Que Bertrand Zobrist describiera la Peste Negra como lo mejor que había pasado nunca en Europa era ciertamente sobrecogedor y, sin embargo, Langdon sabía que muchos historiadores habían documentado los beneficios socioeconómicos a largo plazo que tuvo la extinción masiva en el continente durante el siglo XIV. Antes de la plaga, la superpoblación, las hambrunas y las penurias económicas asolaban la Edad Media. Si bien espantosa, la repentina llegada de la Peste Negra mermó la población humana y provocó una repentina abundancia tanto de comida como de oportunidades que, según muchos historiadores, fue el principal catalizador del Renacimiento.

Al recordar el símbolo de riesgo biológico del biotubo que contenía el mapa modificado del infierno de Dante, una escalofriante idea comenzó a tomar forma en la mente de Langdon: el siniestro proyector había sido creado por alguien y Bertrand Zobrist —bioquímico y fanático de Dante— parecía ser el candidato ideal.

«El padre de la manipulación de la línea germinal». Langdon tuvo la sensación de que las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar. Lamentablemente, la imagen que se iba conformando resultaba cada vez más aterradora.

—Avanza esta parte —le ordenó Marta al guardia, impaciente por pasar la parte en la que Langdon e Ignazio Busoni estudiaban la máscara y llegar al fin al momento en el que alguien entraba en el museo y la robaba.

El guardia presionó el botón de avance rápido y la hora que

aparecía en la grabación se aceleró.

«Tres minutos, seis minutos, ocho minutos».

En la pantalla se veía a Marta detrás de los dos hombres, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro cada vez con más frecuencia y consultando repetidamente la hora en su reloj.

—Lamento haber estado hablando tanto rato —dijo Langdon—. Parece usted incómoda.

—Es culpa mía —respondió ella—. Ustedes dos no dejaban de decir que me fuera a casa y que los guardias ya les acompañarían a la salida, pero me parecía de mala educación.

De repente, Marta desaparecía de la grabación. El guardia presionó un botón y la grabación volvió a reproducirse a velocidad normal.

—No pasa nada, recuerdo haber ido al baño —dijo Marta. El guardia asintió y volvió a extender la mano hacia el botón de avance rápido, pero antes de presionarlo, Marta lo agarró del brazo —. *Aspetti!*

Ladeó la cabeza y, confusa, se quedó mirando fijamente el monitor.

Langdon también lo había visto.

«¡¿Qué demonios…?!».

En la grabación, Langdon había agarrado un par de guantes quirúrgicos que llevaba en un bolsillo de la chaqueta y se los estaba poniendo en las manos.

Al mismo tiempo, il Duomino se colocaba detrás de Langdon y miraba en dirección al lugar por el que unos momentos antes Marta había desaparecido para ir al cuarto de baño. Un momento después, el hombre obeso le indicaba a Langdon con un movimiento de cabeza que no se acercaba nadie.

«¡¿Qué diablos estamos haciendo?!».

Langdon observó cómo extendía las manos enguantadas hasta el borde de la vitrina y luego, con mucho cuidado, tiraba hasta que la antigua bisagra cedía y la puerta se abría poco a poco…, dejando a la vista la máscara mortuoria de Dante.

Horrorizada, Marta Álvarez soltó un grito y se llevó las manos a la cara.

Langdon no podía creer lo que veía. Compartía totalmente el horror que sentía Marta mientras se veía metiendo las manos en la

vitrina y tomando con cuidado la máscara de Dante.

—*Dio mi salvi!* —exclamó Marta. Se puso de pie y se volvió hacia Langdon—. *Cos'ha fatto? Perché?*

Antes de que él pudiera responder, uno de los guardias desenfundó una Beretta negra y apuntó directamente al pecho de Langdon.

«¡Dios mío!».

Bajó la mirada hasta el cañón de la pistola y sintió que las paredes de la pequeña habitación se estrechaban aún más a su alrededor. Marta lo miraba con expresión de absoluta incredulidad. En el monitor de seguridad que había tras ella, Langdon sostenía la máscara bajo la luz y la estudiaba.

—La tomé solo un momento… —dijo Langdon, rezando para que fuera cierto—. ¡Ignazio me dijo que a usted no le importaría!

Marta no contestó. Estaba estupefacta. E intentaba comprender por qué Langdon le había mentido y también por qué había permanecido tranquilamente ahí con ellos, viendo la grabación, si ya sabía lo que iba a revelar.

«¡Yo no tenía ni idea de que había abierto la vitrina!».

—Robert —susurró Sienna—. ¡Mira, encontraste algo! —La joven seguía con la atención puesta en la grabación, todavía impaciente por obtener respuestas a pesar del desarrollo de los acontecimientos.

En la grabación, Langdon sostenía la máscara en alto y la inclinaba bajo la luz. Al parecer, algo en la parte posterior del objeto había llamado su atención.

Desde esa perspectiva, la máscara tapó parcialmente el rostro de Langdon de un modo que durante un segundo los ojos de Dante quedaron alineados con los suyos. Fue entonces cuando recordó la frase del *Mappa*, «La verdad solo es visible a través de los ojos de la muerte» y sintió un escalofrío.

No tenía ni idea de qué podía estar examinando en el dorso de la máscara, pero en la grabación compartía su descubrimiento con Ignazio y el hombre obeso retrocedía un paso, buscaba a tientas sus anteojos, se las ponía y lo volvía a mirar. Luego negaba con la cabeza y se ponía a dar vueltas por el *andito* en un estado de gran agitación.

De repente, ambos parecían oír algo en el pasillo y levantaban la

mirada. Debía de tratarse de Marta, que regresaba del cuarto de baño. Langdon sacaba entonces una bolsa de plástico transparente de su bolsillo, metía la máscara en su interior y se la daba a Ignazio, quien, con aparente reticencia, la guardaba dentro de su maletín. Luego Langdon volvía a cerrar la vitrina de cristal, ahora vacía, y los dos hombres salían rápidamente al encuentro de Marta antes de que ella descubriera el robo.

Ahora los dos guardias apuntaban a Langdon con sus pistolas.

Marta se tambaleó y tuvo que apoyarse en la mesa.

—¡No lo entiendo! —exclamó—. ¡¿Usted e Ignazio Busoni robaron la máscara?!

—¡No! —insistió Langdon e intentó mentir lo mejor que pudo—: El propietario nos dio permiso pasa sacar la máscara del edificio.

—¿El propietario les dio permiso? —preguntó—. ¡¿Bertrand Zobrist?!

—¡Sí! ¡El señor Zobrist estuvo de acuerdo en dejarnos examinar unas marcas del dorso! ¡Lo vimos ayer por la tarde!

Marta echaba fuego por los ojos.

—Profesor, estoy absolutamente segura de que ayer por la tarde no vio a Bertrand Zobrist.

—Desde luego que…

Sienna lo interrumpió, tirándole del brazo.

—Robert… —suspiró con pesar—. Hace seis días, Bertrand Zobrist se arrojó de lo alto de la torre de la Badia, a unas pocas manzanas de aquí.

42

Vayentha había dejado su motocicleta justo al norte del Palazzo Vecchio y ahora se acercaba a pie por el perímetro de la Piazza della Signoria. Mientras se abría paso entre la gente a través del santuario al aire libre de la Loggia dei Lanzi, no pudo evitar advertir que todas las estatuas parecían representar variaciones del mismo tema: violentas muestras de dominación masculina sobre la mujer.

El rapto de la Sabina.

El rapto de Polixena.

Perseo con la cabeza de la Medusa.

«Encantador», pensó. Se calzó la gorra hasta los ojos y atravesó el gentío matutino en dirección a la entrada del palacio, donde comenzaban a entrar los primeros turistas del día. A juzgar por las apariencias, en el Palazzo Vecchio era un día como todos los demás.

«No se ve ningún policía —pensó Vayentha—. Al menos, todavía no».

Tras subirse la cremallera de la chamarra hasta el cuello para asegurarse de que la pistola quedaba bien oculta, se dirigió hacia la entrada. Siguiendo los letreros de IL MUSEO DI PALAZZO, pasó por dos ornamentados atrios y subió por una escalera enorme que conducía a la segunda planta.

Mientras subía los escalones, volvió a pensar en el aviso de la policía que había escuchado.

«*Il Museo di Palazzo Vecchio… Dante Alighieri.*

»Langdon tiene que estar aquí».

Los letreros del museo la condujeron a una enorme galería suntuosamente decorada —el Salón de los Quinientos—, por la que deambulaban grupos de turistas entusiasmados con los colosales murales de las paredes. Vayentha no tenía interés en observar las obras de arte y localizó en el rincón izquierdo de la sala un letrero

del museo que señalaba una escalera.

Al atravesar la sala, llamó su atención un grupo de universitarios congregado alrededor de una estatua. No dejaban de reírse y tomar fotografías.

En la placa se podía leer: HÉRCULES Y DIOMEDES.

Vayentha vio la estatua e hizo una mueca de dolor.

La escultura mostraba a dos héroes de la mitología griega completamente desnudos y enzarzados en una pelea de lucha libre. Hércules sostenía a Diomedes boca abajo y parecía a punto de tirarle al suelo; Diomedes, por su parte, tenía agarrado a Hércules con fuerza por el pene, como diciéndole: «¿Estás seguro de que me quieres tirar?».

«Eso es tener a alguien bien agarrado por los huevos», pensó ella.

La agente apartó la mirada de la estatua y ascendió rápidamente los escalones que conducían a la planta del museo.

Llegó a un balcón desde el que se podía ver toda la sala. En la entrada del museo había una docena de visitantes.

—La apertura se ha retrasado —le dijo un risueño turista, asomándose por detrás de su videocámara.

—¿Se sabe por qué? —preguntó ella.

—No, pero al menos mientras esperamos podemos disfrutar de una vista increíble —y con un movimiento de brazo señaló el Salón de los Quinientos.

Vayentha se acercó a la baranda y observó la extensa sala que tenía debajo. Advirtió entonces que acababa de llegar un policía. Su presencia apenas llamaba la atención. Cruzó lentamente la sala en dirección a la escalera sin la menor urgencia.

«Ha venido a tomar declaración a alguien» supuso Vayentha. El fatigoso andar con el que subía los escalones indicaba que debía de tratarse de la respuesta rutinaria a una llamada. No tenía nada que ver con la caótica búsqueda de Langdon en la Porta Romana.

«Si Langdon está aquí, ¿por qué no está el edificio lleno de policías?».

O Vayentha estaba equivocada o la policía local y Brüder todavía no habían atado los cabos sueltos.

Cuando el policía llegó a lo alto de la escalera y comenzó a caminar sin la menor prisa hacia la entrada del museo, Vayentha

apartó la vista distraídamente y fingió mirar por una ventana. Teniendo en cuenta su desautorización y el largo alcance del comandante, no pensaba arriesgarse a que la reconocieran.

—*Aspetta!* —exclamó una voz.

A Vayentha el corazón le dio un vuelco cuando el agente se detuvo justo detrás de ella. La voz, cayó en la cuenta, provenía de su *walkie-talkie*.

—*Attendi i rinforci!* —repitió la voz.

«¿Que espere refuerzos?». Vayentha tuvo la sensación de que algo acababa de cambiar.

Justo entonces, vio por la ventana que un objeto negro se acercaba volando a toda velocidad al *palazzo* procedente de los jardines Boboli.

«El *drone* —advirtió Vayentha—. Brüder se ha enterado. Y viene hacia aquí».

El facilitador Laurence Knowlton seguía reprochándose haber llamado al comandante. No debería haberle sugerido que viera el video del cliente antes de enviarlo a los medios.

El contenido era irrelevante.

«El protocolo lo es todo».

Knowlton todavía recordaba el mantra que repetían a los jóvenes facilitadores cuando comenzaban a encargarse de asuntos para la organización. «No preguntes. Solo ejecuta».

A regañadientes, colocó el contenido de la pequeña tarjeta de memoria en la cola para la mañana siguiente y se preguntó cuál sería la reacción de los medios de comunicación ante su extraño mensaje. ¿Lo reproducirían?

«Claro que sí. Es de Bertrand Zobrist».

No solo era una figura increíblemente famosa en biomedicina, sino que estos últimos días también había sido noticia a causa de su suicidio la semana anterior. Ese video de nueve minutos sería considerado un mensaje desde la tumba y sus macabras características harían que la gente no pudiera dejar de verlo.

«Este video se volverá viral en pocos minutos».

43

Marta Álvarez salió de la sala de vigilancia hecha una furia y dejó a Langdon y a su maleducada hermana pequeña con los guardias. Al asomarse a una ventana, vio un coche de policía aparcado delante del museo y se sintió aliviada.

«Ya era hora».

Todavía no comprendía por qué un hombre tan respetado como Robert Langdon la había engañado de esa manera, aprovechándose de su cortesía profesional para robar una obra de arte valiosísima.

«¿E Ignazio Busoni le ayudó? ¡Increíble!».

Con la intención de decirle a Ignazio lo que pensaba, Marta agarró su teléfono móvil y llamó a la oficina de il Duomino en el Museo dell'Opera del Duomo, a unas pocas manzanas de allí.

La línea solo sonó una vez.

—*Ufficio di Ignazio Busoni* —respondió una familiar voz de mujer.

Marta conocía a su secretaria, pero no estaba de humor para conversar amigablemente con ella.

—*Eugenia, sono Marta. Devo parlare con Ignazio*.

Hubo una extraña pausa al otro lado de la línea y, de repente, la secretaria rompió a llorar desconsoladamente.

—*Cosa succede?* —preguntó Marta.

Entre lágrimas, Eugenia le contó que al llegar a la oficina se había enterado de que la noche anterior Ignazio había sufrido un infarto en un callejón cerca del Duomo. Alrededor de medianoche él mismo llamó a una ambulancia pero los médicos no llegaron a tiempo. Busoni estaba muerto.

A Marta le flaquearon las piernas. Esa mañana había oído en las noticias que un alto cargo municipal no identificado había muerto la noche anterior, pero no se le había ocurrido que pudiera ser

Ignazio.

—*Eugenia, ascoltami* —le instó Marta y, tan serenamente como pudo, le explicó lo que acababa de ver en la grabación de las videocámaras del *palazzo*: el robo de la máscara mortuoria de Dante llevado a cabo por Ignazio y Robert Langdon, a quien ahora tenían retenido a punta de pistola.

Marta no tenía ni idea de qué respuesta esperaba de Eugenia, pero desde luego no la que oyó.

—¡¿Roberto Langdon?! —exclamó—. *Sei con Langdon ora?*

Eugenia parecía no haber entendido bien lo que le había dicho.

—Sí, estoy con él, pero la máscara…

—*Devo parlare con lui!* —dijo Eugenia a gritos.

A Langdon le seguía doliendo intensamente la cabeza. Se encontraba encerrado junto con Sienna en la sala de vigilancia, ambos estaban vigilados por los dos guardias. De repente Marta Álvarez se asomó de nuevo.

A través de la puerta abierta, Langdon pudo oír el lejano zumbido del *drone*. Su amenazante sonido iba acompañado del ulular de unas sirenas que parecían acercarse. «Han descubierto dónde estamos».

—*È arrivata la polizia* —les dijo Marta a los guardias y envió a uno a recibir a las autoridades. El otro permaneció en la sala con el cañón de la pistola todavía apuntando a Langdon.

Para sorpresa de este, Marta le mostró un teléfono móvil.

—Alguien quiere hablar con usted —dijo. La confusión era perceptible en el tono de su voz—. Aquí dentro no hay cobertura, tendremos que salir al pasillo.

El grupo se trasladó de la angosta sala de vigilancia a la galería que había justo delante, donde la luz del sol entraba por unos grandes ventanales que ofrecían espectaculares vistas a la Piazza della Signoria. Aunque seguía retenido a punta de pistola, Langdon se sintió aliviado de salir de ese pequeño espacio cerrado.

Marta lo llevó junto a un ventanal y le dio el móvil.

Langdon lo agarró y, vacilante, se lo llevó a la oreja.

—¿Sí? Soy Robert Langdon.

—Señor —dijo la mujer en un vacilante inglés con acento italiano—, soy Eugenia Antonucci, la secretaria de Ignazio Busoni. Nos conocimos anoche, cuando usted vino a su oficina.

Langdon no recordaba nada.

—¿Sí?

—Lamento mucho decirle esto, pero anoche Ignazio murió de un ataque al corazón.

Langdon apretó con fuerza el teléfono móvil. «¿Ignazio Busoni está muerto?».

La mujer se puso a llorar.

—Ignazio me llamó antes de morir y dejó un mensaje para usted. En él pedía que me asegurara de que usted lo oiría. Se lo voy a reproducir.

Langdon escuchó un crujido y, un momento después, una grabación de la voz de Ignazio Busoni, débil y casi sin aliento.

«Eugenia —decía el hombre, jadeante, claramente estaba sufriendo—. Por favor, asegúrate de que Robert Langdon oiga este mensaje. No me encuentro bien. No creo que pueda llegar a la oficina. —Se oía un gruñido y luego un largo silencio. Cuando volvió a hablar, su voz era todavía más débil—. Robert, espero que hayas podido escapar. A mí todavía me están persiguiendo y no, no me encuentro bien. Estoy intentando encontrar un médico, pero… —Había otra larga pausa, como si il Duomino estuviera haciendo acopio de sus últimas fuerzas y luego—: Robert, escucha atentamente. Lo que buscas está a salvo. Las puertas están abiertas para ti, pero debes darte prisa. Paraíso Veinticinco. —Se quedaba un momento callado y al final susurraba—: Buena suerte».

El mensaje terminó.

Langdon notó cómo se le aceleraba el pulso. Lo que acababa de oír eran las últimas palabras de un hombre moribundo. Que esas palabras estuvieran dirigidas a él no hacía sino aumentar su ansiedad. «¿Paraíso Veinticinco? ¿Las puertas están abiertas para ti?». Langdon lo consideró. «¡¿A qué puertas se refiere?!». Lo único que tenía algo de sentido era que Ignazio decía que la máscara estaba a salvo.

Eugenia regresó a la línea.

—Profesor, ¿comprende algo de esto?

—En parte, sí.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Langdon lo consideró un momento.

—Asegúrese de que nadie oiga este mensaje.

—¿Ni siquiera la policía? Pronto llegará un detective para tomarme declaración.

Langdon se puso tenso y echó un vistazo por encima del hombro al guardia que lo vigilaba. Rápidamente, se volvió hacia la ventana y bajó el tono de voz. Casi susurrando, le dijo:

—Eugenia, esto le parecerá extraño, pero necesito que borre este mensaje y que no le mencione a la policía que ha hablado conmigo. ¿Lo ha entendido? La situación es muy complicada y…

Langdon notó el cañón de la pistola en un costado y, al volverse, vio al guardia a unos pocos centímetros y con la mano extendida para que le devolviera el teléfono de Marta.

Tras una larga pausa, Eugenia dijo:

—Señor Langdon, si mi jefe confiaba en usted, yo también lo haré.

Y colgó.

Langdon le dio el móvil al guardia.

—Ignazio Busoni está muerto —le dijo luego a Sienna—. Sufrió un infarto anoche, al poco de salir del museo. —Hizo una pausa—. La máscara está a salvo. Ignazio la escondió antes de morir y creo que me ha dejado una pista de dónde encontrarla.

«Paraíso Veinticinco».

Sienna sintió un destello de esperanza, pero cuando Langdon se volvió hacia Marta, no pudo evitar ser presa del escepticismo.

—Marta —dijo Langdon—. Sé cómo recuperar la máscara de Dante, pero necesito que nos deje marchar. Ahora mismo.

Marta soltó una carcajada.

—¿Por qué tendría que hacer algo así? ¡Fue usted quien robó la máscara! La policía está por llegar y…

—*Signora Álvarez* —la interrumpió Sienna—. *Mi dispiace, ma non le abbiamo detto la verità.*

Langdon se quedó estupefacto. «¿Qué está haciendo?». Había comprendido lo que había dicho.

Marta parecía igualmente desconcertada por las palabras de Sienna, si bien en gran medida se debía al hecho de que de repente hablara en un italiano fluido y sin acento.

—*Innanzitutto, non sono la sorella di Robert Langdon* —declaró Sienna en tono de disculpa—. No soy la hermana de Robert Langdon.

44

Marta Álvarez retrocedió un paso y, tras cruzar los brazos sobre el pecho, se quedó mirando a la mujer rubia que tenía delante.

—*Mi dispiace* —prosiguió Sienna, todavía en fluido italiano—. *Le abbiamo mentito su molte cose*.

El guardia parecía tan perplejo como Marta, pero mantuvo su posición.

Sienna le explicó entonces que trabajaba en el hospital de Florencia, al que anoche llegó Langdon con una herida de bala en la cabeza, que él no recordaba los acontecimientos que le habían llevado ahí y que estaba tan sorprendido por lo que había visto en la grabación de las cámaras de seguridad como ella.

—Enséñale tu herida —le ordenó Sienna a Langdon.

Después de ver los puntos que Langdon tenía bajo el apelmazado cabello, Marta se sentó en el alféizar de la ventana y se tapó la cara con las manos unos segundos.

En los últimos diez minutos había descubierto no solo que la máscara mortuoria de Dante había sido robada delante de sus narices, sino que los dos ladrones eran un respetado profesor norteamericano y un colega florentino que ahora estaba muerto. Encima, la joven Sienna Brooks, que se había presentado como la hermana de Langdon, resultaba ser una doctora que hablaba en perfecto italiano.

—Marta —dijo Langdon en un tono de voz grave y comprensivo —. Sé que debe de ser difícil de creer, pero de verdad no recuerdo nada de lo que sucedió anoche. No tengo ni idea de por qué Ignazio y yo tomamos la máscara.

Marta tuvo la sensación de que Langdon estaba diciendo la verdad.

—Devolveré la máscara —prosiguió Langdon—, tiene mi palabra. Pero no puedo recuperarla a no ser que nos deje ir. La

situación es complicada. Tiene que dejarnos marchar inmediatamente.

A pesar de que quería recuperar la valiosísima máscara, Marta no tenía la menor intención de dejar que nadie se marchara de allí. «¡¿Dónde está la policía?!». Echó un vistazo al solitario coche aparcado en la Piazza della Signoria. Resultaba extraño que los agentes todavía no hubieran llegado al museo. También podía oír un extraño zumbido a lo lejos; sonaba como si alguien estuviera utilizando una sierra mecánica. Y cada vez se oía más fuerte.

«¿Qué es eso?».

El tono de Langdon era ahora implorante.

—Marta, usted conocía a Ignazio. Él nunca habría tomado la máscara sin una buena razón. La situación es más compleja de lo que parece. El propietario, Bertrand Zobrist, era un hombre muy perturbado. Creemos que estaba implicado en algo terrible. No tengo tiempo de explicárselo todo, pero le suplico que confíe en nosotros.

Marta se lo quedó mirando fijamente. Nada de esto tenía ningún sentido.

—Señora Álvarez —dijo Sienna, endureciendo su expresión—. Si le importa su futuro y el de su bebé, será mejor que nos deje ir ahora mismo.

Marta cruzó los brazos sobre el abdomen como queriendo protegerlo, molesta por la velada amenaza a su bebé nonato.

El agudo zumbido se oía cada vez más fuerte. Marta echó un vistazo por la ventana. No vio el origen del ruido, pero sí otra cosa.

El guardia también lo vio y sus ojos se abrieron como platos.

En la Piazza della Signoria, la muchedumbre de turistas se había echado a un lado para dejar paso a una larga hilera de coches policiales que, con las sirenas apagadas, se acercaba al museo detrás de dos furgonetas negras. De estas descendieron unos soldados de uniforme negro y fuertemente armados, que se apresuraron a entrar en el palacio.

El miedo invadió a Marta.

«¿Se puede saber qué está sucediendo?».

El guardia de seguridad parecía igual de alarmado.

El zumbido agudo se volvió más penetrante, y Marta se apartó de la ventana de un salto al ver un pequeño helicóptero suspendido

en el aire.

El artilugio estaba suspendido a no más de diez metros y parecía que estuviera mirando a la gente que había en la sala, apuntando hacia ellos con un cilindro.

—¡Va a disparar! —exclamó Sienna—. *Sta per sparare! Tutti a terra!* —Y, rápidamente, se escondió debajo del alféizar de la ventana. Presa del pánico, Marta la imitó. El guardia también se echó al suelo y, de forma refleja, apuntó con su pistola el pequeño aparato volador.

Agazapada en su escondite, Marta advirtió entonces que Langdon seguía de pie y miraba a Sienna con perplejidad, como si en realidad no hubiera peligro alguno. Sienna permaneció en el suelo apenas un instante, se puso de nuevo de pie, agarró a Langdon por la muñeca y tiró de él. Un momento después, ambos estaban corriendo en dirección a la entrada principal del edificio.

El guardia se dio la vuelta sobre las rodillas y, acuclillado como un francotirador, levantó su arma en dirección a los fugitivos.

—*Non spari!* —le ordenó Marta—. *Non possono scappare!* ¡No dispare! ¡No pueden escapar!

Langdon y Sienna desaparecieron detrás de una esquina, pero Marta sabía que era cuestión de segundos que se encontraran cara a cara con las autoridades que llegaban en la otra dirección.

—¡Más rápido! —exclamó Sienna al tiempo que deshacían a toda velocidad el camino por el que habían venido. Su intención era llegar a la entrada principal antes de toparse con la policía, pero se estaba dando cuenta que las posibilidades de que eso sucediera eran prácticamente nulas.

Langdon parecía tener las mismas dudas. Sin previo aviso, se detuvo en el amplio cruce de dos pasillos.

—Nunca podremos salir por ahí.

—¡Vamos! —Sienna le indicó que la siguiera—. ¡No podemos quedarnos aquí!

Langdon parecía distraído. Se volvió hacia la derecha, hacia un corto corredor que parecía conducir a una pequeña cámara poco iluminada. Las paredes de la estancia estaban cubiertas por antiguos mapas y en el centro había un enorme globo terráqueo. Langdon se quedó mirando la gran esfera metálica y comenzó a asentir, primero poco a poco, y luego con más vigor.

—Por aquí —dijo entonces, y salió corriendo en dirección al globo.

—¡Robert! —Sienna fue tras él aun sabiendo que era un error. Ese pasillo parecía adentrarse todavía más en el museo, se alejaba de la salida.

—¿Robert? —preguntó cuando finalmente lo alcanzó—. ¡¿Se puede saber adónde vas?!

—Por Armenia —respondió él.

—¡¿Cómo dices?!

—Armenia —repitió Langdon con la mirada al frente—. Confía en mí.

En el piso de abajo, escondida entre los asustados turistas que se encontraban en el balcón del Salón de los Quinientos, Vayentha bajó la mirada cuando la unidad AVI de Brüder pasó a su lado en dirección al museo. En la planta baja pudo oír cómo la policía cerraba las puertas del palacio y bloqueaba con ello las salidas.

Si Langdon se encontraba allí, estaba atrapado.

Pero Vayentha también.

45

Con su revestimiento de roble y sus artesonados techos de madera, la decoración de la Sala de los Mapas Geográficos estaba muy lejos del sobrio interior de piedra y yeso del Palazzo Vecchio. En su origen, ese espacio con docenas de armarios y vitrinas había sido el guardarropía, donde se custodiaban las pertenencias más valiosas del Gran Duque. Ahora sus paredes estaban decoradas con mapas —cincuenta y tres ilustraciones pintadas a mano sobre piel— que mostraban el mundo tal y como se conocía a mediados del siglo XVI.

Esa increíble colección cartográfica estaba dominada por la presencia en el centro de la sala de un enorme globo terráqueo conocido como *Mappa Mundi*. En su época, esta esfera de casi dos metros de altura estaba considerada el mayor globo giratorio y se decía que solo con tocarlo con un dedo se ponía en movimiento. Hoy en día, este lugar no es más que la parada final de los turistas que dejan atrás la larga sucesión de galerías y, al encontrarse en un callejón sin salida, rodean el globo y se van por donde han venido.

Langdon y Sienna llegaron sin aliento. Ante ellos se alzaba majestuoso el *Mappa Mundi*, pero Langdon ni siquiera lo miró. Sus ojos se posaron en cambio en la pared del fondo de la estancia.

—Tenemos que encontrar Armenia —dijo Langdon—. ¡El mapa de Armenia!

Claramente desconcertada por la petición, Sienna corrió hacia la pared derecha de la sala y se puso a buscarlo.

Langdon hizo lo propio en la izquierda, recorriendo con el dedo el perímetro de la habitación.

«Arabia, España, Grecia…».

Cada país estaba delineado con sorprendente detalle, teniendo en cuenta que estos mapas habían sido confeccionados hacía más de quinientos años, en una época en la que gran parte del mundo todavía tenía que ser cartografiado o explorado.

«¿Dónde está Armenia?».

En comparación con el resto de su memoria, habitualmente eidética, los recuerdos de la visita privada a los pasadizos secretos que había hecho unos años atrás eran nebulosos, en gran medida a causa del segundo vaso de Gaja Nebbiolo que había disfrutado antes de la visita. No dejaba de resultar pertinente que la palabra *nebbiolo* significara «pequeña niebla». Aun así, Langdon recordaba que en esa sala le habían enseñado un mapa único, el de Armenia, que poseía una singular característica.

«Sé que está aquí», pensó Langdon sin dejar de examinar lo que parecía una interminable lista de mapas.

—Armenia —anunció Sienna—. ¡Aquí!

Langdon corrió a su lado y ella le señaló el mapa de Armenia con una expresión que parecía decir: «Hemos encontrado Armenia, ¿y ahora qué?».

Langdon sabía que no había tiempo para explicaciones. En vez de eso, extendió la mano, agarró el mapa por su grueso marco de madera y tiró de él. El mapa, junto con una amplia sección de la pared y su revestimiento de madera, se abrió, y dejó a la vista un pasaje oculto.

—Vaya con Armenia —dijo Sienna, impresionada.

Al instante, se adentró sin miedo en el oscuro espacio. Langdon la siguió y rápidamente cerró la puerta tras ellos.

A pesar del brumoso recuerdo de su visita a los pasadizos secretos, Langdon recordaba este en concreto con toda claridad. Él y Sienna acababan de pasar al otro lado del espejo y se habían adentrado en el Palazzo Invisibile, el mundo clandestino que existía detrás de las paredes del Palazzo Vecchio; un dominio secreto que en su momento solo era accesible para el Gran Duque y sus allegados más próximos.

Langdon se detuvo un momento y se quedó mirando el pasillo de clara piedra, iluminado únicamente por la luz natural que se filtraba a través de una serie de vidrieras. El pasadizo descendía unos cincuenta metros hasta una puerta de madera.

Una vez ubicado, giró a la izquierda, donde había una estrecha escalera ascendente cerrada al paso por una cadena. Un letrero advertía: USCITA VIETATA.

Langdon corrió hacia la escalera.

—¡No! —dijo Sienna—. Por ahí no hay salida.

—Gracias —contestó Langdon con una sonrisa irónica—. Sé leer italiano.

Desenganchó la cadena y la llevó de vuelta a la puerta secreta por la que habían entrado. Ahí, ató la manilla de la puerta a un elemento fijo cercano para inmovilizar la pared, de manera que no pudiera abrirse desde el otro lado.

—Oh —dijo Sienna tímidamente—. Buena idea.

—No les mantendrá ocupados mucho tiempo —dijo Langdon—. Pero tampoco necesitamos demasiado. Sígueme.

Cuando el mapa de Armenia finalmente cedió con gran estruendo, el agente Brüder y sus hombres se internaron en el estrecho corredor y se apresuraron hasta la puerta de madera que había al otro extremo. Al cruzarla, Brüder sintió una ráfaga de aire frío y se quedó un momento cegado por la brillante luz del sol.

Había llegado a un pasillo exterior que cruzaba el tejado del *palazzo*. Recorrió el sendero con la mirada y advirtió que conducía directamente a otra puerta que había a unos cincuenta metros, por la que se volvía a entrar al edificio.

Brüder miró entonces a su izquierda. El abovedado tejado del Salón de los Quinientos se alzaba como una montaña. «Imposible pasar». Luego se volvió a su derecha y vio que el camino estaba flanqueado por una pronunciada pendiente que desembocaba en un profundo patio de luces. «Muerte instantánea».

Volvió la vista al frente.

—¡Por aquí!

Brüder y sus hombres recorrieron a toda velocidad el sendero mientras el *drone* de reconocimiento daba vueltas sobre sus cabezas como un buitre.

Al cruzar la puerta de madera, los soldados que iban en cabeza se detuvieron de golpe, provocando casi un choque en cadena.

Se encontraban en una diminuta cámara sin otra salida que la puerta por la que acababan de entrar. Dentro solo había un solitario escritorio de madera contra la pared. Sobre sus cabezas, las grotescas figuras del fresco del techo parecían mirarlos burlonamente.

Era un callejón sin salida.

Uno de los hombres de Brüder se adelantó y examinó el rótulo

informativo que había en la pared.

—Un momento —dijo—. Aquí pone que en este lugar hay una «*finestra*». ¿Una ventana secreta?

Brüder miró a su alrededor pero no vio nada que lo pareciese. Se acercó al rótulo y lo leyó él mismo.

Al parecer, tiempo atrás ese espacio había sido el estudio privado de la duquesa Bianca Cappello y en él había una ventana secreta —*la finestra segreta*—, a través de la cual podía observar de manera encubierta las intervenciones de su marido en el Salón de los Quinientos.

Brüder volvió a examinar las paredes de la estancia y distinguió una diminuta abertura discretamente oculta en una pared lateral y cubierta por una rejilla. «¿Han escapado por ahí?».

Se acercó y examinó la abertura. Parecía ser demasiado pequeña para alguien del tamaño de Langdon. Acercó el rostro y, al echar un vistazo, confirmó que nadie había podido escapar por ese camino; al otro lado de la rejilla había una caída de varios pisos hasta el suelo del Salón de los Quinientos.

«¿Entonces adónde han ido?».

Al darse la vuelta, Brüder sintió que la frustración acumulada durante el día llegaba a su límite. En un arrebato incontenible poco frecuente en él echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido de rabia.

En ese reducido espacio, el grito resultó ensordecedor.

Los turistas y los agentes de policía que estaban en el Salón de los Quinientos se dieron la vuelta de golpe y levantaron la mirada hacia una rejilla que había en lo alto de una pared. A juzgar por lo que habían oído, en el estudio secreto de la duquesa ahora había encerrado un animal salvaje.

Sienna Brooks y Robert Langdon se encontraban en la más absoluta oscuridad.

Minutos antes, ella había observado cómo Langdon utilizaba hábilmente la cadena para obstruir el mapa giratorio de Armenia.

Para su sorpresa, sin embargo, en vez de enfilar el corredor, Langdon había subido la empinada escalera con el letrero de USCITA VIETATA.

—Robert —susurró confundida—. ¡Por aquí no se puede pasar! Además, ¿no deberíamos ir hacia *abajo*?

—Así es —dijo Langdon, por encima del hombro—. Pero a veces para bajar… hay que subir. —Le guiñó un ojo—. ¿No recuerdas el ombligo de Satán?

«¿De qué diablos está hablando?». Sienna no entendía a qué se refería.

—¿No has leído *Inferno*? —preguntó Langdon.

«Sí… pero tenía unos siete años».

Un instante después, Sienna cayó en la cuenta de lo que le estaba diciendo.

—¡Ah, el ombligo de Satán! —exclamó—. Ahora lo recuerdo.

Le había llevado un momento, pero Sienna al fin se había dado cuenta de que Langdon se refería a los cantos finales. Para escapar del infierno, Dante debe descender por el estómago peludo del enorme Satán. Cuando llega al ombligo —que representa el centro de la Tierra—, la gravedad se invierte y, para seguir descendiendo y llegar al purgatorio, tiene que comenzar a ascender.

Sienna recordaba poco de *Inferno*, pero sí su decepción ante las absurdas reacciones de la gravedad en el centro de la Tierra; al parecer, el talento de Dante no incluía conocimientos de física vectorial.

Llegaron a lo alto de la escalera y Langdon abrió la única puerta que había. En ella se podía leer: SALA DEI MODELLI DI ARCHITETTURA.

Langdon la dejó pasar y luego cerró la puerta con cerrojo tras de sí.

La habitación era pequeña y sencilla. Había una serie de vitrinas en las que se exhibían modelos de los diseños arquitectónicos que había hecho Vasari para el interior del *palazzo*. Sienna apenas reparó en ellos. Sí advirtió, sin embargo, que la habitación no tenía puertas, ni ventanas, ni —claro— salida.

—A mediados del siglo XIV —susurró Langdon—, el duque de Atenas se hizo con el poder y construyó esta salida secreta para escapar en caso de que lo atacaran. La llaman la Escalera del Duque de Atenas, y desciende hasta una angosta puerta que tiene salida a una calle lateral. Si llegamos a ella, nadie nos verá salir del edificio. —Señaló uno de los modelos—. Mira, ¿la ves aquí en el costado?

«¿Me ha traído aquí para enseñarme los modelos?».

Sienna le echó un vistazo a la miniatura y vio la escalera secreta que, oculta entre las paredes interiores y exteriores del edificio,

descendía de lo alto del palacio hasta el nivel de la calle.

—Veo la escalera, Robert —dijo Sienna, irritada—, pero está al otro lado del palacio. ¡Nunca podremos llegar ahí!

—Un poco de fe —dijo él con una sonrisa torcida.

El repentino estruendo procedente del piso de abajo les indicó que sus perseguidores acababan de abrir la puerta del mapa de Armenia. Langdon y Sienna oyeron luego los pasos de los soldados por el corredor. Ninguno de ellos pensó que los fugitivos hubieran ascendido todavía más, en especial por una estrecha escalera sin salida.

Cuando dejaron de oír el ruido de pasos, Langdon cruzó la habitación en dirección a lo que parecía una enorme alacena en la pared opuesta. Era de un metro cuadrado y estaba más o menos a un metro del suelo. Sin más dilación, Langdon agarró la manilla y abrió la puerta.

Sienna retrocedió sorprendida.

El interior parecía ser un hueco cavernoso, como si la puerta de la alacena fuera un portal a otro mundo. Más allá no se veía nada.

—Sígueme —dijo Langdon.

Agarró una linterna que colgaba de la pared junto a la abertura, se metió hábilmente en esa madriguera de conejo y desapareció en su interior.

46

«La Soffitta —pensó Langdon—. El ático más impresionante del mundo».

El aire en el interior del hueco era mohoso y vetusto, como si, tras varios siglos, el polvo de yeso se hubiera vuelto tan fino y ligero que no se posara en el suelo y permaneciera suspendido en la atmósfera. Los crujidos y chasquidos que se oían en el vasto espacio provocaban en Langdon la sensación de que acababa de introducirse en el estómago de un animal vivo.

En cuanto su pie encontró un punto de apoyo sólido en una amplia viga horizontal, alzó la linterna y dejó que el haz de luz perforara la oscuridad.

Extendiéndose ante él había un túnel aparentemente interminable, atravesado en todas direcciones por un complejo entramado de triángulos y rectángulos de madera. Eran los postes, vigas, travesaños y demás elementos estructurales que conformaban el esqueleto invisible del Salón de los Quinientos.

Langdon había visto ese enorme ático durante la visita a los pasadizos secretos años atrás, cuando tomó unas copas de Nebbiolo de más. La ventana con aspecto de alacena había sido abierta en la pared de la sala de modelos arquitectónicos para que, después de inspeccionar los modelos de la armadura del techo, los visitantes pudieran asomarse con una linterna para ver cómo era en realidad.

Ahora que estaba dentro del desván, a Langdon le sorprendió hasta qué punto su arquitectura se parecía a la de un granero de Nueva Inglaterra: se trataba de una tradicional armadura de dos aguas con ensambladuras en «flecha de Júpiter».

Sienna también había pasado por la abertura y ahora estaba a su lado. Parecía desorientada. Langdon movió la luz de un lado a otro para mostrarle el inusual paisaje.

Desde ese extremo, el desván era como una larga hilera de

triángulos isósceles que se perdía en un lejano punto de fuga. No había ningún tipo de entarimado y los travesaños estaban completamente a la vista, como si fueran una serie de traviesas gigantes.

Langdon señaló el otro extremo y dijo en voz baja:

—Nos encontramos justo encima del Salón de los Quinientos. Si llegamos al otro lado, podremos acceder a la Escalera del Duque de Atenas.

Sienna miró con escepticismo el laberinto de vigas y soportes que se extendía ante ellos. La única forma de avanzar por el desván era ir saltando de travesaño en travesaño como niños en una vía de tren. Cada uno estaba formado por varias vigas unidas con gruesas abrazaderas de hierro, de modo que había suficiente espacio para hacerlo sin perder el equilibrio. El problema, sin embargo, era que había demasiada distancia entre cada uno de estos conjuntos.

—No podré saltar entre esas vigas —susurró Sienna.

Langdon también dudaba que él pudiera hacerlo. Y caer suponía una muerte segura. Con la linterna, iluminó el espacio abierto entre los travesaños.

A unos dos metros y medio por debajo de donde se encontraban, observó una polvorienta superficie horizontal suspendida mediante unas varas de hierro. Era una especie de suelo que se extendía hasta donde llegaba la vista. A pesar de su apariencia sólida, Langdon sabía que consistía básicamente en telas extendidas y cubiertas de polvo. Era la «parte trasera» del techo suspendido del Salón de los Quinientos. Una vasta extensión de casetones de madera enmarcaba los treinta y nueve lienzos de Vasari, montados en horizontal, como una especie de colcha de retazos.

Sienna indicó la polvorienta superficie.

—¿No podemos ir por ahí?

«No, a no ser que quieras atravesar un lienzo de Vasari y caer al Salón de los Quinientos».

—Hay un camino mejor —dijo Langdon serenamente, para no asustarla, y comenzó a recorrer el travesaño en dirección a la viga maestra central del desván.

En su anterior visita, además de asomarse al mirador de la sala de modelos arquitectónicos, Langdon había entrado al desván por una puerta que había al otro lado del ático. Si su memoria

empañada de vino no le engañaba, una robusta pasarela recorría esa viga maestra central y proporcionaba a los turistas acceso a una plataforma de observación que había en el centro del ático.

Sin embargo, cuando Langdon llegó al centro del travesaño, la pasarela que vio no se parecía en nada a la que recordaba de su visita.

«¿Cuánto Nebbiolo tomé ese día?».

En vez de una robusta estructura pensada para que los turistas la pudieran recorrer con total seguridad, ante él había una serie de tablones sueltos, dispuestos formando un inestable camino a través de los travesaños. Esa rudimentaria pasarela se parecía más a una cuerda floja que a un puente.

Al parecer, la robusta pasarela para turistas que nacía en el otro lado solo llegaba hasta la plataforma central. Desde ahí, los turistas tenían que regresar y volver sobre sus pasos. Los precarios tablones que Langdon y Sienna tenían delante debían de haber sido instalados para que los ingenieros pudieran realizar tareas de mantenimiento en el resto del desván.

—Parece que vamos a tener que ir por esta pasarela —dijo Langdon, mirando los estrechos tablones con escasa convicción.

Sienna se encogió de hombros, impasible.

—No es peor que Venecia en la estación de lluvias e inundaciones.

Langdon tuvo que reconocer que tenía razón. En su último viaje a esa ciudad, la plaza de San Marcos estaba bajo medio metro de agua y tuvo que recorrer el espacio que separaba el Hotel Danieli de la basílica por unos tablones de madera colocados sobre bloques de hormigón y cubos invertidos. Por supuesto, el riesgo de mojarse los mocasines era mejor que el de precipitarse al vacío y atravesar una obra de arte renacentista.

Tras alejar ese pensamiento, Langdon comenzó a recorrer el primer tablón con una seguridad fingida que, esperaba, calmara cualquier temor que Sienna pudiera sentir. A pesar de esa confianza exterior, el corazón le latía con fuerza. Al llegar a la mitad, el tablón se arqueó bajo su peso y crujió de forma amenazadora. Langdon aceleró el paso y finalmente llegó a la relativa seguridad del segundo travesaño.

Tras exhalar un suspiro, se dio la vuelta para iluminar el camino

a Sienna y ofrecerle palabras de ánimo. Al parecer, la joven no las necesitaba. En cuanto el haz de luz iluminó el tablón, lo recorrió con admirable agilidad. La madera apenas se arqueó bajo su delgado cuerpo y a los pocos segundos ya había llegado a su lado.

Animado, Langdon se dio la vuelta y comenzó a recorrer el siguiente tablón. Sienna esperó que le iluminara el camino y fue tras él. Y así siguieron avanzando con un ritmo constante; dos figuras moviéndose una detrás de la otra con la luz de una única linterna. A través del delgado techo podían oír el ruido de los radiotransmisores de la policía. Langdon no pudo evitar sonreír ligeramente. «Ahora mismo estamos sobre el Salón de los Quinientos, ingrávidos e invisibles».

—Entonces, Robert, ¿Ignazio te decía en su mensaje dónde encontrar la máscara? —susurró Sienna.

—Así es, pero lo hizo mediante una especie de código… —Langdon le explicó entonces a Sienna que, al parecer, Ignazio no había querido dejar grabada de forma explícita la localización exacta de la máscara, y que lo había hecho de un modo más críptico —. Con una referencia al paraíso, lo cual imagino que es una alusión a la sección final de la *Divina Comedia*. Sus palabras exactas fueron «Paraíso Veinticinco».

Sienna levantó la mirada.

—Querría decir canto veinticinco.

—Estoy de acuerdo —dijo Langdon. Un canto era el equivalente aproximado de un capítulo actual. La palabra se debía a la tradición oral de los poemas épicos «cantados». La *Divina Comedia* contiene precisamente cien cantos en total, divididos en tres secciones:

Inferno 1-34
Purgatorio 1-33
Paradiso 1-33

«*Paradiso* Veinticinco —pensó Langdon, deseando recordar el texto—. Ni por asomo, tendremos que buscar un ejemplar».

—Aún hay más —prosiguió Langdon—. Lo último que decía Ignazio en el mensaje era: «Las puertas están abiertas para ti, pero debes darte prisa». —Se detuvo y se volvió hacia Sienna—.

Probablemente, el canto veinticinco hace referencia a una localización específica de Florencia. Al parecer, a un lugar con puertas.

Sienna frunció el ceño.

—¡Pero en esta ciudad hay miles de puertas!

—Efectivamente, por eso tenemos que leer el canto veinticinco de *Paradiso* —sonrió Robert con optimismo—. ¿Por casualidad no te sabrás toda la *Divina Comedia* de memoria?

Ella lo miró extrañada.

—¿Catorce mil versos en lengua vulgar que leí de niña? —Negó con la cabeza—. El de la memoria extraordinaria es usted, profesor, yo solo soy una simple doctora.

A Langdon le entristeció que, después de todo lo que habían pasado juntos, Sienna siguiera prefiriendo ocultarle la verdad sobre su excepcional intelecto. «¿Una simple doctora?». Langdon no pudo evitar reír entre dientes. «La más humilde del mundo», pensó, recordando los recortes de periódico que había leído sobre sus increíbles aptitudes; una capacidad que —era una pena, pero también comprensible— no le había animado a memorizar uno de los poemas épicos más largos de la historia de la literatura.

Siguieron adelante en silencio. Tras dejar atrás unos cuantos travesaños más, Langdon vio al fin una forma alentadora en la oscuridad. «¡La plataforma de observación!». Los precarios tablones sobre los que avanzaban conducían directamente a una estructura mucho más robusta y con barandas. Si llegaban a ella, podrían salir del desván por una puerta que —recordaba Langdon— estaba muy cerca de la Escalera del Duque de Atenas.

Al acercarse a la plataforma, Langdon bajó la mirada al techo suspendido a casi tres metros. Hasta entonces, los casetones habían sido muy parecidos entre sí. El siguiente, en cambio, era mucho más grande que los demás.

—*La apoteosis de Cosme I* —musitó Langdon.

Ese enorme casetón circular era la pintura más preciada de Vasari, y la que ocupaba el espacio central del techo del Salón de los Quinientos. Langdon solía mostrar diapositivas de esa obra a sus alumnos para mostrarles sus similitudes con *La apoteosis de Washington* que había en el Capitolio de Estados Unidos; un humilde recordatorio de que la joven Norteamérica debía muchas

más cosas a Italia, además del concepto de república.

En ese momento, sin embargo, Langdon estaba mucho más interesado en pasar de largo que en estudiar la pintura. Aceleró el ritmo y le dijo a Sienna por encima del hombro que ya casi habían llegado.

Al hacerlo, erró el paso y su mocasín prestado pisó el borde del tablón, lo cual le hizo dar un traspié. Para intentar recuperar el equilibrio, Langdon se inclinó, medio tambaleándose hacia adelante.

Pero era demasiado tarde.

Cayó de rodillas sobre el tablón. Rápidamente, estiró los brazos, se impulsó con las piernas alcanzando de milagro el travesaño justo antes de que el tablón cayera. La linterna fue a parar al lienzo, que la recogió como una red. El tablón, por su parte, lo hizo sobre el artesón de madera que rodeaba el lienzo de la *Apoteosis* de Vasari.

El estruendo resonó por todo el desván.

Horrorizado, Langdon se puso de pie y se volvió hacia Sienna.

Apenas iluminados por el tenue resplandor de la linterna, que ahora descansaba sobre el lienzo que tenían debajo, Langdon advirtió que Sienna estaba de pie en el travesaño, atrapada, sin forma de cruzar. Su expresión evidenciaba lo que Langdon ya sabía. El ruido del tablón debía de haberles delatado.

Vayentha levantó la mirada hacia el adornado techo.

—¿Ratas en el ático? —bromeó nerviosamente el hombre de la videocámara al oír el ruido.

«Ratas muy grandes», pensó ella mirando la pintura circular que había en el centro del techo. Vio que caía una pequeña nube de polvo y también le pareció ver una ligera protuberancia en el lienzo, casi como si alguien lo estuviera empujando por el otro lado.

—Quizá a uno de los agentes se le ha caído el arma mientras estaba en la plataforma de observación —dijo el hombre al ver el bulto en la pintura—. ¿Qué cree que están buscando? Todo esto es realmente excitante.

—¿Una plataforma de observación? —preguntó Vayentha—. ¿Se puede subir ahí arriba?

—Claro. —El hombre señaló la entrada del museo—. Detrás de esa puerta hay otra que conduce a una pasarela del ático. Desde ahí se puede ver la armadura diseñada por Vasari. Es increíble.

La voz de Brüder volvió a resonar por el Salón de los Quinientos:

—¡¿Se puede saber dónde diablos se han metido?!

Al igual que el grito anterior, sus palabras se habían colado por una pequeña reja que se hallaba en lo alto de la pared, a la izquierda de Vayentha. Al parecer, Brüder se encontraba en una habitación que había detrás; un piso por debajo del ornamentado techo de la sala.

Vayentha volvió a mirar la protuberancia del lienzo.

«Ratas en el ático —pensó—. Intentando encontrar una salida».

Le dio las gracias al hombre de la videocámara y se dirigió con rapidez a la entrada del museo. La puerta estaba cerrada pero, con todo ese movimiento de agentes entrando y saliendo, había una posibilidad de que no la hubieran cerrado con llave.

Efectivamente, su instinto estaba en lo cierto.

47

En medio del caos de policías que iban llegando a la *piazza*, un hombre de mediana edad permanecía en las sombras de la Loggia dei Lanzi, lugar desde el que había estado observando toda esa actividad con gran interés. Llevaba unos anteojos Plume Paris, una corbata de cachemira y un pequeño pendiente de oro en la oreja.

Mientras observaba el revuelo, se dio cuenta de que se estaba rascando el cuello otra vez. La noche anterior le había salido un sarpullido en la piel que parecía estar empeorando por momentos. Tenía pequeñas pústulas en la mandíbula, el cuello, las mejillas y sobre los ojos.

Al mirarse las uñas, vio que tenía sangre. Tomó entonces el pañuelo y se limpió los dedos. Luego se lo pasó por las pústulas del cuello y las mejillas.

Cuando hubo terminado, volvió a mirar las dos furgonetas negras que estaban aparcadas enfrente del *palazzo*. En el asiento trasero de la más cercana había dos personas.

Una era un soldado vestido de negro y armado.

La otra, una mujer mayor pero muy hermosa, con el cabello plateado y un amuleto azul alrededor del cuello.

El soldado parecía estar preparando una jeringuilla hipodérmica. Mientras miraba de manera ausente el *palazzo*, la doctora Elizabeth Sinskey se preguntó cómo podía ser posible que esa crisis hubiera degenerado hasta ese punto.

—Señora —dijo una profunda voz a su espalda.

Ella se volvió hacia el soldado que estaba a su lado. Este la había agarrado del antebrazo y sostenía una jeringuilla.

—No se mueva.

La doctora sintió entonces una aguda punzada en la carne.

El soldado terminó de inyectarle la droga.

—Ahora, a dormir otra vez.

Antes de cerrar los ojos, la doctora creyó ver un hombre que la miraba desde las sombras. Llevaba anteojos de diseño y una elegante corbata. Su rostro parecía enrojecido por un sarpullido. Por un momento, creyó reconocerlo, pero al abrir los ojos para observarlo bien, ya había desaparecido.

48

Un hueco de seis metros separaba ahora a Langdon y Sienna en el desván a oscuras. A dos metros y medio bajo sus pies, el tablón descansaba sobre el marco de madera que sostenía el lienzo de la *Apoteosis* de Vasari. La linterna, todavía encendida, lo hacía sobre el mismo lienzo, provocando una pequeña hendidura, como una piedra en una cama elástica.

—El tablón que tienes detrás —susurró Langdon—. ¿Crees que puedes arrastrarlo hasta mi travesaño?

Sienna se quedó mirando el tablón.

—No sin que el otro extremo caiga al lienzo.

Eso había temido Langdon. Y lo último que necesitaban era un tablón que atravesara un lienzo de Vasari.

—Tengo una idea —dijo Sienna, y comenzó a recorrer el travesaño en dirección a la pared lateral. Langdon hizo lo propio en el suyo, con paso cada vez más inseguro a medida que se alejaban de la luz de la linterna. Cuando llegaron a la pared, estaban casi a oscuras.

—Ahí abajo —susurró Sienna, señalando la oscuridad a sus pies —. El borde del artesón. Tiene que estar empotrado en la pared. Debería sostener mi peso.

Antes de que Langdon pudiera protestar, Sienna ya había descendido de su travesaño utilizando una serie de vigas de soporte que había en la pared a modo de escalera. El artesón crujió una vez, pero aguantaba su peso. Luego, bien pegada a la pared, Sienna comenzó a avanzar tan lentamente como si estuviera recorriendo la cornisa de un rascacielos. La madera volvió a crujir.

«Peligro —pensó Langdon—. Mantente cerca de la orilla».

Cuando Sienna llegó a la mitad del camino y comenzó a acercarse al travesaño en el que estaba él, Langdon tuvo la sensación de que quizá lograrían salir de ahí a tiempo.

De repente, sin embargo, oyeron un portazo y unos rápidos pasos que avanzaban por la pasarela. Luego vieron el haz de una linterna, moviéndose de un lado a otro. Langdon sintió entonces que sus esperanzas se iban a pique. Alguien se acercaba por la pasarela principal y les cerraba el paso de la única vía de escape.

—Sigue avanzando, Sienna —dijo Langdon, reaccionando instintivamente—. Encontrarás una salida al otro lado. Yo despejaré el camino.

—¡No! —susurró ella—. Regresa, Robert.

Pero Langdon ya se había alejado por el travesaño, dejando a Sienna sola en la oscuridad.

Cuando llegó a la viga maestra central, Langdon advirtió que había una silueta sin rostro en la plataforma de observación. Esa persona se detuvo junto a la baranda y le alumbró con la linterna.

El resplandor era cegador, y Langdon levantó inmediatamente los brazos en señal de rendición. No podía sentirse más vulnerable: en equilibrio sobre una viga del Salón de los Quinientos y cegado por una brillante luz.

Langdon esperó un disparo o una orden autoritaria, pero solo hubo silencio. Un momento después, el haz de luz se apartó de su rostro y comenzó a escudriñar la oscuridad a su espalda, como si buscara otra cosa, o a otra persona. Langdon distinguió entonces la silueta de quien tenía delante. Era una mujer, esbelta y vestida de negro. No tenía ninguna duda de que, bajo la gorra de béisbol que cubría su cabeza, tenía el cabello en punta.

Langdon recordó la muerte del doctor Marconi e, instintivamente, sus músculos se tensaron.

«Me ha encontrado. Ha venido a terminar el trabajo».

Langdon pensó entonces en los pescadores griegos que buceaban a pulmón en un túnel tras haber pasado el punto de no retorno… Al final, él había encontrado el paso cerrado por las rocas.

La asesina volvió a enfocar su linterna hacia el profesor.

—Señor Langdon —susurró—. ¿Dónde está su amiga?

Langdon sintió un escalofrío. «Ha venido por los dos».

Con la intención de desviar la atención de la asesina del lugar en el que se encontraba Sienna, Langdon echó un vistazo por encima del hombro en dirección a la oscuridad por la que habían estado avanzando.

—Ella no tiene nada que ver con esto. Es a mí a quien buscas.

Langdon rezó para que Sienna siguiera avanzando por la pared. Si conseguía pasar de largo la plataforma de observación y accedía a la pasarela central por detrás de la mujer del cabello en punta, podría llegar a la puerta.

La asesina volvió a alzar su linterna y examinó el desván vacío. Langdon vislumbró entonces una oscura forma detrás de ella.

«¡Oh, Dios, no!».

Efectivamente, ahora Sienna estaba avanzando por un travesaño en dirección a la pasarela central. Estaba a apenas diez metros de la asesina.

«¡No, Sienna! ¡Estás demasiado cerca! ¡Te oirá!».

—Escuche con atención, profesor —susurró la asesina—. Si quiere seguir con vida, le sugiero que confíe en mí. Mi misión ha concluido. No tengo razón alguna para hacerle daño. Ahora usted y yo estamos en el mismo equipo y puede que sepa cómo ayudarle.

Langdon apenas la escuchaba. Toda su atención estaba puesta en Sienna, cuyo perfil podía distinguir ligeramente, y que ahora estaba trepando a la pasarela que había detrás de la plataforma de observación, demasiado cerca de la mujer con la pistola.

«¡Corre! —le urgió mentalmente—. ¡Sal de aquí!».

Para su alarma, sin embargo, Sienna se quedó ahí, agachada en las sombras y observando en silencio.

Vayentha seguía escudriñando la oscuridad detrás de Langdon. «¿Dónde diablos está? ¿Se han separado?».

Vayentha tenía que encontrar una manera de mantener a la pareja alejada de las manos de Brüder. «Es mi única esperanza».

—¡¿Sienna?! —dijo Vayentha con un gutural susurro—. Si puedes oírme, escúchame bien. Será mejor que no te capturen los hombres que hay en el piso de abajo. No serán indulgentes. Yo conozco una vía de escape. Puedo ayudarte. Confía en mí.

—¿Confiar en ti? —dijo un desafiante Langdon elevando el tono de voz; cualquiera que estuviera cerca le podría oír—. ¡Eres una asesina!

«Sienna está cerca —cayó en la cuenta Vayentha—. Langdon está hablando más alto para advertirle».

Vayentha volvió a intentarlo.

—Sienna, la situación es complicada, pero puedo sacarte de

aquí. Considera tus opciones. Estás atrapada. No tienes elección.

—Sí tiene elección —dijo Langdon en voz alta—. Y es suficientemente inteligente para huir de ti tan lejos como pueda.

—Todo ha cambiado —insistió Vayentha—. No tengo razones para hacerles daño.

—¡Has asesinado al doctor Marconi! ¡Y estoy seguro de que eres tú quien anoche me disparó en la cabeza!

Vayentha sabía que Langdon nunca creería que no tenía ninguna intención de matarle.

«El tiempo de las palabras ha terminado. No hay nada que pueda hacer para convencerle».

Sin mayor dilación, metió la mano en el interior de su cazadora de cuero y agarró su pistola con silenciador.

Sienna permanecía agachada en la pasarela, a unos diez metros de la mujer. Incluso en la oscuridad, la silueta de la asesina era inconfundible. Para su horror, advirtió que ahora empuñaba la misma pistola que había utilizado contra el doctor Marconi.

«Va a disparar», pensó, fijándose en el lenguaje corporal de la mujer.

La asesina dio dos amenazadores pasos hacia Langdon y se detuvo junto a la baranda de la plataforma de observación, que quedaba justo encima de la *Apoteosis* de Vasari. En cuanto estuvo tan cerca como podía de Langdon, levantó el arma y le apuntó al pecho.

—Esto solo dolerá un momento —dijo—, pero es mi única opción.

Sienna reaccionó instintivamente.

La inesperada vibración de los tablones bajo sus pies fue suficiente para que Vayentha se diera la vuelta justo cuando estaba disparando, lo cual provocó que errara el tiro.

Algo se acercaba a ella por la espalda.

«Muy rápido».

Dio media vuelta, apuntó a su atacante y volvió a disparar, pero Sienna la embistió por debajo de la altura del cañón. La asesina apenas pudo ver un destello de cabello rubio en la oscuridad.

Vayentha chocó a la altura de la cintura contra la baranda de la plataforma de observación y salió despedida por encima. Intentó agarrarse a algo y evitar la caída, pero fue demasiado tarde, y se

precipitó al vacío.

Cayó a través de la oscuridad y se estaba preparando para desplomarse contra el polvoriento suelo que había a dos metros y medio de la plataforma. Por alguna razón, sin embargo, su aterrizaje fue más suave de lo que había esperado, como si hubiera caído sobre una hamaca que ahora se combaba bajo su peso.

Desorientada, abrió los ojos y observó que su atacante, Sienna Brooks, la miraba desde la plataforma. Abrió la boca para decirle algo pero, de repente, oyó el ruido de la tela rasgándose.

Vayentha volvió a caer.

Esta vez lo hizo durante tres largos segundos. Durante ese tiempo pudo ver un techo cubierto de hermosas pinturas. La que tenía justo encima —un enorme lienzo circular que mostraba a Cosme I sobre una nube celestial y rodeado de querubines— tenía un oscuro desgarrón en el centro.

De repente, su cuerpo impactó contra el suelo y todo su mundo desapareció en la oscuridad.

Estupefacto, Robert Langdon echó un vistazo por el agujero del lienzo rasgado. La mujer del cabello en punta yacía inmóvil en el suelo de piedra del Salón de los Quinientos y un charco de sangre comenzaba a extenderse a su alrededor. Todavía tenía la pistola en la mano.

Luego levantó la mirada hacia Sienna, que también estaba contemplando la espantosa imagen del salón. Su expresión indicaba que estaba absolutamente conmocionada.

—No pretendía…

—Has reaccionado por instinto —susurró Langdon—, iba a matarme.

A través del lienzo rasgado pudieron oír los gritos de alarma.

Con cuidado, Langdon apartó a Sienna de la baranda.

—Tenemos que seguir adelante.

49

Desde el estudio secreto de la duquesa Bianca Cappello, el agente Brüder oyó un espeluznante batacazo seguido de una creciente conmoción. Corrió a la reja de la pared y echó un vistazo al Salón de los Quinientos. Tardó unos segundos en procesar la escena.

La administradora embarazada había llegado poco antes al estudio y también se acercó a la reja. Se tapó la boca, horrorizada ante lo que veían sus ojos: en el suelo había un cuerpo rodeado de turistas aterrorizados. Luego levantó lentamente la mirada y, al llegar al techo del salón, soltó un grito ahogado. Brüder también se fijó entonces en el panel circular y advirtió que en el centro del lienzo había un enorme desgarrón.

Se volvió hacia la mujer:

—¡¿Cómo podemos llegar ahí arriba?!

En el otro extremo del edificio, Langdon y Sienna salieron del ático a toda velocidad. Unos segundos después, Langdon ya había encontrado la pequeña alcoba, oculta tras una cortina carmesí. La recordaba claramente de su visita a los pasadizos secretos.

«La Escalera del Duque de Atenas».

Por todas partes se podían oír pasos y gritos, y Langdon sabía que les quedaba poco tiempo. Descorrió la cortina y ambos accedieron a un pequeño descanso.

Sin más dilación, comenzaron a bajar la escalera de piedra. El pasadizo era zigzagueante y muy angosto. Cuanto más avanzaban, más parecía estrecharse. Afortunadamente, justo cuando Langdon creía que las paredes iban a aplastarlo, llegaron al final.

«El nivel del suelo».

El espacio en el que se encontraban era una pequeña cámara de piedra y, a pesar de que su salida parecía ser una de las puertas más pequeñas que hubiera visto nunca, Langdon se alegró de verla. Medía poco más de un metro de altura, estaba hecha de gruesa

madera con remaches de hierro y un pasador interior impedía la entrada desde el exterior.

—Oigo el ruido de la calle al otro lado —susurró Sienna.

—La Via della Ninna —respondió Langdon, visualizando la abarrotada calle peatonal—. Pero puede que haya policía.

—No nos reconocerán. Están buscando a una mujer rubia y un hombre moreno.

Langdon se la quedó mirando extrañado.

—Eso es precisamente lo que…

Sienna negó con la cabeza. Langdon advirtió su melancólica determinación.

—No quería que me vieras así, Robert, pero este es mi aspecto real. —De repente, Sienna agarró un mechón de cabello rubio y tiró con fuerza, dejando a la vista su cuero cabelludo desnudo.

Langdon retrocedió un paso, sorprendido tanto por el hecho de que Sienna llevara peluca como por su aspecto sin ella. Era totalmente calva. Su cuero cabelludo estaba liso y pálido, como el de un paciente de cáncer en pleno tratamiento de quimioterapia. «Encima ¿está enferma?».

—Lo sé —dijo ella—. Es una larga historia. Ahora, inclínate. —Sienna levantó la peluca, con la clara intención de ponérsela a Langdon.

«¿Era broma?». Sin demasiado entusiasmo, Langdon se inclinó y Sienna le puso la peluca. Apenas le cabía, pero ella se esmeró en colocársela lo mejor posible. Luego retrocedió un paso y lo examinó. No convencida todavía con el resultado, le desanudó la corbata del cuello y se la ató alrededor de la cabeza como si se tratara de un pañuelo, asegurando de paso la peluca.

Luego le tocó a ella. Se puso la chaqueta de Langdon, se enrolló las perneras y se bajó los calcetines por debajo de los tobillos. Cuando se irguió de nuevo, en sus labios se había dibujado una mueca desdeñosa. La encantadora Sienna Brooks era ahora una *skinhead*. La transformación de la antigua actriz shakespeariana había sido increíble.

—Recuerda —dijo ella—: el noventa por ciento del reconocimiento personal se debe al lenguaje corporal, así que cuando te muevas, hazlo como un viejo roquero.

«Lo de viejo puedo hacerlo… —pensó Langdon—, lo de roquero

no estoy tan seguro».

Antes de que pudiera discutírselo, Sienna había abierto la pequeña puerta y había salido a la abarrotada calle de adoquines. Langdon fue tras ella y, cruzando el umbral casi a gatas, salió a la luz del día.

Aparte de algunas miradas de extrañeza al ver a la incongruente pareja salir por una pequeña puerta que había en la base del Palazzo Vecchio, nadie les prestó excesiva atención. Unos segundos después, Langdon y Sienna se encaminaban hacia el este, mezclados entre el gentío.

Sin dejar de rascarse el sarpullido, el hombre con los anteojos Plume Paris avanzaba entre la multitud, a una distancia prudente de Robert Langdon y Sienna Brooks. A pesar de sus hábiles disfraces, los había visto salir de la puerta de Via della Ninna y los había reconocido de inmediato.

Unas pocas manzanas después, tuvo que detenerse. Sentía un intenso dolor en el pecho y le costaba mucho respirar. Era como si le hubiesen dado un puñetazo en el esternón.

Apretando los dientes, volvió a centrar la atención en la pareja de fugitivos y prosiguió su persecución por las calles de Florencia.

50

El sol ya estaba en lo alto, y proyectaba largas sombras en los estrechos desfiladeros que formaban las serpenteantes callejuelas de la vieja Florencia. Los dueños de las tiendas y los bares habían comenzado a abrir las verjas que protegían sus establecimientos y el aire olía a café expreso y a *cornetti* recién hechos.

A pesar del hambre voraz que tenía, Langdon siguió adelante. «Tengo que encontrar la máscara… y ver qué se esconde en el dorso».

Le estaba costando acostumbrarse al aspecto de la cabeza calva de Sienna. Su apariencia radicalmente diferente le recordó al profesor que apenas la conocía. Avanzaban hacia el norte por la Via dei Leoni, en dirección a la Piazza del Duomo, el lugar en el que habían encontrado muerto a Ignazio Busoni tras realizar su última llamada.

«Robert —había conseguido decir Ignazio, casi sin aliento—. Lo que buscas está a salvo. Las puertas están abiertas para ti, pero debes darte prisa. Paraíso Veinticinco. Buena suerte».

«*Paradiso* Veinticinco», se dijo Langdon para sí, todavía sorprendido por el hecho de que Busoni recordara el texto de Dante tan bien para hacer referencia a un canto específico de memoria. Al parecer, en él había algo memorable para Ignazio. Fuera lo que fuese, Langdon sabía que lo averiguaría en cuanto tuviera acceso a un ejemplar del texto de Dante, cosa que haría tan pronto como fuera posible.

A pesar de que la peluca le picaba y de que se sentía un poco ridículo, tenía que admitir que la caracterización improvisada por Sienna había sido un ardid realmente efectivo. Nadie se había fijado en ellos, ni siquiera los refuerzos policiales que acababan de pasar por su lado en dirección al Palazzo Vecchio.

Sienna llevaba varios minutos en silencio y Langdon se volvió

hacia ella para asegurarse de que se encontraba bien. Parecía absorta. Probablemente, estaba intentando aceptar el hecho de que acababa de matar a la mujer que les había estado siguiendo.

—Te doy una lira si me dices lo que piensas —dijo Langdon en un tono que intentaba ser animado. Esperaba alejar de su mente la imagen del cadáver de la asesina en el suelo del *palazzo*.

Sienna salió poco a poco de su ensimismamiento.

—Estaba pensando en Zobrist —dijo—. Intentando recordar todo lo que sé sobre él.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—Casi todo se debe a un controvertido artículo que escribió y publicó hace unos años. Entre la comunidad médica se volvió viral. —Hizo una mueca—. Lo siento, no he utilizado las palabras más adecuadas.

Langdon no pudo evitar reír entre dientes.

—Sigue.

—Básicamente, en ese artículo Zobrist afirma que la raza humana está al borde de la extinción y que, a no ser que ocurra una catástrofe que reduzca de manera drástica la población mundial, nuestra especie no sobrevivirá otros cien años.

Langdon se volvió hacia ella.

—¿Solo un siglo?

—Era una tesis muy sombría. El plazo que daba era mucho más breve que el de otras estimaciones anteriores, pero estaba apoyado en datos científicos muy contundentes. Zobrist se hizo muchos enemigos al declarar que todos los médicos deberían dejar de practicar medicina porque extender la vida humana no hacía sino agravar el problema de la población.

Langdon comprendía ahora por qué ese artículo se había extendido tan rápidamente entre la comunidad médica.

—Como era de esperar —prosiguió Sienna—, a Zobrist lo atacó todo el mundo: políticos, la Iglesia, la Organización Mundial de la Salud; todos lo tildaron de lunático catastrofista que solo pretendía causar pánico entre la gente. Se escandalizaron en especial por la afirmación de que la descendencia de los jóvenes de hoy en día literalmente sería testigo del final de la raza humana. Zobrist ilustró su idea con un «Reloj del Juicio Final» según el cual, si el lapso de

tiempo de la vida humana en la Tierra fuera de una hora, ahora nos encontraríamos en los últimos segundos.

—He visto ese reloj en internet —dijo Langdon.

—Pues es suyo y causó bastante revuelo. Los mayores ataques contra Zobrist, sin embargo, llegaron cuando declaró que sus avances en ingeniería genética serían mucho más útiles para la humanidad si, en vez de para curar enfermedades, se utilizaban para crearlas.

—¡¿Qué?!

—Sí, Zobrist argumentó que su tecnología debería usarse para limitar el crecimiento de la población creando cepas híbridas de enfermedades que la medicina moderna no pudiera curar.

A la mente de Langdon acudieron imágenes de extraños «virus de diseño» híbridos que una vez liberados fueran imparables y no pudo evitar sentir una creciente inquietud.

—En unos pocos años —dijo Sienna—, Zobrist pasó de ser el niño mimado del mundo médico a un paria. Un anatema —Sienna se quedó un momento callada y Langdon creyó adivinar en su rostro cierta compasión—. No sorprende que se viniera abajo y terminara suicidándose. Y lo más triste de todo es que su tesis, con toda probabilidad, sea cierta.

Langdon casi se tropieza.

—¡¿Cómo?! ¿Crees que tenía razón?

Sienna se encogió de hombros.

—Robert, desde un punto de vista meramente científico, atendiendo solo a la lógica, no a los sentimientos, puedo asegurarte que, si no tiene lugar un cambio drástico, el fin de nuestra especie se acerca. Y ocurrirá con rapidez. No consistirá en fuego, azufre, el Apocalipsis o una guerra nuclear, sino en el colapso total a causa de la cantidad de gente que habita el planeta. Las matemáticas son indiscutibles.

Langdon se puso tenso.

—He leído bastantes textos de biología —dijo Sienna—, y es bastante habitual que una especie se extinga debido a la sobrepoblación de su entorno. Imagina una colonia de algas de superficie que vive en la pequeña laguna de un bosque, disfrutando de los nutrientes en equilibrio de su entorno. Sin control, las algas se reproducen con tal rapidez que, al poco, cubren toda la superficie

de la laguna, impidiendo el paso de los rayos del sol y evitando el crecimiento de los nutrientes. Tras agotar todos los recursos de su entorno, las algas mueren y desaparecen sin dejar el menor rastro —suspiró hondo—. Un destino parecido nos aguarda a nosotros. Más pronto y de manera más rápida de lo que ninguno de nosotros se imagina.

Langdon se sintió perturbado.

—Pero, eso parece imposible.

—No lo es, Robert, solo impensable. La mente humana tiene un primitivo mecanismo de defensa que niega cualquier realidad que provoque un estrés excesivo al cerebro. Se le llama negación.

—Sí, he oído hablar de la negación, pero no creo que exista —respondió Langdon con sarcasmo.

Sienna entornó los ojos.

—Muy ingenioso, pero créeme, se trata de algo muy real. La negación es una parte esencial del mecanismo de defensa del ser humano. Sin ella, cada mañana nos despertaríamos aterrorizados ante la posibilidad de morir. La mente bloquea nuestros miedos existenciales y se centra en cuestiones que podamos afrontar, como llegar a tiempo al trabajo o pagar nuestros impuestos. Para sobrevivir, nos deshacemos de los miedos existenciales tan rápido como podemos, y dedicamos nuestra atención a tareas simples y trivialidades diarias.

Langdon recordó un estudio reciente sobre los hábitos de navegación por internet de los estudiantes de algunas importantes universidades estadounidenses. En él se revelaba que incluso los usuarios altamente intelectuales demostraban una tendencia instintiva a la negación. Según el estudio, después de leer un artículo deprimente sobre el derretimiento de los glaciares o la extinción de alguna especie, la gran mayoría de alumnos buscaba algo trivial que purgara el miedo de su cerebro; entre sus elecciones favoritas estaban las noticias de deportes, los videos graciosos de gatos y los cotilleos de celebridades.

—En la mitología antigua —explicó Langdon—, el héroe que niega la realidad es la manifestación definitiva de *hibris* y orgullo. Ningún hombre es más orgulloso que aquel que se cree inmune a los peligros del mundo. Dante estaba de acuerdo. En *Inferno* considera el orgullo el peor de los siete pecados capitales y castiga a

los orgullosos en el último círculo del infierno.

—El artículo de Zobrist —prosiguió Sienna— acusaba a la mayoría de los líderes mundiales de negar la realidad y de esconder sus cabezas en la arena. Era particularmente crítico con la Organización Mundial de la Salud.

—Seguro que les encantó oír eso.

—Reaccionaron comparándole con un fanático religioso apostado en una esquina con un cartel en el que pusiera EL FIN DEL MUNDO ESTÁ CERCA.

—En Harvard Square hay un par de esos.

—Sí y todos los ignoramos porque nadie puede imaginar que eso ocurra de verdad. Pero créeme, el hecho de que la mente humana no pueda imaginar que suceda algo… no significa que no vaya a hacerlo.

—Casi pareces una seguidora de Zobrist.

—Soy seguidora de la verdad —respondió enérgicamente—, aunque sea dolorosa y difícil de aceptar.

Langdon se calló. Intentó comprender la extraña combinación de pasión y desapego de la que hacía gala Sienna y, de nuevo, se sintió muy alejado de ella.

Sienna se volvió hacia él. Su rostro se había suavizado.

—Mira, Robert, no estoy diciendo que una plaga que mate la mitad de la población mundial sea la respuesta a la superpoblación. Ni tampoco que debamos dejar de curar a los enfermos. Lo que digo es que el camino actual conduce a la destrucción. El crecimiento de la población es una progresión exponencial en un sistema de espacio finito y recursos limitados. El final llegará de forma abrupta. No será como quedarse poco a poco sin gasolina…, sino como precipitarse por un acantilado.

Langdon exhaló un suspiro e intentó procesar todo lo que estaba oyendo.

—Hablando de lo cual —añadió, señalando hacia la derecha—, creo que ese es el sitio desde el que Zobrist se arrojó al vacío.

Langdon levantó la mirada y vio que estaban pasando por delante de la austera fachada del museo Bargello. Detrás, la afilada aguja de la torre Badia se elevaba por encima de las estructuras circundantes. Se quedó mirando la punta, preguntándose por qué había saltado Zobrist, y esperando que no hubiera hecho algo

terrible de lo que después se hubiera arrepentido.

—A los críticos de Zobrist —dijo Sienna— les gusta señalar lo paradójico que resulta que gran cantidad de la tecnología genética que desarrolló esté ahora aumentando la esperanza de vida.

—Lo cual solo agrava el problema de la población.

—Exacto. Zobrist declaró una vez en público que desearía poder meter de nuevo al genio en la botella y borrar su contribución a la longevidad humana. Supongo que ideológicamente tiene sentido. Cuanto más vivimos, más recursos hay que destinar a ancianos y enfermos.

Langdon asintió.

—He leído que, en Estados Unidos, el sesenta por ciento del gasto de sanidad se dedica a mantener a pacientes que se encuentran en los seis últimos meses de su vida.

—Cierto y mientras nuestros cerebros dicen «esto es una locura», nuestros corazones dicen «mantengamos viva a la abuela tanto tiempo como podamos».

Langdon volvió a asentir.

—Es el conflicto entre Apolo y Dioniso, un famoso dilema mitológico. La vieja batalla entre mente y corazón, que rara vez quieren lo mismo.

Langdon había oído que esa referencia mitológica se solía usar en los encuentros de Alcohólicos Anónimos para describir al enfermo. Su mente sabe que la bebida le hará daño, pero su corazón anhela el bienestar que le proporcionará. El mensaje parecía ser: no te sientas solo, incluso los dioses están enfrentados.

—¿Quién necesita *agathusia*? —susurró Sienna de repente.

—¿Cómo dices?

Ella levantó la mirada.

—Acabo de recordar el título del artículo de Zobrist. Era: «¿Quién necesita *agathusia*?».

Langdon no había oído nunca esa palabra, pero supuso su significado en base a las griegas que la formaban: *agathos* y *thusia*.

—*Agathusia*… ¿quiere decir «buen sacrificio»?

—Casi. Su significado actual es «autosacrificio por el bien común» —hizo una pausa—. También se conoce como «suicidio altruista».

Langdon sí había oído ese término antes. Una vez en relación a

un padre insolvente que se había suicidado para que su familia pudiera recibir su seguro de vida, y otra para describir a un asesino con remordimientos que temía no poder controlar sus impulsos asesinos y se suicidó.

El ejemplo más escalofriante que recordaba Langdon, sin embargo, se encontraba en la novela *La huida de Logan*, escrita en 1967, donde se describía una sociedad futura en la que todo el mundo había accedido de buen grado a suicidarse a los veintiún años; así podían disfrutar de su juventud sin que la cantidad ni la edad de la población mermara los recursos limitados del planeta. Si Langdon recordaba correctamente, la versión cinematográfica había aumentado la «edad límite» de los veintiuno a los treinta años, sin duda para hacer la película más accesible al crucial segmento demográfico de espectadores que iba de los dieciocho a los veinticinco años.

—Entonces, el artículo de Zobrist… —dijo Langdon—. No estoy seguro de entender el título. «¿Quién necesita *agathusia*?». ¿Lo decía en un sentido irónico? ¿Algo así como «todos necesitamos suicidarnos altruistamente»?

—En realidad, no. El título es una broma, pero iba dirigida a alguien en concreto.

Langdon negó con la cabeza.

—En su artículo Zobrist hacía referencia a la directora de la Organización Mundial de la Salud, la doctora Elizabeth Sinskey, que lleva siglos en el cargo. En el artículo, despotricaba contra ella porque, según él, no se estaba tomando en serio el tema del control de la población. Su artículo decía que a la OMS le iría mejor si la directora Sinskey se suicidaba.

—Un tipo compasivo.

—El peligro de ser un genio, supongo. Con frecuencia, estos seres excepcionales capaces de ver más allá que los demás lo hacen a expensas de su madurez emocional.

Langdon recordó los artículos que había visto sobre la joven Sienna, la niña prodigio con el coeficiente intelectual de 208 y unas funciones intelectuales excepcionales. Se preguntó entonces si, en cierto modo, al hablar de Zobrist no lo estaría haciendo también sobre ella misma; y también, cuánto tiempo más seguiría guardando su secreto.

Langdon divisó entonces el lugar al que se dirigían. Después de cruzar la Via dei Leoni, llegaron a la intersección de una calle excepcionalmente estrecha, casi un callejón. En el letrero se podía leer VIA DANTE ALIGHIERI.

—Parece que sabes mucho sobre el cerebro humano —dijo Langdon—. ¿Era esa tu especialidad en la facultad de medicina?

—No, pero de niña leí mucho al respecto. Me comencé a interesar en la ciencia cerebral porque tenía unos… problemas médicos.

Langdon la miró con curiosidad, esperando que continuara.

—Mi cerebro —dijo Sienna— crecía de forma distinta al de los demás niños y me causaba algunas… dificultades. Me pasé mucho tiempo intentando averiguar qué me ocurría y, de paso, aprendí mucho sobre neurociencia —se volvió hacia él—. Y sí, mi calvicie está relacionada con mi problema médico.

Langdon apartó la mirada, avergonzado por haber preguntado.

—No te preocupes —dijo ella—, he aprendido a vivir con ello.

Mientras se adentraban en el oscuro callejón, Langdon pensó en todo lo que acababa de descubrir sobre Zobrist y su alarmante posición filosófica.

Había algo a lo que no dejaba de darle vueltas.

—Esos soldados —comenzó a decir Langdon—, los que están intentando matarnos. ¿Quiénes son? No tiene sentido. Si Zobrist planeaba crear una plaga ¿no debería estar todo el mundo del mismo lado, intentando evitarlo?

—No necesariamente. Puede que Zobrist fuera un paria en la comunidad médica pero, con toda seguridad, cuenta con una legión de devotos seguidores de su ideología; gente que está de acuerdo con que el sacrificio selectivo es un mal necesario para salvar el planeta. Que sepamos, estos soldados pueden estar intentando asegurarse de que la visión de Zobrist se lleve a cabo.

«¿Un ejército privado de discípulos?». Langdon consideró la posibilidad. Ciertamente, la historia estaba llena de fanáticos y sectas que se suicidaban por muy distintas creencias (porque su líder es el Mesías o porque una nave espacial les está esperando detrás de la luna, o quizá porque el Juicio Final es inminente). Al menos, la especulación sobre el control de la población estaba fundamentada de manera científica. Sin embargo, había algo acerca

de esos soldados que no acababa de encajar.

—Me cuesta creer que un grupo de soldados entrenados acepte matar masas de personas inocentes… sabiendo que ellos mismos enfermarán y morirán.

Sienna lo miró desconcertada.

—Robert, ¿qué crees que hacen los soldados cuando van a una guerra? Matan gente inocente y arriesgan su propia vida. Todo es posible cuando una persona cree en una causa.

—¿Una causa? ¿Propagar una plaga?

Los ojos marrones de Sienna lo miraron inquisitivamente.

—Robert, la causa no es propagar una plaga, sino salvar el mundo —se detuvo un momento—. Uno de los pasajes del artículo de Bertrand Zobrist que dio más que hablar era una pregunta hipotética. Quiero que la contestes.

—¿Cuál es?

—Zobrist preguntaba lo siguiente: Si pudieras accionar un interruptor y matar a la mitad de la población de la Tierra, ¿lo harías?

—Claro que no.

—Muy bien. ¿Y si te dijeran que, en caso de no accionarlo ahora mismo, la raza humana se extinguiría en los próximos cien años? —Hizo una pausa—: ¿Lo harías entonces? ¿Aunque supusiera la muerte de amigos, familiares y posiblemente la tuya propia?

—Sienna, no puedo…

—Es una pregunta hipotética —dijo—. ¿Estarías dispuesto a matar hoy a la mitad de la población si con eso pudieras salvar a nuestra especie de la extinción?

El macabro tema que estaban discutiendo había alterado profundamente a Langdon, de modo que no pudo evitar sentirse aliviado al ver el familiar cartel rojo en la fachada del edificio de piedra que tenían enfrente.

—Mira —anunció, señalándolo—. Hemos llegado.

Sienna negó con la cabeza.

—Como he dicho antes. Negación de la realidad.

51

La Casa di Dante estaba localizada en la Via Santa Margherita y era fácilmente identificable por el gran cartel rojo que colgaba en su fachada de piedra: MUSEO CASA DI DANTE.

Sienna se mostró extrañada:

—¿Vamos a la casa de Dante?

—No exactamente —dijo Langdon—. Dante vivía a la vuelta de la esquina. Esto es más bien un… museo. —Langdon había visitado el lugar en una ocasión para ver su colección, pero consistía en poco más que reproducciones de obras relacionadas con la obra del poeta florentino procedentes de todo el mundo. Aun así, no dejaba de ser interesante verlas todas juntas reunidas bajo un mismo techo.

De repente, Sienna pareció animarse.

—¿Y crees que tendrán algún ejemplar antiguo de la *Divina Comedia*?

Langdon soltó una risa ahogada.

—No, pero sé que tienen una tienda que vende pósters con todo el texto impreso en letra microscópica.

Sienna lo miró ligeramente horrorizada.

—Ya, pero es mejor que nada. El único problema es que mi vista ya no es lo que era, de modo que tendrás que leerlo tú.

—*È chiusa* —dijo un hombre mayor al ver que se acercaban a la puerta—. *È il giorno di riposo*.

«¿Cerrado por descanso?». Langdon volvió a sentirse desorientado. Se volvió hacia Sienna.

—Pero ¿hoy no estamos a… lunes?

Ella asintió.

—Los florentinos prefieren celebrar el descanso semanal en lunes.

Langdon maldijo entre dientes al recordar el inusual calendario

laboral de la ciudad. Como el dinero de los turistas entraba en mayor cantidad los fines de semana, muchos florentinos habían decidido trasladar el día de descanso al lunes para que no se interpusiera en exceso con su principal medio de subsistencia.

Lamentablemente, cayó en la cuenta Langdon, eso también descartaba su otra opción, la librería Paperback Exchange, una de sus favoritas de la ciudad. Ahí sin duda habrían encontrado ejemplares de la *Divina Comedia*.

—¿Alguna otra idea? —preguntó Sienna.

Langdon lo pensó un momento y al fin asintió.

—Hay un lugar a la vuelta de la esquina donde se reúnen los entusiastas de Dante. Estoy seguro de que alguno tendrá un ejemplar.

—Seguramente también está cerrado —le advirtió Sienna—. Casi todos los establecimientos de la ciudad cierran el lunes.

—Este lugar jamás haría algo así —respondió Langdon con una sonrisa—. Es una iglesia.

A menos de cincuenta metros, al acecho entre el gentío, el hombre del sarpullido y el pendiente de oro permanecía apoyado en la pared, aprovechando esa oportunidad para recobrar el aliento. Su respiración, sin embargo, no mejoraba, y la erupción de su rostro era casi imposible de ignorar, sobre todo en la zona más sensible justo encima de los ojos. Se quitó los anteojos Plume Paris y se frotó suavemente las cuencas con la manga, procurando no reventar las pústulas. Cuando volvió a ponerse los anteojos, advirtió que su presa se había puesto en marcha de nuevo. Tras hacer un rápido acopio de fuerzas, prosiguió la persecución.

A varias manzanas de allí, en el interior del Salón de los Quinientos, el agente Brüder se encontraba ante el descoyuntado cadáver de la mujer del cabello en punta, a la que conocía demasiado bien y que ahora yacía en el suelo en medio de la sala. Se arrodilló a su lado, agarró su pistola y la entregó a uno de sus hombres después de ponerle el seguro.

La administradora, Marta Álvarez, estaba a su lado. Le acababa de ofrecer una breve pero sorprendente relación de todo lo que había ocurrido con Robert Langdon desde la noche anterior, incluida una noticia que Brüder todavía estaba intentando procesar.

«Langdon asegura que sufre amnesia».

Agarró su teléfono móvil y marcó el número. La línea sonó tres veces y luego contestó una voz distante y trémula.

—¿Sí, agente Brüder? Diga.

Él habló con lentitud para asegurarse de que lo comprendía bien.

—Todavía estamos intentando localizar a Langdon y a la chica, pero hay una novedad —hizo una breve pausa—. Y, si es cierta…, lo cambia todo.

El comandante iba de un lado a otro de su despacho, resistiéndose a la tentación de servirse otro whisky y obligándose a hacer frente de una vez a esa situación que no dejaba de empeorar.

Nunca en toda su carrera había traicionado a un cliente ni había dejado de cumplir un acuerdo. Y no tenía intención de comenzar a hacerlo. Pero, por otro lado, sospechaba que se había visto involucrado en una situación cuyo propósito divergía del que había imaginado en un principio.

Un año atrás, el famoso genetista Bertrand Zobrist había acudido a bordo del *Mendacium* para solicitar que le proporcionaran un refugio seguro en el que pudiera trabajar. Por aquel entonces, el comandante creía que Zobrist estaba planeando desarrollar una medicina secreta cuya patente incrementaría su ya vasta fortuna. No era la primera vez que el Consorcio era contratado por un científico o un ingeniero paranoico que prefería trabajar del todo aislado para evitar que le robaran sus valiosas ideas.

Con eso en mente, el comandante aceptó trabajar para él. No le sorprendió que la gente de la Organización Mundial de la Salud hubiera comenzado a buscarlo. Tampoco le dio mayor importancia al hecho de que la directora misma de la OMS, la doctora Elizabeth Sinskey, pareciera haber convertido la localización de su cliente en una misión personal.

«El Consorcio se ha enfrentado desde siempre a adversarios poderosos».

Como habían acordado, el Consorcio había cumplido su parte del acuerdo con Zobrist sin hacer preguntas, y había frustrado todos los intentos que, durante el período estipulado en el contrato, la doctora Sinskey había llevado a cabo para localizarlo.

«O, mejor dicho, durante casi todo el período».

Menos de una semana antes de que el acuerdo expirara, la

doctora Sinskey se las había arreglado para localizar a Zobrist en Florencia y lo había estado hostigando y acosando hasta que el científico se había suicidado. Por primera vez en su carrera, el comandante no había podido proporcionar a un cliente la protección que le había prometido, y eso lo obsesionaba… Igual que las extrañas circunstancias de su muerte.

«¿Prefirió suicidarse… antes de que lo capturaran?».

«¿Qué estaba protegiendo?».

Después de la muerte de Zobrist, la doctora Sinskey había confiscado un objeto de su caja de seguridad, y ahora el Consorcio estaba enzarzado en una dura batalla con Sinskey en Florencia; una suerte de caza del tesoro en busca de…

«¿En busca de qué?».

Instintivamente, el comandante echó un vistazo al grueso tomo que le había dado dos semanas atrás un desquiciado Zobrist.

«La *Divina Comedia*».

Tomó el ejemplar y lo dejó caer sobre el escritorio. Con dedos temblorosos, lo abrió por la primera página y volvió a leer la dedicatoria.

Mi querido amigo, gracias por ayudarme a encontrar la senda.

El mundo también se lo agradece.

«En primer lugar —pensó el comandante—, usted y yo nunca hemos sido amigos».

Leyó la dedicatoria tres veces más, y luego se volvió hacia el círculo rojo que había garabateado en su calendario. El día siguiente.

«¿El mundo se lo agradece?».

Se quedó mirando el horizonte un largo rato.

En medio del silencio, pensó en el video y recordó la llamada del facilitador Knowlton. «Señor, creo que sería mejor que viera este video antes de hacer nada con él…, el contenido es bastante perturbador».

Esa llamada todavía lo desconcertaba. Knowlton era uno de sus mejores facilitadores, y era muy extraño que hubiera realizado una

petición como esa. Sabía que era mejor no sugerir tal infracción del protocolo de compartimentalización.

Después de colocar el ejemplar de la *Divina Comedia* en un estante, el comandante se acercó a la botella de whisky y se sirvió un vaso.

Debía tomar una decisión muy difícil.

52

A pesar de ser conocido como la iglesia de Dante, el santuario de la Chiesa di Santa Margherita dei Cerchi en realidad es más una capilla que una iglesia. Este pequeño templo de una estancia está considerado entre los devotos de Dante el lugar sagrado en el que tuvieron lugar dos momentos fundamentales de la vida del gran poeta.

Según la tradición, fue en esta iglesia donde Dante vio por primera vez a los nueve años de edad a Beatrice Portinari, de quien se enamoró a primera vista y a quien siguió amando durante toda la vida. Para gran consternación del poeta, Beatrice se casó con otro y murió a los veinticuatro años.

Fue también en esta iglesia donde Dante se casó algunos años más tarde con Gemma Donati, una mujer que, según el testimonio del gran poeta Boccaccio, no estaba a la altura de Dante. A pesar de tener hijos, la pareja ofrecía escasas muestras de afecto mutuo y, tras el destierro de Dante, ninguno de los dos hizo demasiados esfuerzos para intentar volver a verse.

El verdadero amor del poeta florentino, pues, siempre fue la atormentada Beatrice Portinari, a quien apenas conoció pero cuyo recuerdo fue tan poderoso que fue capaz de inspirar sus mejores obras.

Su celebrado volumen de poesía *La Vita Nuova*, por ejemplo, está repleto de versos elogiosos dedicados a «la bendita Beatrice». Y en la *Divina Comedia*, todavía más laudatoria, su amada es nada menos que quien le guía a través del paraíso. En ambas obras el poeta demuestra lo mucho que añoraba a su inalcanzable dama.

Hoy en día, la iglesia de Dante se ha convertido en un santuario para quienes sufren mal de amores. La tumba misma de la joven Beatrice está dentro de la iglesia, y su sencillo sepulcro ha pasado a ser un destino de peregrinación tanto para los seguidores de Dante

como para los amantes desconsolados.

Langdon y Sienna siguieron avanzando por las callejuelas de la vieja Florencia, algunas tan estrechas que apenas se las podía considerar poco más que pasajes peatonales. De vez en cuando aparecía un auto que intentaba abrirse paso lentamente a través de ese laberinto, lo cual obligaba a los peatones a pegarse bien a los edificios para dejarlo pasar.

—La iglesia está a la vuelta de la esquina —le dijo Langdon a Sienna. Esperaba que algún turista que estuviera dentro pudiera ayudarlos. Sabía que sus posibilidades de encontrar a un buen samaritano eran mayores ahora que Sienna le había cambiado la chaqueta por la peluca y ambos habían vuelto a adoptar su verdadera personalidad. Ya no eran un roquero y una *skinhead*…, sino un profesor universitario y una joven acicalada.

Langdon se sentía aliviado de volver a tener su aspecto.

Al internarse en una callejuela todavía más angosta —la Via del Presto—, Langdon comenzó a examinar las puertas una a una. La entrada de la iglesia siempre era difícil de identificar porque el edificio no era muy grande, carecía de decoración exterior y estaba encajonado entre otros dos. Era fácil pasar por delante sin reparar en él. Curiosamente, a veces era más fácil localizar esta iglesia con los oídos que con los ojos.

Una de las peculiaridades de Santa Margherita dei Cerchi era que con frecuencia albergaba conciertos, o, cuando no había ninguno programado, sonaban grabaciones de los mismos para que los visitantes pudieran disfrutar de música a cualquier hora.

Tal y como esperaba, en un momento dado Langdon comenzó a oír débiles notas de música grabada cuyo volumen fue en aumento a medida que avanzaban. La única indicación de que este era el lugar correcto era un pequeño letrero —antítesis del reluciente cartel rojo del Museo Casa di Dante— que anunciaba humildemente que se trataba de la iglesia de Dante y Beatrice.

Al entrar en sus oscuros confines, el aire pasó a ser más fresco y la música más alta. El interior era austero y sencillo…, y más pequeño todavía de lo que Langdon recordaba. Apenas se veía un puñado de turistas que conversaban entre sí, escribían en sus diarios, permanecían sentados en silencio en los bancos disfrutando de la música o examinaban la curiosa colección de arte de la iglesia.

Salvo el retablo de Neri di Bicci dedicado a la *Madonna*, casi todas las obras de arte originales de la capilla habían sido reemplazadas con piezas contemporáneas que representaban a las dos celebridades por las que los visitantes iban hasta allí: Dante y Beatrice. La mayoría de los cuadros representaban la famosa escena en la que el poeta había visto a su amada por primera vez; el momento en el que, según contaba el propio Dante, cayó enamorado al instante. La calidad de las pinturas era muy diversa y, para el gusto de Langdon, en general parecían excesivamente *kitsch* y fuera de lugar. En una de ellas, el icónico gorro rojo con ligaduras de Dante casi parecía salido del guardarropa de Santa Claus. A pesar de todo, el tema recurrente de la ávida mirada del poeta a su amada Beatrice dejaba bien claro que se trataba de una iglesia consagrada al amor desgraciado; el no correspondido, incumplido e inalcanzable.

Langdon se volvió instintivamente hacia la izquierda y echó un vistazo a la modesta tumba de Beatrice Portinari. Era la principal razón por la que la gente visitaba esa iglesia; aunque no tanto para ver la tumba misma como por el famoso objeto que había a su lado.

«Una canasta de mimbre».

Como siempre, esa mañana se encontraba junto al sepulcro. Y, como siempre, estaba repleta de papeles doblados: cartas y notas manuscritas de los visitantes a Beatrice.

Se había convertido en algo así como la santa patrona de los amantes desgraciados y, según una larga tradición, estos depositaban la petición manuscrita en el cesto con la esperanza de que Beatrice interviniera en nombre del poeta e hiciera que alguien les quisiera más, o les ayudara a encontrar el verdadero amor o, quizá, les diera la fortaleza necesaria para olvidar un amor que había fallecido.

Muchos años atrás, mientras se encontraba inmerso en el farragoso proceso de investigación para un libro sobre la historia del arte que iba a escribir, Langdon se detuvo en esa iglesia para dejar una nota en la canasta y pedirle a la musa de Dante no que le concediera el verdadero amor, sino parte de esa inspiración que había permitido a Dante escribir su obra maestra.

«Cuéntame, Musa, la historia del hombre de muchos senderos».

La primera frase de la *Odisea* de Homero le pareció una oración

adecuada, y en su fuero interno creía que su mensaje efectivamente había suscitado la inspiración divina de Beatrice, pues al regresar a casa pudo escribir el libro con inusual facilidad.

—*Scusate!* —oyó que decía Sienna de repente—. *Potete ascoltarmi tutti?* ¿Todo el mundo?

Langdon se volvió y vio que se estaba dirigiendo a un grupo de turistas que la miraban extrañados.

Sienna les sonreía dulcemente y les preguntó en italiano si alguien tenía un ejemplar de la *Divina Comedia*. Después de unas cuantas miradas de desconcierto y varias negaciones con la cabeza, lo volvió a preguntar en inglés, pero el resultado fue el mismo.

Una mujer mayor que estaba barriendo el altar la hizo callar llevándose un dedo a los labios para indicarle que mantuviera silencio.

Sienna se volvió hacia Langdon con el ceño fruncido, como preguntándole: «¿Y ahora qué?».

La petición «a todas las unidades» de Sienna no era exactamente lo que Langdon había planeado, pero tampoco había contado con obtener un fracaso tan estrepitoso. En anteriores visitas, había visto a no pocos turistas leyendo la *Divina Comedia* en este espacio sagrado, disfrutando de una inmersión total en la experiencia de Dante.

«Hoy no».

Langdon se fijó entonces en una pareja mayor que estaba sentada en la parte delantera de la iglesia. El hombre tenía la cabeza calva inclinada hacia adelante, con la barbilla pegada al pecho. No había duda de que estaba echando una siesta. La mujer que había a su lado, en cambio, parecía bien despierta. Bajo su cabello gris se adivinaban un par de cables blancos que le colgaban de las orejas.

«Un rayo de esperanza», pensó Langdon, y enfiló el pasillo hasta llegar junto ellos. Como esperaba, los cables blancos de la mujer conducían a un iPhone que descansaba sobre su regazo. Al advertir que alguien la miraba, la mujer levantó la vista y se quitó los auriculares.

Langdon no tenía ni idea de qué idioma hablaba, pero la proliferación global de iPhones, iPods y iPads había extendido un vocabulario tan conocido universalmente como los símbolos de

hombre y mujer que decoraban los baños de todo el mundo.

—¿iPhone? —preguntó Langdon, señalando el aparato.

Al instante, el rostro de la mujer se iluminó y asintió orgullosa.

—Un artilugio increíble —susurró en un inglés con acento británico—. Me lo compró mi hijo. Estoy escuchando mi correo electrónico. ¿Lo puede creer…? ¡*Escuchando* mi correo electrónico! Este pequeño tesoro me lo *lee*. Con lo mal que tengo la vista, es toda una ayuda.

—Yo también tengo uno —dijo Langdon con una sonrisa, y se sentó a su lado, con cuidado de no despertar al marido dormido—, pero anoche lo perdí.

—¡Pero qué tragedia! ¿Ha probado la función «Encuentra tu iPhone»? Mi hijo dice que…

—Fui un idiota, nunca la llegué a activar. —Langdon la miró con expresión desconsolada y, tan educadamente como pudo, le pidió el móvil—: Si no es molestia, ¿le importaría prestarme el suyo un momento? Necesito consultar una cosa en internet y sería de gran ayuda.

—¡Por supuesto! —La mujer desenchufó los auriculares del aparato y se lo ofreció—. ¡No hay ningún problema!

Langdon le dio las gracias y agarró el teléfono. Mientras ella explicaba lo mal que se sentiría si perdiera su iPhone, él abrió la ventana de búsqueda de Google y presionó el botón del micrófono. Tras oír el pitido, Langdon pronunció las palabras a buscar.

—Dante, *Divina Comedia*, *Paradiso*, canto veinticinco.

La mujer se quedó sorprendida, como si todavía no conociera esa función. Mientras esperaba que los resultados aparecieran en la pequeña pantalla, Langdon echó un vistazo a Sienna, que estaba hojeando unos folletos que había cerca de la canasta de cartas a Beatrice.

No lejos de ella, había un hombre con corbata que rezaba con la cabeza gacha y arrodillado en las sombras. Langdon no podía verle la cara, pero sintió una punzada de tristeza al pensar que este hombre solitario seguramente había perdido a su amada y había venido aquí en busca de consuelo.

Langdon volvió a prestar atención al iPhone y, unos segundos después, encontró un enlace a una edición digital de la *Divina Comedia*, la traducción ya era de dominio público. Cuando la

página se abrió justo en el canto veinticinco, Langdon tuvo que admitir que se sentía realmente impresionado. «Tengo que dejar de ser tan esnob —se recordó a sí mismo—, los *ebooks* tienen sus cosas».

La mujer lo miraba ahora con preocupación y decía algo acerca de las elevadas tarifas del acceso a internet en el extranjero. Langdon tuvo la sensación de que esa oportunidad sería breve y se apresuró a examinar la página web.

El texto era muy pequeño, pero la tenue luz de la capilla hacía más legible la pantalla iluminada. A Langdon le alegró haber dado por casualidad con la traducción al inglés realizada por el fallecido profesor norteamericano Allen Mandelbaum. Por esta deslumbrante traducción, Mandelbaum había recibido la máxima condecoración que se concedía en Italia, la Orden de la Estrella de la Solidaridad Italiana. Si bien no era tan poética como la de Longfellow, se trataba de una versión bastante más comprensible.

«Hoy me interesa más la claridad que la poesía», pensó Langdon, esperando encontrar lo más rápido posible la referencia a una localización específica de Florencia: el lugar en el que Ignazio había escondido la máscara mortuoria de Dante.

La pequeña pantalla del iPhone mostraba solo seis versos a la vez. En cuanto comenzó a leer, Langdon recordó de qué pasaje se trataba. Al principio del canto, Dante hacía referencia a la propia *Divina Comedia* y el desgaste físico que su escritura le había acarreado. También mostraba su deseo de que ese poema sacro le permitiera sobreponerse del cruel destierro que le mantenía alejado de su querida Florencia.

CANTO XXV

Si aconteciese que el poema sacro
en el que han puesto mano cielo y tierra,
y por el que hace mucho me demacro,
venciera la crueldad que me destierra
del redil en el que yo era corderuelo,
contra lobos que le mueven a la guerra...

Si bien el pasaje era un recordatorio de que Florencia era el

hogar que Dante añoraba mientras escribía la *Divina Comedia*, Langdon no vio en él ninguna referencia a ningún lugar específico de la ciudad.

—¿Sabe cuáles son las tarifas de transmisión de datos? —le interrumpió la mujer, que parecía cada vez más preocupada—. Recuerdo que mi hijo me dijo que tuviera cuidado si navegaba en el extranjero.

Langdon le aseguró que sería solo un minuto y se ofreció a pagárselo. Aun así, le quedó claro que no le dejaría leer enteros los ciento cuarenta versos del canto.

Rápidamente, pasó a las seis líneas siguientes y continuó leyendo.

con diferente voz, contro pelo
retronaré poeta, y en la fuente
de mi bautismo tomaré el capelo;
porque en aquella fe, que hace que cuente
el alma para Dios, allí entré, y luego
Pedro por ella me rodeó la frente.

Langdon también recordaba ese pasaje. Era una oblicua referencia al pacto político que le habían ofrecido sus enemigos. Según la historia, los «lobos» que desterraron a Dante de Florencia le dijeron que podría regresar siempre y cuando se sometiera a un escarnio público: presentarse ante toda una congregación, en su fuente bautismal, ataviado únicamente con un sambenito a modo de admisión de culpa.

En el pasaje que acababa de leer, Dante rechaza la propuesta y proclama que si alguna vez regresa a su fuente bautismal, lo hará no con el sambenito de un hombre culpable, sino con la corona de laurel de un poeta.

Langdon levantó el dedo índice para pasar de página, pero al parecer la mujer había reconsiderado su préstamo y había extendido la mano para que le devolviera el iPhone.

Él hizo caso omiso. Cuando iba a pasar de pantalla, algo en uno de los versos que acababa de leer llamó su atención…

retornaré poeta, y en la fuente

de mi bautismo tomaré el capelo;

Langdon se quedó mirando las palabras. En su ansia por encontrar la mención a un lugar específico, casi pasa por alto la prometedora perspectiva que ofrecían esos versos iniciales.

en la fuente de mi bautismo

En Florencia se encontraba una de las fuentes bautismales más famosas del mundo. Durante más de setecientos años había sido utilizada para purificar y bautizar a jóvenes cristianos, entre los cuales se encontraba Dante Alighieri.

Langdon evocó entonces la imagen del edificio en el que se encontraba la fuente. Se trataba de un espectacular edificio octogonal que, en muchos sentidos, era más espectacular que el mismo Duomo. Se preguntó entonces si no habría leído ya todo lo que necesitaba.

«¿Será este edificio el lugar al que Ignazio se refería?».

Un dorado rayo pasó por la mente de Langdon, y una hermosa imagen se materializó de repente: un espectacular juego de puertas de bronce, radiante y reluciente bajo la luz de la mañana.

«¡Ya sé lo que intentaba decirme Ignazio!».

Cualquier duda que todavía pudiera tener se evaporó un instante después, cuando cayó en la cuenta de que Ignazio Busoni era una de las pocas personas que podía abrir esas puertas.

«Robert, las puertas están abiertas para ti, pero debes darte prisa».

Langdon le devolvió el iPhone a la mujer mayor y le dio las gracias profusamente.

Regresó junto a Sienna y, en voz baja, le anunció emocionado:

—¡Sé de qué puertas hablaba Ignazio! ¡Las puertas del paraíso!

Sienna lo miró confundida.

—¿Las puertas del paraíso? ¿Pero esas no están… en el cielo?

—En realidad —dijo Langdon con una irónica sonrisa y mientras ya se encaminaba hacia la puerta—, si uno sabe dónde buscar, Florencia es el paraíso.

53

«Retornaré poeta… a la fuente de mi bautismo».

Las palabras de Dante seguían resonando en la mente de Langdon mientras conducía a Sienna al norte por el estrecho pasaje conocido como Via dello Studio. Su destino se encontraba al final de la calle y, a cada paso, Langdon estaba más convencido de que la pista que seguían era buena y que habían dejado a sus perseguidores atrás.

«Las puertas están abiertas para ti, pero debes darte prisa».

Al acercarse al final del callejón, estrecho como una sima, Langdon comenzó a oír el leve murmullo del bullicio que les esperaba delante. De repente, las oscuras paredes que había a cada lado dieron paso a una amplia extensión luminosa.

La Piazza del Duomo.

Esta enorme plaza y su compleja red de edificios eran el antiguo centro religioso de Florencia. Con el tiempo, sin embargo, se había convertido en un concurrido enclave turístico, y a esa hora ya estaba repleta de autobuses y multitudes de visitantes que abarrotaban los alrededores de la célebre catedral de Florencia.

Langdon y Sienna se encontraban en el lado sur de la plaza y tenían ante sí el lateral sur de la catedral, con su deslumbrante exterior de mármol verde, rosa y blanco. Ese edificio, tan sobrecogedor en tamaño como en la pericia artística empleada en su construcción, se extendía en ambas direcciones hasta alcanzar una distancia realmente increíble: era casi tan extenso como alto el monumento a Washington de la capital norteamericana.

A pesar de su abandono de la tradicional filigrana de piedra monocromática en favor de una mezcla de colores inusual y llamativa, la estructura era puramente gótica: clásica, robusta y perdurable. En su primera visita a la ciudad, Langdon encontró su arquitectura casi chillona. En viajes posteriores, sin embargo, se

pasó horas estudiando la estructura, cautivado por sus inusuales efectos estéticos y, al fin, había llegado a apreciar su espectacular belleza.

Además de motivar el apodo de Ignazio Busoni, el Duomo —o, más formalmente, la catedral de Santa Maria del Fiore— le había proporcionado a Florencia no solo un corazón espiritual, sino siglos de dramas e intrigas. El volátil pasado del edificio iba desde los largos y encendidos debates sobre el muy criticado fresco de Vasari que había en el interior de la cúpula… hasta la disputada competición para seleccionar el arquitecto que la terminaría.

Finalmente, fue Filippo Brunelleschi quien consiguió el lucrativo contrato y completó la cúpula —la más grande del mundo en su época—. Hoy en día se puede ver una escultura dedicada a él en un nicho de la fachada del Palazzo dei Canonici, sentada frente al Duomo y admirando su obra maestra con satisfacción.

Esa mañana, al alzar la vista hacia la célebre cúpula de tejas rojas que en su momento había supuesto un hito arquitectónico, Langdon recordó el día en que decidió subir a lo alto y descubrió que sus estrechas escaleras repletas de turistas eran tan angustiantes como cualquiera de los claustrofóbicos espacios en los que tenía fobia a entrar. Aun así, agradeció la dura experiencia de subir la «cúpula de Brunelleschi», pues le animó a leer un entretenido libro de Ross King con ese título.

—¿Robert? —preguntó Sienna—. ¿Vienes?

Langdon volvió en sí y se dio cuenta de que se había detenido para admirar la arquitectura.

—Lo siento.

Siguieron adelante por el perímetro de la plaza, con la catedral a su derecha, y Langdon advirtió que de las puertas laterales comenzaban a salir turistas que ya habían tachado el nombre del edificio de su lista de lugares por ver.

Sobre ellos se alzaba la inconfundible silueta del Campanile, la segunda de las tres estructuras que formaban el complejo de la catedral. Se la conocía popularmente como el Campanario de Giotto, y su fachada de mármol rosa, verde y blanco no dejaba duda alguna sobre su relación con la catedral que tenía al lado. Esta torre cuadrangular se elevaba hasta la mareante altura de ochenta y cuatro metros. A Langdon siempre le había sorprendido que su

esbelta estructura hubiera resistido terremotos y temporales y que todavía permaneciera de pie después de tantos siglos, sobre todo teniendo en cuenta lo pesada que era su parte superior: las campanas eran de más de nueve mil kilos.

Sienna iba a su lado sin dejar de mirar nerviosamente el cielo por si aparecía el *drone*. Por suerte, el dichoso artilugio no se veía por ningún lado. A pesar de lo temprano que era en la calle ya había mucha gente, y Langdon dijo que lo mejor sería avanzar entre la muchedumbre.

Al acercarse al Campanile pasaron por delante de una hilera de caricaturistas que dibujaban a turistas ante sus caballetes: un adolescente sobre un monopatín, una chica con dientes de caballo blandiendo un palo de *lacrosse*, una pareja de recién casados besándose sobre un unicornio… A Langdon le parecía gracioso que esa actividad estuviera permitida en los mismos adoquines sagrados sobre los que Miguel Ángel había apoyado su caballete.

Tras rodear la base del Campanario de Giotto, Langdon y Sienna torcieron a la derecha y salieron a la plaza que había delante de la catedral. Ahí todavía había más gente. Turistas de todo el mundo apuntaban sus cámaras de fotos y de video a la colorista fachada principal.

Langdon apenas se fijó. Su atención estaba puesta en el edificio mucho más pequeño que acababa de quedar a la vista. Justo enfrente de la entrada principal de la catedral se encontraba la tercera y última estructura del complejo catedralicio.

También era la favorita de Langdon.

El Baptisterio de San Juan.

Adornado con el mismo mármol polícromo y las mismas pilastras a rayas que la catedral, el baptisterio se diferenciaba del edificio principal por su sorprendente forma: un octágono perfecto. De aspecto parecido al de un pastel, decían algunos, la estructura de ocho lados tenía tres niveles y estaba coronada por un techo bajo y blanco.

Langdon sabía que la forma octogonal no tenía nada que ver con la estética sino con el simbolismo. Para el cristianismo, el número ocho representaba renacimiento y recreación. El octágono era un recordatorio visual del octavo día, en el que los cristianos «renacían» o «se recreaban» a través del bautismo, después de los

seis que tardó Dios en construir el cielo y la Tierra y del séptimo de descanso. El octágono se había convertido en una forma común en los baptisterios de todo el mundo.

Aunque Langdon lo consideraba uno de los edificios más impresionantes de Florencia, su localización siempre le había parecido un poco injusta. En cualquier otro lugar del mundo, ese edificio habría sido el centro de atención. Allí, sin embargo, a la sombra de sus dos colosales estructuras hermanas, daba la impresión de ser el más insignificante del grupo.

«Hasta que uno entra», se recordó a sí mismo Langdon, y pensó en el impactante mosaico del techo, tan espectacular que sus primeros admiradores aseguraron que parecía el mismo cielo. «Si uno sabe dónde mirar —le había dicho irónicamente a Sienna—, Florencia es el paraíso».

Durante siglos, en ese santuario de ocho lados se había celebrado el bautismo de incontables celebridades, entre las cuales estaba el mismo Dante.

«Retornaré poeta…, a la fuente de mi bautismo».

A causa de su destierro, no le permitieron regresar a ese lugar sagrado, pero Langdon sentía la creciente certidumbre de que su máscara mortuoria, a través de la inverosímil serie de acontecimientos que tuvieron lugar la pasada noche, sí había conseguido regresar.

«El baptisterio —pensó Langdon—. Este tiene que ser el lugar donde Ignazio escondió la máscara antes de morir». Recordó entonces el mensaje desesperado que le había dejado su amigo y, por un escalofriante momento, se imaginó al corpulento hombre agarrándose el pecho y atravesando a tumbos la *piazza* hasta un callejón para hacer la que sería su última llamada.

«Las puertas están abiertas para ti».

Langdon se abría paso entre el gentío con la mirada puesta en el baptisterio. Sienna andaba ahora a tal velocidad que él casi tenía que correr para mantener el paso. Incluso desde la distancia, pudo distinguir las enormes puertas principales del edificio reluciendo bajo la luz del sol.

Estaban hechas de bronce dorado y medían más de cuatro metros de altura. Su creador, Lorenzo Ghiberti, había tardado más de veinte años en terminarlas. Los diez intrincados paneles de

figuras bíblicas que las adornaban eran de tal calidad que Giorgio Vasari las consideró «incuestionablemente perfectas en todos los sentidos…, y la obra maestra más grande jamás creada».

Fue otro efusivo artista, sin embargo, quien acuñó el sobrenombre que todavía se usa para designarlas. Miguel Ángel había proclamado que eran tan hermosas que eran dignas de considerarse… las puertas del paraíso.

54

«La Biblia en bronce», pensó Langdon mientras admiraba las hermosas puertas que tenía delante.

Las relucientes puertas del paraíso de Ghiberti estaban adornadas con diez paneles cuadrados, cada uno de los cuales representaba una importante escena del Antiguo Testamento. Del jardín del Edén a Moisés, pasando por el templo del rey Salomón, la narración esculpida por Ghiberti se desarrollaba a través de dos columnas verticales de cinco paneles cada una.

Esta impresionante serie de escenas individuales había originado una especie de concurso de popularidad entre artistas e historiadores del arte. Desde hacía siglos, todo el mundo —de Botticelli a los críticos modernos— debatía cuál era «el mejor panel». Por consenso general, el ganador era el de Esaú y Jacob (el panel central de la columna de la izquierda), supuestamente escogido por la impresionante cantidad de técnicas artísticas utilizadas en su elaboración. Langdon sospechaba, sin embargo, que la verdadera razón de la hegemonía de ese panel era el hecho de que el mismo Ghiberti hubiera estampado en él su firma.

Unos pocos años antes, Ignazio Busoni le había enseñado las puertas a Langdon con orgullo, si bien luego había admitido que, tras estar medio milenio expuestas a inundaciones, vandalismo y polución, las puertas doradas habían sido reemplazadas por unas réplicas exactas y ahora las originales se encontraban en el Museo dell’Opera del Duomo para ser restauradas. Langdon se abstuvo de decirle a Busoni que sabía perfectamente que habían estado admirando unas copias y que, de hecho, se trataba del segundo juego de puertas «falsas» de Ghiberti que veía. El primero fue por casualidad: mientras investigaba los laberintos de la catedral Grace de San Francisco, descubrió que, desde mediados del siglo XX, las puertas de su entrada principal eran una réplica de las de Ghiberti.

Mientras permanecía ante la obra maestra de Ghiberti, a Langdon le llamó la atención una sencilla frase en italiano que había en un pequeño rótulo informativo.

La Peste Nera. La Peste Negra. «¡Dios mío! —pensó Langdon—, está por todas partes». Según el rótulo, las puertas habían sido encargadas a modo de ofrenda votiva a Dios; una muestra de gratitud por el hecho de que la ciudad hubiera sobrevivido a la plaga.

Langdon volvió a mirar las puertas del paraíso mientras en su cabeza no dejaban de resonar las palabras de Ignazio. «Las puertas están abiertas para ti, pero debes darte prisa».

A pesar de la promesa de Ignazio, en realidad estaban definitivamente cerradas. Como siempre, de hecho, salvo unos pocos días con motivo de alguna fiesta religiosa. Los turistas solían entrar al baptisterio por la puerta norte.

Sienna estaba a su lado de puntillas, intentando ver algo por encima de las cabezas de la gente.

—No hay manija —dijo—. Ni cerradura. Nada.

«Cierto», pensó Langdon, consciente de que Ghiberti no iba a arruinar su obra maestra con algo tan mundano como aquello.

—Las puertas se abren hacia dentro. La cerradura está en el interior.

Sienna se quedó un momento pensativa.

—Entonces, ¿desde fuera… nadie puede saber si las puertas están cerradas con llave o no?

Langdon asintió.

—Espero que fuera eso lo que Ignazio tuviera en mente.

Dio unos cuantos pasos a la derecha y miró hacia el lado norte del edificio, en dirección a una puerta mucho menos ornamentada —la entrada de turistas—, donde un guía con aspecto de estar aburrido fumaba un cigarrillo y se limitaba a responder las preguntas de los visitantes señalándoles un letrero que había encima de la entrada: APERTURA 13.00-17.00.

«Todavía faltan varias horas para que abra —pensó Langdon, aliviado—. Y hoy aún no ha estado nadie dentro».

Consultó la hora instintivamente, y de nuevo volvió a encontrarse con que ya no tenía el reloj de Mickey Mouse.

Cuando regresó junto a Sienna, había llegado un nuevo grupo de

turistas que estaban tomando fotografías a través de la sencilla verja de hierro que había a escasa distancia de las puertas del paraíso para evitar que los visitantes se acercaran demasiado a la obra maestra de Ghiberti.

La verja protectora estaba hecha de barrotes de hierro forjado coronados por unas puntas onduladas y doradas. Parecía más bien una de esas verjas que suelen cercar las casas suburbanas. Como el cartel informativo que describía las puertas del paraíso no estaba colocado en las mismas puertas de bronce sino en esta verja protectora, Langdon había oído que solía provocar no pocas confusiones entre los turistas.

Y, efectivamente, de repente una mujer rechoncha con un suéter de Juicy Couture se abrió paso entre la multitud y, tras ver el letrero, se quedó mirando la verja con el ceño fruncido y dijo con tono de burla: «¿Puertas del paraíso? ¡Pero si parece la cerca de mi perro!». Y se fue antes de que nadie pudiera sacarla de su error.

Sienna extendió las manos y se agarró a la verja protectora para mirar disimuladamente el mecanismo de cierre que había detrás.

—Mira —susurró, volviéndose hacia Langdon con los ojos abiertos como platos—. El candado está abierto.

Langdon miró a través de los barrotes y comprobó que tenía razón. El candado estaba colocado como si estuviera cerrado, pero, al examinarlo con cuidado, podía verse que definitivamente estaba abierto.

«Las puertas están abiertas para ti, pero debes darte prisa».

Langdon levantó la mirada hacia las puertas del paraíso. Si efectivamente Ignazio había dejado abiertas esas puertas, solo tendrían que empujar. El desafío sería hacerlo sin llamar la atención de las personas que se hallaban en la plaza, entre las cuales había, claro, la policía y los guardias del Duomo.

—¡Miren! —exclamó de repente la voz de una mujer que se encontraba cerca—. ¡Va a saltar! —El pánico era perceptible en su voz—. ¡Ahí arriba, en el campanario!

Langdon se dio media vuelta y descubrió que la mujer que gritaba era Sienna. Estaba a unos cinco metros y señalaba el campanario de Giotto.

—¡Ahí arriba! ¡Va a saltar!

De inmediato, todo el mundo se dio la vuelta y levantó la

mirada hacia allí. Algunos comenzaron a señalar, aguzando la mirada y haciendo comentarios en voz alta.

—¡¿Alguien va a saltar?!

—¡¿Dónde?!

—¡No lo veo!

—¡¿Ahí en la izquierda?!

El resto de la plaza apenas tardó unos segundos en advertir el pánico de estos primeros turistas y siguió su ejemplo. Con la furia de un incendio en un campo de heno seco, la oleada de miedo se fue extendiendo por la *piazza* hasta que, finalmente, todo el mundo estuvo mirando hacia arriba y señalando el campanario.

«Marketing viral», pensó Langdon, consciente de que solo tenían un momento para actuar. Agarró la verja de hierro forjado, la abrió al mismo tiempo que Sienna regresaba junto a él y ambos se metieron en el pequeño espacio que había detrás. Entonces, esperando haber entendido bien a Ignazio, Langdon apoyó el hombro en una de las enormes puertas y empujó con fuerza.

Al principio no se movió, pero finalmente, con gran lentitud, la voluminosa sección comenzó a ceder. «¡Las puertas están abiertas para ti!». En cuanto las puertas del paraíso se abrieron un poco, Sienna se metió dentro sin perder tiempo siquiera en mirar si alguien los veía. Langdon fue detrás. Se deslizó de lado por la estrecha abertura y se internó en la oscuridad del baptisterio.

Una vez dentro, ambos se dieron la vuelta y empujaron la puerta para volver a cerrarla. Al instante, el ruido y el caos exterior se evaporaron y todo quedó en silencio.

Sienna señaló una larga viga de madera que había a sus pies. Estaba claro que se trataba del travesaño con el que se atrancaba la puerta.

—Ignazio debió de retirarlo anoche para que pudieras entrar —dijo.

Juntos lo agarraron y lo volvieron a colocar en su sitio, cerrando de nuevo las puertas del paraíso…, y recluyéndose a salvo en su interior.

Durante un momento, permanecieron en silencio, recobrando el aliento apoyados en la puerta. En comparación con la ruidosa *piazza* exterior, el interior del edificio parecía tan pacífico como el mismo paraíso.

Fuera del baptisterio, el hombre de los anteojos Plume Paris se abrió paso entre la muchedumbre, ignorando las miradas de asco de aquellos que advertían su sangriento sarpullido.

Al fin, llegó a las puertas de bronce tras las cuales Robert Langdon y su acompañante rubia habían desaparecido hábilmente; a pesar del ruido que había fuera, pudo oír cómo la atrancaban por dentro.

«Por aquí ya no se puede entrar».

Poco a poco, la plaza fue volviendo a la normalidad. Los turistas que habían estado mirando hacia el campanario habían ido perdiendo interés en el supuesto suicida y todo el mundo volvió a lo suyo.

El hombre se volvió a rascar. La erupción iba a peor. Ahora las yemas de sus dedos también estaban hinchadas y cuarteadas. Se metió las manos en los bolsillos para evitar rascarse. A pesar del dolor que seguía sintiendo en el pecho, comenzó a rodear el octágono en busca de otra entrada.

Apenas había llegado a la esquina cuando sintió un agudo dolor en la manzana de Adán y cayó en la cuenta de que se estaba rascando otra vez.

55

Dice la leyenda que al entrar en el Baptisterio de San Juan es físicamente imposible no levantar la mirada. A pesar de haber visitado muchas veces el lugar, Langdon volvió a sentir esa mística atracción y dejó que su vista se alzara al techo.

Sobre su cabeza, la superficie de la octogonal bóveda del baptisterio se extendía más de veinte metros de un lado al otro. Brillaba y relucía como si estuviera hecha de brasas ardientes. Su bruñida superficie dorada reflejaba la luz ambiental de forma desigual mediante más de un millón de azulejos *smalti*; pequeñas piezas de mosaico de silicio cristalino tallado a mano y organizadas en seis círculos concéntricos que representaban distintas escenas de la Biblia.

La luz natural añadía dramatismo a la lustrosa sección superior de la sala; perforaba la oscuridad del espacio a través de un óculo central —muy parecido al del Panteón de Roma— y mediante una serie de ventanas pequeñas y muy profundas entraban haces de luz tan definidos y delimitados que casi parecían vigas estructurales situadas en ángulos cambiantes.

Al entrar en la sala junto a Sienna, Langdon admiró una vez más el legendario mosaico. En él se representaban los distintos niveles del cielo y el infierno de un modo muy parecido al de la *Divina Comedia*.

«Dante Alighieri vio esto de niño —pensó Langdon—. Esto sí es inspiración divina».

Se fijó entonces en el elemento central del mosaico: cerniéndose justo encima del altar principal había un Jesucristo de ocho metros de altura juzgando a los salvados y los condenados.

A su derecha, los honrados recibían la recompensa de la vida eterna.

A la izquierda, sin embargo, los pecadores sufrían lapidaciones, ardían en estacas y eran devorados por todo tipo de criaturas.

Supervisando las torturas había un colosal Satán retratado como una infernal bestia devoradora de humanos. A Langdon siempre le sobresaltaba ver esa imagen, la misma que setecientos años atrás había contemplado desde las alturas al joven Dante, al que aterrorizó y, posteriormente, inspiró el vívido retrato del ser que moraba en el último círculo del infierno.

El aterrador mosaico que tenían sobre sus cabezas mostraba a un diablo cornudo engullendo a un ser humano por la cabeza. Las piernas de la víctima colgaban de la boca de Satán de un modo muy parecido al de las piernas agitándose en el aire de los pecadores del *Malebolge* de Dante.

«*Lo'mperador del doloroso regno*», pensó Langdon, recordando el texto de Dante. *El césar del imperio doloroso*.

De las orejas de Lucifer salían dos enormes serpientes que también estaban devorando a unos pecadores. La impresión que daba era que Satán tenía tres cabezas, tal y como lo describía Dante en el canto final de su *Inferno*. Langdon hurgó en su memoria y recordó fragmentos de la imaginería de *Inferno*.

«Tenía tres caras en la testa. De seis ojos sus lágrimas brotando, con su sangrienta baba se mezclaban. Con cada boca estaba triturando a un pecador».

Langdon sabía que el hecho de que Satán tuviera tres cabezas estaba cargado de simbolismo: le colocaba en perfecto equilibrio con la gloria triple de la Santísima Trinidad.

Mientras contemplaba la horrenda imagen, intentó imaginarse el efecto que pudo tener el mosaico en el joven Dante, que había atendido servicios en esa iglesia durante años, y había rezado bajo la atenta mirada de Satán. Esta mañana, sin embargo, Langdon tuvo la desagradable sensación de que el diablo lo estaba observando directamente a él.

Bajó la mirada hacia la galería del segundo piso —la única zona desde la que las mujeres podían ver los bautismos—, y luego a la tumba suspendida del antipapa Juan XXIII, cuyo cuerpo yacía en sepultura en lo alto de la pared como si fuera un cavernícola o el sujeto de un truco de levitación.

Finalmente, su vista se posó en el ornamentado suelo, que según

muchos contenía referencias a la astronomía medieval. Recorrió entonces con la mirada los intrincados dibujos en blanco y negro hasta que llegó al centro de la cámara.

«Ahí está», pensó. Ese era el lugar exacto en el que Dante Alighieri había sido bautizado en la segunda mitad del siglo XIII.

—«Retornaré… a la fuente de mi bautismo» —declaró Langdon. Su voz resonó por el espacio vacío—. Aquí está.

Sienna se quedó mirando, desconcertada, el lugar que señalaba Langdon.

—Pero… aquí no hay nada.

—Ya no —respondió Langdon.

Lo único que quedaba era un octágono rojizo-café de pavimento. Esta zona de ocho lados era inusualmente sencilla e interrumpía de manera muy evidente el patrón del suelo circundante, más elaborado. Parecía más bien un gran agujero tapado y, en efecto, eso mismo era.

Langdon explicó de manera rápida que la fuente bautismal original era una piscina octogonal localizada en el centro de la cámara. Mientras que las fuentes modernas solían ser pilas elevadas, las antiguas eran más fieles al significado literal de la palabra *fuente* («manantial»). En ese caso, se trataba de una profunda piscina de agua en la que los fieles se podían sumergir completamente. Langdon se preguntó cómo debía sonar esta cámara de piedra mientras los niños asustados gritaban de miedo al ser bañados en la gran piscina de agua helada que antaño había en el suelo.

—Los bautismos aquí eran fríos y aterradores —explicó Langdon —. Incluso peligrosos. Auténticos ritos de iniciación. Se dice que una vez Dante se arrojó a la piscina para salvar a un niño que se estaba ahogando. En cualquier caso, la fuente original fue cubierta en algún momento del siglo XVI.

Sienna comenzó a mirar a su alrededor con evidente preocupación.

—Pero si la fuente bautismal de Dante ya no está…, ¡¿dónde escondió Ignazio la máscara?!

Langdon comprendió su alarma. En esa enorme cámara no faltaban los escondites: detrás de alguna columna, estatua o tumba, dentro de un nicho, en el altar…, o incluso en los pisos superiores.

Langdon, sin embargo, se volvió hacia la puerta por la que acababan de entrar.

—Deberíamos comenzar por ahí —dijo, señalando una zona cercana a la pared que había justo a la derecha de las puertas del paraíso.

Sobre una plataforma elevada, detrás de una puerta decorativa, había un alto pedestal hexagonal de mármol tallado que parecía un pequeño altar o una mesa de servicio. El exterior estaba tan tallado que parecía un camafeo de nácar. Sobre la base de mármol había una cubierta de madera pulida de aproximadamente un metro de diámetro.

Sienna fue detrás de Langdon, aunque no estaba del todo convencida. Sin embargo, en cuanto subió los escalones y cruzó la puerta protectora, vio mejor la plataforma y no pudo evitar soltar un grito ahogado al darse cuenta de qué era.

Langdon sonrió. «Exacto, no es un altar ni una mesa». La cubierta de madera pulida era en realidad la tapa de una estructura hueca.

—¿Una fuente bautismal? —preguntó ella.

Langdon asintió.

—Si a Dante lo bautizaran hoy, lo harían en esta pila de aquí. —Y, sin más dilación, respiró hondo y colocó las manos sobre la cubierta de madera. Cuando se preparaba para retirarla, sintió un cosquilleo de anticipación.

La agarró con fuerza por el borde y, cuidadosamente, la levantó y la dejó en el suelo junto a la fuente. Luego miró el interior del oscuro espacio de medio metro de diámetro.

La siniestra visión lo hizo tragar saliva.

Desde las sombras, el rostro muerto de Dante Alighieri le devolvía la mirada.

56

«Busca y hallarás».

De pie junto a la fuente bautismal, Langdon contempló la máscara mortuoria de color amarillo pálido cuyo arrugado semblante miraba de manera inexpresiva hacia arriba. La nariz aguileña y la barbilla protuberante eran inconfundibles.

«Dante Alighieri».

El rostro sin vida ya era de por sí suficientemente inquietante, pero algo en su posición en la fuente le confería un aire casi sobrenatural. Por un momento, Langdon dudó de lo que veían sus ojos.

«Está… ¿flotando?».

Se inclinó y observó con atención el interior de la fuente. Tenía varios metros de profundidad —era más un pozo vertical que una pila poco profunda—, y sus paredes descendían hasta un depósito hexagonal que estaba lleno de agua. La máscara parecía estar suspendida como por arte de magia encima de la superficie del agua.

Tardó un momento en darse cuenta de qué provocaba esa ilusión. La fuente tenía un tronco central que se elevaba verticalmente hasta una especie de bandeja pequeña y metálica que quedaba justo encima del agua. Parecía una especie de surtidor decorativo, quizá un lugar donde apoyar el trasero del bebé. En cualquier caso, servía de pedestal para la máscara, que permanecía así elevada y a salvo del agua.

Langdon y Sienna contemplaron en silencio el anguloso rostro de Dante, que seguía dentro de la bolsa de plástico transparente como si hubiera perecido asfixiado. Por un momento, la imagen de una cara mirándole desde una fuente cubierta de agua le recordó a Langdon su propia experiencia de niño, atrapado en el fondo de un pozo y mirando hacia arriba desesperado.

Tras alejar ese pensamiento, estiró los brazos y, con mucho cuidado, tomó la máscara por donde habrían estado las orejas. Aunque la cara era pequeña para los estándares modernos, el antiguo yeso era más pesado de lo que esperaba. Poco a poco, sacó la máscara de la fuente y la sostuvo en alto para que tanto él como Sienna pudieran examinarla.

Incluso a través de la bolsa de plástico, la máscara parecía increíblemente realista. El yeso había capturado cada arruga y cada marca del rostro del poeta. A excepción de una vieja grieta que había en el centro, estaba en perfectas condiciones.

—Dale la vuelta —susurró Sienna—. Veamos el dorso.

Langdon ya lo estaba haciendo. La grabación de las cámaras de seguridad del Palazzo Vecchio había mostrado claramente que él e Ignazio habían descubierto algo en la parte posterior; algo de un interés tal que los dos hombres habían decidido llevarse el objeto del palacio.

Con cuidado de que no se le cayera el frágil yeso, Langdon le dio la vuelta a la máscara y la dejó boca abajo sobre su palma derecha para poder examinar el dorso. A diferencia de la parte frontal, gastada y con textura, el interior era liso y suave. Como la máscara no era para ser llevada, su dorso había sido recubierto de yeso para darle más solidez. El resultado era una superficie cóncava y sin rasgos, como un plato sopero poco hondo.

Langdon no sabía qué esperaba encontrar en la máscara, pero desde luego no era eso.

Nada.

Nada de nada.

Solo una superficie lisa y vacía.

Sienna parecía igualmente confusa.

—Es yeso blanco —susurró—. Entonces, ¿qué vieron Ignazio y tú anoche?

«No tengo ni idea», pensó Langdon, y tensó el plástico de la bolsa sobre la superficie de la máscara para verla mejor. «¡Aquí no hay nada!». Con creciente preocupación, Langdon colocó entonces la máscara bajo un haz de luz y la estudió con atención. Mientras le daba la vuelta, creyó ver por un instante una leve decoloración en el dorso, bastante cerca de la parte superior; una línea de marcas que recorrían horizontalmente el interior de la frente de Dante.

«¿Una mancha natural? O quizá… otra cosa». Se dio la vuelta y señaló un panel de mármol con bisagras que había en el muro.

—Mira si ahí dentro hay paños —le dijo a Sienna.

Sienna se mostró escéptica, pero obedeció. La discreta alacena contenía tres objetos: una válvula para controlar el nivel del agua de la fuente, un interruptor para controlar la luz que la iluminaba y… una pila de paños de lino.

Sienna miró a Langdon sorprendida, pero él había visitado suficientes iglesias alrededor del mundo para saber que, cerca de una fuente bautismal, los sacerdotes casi siempre contaban con acceso rápido a pañales de emergencia: la imprevisibilidad de la vejiga de los niños es un riesgo universal en los bautizos.

—Fantástico —dijo al verlos—. ¿Puedes sostener un momento la máscara? —Con mucho cuidado la dejó en las manos de Sienna y se puso manos a la obra.

En primer lugar, tomó la tapa hexagonal y volvió a colocarla sobre la fuente para dejar la pequeña mesa con aspecto de altar tal y como estaba cuando habían llegado. Luego, accionó el interruptor de la luz de la fuente para iluminar la zona bautismal y la fuente cubierta.

Sienna dejó la máscara encima mientras Langdon tomaba más paños y los utilizaba como guantes de cocina para sacar la máscara de la bolsa de plástico sin tocarla directamente con las manos. Momentos después, la máscara descansaba ya sin funda y desnuda bajo la brillante luz como si se tratara de la cabeza de un paciente anestesiado en una mesa de operaciones.

Iluminada, la textura de la máscara parecía todavía más inquietante; el yeso descolorido acentuaba los pliegues y las arrugas de la edad. Langdon no perdió más tiempo y utilizó sus guantes improvisados para darle la vuelta y dejarla boca abajo.

El dorso de la máscara parecía menos envejecido que la parte frontal; estaba limpio y blanco en vez de sucio y amarillo.

Sienna ladeó la cabeza, desconcertada.

—¿Este lado no te parece más nuevo?

Efectivamente, la diferencia de color era más marcada de lo que Langdon habría imaginado, pero sin duda un lado era igual de antiguo que el otro.

—Envejecimiento desigual —dijo—. El dorso está protegido por

la vitrina, de modo que no ha sufrido los efectos de la luz del sol — Langdon tomó nota mental de doblar el factor de su protector solar.

—Un momento —dijo Sienna, inclinándose sobre la máscara—. ¡Mira! ¡En la frente! ¡Eso debe de ser lo que vieron!

Los ojos de Langdon distinguieron entonces la misma decoloración que había visto antes a través del plástico, una leve línea de marcas que recorría en horizontal el interior de la frente de Dante. Ahora, sin embargo, bajo la luz directa, podía advertir claramente que estas marcas no eran una mancha natural sino que estaban hechas por alguien.

—Es… texto —susurró Sienna, con un nudo en la garganta—, pero…

Langdon estudió la inscripción del yeso. Era una única hilera de palabras, escrita a mano con una florida letra de color amarillo pardusco.

—¿Eso es todo lo que dice? —dijo Sienna. Parecía casi indignada.

Langdon apenas la oyó. «¿Quién ha escrito esto? —se preguntó —. ¿Alguien de la época de Dante?». Parecía improbable. En ese caso, algún historiador del arte lo habría descubierto durante una limpieza o restauración rutinaria y el texto habría pasado a formar parte de la tradición de la máscara. Langdon, sin embargo, nunca había oído hablar de ello.

Un origen mucho más probable le vino a la cabeza.

«Bertrand Zobrist».

Era el propietario de la máscara y, por tanto, podía haber solicitado acceso privado en cualquier momento. Así, podría haber escrito el texto en el dorso de la máscara recientemente y luego haberla devuelto a la vitrina sin que nadie se enterara. «El propietario de la máscara —les había dicho Marta— ni siquiera permite que nuestro personal abra la vitrina si él no está presente».

Langdon le explicó rápidamente su teoría a Sienna.

Ella pareció aceptar su lógica y, sin embargo, estaba claro que esa perspectiva la inquietaba.

—No tiene sentido —dijo con desasosiego—. Si Zobrist escribió algo en el dorso de la máscara y se tomó la molestia de crear ese pequeño proyector que indicaba su localización… ¿por qué no escribió algo más significativo? ¡Es absurdo! ¿Llevamos todo el día

buscando la máscara y esto es lo único que encontramos?

Langdon volvió a centrar su atención en el dorso. El mensaje manuscrito era muy breve, de solo siete letras, y, efectivamente, no parecía tener un propósito claro.

«Entiendo la frustración de Sienna».

Él, sin embargo, comenzó a sentir la excitación de una inminente revelación, pues había caído en la cuenta de que esas siete letras le indicarían todo lo que necesitaba saber sobre lo que él y Sienna debían hacer a continuación.

Es más, había detectado un leve olor, una fragancia familiar que explicaba por qué el yeso de la parte posterior era mucho más blanco que el de la frontal y la diferencia no tenía nada que ver con el envejecimiento o la luz del sol.

—No lo entiendo —dijo Sienna—. Todas las letras son iguales.

Langdon asintió con calma mientras seguía estudiando la línea de texto: siete letras idénticas cuidadosamente escritas a mano a lo largo de la frente de Dante.

PPPPPPP

—Siete pes —dijo Sienna—. ¿Qué se supone que debemos hacer con esto?

Langdon sonrió y levantó la mirada hacia ella.

—Sugiero que hagamos exactamente lo que este mensaje nos dice que hagamos.

Sienna se lo quedó mirando.

—Siete pes son… ¿un mensaje?

—Lo son —dijo Langdon con una amplia sonrisa—. Y si has estudiado a Dante, uno muy claro.

Fuera del Baptisterio de San Juan, el hombre de la corbata se limpió los dedos con un pañuelo y luego se lo pasó suavemente por las pústulas del cuello. Intentó ignorar el picor que sentía en los ojos y posó la mirada sobre su destino.

La entrada de visitantes.

En la puerta, un cansado guía ataviado con un blazer fumaba un cigarrillo y redirigía a los turistas que al parecer no podían descifrar el horario del edificio, escrito en el sistema horario de veinticuatro horas:

APERTURA 13.00-17.00.

El hombre del sarpullido consultó la hora. Eran las 10.02. El baptisterio todavía estaría cerrado unas pocas horas más. Se quedó mirando un momento al guía y finalmente tomó una decisión. Se quitó el pendiente de oro de la oreja y se lo guardó en el bolsillo. Luego tomó su billetera y comprobó el contenido. Además de varias tarjetas de crédito y un fajo de euros, llevaba más de tres mil dólares en efectivo.

Afortunadamente, la avaricia era un pecado internacional.

57

«*Peccatum… Peccatum… Peccatum…*».

Las siete pes escritas en el dorso de la máscara mortuoria de Dante transportaron la mente de Langdon al texto de la *Divina Comedia*. Por un momento, volvió a estar en el escenario de Viena, ofreciendo su conferencia «Dante divino: Símbolos del infierno».

—Hemos descendido los nueve círculos del infierno hasta el centro de la Tierra —su voz resonó por los altavoces—, y nos hemos encontrado cara a cara con el mismísimo Satán.

Langdon mostró una serie de diapositivas en las que aparecían distintos diablos de tres cabezas: el *Mappa* de Botticelli, el mosaico del baptisterio de Florencia y el aterrador demonio negro de Andrea di Cione con la piel manchada con la sangre de sus víctimas.

—Juntos —prosiguió— hemos descendido por el peludo pecho de Satán, hemos cambiado de dirección al invertirse la gravedad y, finalmente, hemos dejado atrás el sombrío inframundo… Ahora podemos ver de nuevo las estrellas.

Langdon pasó varias diapositivas hasta llegar a la imagen que había mostrado antes, la del icónico cuadro de Domenico di Michelino en el Duomo, en el que se veía a Dante con túnica roja y de pie ante las murallas de Florencia.

—Y, efectivamente, si se fijan bien podrán ver esas estrellas.

Langdon señaló el cielo repleto de estrellas que se arqueaba sobre la cabeza de Dante.

—Como pueden ver, el cielo está construido como una serie de nueve esferas concéntricas que orbitan alrededor de la Tierra. Esta estructura del paraíso pretende reflejar y mantener el equilibrio con los nueve círculos del inframundo. Como probablemente habrán advertido, el número nueve es recurrente en Dante.

Langdon se detuvo un segundo, tomó un sorbo de agua y dejó

que el público recobrara el aliento después del angustioso descenso por el infierno.

—Bueno, después de soportar los horrores del inframundo, deben de estar todos ustedes muy excitados ante la perspectiva de llegar por fin al paraíso. Lo lamento, pero en el mundo de Dante nada es tan sencillo. —Exhaló entonces un dramático suspiro—. Para llegar al paraíso primero debemos (figurativa y literalmente) ascender una montaña.

Langdon señaló el cuadro de Michelino. Detrás de Dante, en el horizonte, el público vio una montaña con forma de cono que se elevaba hasta el cielo. Alrededor de esta montaña, un sendero ascendía en espiral, rodeándola nueve veces, y formando unas cornisas cada vez más estrechas. A lo largo del camino, unas figuras desnudas sufrían diversas penitencias según su pecado.

—Ante ustedes, el monte Purgatorio —anunció Langdon—. Lamentablemente, este penoso ascenso de nueve pisos es la única ruta que conduce de las profundidades del infierno a la gloria del paraíso. En él, pueden ver cómo las almas arrepentidas ascienden pagando todas ellas un precio adecuado al pecado que cometieron. Los envidiosos, por ejemplo, deben hacerlo con los ojos cosidos para no codiciar; los orgullosos deben cargar con pesadas piedras que inclinen sus espaldas en señal de humildad; los glotones deben ascender sin comida ni agua, sufriendo con ello un hambre atroz, y los lujuriosos deben ascender a través de las llamas para purgar así el calor de su pasión. —Hizo una breve interrupción—. Ahora bien, antes de que se les conceda el gran privilegio de subir por esta montaña y puedan purgar sus pecados, deben hablar con este individuo.

Langdon pasó a una diapositiva que mostraba un detalle del cuadro de Michelino. En él se podía ver a un ángel alado sentado en un trono a los pies del monte Purgatorio. Ante él, una hilera de pecadores penitentes esperaban permiso para acceder al sendero ascendente. Por alguna razón, el ángel blandía una larga espada, cuya punta parecía estar clavándose en el rostro de la primera persona de la cola.

—¿Quién sabe qué está haciendo este ángel? —preguntó Langdon.

—¿Le clava la espada en la cabeza? —dijo una voz.

—No.

—¿Le clava la espada en el ojo?

Langdon negó con la cabeza.

—¿Alguien más?

—Escribe algo en su frente —dijo una voz al fondo.

Langdon sonrió.

—Parece que alguien sí ha leído a Dante —volvió a señalar el cuadro—. Soy consciente de que parece que el ángel esté clavando la espada en la cabeza de este pobre desgraciado, pero no es así. Según el texto de Dante, el ángel que vigila el purgatorio utiliza la punta de la espada para escribir algo en la frente de los penitentes antes de permitirles el acceso. «¿Y qué escribe?», se preguntarán ustedes.

Langdon se detuvo un momento.

—Curiosamente, una única letra…, que se repite siete veces. ¿Sabe alguien cuál es la letra que el ángel escribe en la frente de Dante?

—¡La pe! —exclamó una voz del público.

Langdon sonrió.

—Sí. Esta pe significa *peccatum,* la palabra latina que expresa pecado. Y el hecho de que esté escrita siete veces simboliza los *septem peccata mortalia*, también conocidos como…

—¡Los siete pecados capitales! —exclamó otra persona.

—Bingo. Así, solo pasando por todos y cada uno de los niveles del purgatorio, puede el penitente expiar sus pecados. En cada nivel, un ángel limpia una de las *pes* de su frente, hasta que llega a la cumbre limpio y con el alma purgada de todo pecado. Por algo el lugar se llama purgatorio —dijo, y guiñó un ojo.

Langdon volvió de sus pensamientos y vio que Sienna estaba mirándolo junto a la fuente bautismal.

—¿Las siete pes? —dijo, trayéndolo de nuevo al presente mientras señalaba la máscara mortuoria de Dante—. ¿Dices que son un mensaje que nos indica qué debemos hacer?

Langdon le explicó rápidamente la visión de Dante del monte Purgatorio, las siete pes que representan los siente pecados capitales y el proceso de limpiar la frente de los pecadores.

—Obviamente —concluyó Langdon—, como buen conocedor de Dante, Bertrand Zobrist sabía lo de las siete pes y el proceso de ir

limpiándolas de la frente para poder seguir avanzando hacia el paraíso.

Sienna no parecía muy convencida.

—¿Crees que Bertrand Zobrist escribió esas pes en la máscara porque quiere que, literalmente, las limpiemos? ¿Eso es lo que crees que debemos hacer?

—Me doy cuenta de que es…

—Robert, aunque lo hiciéramos, ¡¿en qué nos ayudaría eso?! Nos quedaríamos con una máscara en blanco.

—Quizá sí. —Langdon sonrió esperanzado—. O quizá no. Creo que aquí hay más de lo que se ve a primera vista. —Señaló la máscara—. ¿Recuerdas que te he dicho que el color del dorso era más claro a causa del envejecimiento desigual?

—Sí.

—Puede que estuviera equivocado —dijo—. La diferencia de color parece demasiado marcada para deberse al envejecimiento, y la textura del dorso tiene mordiente.

—¿Mordiente?

Langdon le mostró que el dorso era más rugoso que la parte frontal… y también más arenoso, como si fuera papel de lija.

—En el mundo del arte, a esta textura áspera se la llama así. Los pintores prefieren pintar en una superficie que tiene mordiente porque la pintura se adhiere mejor.

—No entiendo adónde quieres llegar.

Langdon sonrió.

—¿Sabes qué es el *gesso*?

—Sí, los pintores lo utilizan para aplicar una capa de imprimación a los lienzos y… —Se detuvo de golpe al caer en la cuenta de qué quería decir eso.

—Exacto —dijo Langdon—. Utilizan *gesso* para crear una superficie con mordiente, y a veces para cubrir algo que han pintado si quieren volver a utilizar el lienzo.

Ahora Sienna parecía animada.

—¿Y crees que Zobrist cubrió el dorso de la máscara con *gesso*?

—Eso explicaría el mordiente y el color más claro. También por qué quiere que limpiemos las siete pes.

Sienna no pareció entender la última observación.

—Huele —dijo Langdon, acercando la máscara a su rostro como

un sacerdote ofreciendo la comunión a sus fieles.

Sienna hizo una mueca.

—¿El *gesso* huele a perro mojado?

—No todos. El normal huele a tiza. El acrílico, a perro mojado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que es soluble en agua.

Sienna ladeó la cabeza y Langdon notó cómo los engranajes de su cabeza se ponían en funcionamiento. La joven volvió la mirada hacia la máscara y luego otra vez hacia Langdon con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que hay algo debajo del *gesso*?

—Eso explicaría muchas cosas.

Sienna agarró la cubierta de madera de la fuente y la empujó hasta dejar a la vista el agua. Luego mojó un paño de lino y le dio el trozo de tela mojada a Langdon.

—Deberías hacerlo tú.

Langdon se colocó la máscara boca abajo sobre la palma de una mano y con la otra tomó el paño. Tras escurrirlo para eliminar el exceso de agua, comenzó a aplicarlo con cuidado sobre el interior de la frente de Dante, humedeciendo la zona de las siete pes caligráficas.

Después de aplicar la tela varias veces con el dedo índice, volvió a mojar el paño en la fuente y prosiguió la tarea. La tinta negra comenzó a correrse.

—¡El *gesso* se está disolviendo! —dijo con excitación—. Y la tinta con él.

Mientras realizaba el mismo proceso una tercera vez, Langdon comenzó a hablar en un tono de voz retumbante y sombrío que resonó por el baptisterio.

—Con el bautismo, nuestro señor Jesucristo te libera del pecado y te hace nacer de nuevo mediante el agua y el Espíritu Santo.

Sienna se quedó mirando a Langdon como si se hubiese vuelto loco.

Él se encogió de hombros.

—Me ha parecido apropiado.

Ella entornó los ojos y volvió a centrar su atención en la máscara. A medida que Langdon le iba aplicando agua, el yeso original que había bajo el *gesso* comenzó a ser visible. Su tonalidad

amarillenta estaba más acorde con lo que Langdon había esperado encontrar en un objeto tan antiguo. Cuando la última de las pes hubo desaparecido, secó la zona con otro paño y sostuvo en alto la máscara para que Sienna también pudiera verla.

Ella soltó un grito ahogado.

Tal y como Langdon había predicho, efectivamente, debajo del *gesso* había algo oculto. Una segunda capa de texto manuscrito: ocho letras escritas encima de la superficie amarilla y pálida del yeso original.

Esta vez, sin embargo, las letras formaban una palabra.

58

—¿«Poseídos»? —preguntó Sienna—. No lo entiendo.

«Yo tampoco estoy seguro de hacerlo». Langdon estudió el texto que había aparecido debajo de las siete pes: una única palabra decoraba el interior de la frente de Dante.

poseídos

—¿Se refiere a «poseídos por el diablo»? —preguntó Sienna.

«Posiblemente». Langdon se volvió hacia el mosaico de Satán engullendo infelices que no habían llegado a purgar sus pecados. «Dante… ¿poseído?». No parecía tener mucho sentido.

—Tiene que haber algo más —aseguró Sienna, y tomó la máscara de las manos de Langdon para estudiarla atentamente. Un momento después, asintió—. Sí, fíjate en el principio y en el final de la palabra…, hay más texto a cada lado.

Langdon volvió a mirar y vio la leve sombra de texto adicional que se adivinaba a través del *gesso* húmedo en cada extremo de la palabra «poseídos».

Con impaciencia, Sienna tomó el paño y frotó un poco más la superficie hasta que apareció más texto escrito en una línea ligeramente curva.

Oh, vosotros, poseídos de sano entendimiento

Langdon soltó un leve silbido.

—«Oh, vosotros, poseídos de sano entendimiento… descubrid la doctrina que se oculta… bajo el velo de tan extraños versos».

Sienna se lo quedó mirando.

—¿Cómo dices?

—Es de una de las estrofas más famosas de *Inferno* —dijo Langdon con excitación—. En ella, Dante anima a sus lectores más inteligentes a buscar la sabiduría que se oculta bajo sus crípticos versos.

Langdon solía citar ese verso cuando daba clases de simbología literaria. Era el mejor ejemplo posible de un autor agitando los brazos y gritando: «¡Hey, lectores, esto tiene un doble sentido metafórico!».

Sienna siguió frotando el dorso de la máscara, ahora con más ahínco.

—¡Cuidado! —le advirtió Langdon.

—Tienes razón —admitió ella, afanándose en eliminar todo el *gesso*—. Aquí está el resto de la estrofa, tal y como la acabas de recitar. —Se detuvo un momento para volver a sumergir el paño en la fuente y enjuagarlo.

Langdon observó con pesar cómo el agua de la fuente bautismal se enturbiaba con *gesso* disuelto. «Nuestras disculpas a san Juan», pensó, lamentando que la fuente sagrada estuviera siendo utilizada como fregadero.

Sienna sacó el paño del agua y apenas lo escurrió antes de volver a aplicarlo en el centro de la máscara y comenzar a frotar como si estuviera limpiando un plato de sopa.

—¡Sienna! —la reprendió Langdon—. Es una pieza antigua que…

—¡Toda la parte posterior tiene texto! —anunció ella, mientras seguía restregando el dorso de la máscara—. Y está escrito en… —Se detuvo un momento y ladeó la cabeza hacia la izquierda y la máscara a la derecha, como si intentara leer de lado.

—¿Escrito en qué? —preguntó Langdon, que no lo veía.

Sienna terminó de limpiar la máscara y la secó con un paño limpio. Luego la dejó delante de ambos para poder estudiar el resultado.

Cuando Langdon vio el interior de la máscara se quedó estupefacto. Toda la superficie cóncava estaba cubierta de texto. Había como mínimo cien palabras. Comenzaba en la parte superior con el verso «Oh, vosotros, poseídos de sano entendimiento…», y luego el texto continuaba en una única línea ininterrumpida que

recorría el borde derecho de la máscara hasta llegar a la parte inferior. Ahí volvía a subir por el borde izquierdo y llegaba de nuevo al principio, donde repetía el mismo patrón, pero esa vez formando un círculo menor.

La trayectoria que seguía el texto recordaba al sendero en espiral que ascendía por el monte Purgatorio hasta llegar al paraíso. El simbólogo en Langdon identificó al instante la precisa forma. «Espiral de Arquímedes». También había advertido el número de vueltas completas que daba el texto desde la primera palabra, «Oh», hasta llegar al punto final.



«Nueve».

Casi sin aliento, Langdon comenzó a girar lentamente la máscara para poder leer el texto que se introducía en espiral hasta el mismo centro de la concavidad.

—La primera estrofa es Dante, casi al pie de la letra —dijo Langdon—. «Oh, vosotros, poseídos de sano entendimiento… descubrid la doctrina que se oculta… bajo el velo de tan extraños

versos».

—¿Y el resto? —preguntó Sienna.

Langdon negó con la cabeza.

—No lo creo. Está escrito siguiendo un patrón similar, pero no lo reconozco. Parece alguien imitando el estilo de Dante.

—Zobrist —susurró Sienna—. Tiene que ser él.

Langdon asintió. Era una suposición ciertamente plausible. Al fin y al cabo, al alterar el *Mappa dell'Inferno* de Botticelli, Zobrist ya había mostrado su propensión a aprovecharse de los maestros y modificar grandes obras de arte para ajustarlas a sus necesidades.

—El resto del texto es muy extraño —dijo Langdon, rotando de nuevo la máscara para seguir leyendo—. Habla de cortar cabezas de caballo…, arrancar huesos de los ciegos… —Saltó al verso final, que formaba un pequeño círculo en el centro de la máscara, y dejó escapar un grito—. También menciona «aguas teñidas de rojo sangre».

Sienna arqueó las cejas.

—¿Como en tus visiones de la mujer del cabello plateado?

Langdon asintió, desconcertado por el texto. «¿Las aguas teñidas de rojo sangre de la laguna que no refleja las estrellas?».

—Mira —susurró ella, que lo estaba leyendo por encima del hombro de Langdon, y señaló una palabra de la espiral—. Una localización específica.

Los ojos de Langdon encontraron la palabra, que se había saltado al leer el texto por primera vez. Era el nombre de una de las ciudades más espectaculares y singulares del mundo. No pudo evitar sentir un escalofrío al recordar que también era la ciudad en la que Dante Alighieri se había contagiado de la enfermedad debido a la cual murió.

«Venecia».

Langdon y Sienna estudiaron los crípticos versos en silencio durante un momento. Era un poema perturbador y macabro. Y difícil de descifrar. El uso de palabras como «dux» y «laguna» confirmó a Langdon más allá de toda duda que efectivamente el poema se refería a Venecia; una ciudad única formada por cientos de islas interconectadas en una gran laguna y que durante siglos había sido dirigida por un gobernante que recibía el nombre de dux.

A simple vista, Langdon no supo ver qué lugar exacto de Venecia

señalaba el poema, pero sin duda sus versos parecían urgir al lector a seguir sus indicaciones.

«Pegad la oreja al suelo… para oír el rumor del agua…».

—Señala un lugar bajo tierra —dijo Sienna, leyendo el poema con él.

Langdon asintió y pasó al siguiente verso.

«Adentraos en el palacio sumergido… pues aquí, en la oscuridad, el monstruo ctónico aguarda».

—¿Robert? —dijo Sienna, inquieta— ¿a qué tipo de monstruo se refiere?

—Ctónico significa algo así como «el que mora bajo tierra» —respondió Langdon.

Antes de que pudieran continuar, el ruido metálico de un cerrojo resonó de repente en el baptisterio. Al parecer, acababan de abrir la entrada de turistas.

—*Grazie mille* —dijo el hombre con el sarpullido en el rostro.

El guía del baptisterio asintió nerviosamente mientras se metía en el bolsillo los quinientos dólares en efectivo y miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie lo veía.

—*Cinque minuti* —le recordó el guía, abriendo con discreción la puerta para que el hombre pudiera pasar. Luego la volvió a cerrar, atrapándolo dentro, bloqueando todo ruido exterior. «Cinco minutos».

Al principio, el guía se había negado a apiadarse del hombre que aseguraba haber venido desde Estados Unidos para rezar en el Baptisterio de San Juan con la esperanza de que este le curara su terrible enfermedad cutánea. Finalmente, sin embargo, se había mostrado comprensivo. Sin duda, a ello había contribuido la oferta de quinientos dólares por dejarle estar cinco minutos dentro a solas, además del creciente miedo ante la perspectiva de que esa persona con una enfermedad de aspecto contagioso estuviera a su lado durante las tres horas que faltaban hasta que el edificio abriera.

Ahora, mientras avanzaba con sigilo por el santuario octogonal, el hombre notó que algo en el techo atraía su mirada. «Dios mío». No se parecía a nada que hubiera visto hasta entonces: un demonio de tres cabezas lo miraba directamente. Acongojado, él bajó la mirada hacia el suelo.

El lugar parecía estar desierto.

«¿Dónde se habrán metido?».

Mientras inspeccionaba el espacio, sus ojos se posaron en el altar principal. Era un enorme bloque rectangular de mármol situado frente a un nicho y con un cordón de seguridad alrededor para evitar que los visitantes se acercaran demasiado.

El altar parecía ser el único escondite de toda la sala. Además, uno de los cordones se balanceaba ligeramente…, como si acabaran de moverlo.

Langdon y Sienna permanecían agazapados en silencio detrás del altar. Apenas habían tenido tiempo de recoger los paños sucios y colocar bien la cubierta de la fuente antes de esconderse con la máscara mortuoria en las manos. Su plan era permanecer allí hasta que la sala estuviera llena de turistas y luego salir discretamente entre el gentío.

Sin duda, la puerta norte del baptisterio se había abierto durante un momento, pues, además del cerrojo, Langdon había podido oír el ruido de la *piazza*. Luego, igual de abruptamente, la cerraron y todo había vuelto a quedar en silencio.

Podía oír el ruido que hacían los pasos de un hombre en el suelo de piedra.

«¿Un guía inspeccionando la sala antes de abrirla a los turistas?».

No había tenido tiempo de apagar la luz que iluminaba la fuente bautismal y se preguntó si el guía se daría cuenta. «Al parecer, no». Los pasos avanzaban rápidamente en su dirección. Se detuvieron junto al altar, justo enfrente del cordón por encima del cual él y Sienna habían pasado.

Hubo un largo silencio.

—Soy yo, Robert —dijo una voz enojada—. Sé que estás ahí detrás. Sal y explícame qué demonios estás haciendo.

59

«De nada sirve hacer ver que no estoy aquí».

Langdon le indicó por señas a Sienna que permaneciera escondida con la máscara mortuoria de Dante, que volvieron a meter en la bolsa de plástico transparente.

Luego, se puso poco a poco de pie. Cual sacerdote en el altar del baptisterio, Langdon contempló a su escasa congregación. El desconocido tenía el cabello castaño claro, llevaba anteojos de diseño y sufría un terrible sarpullido en el rostro y el cuello. Se rascaba nerviosamente y sus ojos hinchados parecían echar fuego.

—¡¿Puedes decirme qué estás haciendo, Robert?! —preguntó enojado al tiempo que pasaba por encima del cordón de seguridad y se acercaba a Langdon. Su acento era el de un norteamericano.

—Por supuesto —respondió él con educación—. Pero, antes, dígame quién es usted.

El hombre se detuvo de golpe.

—¡¿Qué has dicho?!

Langdon percibió algo familiar en los ojos del hombre y quizá también en su voz. «Lo he visto en algún lugar». Langdon volvió a repetir su pregunta.

—Por favor, dígame quién es usted y de dónde lo conozco.

El hombre levantó ambos brazos sin dar crédito a lo que oía.

—¿Jonathan Ferris? ¿Organización Mundial de la Salud? ¡¿El tipo que vino a buscarte a Harvard?!

Langdon intentó procesar lo que estaba oyendo.

—¿Por qué no nos has llamado? —preguntó el hombre, sin dejar de rascarse el cuello y las mejillas, enrojecidas y llenas de pústulas —. ¡¿Y quién diablos es la mujer con la que te he visto entrar aquí?! ¿Es que ahora trabajas para ella?

Sienna se puso de pie junto a Langdon y enseguida se hizo cargo de la situación.

—¿Doctor Ferris? Yo también soy médico. Trabajo aquí en Florencia. Al profesor Langdon le dispararon anoche en la cabeza. Sufre amnesia retrógrada, y no sabe quién es usted o qué le ha pasado estos últimos dos días. Estoy aquí porque lo estoy ayudando.

Mientras las palabras de Sienna todavía resonaban en el baptisterio vacío, el hombre ladeó la cabeza, desconcertado, como si no hubiera entendido del todo lo que acababan de decirle. Cuando lo hubo asimilado, retrocedió un paso y se apoyó en uno de los postes del cordón de seguridad.

—Oh… Dios mío —tartamudeó—. Eso lo explica todo.

Langdon advirtió que la expresión del desconocido se suavizaba.

—Robert —susurró el hombre—, creíamos que habías… —Negó con la cabeza, como si todavía estuviera intentando encajar todas las piezas—. Creíamos que habías cambiado de bando, que quizá te habían sobornado, o amenazado. ¡No sabíamos qué te había ocurrido!

—Soy la única persona con la que ha hablado —dijo Sienna—. Lo único que sabe es que se ha despertado en mi hospital y que unas personas lo querían matar. También ha estado sufriendo terribles alucinaciones: cadáveres, víctimas de plagas, y una mujer con el cabello plateado y un amuleto con una serpiente que le decía…

—¡Elizabeth! —exclamó el hombre de repente—. ¡Es la doctora Elizabeth Sinskey! ¡Robert, esa es la persona que te reclutó para que nos ayudaras!

—Pues si se trata de ella —dijo Sienna—, espero que sepa que tiene problemas. La hemos visto en la parte trasera de una furgoneta llena de soldados, y parecía drogada o algo así.

El hombre asintió lentamente con los ojos cerrados. Tenía los párpados hinchados y rojos.

—¿Qué le sucede en la cara? —preguntó Sienna.

El hombre abrió los ojos.

—¿Cómo dice?

—Su piel. Parece que ha contraído usted algo. ¿Está enfermo?

El hombre parecía desconcertado y, si bien la brusquedad de la pregunta de Sienna rozaba la mala educación, Langdon se había estado preguntando lo mismo. Teniendo en cuenta la cantidad de referencias a plagas con las que se había encontrado ese día, la

visión de una piel roja y con pústulas resultaba ciertamente intranquilizadora.

—Estoy bien —dijo el hombre—. Es el maldito jabón del hotel. Soy alérgico a la soja, ingrediente principal de la mayoría de estos jabones perfumados que utilizan en Italia. Fui un idiota por no comprobarlo.

Sienna exhaló un suspiro de alivio y relajó los hombros.

—Suerte que no se lo ha comido. La dermatitis de contacto no es nada en comparación a un *shock* anafiláctico.

Ambos rieron incómodamente.

—Dígame —dijo Sienna—, ¿el nombre de Bertrand Zobrist le dice algo?

El hombre se quedó de piedra. Parecía que acabara de encontrarse cara a cara con el diablo de tres cabezas.

—Creemos que acabamos de encontrar un mensaje suyo —prosiguió Sienna—. Señala un lugar de Venecia. ¿Tiene eso algún sentido para usted?

La mirada del hombre se había vuelto frenética.

—¡Dios mío! ¡Desde luego que sí! ¡¿Qué lugar señala?!

Ella se disponía a explicarle al hombre todo lo del poema en espiral que acababan de descubrir en la máscara, pero, instintivamente, Langdon la tomó de la mano, interrumpiéndola. El hombre parecía ser un aliado, pero después de los acontecimientos de ese día, algo le decía que no debía confiar en nadie. Además, la corbata del hombre le resultaba familiar, y tenía la sensación de que podía tratarse de la misma persona que había visto antes rezando en la pequeña iglesia de Dante. «¿Nos ha estado siguiendo?».

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó.

El hombre todavía parecía estar asimilando el hecho de que Langdon sufriera amnesia.

—Robert, anoche me llamaste para decirme que habías quedado con un director de museo llamado Ignazio Busoni. Luego desapareciste. Y no volviste a llamar. Cuando me enteré de que habían encontrado muerto a Busoni, temí lo peor. Llevo toda la mañana buscándote. He visto que había actividad policial en el Palazzo Vecchio, y mientras trataba de averiguar qué había pasado, por casualidad te he visto salir de una pequeña puerta con… —Se volvió hacia Sienna con expresión interrogativa.

—Sienna Brooks —dijo ella.

—Encantado… Te he visto salir con la doctora Brooks. Y los he seguido para ver qué hacías.

—Te he visto rezando en la iglesia de Cerchi, ¿no?

—Estaba intentando averiguar qué te traías entre manos, pero no tenía ningún sentido. Y, de repente, te has marchado de allí como un hombre con una misión, así que he ido detrás de ti. Cuando he visto que te metías en el baptisterio, he decidido que había llegado el momento de encararte y he sobornado al guía para que me dejara entrar.

—Una decisión atrevida —advirtió Langdon—, si creías que los había traicionado.

El hombre negó con la cabeza.

—Algo me decía que tú nunca harías algo así. ¿El profesor Robert Langdon? Sabía que tenía que haber otra explicación. Ahora bien, ¿amnesia? Increíble. Nunca lo habría imaginado.

Volvió a rascarse nerviosamente.

—Escucha. El guía solo me ha dado cinco minutos. Tenemos que salir de aquí, ahora. Si yo te he encontrado, la gente que intenta matarte también lo hará. Hay muchas cosas que todavía no sabes. Debemos ir a Venecia. Ahora mismo. Lo difícil será salir de Florencia sin que nos vean. La gente que tiene a la doctora Sinskey, los que te persiguen, tienen ojos en todas partes. —Se volvió hacia la puerta.

Langdon permaneció inmóvil. Primero quería obtener algunas respuestas.

—¿Quiénes son los soldados de negro? ¿Por qué quieren matarme?

—Es una larga historia —dijo el hombre—. Te la explicaré de camino.

Langdon frunció el ceño. Esa respuesta no lo convencía. Se volvió hacia Sienna y la llevó aparte para poder hablar con ella en voz baja.

—¿Confías en él? ¿Qué piensas?

Sienna miró a Langdon como si estuviera loco por preguntar.

—¿Que qué pienso? ¡Pienso que pertenece a la Organización Mundial de la Salud! ¡Y que es nuestra mejor oportunidad de encontrar respuestas!

—¿Y el sarpullido?

Sienna se encogió de hombros.

—Es exactamente lo que ha dicho…, dermatitis de contacto severa.

—¿Y si no es lo que dice? —susurró Langdon—. ¿Y si… es *otra* cosa?

—¿Otra *cosa*? —Lo miró con incredulidad—. No es una plaga, Robert, si es lo que estás preguntando. Es médico, por el amor de Dios. Si sufriera una enfermedad mortal y supiera que es contagiosa, no sería tan imprudente de infectar a todo el mundo.

—¿Y si no supiera que ha contraído la plaga?

Sienna frunció los labios y lo consideró.

—Entonces me temo que tú y yo ya estamos jodidos, al igual que toda la gente de esta zona.

—¿Sabes que tu forma de tratar a los pacientes podría mejorar?

—Estoy siendo honesta. —Sienna le dio a Langdon la bolsa de plástico con la máscara—. Ten, lleva tú a nuestro amigo.

Al volver junto al doctor Ferris, se dieron cuenta de que estaba terminando de hablar con alguien por teléfono.

—Acabo de llamar a mi conductor —dijo—. Nos recogerá enfrente de… —El doctor Ferris se quedó callado de golpe, al ver por primera vez el rostro muerto de Dante Alighieri que Langdon llevaba en las manos.

»¡Dios mío! —exclamó, y retrocedió un paso—. ¡¿Qué es eso?!

—Es una larga historia —respondió Langdon—. Se la explicaré de camino.

60

En Nueva York, el editor Jonas Faukman se despertó al oír el teléfono del despacho de su casa. Se dio la vuelta y consultó la hora: las 4.28 de la madrugada.

En el mundo editorial, las emergencias nocturnas eran tan extrañas como un éxito de la noche a la mañana. Molesto, Faukman se levantó de la cama y corrió hacia su despacho.

—¿Hola? —La profunda voz de barítono que se oía al otro lado de la línea le resultó familiar—. Jonas, gracias a Dios que estás en casa. Soy Robert, espero no haberte despertado.

—¡Claro que me has despertado! ¡Son las cuatro de la madrugada!

—Lo siento, estoy fuera de casa.

«¿Es que en Harvard no enseñan las zonas horarias?».

—Tengo un problema, Jonas, y necesito un favor. —Langdon parecía tenso—. Relacionado con tu tarjeta NetJets.

—¿NetJets? —Faukman se rio, incrédulo—. Robert, trabajo en el mundo editorial. No tenemos acceso a aviones privados.

—Ambos sabemos que eso es mentira, amigo mío.

Faukman suspiró.

—Está bien, deja que reformule eso. No tenemos acceso a aviones privados para autores de libros sobre historia religiosa. Aunque si estás pensando en escribir *Cincuenta sombras de la iconografía* podríamos hablarlo.

—Jonas, cueste lo que cueste el vuelo, te lo devolveré, tienes mi palabra. ¿Acaso he faltado alguna vez a ella?

«¿Aparte de retrasarte tres años en la entrega de tu último libro?», pensó Faukman, pero podía advertir la urgencia del tono de voz de su amigo.

—Dime qué está pasando. Intentaré ayudarte.

—No tengo tiempo de explicártelo, pero necesito que hagas esto

por mí. Es cuestión de vida o muerte.

Faukman había trabajado con Langdon el tiempo suficiente para estar familiarizado con su irónico sentido del humor. En ese momento, sin embargo, en su tono de voz no había rastro alguno de humor. «Está hablando completamente en serio. —Jonas suspiró y tomó una decisión—. Mi director financiero me va a matar». Treinta segundos después, Faukman había anotado los detalles del vuelo que había solicitado Langdon.

—¿Algún problema? —preguntó Langdon. Había advertido cierta vacilación y sorpresa en su editor al oír los detalles.

—Sí, es que creía que estabas en Estados Unidos —dijo Faukman —. Me sorprende que estés en Italia.

—A mí también —dijo Langdon—. Gracias de nuevo, Jonas. Ahora mismo voy al aeropuerto.

El centro de operaciones de NetJets se encontraba en Columbus, Ohio, y contaba con personal de guardia las veinticuatro horas del día. La operadora Deb Kier acababa de recibir la llamada de un miembro de una empresa copropietaria de Nueva York.

—Un momento, señor —dijo mientras se ajustaba los auriculares y tecleaba algo en su computador—. Técnicamente, este vuelo debería coordinarlo nuestra filial europea, pero puedo encargarme yo. —Accedió al sistema europeo de NetJets, cuya central estaba en Paço de Arcos, Portugal, y comprobó la localización actual de sus aviones en Italia.

—Muy bien, señor —dijo—, parece que en Mónaco tenemos un Citation Excel que puede estar en Florencia en menos de una hora. ¿Le iría eso bien al señor Langdon?

—Esperemos que sí —respondió el editor en un tono de voz cansado y un poco molesto—. Se lo agradezco.

—No hay de qué —dijo Deb—. ¿Y dice que el señor Langdon quiere volar a Ginebra?

—Eso parece.

Deb siguió tecleando.

—Listo —dijo finalmente—. El señor Langdon tiene confirmado un vuelo en el aeropuerto de Tassignano, en Lucca, que está a ochenta kilómetros de Florencia. El despegue es las 11.20, hora local. El señor Langdon tendrá que estar en el aeropuerto diez minutos antes. No ha solicitado transporte ni catering, y ya me ha

dado su número de pasaporte, así que esto es todo. ¿Desea alguna otra cosa más?

—¿Un nuevo trabajo? —dijo, y se rio—. Gracias. Ha sido de gran ayuda.

—No hay de qué. Que pase una buena noche. —Deb terminó la llamada y se volvió hacia la pantalla para completar la reserva. Introdujo el número de pasaporte de Langdon e iba a continuar cuando, de repente, en la pantalla apareció una alerta roja. Deb leyó el mensaje y sus ojos se abrieron como platos.

«Debe de tratarse de un error».

Volvió a introducir el número de pasaporte de Langdon. La alerta parpadeante apareció de nuevo. Habría ocurrido lo mismo en cualquier ordenador del mundo en el que Langdon hubiera intentado reservar un vuelo.

Deb Kier se quedó mirando la alerta un momento, sin dar crédito. Sabía que NetJets se tomaba la privacidad de sus clientes muy en serio, pero esa se encontraba por encima de todas las regulaciones de privacidad de su empresa.

Deb Kier llamó de inmediato a las autoridades.

El agente Brüder colgó su teléfono móvil y ordenó a sus hombres que regresaran a las furgonetas.

—Hemos localizado a Langdon —anunció—. Está a punto de tomar un avión privado con destino a Ginebra. Despega en menos de una hora del aeropuerto de Lucca, que se encuentra a ochenta kilómetros al este de Florencia. Si salimos ahora, llegaremos antes que él.

En ese mismo momento, un Fiat sedán alquilado dejaba atrás la Piazza del Duomo y se dirigía a toda velocidad hacia el norte por la Via dei Panzini, en dirección a la estación de tren de Santa Maria Novella.

En el asiento trasero viajaban Langdon y Sienna, acurrucados, mientras el doctor Ferris iba sentado adelante con el conductor. Lo de la reserva de NetJets había sido idea de Sienna. Con suerte, ese engaño les permitiría tomar un tren sin que los descubrieran, pues de otro modo la estación habría estado llena de policías. Afortunadamente, Venecia solo estaba a dos horas en tren, y los viajes nacionales no requerían pasaporte.

Langdon se volvió hacia Sienna, que parecía estar examinando al

doctor Ferris con preocupación. Estaba claro que ese hombre lo estaba pasando mal. Además del sarpullido, respiraba con dificultad, como si al hacerlo le doliera.

«Espero que tenga razón sobre lo de su enfermedad», pensó Langdon posando su mirada en el sarpullido del hombre e imaginando todos los gérmenes flotando en el interior del pequeño auto. Hasta las puntas de sus dedos estaban hinchadas y rojizas. Finalmente, Langdon apartó ese pensamiento de su cabeza y se puso a mirar por la ventanilla.

Al acercarse a la estación de tren, pasaron por delante del Grand Hotel Baglioni, que a menudo acogía eventos relacionados con una conferencia de arte a la que Langdon solía acudir todos los años. Al verlo, se dio cuenta de que estaba a punto de hacer algo que no había hecho nunca.

«Voy a irme de Florencia sin visitar el *David*».

Tras disculparse en silencio con Miguel Ángel, volvió la mirada hacia la estación de tren que tenían delante y se puso a pensar en Venecia.

61

«¿Langdon se dirige a Ginebra?».

Todavía mareada por las drogas que le habían inyectado, la doctora Elizabeth Sinskey se balanceaba de un lado a otro en el asiento trasero de la furgoneta, que ahora dejaba atrás Florencia en dirección a un aeropuerto privado que había al oeste de la ciudad.

«Eso no tiene sentido», pensó.

La única conexión relevante con Ginebra era que se trataba de la sede de las oficinas centrales de la OMS. «¿Me va a buscar a mí?». No tenía ningún sentido, pues Langdon sabía que ella estaba en Florencia.

De repente se le ocurrió otra cosa.

«Oh, Dios mío… ¿Zobrist piensa atacar Ginebra?».

Zobrist era un hombre con una gran tendencia al simbolismo y, teniendo en cuenta la batalla que ambos habían estado librando durante el último año, que la «zona cero» fuera la sede central de la Organización Mundial de la Salud era una posibilidad bastante plausible, al fin y al cabo. Por otro lado, si lo que Zobrist estaba buscando era un lugar receptivo para iniciar una plaga, Ginebra no era una buena elección. Comparada con otras metrópolis, se trataba de una ciudad geográficamente aislada y, en esa época del año, más bien fría. La mayoría de las plagas arraigaban mejor en entornos sobrepoblados y cálidos. Ginebra se encontraba a más de trescientos metros por encima del nivel del mar. No era el lugar idóneo para comenzar una pandemia. «Por mucho que Zobrist me odie».

De modo que, ¿por qué querría Langdon dirigirse allí? El extraño destino del profesor era otra extravagancia más en una lista creciente de actos inexplicables que habían comenzado la noche anterior. A pesar de sus esfuerzos, a Sinskey le costaba cada vez más encontrarles una explicación racional.

«¿De qué lado está?».

Era cierto que Sinskey lo conocía desde hacía solo unos pocos días, pero solía juzgar bien a las personas, y se negaba a creer que a un hombre como Robert Langdon le pudieran seducir con dinero. «Y, sin embargo, anoche rompió todo contacto con nosotros». Ahora parecía ir de un lado a otro como si fuera por su cuenta. «¿Acaso lo han persuadido de que los actos de Zobrist tienen algún sentido, por retorcido que sea?».

La idea le provocó un escalofrío.

«No —se dijo—. Conozco muy bien su reputación; es mejor que eso».

Sinskey había conocido a Robert Langdon dos noches atrás, en la remodelada cabina del avión de transporte C-130 reconvertido que servía a la Organización Mundial de la Salud de centro móvil de coordinación.

Acababan de dar las siete cuando el avión aterrizó en Hanscom Field, a unos veinticinco kilómetros de Cambridge, Massachusetts. Sinskey no sabía qué esperar del profesor al que había contactado por teléfono, pero se sintió gratamente sorprendida cuando lo vio aparecer por la pasarela de la parte trasera del avión y la saludó con una despreocupada sonrisa.

—¿La doctora Sinskey? —Langdon le dio un firme apretón de manos.

—Es un honor conocerlo, profesor.

—El honor es mío. Gracias por todo lo que hace.

Langdon era un hombre alto, de buena apariencia y con voz profunda. La ropa que llevaba (chaqueta de *tweed*, pantalones de pinzas y mocasines) debía de ser su atuendo para dar clase, supuso Sinskey, lo cual era razonable si se tenía en cuenta que lo habían sacado del campus sin advertencia previa. También parecía más joven y en forma de lo que había imaginado, lo cual no hizo sino recordarle a Elizabeth su propia edad. «Casi podría ser su madre».

Sonrió. Parecía cansada.

—Gracias por venir, profesor.

Langdon señaló al hombre de rostro serio que Sinskey había enviado a recogerlo.

—Su amigo no me ha dado muchas opciones.

—Para eso le pago.

—Bonito amuleto —dijo Langdon al ver su collar—.

¿Lapislázuli?

Sinskey asintió y bajó la mirada hasta su amuleto azul, donde se podía ver una serpiente enroscada alrededor de una barra vertical.

—El símbolo moderno de la medicina. Como ya debe de saber, se llama caduceo.

Langdon levantó la mirada, como si hubiera algo que quisiera decir.

Ella esperó. «¿Sí?».

Pensándoselo mejor, se limitó a sonreír educadamente y cambió de tema.

—Bueno, dígame, ¿por qué estoy aquí?

Elizabeth señaló una improvisada zona de reuniones alrededor de una mesa de acero.

—Por favor, siéntese. Quiero enseñarle algo.

Langdon se dirigió a la mesa, y Elizabeth advirtió que, a pesar de parecer intrigado ante la perspectiva de un encuentro secreto, no se le veía inquieto. «He aquí un hombre seguro de sí mismo». Se preguntó si se mostraría tan relajado cuando supiera por qué le habían llamado.

Se sentaron y, sin más preámbulo, Elizabeth le mostró el objeto que ella y su equipo habían confiscado en la caja de seguridad de un banco de Florencia hacía menos de doce horas.

Langdon estudió detenidamente el pequeño cilindro tallado durante unos minutos y luego le ofreció a Elizabeth una rápida sinopsis de lo que ella ya sabía. Se trataba de un antiguo sello que se usaba para imprimir. En él había una espeluznante imagen de un Satán de tres cabezas y una única palabra: «Saligia».

—Saligia —dijo Langdon—, es un truco mnemotécnico en latín para…

—Los siete pecados capitales —dijo Elizabeth—. Sí, lo hemos mirado.

—Muy bien… —Langdon parecía desconcertado—. ¿Hay alguna razón especial por la que quería que viera esto?

—La verdad es que sí. —Sinskey volvió a tomar el cilindro y comenzó a sacudirlo con violencia. La bola de agitación repiqueteó ruidosamente.

Langdon se sintió algo desconcertado, pero antes de que pudiera preguntarle a la doctora qué estaba haciendo, un extremo del

cilindro comenzó a relucir, y ella lo apuntó a una zona lisa del material aislante que había en la pared del avión.

Langdon soltó un silbido y se acercó a la imagen proyectada.

—El *Mapa del infierno* de Botticelli —anunció—. Basado en el *Inferno* de Dante. Aunque imagino que eso ya lo sabe.

Elizabeth asintió. Ella y su equipo habían usado internet para identificar el cuadro. Le había sorprendido descubrir que era de Botticelli, un pintor conocido por los mundos luminosos e idealizados de obras maestras como *El nacimiento de Venus* y *Primavera*. A Sinskey le encantaban ambos cuadros, a pesar de que representaban la fertilidad y la creación de vida, lo cual no hacía sino recordarle su trágica incapacidad para concebir; el único lamento significativo en una vida por lo demás muy productiva.

—Esperaba —dijo Sinskey— que me pudiera hablar del simbolismo que se oculta en este cuadro.

Langdon no pudo evitar sentirse algo irritado.

—¿Por eso me ha llamado? Creía que se trataba de una emergencia.

—Por favor.

Langdon suspiró hondo, cargándose de paciencia.

—Doctora Sinskey, en general, si uno quiere saber algo sobre un cuadro específico, lo mejor es que contacte con el museo en el que se conserva el original. En este caso, se trata de la Biblioteca Apostólica del Vaticano, donde hay una gran cantidad de soberbios iconógrafos que…

—El Vaticano me odia.

Langdon la miró sorprendido.

—¿A usted también? Creía que era el único.

Ella sonrió con tristeza.

—La OMS opina que el acceso generalizado a los métodos anticonceptivos es una de las claves de la salud mundial, tanto para combatir enfermedades de transmisión sexual, como el caso del Sida, como para el control de la población.

—Y el Vaticano no está de acuerdo.

—Así es. Gastan enormes cantidades de energía y dinero en adoctrinar a países del tercer mundo sobre las maldades de la contracepción.

—Claro —dijo Langdon con una sonrisa de complicidad—.

¿Quién mejor que un grupo de octogenarios célibes puede decirle al mundo cómo debe practicar sexo?

A Sinskey cada vez le caía mejor el profesor.

Volvió a agitar el cilindro para recargarlo y proyectó la imagen en la pared.

—Profesor, examine la imagen atentamente.

Langdon se acercó y la estudió de cerca. En un momento dado se detuvo de golpe.

—Es extraño. Ha sido alterada.

«Ha tardado poco».

—Efectivamente, y lo que quiero que me diga es qué significan esas alteraciones.

Langdon examinó toda la imagen en silencio, deteniéndose al ver las diez letras que formaban la palabra «*catrovacer*»… La máscara de la peste… Y la extraña cita en el borde sobre «los ojos de la muerte».

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Langdon—. ¿De dónde ha salido?

—En realidad, cuanto menos sepa, mejor. Lo que esperaba era que fuera capaz de analizar estas alteraciones y pudiera decirnos qué significan. —Señaló un escritorio que había en un rincón.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Ella asintió.

—Soy consciente de que supone un abuso, pero no se puede imaginar lo importante que es para nosotros. —Se quedó un momento callada—. Podría ser un asunto de vida o muerte.

Langdon se la quedó mirando con preocupación.

—Descifrar esto puede que me lleve un buen rato, pero supongo que si es tan importante…

—Gracias —le interrumpió la doctora Sinskey antes de que cambiara de idea—. ¿Hay alguien a quien deba llamar?

Langdon negó con la cabeza y le dijo que había planeado pasar un tranquilo fin de semana a solas.

«Perfecto». Sinskey lo instaló en el escritorio con el proyector, papel, lápiz y un computador portátil con conexión a un satélite seguro. Langdon no entendía muy bien por qué la OMS estaba tan interesada en un cuadro modificado de Botticelli, pero se puso manos a la obra.

La doctora había imaginado que se pasaría horas estudiando la imagen hasta obtener algún resultado, de modo que se puso a hacer trabajo pendiente. De vez en cuando le oía agitar el proyector y anotar cosas en un cuaderno. No habían pasado ni diez minutos cuando el profesor dejó a un lado el lápiz y anunció: «*Cerca trova*».

Sinskey se volvió hacia él.

—¿Cómo dice?

—*Cerca trova* —repitió—. «Busca y hallarás». Eso es lo que dice el código.

La doctora Sinskey se sentó al lado de Langdon y, fascinada, escuchó su explicación sobre que los niveles del infierno de Dante habían sido desordenados y que, al colocarlos en la secuencia adecuada, formaban la frase italiana «*cerca trova*».

«¿Busca y hallarás? —se preguntó Sinskey—. ¿Ese es el mensaje que ese lunático me ha dejado?». Parecía un desafío directo. El perturbador recuerdo de las últimas palabras de ese loco durante su encuentro en el Consejo de Relaciones Exteriores volvió a acudir a su mente: «Entonces parece que ha comenzado nuestro baile».

—Está pálida —dijo Langdon, mirándola—. ¿No es este el mensaje que esperaba?

Sinskey se recompuso y se colocó bien el amuleto del cuello.

—No exactamente. Dígame…, ¿cree usted que este mapa del infierno está sugiriendo que busque algo?

—Sí. *Cerca trova*.

—¿Y sugiere dónde debo buscar?

Langdon se acarició la barbilla mientras otros empleados de la OMS comenzaban a reunirse a su alrededor, ansiosos por obtener más información.

—No abiertamente…, pero sí se me ocurre en qué lugar debería comenzar.

—Dígamelo —le exigió Sinskey de forma más autoritaria de lo que Langdon habría esperado.

—Bueno, ¿qué le parece Florencia, Italia?

Sinskey apretó los dientes y se esforzó para controlar su reacción. Sus empleados, sin embargo, no hicieron gala de la misma discreción. Todos intercambiaron miradas de alarma. Uno agarró un teléfono e hizo una llamada. Otro corrió hacia la puerta que conducía a la parte delantera del avión.

Langdon no entendía nada.

—¿Es por algo que he dicho?

«Desde luego», pensó Sinskey.

—¿Qué le ha hecho decir Florencia?

—*Cerca trova* —respondió, y le contó el misterio que rodeaba el fresco de Vasari del Palazzo Vecchio.

Sinskey ya había oído suficiente. «A Florencia, pues». Obviamente, no podía ser mera coincidencia que su némesis se hubiera suicidado arrojándose al vacío a menos de tres manzanas del Palazzo Vecchio.

—Profesor —dijo—, cuando antes le he enseñado mi amuleto y he dicho que era un caduceo, me ha dado la sensación de que quería decirme algo, pero ha cambiado de idea. ¿Qué iba a decir?

Langdon negó con la cabeza.

—Nada, es una tontería. A veces no puedo evitar que el profesor que hay en mí salga a la luz.

Sinskey se lo quedó mirando directamente a los ojos.

—Se lo pregunto porque necesito saber si puedo confiar en usted. ¿Qué iba a decir?

Langdon tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Nada importante. Antes ha dicho que su amuleto era el símbolo antiguo de la medicina, lo cual es correcto. Pero luego lo ha llamado caduceo. Ha cometido un error muy común. El caduceo tiene dos serpientes y unas alas en la parte superior. Su amuleto solo una, y ninguna ala. Su símbolo se llama…

—Vara de Asclepio.

Langdon ladeó la cabeza, sorprendido.

—Sí. Exacto.

—Ya lo sabía. Estaba poniendo a prueba su sinceridad.

—¿Cómo dice?

—Quería saber si me diría la verdad, por incómoda que pudiera ser para mí.

—Parece que he fallado.

—No lo vuelva a hacer. La honestidad total es la única forma en que usted y yo podremos trabajar juntos en esto.

—¿Trabajar juntos? ¿No hemos terminado?

—No, profesor, no hemos terminado. Necesito que venga a Florencia para ayudarme a encontrar algo.

Langdon se la quedó mirando con incredulidad.

—¿Esta noche?

—Eso me temo. Todavía tengo que explicarle cuán crítica es la naturaleza de esta situación.

Langdon negó con la cabeza.

—No importa lo que me diga. No quiero ir a Florencia.

—Yo tampoco —dijo Elizabeth sombríamente—, pero el tiempo se está agotando.

62

El sol de mediodía resplandecía en el lustroso tejado del tren de alta velocidad italiano, el Frecciargento, que se dirigía hacia el norte recorriendo un grácil arco a través de la campiña toscana. A pesar de alejarse de Florencia a 280 kilómetros por hora, el «flecha de plata» prácticamente no hacía ningún ruido. El leve traqueteo y el suave balanceo tenían un efecto casi relajante en los viajeros.

Para Robert Langdon, la última hora había resultado muy confusa.

Ahora, a bordo del tren de alta velocidad, Langdon, Sienna y el doctor Ferris iban sentados en uno de los *salottini* del tren; una pequeña cabina privada de clase ejecutiva con cuatro asientos de piel y una mesa plegable. Ferris la había reservado con su tarjeta de crédito. Y con ella también había pagado el surtido de bocadillos y el agua mineral que Langdon y Sienna habían consumido con gran voracidad tras asearse un poco en el baño contiguo a su cabina privada.

En cuanto los tres se hubieron acomodado para el viaje de dos horas a Venecia, el doctor Ferris posó sus ojos sobre la máscara mortuoria de Dante, que descansaba sobre la mesa que había entre ellos en su bolsa de plástico transparente.

—Tenemos que averiguar a qué lugar de Venecia nos conduce esta máscara.

—Y rápido —añadió Sienna. La urgencia era perceptible en su tono de voz—. Probablemente, es nuestra única esperanza de evitar la plaga de Zobrist.

—Un momento —dijo Langdon, colocando una mano sobre la máscara—. El doctor Ferris me ha prometido que, cuando estuviéramos a salvo a bordo del tren, me contaría algunas cosas sobre los últimos días. Hasta el momento, lo único que sé es que la OMS me reclutó en Cambridge para ayudarlos a descifrar la versión

que Zobrist había hecho del *Mappa*. Aparte de eso, no me ha dicho nada más.

El doctor Ferris se removió incómodo en su asiento y comenzó a rascarse otra vez el sarpullido que tenía en la cara y en el cuello.

—Entiendo tu frustración —dijo—. Estoy seguro de que resulta desconcertante no recordar qué te ha pasado, pero hablando en términos médicos… —Miró a Sienna en busca de confirmación y prosiguió—, recomiendo encarecidamente que no malgastes energía intentando averiguar detalles que no puedes recordar. En los casos de amnesia, es mejor no remover el pasado.

—¡¿No removerlo?! —Langdon sintió que su enojo iba en aumento—. ¡Al diablo con eso! ¡Necesito respuestas! ¡Tu organización me trajo a Italia! ¡Aquí me han disparado y he perdido varios días de mi vida! ¡Quiero saber qué ha pasado!

—Robert —dijo Sienna en un tono de voz suave para intentar tranquilizarlo—. El doctor Ferris tiene razón. No es recomendable exponerse de golpe a una catarata de información. Concéntrate en los detalles que sí recuerdas: la mujer del cabello plateado, «busca y hallarás», los cuerpos retorciéndose del *Mappa*; esas imágenes acudieron a tu memoria en una serie de fragmentos totalmente desordenados e incontrolables que te dejaron casi incapacitado. Si el doctor Ferris comienza a contarte lo sucedido los últimos días, sin duda desencadenará con ello otros recuerdos y podrías volver a sufrir alucinaciones. La amnesia retrógrada es una condición muy seria. Sacar a la luz recuerdos olvidados puede resultar extremadamente perjudicial para la psiquis.

Langdon no había pensado en eso.

—Imagino que debes de sentirte muy desorientado —añadió Ferris—, pero de momento necesitamos que tu psiquis esté intacta para poder seguir adelante. Es imperativo que averigüemos qué nos intenta decir esta máscara.

Sienna asintió.

Los médicos, advirtió Langdon en silencio, parecían estar de acuerdo.

Intentó sobreponerse a esa sensación de incertidumbre. Era muy extraño encontrarse con un absoluto desconocido y descubrir que en realidad lo conocía desde hacía varios días. «Aunque también es cierto —pensó— que hay algo en sus ojos que me resulta vagamente

familiar».

—Robert —dijo el doctor Ferris en tono comprensivo—, me doy cuenta de que todavía no confías en mí, pero eso es comprensible, teniendo en cuenta todo por lo que has pasado. Entre los efectos secundarios de la amnesia se encuentran la leve paranoia y la desconfianza.

«Eso tiene sentido —pensó Langdon—, teniendo en cuenta que ni siquiera puedo confiar en mi mente».

—Hablando de paranoia —bromeó Sienna, para animar un poco la cosa—. Al ver tu sarpullido, Robert creyó que habías contraído la Peste Negra.

Los hinchados ojos de Ferris se abrieron como platos y soltó una sonora carcajada.

—¿Este sarpullido? Créeme, Robert, si tuviera la Peste Negra no la estaría tratando con un antihistamínico comprado sin receta médica. —Sacó un pequeño tubo medio vacío de su bolsillo y se lo lanzó a Langdon. Efectivamente, era una crema para aliviar el picor de las reacciones alérgicas.

—Lo siento —dijo Langdon, sintiéndose algo tonto—. Ha sido un día muy largo.

—No pasa nada.

Langdon se volteó hacia la ventana y observó cómo las tonalidades cambiantes de la campiña italiana formaban un pacífico *collage*. Los viñedos y las granjas habían comenzado a escasear en el momento en que la llanura había dado paso a los montes Apeninos. El tren pronto comenzaría a recorrer la sinuosa cordillera y luego volvería a descender hasta el mar Adriático.

«Voy a Venecia —pensó—. En busca de una plaga».

Ese extraño día estaba dejando a Langdon con la sensación de que avanzaba por un paisaje compuesto por formas difusas sin detalles particulares. Como si fuera un sueño. Ahora bien, las pesadillas solían despertar a la gente… Aunque, irónicamente, Langdon se sentía como si se hubiera despertado en una.

—Te doy una lira si me dices lo que piensas —susurró Sienna a su lado.

Langdon levantó la mirada y sonrió cansinamente.

—No dejo de pensar que me despertaré en casa y descubriré que todo esto no es más que una pesadilla.

Sienna ladeó la cabeza con una expresión juguetona.

—¿No me extrañarías si te despertaras y descubrieras que no soy real?

Langdon no pudo evitar reír.

—Bueno, un poco quizá sí.

Ella le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Deje de soñar despierto, profesor, y póngase a trabajar.

A regañadientes, Langdon se volvió hacia el arrugado rostro de Dante Alighieri, que los miraba inexpresivamente desde la mesa. Con cuidado, Langdon tomó la máscara de yeso, le dio la vuelta para ver el cóncavo interior y leyó el primer verso:

Oh, vosotros, poseídos de sano entendimiento…

Langdon no creía encontrarse en esa condición.

Aun así, se puso manos a la obra.

A unos trescientos veinte kilómetros del veloz tren, el *Mendacium* permanecía anclado en el Adriático. Bajo cubierta, el facilitador Laurence Knowlton oyó que llamaban suavemente al cristal de su cabina. Presionó un botón que había bajo su escritorio para volver transparente el vidrio opaco, y al otro lado apareció una figura menuda y bronceada.

«El comandante».

Parecía apesadumbrado.

Sin decir palabra entró en el cubículo, cerró la puerta con llave y volvió a presionar el interruptor que volvía opaco el cristal. Olía a alcohol.

—El video que nos dejó Zobrist —dijo el comandante.

—¿Sí, señor?

—Quiero verlo. Ahora.

63

Robert Langdon había transcrito el texto en espiral de la máscara mortuoria a un papel para poder analizarlo atentamente. Sienna y el doctor Ferris se habían acurrucado a su lado, y Langdon hizo todo lo posible para ignorar el hecho de que este último no dejaba de rascarse y respirara con dificultad.

«No le pasa nada», se dijo a sí mismo, y se obligó a prestar atención a los versos que tenía delante.

> Oh, vosotros, poseídos de sano entendimiento,
> descubrid la doctrina que se oculta...
> bajo el velo de tan extraños versos.

—Como he mencionado antes —comenzó a decir Langdon—, la estrofa inicial del poema de Zobrist está extraída del *Inferno* de Dante casi al pie de la letra; es una advertencia al lector de que los versos tienen un significado más profundo.

La obra alegórica de Dante está tan repleta de comentarios velados sobre religión, política y filosofía que con frecuencia Langdon sugería a sus alumnos que estudiaran al poeta italiano como lo harían con la Biblia, leyendo entre líneas y esforzándose en hallar el significado que se ocultaba a simple vista.

—Los especialistas en alegoría medieval —prosiguió— suelen dividir sus análisis en dos categorías: «texto» e «imagen». El texto es el contenido literal de la obra, y la imagen, el mensaje simbólico.

—O sea —dijo Ferris con impaciencia—, que el hecho de que el poema comience con este verso…

—Sugiere —le interrumpió Sienna— que una lectura superficial solo revelará parte del mensaje. El verdadero significado puede que

esté oculto.

—Algo así, sí. —Langdon volvió a posar la mirada sobre el texto y siguió leyendo en voz alta.

> Buscad al traicionero dux de Venecia
> que cortó las cabezas de los caballos…
> y arrancó los huesos de los ciegos.

—Bueno —dijo Langdon—, todavía no sé a qué hace referencia lo de los caballos sin cabeza y los huesos de los ciegos, pero parece que tenemos que encontrar a un dux específico.

—Es decir…, ¿la tumba de un dux? —aventuró Sienna.

—O una estatua, o un retrato —añadió Langdon—. Hace siglos que no hay dux.

Los dux de Venecia eran muy parecidos a los duques de otras ciudades Estado de la península itálica y, desde el año 697 d. C., más de cien habían gobernado Venecia durante un período de mil años. Su linaje terminó a finales del siglo XVIII con la conquista de Napoleón, pero su gloria y poder seguían generando una intensa fascinación entre los historiadores.

—Como quizá saben —dijo Langdon—, las dos atracciones turísticas más populares de Venecia, el Palacio Ducal y la basílica de San Marcos, fueron construidas por y para los dux. Muchos de ellos están enterrados ahí mismo.

—¿Y sabes si hubo un dux que fuera particularmente malvado? —preguntó Sienna con los ojos puestos en el poema.

Langdon bajó la mirada al verso en cuestión. «Buscad al traicionero dux de Venecia».

—Ninguno, que yo sepa, pero el poema no utiliza la palabra «malvado», sino «traicionero». Hay una diferencia, al menos en el mundo de Dante. La traición es uno de los siete pecados capitales; el peor de ellos, en realidad, y está castigado con el noveno círculo del infierno.

La traición, tal y como la definió Dante, era el acto de traicionar al ser amado. El ejemplo más conocido de ese pecado era la traición de Judas a Jesús, un acto que Dante consideraba tan vil que confinó a Judas a una región situada en el centro mismo del infierno, y que

se llamaba Judeca en honor a su residente más indigno.

—O sea, que estamos buscando a un dux que cometió un acto de traición —dijo Ferris.

Sienna asintió.

—Eso nos ayudará a limitar las posibilidades. —Se quedó un momento callada, mirando el texto—. Pero el siguiente verso… ¿Un dux que «cortó las cabezas de los caballos»? —Levantó la mirada hacia Langdon—. ¿Existe eso?

Lo que acababa de leer Sienna hizo que Langdon evocara la espeluznante escena de *El Padrino*.

—No me suena. Pero, según esto, también «arrancó los huesos de los ciegos». —Se volvió hacia Ferris—. Tu teléfono tiene conexión a internet, ¿verdad?

Ferris agarró su móvil, pero tenía los dedos hinchados y rojizos.

—Con estos dedos no puedo teclear.

—Ya me encargo yo —dijo Sienna, y agarró el móvil—. Buscaré «dux venecianos» y cruzaré las referencias que obtenga con «caballos sin cabeza» y «huesos de los ciegos». —Se puso a marcar rápidamente en el pequeño teclado.

Langdon volvió a centrar su atención en el poema, y siguió leyendo en voz alta.

Arrodillaos en el mouseion dorado de santa sabiduría
y pegad la oreja al suelo,
para oír el rumor del agua.

—Nunca he oído hablar de ningún *mouseion* —dijo Ferris.

—Es una palabra antigua que se refiere a un templo protegido por musas —respondió Langdon—. En la época de los primeros griegos, el *mouseion* era el lugar donde los ilustrados se reunían para compartir ideas y discutir de literatura, música y arte. El primer *mouseion* fue construido por Ptolomeo en la Biblioteca de Alejandría, siglos antes del nacimiento de Jesucristo, y luego cientos más comenzaron a aflorar por todo el mundo.

—Sienna —dijo Ferris, esperanzado—, ¿puedes buscar si hay algún *mouseion* en Venecia?

—En realidad, hay muchos —dijo Langdon con una sonrisa

juguetona—. Ahora se llaman museos.

—Ahhh… —respondió Ferris—. Entonces tendremos que ampliar la búsqueda.

—O sea que estamos buscando un museo en el que podamos encontrar a un dux que cortó cabezas de caballos y arrancó los huesos de los ciegos. Robert, ¿se te ocurre algún museo en particular que pueda ser un buen lugar para comenzar la búsqueda? —preguntó Sienna mientras seguía tecleando en el teléfono, sin problema alguno para hacer dos cosas a la vez.

Langdon ya estaba considerando los museos más conocidos de Venecia: la Gallerie dell'Accademia, el Ca'Rezzonico, el Palazzo Grassi, la Colección Peggy Guggenheim o el Museo Correr, pero ninguno parecía encajar con la descripción.

Volvió a mirar el texto.

el mouseion dorado de santa sabiduría

Langdon sonrió irónicamente.

—En Venecia hay un museo que cumple con todos los requisitos para ser considerado un «*mouseion* dorado de santa sabiduría».

Tanto Ferris como Sienna se lo quedaron mirando expectantes.

—La basílica de San Marcos —declaró—. La iglesia más grande de Venecia.

Ferris no parecía muy convencido.

—¿La iglesia es un museo?

Langdon asintió.

—Algo así como los Museos Vaticanos. Es más, el interior de San Marcos es conocido por estar completamente adornado con azulejos dorados.

—Un *mouseion* dorado —dijo Sienna. La excitación era perceptible en su voz.

Langdon asintió. No tenía duda de que la basílica de San Marcos era el templo dorado al que hacía referencia el poema. Durante siglos, los venecianos la habían llamado «La Chiesa d'Oro» —la iglesia de oro—; y él consideraba su interior el más deslumbrante de todas las iglesias del mundo.

—El poema dice que nos «arrodillemos» ahí —añadió Ferris—. Y

una iglesia es un lugar lógico para hacerlo.

Sienna ya estaba tecleando furiosamente.

—Añadiré «San Marcos» a la búsqueda. Ese debe de ser el lugar en el que tenemos que buscar al dux.

Langdon sabía que encontrarían no pocos dux en San Marcos. No en vano, había sido su basílica. Algo más animado, volvió a posar sus ojos en el poema.

Arrodillaos en el mouseion dorado de santa sabiduría
y pegad vuestra oreja al suelo,
para oír el rumor del agua.

«¿Rumor del agua?», se preguntó Langdon. «¿Hay agua bajo la basílica de San Marcos?». Inmediatamente se dio cuenta de que esa pregunta era estúpida. Había agua debajo de toda la ciudad. Todos los edificios de Venecia se estaban hundiendo poco a poco. Visualizó entonces la basílica e intentó imaginar dónde podía arrodillarse uno para oír el rumor del agua. «Y cuando lo oigamos…, ¿qué hacemos?».

Langdon volvió a mirar el poema y terminó de leerlo en voz alta.

Adentraos en el palacio sumergido…
pues aquí, en la oscuridad, el monstruo ctónico aguarda
en las aguas teñidas de rojo sangre…
de la laguna que no refleja las estrellas.

—Muy bien —dijo Langdon, perturbado por la imagen—. Al parecer, debemos seguir el rumor del agua…, hasta llegar a una especie de palacio sumergido.

Ferris se rascó la cara. Parecía nervioso.

—¿Qué es un monstruo ctónico?

—Subterráneo —le contestó Sienna, que seguía tecleando en el teléfono—. Ctónico significa «bajo tierra».

—En parte sí —dijo Langdon—. Aunque la palabra tiene otra

implicación histórica asociada en general con dioses míticos y monstruos. Los ctónicos conforman toda una categoría: las Erinias, Hécate y la Medusa, por ejemplo, lo son. Se les llama así porque residen en el inframundo y están asociados con el infierno. —Langdon hizo una pausa—. Históricamente, salen a la superficie para crear el caos en el mundo de los humanos.

Hubo un largo silencio y Langdon tuvo la sensación de que todos estaban pensando lo mismo. «Este monstruo ctónico… solo puede ser la plaga de Zobrist».

pues aquí, en la oscuridad, el monstruo ctónico aguarda
en las aguas teñidas de rojo sangre…
de la laguna que no refleja las estrellas.

—En cualquier caso —dijo Langdon, intentando no salirse del tema—, está claro que la localización que buscamos es subterránea, lo cual, al menos, explica la referencia a «la laguna que no refleja las estrellas» del último verso.

—Bien visto —dijo Sienna, levantando la mirada del teléfono de Ferris—. Si una laguna es subterránea no puede reflejar el cielo. ¿Hay alguna subterránea en Venecia?

—Ninguna, que yo sepa —respondió Langdon—. Pero en una ciudad construida sobre el agua, las posibilidades son probablemente infinitas.

—¿Y si la laguna está dentro de un edificio? —preguntó Sienna de repente, mirándolos a ambos—. El poema hace referencia a la «oscuridad del palacio sumergido». Antes has mencionado que el Palacio Ducal está relacionado con la basílica, ¿no? Esto significaría que las dos estructuras cuentan con todo lo que menciona el poema: un *mouseion* de santa sabiduría, un palacio, relación con los dux…, y está todo situado en la laguna principal de Venecia, al nivel del mar.

Langdon consideró lo que había dicho Sienna.

—¿Crees que el «palacio sumergido» del poema es el Palacio Ducal?

—¿Por qué no? El poema nos dice que debemos arrodillarnos en la basílica de San Marcos y luego seguir el rumor del agua. Puede

que ese ruido nos conduzca al palacio contiguo; puede que sus cimientos estén sumergidos.

Langdon había visitado el Palacio Ducal muchas veces y sabía que la extensión que ocupaba era enorme, pues estaba conformado por un vasto complejo de edificios: un museo de gran tamaño, un verdadero laberinto de cámaras, apartamentos y patios institucionales, y una red de prisiones tan extensa que estaba repartida en varios edificios.

—Puede que tengas razón —dijo Langdon—, pero una búsqueda a ciegas en ese palacio podría llevarnos días. Sugiero que hagamos exactamente lo que nos dice el poema. En primer lugar, vayamos a la basílica de San Marcos, encontremos la tumba o estatua de ese dux traicionero, y arrodillémonos.

—¿Y luego? —preguntó Sienna.

—Luego —dijo Langdon con un suspiro—, recemos para oír el rumor del agua y que nos conduzca a algún lado.

En el silencio que se hizo a continuación, Langdon visualizó la expresión de inquietud que tenía Elizabeth Sinskey en sus alucinaciones, llamándole desde el otro lado del río. «El tiempo se agota. ¡Busca y hallarás!». Se preguntó dónde estaría la doctora en ese momento y si estaría bien. Sin duda, a esas alturas los soldados de negro ya se habrían dado cuenta de que él y Sienna se habían escapado. «¿Cuánto tardarán en dar con nuestra pista?».

Reprimiendo una oleada de cansancio, Langdon volvió a mirar el poema. Al leer el último verso se dio cuenta de otra cosa. Se preguntó si valía la pena mencionarla. «La laguna que no refleja las estrellas». Probablemente era irrelevante para su búsqueda, pero decidió compartirlo de todos modos.

—Hay otra cosa que debería mencionar.

Sienna levantó la mirada del teléfono móvil.

—Las tres secciones de la *Divina Comedia* de Dante —dijo Langdon—. *Inferno*, *Purgatorio* y *Paradiso*. Todas terminan con la misma palabra.

Sienna parecía sorprendida.

—¿Cuál es? —preguntó Ferris.

Langdon señaló el final del poema que había transcrito.

—La misma con la que termina este poema: «estrellas». —Tomó la máscara mortuoria de Dante y señaló el centro de la espiral.

«La laguna que no refleja las estrellas».

—Es más —prosiguió Langdon—. Al final del *Inferno*, Dante oye el rumor del agua en el interior de una sima y, siguiéndolo a través de una abertura, consigue salir del infierno.

Ferris palideció ligeramente.

—Dios mío.

Justo entonces, el Frecciargento se metió en el túnel de una montaña y una ensordecedora ráfaga de aire sacudió la cabina.

En la oscuridad, Langdon cerró los ojos e intentó relajarse. «Puede que Zobrist fuera un lunático —pensó—, pero sin duda poseía un sofisticado conocimiento de la obra de Dante».

64

Laurence Knowlton sintió una oleada de alivio.

«El comandante ha cambiado de idea respecto al video de Zobrist».

Knowlton prácticamente se abalanzó sobre la tarjeta de memoria de color rojo y la insertó en su ordenador para compartir el contenido con su jefe. Llevaba horas obsesionado con los nueve minutos del extraño videomensaje de Zobrist, y estaba impaciente por que lo viera alguien más.

«Ya no será solo mi responsabilidad».

El video comenzó a reproducirse, y Knowlton no pudo evitar contener el aliento.

La pantalla se oscureció y el rumor del agua invadió el cubículo. La imagen avanzaba a través de la neblina rojiza de la caverna subterránea y, a pesar de que el comandante no mostraba reacción alguna, Knowlton pudo advertir que se sentía alarmado y confundido.

De repente, la cámara detenía su avance y se sumergía bajo el agua de la laguna. Descendía varios metros hasta llegar a una lustrosa placa de titanio atornillada al suelo.

EN ESTE LUGAR, EN ESTA FECHA,
EL MUNDO CAMBIÓ PARA SIEMPRE.

El comandante dio un ligero respingo.

—Mañana —susurró al ver la fecha—. ¿Y sabemos dónde se encuentra «este lugar»?

Knowlton negó con la cabeza.

La cámara giró entonces a la izquierda y enfocó la bolsa de plástico rellena de un gelatinoso fluido de color amarillo pardusco.

—¡¿Qué diablos…?! —El comandante tomó una silla y se sentó, sin dejar de mirar la burbuja ondulante que permanecía suspendida bajo el agua como un globo amarrado.

A medida que el video avanzaba, se hizo un incómodo silencio en el cubículo. Al poco, la pantalla se oscureció y en una pared de la caverna apareció una extraña sombra de nariz picuda que comenzó a hablar en un lenguaje arcano:

> Yo soy la Sombra.
>
> Empujado a la clandestinidad, me veo obligado a dirigirme al mundo desde las entrañas de la Tierra, confinado a esta lúgubre caverna cuyas aguas teñidas de rojo conforman la laguna que no refleja las estrellas.
>
> Pero este es mi paraíso, el útero perfecto para mi frágil hijo.
>
> *Inferno.*

El comandante levantó la mirada.

—*¿Inferno?*

Knowlton se encogió de hombros.

—Como le he dicho antes, es realmente perturbador.

El comandante volvió a centrarse en la pantalla.

La sombra picuda siguió hablando varios minutos sobre plagas, la necesidad de purgar la población, su glorioso rol en el futuro, la batalla contra las almas ignorantes que intentaban detenerlo, y los pocos fieles que se habían dado cuenta de que una medida drástica era el único modo de salvar el planeta.

Fuera sobre lo que fuese esa guerra, Knowlton se había estado preguntando toda la mañana si el Consorcio no estaría luchando en el bando equivocado.

La voz prosiguió:

> He creado una obra maestra que nos salvará y, sin embargo, mis esfuerzos no se han visto recompensados con trompetas y laureles…, sino con amenazas de muerte.

No temo a la muerte. Ella transforma a los visionarios en mártires y convierte las ideas nobles en movimientos poderosos.

Jesús. Sócrates. Martin Luther King.

Un día me uniré a ellos.

La obra maestra que he creado es la del mismo Dios, es Él quien me ha dotado del intelecto, de las herramientas y del coraje necesarios para dar forma a una creación como esta.

Ahora el día se acerca.

Inferno duerme bajo mis pies, preparándose para venir al mundo desde su útero acuático, bajo la atenta mirada del monstruo ctónico y todas sus Furias.

A pesar de la virtud de mis actos, no soy extraño al pecado. Incluso yo soy culpable del séptimo; la solitaria tentación de la cual muy pocos encuentran refugio.

El Orgullo.

Sí, al grabar este mensaje he sucumbido a la poderosa tentación del Orgullo, deseoso de que el mundo conociera mi obra.

¿Y por qué no?

La humanidad debería conocer el origen de su propia salvación, ¡el nombre de aquel que selló para siempre las puertas del infierno!

A cada hora que pasa, el desenlace es más indiscutible. Las matemáticas —tan implacables como la ley de la gravedad— son innegociables. El mismo florecimiento exponencial de vida que está a punto de acabar con la humanidad también será su liberación. La belleza de un organismo vivo —sea este bueno o malo — es que sigue la ley de Dios con singular eficiencia.

Ser fecundo y multiplicarse.

De modo que combato el fuego… con el fuego.

—Ya basta —dijo el comandante en voz tan baja que Knowlton apenas lo oyó.

—¿Cómo ha dicho, señor?

—Detenga el video.

Knowlton presionó un botón.

—Señor, el final es todavía más aterrador.

—Ya he visto suficiente. —El comandante parecía enfermo. Dio varias vueltas al cubículo y, finalmente, le dijo al facilitador—: Debemos ponernos en contacto con FS-2080.

Knowlton consideró la maniobra.

FS-2080 era el nombre en clave de uno de los contactos de confianza del comandante; el mismo que le había remitido a Zobrist. Sin duda alguna, en ese momento el jefe estaba lamentando haber confiado en el juicio de FS-2080. La recomendación de tomar como cliente a Zobrist solo había traído caos al estructurado mundo del Consorcio.

«FS-2080 es la razón de esta crisis».

La creciente cadena de desgracias que rodeaban a Zobrist solo parecía empeorar; no solamente para el Consorcio, sino con toda probabilidad, para el mundo entero.

—Tenemos que descubrir las verdaderas intenciones de Zobrist —declaró el comandante—. Quiero saber con todo detalle qué ha creado, y si la amenaza es real.

Knowlton sabía que si alguien tenía respuestas a esas preguntas, sería FS-2080. Nadie conocía mejor a Zobrist. Había llegado el momento de romper el protocolo y corregir la locura en la que, sin saberlo, la organización hubiera podido estar involucrada durante el último año.

Knowlton consideró las posibles consecuencias de encararse con FS-2080. El mero acto de ponerse en contacto conllevaba ciertos riesgos.

—Obviamente, señor —dijo Knowlton—, si pretende comunicarse con FS-2080, tendrá que ser muy cuidadoso.

El comandante tomó su teléfono. Sus ojos echaban fuego.

—Ya no es momento de ser cuidadosos.

Sentado en la cabina del Frecciargento con sus dos compañeros de viaje, el hombre de la corbata de cachemir y los anteojos Plume Paris se esforzaba por no rascarse el sarpullido, que no dejaba de empeorar. El dolor que sentía en el pecho también parecía ir en aumento.

Cuando el tren salió del túnel, el hombre observó a Langdon, que abrió lentamente los ojos como si regresara de un profundo ensimismamiento. A su lado, Sienna extendió la mano para tomar otra vez el móvil, que había dejado a un lado mientras recorrían el túnel por la falta de cobertura.

Parecía deseosa de continuar su búsqueda en internet, pero, antes de tomar el aparato, el teléfono comenzó a vibrar y a emitir unos sonidos en *staccato*.

El hombre del sarpullido conocía bien ese timbre. Agarró el teléfono enseguida y, al ver el número que aparecía en la pantalla, hizo lo posible por disimular su sorpresa.

—Lo siento —dijo, poniéndose de pie—. Mi madre está enferma, tengo que atender la llamada.

Sienna y Langdon asintieron y, tras disculparse, el hombre salió de la cabina y se metió en el baño contiguo. Cerró la puerta y contestó la llamada.

—¿Diga?

Le respondió una voz grave.

—Soy el comandante.

65

El baño del Frecciargento no era más grande que el del avión de una línea comercial. Apenas había espacio para darse la vuelta. El hombre del sarpullido terminó su llamada con el comandante y se guardó el móvil.

«La situación ha cambiado radicalmente», advirtió. De repente, todo estaba del revés y él necesitaba un momento para orientarse.

«Mis amigos son ahora mis enemigos».

El hombre se aflojó la corbata de cachemir y se quedó mirando su purulento rostro en el espejo. Su aspecto era peor de lo que había esperado. Aunque, en realidad, la cara le preocupaba poco comparada con el dolor que sentía en el pecho.

Con mucho cuidado, se desabrochó varios botones de la camisa y se examinó el pecho desnudo en el espejo.

«Dios mío».

La zona ennegrecida había crecido.

El centro del pecho tenía un tono negro azulado. La noche anterior, esa misma zona tenía el tamaño de una pelota de golf, pero había crecido y en ese momento era más bien como una naranja. Al tocarse ligeramente la piel, no pudo evitar hacer una mueca de dolor.

Se apresuró a abrocharse de nuevo la camisa y esperó disponer de la fuerza necesaria para llevar a cabo lo que debía hacer.

«La siguiente hora será decisiva —pensó—. Hay que realizar una delicada serie de maniobras».

Cerró los ojos y, preparándose para lo que vendría, procuró recobrar la compostura. «Mis amigos se han convertido en mis enemigos», volvió a pensar.

Respiró hondo varias veces. Le costaba y le dolía, pero tenía que calmar sus nervios. Sabía que, si quería mantener ocultas sus intenciones, debía permanecer sereno.

«La calma interior es decisiva para una actuación convincente».

Estaba acostumbrado al engaño y, sin embargo, su corazón latía con fuerza. A pesar del dolor que sentía al hacerlo, respiró hondo otra vez. «Llevas años engañando a la gente —se recordó—. Es a lo que te dedicas».

Una vez recompuesto, se dispuso a regresar junto a Langdon y Sienna.

«Mi última actuación», pensó.

A modo de precaución final, antes de salir del baño le quitó la batería a su teléfono móvil para asegurarse de que quedara apagado.

«Parece más pálido», pensó Sienna cuando el hombre del sarpullido volvió a entrar en la cabina y se sentó con un suspiro de dolor.

—¿Va todo bien? —preguntó, genuinamente preocupada.

Él asintió.

—Sí, gracias. Todo va bien.

Tras haber recibido la información que el hombre parecía dispuesto a compartir, Sienna cambió de tema.

—Necesito tu teléfono otra vez —dijo—. Si no te importa, me gustaría seguir buscando información sobre los dux. Quizá podemos obtener alguna respuesta antes de llegar a la basílica de San Marcos.

—Ningún problema —dijo. Agarró el teléfono móvil y miró la pantalla—. Oh, maldita sea. La batería se estaba agotando durante la llamada. Parece que ahora ya se ha quedado sin nada. —Consultó la hora—. Pronto llegaremos a Venecia. Tendremos que esperar.

A ocho kilómetros de la costa italiana, a bordo del *Mendacium*, el facilitador Knowlton observaba en silencio cómo el comandante deambulaba por el perímetro del cubículo como un animal enjaulado. Después de la llamada telefónica, el jefe se había puesto a darle vueltas a la situación, y Knowlton sabía bien que no debía emitir sonido alguno mientras lo hacía.

Finalmente, el bronceado hombre habló con la voz más tensa que Knowlton pudiera recordar.

—No tenemos alternativa. Tenemos que compartir este video con la doctora Elizabeth Sinskey.

Knowlton permaneció inmóvil intentando no mostrar su sorpresa. «¿El diablo del cabello plateado? ¿La persona que hemos mantenido alejada de Zobrist durante todo un año?».

—De acuerdo, señor. ¿Busco un modo de enviarle el video por correo electrónico?

—¡Dios, no! ¿Y arriesgarnos a que el video se filtre al público? Provocaría un ataque masivo de histeria. Quiero a la doctora Sinskey a bordo tan pronto como sea posible.

Knowlton se lo quedó mirando con incredulidad. «¿Quiere traer a la directora de la OMS a bordo del *Mendacium*?».

—Señor, esta violación de nuestro protocolo de seguridad pone en riesgo…

—¡Limítese a hacerlo, Knowlton! ¡Ahora!

66

FS-2080 miró el reflejo de Robert Langdon en la ventanilla del veloz Frecciargento. El profesor seguía pensando en posibles soluciones al acertijo de la máscara mortuoria que había compuesto Bertrand Zobrist.

«Bertrand —pensó FS-2080—. Cómo lo echo de menos».

Su pérdida, tan reciente, todavía dolía. Recordaba la noche en la que se conocieron como si fuera un sueño mágico.

Chicago. El ventarrón.

Enero, seis años atrás, pero todavía parece ayer. Camino con dificultad por las aceras cubiertas de nieve de la Milla Magnífica, bajo el azote del viento y con el cuello vuelto hacia arriba para protegerme de la cegadora blancura. A pesar del frío, esta noche nada puede evitar que cumpla mi destino. Por fin escucharé al gran Bertrand Zobrist… en persona.

He leído todo lo que ha escrito, y sé la suerte que he tenido de haber conseguido una de las quinientas entradas para el evento.

Llego al auditorio con el cuerpo medio entumecido por el viento helado y siento una oleada de pánico al descubrir que el lugar está medio vacío. ¿La charla ha sido cancelada? Sé que la ciudad está a punto de suspender sus actividades a causa del mal tiempo. ¡¿Acaso ha provocado que Zobrist no pueda estar aquí esta noche?!

Y entonces aparece.

Una imponente y elegante figura sale al escenario.

Es alto, muy alto, y sus vibrantes ojos verdes parecen contener todos los misterios del mundo. Mira la sala vacía —apenas hay una docena de seguidores incondicionales—, y siento vergüenza por la pobre concurrencia.

¡Se trata de Bertrand Zobrist!

Hay un terrible momento de silencio en el que nos mira con expresión severa.

Entonces, de repente, estalla en carcajadas y sus ojos verdes relucen.

—Al diablo con este auditorio vacío —declara—. Mi hotel está aquí al lado. ¡Vayamos al bar!

Se oyen unos vítores, y unos cuantos nos trasladamos con él al bar del hotel, donde ocupamos una gran mesa y pedimos bebidas. Zobrist nos premia con historias sobre su investigación, su ascenso a la popularidad, y sus ideas sobre el futuro de la ingeniería genética. A una copa le siguen otras, y la conversación pasa a tratar la reciente pasión de Zobrist por la filosofía transhumanista.

—Creo que el transhumanismo es la única esperanza para la supervivencia a largo plazo de la humanidad —explica Zobrist, arremangándose la camisa y mostrando el tatuaje que lleva en el hombro: «H+»—. Como pueden ver, estoy completamente comprometido con la causa.

Me siento como si disfrutara de una audiencia privada con una estrella de rock. Nunca imaginé que el celebrado «genio de la genética» sería tan carismático y seductor en persona. Cada vez que me mira, sus ojos verdes encienden un inesperado sentimiento en mi interior y siento el profundo tirón de la atracción sexual.

A medida que avanza la noche, el grupo se va reduciendo. Poco a poco, los invitados se disculpan y regresan a la realidad. A medianoche, solo quedo yo.

—Gracias por esta noche —le digo. He bebido alguna copa de más y se me ha subido un poco a la cabeza—. Eres un profesor increíble.

—¿Adulación? —Zobrist sonríe y se inclina hacia mí. Nuestras piernas se tocan—. Te llevará a donde quieras.

El coqueteo es claramente inapropiado, pero es una noche de mal tiempo en un hotel desierto de Chicago, y parece como si todo el mundo se hubiera detenido.

—¿Qué te parece? —dice Zobrist—. ¿La última en mi habitación?

Me quedo inmóvil, consciente de que mi expresión debe de ser la de un ciervo iluminado por los faros de un automóvil.

Los ojos de Zobrist destellan afectuosamente.

—Deja que lo adivine —me susurra—. Nunca has estado con un hombre famoso.

Noto que me sonrojo e intento disimular la oleada de emociones que siento: vergüenza, excitación, miedo.

—En realidad —le digo—. Nunca he estado con ningún hombre.

Zobrist sonríe y se acerca a mí.

—No estoy seguro de qué has estado esperando, pero me encantaría ser tu primero.

En ese momento, todos los miedos y frustraciones sexuales de mi infancia desaparecen… evaporándose en esta noche de mucho viento.

Por primera vez en la vida, siento un deseo libre de toda vergüenza.

Lo deseo.

Diez minutos después, estamos en su habitación de hotel, desnudos y en brazos del otro. Zobrist se toma su tiempo. Sus pacientes manos despiertan en mi inexperto cuerpo sensaciones que nunca había experimentado.

Ha sido mi elección. No me ha obligado.

En sus brazos, me siento como si todo estuviera bien en el mundo. Miro la noche de ventisca por la ventana y sé que seguiré a este hombre a donde sea.

De repente, el tren ralentiza su marcha. FS-2080 emerge de su recuerdo dichoso y regresa al triste presente.

«Ya no estás… Bertrand».

Su primera noche juntos fue el primer paso de un viaje increíble.

«Me convertí en algo más que su amante. Me convertí a su causa».

—Puente Libertà —dijo Langdon—. Ya casi hemos llegado.

FS-2080 asintió melancólicamente con la mirada puesta en las aguas de la laguna Véneta. Recordó la vez que navegó ahí con Bertrand… Una pacífica imagen que luego dio paso al horrendo recuerdo de la semana anterior.

«Presencié cómo se arrojaba de lo alto de la torre de la Badia».

«Los míos fueron los últimos ojos que vio».

67

El Citation Excel de NetJets atravesó unas grandes turbulencias al poco de despegar del aeropuerto de Tassignano en dirección a Venecia. La doctora Elizabeth Sinskey, sin embargo, apenas reparó en ellas. Iba con la mirada perdida, acariciando distraídamente su amuleto.

Por fin habían dejado de ponerle inyecciones, y ya sentía la cabeza más despejada. A su lado, el agente Brüder permanecía en silencio, probablemente dándole vueltas al extraño curso que acababan de tomar los acontecimientos.

«Todo está del revés», pensó Sinskey, esforzándose por asimilar lo que acababa de pasar.

Treinta minutos antes, habían irrumpido en el pequeño aeropuerto con la intención de interceptar a Langdon antes de que embarcara en el avión privado que había reservado. En vez de dar al fin con el profesor, se habían encontrado con un Citation Excel parado y dos pilotos de NetJets dando vueltas de un lado a otro de la pista mientras consultaban sus relojes.

Robert Langdon no se había presentado.

«Y luego, la llamada».

Cuando sonó el teléfono móvil, Sinskey se encontraba en el mismo lugar en el que había pasado todo el día: el asiento trasero de la furgoneta. Tras entrar en el vehículo, el agente Brüder le dio el teléfono con una expresión de estupefacción en el rostro.

—Una llamada urgente para usted, señora.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Me ha pedido que le diga únicamente que tiene información urgente sobre Bertrand Zobrist.

Sinskey agarró el teléfono.

—Aquí la doctora Sinskey.

—Doctora Sinskey, usted y yo no nos conocemos, pero mi

organización ha sido la responsable de ocultar a Bertrand Zobrist durante este último año.

Sinskey se irguió de golpe.

—¡Quienquiera que sea usted, sepa que ha estado dando refugio a un criminal!

—No hemos hecho nada ilegal, pero eso no…

—¡Por supuesto que sí!

El hombre exhaló un largo suspiro y siguió hablando sin perder la calma.

—Ya tendremos tiempo de debatir la ética de mis acciones. Sé que no me conoce, pero yo sí sé unas cuantas cosas sobre usted. El señor Zobrist me ha estado pagando este último año para mantenerlo alejado de usted y de otros. Al ponerme en contacto ahora con usted estoy violando mi estricto protocolo. Pero creo que no hay otra opción salvo aunar nuestros recursos. Temo que Bertrand Zobrist pueda haber hecho algo terrible.

Sinskey no podía imaginarse quién era ese hombre.

—¡¿Se acaba de dar cuenta ahora?!

—Sí, así es. Justo ahora. —Su tono era honesto.

La cabeza de Sinskey se había despejado del todo.

—¿Quién es usted?

—Alguien que quiere ayudarla antes de que sea demasiado tarde. Tengo en mi poder un videomensaje de Bertrand Zobrist. Me pidió que lo hiciera público… mañana. Creo que debería verlo inmediatamente.

—¿Qué dice?

—Por teléfono no. Tenemos que vernos.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—Porque voy a decirle dónde está Robert Langdon…, y la razón por la que ha estado actuando de forma tan extraña.

Sinskey dio un respingo al oír el nombre de Langdon, y escuchó la explicación. El hombre con el que estaba hablando había sido cómplice de su enemigo durante el último año y, sin embargo, al escuchar lo que le estaba contando, el instinto le decía que debía confiar en él.

«No tengo otra opción que acceder a lo que pide».

Tras requisar el Citation Excel de NetJets que Langdon había «dejado plantado», la doctora Sinskey y los soldados se dirigían

ahora a Venecia, lugar al que, según la información de ese hombre, Langdon y sus dos acompañantes estaban llegando en tren en esos mismos momentos. Era demasiado tarde para poder contar con las autoridades locales, pero el hombre al otro lado de la línea aseguró saber adónde se dirigía Langdon.

«La plaza de San Marcos». Sinskey sintió un escalofrío al imaginar la cantidad de gente que habría en la zona más abarrotada de toda Venecia.

—¿Cómo lo sabe?

—Por teléfono no —dijo el hombre—. Pero debería saber que Robert Langdon viaja con alguien muy peligroso.

—¡¿Quién?! —preguntó Sinskey.

—Uno de los confidentes más íntimos de Zobrist. —El hombre suspiró hondo—. Alguien en quien yo confié. Equivocadamente, al parecer. Alguien que puede suponer una severa amenaza.

Mientras el avión privado se aproximaba al aeropuerto Marco Polo de Venecia con Elizabeth Sinskey y los seis soldados a bordo, la doctora volvió a pensar en Robert Langdon. «Ha perdido la memoria. No recuerda nada». Si bien eso explicaba varias cosas, hizo que se sintiera todavía peor por haber implicado al distinguido profesor en esa crisis.

«No le di ninguna opción».

Casi dos días atrás, cuando reclutó a Langdon, ni siquiera le dejó ir a casa para tomar su pasaporte. Ella lo arregló todo para que pudiera pasar el control del aeropuerto de Florencia como enviado especial de la Organización Mundial de la Salud.

En cuanto el C-130 comenzaba a atravesar el Atlántico, Sinskey había advertido que Langdon no tenía buen aspecto. Permanecía con la mirada fija en el fuselaje del avión.

—Profesor, es consciente de que este avión no tiene ventanillas, ¿verdad? Hasta hace poco se utilizaba como transporte militar.

Langdon se dio vuelta, con el rostro lívido.

—Sí, me he dado cuenta nada más al subir a bordo. No me siento cómodo en los espacios cerrados.

—¿Y entonces pareciera que mira por una ventanilla imaginaria?

Él sonrió tímidamente.

—Algo así, sí.

—Bueno, puede mirar esto —sacó una fotografía de su némesis de ojos verdes y la dejó en su regazo—. Bertrand Zobrist.

Sinskey ya le había hablado a Langdon de su encuentro con Zobrist en el Consejo de Relaciones Exteriores, de la pasión del hombre por la Ecuación del Apocalipsis de la Población, de su difundido comentario sobre los beneficios de la Peste Negra y, lo que era todavía más inquietante, de su desaparición del mapa ese último año.

—¿Cómo puede alguien tan prominente permanecer oculto durante tanto tiempo? —preguntó Langdon.

—Contó con mucha ayuda. Profesional. Quizá incluso de un país extranjero.

—¿Qué gobierno aprobaría la creación de una plaga?

—Los mismos que intentan conseguir cabezas nucleares en el mercado negro. No olvide que una plaga efectiva es el arma bioquímica definitiva, y costaría una fortuna. Zobrist podría haber engañado fácilmente a sus socios y haberles asegurado que el alcance de su creación es limitado. Él sería el único que tendría alguna idea de su poder real.

Langdon se quedó en silencio.

—En cualquier caso —prosiguió Sinskey—, quienes ayudan a Zobrist puede que no lo hayan hecho a cambio de poder o dinero, sino porque comparten su ideología. La realidad es que cuenta con no pocos discípulos que harían cualquier cosa por él. Es toda una celebridad. De hecho, dio una conferencia en su universidad no hace mucho.

—¿En Harvard?

Sinskey tomó un bolígrafo y escribió en un borde de la fotografía de Zobrist la letra H seguida de un signo más.

—Usted que es especialista en símbolos —dijo—, ¿le suena este?

H+

—H+ —susurró Langdon, asintiendo ligeramente—. Sí, hace unos veranos estaba por todo el campus. Supuse que hacía referencia a alguna convención de químicos.

Sinskey se rio.

—No, eran los carteles de la Cumbre 2010 de Humanidad+, uno

de los encuentros sobre transhumanismo más concurridos jamás celebrados. H+ es el símbolo del movimiento transhumanista.

Langdon ladeó la cabeza como si intentara ubicar el término.

—El transhumanismo —dijo Sinskey— es un movimiento intelectual, o una especie de filosofía, que se está extendiendo como la pólvora entre la comunidad científica. En esencia, los transhumanistas defienden que el ser humano debería utilizar la tecnología para trascender las carencias inherentes a nuestros cuerpos. En otras palabras, que el siguiente paso de la evolución humana debería consistir en que comenzáramos a manipularnos genéticamente a nosotros mismos.

—Eso no suena nada bien —dijo Langdon.

—Como todo cambio, es cuestión de proporción. Técnicamente, llevamos años haciéndolo. Por ejemplo, con ciertas vacunas que inmunizan a los niños frente a ciertas enfermedades: la polio, la viruela, la fiebre tifoidea. La diferencia es que ahora, con los descubrimientos de Zobrist en el campo de la manipulación de la línea germinal, hemos aprendido a desarrollar inmunizaciones heredables, que afectarían al receptor a un nivel genético, convirtiendo a todas las generaciones subsiguientes en inmunes a esa enfermedad determinada.

Langdon parecía sorprendido.

—¿De modo que el ser humano experimentaría una evolución que lo haría inmune, por ejemplo, a la fiebre tifoidea?

—Es más bien una evolución asistida —le corrigió Sinskey—. Normalmente, el proceso evolutivo (sea un pez pulmonado que desarrolla pies o un mono que desarrolla pulgares oponibles) tiene lugar a lo largo de milenios. Ahora, en cambio, podemos hacer adaptaciones genéticas radicales en una única generación. Los defensores de la tecnología consideran que el hecho de que el ser humano haya aprendido a mejorar su propio proceso evolutivo es la expresión definitiva de la darwiniana «supervivencia del más apto».

—Parece más bien que están jugando a ser Dios —respondió Langdon.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Sinskey—. Zobrist, sin embargo, al igual que muchos otros transhumanistas, decía que es una obligación evolutiva del ser humano utilizar todo aquello a nuestra disposición (la mutación genética de la línea germinal, por

ejemplo) para mejorar como especie. El problema es que nuestra composición genética es como un castillo de naipes, cada una de las piezas depende de otras y todas están relacionadas entre sí. A menudo de formas que desconocemos. Si intentamos eliminar un único rasgo humano, podemos provocar cambios en otros cien, y es muy posible que con efectos catastróficos.

—La evolución no es un proceso gradual porque sí —asintió Langdon.

—¡Exacto! —exclamó Sinskey, sintiendo que su admiración por el profesor aumentaba cada vez más—. Estamos jugando con un proceso que tardó eones en ocurrir. Vivimos tiempos peligrosos. Ahora tenemos la capacidad de activar ciertas secuencias genéticas mediante las cuales nuestros descendientes pueden mejorar la agilidad, el aguante, la fortaleza e incluso la inteligencia. Esto supone, en esencia, la creación de una raza superior. Estos individuos supuestamente «perfeccionados» son lo que los transhumanistas llaman «posthumanos», y algunos creen que serán el futuro de la especie.

—Esto me recuerda siniestramente a la eugenesia —respondió Langdon.

Esa referencia hizo que a la doctora Sinskey se le erizara la piel.

En la década de 1940, los científicos nazis desarrollaron una tecnología que llamaron «eugenesia», que consistía en una rudimentaria manipulación genética con la intención de incrementar el índice de natalidad de ciertos rasgos genéticos «deseables» y disminuir el de los «menos deseables».

«Limpieza étnica a nivel genético».

—Hay similitudes —admitió Sinskey—, y si bien cuesta imaginar la posibilidad de la creación de una nueva raza humana, hay mucha gente inteligente que considera de gran importancia para nuestra supervivencia que iniciemos ese proceso. Uno de los colaboradores de la revista transhumanista *h+* describió la manipulación de la línea germinal como «el siguiente paso» y aseguró que se trataba de la máxima expresión del potencial de nuestra especie. —Sinskey se detuvo un momento—. Aunque, en defensa de la revista, también hay que reconocer que publicaron un artículo de *Discover* titulado: «La idea más peligrosa del mundo».

—Creo que estoy más de acuerdo con el segundo —dijo Langdon

—. Al menos desde un punto de vista sociocultural.

—¿Y eso?

—Bueno, imagino que las mejoras genéticas, al igual que la cirugía estética, cuestan mucho dinero, ¿verdad?

—Por supuesto. No todo el mundo podría permitirse mejorarse a sí mismo o a sus hijos.

—Lo cual significa que esas mejoras genéticas crearían un mundo de ricos y pobres. Hoy en día ya existe un abismo que no deja de ensancharse entre ambos, pero la manipulación genética provocaría la división entre una raza de superhumanos y supuestos subhumanos. ¿Cree que a la gente le preocupa que el multimillonario, un uno por ciento de la población, dirija el mundo? Imagine si ese uno por ciento también fuera, literalmente, una especie superior; más inteligente, más fuerte, más sana. Esa situación terminaría provocando esclavitud o limpieza étnica.

La doctora Sinskey sonrió al apuesto profesor que tenía delante.

—Profesor, ha sabido ver muy rápidamente cuál es, para mí, el principal escollo de la ingeniería genética.

—Bueno, puede que eso lo haya entendido, pero sigo confundido respecto a Zobrist. Todas estas ideas transhumanistas parecen estar encaminadas a la mejora de la humanidad, a hacernos más sanos, curar enfermedades mortales, alargar la vida. Sin embargo, las opiniones de Zobrist sobre la superpoblación parecen fomentar el exterminio de la población. Sus ideas sobre el transhumanismo y la superpoblación parecen ser opuestas, ¿no?

Sinskey exhaló un solemne suspiro. Era una buena pregunta, y por desgracia, la respuesta era alarmante.

—Zobrist creía incondicionalmente en el transhumanismo y en la mejora de la especie a través de la tecnología, pero también creía que nuestra especie se extinguiría antes de que tuviéramos la oportunidad de llevar a cabo esa mejora. En efecto, si nadie hace nada al respecto, la superpoblación provocará que la especie se extinga antes de que tengamos oportunidad siquiera de descubrir las virtudes de la ingeniería genética.

Los ojos de Langdon se abrieron como platos.

—De modo que Zobrist quiere eliminar a parte de la población… ¿para ganar tiempo?

Sinskey asintió.

—Una vez se describió a sí mismo como alguien que intenta desesperadamente construir un bote salvavidas en un barco cuya cantidad de pasajeros se duplica a cada hora y que, por tanto, está condenado a hundirse por su propio peso. —Se detuvo un momento —. Así que propuso arrojar por la borda a la mitad de la gente.

Langdon hizo una mueca.

—Una idea aterradora.

—Bastante —dijo ella—. Zobrist estaba convencido de que una drástica reducción de la población humana sería recordada un día como un acto de gran heroísmo; el momento en el que la raza humana eligió sobrevivir.

—Como he dicho, aterrador.

—Y lo es más todavía, porque Zobrist no es el único que lo cree. Al morir se convirtió en un mártir para mucha gente. No tengo ni idea de qué nos vamos a encontrar cuando lleguemos a Florencia, pero tendremos que ser muy cuidadosos. No seremos los únicos que andan detrás de esta plaga y, por su seguridad, no podemos permitir que nadie sepa que usted se encuentra en Italia buscándola.

Langdon le habló de su amigo Ignazio Busoni, un especialista en Dante que podría ayudarle a acceder al Palazzo Vecchio fuera del horario de visita para examinar tranquilamente el mural con las palabras *cerca trova*. Busoni también podría ayudarle a analizar la extraña cita sobre los ojos de la muerte.

Sinskey echó hacia atrás su largo cabello plateado y miró a Langdon.

—Busque y halle, profesor. El tiempo se está acabando.

Sinskey fue entonces a un cuarto de almacenaje que había a bordo del avión y agarró el tubo de material peligroso más seguro de la OMS; un modelo con cierre biométrico.

—Deme su pulgar —dijo tras colocar el envase delante de Langdon.

El profesor parecía desconcertado, pero lo hizo.

Sinskey programó el tubo para que Langdon fuera la única persona que pudiera abrirlo. Luego tomó el pequeño proyector y lo metió dentro.

—Considérelo una caja fuerte portátil —dijo con una sonrisa.

—¿Con un símbolo de riesgo biológico? —A Langdon no parecía

hacerle mucha gracia.

—Es lo único que tenemos. Lo bueno es que nadie querrá acercarse a él.

Langdon se disculpó y se levantó para estirar las piernas e ir al baño. Mientras estaba fuera, Sinskey intentó meter el envase cerrado en el bolsillo de su chaqueta, pero no cabía.

«No puede llevar este proyector a la vista de todo el mundo», pensó. Lo consideró un momento y luego volvió al cuarto de almacenaje, agarró un bisturí y un kit de costura. Con gran precisión, hizo un corte en el forro de la chaqueta de Langdon y le cosió un bolsillo secreto exactamente del tamaño necesario para ocultar el biotubo.

Cuando Langdon regresó, ella estaba terminando de dar las últimas puntadas.

El profesor se quedó mirando a la doctora como si hubiera desfigurado la *Mona Lisa*.

—¿Ha hecho un corte en el forro de mi chaqueta de *tweed*?

—Relájese, profesor —dijo—. Soy una cirujana experimentada. Estas puntadas son profesionales.

68

La estación de tren de Santa Lucía es una elegante estructura baja hecha de piedra gris y cemento. Fue diseñada en un estilo moderno y minimalista, y su fachada está libre de todo adorno salvo un único símbolo: unas letras *FS* aladas (el logotipo de la red ferroviaria nacional, Ferrovie dello Stato).

Como está localizada en el extremo más occidental del Gran Canal, los pasajeros que llegan a Venecia en tren solo tienen que dar un paso para encontrarse completamente inmersos en el paisaje, los olores y los sonidos característicos de la ciudad.

A Langdon, lo primero que siempre le llamaba la atención era el aire salado; una límpida brisa marítima condimentada con el aroma de la *pizza* de los vendedores ambulantes que había frente a la estación. Ese día el viento soplaba del este, de modo que en el aire también se podían percibir el olor a diésel de la larga hilera de taxis acuáticos que esperaban en las aguas del Gran Canal. Docenas de conductores agitaban sus brazos y gritaban a los turistas con la esperanza de atraer nuevos clientes a sus taxis, góndolas o lanchas privadas.

«Caos en el agua», pensó Langdon al ver el atasco. Por alguna razón, una congestión que sería desesperante en Boston, allí en Venecia resultaba pintoresca.

A tiro de piedra, justo al otro lado del canal, la icónica cúpula verdigrís de San Simeone Piccolo se elevaba en el cielo del atardecer. La arquitectura de esa iglesia era una de las más eclécticas de toda Europa. La inusual y prominente cúpula y su santuario circular eran de estilo bizantino, mientras que la pronaos con columnas de mármol había sido claramente construida siguiendo el estilo griego del Panteón de Roma. Esa entrada estaba coronada por un espectacular frontispicio de intrincado mármol, que mostraba a los santos mártires en relieve.

«Venecia es un museo al aire libre —pensó Langdon mientras miraba el agua que bañaba la escalera de la iglesia—. Un museo que se hunde poco a poco». Aun así, la posible inundación parecía irrelevante comparada con la amenaza que acechaba en las entrañas de la ciudad.

«Y nadie sospecha nada…».

Langdon seguía dándole vueltas al poema escrito en la máscara mortuoria, y se preguntaba adónde les conducirían sus versos. Llevaba la transcripción del poema en el bolsillo, pero —por sugerencia de Sienna— habían envuelto la máscara en papel de periódico y la habían escondido en una discreta taquilla de la estación de tren. Si bien se trataba de un lugar claramente inadecuado para guardar un objeto tan valioso, sin duda era una opción mucho más segura que llevarla encima en una ciudad rodeada de agua.

—¿Robert? —Sienna iba por delante de Ferris, en dirección a los taxis acuáticos—. No tenemos mucho tiempo.

Langdon apretó el paso aunque, como gran entusiasta de la arquitectura, le parecía casi impensable recorrer con prisas el Gran Canal. Pocas experiencias venecianas eran más placenteras que subir, preferiblemente de noche, a bordo del Vaporetto 1 —el principal autobús acuático de la ciudad— y sentarse al aire libre a ver pasar las catedrales iluminadas.

«Hoy no hay *vaporetto*», pensó Langdon. Los *vaporetti* eran lentos, y sin duda un taxi acuático era una opción mucho más rápida. Pero la cola para tomar uno de los que había en la parada de la estación parecía interminable.

Sin intención alguna de esperar, Ferris se hizo cargo del asunto y, con un generoso fajo de billetes, rápidamente convocó una lustrosa lancha hecha de caoba sudafricana; toda una limusina acuática. Aunque la elegante embarcación era sin duda excesiva, el viaje de apenas quince minutos por el Gran Canal hasta la plaza de San Marcos sería al menos privado y rápido.

El conductor era un hombre increíblemente apuesto vestido con un traje de Armani. Parecía más una estrella de cine que un conductor de barco; aunque, claro, estaban en Venecia, tierra de la elegancia italiana.

—Maurizio Pimponi —dijo el hombre, guiñándole un ojo a

Sienna y dándoles la bienvenida a bordo—. ¿Prosecco? ¿Limoncello? ¿Champán?

—*No, grazie* —respondió ella, y le dio instrucciones en fluido italiano para que los llevara a la plaza de San Marcos tan rápido como pudiera.

—*Ma certo!* —Maurizio volvió a guiñarle un ojo—. Mi bote es el más rápido de toda Venecia…

Después de acomodarse en los mullidos asientos situados en la popa, Maurizio arrancó el motor Volvo Penta del bote y desatracó con gran pericia la larga embarcación. Luego giró a la derecha y, tras maniobrar a través de una multitud de góndolas, dejó atrás una gran cantidad de *gondolieri* con camisetas a rayas agitando sus puños en el aire mientras sus embarcaciones negras se balanceaban de un lado a otro en su estela.

—*Scusate!* —dijo Maurizio en tono de disculpa—. *VIPs!*

Unos segundos después, Maurizio se había alejado de la congestión de la estación de Santa Lucía y se dirigía al este por el Gran Canal. Al pasar por debajo del elegante Ponte degli Scalzi, Langdon percibió el característico olor dulzón de la especialidad local *seppie al nero* —sepia en su tinta—, procedente de la terraza de uno de los restaurantes que había en la ribera. Al tomar uno de los recodos del canal, la enorme cúpula de la iglesia de San Geremia quedó a la vista.

—Santa Lucía —susurró Langdon, leyendo el nombre de la santa en la inscripción que había en un lateral de la iglesia—. Los huesos de los ciegos.

—¿Cómo dices? —Sienna se volvió hacia él con la esperanza de que Langdon hubiera averiguado algo más sobre el misterioso poema.

—Nada —dijo él—. Una idea un poco extraña. Seguramente no es nada. —Señaló la iglesia—. ¿Ves la inscripción? Ahí está enterrada santa Lucía. A veces doy clases de arte hagiográfico (el arte relacionado con los santos cristianos), y he recordado que santa Lucía es la patrona de los ciegos.

—*Sì, santa Lucia!* —intervino Maurizio, con ganas de serles de utilidad—. ¡La santa de los ciegos! Conocen la historia, ¿no? —dijo su conductor alzando la voz para que se le pudiera oír por encima del ruido del motor—. Lucía era tan hermosa que todos los hombres

la deseaban. Para mantener su pureza y virginidad, decidió arrancarse los ojos.

—Eso es compromiso —comentó Sienna sarcásticamente.

—Como recompensa por su sacrificio —añadió Maurizio—, ¡Dios le obsequió con unos ojos todavía más hermosos!

Sienna se volvió hacia Langdon.

—Es consciente de que eso no tiene sentido, ¿verdad?

—Los caminos del Señor son inescrutables —comentó Langdon, visualizando los veinte cuadros o más de los Viejos Maestros que representaban a Santa Lucía con sus ojos en una bandeja.

Aunque había muchas versiones de la historia de la santa, en todas se arrancaba esos ojos que inducían a los demás a la lujuria, los colocaba en una bandeja y se los ofrecía a su ardiente pretendiente con actitud desafiante: «Aquí tienes lo que tanto deseas, en cuanto a los demás, ¡os suplico que ahora me dejéis en paz!». Las Sagradas Escrituras habían inspirado la automutilación, y eso la ligó para siempre a la famosa admonición de Jesucristo: «Si tus ojos te ofenden, arráncatelos y arrójalos lejos de ti».

«Arrancar —pensó Langdon al darse cuenta de que en el poema se utilizaba la misma palabra—. Buscad al traicionero dux de Venecia que arrancó los huesos de los ciegos».

Animado por la coincidencia, se preguntó si eso no sería una críptica indicación de que santa Lucía era la persona ciega a la que el poema hacía referencia.

—¡Maurizio! —exclamó Langdon, señalando la iglesia de San Geremia—. Una parte de los huesos de santa Lucía se encuentra en esa iglesia, ¿verdad?

—Unos pocos sí —dijo Maurizio por encima del hombro, conduciendo hábilmente con una mano e ignorando el tráfico que tenía delante—. Pero la mayor parte no. Santa Lucía es tan querida que su cuerpo está repartido en varias iglesias de todo el mundo. Los venecianos somos los que más la queremos, claro está, de modo que celebramos…

—¡Maurizio! —exclamó Ferris—. Santa Lucía era ciega, tú no. ¡Mira al frente!

El gondolero soltó una sonora carcajada y volvió a mirar hacia adelante justo a tiempo de evitar el choque con un bote que se acercaba en dirección contraria.

—¿Qué has desentrañado? ¿El dux traicionero que arrancó los ojos de los ciegos? —le preguntó Sienna a Langdon.

Él frunció el gesto.

—No estoy seguro.

Rápidamente, le contó a Sienna la historia de los restos de santa Lucía, una de las más extrañas de toda la hagiografía. Al parecer, cuando la hermosa Lucía rechazó los avances de un influyente pretendiente, este la denunció e hizo que la quemaran en la hoguera. Según la leyenda, sin embargo, su cuerpo no llegó a arder, de modo que a sus restos se le atribuyeron poderes especiales, y se pasó a creer que quien los poseyera disfrutaría de una longevidad inusual.

—¿Unos huesos mágicos? —preguntó Sienna.

—Esa era la creencia, sí, y por eso sus restos están repartidos por todo el mundo. Durante dos milenios, muchos líderes poderosos se hicieron con los huesos de santa Lucía con la esperanza de combatir el envejecimiento y burlar a la muerte. Su esqueleto ha sido robado, vuelto a robar, reubicado y dividido más veces que el de ningún otro santo. Sus huesos han pasado por las manos de al menos una docena de las personas más poderosas de la historia.

—¿Entre las cuales —preguntó Sienna— hay un dux traicionero?

«Buscad al traicionero dux de Venecia que cortó las cabezas de los caballos y arrancó los huesos de los ciegos».

—Posiblemente —dijo Langdon, cayendo en la cuenta de que en el *Inferno* de Dante Santa Lucía ocupaba un lugar muy prominente. Era una de las tres mujeres benditas; *le tre donne benedette* que convocan a Virgilio para que ayude a Dante a escapar del inframundo. Teniendo en cuenta que las otras dos eran la Virgen María y su querida Beatrice, está claro que Dante situó a Santa Lucía en la más alta compañía.

—Si tienes razón —dijo Sienna, apenas disimulando la excitación en su voz—, el mismo dux traicionero que cortó las cabezas de los caballos…

—… se hizo con los huesos de Santa Lucía. —Langdon concluyó la frase.

Sienna asintió.

—Lo cual debería reducir bastante nuestra lista. —Se volvió hacia Ferris—. ¿Estás seguro de que tu teléfono móvil no tiene

batería? Podríamos buscar en internet…

—Agotada —dijo Ferris—. Lo acabo de comprobar, lo siento.

—Llegaremos pronto —dijo Langdon—. No tengo duda alguna de que en la basílica de San Marcos encontraremos algunas respuestas.

San Marcos era la única pieza del rompecabezas de la que Langdon estaba completamente seguro. «El *mouseion* de santa sabiduría». Esperaba que la basílica les revelara la identidad del dux misterioso, y a partir de ahí, con suerte, llegarían al palacio concreto que Zobrist había elegido para propagar su plaga. «Pues aquí, en la oscuridad, el monstruo ctónico aguarda».

Langdon intentó alejar de su mente cualquier imagen de la plaga, pero no sirvió de nada. A menudo se había preguntado cómo debía de haber sido esa increíble ciudad cuando todavía era el centro comercial de Europa, antes de que la plaga la diezmara y fuera conquistada por los otomanos, y luego por Napoleón. A decir de todo el mundo, no había ciudad más hermosa, y la riqueza y la cultura de su población no tenían parangón.

Irónicamente, fue el gusto por los lujos extranjeros lo que provocó su ocaso: la plaga mortal viajó de China a Venecia en las ratas que abarrotaban los barcos comerciales. La misma plaga que acabó con dos tercios de la población china llegó, pues, a Europa, y mató a una de cada tres personas; jóvenes y viejos, ricos y pobres, todos por igual.

Langdon había leído descripciones de Venecia durante el surgimiento de la plaga. Debido a la escasa o nula tierra seca de la que disponían para enterrar a los muertos, los cadáveres tumefactos flotaban por los canales. Había zonas con tantos de ellos que tuvieron que usar bicheros con los cuerpos para sacarlos del agua. Por mucho que rezaran, la ira de la plaga no parecía disminuir. Para cuando las autoridades de la ciudad descubrieron que las causantes de la enfermedad eran las ratas, ya era demasiado tarde y habían emitido un decreto por el cual todos los navíos debían anclar cerca de la costa durante cuarenta días antes de que les permitieran amarrar en el puerto y descargar. El número cuarenta —*quaranta* en italiano— servía de sombrío recordatorio de los orígenes de la palabra «cuarentena».

Al tomar otro recodo del canal, un alegre cartel rojo hizo que

Langdon dejara a un lado sus sombríos pensamientos y se fijara en el elegante edificio de tres pisos que había a su izquierda.

CASINO DI VENEZIA: UNA EMOCIÓN INFINITA

Langdon nunca había llegado a entender el sentido de las palabras del cartel del casino. En cualquier caso, ese espectacular palacio de estilo renacentista había formado parte del paisaje de la ciudad desde el siglo XVI. Antaño había sido una mansión privada, pero en la actualidad albergaba una sala de juegos de etiqueta famosa por ser el lugar en el que, en 1883, el compositor Richard Wagner murió a causa de un ataque al corazón poco después de terminar su ópera *Parsifal*.

Más allá del casino, a la derecha, divisó una fachada barroca con un cartel todavía más grande, azul oscuro, que anunciaba el CA' PESARO: GALLERIA INTERNAZIONALE D'ARTE MODERNA. Años atrás, Langdon lo había visitado y había tenido la oportunidad de ver la obra maestra de Gustav Klimt, *El beso*, cedida en préstamo por un museo vienés. La deslumbrante imagen en pan de oro de los amantes entrelazados había despertado en él una gran pasión por la obra del artista y, hasta la fecha, consideraba el Ca'Pesaro de Venecia el responsable del nacimiento de su afición por el arte moderno.

Maurizio siguió adelante por el amplio canal.

Ante ellos apareció de repente el famoso puente Rialto, indicándoles que habían recorrido ya la mitad del camino hasta la plaza de San Marcos. Cuando estaban a punto de pasar por debajo, Langdon levantó la mirada y vio una figura solitaria que permanecía inmóvil junto a la baranda, mirándolos con expresión sombría.

La cara era familiar, y aterradora.

Langdon se sobresaltó.

Tenía unos fríos ojos, muertos, y una larga nariz picuda.

Cuando finalmente el bote pasó por debajo de la siniestra figura, Langdon cayó en la cuenta de que no era más que un turista luciendo una compra reciente: una de las muchas máscaras de la peste que se vendían en el mercado.

Ese día, sin embargo, el disfraz le pareció cualquier cosa menos

encantador.

69

La plaza de San Marcos se encuentra en el extremo sur del Gran Canal, donde la abrigada vía acuática llega al mar abierto. En esa peligrosa intersección se encuentra la austera fortaleza triangular de la Dogana di Mar —la Aduana Marítima—, desde cuya torre se vigilaba que ningún país extranjero invadiera Venecia. Hoy en día, la torre ha sido reemplazada por un enorme globo dorado y una veleta que representa a la diosa de la fortuna, y cuya dirección cambiante sirve de recordatorio a los navegantes de lo impredecible que es el destino.

El lustroso bote llegó al final del canal y ante ellos se extendía ahora el encrespado mar. Robert Langdon había hecho ese trayecto muchas veces, pero siempre en un *vaporetto* mucho más grande, y no pudo evitar cierta inquietud cuando su limusina comenzó a surcar las grandes olas.

Para llegar a los muelles de la plaza de San Marcos, su lancha tendría que cruzar un tramo de la laguna repleto de embarcaciones; de yates de lujo a buques cisterna, pasando por botes privados o cruceros. Parecía que habían dejado atrás una carretera secundaria y se encontraban en una superautopista de ocho carriles.

Sienna también se sintió intranquila al ver el alto crucero de diez pisos que pasaba a unos trescientos metros de ellos. Las cubiertas del barco estaban repletas de pasajeros mirando por las barandas y tomando fotografías de la plaza de San Marcos desde el agua. En la agitada estela del enorme barco había otros tres esperando la oportunidad de pasar por delante del enclave más visitado de Venecia. Langdon había oído que, en los últimos años, la cantidad de barcos que pasaban por ese lugar había aumentado hasta el punto de que no dejaban de hacerlo durante todo el día y toda la noche.

Desde el timón de la lancha, Maurizio miró la hilera de cruceros

y luego el embarcadero cubierto por un toldo que había a su izquierda.

—¿Aparco en el Harry's Bar? —dijo, refiriéndose al famoso restaurante, conocido por haber inventado el Bellini—. La plaza de San Marcos está a muy poca distancia.

—No, llévanos a la plaza —le ordenó Ferris, señalando los barcos que había al otro lado de la laguna.

Maurizio se encogió de hombros.

—Como quieran. ¡Agárrense!

El motor aceleró y la lancha comenzó a surcar el agitado mar por uno de los carriles señalizados por boyas. Los cruceros parecían edificios de apartamentos y sus estelas hacían que los demás botes se agitaran como corchos.

Para sorpresa de Langdon, docenas de góndolas hacían ese mismo recorrido. Sus esbeltos cascos —de casi trece metros de eslora y unos ciento ochenta kilos de peso— parecían estables sobre las encrespadas aguas. Cada una de esas embarcaciones estaba piloteada por un gondolero que iba de pie en la plataforma que había a la izquierda de la popa, ataviado con su tradicional camiseta a rayas azules y blancas, y que manejaba un único remo sujeto a estribor. A pesar del estado del mar, se podía ver que todas las góndolas se inclinaban misteriosamente hacia la izquierda, algo que —sabía Langdon— se debía a la asimétrica construcción del bote: el casco de las góndolas estaba curvado hacia la derecha para compensar su tendencia a escorarse a la izquierda por la propulsión desde estribor.

Al pasar al lado de una de las góndolas, Maurizio la señaló con orgullo.

—¿Ven la pieza que hay en la proa? —dijo por encima del hombro al tiempo que indicaba el elegante ornamento del extremo delantero del arco que formaba el casco—. Es la única pieza metálica en toda la góndola. Se llama *ferro di prua*; es decir, hierro de la proa. ¡Se trata de una representación de Venecia!

Maurizio les explicó entonces que el elemento decorativo con forma de hoz que había en la proa de todas las góndolas tenía un significado simbólico. La forma curvada del *ferro* representaba el Gran Canal; sus seis dientes, los seis *sestieri* o distritos de Venecia, y la hoja oblonga era el estilizado tocado del dux.

«El dux —pensó Langdon, y recordó la tarea que tenían por delante—. Buscad al traicionero dux de Venecia que cortó las cabezas de los caballos y arrancó los huesos de los ciegos».

Langdon levantó la mirada y vio un pequeño parque que había en la orilla. Por encima de los árboles, silueteado por un cielo sin nubes, se elevaba el campanario de ladrillo rojo de la basílica de San Marcos, coronado por un arcángel Gabriel dorado, y que llegaba hasta unos mareantes noventa metros de altura.

En una ciudad en la que las grandes alturas eran inexistentes por su tendencia a hundirse, el elevado Campanile di San Marco servía de faro de navegación para todos aquellos que se aventuraban por el laberinto de canales de la ciudad. Con solo levantar la mirada, cualquier viajero perdido podía encontrar el camino de vuelta a la plaza de San Marcos. A Langdon todavía le costaba creer que en 1902 esa enorme torre se hubiera derrumbado, dejando una enorme pila de escombros en la plaza. Sorprendentemente, la única víctima del desastre había sido un gato.

Los visitantes de Venecia podían experimentar la inimitable atmósfera de la ciudad en una gran cantidad de lugares. El favorito de Langdon, sin embargo, siempre había sido Riva degli Schiavoni. El amplio paseo marítimo que había sido construido en el siglo IX con cieno dragado, que va desde el viejo Arsenale hasta la plaza de San Marcos.

Repleta de cafeterías, elegantes hoteles e incluso la iglesia de Antonio Vivaldi, la Riva comenzaba su recorrido a la altura del Arsenale —el antiguo astillero de Venecia—, donde antaño el aroma a savia de pino inundaba el aire, y los constructores de barcos se afanaban en aplicar resina hirviendo a los cascos de los botes para repararlos. Supuestamente, una visita a esas bodegas había inspirado a Dante la tortura de los ríos de resina hirviendo de su *Inferno*.

La mirada de Langdon recorrió la Riva hasta llegar al final del paseo marítimo. Allí, en el extremo sur de la plaza de San Marcos, la vasta extensión de pavimento, de unos cien metros, se encontraba con el mar abierto. Durante la época dorada de Venecia, a ese austero precipicio se le llamaba «la frontera de toda la civilización».

Ese día, el espacio estaba ocupado, como siempre, por no menos de cien góndolas negras que se balanceaban en sus amarres. Sus

arqueados ornamentos metálicos subían y bajaban ante los edificios de mármol blanco de la *piazza*.

A Langdon todavía le costaba creer que esa pequeña ciudad —que apenas tenía dos veces el tamaño del Central Park de Nueva York— hubiera sido una vez el imperio más grande y rico de occidente.

El bote se iba acercando a la plaza, y Langdon pudo ver que estaba abarrotada de gente. Napoleón se había referido una vez a ella como «el salón de Europa». Y a juzgar por el aspecto actual, este «salón» estaba celebrando una fiesta para demasiados invitados. Parecía como si la *piazza* fuera a hundirse por el peso de sus visitantes.

—Dios mío —susurró Sienna al ver la multitud de gente.

Langdon no estaba seguro de si lo había dicho por el hecho de que Zobrist hubiera escogido un lugar tan repleto de gente para propagar su plaga o porque pensaba que el científico tenía razón al advertir de los peligros de la superpoblación.

Venecia recibía al año una descomunal cantidad de turistas: se estimaba que el tercio de un uno por ciento de la población mundial, es decir, unos veinte millones en el año 2000. Teniendo en cuenta que desde entonces la población de la Tierra había aumentado en mil millones de personas, la ciudad se veía desbordada actualmente por tres millones más de turistas anuales. Al igual que el planeta, el espacio de esa ciudad era finito, y en algún momento dado sería imposible importar suficiente comida, deshacerse de suficientes desperdicios o encontrar suficientes camas para todos aquellos que querían visitarla.

Ferris, en cambio, no miraba la plaza sino los barcos que se acercaban a la ciudad por el mar.

—¿Estás bien? —preguntó Sienna mirándole con curiosidad.

Ferris se volvió de golpe.

—Sí, sí…, solo estaba pensando. —Luego miró a Maurizio y le dijo—: Déjenos tan cerca de la plaza como pueda.

—¡Ningún problema! —El conductor hizo un gesto con la mano—. ¡Dos minutos!

Al llegar la limusina a la altura de la plaza, el Palacio Ducal se alzó majestuosamente a la derecha, dominando por completo su campo de visión.

Ese palacio era un perfecto ejemplo de arquitectura gótica veneciana, y un subestimado ejercicio de elegancia. Carecía de los torreones o agujas que se suelen asociar a los palacios de Francia o Inglaterra, y estaba concebido, en cambio, como un enorme cubo rectangular que ofrecía la mayor cantidad posible de metros cuadrados interiores en los que alojar la multitud de empleados del gobierno del dux y demás personal de apoyo.

Desde el mar, la inmensa fachada de piedra caliza blanca habría resultado abrumadora si su efecto no hubiera sido suavizado con multitud de pórticos, columnas, lóbulos y una *loggia*. A Langdon, los dibujos geométricos de piedra caliza rosa que adornaban la fachada le recordaban a la Alhambra de Granada.

Al acercarse a los amarraderos, a Ferris le sorprendió una gran aglomeración de gente que había frente al palacio, mirando el puente que unía el Palacio Ducal con el edificio que había al otro lado del estrecho canal.

—¿Qué están mirando? —preguntó Ferris con nerviosismo.

—*Il Ponte dei Sospiri* —respondió Sienna—. Un famoso puente veneciano.

Langdon echó un vistazo al estrecho canal y vio el hermoso pasaje que unía los dos edificios. «El puente de los suspiros», pensó, y recordó una de las películas favoritas de su infancia, *Un pequeño romance*, basada en la leyenda de que si dos amantes se besaban bajo ese puente durante la puesta de sol y mientras sonaban las campanas de la basílica de San Marcos, se amarían para siempre. Esa idea romántica había calado hondo en Langdon. Sin duda, a ello había contribuido el hecho de que la película estuviera protagonizada de una adorable novata de catorce años llamada Diane Lane, de quien inmediatamente Langdon quedó prendado, sentimiento que, en realidad, en la actualidad seguía muy vivo.

Años después, a Langdon le horrorizó enterarse de que el puente de los suspiros no debía su nombre a los suspiros de la pasión, sino a los de la desdicha. Al parecer, el pasadizo conectaba el Palacio Ducal y la prisión de la Inquisición, donde los encarcelados languidecían y morían, y cuyos gemidos de angustia resonaban en el estrecho canal.

Langdon había visitado la prisión en una ocasión, y le sorprendió descubrir que las celdas más aterradoras no eran las del

nivel del mar, que se inundaban con frecuencia, sino las que se encontraban justo debajo del techo, llamadas *piombi* por unos tejados de plomo que tenían, y que las hacían asfixiantes en verano y gélidas en invierno. El gran amante Cassanova había sido prisionero en las *piombi*, acusado por la Inquisición de adulterio y espionaje. Tras pasar quince meses encarcelado, se escapó seduciendo a su guardián.

—*Stai attento!* —le gritó Maurizio a un gondolero cuando su limusina se disponía a atracar en el embarcadero que la góndola estaba dejando libre en ese momento. Finalmente, habían encontrado un hueco delante del Hotel Danieli, a apenas cien metros de la plaza de San Marcos y el Palacio Ducal.

Maurizio ató la lancha a un poste de amarre y saltó a tierra como si estuviera haciendo una toma para una película de aventuras. En cuanto el bote estuvo completamente sujeto, se dio la vuelta y extendió una mano para ayudar a sus pasajeros.

—Gracias —dijo Langdon mientras el musculoso italiano le ayudaba a desembarcar.

Ferris lo hizo a continuación. Parecía vagamente distraído y no dejaba de mirar al mar.

Sienna fue la última en desembarcar. Mientras la ayudaba, el apuesto Maurizio le dedicó una profunda mirada con la que parecía querer insinuarle que se lo pasaría mejor si se desembarazaba de sus dos acompañantes y permanecía a bordo con él. Sienna ni siquiera reparó en ello.

—*Grazie, Maurizio* —dijo con los ojos puestos en el Palacio Ducal.

Y, sin más dilación, condujo a Langdon y a Ferris a la muchedumbre.

70

El aeropuerto internacional Marco Polo debía su acertado nombre a uno de los viajeros más famosos de la historia, y estaba ubicado al norte de la plaza de San Marcos, a más de seis kilómetros, en las aguas de la laguna Véneta.

Gracias a las ventajas de los vuelos en avión privado, Elizabeth Sinskey había desembarcado hacía apenas diez minutos y ya estaba surcando las aguas de la laguna en una futurista lancha negra —una Dubois SR52 Blackbird— enviada por el desconocido que la había llamado antes.

«El comandante».

Después de haber pasado todo el día inmovilizada en la parte trasera de la furgoneta, el aire libre del mar resultaba revitalizante. Volvió el rostro hacia el aire salado y dejó que su cabello plateado ondeara al viento. Habían pasado casi dos horas de su última inyección, y ya se sentía completamente alerta. Por primera vez desde la noche anterior, Elizabeth Sinskey era ella misma.

El agente Brüder iba sentado a su lado con todos sus hombres. Ninguno de ellos hablaba. Por más reservas que tuvieran respecto a ese inusual encuentro, sabían que su opinión era irrelevante; la decisión no les correspondía a ellos.

A medida que la embarcación iba avanzando, una isla se hizo visible a su derecha. Su costa estaba salpicada con achaparrados edificios de ladrillo y chimeneas. «Murano», cayó en la cuenta Elizabeth al reconocer las ilustres y conocidas fábricas de soplado de vidrio.

«No me puedo creer que vuelva a estar aquí —pensó con una punzada de tristeza—. El círculo se ha cerrado».

Años atrás, cuando todavía estudiaba en la facultad de medicina, fue a Venecia con su prometido y visitaron el Museo del Cristal de Murano. Al ver un bonito móvil hecho de vidrio soplado, su

prometido comentó inocentemente que, algún día, le gustaría colgar uno como ese en la habitación de los niños. Consumida por la culpa de haber mantenido un secreto tan doloroso durante tanto tiempo, Elizabeth le contó entonces lo de su asma infantil y los trágicos tratamientos con glucocorticoides que habían destruido su sistema reproductivo.

Elizabeth nunca sabría si había sido la falta de honradez o la infertilidad lo que volvió de piedra el corazón del joven, pero una semana después, ella se marchó de Venecia sin su anillo de prometida.

Su único recuerdo de ese desconsolador viaje era el amuleto de lapislázuli. Desde entonces había llevado ese símbolo de la medicina —amarga, en ese caso—, la vara de Asclepio.

«Mi precioso amuleto —pensó ella—. Un regalo de despedida del hombre que quería que fuera la madre de sus hijos».

Para ella las islas venecianas carecían del menor romanticismo. Sus aisladas villas no le hacían pensar en el amor, sino en las colonias de cuarentena que antaño se habían establecido en ellas para intentar frenar el avance de la Peste Negra.

Cuando la lancha Blackbird pasó por delante de la Isola San Pietro, Elizabeth descubrió que su destino era un enorme yate que parecía estar anclado en un canal profundo, esperando su llegada.

La embarcación, de color gris plomo, tenía aspecto de formar parte del programa de camuflaje del ejército de Estados Unidos. El nombre que se podía leer en la popa no ofrecía ninguna pista sobre qué tipo de barco era.

«*¿Mendacium?*».

A medida que se acercaban, el barco parecía más y más grande. Pronto, la doctora Sinskey divisó una figura en la cubierta trasera; un menudo hombre solitario y muy bronceado que les observaba con binoculares. Cuando la lancha llegó a la enorme plataforma de embarque trasera del *Mendacium*, el hombre descendió la escalera para recibirlos.

—Bienvenida a bordo, doctora Sinskey. —El hombre de piel atezada le dio la mano educadamente. Su palma era lisa y suave, desde luego no era la de un marinero—. Le agradezco que haya venido. Sígame, por favor.

Mientras el grupo descendía varias cubiertas, Sinskey pudo

atisbar fugazmente lo que parecían unas ajetreadas granjas de cubículos. Ese extraño barco estaba en realidad lleno de gente; pero nadie parecía descansar, todos estaban trabajando.

«¿En qué?».

Sinskey oyó entonces que los motores del barco se ponían en marcha. El yate comenzó a surcar el mar dejando tras de sí una agitada estela.

«¿Adónde vamos?», se preguntó, alarmada.

—Me gustaría hablar con la doctora Sinskey a solas —les dijo el hombre a los soldados, y luego se volvió hacia ella—: Si a usted le parece bien, claro.

Elizabeth asintió.

—Señor —dijo Brüder enérgicamente—, me gustaría recomendar que a la doctora la examine el médico de a bordo. Ha tenido algunos problemas médicos y…

—Estoy bien —le interrumpió ella—. De verdad. Gracias de todos modos.

El comandante se quedó mirando a Brüder un momento, y luego señaló una mesa con comida y bebida.

—Será mejor que recobren fuerzas. Lo necesitarán. Enseguida volverán a estar en movimiento.

Y, tras decir eso, el comandante le dio la espalda al agente e hizo pasar a la doctora Sinskey a un elegante camarote de lujo con despacho.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó, señalando el bar.

Ella negó con la cabeza. Todavía estaba intentando comprender dónde estaba. «¿Quién es este hombre? ¿A qué se dedica?».

Su anfitrión entrelazó las manos y se la quedó mirando.

—¿Sabía que mi cliente, Bertrand Zobrist, se refería a usted como «el diablo de cabello plateado»?

—Yo también tengo algunos nombres afectuosos para él.

Sin mostrar reacción alguna, el hombre se acercó a su escritorio y señaló un libro de gran tamaño.

—Me gustaría que le echara un vistazo a esto.

Sinskey se acercó y ojeó el ejemplar. ¿La *Divina Comedia* de Dante? Recordaba las terroríficas imágenes que le había enseñado Zobrist en su encuentro en el Consejo de Relaciones Exteriores.

—Zobrist me lo dio hace dos semanas. Hay una inscripción.

Sinskey estudió el texto manuscrito en la portada. Estaba firmado por Zobrist.

Mi querido amigo, gracias por ayudarme a encontrar la senda.

El mundo también se lo agradece.

Sinskey sintió un escalofrío.

—¿Qué senda le ayudó a encontrar?

—No tengo ni idea. O, mejor dicho, hasta hace unas horas no tenía ni idea.

—¿Y ahora?

—Ahora he hecho una rara excepción en mi protocolo, y me he puesto en contacto con usted.

Sinskey había hecho un largo viaje y no estaba de humor para conversaciones crípticas.

—Señor, no sé quién es usted, ni qué asuntos lleva a cabo en este barco, pero me debe una explicación. Dígame por qué ha estado protegiendo a un hombre que estaba siendo perseguido activamente por la Organización Mundial de la Salud.

A pesar del acalorado tono de Sinskey, el hombre respondió a media voz.

—Soy consciente de que usted y yo hemos estado trabajando con propósitos contrarios, pero sugiero que lo olvidemos. El pasado es el pasado. El futuro, me temo, es lo que exige nuestra inmediata atención.

Tras lo cual, el hombre sacó del bolsillo una pequeña tarjeta de memoria y la insertó en su ordenador. Luego le indicó a la doctora que se sentara.

—Bertrand Zobrist hizo este video. Quería que mañana lo hiciera público en su nombre.

Antes de que Sinskey pudiera responder, el monitor del computador se oscureció y comenzó a oírse el suave rumor del agua. Una escena comenzó a tomar forma en medio de la oscuridad. Era el interior de una caverna llena de agua, una especie de estanque subterráneo. Curiosamente, el agua parecía estar iluminada desde dentro, y resplandecía con una extraña

luminiscencia rojiza.

En un momento dado, la imagen se sumergía en el agua y enfocaba el suelo lodoso. Atornillada en el suelo había una placa rectangular con una inscripción, una fecha y un nombre.

EN ESTE LUGAR, EN ESTA FECHA,
EL MUNDO CAMBIÓ PARA SIEMPRE.

La fecha era la del día siguiente. El nombre era el de Bertrand Zobrist.

Elizabeth sintió que un escalofrío le recorría la columna.

—¡¿Qué lugar es ese?! —preguntó—. ¡¿Dónde está?!

A modo de respuesta, el comandante dejó entrever su primera muestra de emoción: un profundo suspiro de decepción y preocupación.

—Doctora Sinskey —respondió—, esperaba que usted conociera la respuesta a esta pregunta.

A un kilómetro y medio de allí, en el paseo marítimo de la Riva degli Schiavoni, el paisaje que se veía en el mar había cambiado ligeramente. Cualquiera que se fijara podía observar que un enorme yate gris acababa de rodear una lengua de tierra que había al este y ahora se dirigía hacia la plaza de San Marcos.

«El *Mendacium*», pensó FS-2080, y sintió una oleada de miedo.

Su casco gris era inconfundible.

«El comandante se acerca…, y el tiempo se está agotando».

71

Abriéndose paso entre la muchedumbre que había en la Riva degli Schiavoni, Langdon, Sienna y Ferris avanzaron pegados a la orilla del mar y al fin llegaron al extremo sur de la plaza de San Marcos, donde la amplia extensión abierta de la *piazza* se encontraba con el mar.

Allí, la multitud de turistas era casi impenetrable. La gente se agolpaba claustrofóbicamente a su alrededor para fotografiar las dos altas columnas que enmarcaban la plaza.

«La entrada oficial a la ciudad», pensó Langdon con ironía, pues sabía que hasta el siglo XVIII ese lugar también se había utilizado para realizar ejecuciones públicas.

En lo alto de una de las columnas de entrada se podía ver una extraña estatua de san Teodoro posando orgulloso con el legendario dragón que acababa de derrotar (y que a Langdon siempre le había parecido más bien un cocodrilo).

En lo alto de la segunda, estaba el ubicuo símbolo de Venecia. En toda la ciudad se podían ver varias representaciones del león alado con un libro abierto, en el que se leía la inscripción en latín *Pax tibi Marce evangelista meus* («Que la paz esté contigo, Marcos, mi evangelista»). Según la leyenda, esas fueron las palabras que pronunció un ángel cuando san Marcos llegó a la ciudad, junto con la predicción de que un día su cuerpo descansaría allí. Esa leyenda fue la justificación que más adelante esgrimirían los venecianos para exhumar los huesos del santo en Alejandría y traerlos a la basílica de San Marcos.

Langdon señaló el edificio, al otro lado de la plaza.

—Si nos separamos, nos vemos en la puerta.

Los demás estuvieron de acuerdo y comenzaron a avanzar pegados a la pared occidental del Palacio Ducal para evitar la

aglomeración. A pesar de las leyes que prohibían darles de comer, las famosas palomas de Venecia parecían disfrutar de una salud estupenda. Se las podía ver picoteando tranquilamente alrededor de los pies de la gente o revoloteando por las terrazas de las cafeterías, donde saqueaban las paneras descubiertas y atormentaban a los camareros con esmoquin.

A diferencia de la mayoría de plazas de Europa, la de San Marcos no tenía forma cuadrada sino de letra ele. El tramo más corto —conocido como *piazzetta*— conectaba el mar y la basílica. Más adelante, la plaza hacía un giro de noventa grados y comenzaba el tramo más largo, que iba de la basílica hasta el Museo Correr. Curiosamente, en vez de ser rectilíneo, ese tramo era un trapezoide irregular que se estrechaba de forma sustancial en un extremo. Esa ilusión hacía que la plaza pareciera mucho más larga de lo que era en realidad, un efecto acentuado por la cuadrícula de baldosas cuyos dibujos delimitaban el espacio de las paradas de los vendedores callejeros del siglo XV.

Mientras seguía avanzando hacia el codo de la plaza, Langdon pudo ver a lo lejos el reloj astronómico de la Torre dell’Orologio de San Marcos; el mismo a través del cual James Bond arrojaba a un villano en la película *Moonraker*.

No fue hasta ese momento, al adentrarse en la plaza, que Langdon pudo apreciar del todo la característica más singular de la ciudad.

«El ruido».

Como carecía de coches y vehículos motorizados de tierra, en Venecia no había el habitual ruido del tráfico, los autobuses y las sirenas, y en sus calles, en cambio, se podía oír un inusual tapiz de voces humanas, arrullos de palomas y cadenciosos violines en plena serenata a los clientes de las terrazas. Los sonidos de Venecia no se parecían a los de ningún otro centro metropolitano del mundo.

El sol del atardecer iluminaba la plaza de San Marcos desde el oeste, proyectando alargadas sombras en las baldosas de la plaza. Langdon levantó la mirada hacia la alta torre del Campanile, que se elevaba sobre la plaza y dominaba el perfil de la ciudad. La *loggia* superior de la torre estaba abarrotada con centenares de personas. La mera idea de estar ahí le daba escalofríos, así que bajó la mirada y siguió abriéndose paso entre el mar de gente.

Sienna podría haber mantenido fácilmente el paso de Langdon, pero Ferris iba algo rezagado y ella prefería tener a ambos hombres a la vista. En un momento dado, sin embargo, la distancia entre ellos se hizo demasiado pronunciada, y se volvió hacia atrás con impaciencia. Ferris se señaló el pecho, indicándole que le faltaba la respiración y que siguiera adelante.

Sienna le hizo caso y aceleró el paso detrás de Langdon. Un momento después, sin embargo, una persistente sensación la detuvo. Tenía la extraña sospecha de que Ferris se había quedado rezagado intencionadamente…, como si quisiera poner distancia entre ellos.

Hacía tiempo que había aprendido a confiar en su instinto, así que se escondió en un portal y esperó a que apareciera.

«¡¿Dónde se ha metido?!».

Era como si ya no intentara ir detrás de ellos. Sienna comenzó a examinar los rostros de la gente y al fin lo encontró. Para su sorpresa, se había detenido y estaba tecleando algo en su teléfono móvil.

«El mismo que supuestamente no tenía batería».

Sienna fue presa de un miedo visceral, y de nuevo supo que debía confiar en su instinto.

«En el tren me ha mentido».

Mientras lo observaba, intentó imaginar qué estaba haciendo. ¿Enviaba un mensaje secreto a alguien? ¿Investigaba a sus espaldas? ¿Intentaba resolver el misterio del poema de Zobrist antes de que lo hicieran Langdon y ella?

Fuera cual fuese la explicación, estaba claro que antes le había mentido abiertamente.

«No puedo confiar en él».

Sienna se preguntó entonces si debía encararle, pero decidió que sería mejor desaparecer entre la multitud antes de que la viera y seguir avanzando en dirección a la basílica. «Tengo que avisar a Langdon para que no le revele nada más a Ferris».

Estaba a unos cuarenta y cinco metros de la basílica cuando notó que le agarraban del suéter por la espalda.

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Ferris.

El hombre del sarpullido respiraba con gran dificultad. Estaba claro que había corrido entre la muchedumbre para darle alcance.

En su expresión se adivinaba cierta desesperación que Sienna no había advertido antes.

—Lo siento —dijo él, sin apenas poder respirar—. Me he perdido entre la gente.

En cuanto lo miró a los ojos, lo supo.

«Está ocultando algo».

Cuando finalmente llegó a la basílica de San Marcos, a Langdon le sorprendió descubrir que sus dos acompañantes ya no iban detrás de él. También, que no hubiera ninguna cola para entrar en la iglesia; aunque, claro, a esa hora, la mayoría de los turistas —sin energía tras un copioso almuerzo de pasta y vino— preferían pasear por las *piazzas* o tomar un café en vez de seguir absorbiendo historia.

Suponiendo que Sienna y Ferris llegarían en cualquier momento, Langdon aprovechó para admirar una vez más la entrada de la basílica. A veces se le criticaba «un vergonzoso exceso de entradas», pues prácticamente toda la fachada del edificio estaba ocupada por cinco grandes y profundas entradas cuyos haces de columnas, arcos abovedados y enormes puertas de bronce hacían del edificio, cuando menos, francamente invitador.

El aspecto de la basílica de San Marcos, uno de los mejores ejemplos de arquitectura bizantina, era liviano y caprichoso. En contraste con las austeras torres grises de las catedrales de Notre Dame o Chartres, la de San Marcos resultaba imponente y, sin embargo, también más terrenal. Era más ancha que alta, y estaba coronada por cinco protuberantes cúpulas blanquecinas de apariencia ligera y casi festiva, razón por la cual algunas guías comparaban el edificio con un pastel de boda cubierto de merengues.

Sobre la entrada principal de la iglesia, contemplando la plaza que llevaba su nombre desde las alturas, había una esbelta estatua de san Marcos. Sus pies descansaban sobre un arco de color azul oscuro salpicado de estrellas doradas; un colorista fondo en el que destacaba un reluciente león alado.

Era debajo de ese león alado, sin embargo, donde se podía ver uno de los tesoros más famosos de la basílica: cuatro enormes caballos de cobre que en ese momento relucían bajo la luz del sol del atardecer.

Los caballos de San Marcos.

En una posición en la que parecía que iban a saltar en cualquier momento a la plaza, esos cuatro valiosísimos caballos, como muchos otros tesoros en Venecia, habían sido robados en Constantinopla durante las Cruzadas. En el rincón sudoeste de la iglesia se exhibía otra obra de arte obtenida en un saqueo: una talla de pórfido púrpura conocida como *Los tetrarcas*. La estatua era famosa por el pie que le faltaba. Se había roto durante su robo de Constantinopla en el siglo XIII. Milagrosamente, en la década de 1960, el pie fue hallado en Estambul. Las autoridades venecianas pidieron entonces la pieza que le faltaba a su estatua, pero los turcos respondieron con un mensaje muy claro: «Ustedes robaron la estatua; nosotros nos quedamos el pie».

—¿Señor, compra? —dijo una voz femenina, provocando que Langdon bajara la mirada.

Una corpulenta gitana sostenía una percha de la cual colgaba una colección de máscaras venecianas. La mayoría seguían el popular estilo *volto intero* (las estilizadas máscaras blancas de cara completa que solían llevar las mujeres durante el Carnaval), pero su colección también contenía algunas alegres *colombinas* de media cara, *bautas* de prominente barbilla triangular y una *moretta* sin correa. A pesar de su colorida oferta, fue una máscara gris y negra que había en lo alto de la percha la que llamó la atención de Langdon. Sus amenazadores ojos muertos parecían mirarlo directamente sobre una larga nariz picuda.

«El médico de la plaga». Langdon apartó la mirada. No necesitaba que le recordaran qué estaba haciendo en Venecia.

—¿Compra? —repitió la mujer gitana.

Langdon sonrió débilmente y negó con la cabeza.

—*Sono molto belle, ma no, grazie*.

Langdon observó la siniestra máscara de la plaga mientras se alejaba oscilando arriba y abajo entre la gente. Respiró hondo y volvió a alzar la mirada a los cuatro caballos del balcón de la primera planta.

Y, de repente, cayó en la cuenta.

Sintió en su interior una repentina colisión de una multitud de elementos: los caballos de San Marcos, las máscaras venecianas y los tesoros saqueados de Constantinopla.

—Dios mío —susurró—. ¡Eso es!

72

Robert Langdon se había quedado paralizado.

«¡Los caballos de San Marcos!».

Esos cuatro imponentes caballos —de esbeltos cuellos y llamativos collares— habían despertado en Langdon un súbito e inesperado recuerdo que explicaba un elemento clave del misterioso poema escrito en la máscara mortuoria de Dante.

Una vez asistió al banquete de boda de una famosa pareja en el histórico Runnymede Farm de New Hampshire (hogar de *Dancer's Image*, caballo ganador del Derbi de Kentucky). Como parte del lujoso espectáculo, los invitados tuvieron la oportunidad de disfrutar de la actuación de la renombrada *troupe* Behind the Mask. En su impresionante espectáculo equino, los jinetes actuaban ataviados con deslumbrantes disfraces venecianos y el rostro oculto con máscaras de *volto intero*. Los caballos frisones de color negro azabache que montaban eran los más grandes que Langdon hubiera visto nunca. El espectáculo de esos hermosos animales de estatura colosal, marcados músculos, patas con cernejas y largas crines ondeando tras sus largos y elegantes cuellos causó una honda impresión en él.

Al llegar a casa miró en internet y descubrió que antaño esa raza había sido la preferida de los reyes medievales para ir a la guerra, y que hacía pocos años habían estado a punto de extinguirse. Conocidos originalmente como *Equus robustus*, el nombre moderno de la raza, frisón, se debía a su lugar de origen, Frisia, región de los Países Bajos en la que nació el artista gráfico M. C. Escher.

Al parecer, los poderosos cuerpos de los primeros caballos frisones habían inspirado la robusta estética de los caballos de San Marcos. Según la página web que estaba leyendo, estos eran tan hermosos que se habían convertido en «la obra de arte más robada

de la historia».

Langdon siempre había creído que ese dudoso honor le correspondía al Políptico de Gante, y visitó un momento la página web de ARCA para confirmar su teoría. La Asociación para la Investigación de los Crímenes contra el Arte no ofrecía ningún listado definitivo, pero en su página había un conciso artículo sobre la problemática historia de las esculturas de los caballos como objeto de robo y saqueo.

Los cuatro caballos de cobre habían sido fundidos en el siglo IV por un desconocido escultor griego de la isla de Chios, donde permanecieron hasta que Teodosio II se los llevó a Constantinopla y los colocó en el hipódromo. Cuando las fuerzas venecianas saquearon la ciudad durante la Cuarta Cruzada, el dux pidió que las cuatro preciadas estatuas fueran transportadas en barco hasta Venecia, toda una hazaña debido a su tamaño y su peso. Los caballos llegaron en 1254 y fueron instalados ante la fachada de la basílica de San Marcos.

Más de medio milenio después, en 1797, Napoleón conquistó Venecia y se llevó los caballos consigo. Una vez en París, fueron colocados en lo alto del Arco del Triunfo del Carrusel. Finalmente, en 1815, tras la derrota de Napoleón en Waterloo y su posterior destierro, los caballos fueron enviados de vuelta a Venecia, donde volvieron a instalarlos en el balcón de la fachada de la basílica.

Aunque Langdon conocía la historia de los caballos, la página web de ARCA contenía un pasaje que le había llamado la atención.

Los collares decorativos fueron añadidos por los venecianos en 1204 para ocultar el lugar por el que habían cortado sus cabezas cuando los transportaron de Constantinopla a Venecia.

«¿El dux ordenó que les cortaran las cabezas a los caballos de San Marcos?». A Langdon le parecía impensable.

—¡Robert! —exclamó la voz de Sienna.

Langdon volvió de sus pensamientos y vio a Sienna abriéndose paso entre la muchedumbre y con Ferris a su lado.

—¡Los caballos del poema! —exclamó Langdon con excitación —. ¡Lo he resuelto!

—¿El qué? —preguntó Sienna, confundida.

—¡Estamos buscando un dux traicionero que les cortó las cabezas a los caballos!

—¿Sí?

—El poema no se refiere a caballos vivos. —Langdon señaló la fachada de San Marcos, donde los brillantes rayos del sol iluminaban ahora las cuatro estatuas de cobre—. ¡Se refiere a *esos* caballos!

73

A la doctora Elizabeth Sinskey comenzaron a temblarle las manos. Estaba en el estudio que el comandante tenía a bordo del *Mendacium* y, a pesar de haber visto muchas cosas aterradoras en su vida, ese inexplicable videomensaje que Bertrand Zobrist había grabado antes de su suicidio le había helado la sangre.

En la pantalla, la sombra de un rostro picudo se proyectaba en la pared goteante de una caverna subterránea. La silueta describía con orgullo su obra maestra, una creación llamada *Inferno* que salvaría al mundo eliminando a parte de la población.

«Que Dios se apiade de nosotros —pensó Sinskey—. Debemos —dijo con voz trémula—, debemos encontrar esta localización subterránea. Puede que todavía no sea demasiado tarde».

—Siga mirando —dijo el comandante—. Se vuelve más extraño.

De repente, la sombra de la máscara se hacía cada vez más grande en la pared mojada hasta que, finalmente, una figura aparecía en la pantalla.

«Dios mío».

Se trataba de un médico de la peste, con toda la vestimenta de rigor; capa negra y escalofriante máscara picuda incluidas. El médico se iba acercando poco a poco a la cámara hasta que su rostro ocupaba toda la pantalla, y entonces susurraba:

—Los lugares más oscuros del infierno están reservados para aquellos que mantienen su neutralidad en épocas de crisis moral.

A la doctora Sinskey se le erizó el vello de la nuca. Era la misma cita que Zobrist le había dejado en el mostrador de la compañía aérea un año atrás, en Nueva York.

—Sé —seguía diciendo el médico de la peste— que algunos me llaman monstruo. —Se detuvo un momento, y Sinskey tuvo la sensación de que esas palabras iban dirigidas a ella—. Sé que

algunos me consideran un animal sin corazón que se esconde detrás de una máscara. —Se acercaba todavía más a la cámara—. Pero tengo rostro. Y corazón.

Tras lo cual, Zobrist se quitaba la máscara y se retiraba la capucha de la cabeza, dejando su rostro a la vista. Sinskey se puso tensa al reconocer los ojos verdes que había visto por última vez en la oscuridad de una sala del Consejo de Relaciones Exteriores. Tenían la misma pasión y el mismo fervor, y también algo nuevo: el frenesí de un loco.

—Mi nombre es Bertrand Zobrist —decía entonces, fijando la vista directamente en la cámara—. Y este es mi rostro, descubierto y desnudo para que todo el mundo lo pueda ver. En cuanto a mi alma, si pudiera sostener en alto mi corazón ardiente como hizo Dante por su amada Beatrice, verían que está lleno de amor. El más profundo que existe. Por todos vosotros. Y, sobre todo, por alguien especial.

Entonces Zobrist se acercaba todavía más a la cámara y, hablándole suavemente como a un amante, decía en un susurro:

—Amor mío. Has sido mi bendición. Mi salvación. A mi lado, destruiste todos mis vicios e intensificaste todas mis virtudes. Sin ser consciente de ello, me ayudaste a cruzar el abismo y me diste la fortaleza necesaria para hacer lo que he hecho.

Sinskey lo escuchaba, asqueada.

—Amor —seguía diciendo Zobrist en un pesaroso tono que resonaba por toda la fantasmal caverna subterránea—. Has sido mi inspiración y mi guía, mi Virgilio y mi Beatrice, y esta obra maestra es tan tuya como mía. Si tú y yo, como amantes desgraciados que somos, no nos volvemos a ver, encontraré la paz sabiendo que dejo el futuro en tus suaves manos. Mi trabajo aquí abajo ya ha concluido. Ha llegado el momento de que vuelva a salir a la superficie y contemple de nuevo las estrellas.

Zobrist se quedaba callado y la palabra «estrellas» resonaba un momento en la caverna. Luego, muy tranquilamente, extendía una mano y tocaba la cámara. Con eso terminaba la grabación.

La pantalla se quedaba en negro.

—¿Reconoce la localización subterránea? —dijo el comandante, apagando el monitor—. Nosotros no.

Sinskey negó con la cabeza. «Nunca había visto algo igual».

Pensó en Robert Langdon y se preguntó si habría conseguido descifrar más pistas de Zobrist.

—Por si resulta de alguna ayuda —dijo el comandante—, creo que sé a quién se refiere Zobrist. —Se detuvo un momento—. Su nombre en código es FS-2080.

Sinskey casi tira la bebida al ponerse de pie de un salto.

—¡¿FS-2080?! —Se quedó mirando al jefe, estupefacta.

El hombre parecía igualmente desconcertado.

—¿Le dice algo eso?

Sinskey asintió, incrédula.

—Creo que sí.

Su corazón latía con fuerza. «FS-2080». Si bien no conocía la identidad del individuo, sí sabía a qué hacía referencia ese nombre en código. La OMS llevaba años siguiéndoles la pista a nombres similares.

—El movimiento transhumanista —dijo—. ¿Lo conoce?

El comandante negó con la cabeza.

—Esencialmente —explicó la doctora Sinskey—, el transhumanismo es una filosofía que afirma que el ser humano debería utilizar toda la tecnología disponible para manipular la especie y hacerla más fuerte. Supervivencia del más apto.

El jefe se encogió de hombros, impertérrito.

—En términos generales —prosiguió ella—, el movimiento transhumanista está conformado por individuos serios: científicos, futuristas y visionarios éticamente responsables. Sin embargo, como en todos los movimientos, existe una pequeña pero activa facción para la cual el fin de la humanidad está muy cerca, y alguien tiene que tomar medidas drásticas para salvar el futuro de la especie.

—E imagino —dijo el hombre— que Bertrand Zobrist es una de esas personas.

—Así es —dijo Sinskey—. Un líder del movimiento. Además de ser inteligente, también tenía un gran carisma y escribió artículos catastrofistas que generaron un fervoroso culto por el transhumanismo. Actualmente, muchos de sus fanáticos discípulos utilizan estos nombres en código. Todos son iguales: dos letras y un número de cuatro dígitos. Por ejemplo, DG-2064, BA-2103, o el que acaba de mencionar usted.

—FS-2080.

Sinskey asintió.

—Eso solo puede ser un nombre en código transhumanista.

—¿Tienen algún significado estos números y letras?

Sinskey señaló hacia el computador del comandante.

—Abra el navegador. Se lo enseñaré.

El hombre no parecía muy convencido, pero se acercó a su computador y abrió internet.

—Busque «FM-2030» —dijo Sinskey tras colocarse detrás de él.

El comandante tecleó «FM-2030» y apareció un listado de miles de páginas web.

—Abra cualquiera —dijo Sinskey.

El jefe abrió la primera, que resultó ser una página de Wikipedia que mostraba a un apuesto iraní —«Fereidoun M. Esfandiary»— al que se describía como escritor, filósofo y futurista, y uno de los padres del movimiento transhumanista. Nacido en 1930, se le atribuía la difusión de esa filosofía entre la población, así como haber predicho la fertilización *in vitro*, la ingeniería genética y la globalización de la civilización.

Según Wikipedia, la afirmación más osada de Esfandiary había sido que las nuevas tecnologías le permitirían vivir cien años, algo poco frecuente en su generación. Como muestra de su confianza en la tecnología futura, Fereidoun M. Esfandiary se cambió el nombre por FM-2030, un nombre en código creado mediante la combinación de las iniciales de su nombre y primer apellido con el año en el que cumpliría cien años. Lamentablemente, murió de cáncer de páncreas a los setenta y no llegó a cumplir su objetivo pero, en su memoria, muchos transhumanistas seguían homenajeando a FM-2030 adoptando su sistema de denominación.

Cuando el comandante terminó de leer, se puso de pie y se dirigió a la ventana, donde permaneció un largo rato mirando el mar.

—Así pues —musitó al fin, como si pensara en voz alta—. La pareja de Bertrand Zobrist, FS-2080, obviamente es transhumanista.

—Sin duda alguna —respondió Sinskey—. Lamento no saber quién es FS-2080, pero…

—Esa es la cuestión —la interrumpió el comandante sin dejar de mirar el mar—. Yo sí lo sé. Sé perfectamente de quién se trata.

74

«El mismo aire parece estar hecho de oro».

Robert Langdon había visitado muchas catedrales majestuosas en su vida, pero la atmósfera de la Chiesa d'Oro de San Marcos siempre le había parecido singular. Durante siglos se había dicho que solo con respirar el aire de su interior uno se volvía más rico. Esa afirmación había que entenderla no solo metafóricamente, sino también de forma literal.

A causa de su revestimiento interior de varios millones de antiguos azulejos dorados, se decía que la mayor parte de las partículas de polvo suspendidas en el aire eran verdaderas motas de oro. Este polvo de oro en suspensión, combinado con la brillante luz del sol que entraba a través del gran ventanal que daba a occidente, le confería al lugar una vibrante atmósfera que ayudaba a los fieles a obtener tanto el bienestar espiritual como un enriquecimiento más mundano debido a lo dorado de sus pulmones (siempre y cuando inhalaran profundamente).

A esa hora, el sol bajo que penetraba en la iglesia por la ventana de poniente se extendía por encima de sus cabezas como un amplio abanico reluciente o un radiante toldo de seda. Sobrecogido, Langdon no pudo evitar dar un gran suspiro, y tuvo la sensación de que Sienna y Ferris hacían lo mismo a su espalda.

—¿Por dónde tenemos que ir? —susurró Sienna.

Langdon señaló un tramo de escaleras ascendentes. El museo se encontraba en el piso superior y en él había una amplia exposición dedicada a los caballos de San Marcos. Estaba convencido de que ahí averiguarían rápidamente la identidad del misterioso dux que había cortado las cabezas a los animales.

Mientras subían por la escalera, Langdon advirtió que Ferris, que iba delante, volvía a respirar con dificultad. Luego, Sienna llamó su atención; ya llevaba varios minutos haciéndolo. Con expresión de

alarma, la joven señaló a Ferris con la cabeza y le dijo algo en voz baja que no pudo entender. Antes de que pudiera preguntarle qué estaba intentando decirle, Ferris volvió la cabeza. Por suerte, lo hizo una fracción de segundo tarde, pues Sienna ya estaba mirándolo otra vez a él.

—¿Se encuentra bien, doctor? —preguntó inocentemente.

Ferris asintió y apretó el paso.

«Qué buena actriz —pensó Langdon—, ¿qué estaba intentando decirme?».

Al llegar al balcón del primer piso pudieron contemplar toda la basílica extendiéndose a sus pies. La planta del santuario era de cruz griega, de modo que su aspecto era mucho más cuadrado que los alargados rectángulos de San Pedro o Notre Dame. Como la distancia entre el nártex y el altar era menor, San Marcos transmitía una sensación de robustez y firmeza, así como de mayor accesibilidad.

Para no parecer demasiado accesible, sin embargo, el altar de la iglesia se encontraba detrás de una pantalla de columnas coronada por un imponente crucifijo. Protegido por un elegante ciborio, en él se exhibía uno de los retablos más valiosos del mundo, el célebre Pala d'Oro, un extenso telón de fondo de plata dorada. Este «paño de oro» era una tela solo en el sentido de que se trataba de una suerte de tapiz de obras diversas —la mayoría bizantinas— combinadas en un único marco gótico. Adornada con unas trescientas perlas, cuatrocientos granates, trescientos zafiros y multitud de esmeraldas, amatistas y rubíes, la Pala d'Oro estaba considerada, junto con los caballos de San Marcos, uno de los mayores tesoros de Venecia.

En arquitectura, la palabra «basílica» definía cualquier iglesia de estilo bizantino y oriental erigida en Europa y Occidente. San Marcos, una réplica de la basílica de los Santos Apóstoles de Justiniano en Constantinopla, era tan oriental que no pocas guías sugerían que se trataba de una alternativa viable a las mezquitas turcas, muchas de las cuales eran catedrales bizantinas reconvertidas en templos musulmanes.

Si bien a Langdon jamás se le ocurriría considerar la basílica de San Marcos un mero sustituto de las espectaculares mezquitas de Turquía, tenía que admitir que la pasión que pudiera sentir uno por

el arte bizantino podía verse satisfecha con una visita a la suite secreta que había en el ala derecha de la iglesia, donde se ocultaba el supuesto tesoro de San Marcos, una rutilante colección de 283 iconos, joyas y cálices preciosos adquirida durante el segundo saqueo de Constantinopla.

Langdon se alegró de encontrar la basílica relativamente tranquila esa tarde. Todavía había grupos de gente, pero al menos disponían de suficiente espacio para moverse. Serpenteando entre el gentío, Langdon guio a Ferris y Sienna hasta el ventanal occidental, en el cual había una puerta por la que los visitantes podían salir al balcón y ver los caballos. Aunque estaba convencido de que identificarían enseguida al dux en cuestión, le seguía preocupando el paso que debían dar después: localizar al mismo dux. «¿Su tumba? ¿Su estatua?». Teniendo en cuenta los cientos de estatuas que había en la misma iglesia, la cripta y las tumbas abovedadas del brazo norte, eso requeriría, sin duda, algún tipo de ayuda.

Langdon vio entonces a una joven guía en plena visita con un grupo y, tan educadamente como pudo, interrumpió su discurso.

—Disculpe —dijo—. ¿Está aquí esta tarde Ettore Vio?

—*Ettore Vio*. —La mujer miró a Langdon extrañada—. *Sì, claro, ma…* —De repente se quedó callada y se le encendieron los ojos—. *Lei è Roberto Langdon, non?!* Usted es Robert Langdon, ¿verdad?

Langdon sonrió con paciencia.

—*Sì, sono io*. ¿Es posible hablar con Ettore?

—*Sì, sì!* —La mujer le indicó a su grupo que esperara un momento y salió corriendo.

Tiempo atrás, Langdon y el conservador del museo, Ettore Vio, habían aparecido juntos en un breve documental sobre la basílica, y desde entonces se habían mantenido en contacto.

—Ettore ha escrito un libro sobre la basílica —le explicó Langdon a Sienna—. Bueno, en realidad, varios.

Ella todavía parecía extrañamente nerviosa con Ferris, que se mantenía cerca de ellos mientras Langdon conducía al grupo por el primer piso en dirección al ventanal occidental y la puerta por la que se podía salir al balcón donde estaban los caballos. Al llegar al ventanal pudieron discernir la silueta de los musculosos cuartos traseros de los caballos recortada por el sol del atardecer. En el balcón, los turistas disfrutaban de un contacto cercano con los

caballos así como de una espectacular vista de la plaza de San Marcos.

—¡Ahí están! —exclamó Sienna, dirigiéndose hacia la puerta que conducía al balcón.

—No exactamente —dijo Langdon—. Los caballos que vemos en el balcón no son más que réplicas. Los verdaderos caballos de San Marcos se conservan dentro por razones de seguridad y preservación.

Langdon guio a Sienna y Ferris por un corredor hasta un receso bien iluminado en el que un idéntico grupo de cuatro caballos parecía trotar hacia ellos bajo unas bóvedas de ladrillo.

Langdon señaló las estatuas con admiración.

—Aquí están los originales.

Cada vez que Langdon veía los caballos de cerca, no podía evitar maravillarse de la textura y el detalle de su musculatura. El color dorado verdoso que cubría la superficie no hacía sino intensificar el dramático aspecto de la textura de su piel. Para Langdon, la existencia de esos cuatro caballos perfectamente conservados a pesar de su tumultuoso pasado era un recordatorio de la importancia de preservar el gran arte.

—Los collares —dijo Sienna, señalando las colleras decorativas —. ¿Has dicho que los añadieron más adelante? ¿Para tapar la juntura?

Langdon les había contado a Sienna y a Ferris la extraña historia de las «cabezas cortadas» que había leído en la página web de ARCA.

—Al parecer, sí —dijo Langdon, y se acercó al rótulo informativo que había al lado.

—¡Roberto! —exclamó de repente una amigable voz a su espalda—. ¡Me insultas!

Al volverse, Langdon vio que entre la gente se abría paso Ettore Vio, un hombre de cabello canoso y aspecto jovial ataviado con un traje azul y que llevaba los anteojos colgando de una cadena alrededor del cuello.

—¿Te atreves a venir a mi Venecia y no llamarme?

Langdon sonrió y le dio la mano.

—Me gusta sorprenderte, Ettore. Tienes buen aspecto. Estos son mis amigos, la doctora Brooks y el doctor Ferris.

Ettore los saludó, y luego retrocedió un paso para poder mirar a Langdon de arriba abajo.

—¿Viajas con médicos? ¿Estás enfermo? ¿Y la ropa que llevas? ¿Es que te estás volviendo italiano?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Langdon con una risa ahogada—. He venido en busca de información sobre los caballos.

Ettore parecía intrigado.

—¿Hay algo que el famoso profesor todavía no sepa?

Langdon se rio.

—Estoy interesado en la historia de cómo fueron decapitados durante las Cruzadas para poder transportarlos.

Ettore Vio se quedó como si Langdon acabara de preguntar por las hemorroides de la reina.

—Por el amor de Dios, Robert —susurró—, de eso nunca hablamos. Si quieres ver cabezas cortadas, te puedo enseñar el célebre *Carmagnola* decapitado o…

—Ettore, necesito saber qué dux hizo cortar sus cabezas.

—Eso nunca sucedió —contestó Ettore a la defensiva—. He oído leyendas, por supuesto, pero históricamente no hay nada que sugiera que ningún dux…

—Ettore, por favor —dijo Langdon—. Según la leyenda, ¿qué dux fue?

Ettore se puso los anteojos y miró a Langdon.

—Bueno, según la leyenda, nuestros queridos caballos fueron transportados por el dux más listo y mentiroso de Venecia.

—¿Mentiroso?

—Sí, el dux que engañó a todo el mundo para participar en las Cruzadas. —Se detuvo un momento y miró a Langdon, expectante—. El que debía ir a Egipto con dinero del ducado, pero redirigió sus tropas y en vez de eso saqueó Constantinopla.

«Suena a traición», pensó Langdon.

—¿Y cómo se llamaba?

Ettore frunció el ceño.

—Robert, pensaba que eras un experto en historia mundial.

—Sí, pero el mundo es muy grande, y la historia, muy larga. Me vendría bien algo de ayuda.

—Está bien, una última pista.

Langdon iba a protestar, pero tuvo la sensación de que

malgastaría el aliento.

—Tu dux vivió casi un siglo —dijo Ettore—. Un milagro en su época. La superstición atribuyó su longevidad al valiente acto de haber recuperado los huesos de Santa Lucía en Constantinopla y traerlos de vuelta a Venecia. Santa Lucía perdió los ojos por…

—¡Recuperó los huesos de la ciega! —exclamó Sienna mirando a Langdon, que había pensado exactamente lo mismo.

Ettore miró a Sienna, extrañado.

—En cierto modo, supongo que sí.

Ferris parecía cada vez más pálido. Como si no hubiera recobrado el aliento tras la larga caminata por la plaza y el ascenso por la escalera.

—Debería añadir —dijo Ettore— que el dux quería tanto a santa Lucía porque él mismo era ciego. Cuando tenía casi noventa años, animó a la gente a unirse a la Cruzada en esta misma plaza.

—Sé quién es —dijo Langdon.

—¡Bueno, eso espero! —respondió Ettore con una sonrisa.

Como a su memoria eidética se le daban mejor las imágenes que las ideas descontextualizadas, a Langdon la revelación le llegó en forma de una obra de arte, una famosa ilustración de Gustave Doré en la que aparecía un dux ciego con los brazos levantados e incitando a la gente a unirse a la Cruzada. Recordaba bien el título de la ilustración de Doré: *Dandolo tomando la cruz*.

—Enrico Dandolo —declaró Langdon—. El dux que vivió eternamente.

—¡Al fin! —exclamó Ettore—. Me temo que tu mente ha envejecido, amigo mío.

—Sí, con el resto del cuerpo. ¿Está enterrado aquí?

—¿Dandolo? —Ettore negó con la cabeza—. No, aquí no.

—¿Dónde? —preguntó Sienna—. ¿En el Palacio Ducal?

Ettore se quitó los anteojos y lo consideró.

—Un momento, hay tantos dux que no recuerdo…

Antes de que Ettore terminara, apareció un guía y se lo llevó a un lado para decirle algo al oído. Ettore se puso tenso y, alarmado, corrió a la baranda para mirar la planta baja del santuario. Un momento después, se volvió hacia Langdon y dijo:

—Ahora vengo —y se marchó apresuradamente.

Desconcertado, Langdon se acercó a la baranda y se asomó.

«¿Qué está pasando ahí abajo?».

Al principio no vio nada, solo turistas que deambulaban de un lado a otro. Un momento después, sin embargo, se dio cuenta de que muchos de ellos estaban mirando en la misma dirección. Siguió su mirada y, de repente, vio el grupo de soldados vestidos de negro que acababa de entrar en la iglesia y se estaba desplegando por el nártex para bloquear todas las salidas.

«Los soldados de negro». Langdon notó que sus manos apretaban con fuerza la baranda.

—¡Robert! —gritó Sienna a su espalda.

Langdon seguía mirando a los soldados. «¿Cómo nos han encontrado?».

—¡Robert! —volvió a gritar—. ¡Algo va mal! ¡Ayúdame!

Langdon se volvió.

«¿Dónde están?».

Un instante después los vio. Frente a los caballos de San Marcos, Sienna estaba arrodillada junto al doctor Ferris, que se agarraba del pecho y sufría convulsiones.

75

—¡Creo que está sufriendo un ataque al corazón! —exclamó de repente Sienna.

Langdon corrió hacia el lugar en el que el doctor Ferris yacía en el suelo, casi no podía respirar.

«¿Qué le ha pasado?». De repente, todo se había descontrolado. Entre la llegada de los soldados y el desvanecimiento de Ferris, Langdon se sentía paralizado y sin saber qué hacer.

Sienna, que seguía agachada junto a Ferris, le aflojó la corbata y le desabrochó varios botones de la camisa para que pudiera respirar mejor. En cuanto quedó abierta, sin embargo, se hizo hacia atrás y soltó un grito de alarma con la mano en la boca y la vista puesta en su pecho desnudo.

Langdon también lo vio.

La piel del pecho de Ferris estaba profundamente descolorida. En su esternón había una mancha negro-azulada del tamaño de una toronja y aspecto inquietante. Parecía que hubiera recibido el impacto de una bala de cañón.

—Es una hemorragia interna —le dijo Sienna a Langdon—. No me extraña que le costara respirar.

Ferris ladeó la cabeza para decir algo, pero solo pudo emitir un débil jadeo. A su alrededor se habían comenzado a congregar turistas, y Langdon tuvo la sensación de que la situación estaba a punto de convertirse en un caos.

—Los soldados están en el piso de abajo —advirtió Langdon a Sienna—. No sé cómo nos han encontrado.

La expresión inicial de sorpresa y miedo en el rostro de Sienna dieron paso al enojo, y bajó la mirada hacia Ferris.

—Nos has estado mintiendo, ¿verdad?

Ferris intentó volver a hablar, pero apenas podía emitir sonido alguno. Sienna registró entonces sus bolsillos y le agarró la cartera y

el teléfono móvil. Luego se puso de pie y lo miró acusadoramente con el ceño fruncido.

En ese momento, una anciana italiana se abrió paso entre la gente.

—*L'hai colpito al petto!* —le gritó a Sienna mientras hacía el gesto de llevarse el puño enérgicamente al pecho.

—*¡No!* —respondió Sienna enseguida—. ¡La reanimación cardiorrespiratoria lo mataría! ¡Mire su pecho! —Se volvió hacia Langdon—. Robert, tenemos que salir de aquí. Ahora.

Langdon bajó la mirada hacia Ferris. Este lo miraba suplicante, como si quisiera decirle algo.

—¡No podemos dejarlo aquí! —exclamó Langdon, frenético.

—Confía en mí —dijo Sienna—. Esto no es un ataque al corazón. Y nos vamos. Ahora.

La multitud había comenzado a agolparse a su alrededor, y algunos turistas pedían ayuda a gritos. Sienna agarró entonces a Langdon por el brazo con sorprendente fuerza y, tirando de él, lo alejó del caos y lo sacó al balcón.

Por un instante, Langdon quedó completamente cegado. Tenían el sol justo enfrente. Había comenzado a descender por el extremo occidental de la plaza de San Marcos y ahora bañaba de luz dorada todo el balcón. Sienna torció entonces a la izquierda y comenzaron a abrirse paso a través de los turistas que habían salido a admirar la *piazza* y las réplicas de los caballos de San Marcos.

Empezaron a correr a lo largo de la fachada de la basílica, con la laguna al frente. En el agua, una extraña silueta llamó la atención de Langdon: un yate ultramoderno que parecía una especie de barco de guerra futurista.

Antes de que pudiera percatarse de lo que estaba viendo, Sienna y él volvieron a torcer a la izquierda y rodearon la esquina sudeste de la basílica en dirección a la «Puerta de Papel» —el anexo que conecta la basílica con el Palacio Ducal—, llamada así porque los dux colgaban allí sus decretos para que los leyera la gente.

«¿No ha sido un ataque al corazón?». Tenía la imagen del pecho amoratado de Ferris grabada en la mente, y la perspectiva de oír el diagnóstico de Sienna le parecía temible. Algo había cambiado y ella ya no confiaba en él. «¿Era por eso que antes estaba intentando llamar mi atención?».

De repente, Sienna se detuvo y se asomó por la elegante balaustrada. Abajo se podía ver un rincón enclaustrado de la plaza de San Marcos.

—¡Maldita sea! —dijo—. Estamos más alto de lo que pensaba.

Langdon se la quedó mirando sin dar crédito. «¿Estabas pensando en saltar?».

Sienna parecía asustada.

—¡No podemos dejar que nos atrapen, Robert!

Langdon se volvió hacia la basílica y miró la gruesa puerta de hierro y cristal que tenían justo detrás, por la que entraban y salían turistas. Si sus cálculos eran correctos, por ahí llegarían a la parte trasera de la iglesia.

—Han bloqueado todas las salidas —dijo Sienna.

Langdon consideró las opciones de huida y llegó a una única conclusión.

—Creo que he visto algo dentro que podría solucionar el problema.

Sin apenas reflexionar la idea que estaba considerando, Langdon guio a Sienna al interior de la basílica y rodearon el perímetro del museo, procurando pasar desapercibidos entre los turistas. Muchos de ellos miraban ahora al otro lado del amplio espacio abierto de la nave central, en dirección al tumulto que se había formado alrededor de Ferris. Langdon advirtió entonces que la enojada anciana italiana les señalaba a un par de soldados vestidos de negro la puerta por la que él y Sienna habían salido al balcón.

«Tendremos que darnos prisa», pensó Langdon mientras examinaba las paredes. Finalmente encontró lo que estaba buscando cerca de unos grandes tapices.

El artilugio que había en la pared era de color amarillo brillante y tenía una pegatina roja con una advertencia: ALLARME ANTINCENDIO.

—¿Una alarma de incendios? —dijo Sienna—. ¿Este es tu plan?

—Así podremos salir a hurtadillas entre la multitud. —Langdon extendió el brazo y agarró la palanca de la alarma. «Que sea lo que Dios quiera». Sin pensárselo dos veces, tiró hacia abajo con fuerza, rompiendo el pequeño cilindro de cristal que había en el interior del mecanismo.

Las sirenas y el pandemónium que esperaba no llegaron.

Solo silencio.
Volvió a tirar.
Nada.
Sienna se lo quedó mirando como si estuviera loco.
—¡Robert, estamos en una catedral de piedra repleta de turistas! ¡Crees que estas alarmas de incendios públicas están activas para que un bromista…!
—¡Por supuesto! Las leyes antiincendios de Estados Unidos…
—Estás en Europa. Aquí hay menos abogados. —Y, señalando por encima del hombro de Langdon, añadió—: Y nos estamos quedando sin tiempo.
Langdon se volvió hacia la puerta de cristal por la que acababan de pasar y vio que por ella entraban apresuradamente dos soldados, que comenzaban a examinar la zona con mirada severa. Langdon reconoció a uno. Era el hombre musculoso que les había disparado cuando huían en moto del apartamento de Sienna.
Sin muchas opciones a su disposición, Langdon y Sienna se metieron entonces en una escalera de caracol y comenzaron a descender de vuelta a la planta baja. Al llegar al descanso, se detuvieron un momento. Agazapados bajo las sombras, vieron que al otro lado del santuario varios soldados hacían guardia en las salidas con la mirada puesta en la sala.
—Si salimos de esta escalera, nos verán —dijo Langdon.
—La escalera baja todavía más —susurró Sienna señalando un cordón de «*Accesso vietato*» que impedía el paso. Más allá del cordón, la escalera descendía en una espiral todavía más estrecha hacia la negrura total.
«Mala idea —pensó Langdon—. Es una cripta subterránea sin salida».
Sienna, sin embargo, ya había pasado por encima del cordón y comenzaba a bajar a tientas la escalera, desapareciendo en la oscuridad.
—Está abierta —susurró Sienna.
A Langdon no le sorprendió. La cripta de San Marcos se distinguía de otros lugares similares en que era una capilla en funcionamiento. En ella se celebraban servicios de forma regular en presencia de los huesos de san Marcos.
—¡Creo que veo luz natural! —añadió Sienna.

«¿Cómo es posible?». Langdon intentó recordar sus anteriores visitas a ese espacio subterráneo sagrado, y supuso que probablemente Sienna estaba viendo la *lux eterna*; una luz eléctrica que permanecía encendida en el centro de la cripta para mantener iluminada la tumba de san Marcos. Al oír que se acercaban unos pasos por la escalera, sin embargo, Langdon no lo pensó dos veces y se apresuró a pasar por encima del cordón asegurándose de no tocarlo. Con la mano en la tosca pared de piedra, se internó también en la oscuridad.

Sienna le esperaba al pie de la escalera. A su espalda, la cripta apenas era visible en la oscuridad. Se trataba de una angosta cámara subterránea con un techo de piedra alarmantemente bajo y soportado por una serie de antiguas columnas y arcadas de ladrillo. «El peso de toda la basílica descansa sobre estas columnas», pensó Langdon, que ya comenzaba a sentir claustrofobia.

—Te lo dije —susurró Sienna con el rostro débilmente iluminado por un tenue haz de luz natural. Señaló varias ventanas pequeñas y arqueadas que había en lo alto de las paredes.

«Lumbreras», cayó en la cuenta Langdon. Se había olvidado de su existencia. Los profundos pozos —diseñados para que entrara luz y aire fresco en la angosta cripta— llegaban hasta la plaza de San Marcos. Sus ventanas de cristal, sin embargo, estaban reforzadas con un herraje de quince círculos entrelazados. Y si bien Langdon sospechaba que se podían abrir desde dentro, se encontraban a la altura del hombro y costaría abrirlas. Peor aún: incluso en el caso de que consiguieran hacerlo e introducirse en el pozo, trepar por allí sería imposible, pues medían tres metros y la salida a la plaza estaba cerrada por una gruesa reja.

Bajo la tenue luz que entraba por los tragaluces, la cripta de San Marcos parecía un bosque iluminado por la luz de la luna: una densa arboleda de columnas proyectaba largas y gruesas sombras en el suelo. Langdon se volvió hacia el centro de la cripta, donde una solitaria luz iluminaba la tumba de san Marcos. El santo de la basílica descansaba en un sarcófago de piedra que había detrás de un altar. Ante él, se podían ver varias hileras de bancos para los pocos afortunados a los que invitaban a asistir a un servicio en el centro del cristianismo veneciano.

Langdon advirtió entonces un parpadeo y, al volverse, vio que

Sienna había encendido el teléfono móvil de Ferris y lo sostenía en alto.

—¿No ha dicho antes Ferris que la batería estaba agotada? —le preguntó Langdon, extrañado.

—Mintió —dijo ella mientras tecleaba algo—. Sobre muchas cosas. —Frunció el ceño y negó con la cabeza—. No hay cobertura. Pensaba que quizá podría encontrar la localización de la tumba de Enrico Dandolo. —Se acercó entonces a la lumbrera y acercó el teléfono para ver si así conseguía obtener señal.

«Enrico Dandolo», pensó Langdon. Apenas había tenido tiempo de pensar en el dux antes de salir corriendo. A pesar de la situación en la que se encontraban, la visita a San Marcos había servido a su propósito: revelar la identidad del dux traicionero que cortó las cabezas de los caballos y se hizo con los huesos de santa Lucía.

Langdon no tenía ni idea de dónde se encontraba la tumba de Enrico Dandolo. Y, por lo visto, Ettore Vio tampoco. «Y él conoce cada rincón de esta basílica…, y probablemente también del Palacio Ducal». El hecho de que Ettore no supiera dónde se encontraba la tumba de Dandolo sugería que no debía de estar cerca.

«Entonces, ¿dónde?».

Langdon miró a Sienna, que ahora estaba subida a un banco que había acercado a uno de los tragaluces. Había abierto la ventana y sostenía el teléfono de Ferris en el interior del pozo.

A través de este se podía oír el ruido de la plaza de San Marcos, y Langdon se preguntó si, después de todo, no habría una salida. Detrás de los bancos vio una hilera de sillas plegables y se le ocurrió que si se subía a una quizá podrían salir del pozo. «¿Y si la reja también se abre desde dentro?».

Langdon atravesó corriendo la oscura cámara en dirección a Sienna. Solo había dado unos pasos cuando un fuerte golpe en la frente lo tumbó. Por un momento creyó que lo habían atacado, pero enseguida se dio cuenta de que no. Simplemente, su metro ochenta excedía la altura media para la que se habían construido las bóvedas de esa cripta hacía más de mil años.

Mientras seguía arrodillado recuperándose del golpe, vio una inscripción en el suelo de piedra.

Sanctus Marcus.

Se la quedó mirando un largo rato. No era el nombre de san

Marcos lo que le llamaba la atención, sino el idioma en el que estaba escrito.

«Latín».

Tras la inmersión italiana de ese día, a Langdon lo desconcertó ver el nombre de san Marcos escrito en latín, un rápido recordatorio de que esa lengua muerta era la lengua franca del Imperio romano en la época de la muerte de san Marcos.

Y entonces cayó en la cuenta de otra cosa.

A principios del siglo XIII —época de Enrico Dandolo y la Cuarta Cruzada—, el idioma de las clases dirigentes seguía siendo el latín. Un dux veneciano como aquel, que había proporcionado una gran gloria al Imperio romano al reconquistar Constantinopla, no estaría enterrado bajo el nombre de Enrico Dandolo…, sino bajo su nombre en latín.

«*Henricus Dandolo*».

Y, con eso, una olvidada imagen acudió a su mente como una descarga eléctrica. Aunque había tenido la revelación mientras estaba arrodillado en una capilla, sabía que su inspiración no había sido divina. La repentina conexión se debía más bien a una simple pista visual. La imagen que había emergido de las profundidades de su memoria era la del nombre latín de Dandolo…, grabado en una gastada losa de mármol empotrada en un ornamentado suelo de baldosas.

«*Henricus Dandolo*».

Langdon visualizó la sencilla lápida de su tumba. «Yo he estado ahí». Tal y como prometía el poema, Enrico Dandolo estaba enterrado en un museo dorado —un *mouseion* de santa sabiduría—, pero no era en la basílica de San Marcos.

Mientras asimilaba dicho descubrimiento, se puso lentamente de pie.

—No tengo cobertura —dijo Sienna, que bajó del banco y se acercó a su lado.

—No la necesitas —contestó Langdon—. El *mouseion* dorado de santa sabiduría… —Respiró hondo—. He… cometido una equivocación.

Sienna palideció de golpe.

—No me digas que estamos en el museo equivocado.

—Sienna —susurró Langdon, sintiéndose casi indispuesto—.

Estamos en el país equivocado.

76

La gitana que vendía máscaras venecianas en la plaza de San Marcos permanecía apoyada en el muro exterior de la basílica, tomándose un descanso. Como siempre, había ido a su lugar favorito, un pequeño nicho que había entre dos rejas metálicas del suelo, ideal para dejar su pesada carga y disfrutar de la puesta de sol.

Había presenciado muchas cosas en la plaza de San Marcos a lo largo de los años. El extraño acontecimiento que en ese momento llamaba su atención, sin embargo, no tenía lugar en la plaza, sino debajo. Sobresaltada por un fuerte ruido procedente de una de las rejas, la mujer se asomó al estrecho pozo de unos tres metros que había detrás y vio que al fondo había una silla plegable.

Para sorpresa de la vendedora, de repente apareció una hermosa mujer rubia y, tras subirse a la silla, extendió los brazos para intentar abrir la reja.

«Eres demasiado baja —pensó la gitana—. ¿Exactamente qué pretendes?».

La rubia bajó de la silla y habló con alguien que había dentro del edificio. Aunque en el estrecho pozo apenas había espacio, de repente apareció a su lado un hombre alto y de cabello oscuro ataviado con un elegante traje.

Él miró hacia arriba y sus ojos se cruzaron con los de la gitana a través de la reja de hierro. Luego, moviéndose con gran dificultad en ese angosto espacio, intercambió su posición con la de la mujer rubia y se subió encima de la tambaleante silla. Era más alto y, al extender las manos, pudo abrir el pestillo de seguridad de la reja. Luego, de puntillas sobre la silla, colocó las manos en la reja y empujó hacia arriba. Consiguió levantarla un par de centímetros, pero al final tuvo que dejarla caer.

—*Può darci una mano?* —le pidió la rubia a la gitana.

«¿Darles una mano? —pensó la vendedora, sin intención alguna de implicarse—. ¿Qué están haciendo?».

La rubia tomó entonces una billetera de hombre que llevaba encima, sacó un billete de cien euros y lo agitó en el aire. Era más dinero del que ganaba en tres días con las máscaras. Experta negociadora, negó con la cabeza y extendió dos dedos. La otra sacó un segundo billete.

Sin creer en su buena suerte, la mujer se encogió de hombros y, con fingida indiferencia, se agachó y agarró los barrotes al tiempo que miraba al hombre a los ojos para sincronizar su esfuerzo.

Él volvió a empujar la reja, y la gitana tiró entonces hacia arriba con unos brazos fortalecidos a base de años de cargar peso. La reja se levantó… hasta la mitad. Justo cuando ella creía que ya lo habían conseguido, se oyó un fuerte estrépito en el pozo y el hombre desapareció junto a la mujer y la silla plegable.

La reja de hierro era demasiado pesada para sus manos, y la gitana pensó que tendría que soltarla, pero la promesa de los doscientos euros le dio fuerzas. Consiguió levantarla del todo y dejarla caer sobre la pared de la basílica, contra la que golpeó ruidosamente.

Sin aliento, la gitana se asomó al pozo y vio en el suelo los cuerpos de la pareja y la silla rota. Cuando el hombre se puso de pie y comenzó a limpiarse, la gitana extendió la mano para que le diera su dinero.

La rubia asintió y sostuvo en alto los dos billetes. La gitana extendió la mano, pero estaba demasiado lejos.

«Dale el dinero al hombre».

De repente, en el pozo se produjo una gran conmoción y se oyeron gritos. El hombre y la mujer se dieron la vuelta hacia el interior de la basílica y retrocedieron un paso.

Luego se produjo el caos.

Rápidamente, el hombre se hizo cargo de la situación y, tras agacharse, le ordenó a la mujer que colocara el pie en sus manos entrelazadas. Esta lo hizo, y él la alzó. Ella llevaba los billetes en los dientes para dejar libres las manos. El hombre la alzó más alto…, más alto…, hasta que al fin ella pudo agarrar al borde.

Con un gran esfuerzo, salió a la plaza como una mujer que salía de una piscina. Dejó los billetes en las manos de la gitana y

enseguida se dio la vuelta y se arrodilló en el borde para ayudar a salir al hombre.

Demasiado tarde.

Unos poderosos brazos de mangas negras aparecieron en el fondo del pozo cual tentáculos de un hambriento monstruo, agarraron las piernas del hombre y tiraron de él de vuelta a la ventana.

—¡Corre, Sienna! —exclamó el hombre—. ¡Ahora!

La gitana vio cómo intercambiaban una mirada de pesar, y luego todo terminó.

Al hombre lo arrastraron de vuelta a la basílica.

La mujer se quedó mirando un momento el pozo, conmocionada y con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento mucho, Robert —susurró. Y, tras una pausa, añadió —: Por todo.

Un momento después, salió corriendo hacia la muchedumbre. La gitana pudo ver cómo la cabellera rubia se balanceaba de un lado a otro mientras se alejaba por el estrecho callejón de la Merceria dell'Orologio y desaparecía en el corazón de Venecia.

77

El suave sonido del rumor del agua hizo que Robert Langdon volviera poco a poco en sí. El olor de los antisépticos se mezclaba con el aire salado del mar y el suelo parecía balancearse.

«¿Dónde estoy?».

Unos momentos antes se había entregado a una lucha mortal contra unos poderosos brazos que lo habían arrastrado de vuelta a la cripta. Por alguna razón, bajo su cuerpo ya no sentía el frío suelo de piedra de la basílica de San Marcos, sino el contacto de un suave colchón.

Langdon abrió los ojos y examinó el lugar en el que se encontraba. Era una pequeña habitación de aspecto limpio y con una única ventana. El movimiento de balanceo continuaba.

«¿Estoy en un barco?».

Lo último que recordaba era haber sido inmovilizado en el suelo por un soldado vestido de negro que no dejaba de decirle: «¡Deje de resistirse!».

Langdon se había puesto entonces a gritar con todas sus fuerzas para pedir ayuda mientras los demás hombres intentaban taparle la boca.

—Tenemos que sacarlo de aquí —le dijo un soldado a otro.

Su compañero asintió.

—Hazlo.

Langdon notó entonces que una mano experta buscaba las arterias y venas de su cuello. Tras localizar el punto exacto de la carótida, los dedos aplicaron una presión firme y precisa. Unos segundos después, su visión se difuminó y notó cómo se desvanecía por la falta de oxígeno en su cerebro.

«Me están matando —pensó Langdon—. Aquí mismo, en la tumba de san Marcos».

Todo se oscureció, pero de forma incompleta, parecía más bien

una visión en gris salpicada de formas y sonidos apagados.

Langdon no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero parecía que el mundo volvía a tomar forma. Tenía la sensación de estar a bordo de alguna especie de enfermería. La estéril decoración y el aroma de alcohol isopropílico creaban una extraña sensación de *déjà vu*; como si hubiera regresado al punto de partida despertándose como la noche anterior, en la cama de un hospital desconocido con apenas unos recuerdos borrosos.

Pensó entonces en Sienna y se preguntó si estaría bien. Todavía recordaba sus ojos café mirándolo desde lo alto del pozo, llenos de remordimiento y miedo. Langdon esperaba que hubiera conseguido escapar de Venecia a salvo.

«Estamos en el país equivocado», le había dicho Langdon al caer en la cuenta de la verdadera localización de la tumba de Enrico Dandolo. El misterioso *mouseion* de santa sabiduría no estaba en Venecia sino a un mundo de distancia. Tal y como advertía el texto de Dante, el críptico significado del poema estaba oculto «bajo el velo de tan extraños versos».

Langdon pretendía explicárselo todo a Sienna en cuanto escaparan de la cripta, pero no había tenido oportunidad.

«Ha huido creyendo que he fallado».

Langdon sintió un nudo en el estómago.

«La plaga todavía está ahí fuera, a un mundo de distancia».

Oyó los pasos de unas gruesas botas en el pasillo y, al volverse, vio que un hombre vestido de negro entraba en la habitación. Se trataba del mismo soldado musculoso que lo había inmovilizado contra el suelo. Su mirada era gélida. Langdon sintió el instinto de huir, pero no había hacia dónde hacerlo. «Esta gente puede hacer lo que quiera conmigo».

—¿Dónde estoy? —preguntó Langdon en el tono más desafiante del que fue capaz.

—En un yate anclado en las aguas de Venecia.

Langdon observó el medallón verde del uniforme del hombre. Era un globo terráqueo rodeado por las siglas ECDC. Langdon no había visto nunca el símbolo ni el acrónimo.

—Necesitamos información —dijo el soldado—, y no tenemos mucho tiempo.

—¿Por qué iba a decirles algo? —preguntó Langdon—. Casi me

matan.

—Para nada. Hemos utilizado una técnica de inmovilización de judo llamada «*shime waza*». No teníamos intención de hacerle daño.

—¡Esta mañana me han disparado! —declaró Langdon, recordando claramente el tiro al guardabarros de la moto de Sienna —. Su bala ha fallado por poco, casi me da en la base de la columna.

El hombre lo miró con el ceño fruncido.

—Si hubiera querido darle en la base de la columna vertebral, lo habría hecho. He disparado una sola vez a la rueda de la moto para impedir que huyeran. Mis órdenes consistían en establecer contacto con usted y averiguar por qué estaba actuando de forma tan errática.

Antes de que Langdon pudiera procesar lo que el hombre le acababa de decir, dos soldados más aparecieron por la puerta y se acercaron a su cama.

Entre ellos iba una mujer.

Una aparición.

Etérea e inmaterial.

Langdon la reconoció de inmediato. Era la visión de sus alucinaciones. Se trataba de una mujer hermosa, de largo cabello plateado y con un amuleto de lapislázuli alrededor del cuello. Como se le había aparecido en medio de un terrorífico paisaje de cadáveres, Langdon necesitó un momento para creer que realmente la tenía delante en carne y hueso.

—Profesor Langdon —dijo ella al llegar al lado de la cama, y sonrió con cansancio—. Es un alivio comprobar que se encuentra usted bien. —Se sentó a su lado y le tomó el pulso—. Me han dicho que sufre amnesia. ¿Me recuerda?

Langdon examinó un momento a la mujer.

—He tenido… alucinaciones con usted, pero no recuerdo que nos hayamos visto en la vida real.

La mujer se inclinó hacia él con una empática expresión en el rostro.

—Mi nombre es Elizabeth Sinskey. Soy la directora de la Organización Mundial de la Salud, y lo recluté para que me ayudara a encontrar…

—Una plaga —dijo Langdon—. Creada por Bertrand Zobrist.

Sinskey sonrió, animada.

—¿Lo recuerda?

—No, esta mañana me he despertado en un hospital con un extraño proyector y sufriendo unas alucinaciones en las que aparecía usted diciéndome que buscara y hallara. Eso era lo que estaba intentando hacer cuando estos hombres han intentado matarme. —Langdon los señaló.

El soldado musculoso pareció irritarse y quería decir algo, pero Elizabeth Sinskey lo silenció con un movimiento de mano.

—Profesor —dijo ella a media voz—, no tengo ninguna duda de que se encuentra muy confundido. Como persona responsable de haberle involucrado en todo este asunto, me siento horrorizada por lo que ha ocurrido, y me alegro de que esté a salvo.

—¿A salvo? —respondió Langdon—. ¡Estoy prisionero en un barco! —«¡Igual que usted!».

La mujer del cabello plateado asintió comprensivamente.

—Me temo que, a causa de su amnesia, muchos aspectos de lo que le voy a contar le resultarán desconcertantes. No obstante, el tiempo se agota y mucha gente necesita su ayuda.

Sinskey vaciló, sin saber bien cómo continuar.

—En primer lugar —comenzó a decir—, necesito que comprenda que el agente Brüder y su equipo nunca han intentado hacerle daño. Actuaban bajo órdenes directas de restablecer contacto con usted como fuera.

—¿Restablecer? No lo…

—Por favor, profesor, limítese a escuchar. Todo quedará aclarado. Se lo prometo.

Langdon se recostó en la cama de la enfermería. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. La doctora Sinskey prosiguió.

—El agente Brüder y sus hombres son una unidad AVI: Apoyo para la Vigilancia y la Intervención. Trabajan bajo el auspicio del Centro Europeo para la Prevención y Control de Enfermedades.

Langdon miró los medallones con las siglas ECDC. «¿Prevención y Control de Enfermedades?».

—Su equipo —prosiguió ella— está especializado en detectar y contener amenazas de enfermedades contagiosas. Esencialmente se

trata de un cuerpo especial dedicado a la mitigación de riesgos graves para la salud a gran escala. Usted era mi principal esperanza de encontrar el agente infeccioso que Zobrist ha creado, de modo que, cuando usted desapareció, di órdenes a la unidad AVI de que lo encontraran… Previamente, los había hecho venir a Florencia para que me ayudaran.

Langdon no entendía nada.

—¿Estos soldados trabajan para usted?

Ella asintió.

—Cedidos por el ECDC. Anoche, cuando usted desapareció e interrumpió la comunicación telefónica, creímos que le había pasado algo. Hasta esta mañana, cuando nuestro equipo informático ha visto que consultaba usted su cuenta de correo de Harvard, hemos descubierto que estaba vivo. Nuestra única explicación para su extraño comportamiento ha sido que había cambiado de bando; creíamos que otra persona le había ofrecido una gran suma de dinero por el agente infeccioso.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Langdon, negando con la cabeza.

—Sí, parecía un escenario improbable, pero era la única explicación lógica; y como hay tanto en juego, no podíamos correr ningún riesgo. Por supuesto, nunca imaginamos que podía usted estar sufriendo amnesia. Cuando nuestro equipo informático ha visto que su cuenta de correo de Harvard se activaba, hemos rastreado la dirección IP hasta un apartamento de Florencia, al que hemos acudido de inmediato. Usted, sin embargo, se ha escapado con la mujer en un ciclomotor, lo cual no ha hecho sino aumentar nuestras sospechas de que trabajaba para otro.

—¡Ha pasado por nuestro lado! —exclamó Langdon—. La he visto en el asiento trasero de una furgoneta negra, rodeada de soldados. Pensaba que era su prisionera. Parecía que deliraba, como si la hubieran drogado.

—¿Nos ha visto? —La doctora Sinskey estaba sorprendida—. Efectivamente, tiene usted razón, me habían medicado. —Se detuvo un momento—, pero solo porque yo se lo había pedido.

Langdon no entendía nada. «¿Les pidió que la drogaran?».

—Puede que no lo recuerde —dijo Sinskey—, pero cuando nuestro avión C-130 aterrizó en Florencia, la presión cambió y sufrí un ataque de lo que se conoce como vértigo posicional paroxístico;

una afección del oído interno extremadamente debilitadora que ya había experimentado alguna vez. Es temporal y no es grave, pero sus víctimas sufren mareos y náuseas, y apenas pueden sostenerse de pie. En circunstancias normales, me habría ido a la cama a esperar que se me pasaran las intensas náuseas, pero como nos encontramos en medio de esta crisis, me he prescrito a mí misma inyecciones de metoclopramida cada hora para evitar los vómitos. Esta droga provoca una intensa somnolencia, pero al menos me ha permitido dirigir las operaciones por teléfono desde la parte trasera de la furgoneta. La unidad AVI quería llevarme al hospital, pero yo les he ordenado que no lo hicieran hasta que hubiéramos restablecido contacto con usted. Afortunadamente, el vértigo ha pasado durante nuestro vuelo a Venecia.

Desconcertado, Langdon se dejó caer sobre la cama. «Me he pasado todo el día huyendo de la Organización Mundial de la Salud, la misma gente que me había reclutado en primer lugar».

—Ahora nos tenemos que concentrar en la plaga de Zobrist, profesor —declaró Sinskey en un tono de voz apremiante—. ¿Tiene alguna idea de dónde está? —Se lo quedó mirando con expectación —. Nos queda muy poco tiempo.

«Está muy lejos», quiso decir Langdon, pero algo le detuvo. Levantó la mirada hacia Brüder, el hombre que esa mañana le había disparado y que una hora atrás casi lo estrangula. La situación había cambiado tanto y en tan poco tiempo que Langdon ya no sabía qué debía creer.

Sinskey se inclinó hacia adelante.

—Creemos que el agente infeccioso se encuentra aquí en Venecia. ¿Es así? Díganos dónde y enviaré un equipo a tierra.

Langdon vaciló.

—¡Señor! —exclamó Brüder con impaciencia—. Está claro que sabe algo… ¡Díganos dónde está! ¿Es que no comprende lo que está a punto de ocurrir?

—¡Agente Brüder, ya basta! —le ordenó la doctora Sinskey al soldado. Luego se volvió otra vez hacia Langdon y siguió hablando a media voz—. Teniendo en cuenta todo por lo que ha pasado, es absolutamente comprensible que se sienta desorientado y no esté seguro de en quién puede confiar. —Lo miró a los ojos—. Pero nos queda muy poco tiempo, y le pido que confíe en mí.

—¿Puede ponerse de pie? —preguntó una nueva voz.

Un atildado hombre menudo y bronceado apareció en la puerta. Examinó a Langdon con estudiada serenidad, pero la sensación que transmitía su mirada era de peligro.

Sinskey le indicó a Langdon que se pusiera de pie.

—Profesor, este es un hombre con el que preferiría no colaborar, pero la situación es tan apremiante que no tenemos otra elección.

Langdon deslizó las piernas por un lateral de la cama y, tras ponerse de pie, se tomó un momento para recobrar el equilibrio.

—Sígame —dijo el hombre, ya de camino a la puerta—. Hay algo que es necesario que vea.

Langdon no se movió.

—¿Quién es usted?

El hombre se detuvo y juntó las puntas de los dedos.

—Los nombres no son importantes. Puede llamarme comandante. Dirijo una organización que, lamento decirlo, cometió la equivocación de ayudar a Bertrand Zobrist a conseguir su objetivo. Ahora estoy intentando corregir esa equivocación antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué quiere enseñarme? —preguntó Langdon.

El hombre se lo quedó mirando.

—Algo que le dejará bien claro que estamos todos en el mismo bando.

78

Langdon siguió al hombre bronceado por el claustrofóbico laberinto de pasillos que había bajo cubierta. La doctora Sinskey y los soldados del ECDC iban detrás, en fila india. Al acercarse a una escalera, Langdon deseó subirla y salir al aire libre, pero descendieron todavía más en el barco.

En lo más profundo de las entrañas de la embarcación, su guía los condujo a través de un panal de cubículos de cristal. Algunos eran transparentes y otros opacos. Dentro de los cubículos insonorizados se podía ver a empleados tecleando en sus computadores o hablando por teléfono. Los que levantaron la mirada y repararon en el grupo que pasaba a su lado parecían seriamente alarmados de ver a desconocidos en esa parte del barco. El hombre bronceado asintió para tranquilizarlos y siguió adelante.

«¿Qué es este lugar?», se preguntó Langdon mientras pasaban por otra zona de trabajo igual de asfixiante.

Al fin, su anfitrión llegó a una gran sala de reuniones y entraron en ella. En cuanto estuvieron todos sentados, el hombre presionó un botón y las paredes de cristal se volvieron opacas con un silbido, aislándolos dentro. Langdon nunca había visto nada igual.

—¿Dónde estamos? —preguntó finalmente.

—Este es mi barco. El *Mendacium*.

—*¿Mendacium?* —preguntó Langdon—. ¿El nombre latino de los Pseudologos, los dioses griegos del engaño?

El hombre se quedó impresionado.

—No mucha gente sabe eso.

«No es un apelativo muy noble», pensó Langdon. Los *Mendacium* eran oscuras deidades; los *daimones* especializados en falsedades, mentiras y patrañas.

El hombre sacó una pequeña tarjeta de memoria y la insertó en

un equipo electrónico que había en el fondo de la sala. Una enorme pantalla LCD se encendió y las luces se apagaron.

En medio de un expectante silencio, Langdon oyó de repente el suave rumor del agua. Al principio creyó que provenía del exterior del barco, pero luego se dio cuenta de que salía de los altavoces de la pantalla. Poco a poco, una imagen comenzó a tomar forma: la húmeda pared de una caverna iluminada con una inconstante luz roja.

—Bertrand Zobrist grabó este video —dijo su anfitrión— y me pidió que mañana lo hiciera público.

Langdon observaba el extraño video sin apenas dar crédito a sus ojos. En el cavernoso espacio había una laguna en cuyas aguas se sumergía la cámara hasta llegar al suelo de lodo. Ahí había una placa con el siguiente mensaje: EN ESTE LUGAR, EN ESTA FECHA, EL MUNDO CAMBIÓ PARA SIEMPRE.

La placa estaba firmada por BERTRAND ZOBRIST.

La fecha era… el día de mañana.

«¡Dios mío!». Langdon se volvió hacia Sinskey en la oscuridad, pero ella había bajado la mirada al suelo. Parecía que ya había visto el video y que no se sentía capaz de hacerlo otra vez.

La imagen viró hacia la izquierda y Langdon vio entonces una desconcertante burbuja de plástico transparente que contenía un líquido gelatinoso de color amarillo pardusco. La delicada esfera parecía estar sujeta al suelo para no ascender a la superficie.

«¿Qué…?». Langdon examinó la bolsa distendida. El viscoso contenido parecía arremolinarse, casi como si ardiera a fuego lento.

Cuando al final cayó en cuenta, se quedó sin aliento. «La plaga de Zobrist».

—Pare el video —dijo Sinskey en la oscuridad.

La imagen quedó congelada: una bolsa de plástico suspendida bajo el agua; una nube de líquido flotando en el espacio.

—Creo que ya se imagina de qué se trata —le dijo Sinskey a Langdon—. La pregunta es, ¿cuánto tiempo más permanecerá el líquido en la bolsa? —Se acercó a la pantalla LCD y señaló una diminuta marca que había en el plástico transparente—. Esto nos indica de qué está hecha. ¿Puede leerlo?

Con el corazón latiéndole con fuerza, Langdon aguzó la mirada y leyó una palabra que parecía ser el nombre del fabricante:

Solublon®.

—Es el fabricante de plásticos solubles en agua más grande del mundo —anunció Sinskey.

Langdon notó que se le hacía un nudo en el estómago.

—¡¿Está diciendo que esta bolsa se está… disolviendo?!

Sinskey asintió.

—Nos hemos puesto en contacto con el fabricante y hemos averiguado que fabrican docenas de plásticos solubles. Lamentablemente, pueden tardar de diez minutos a diez semanas en disolverse, según cuál sea su uso. Asimismo, la velocidad de descomposición también varía dependiendo del tipo de agua y la temperatura, pero no tenemos duda alguna de que Zobrist tuvo en cuenta esos factores —se detuvo un momento—, y creemos que esta bolsa se disolverá…

—Mañana —le interrumpió el comandante—. Mañana es el día que Zobrist marcó en mi calendario. Y también el día que aparece en la placa.

Langdon se había quedado sin habla.

—Enséñele el resto —dijo Sinskey.

La reproducción se reanudó. La cámara hizo una panorámica de las aguas resplandecientes y la cavernosa oscuridad. Langdon no tenía duda alguna de que se trataba de la localización a la que hacía referencia el poema. «La laguna que no refleja las estrellas».

Ese escenario evocaba las visiones del infierno de Dante, el río Cocito que fluía a través de las cavernas del inframundo.

Dondequiera que se encontrara esa caverna, sus aguas estaban contenidas por unas paredes húmedas y musgosas que —creía Langdon— parecían hechas por el hombre. También tuvo la sensación de que la cámara solo mostraba un pequeño rincón del enorme espacio interior, idea que se veía reforzada por la presencia de unas leves sombras verticales en la pared. Eran amplias y rectilíneas, y estaban espaciadas de forma regular.

«Columnas», cayó en la cuenta Langdon.

El techo de esa caverna estaba soportado por columnas.

La laguna no se encontraba en una caverna, sino en una gigantesca sala.

«Adentraos en el palacio sumergido…».

Antes de que pudiera decir nada, la aparición de una nueva

sombra en la pared llamó su atención. Se trataba una forma humanoide con una larga nariz picuda.

«Oh, Dios mío…».

La sombra comenzaba entonces a musitar un poema con voz apagada y una siniestra cadencia poética.

> Yo soy la salvación para ustedes. Yo soy la Sombra.

Durante los siguientes minutos, Langdon contempló las imágenes más aterradoras que hubiera visto jamás. El soliloquio que Bertrand Zobrist ofrecía vestido de médico de la plaga estaba repleto de referencias al *Inferno* de Dante y, a pesar de tratarse de los desvaríos de un genio lunático, su mensaje estaba muy claro: el crecimiento de la población humana estaba fuera de control y la supervivencia de la humanidad pendía de un hilo. En la pantalla, la voz entonó:

> No hacer nada es dar la bienvenida al infierno de Dante, un asfixiante y estéril maremágnum de Pecado. Así pues, he decidido tomar medidas drásticas. Algunos se sentirán horrorizados, pero toda salvación tiene su precio. Algún día, el mundo comprenderá la belleza de mi sacrificio.

Langdon no pudo evitar echarse atrás cuando el mismo Zobrist aparecía en pantalla y se quitaba la máscara. Observó su demacrado rostro y sus desquiciados ojos verdes, y se dio cuenta de que estaba viendo al fin la cara del hombre que se encontraba en el centro de esa crisis.

Zobrist comenzaba entonces a profesar su amor por alguien a quien decía deber su inspiración:

> Dejo el futuro en tus suaves manos. Mi trabajo aquí abajo ya ha concluido. Ha llegado el momento de que vuelva a salir a la superficie y contemple de nuevo las estrellas.

Langdon advirtió que las últimas palabras de Zobrist eran prácticamente una copia de las de Dante en *Inferno*.

En la oscuridad de la sala de reuniones, Langdon se dio cuenta de que todos los momentos de pánico que había experimentado ese día se acababan de cristalizar en una única y aterradora realidad.

Bertrand Zobrist tenía un rostro, y una voz.

Las luces de la sala se encendieron y Langdon vio que todo el mundo lo miraba a la expectativa.

Elizabeth Sinskey se puso de pie y, acariciando nerviosamente su amuleto, dijo:

—Profesor, está claro que nos queda muy poco tiempo. La única buena noticia hasta el momento es que no hemos detectado ningún patógeno ni se nos ha notificado el surgimiento de ninguna enfermedad, así que suponemos que la bolsa Solublon sigue intacta. El problema es que no sabemos dónde buscar. Nuestro objetivo es neutralizar esta amenaza encontrando la bolsa antes de que se disuelva. El único modo de hacer eso, claro está, es sabiendo cuanto antes cuál es su localización.

El agente Brüder se puso de pie y miró fijamente a Langdon.

—Suponemos que ha venido a Venecia porque ha descubierto que es aquí donde Zobrist ocultó su plaga.

Langdon se quedó mirando al grupo de personas que tenía delante. En sus rostros percibía el miedo. Todos parecían esperar un milagro pero, desgraciadamente, las noticias que tenía no eran buenas.

—Estamos en el país equivocado —anunció—. Lo que están buscando se encuentra a unos mil quinientos kilómetros de aquí.

Langdon sintió en su cuerpo la reverberación del profundo retumbar de los motores del *Mendacium* cuando este comenzó a dar la vuelta para regresar al aeropuerto de Venecia. A bordo se había desatado el caos. El comandante se había puesto a dar órdenes a gritos a su equipo. Elizabeth Sinskey había agarrado el móvil y había llamado a los pilotos del avión de transporte C-130 de la OMS con el fin de que estuvieran preparados para salir de Venecia de inmediato. Y el agente Brüder se había abalanzado sobre su ordenador portátil para ver si podía coordinar una avanzada internacional en su destino final.

«A un mundo de distancia».

El comandante regresó a la sala de reuniones y se dirigió a Brüder.

—¿Alguna noticia de las autoridades venecianas?

Brüder negó con la cabeza.

—No hay ningún rastro. Están buscando, pero Sienna Brooks ha desaparecido.

Langdon se quedó estupefacto. «¿Están buscando a Sienna?».

Sinskey terminó su llamada telefónica y se unió a la conversación.

—¿Todavía no la han encontrado?

El comandante negó con la cabeza.

—Si está de acuerdo, creo que la OMS debería autorizar el uso de la fuerza en caso de que sea necesaria para capturarla.

Langdon se puso de pie de un salto.

—¡¿Por qué?! ¡Sienna no está implicada en nada de esto!

El comandante clavó su mirada en él.

—Profesor, hay algunas cosas que debería saber sobre la señorita Brooks.

79

Tras abrirse paso entre los grupos de turistas que abarrotaban el puente Rialto, Sienna Brooks apretó otra vez a correr en dirección al oeste por Fondamenta Vin Castello.

«Tienen a Robert».

Todavía recordaba la desesperación de su mirada mientras los soldados lo arrastraban por el pozo de vuelta a la cripta. No tenía duda alguna de que, de un modo u otro, sus captores no tardarían en persuadirlo para que les contara todo lo que había descubierto.

«Estamos en el país equivocado».

Más trágico todavía, sin embargo, era el hecho de que le revelarían la verdadera naturaleza de la situación.

«Lo siento mucho, Robert.

»Por todo.

»No he tenido elección, de verdad».

Extrañamente, Sienna ya lo echaba de menos. Aquí, en medio de la multitud de turistas de Venecia, comenzó a sentir una soledad ya familiar.

No era una sensación nueva.

Desde la infancia, se había sentido así.

A causa de su excepcional intelecto, Sienna se había pasado la niñez sintiéndose como una extranjera en un país desconocido. Una alienígena atrapada en un mundo solitario. Intentó hacer amigos, pero las frivolidades a las que sus compañeros dedicaban su atención no tenían interés alguno para ella. Intentó respetar a los adultos, pero la mayoría no parecían ser más que niños grandes que carecían de la más básica comprensión del mundo que les rodeaba y, todavía peor, no sentían ninguna curiosidad o preocupación al respecto.

«No me sentía parte de nada».

De modo que aprendió a ser un fantasma. Invisible. Un

camaleón. Una actriz que interpretaba un papel en medio de la multitud. Sin duda alguna, su pasión por la interpretación tenía su origen en lo que con el tiempo se convertiría en su sueño vital de convertirse en otra persona.

«Alguien normal».

Su interpretación en *Sueño de una noche de verano* le ayudó a sentirse parte de algo, y los actores adultos la apoyaron sin mostrarse condescendientes. Su alegría, sin embargo, duró poco: se evaporó en cuanto bajó del escenario la noche del estreno y se encontró ante una multitud de periodistas entusiasmados con ella mientras sus compañeros salían por la puerta de atrás sin que nadie reparara en ellos.

«Ahora ellos también me odian».

A los siete años, Sienna ya había leído lo suficiente como para diagnosticarse a sí misma una profunda depresión. Cuando se lo dijo a sus padres, se mostraron tan desconcertados como siempre por las extrañezas de su hija. Aun así, la enviaron a un psicólogo. Le hizo un montón de preguntas que ella ya se había respondido y, finalmente, le prescribió una combinación de amitriptilina y clordiazepóxido.

Sienna se puso de pie de un salto, furiosa.

—¿Amitriptilina? —dijo, desafiante—. ¡Quiero ser más feliz, no un zombi!

Afortunadamente, el psicólogo no se alteró lo más mínimo por su arrebato y le hizo una segunda sugerencia.

—Sienna, si prefieres no tomar medicamentos, podemos intentar un tratamiento más holístico. Parece que estás atrapada en un ciclo de pensamientos negativos sobre ti misma y no puedes dejar de pensar que no encajas en el mundo.

—¡Así es! —respondió ella—. ¡Intento no hacerlo, pero no puedo evitarlo!

Él sonrió.

—Claro que no puedes. Es físicamente imposible no pensar en nada. El alma necesita emoción, y nunca deja de buscar combustible, bueno o malo, para esa emoción. Tu problema es que le proporcionas el combustible equivocado.

Sienna nunca había oído a nadie hablar de la mente en términos como esos, y de inmediato se sintió intrigada.

—¿Cómo le proporciono otro combustible?

—Tienes que cambiar tu forma de pensar —dijo—. Ahora, piensas solo en ti misma. Te preguntas por qué no encajas tú, y qué hay de malo en ti.

—Así es —admitió Sienna—, pero estoy intentando solucionar el problema. Estoy intentando encajar. No puedo solucionar el problema si no pienso en él.

El médico soltó una risa.

—Creo que precisamente pensar en el problema… es tu problema. —Él le sugirió entonces que intentara dejar de pensar en sí misma y sus propios problemas, y dedicara en cambio su atención a lo que la rodeaba y a los problemas que había en el mundo.

«Entonces todo cambió».

En vez de dedicar toda su energía a sentir lástima de sí misma, comenzó a sentirla por otros. Y dio inicio a sus actividades filantrópicas. Daba sopa a los vagabundos y leía libros a los ciegos. Curiosamente, ninguna de las personas a las que ayudaba parecían advertir que era distinta. Solo estaban agradecidas de que alguien se preocupara por ellos.

Sienna trabajaba cada semana más duro. Apenas podía dormir a causa de toda la gente que necesitaba su ayuda.

—¡Sienna, tómatelo con más calma! —le decía la gente—. ¡No puedes salvar el mundo!

«Qué comentario más terrible».

A través de sus diversos actos de servicio público, Sienna entró en contacto con varios miembros de un grupo humanitario. Cuando la invitaron a unirse a un viaje de un mes a las Filipinas, ella no lo pensó dos veces.

Sienna creía que darían de comer a pobres pescadores o granjeros del campo en un lugar que, según había leído, era de una belleza geológica sin par, con vibrantes lechos marinos y maravillosas llanuras. Así, cuando el grupo se instaló en pleno Manila —la ciudad más densa del mundo—, Sienna se quedó horrorizada. Nunca había visto pobreza a esa escala.

«¿Qué puede hacer una sola persona para cambiar la situación?».

Por cada individuo que alimentaba, había cientos más que la miraban con ojos desolados. Manila padecía atascos de seis horas,

una polución asfixiante y un aterrador comercio sexual formado básicamente por niños. A muchos de ellos sus padres los habían vendido a proxenetas, con la esperanza de que al menos así fueran alimentados.

En medio de ese caos de prostitución infantil, mendigos, carteristas y cosas peores, Sienna comenzó a sentir una creciente impotencia. A su alrededor, veía cómo la humanidad estaba obligada a recurrir a su instinto primario de supervivencia. «Ante la desesperación, los seres humanos se vuelven animales».

Sienna volvió a caer en una oscura depresión. Al fin había entendido lo que era realmente la humanidad: una especie al límite.

«Estaba equivocada —pensó—. No puedo salvar el mundo».

Presa de un frenesí nervioso, un día Sienna apretó a correr a través de las callejuelas de la ciudad, abriéndose paso a empujones entre las multitudes en busca de espacio.

«¡La carne humana me asfixia!».

Mientras corría, volvió a sentir que se posaban sobre ella las miradas de los demás. Ya no pasaba desapercibida. Era alta, blanca y con una cabellera rubia. Los hombres la miraban como si estuviera desnuda.

Cuando finalmente sus piernas flaquearon, no tenía ni idea de la distancia que había recorrido ni de dónde se encontraba. Se limpió las lágrimas y la suciedad de los ojos y vio ante sí una especie de poblado de chozas; una ciudad hecha de planchas metálicas y cartones. A su alrededor se oían llantos de bebés y el hedor a excrementos humanos lo invadía todo.

«He cruzado las puertas del infierno».

—Turista —dijo alguien a su espalda en tono burlón—. *Magkano?* ¿Cuánto?

Sienna se dio la vuelta y vio que tres jóvenes se le estaban acercando, salivando como lobos. De inmediato supo que estaba en peligro e intentó salir corriendo, pero la acorralaron. Eran como depredadores cazando en manada.

Pidió ayuda a gritos, pero nadie le hizo caso. A unos cinco metros, vio a una anciana sentada en un neumático, pelando una cebolla con un cuchillo oxidado. La mujer ni siquiera levantó la vista.

Cuando los hombres la agarraron y la arrastraron a una pequeña

choza, Sienna no tuvo ninguna duda de lo que le iba a pasar, y fue presa del pánico. Se resistió con todas sus fuerzas, pero ellos eran más fuertes y la inmovilizaron sobre un colchón viejo y manchado.

Una vez ahí, le arrancaron la camisa, arañándole la suave piel, y le metieron una tela en la boca para que no pudiera gritar. Tenía la sensación de que se iba a asfixiar. Luego, le dieron la vuelta sobre el colchón y la colocaron de cara sobre la pútrida cama.

Sienna Brooks siempre había sentido lástima de las almas ignorantes capaces de creer en Dios a pesar de vivir en un mundo repleto de sufrimiento y, sin embargo, en ese momento se puso a rezar, con todas sus fuerzas.

«Por favor, Dios, líbrame de todo mal».

Mientras rezaba, oyó cómo los hombres se reían y se burlaban de ella. Uno, pesado y pegajoso, se colocó encima; podía notar su sudor goteando sobre la espalda.

«Mi virginidad —pensó Sienna—. Así es como voy a perderla».

De repente, el hombre se retiró de un salto y las burlas se volvieron gritos de ira y miedo. El sudor que antes caía sobre la espalda de Sienna… pasó a ser sangre que salpicaba el colchón.

Cuando se dio la vuelta para ver qué estaba ocurriendo, vio a la anciana de la cebolla y el cuchillo herrumbroso de pie ante su atacante. La espalda del hombre sangraba profusamente.

La anciana se volvió entonces hacia los otros dos y les amenazó con el cuchillo ensangrentado hasta que, al fin, todos se marcharon corriendo.

Sin decir una palabra, la anciana ayudó a Sienna a recoger su ropa y a vestirse.

—*Salamat* —susurró Sienna entre lágrimas—. Gracias.

La anciana le indicó por señas que era sorda.

Sienna juntó entonces las palmas y, en señal de respeto, inclinó la cabeza con los ojos cerrados. Cuando los volvió a abrir, la mujer ya se había ido.

Sienna se marchó de las Filipinas en cuanto pudo, sin despedirse siquiera de los demás miembros del grupo. Jamás dijo una palabra a nadie sobre lo que le había pasado. Esperaba que ignorar el incidente la ayudara a olvidarlo, pero en realidad solo empeoró la situación. Meses después, todavía tenía pesadillas y ya no se sentía a salvo en ningún sitio. Tomó clases de artes marciales, pero aunque

dominó enseguida la técnica mortal del *dim mak*, se sentía en peligro allá donde iba.

Volvió a caer en la depresión y, finalmente, incluso dejó de dormir. Comenzaron a caerle grandes mechones de cabello. Para su horror, al cabo de unas pocas semanas se había quedado medio calva. Había desarrollado síntomas de lo que autodiagnosticó como *telegenic effluvium*, una alopecia provocada por el estrés sin otra cura que la desaparición de ese estrés. Sin embargo, cada vez que se miraba en el espejo veía su cabeza medio calva y el corazón le comenzaba a latir con fuerza.

«¡Parezco una anciana!».

Al final no le quedó otra opción que afeitarse la cabeza. Al menos ya no parecería vieja. Solo enferma. Como tampoco quería dar la impresión de que tenía cáncer, se compró una peluca rubia que llevaba recogida para, al menos, volver a sentirse ella misma.

Por dentro, sin embargo, Sienna Brooks había cambiado.

«Estoy tarada».

En un desesperado intento por dejar su vida atrás, viajó a Estados Unidos y se matriculó en una facultad de medicina. Siempre se había sentido atraída por esa disciplina, y esperaba que ser doctora le hiciera sentirse útil, como si al menos estuviera haciendo algo para aliviar el dolor de este atribulado mundo.

A pesar de ser muy larga, la carrera le resultó fácil, y mientras sus compañeros estudiaban, ella se puso a actuar a tiempo parcial para ganarse un dinero extra. No se trataba precisamente de obras shakespearianas, pero gracias a su talento para los idiomas y la memorización, en vez de un trabajo, actuar era como un santuario en el que podía olvidarse de quién era, y ser otra persona.

Quien fuera.

Desde que tenía uso de razón había intentado escapar de sí misma. De niña, había dejado incluso de utilizar su primer nombre, Felicity, en favor del segundo, Sienna. Felicity significaba «afortunada», y ella sabía que era cualquier cosa menos eso.

«Deja de obsesionarte con tus propios problemas —se recordó—. Concéntrate en los del mundo».

El ataque de pánico que había sufrido en las abarrotadas calles de Manila había despertado en Sienna una honda preocupación por la sobrepoblación mundial. Fue entonces cuando descubrió los

textos de Bertrand Zobrist, un ingeniero genético que había propuesto algunas teorías muy controvertidas sobre la población mundial.

«Es un genio», pensó al leer su trabajo. Sienna nunca había sentido eso por ningún otro ser humano, y cuanto más lo leía, más tenía la sensación de encontrarse ante un alma gemela. El artículo «No puedes salvar el mundo» le recordó lo que todo el mundo le decía de pequeña... con la diferencia de que Zobrist defendía exactamente lo contrario.

«Puedes salvar el mundo —había escrito Zobrist—. Si no tú, ¿quién? Si no ahora, ¿cuándo?».

Sienna estudió las ecuaciones matemáticas de Zobrist y analizó sus predicciones sobre una posible catástrofe malthusiana y el inminente colapso de la especie. A nivel intelectual, se sentía atraída por las avanzadas especulaciones de Zobrist, pero su nivel de estrés no hacía sino aumentar todavía más al ver el futuro que le esperaba a la humanidad. Un futuro garantizado matemáticamente, tan obvio, e inevitable.

«¿Es que nadie lo ve?».

A pesar de que las ideas de Zobrist la asustaban, Sienna se obsesionó con él. Vio videos de todas sus presentaciones y leyó todo lo que había escrito. Cuando se enteró de que iría a dar una conferencia a Estados Unidos, supo que debía ir a verlo. Esa fue la noche en la que todo su mundo cambió.

Una sonrisa —un infrecuente momento de felicidad— iluminó su rostro al recordar esa velada mágica, la misma que había recordado unas horas antes, mientras iba en el tren con Langdon y Ferris.

Chicago. El ventarrón.

Enero, seis años atrás, pero todavía parece ayer. Camino con dificultad por las aceras cubiertas de nieve de la Milla Magnífica, bajo el azote del viento y con el cuello vuelto hacia arriba para protegerme de la cegadora blancura. A pesar del frío, esta noche nada puede evitar que cumpla mi destino. Por fin escucharé al gran Bertrand Zobrist... en persona.

Bertrand sale al escenario con el auditorio medio vacío. Es alto, muy alto y sus vibrantes ojos verdes parecen contener todos los misterios del mundo.

—Al diablo con este auditorio vacío —declara—. ¡Vayamos al bar!

Unos cuantos ocupamos una tranquila mesa y él nos habla de genética, de población, y de su última pasión… el transhumanismo.

A una copa le siguen otras, y me siento como si disfrutara de una audiencia privada con una estrella de rock. Cada vez que me mira, sus ojos verdes encienden un inesperado sentimiento en mi interior, y siento el profundo tirón de la atracción sexual.

Es una sensación del todo nueva para mí.

Y finalmente nos quedamos a solas.

—Gracias por esta noche —le digo. He bebido alguna copa de más y el alcohol se me ha subido un poco a la cabeza—. Eres un profesor increíble.

—¿Adulación? —Zobrist sonríe y se inclina hacia mí. Nuestras piernas se tocan—. Te llevará a donde quieras.

El coqueteo es claramente inapropiado, pero es una noche de mal tiempo en un hotel desierto de Chicago, y parece como si todo el mundo se hubiera detenido.

—¿Qué te parece? —dice Zobrist—. ¿La última en mi habitación?

Me quedo inmóvil, consciente de que mi expresión debe de ser la de un ciervo iluminado por los faros de un auto. ¡No sé cómo se hace esto!

Los ojos de Zobrist destellan afectuosamente.

—Deja que lo adivine —me susurra—. Nunca has estado con un hombre famoso.

Noto que me sonrojo e intento disimular la oleada de emociones que siento: vergüenza, excitación, miedo.

—En realidad —le digo—. Nunca he estado con ningún hombre.

Zobrist sonríe y se acerca a mí.

—No estoy seguro de qué has estado esperando, pero me encantaría ser tu primero.

En ese momento, todos los miedos y frustraciones sexuales de mi infancia desaparecen… evaporándose en la noche de ventisca.

Poco después, estoy desnuda en sus brazos.

—Relájate, Sienna —me susurra, y sus pacientes manos despiertan en mi inexperto cuerpo sensaciones que nunca había sentido.

En brazos de Zobrist, siento como si todo estuviera bien en el mundo, y sé que mi vida al fin tiene un propósito.

He encontrado el amor.

Y lo seguiré a donde sea.

80

Sobre la cubierta del *Mendacium*, Langdon se sujetó en la pulida baranda de teca, pues su equilibrio todavía era precario, e intentó recobrar el aliento. El aire marítimo era más frío, y el ruido de los aviones comerciales que volaban a baja altitud le indicó que se estaban acercando al aeropuerto de Venecia.

«Hay algunas cosas que debería saber sobre la señorita Brooks».

A su lado, el comandante y la doctora Sinskey permanecían en silencio para dejar que se ubicara. Lo que le habían dicho en el piso de abajo le había dejado tan desorientado y molesto que Sinskey había decidido sacarlo fuera para que le diera el aire.

El mar vespertino resultaba vigorizador y, sin embargo, Langdon seguía sintiéndose igual de embotado. Lo único que podía hacer era mirar distraídamente la agitada estela del barco mientras intentaba encontrarle alguna lógica a lo que acababa de oír.

Según el comandante, Sienna Brooks y Bertrand Zobrist habían sido amantes durante años. Juntos militaban en una especie de movimiento llamado transhumanismo. El nombre completo de ella era Felicity Sienna Brooks, pero también respondía al nombre en código de FS-2080, que tenía algo que ver con sus iniciales y el año en el que cumpliría cien años.

«¡Nada de esto tiene sentido!».

—Conocí a Sienna Brooks a través de otra persona —le había contado el comandante a Langdon—, y confiaba en ella. Así pues, cuando el año pasado me vino a ver y me pidió que me reuniera con un rico cliente potencial, acepté. Este resultó ser Bertrand Zobrist, que me contrató para que le proporcionara un refugio seguro en el que pudiera trabajar en su «obra maestra». Supuse que estaría desarrollando una nueva tecnología que no quería que le piratearan, o quizá realizando una avanzada investigación genética que no cumplía con las regulaciones de la OMS. No hice preguntas,

pero créame, nunca imaginé que estuviera creando… una plaga.

Langdon solo pudo asentir. Estaba completamente estupefacto.

—Zobrist era un fanático de Dante —siguió diciendo el hombre—, de modo que escogió la ciudad de Florencia para ocultarse. Mi organización le proporcionó todo lo que necesitaba: un laboratorio discreto con alojamiento, varios alias y medios seguros de comunicación. También un asistente que lo supervisaba todo, de la seguridad a la compra de comida y suministros. Zobrist nunca utilizaba sus tarjetas de crédito ni aparecía en público, de modo que era imposible localizarlo. Incluso le proporcionamos disfraces y documentación alternativa para que pudiera viajar sin que nadie se enterara —se detuvo un momento, y luego añadió—: Eso es lo que debió de hacer cuando escondió la bolsa de Solublon.

Sinskey exhaló un suspiro sin apenas disimular su frustración.

—La OMS se pasó un año intentando localizarlo, pero parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra.

—Ni siquiera Sienna sabía dónde estaba —dijo.

—¿Cómo dice? —Langdon levantó la mirada y se aclaró la garganta—. ¿No había dicho que eran amantes?

—Lo eran, pero cuando se escondió, rompió todo vínculo con ella. A pesar de que Sienna había sido la persona que nos había puesto en contacto, yo el acuerdo lo había hecho con Zobrist y parte del mismo consistía en que, cuando desapareciera, lo haría para todo el mundo, incluida Sienna. Al parecer, más adelante le envió una carta de despedida en la que le revelaba que estaba muy enfermo, que moriría en un año y que no quería que presenciara su deterioro.

«¿Zobrist abandonó a Sienna?».

—Ella intentó ponerse en contacto conmigo para que le dijera dónde estaba —prosiguió—, pero me negué pues tengo que respetar los deseos de mis clientes.

—Hace dos semanas —dijo Sinskey—, Zobrist acudió a un banco de Florencia y alquiló de forma anónima una caja de seguridad. Al salir, el banco nos avisó de que su nuevo *software* de reconocimiento facial había identificado al hombre como Bertrand Zobrist. Mi equipo voló entonces a Florencia y tardó una semana en dar con su escondite. Estaba vacío, pero dentro encontramos pruebas de que había creado una especie de patógeno altamente

contagioso y que lo había ocultado en algún lugar —Sinskey hizo una pausa—. Lo buscamos durante horas sin descanso. A la mañana siguiente, antes del amanecer, lo localizamos caminando por la ribera del Arno y fuimos tras él. Fue entonces cuando subió a lo alto de la torre de la Badia y se suicidó arrojándose al vacío.

—Seguramente ya había planeado hacerlo —dijo el comandante —. Estaba convencido de que le quedaba muy poco tiempo de vida.

—Al parecer —siguió diciendo Sinskey—, Sienna también lo había estado buscando. De algún modo, descubrió que nos habíamos movilizado a Florencia y siguió nuestros movimientos, convencida de que lo habíamos encontrado. Por desgracia, llegó justo a tiempo para verlo saltar —Sinskey suspiró—. Sospecho que para ella fue muy traumático ver cómo se suicidaba su amante y mentor.

Langdon se sentía indispuesto y apenas podía comprender lo que le estaban diciendo. Sienna era la única persona en quien confiaba y esa gente le estaba diciendo que no era quien decía ser. Daba igual lo que le aseguraran, él era incapaz de creer que Sienna realmente estuviera de acuerdo con el deseo de Zobrist de crear una plaga…

¿O sí lo hacía?

«¿Estarías dispuesto a matar hoy a la mitad de la población si con eso pudieras salvar a nuestra especie de la extinción?», le había preguntado Sienna.

Langdon sintió un escalofrío.

—Cuando Zobrist murió —explicó Sinskey—, utilicé mis influencias para acceder a su caja de seguridad. Irónicamente, resultó que contenía una carta para mí y un extraño artilugio.

—El proyector —aventuró Langdon.

—Exacto. Su carta decía que quería que yo fuera la primera persona en visitar la zona cero, situada en un lugar que nadie podría encontrar sin su *Mapa del infierno*.

Langdon visualizó el cuadro de Botticelli que escondía el pequeño proyector.

—Zobrist me había pedido que le entregara a la doctora Sinskey el contenido de la caja de seguridad mañana por la mañana, no antes, de modo que, cuando llegó a manos de la doctora Sinskey antes de tiempo, entramos en pánico y nos pusimos en marcha para recuperarlo de acuerdo con los deseos de nuestro cliente —añadió

el comandante.

Sinskey miró a Langdon.

—No tenía muchas esperanzas de descifrar el mapa a tiempo, así que le recluté para que me ayudara. ¿Recuerda algo de todo esto ahora?

Langdon negó con la cabeza.

—Lo trajimos a Florencia y quedó con alguien que nos podía ayudar.

«Ignazio Busoni».

—Anoche se reunió con él —dijo Sinskey—. Y luego desapareció. Creímos que le había ocurrido algo.

—Y, de hecho —dijo el comandante—, sí le pasó algo. Para intentar recuperar el proyector, una agente que trabajaba para mí llamada Vayentha empezó a seguirlo en el aeropuerto, pero perdió su pista en la Piazza della Signoria. —Frunció el ceño—. Fue un error catastrófico. Y encima tuvo la desfachatez de culpar a un pájaro.

—¿Cómo dice?

—Una paloma. Según Vayentha, estaba observándolo desde las sombras de un nicho cuando un grupo de turistas pasó por delante de ella. Justo entonces, una paloma arrulló en una jardinera que había en una ventana sobre su cabeza, lo cual provocó que los turistas se detuvieran y le bloquearan el paso. Cuando por fin llegó al callejón donde lo vio por última vez, usted ya había desaparecido —negó con la cabeza—. La cuestión es que perdió su pista durante varias horas. Finalmente, volvió a dar con usted, pero para entonces, ya iba con otro hombre.

«Ignazio —pensó Langdon—. Debíamos de estar saliendo del Palazzo Vecchio con la máscara».

—Ella los siguió hasta la Piazza della Signoria, pero al parecer usted y el hombre decidieron marcharse en distintas direcciones.

«Eso tiene sentido —pensó Langdon—. Ignazio huyó con la máscara y la escondió en el baptisterio antes de sufrir un ataque al corazón».

—Luego, Vayentha cometió otro terrible error —dijo.

—¿Me disparó en la cabeza?

—No. Le abordó demasiado pronto, antes de que supiera usted nada. Necesitábamos saber si había descifrado el mapa o le había

dicho a la doctora Sinskey lo que esta necesitaba saber. Usted se negó a hablar. Decía que antes moriría.

«¡Estaba buscando una plaga mortal! ¡Seguramente creí que eran mercenarios intentando conseguir un arma biológica!».

La nave se estaba acercando al embarcadero del aeropuerto y ralentizó la marcha. A lo lejos, Langdon pudo distinguir el anodino casco de un avión de transporte C-130. En el fuselaje se podía leer la inscripción ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD.

Justo entonces apareció Brüder con expresión sombría.

—Acabo de enterarme de que el único equipo cualificado que se encuentra a menos de cinco horas del lugar es el nuestro, lo cual significa que dependemos únicamente de nosotros mismos.

Sinskey fue presa del desánimo.

—¿Coordinación con las autoridades locales?

Brüder se mostró receloso.

—Todavía no. Al menos, esa es mi recomendación. Aún no sabemos cuál es la localización precisa de la plaga, de modo que no hay nada que puedan hacer. Es más, una operación de contención está muy por encima de sus posibilidades y corremos el riesgo de que hagan más mal que bien.

—*Primum non nocere* —susurró Sinskey, repitiendo el precepto fundamental de la ética médica—: «Ante todo, no hacer daño».

—Por último —dijo Brüder—, todavía no tenemos noticias sobre Sienna Brooks —se volvió hacia el comandante—. ¿Sabe si tiene algún contacto en Venecia que la pueda ayudar?

—No me sorprendería —respondió este—. Zobrist tenía discípulos en todas partes y, si conozco bien a Sienna, estará utilizando todos los recursos disponibles para llevar a cabo su propósito.

—Tenemos que evitar que salga de Venecia —dijo Sinskey—. No sabemos en qué condiciones se encuentra actualmente la bolsa de Solublon. Si alguien la descubre, puede que solo haga falta un pequeño contacto para romper el plástico y liberar el agente infeccioso en el agua.

Permanecieron un momento en silencio, asimilando la gravedad de la situación.

—Me temo que tengo más malas noticias —dijo Langdon—. El *mouseion* dorado de santa sabiduría —se detuvo un momento—.

Sienna sabe dónde está. Sabe adónde vamos.

—¡¿Cómo?! —exclamó Sinskey, alarmada—. ¿No decía que no había tenido oportunidad de explicarle a Sienna lo que había descubierto? ¿Que solo le había dicho que estaban en el país equivocado?

—Así es —dijo Langdon—, pero ella sabía que estábamos buscando la tumba de Enrico Dandolo. Una búsqueda en internet le indicará rápidamente dónde se encuentra. Y cuando lo descubra…, el envase de la plaga no puede andar lejos. El poema dice que sigamos el rumor del agua hasta el palacio sumergido.

—¡Maldita sea! —exclamó Brüder y se marchó furioso.

—Nunca llegará antes que nosotros —dijo el comandante—. Le llevamos ventaja.

Sinskey suspiró hondo.

—No esté tan seguro. Nuestro medio de transporte es lento y Sienna Brooks parece ser alguien con muchos recursos.

Mientras el *Mendacium* atracaba, Langdon miró con inquietud el voluminoso C-130 que les esperaba en la pista de despegue. No parecía un trasto capaz de volar y carecía de ventanillas. «¿Ya he montado en esto?». Langdon no lo recordaba.

Bien a causa del balanceo del barco al atracar o quizá debido a sus crecientes reservas respecto a la claustrofóbica aeronave, de repente Langdon comenzó a sentir náuseas.

Se volvió hacia Sinskey.

—No sé si me encuentro bien para volar.

—No le pasa nada —dijo ella—. Hoy ha pasado por muchas cosas y, además, su cuerpo todavía no ha eliminado todas las toxinas.

—¿Toxinas? —Langdon retrocedió un paso—. ¿De qué está hablando?

Sinskey apartó la mirada. Había dicho más de lo que pretendía.

—Profesor, lo siento. Lamentablemente, he descubierto que su condición médica es un poco más complicada que una simple herida en la cabeza.

Langdon sintió una punzada de miedo al recordar la mancha negra que Ferris tenía en el pecho cuando se derrumbó en el suelo de la basílica.

—¿Qué me sucede? —preguntó Langdon.

Sinskey vaciló, como si no estuviera muy segura de cómo explicárselo.

—Subamos primero al avión.

81

Situado justo al este de la espectacular iglesia Frari, el Atelier Pietro Longhi había sido desde siempre uno de los principales proveedores de disfraces, pelucas y accesorios de Venecia. Su lista de clientes incluía productoras de cine y compañías de teatro, así como influyentes personajes que dependían de los consejos de su personal para vestirse en las fiestas más extravagantes del Carnaval.

El dependiente estaba a punto de cerrar cuando oyó que abrían la puerta. Al levantar la mirada, vio que entraba apresuradamente una atractiva joven rubia. Estaba casi sin aliento, como si hubiera corrido varios kilómetros. Se acercó al mostrador con la mirada desquiciada y desesperada.

—Quiero hablar con Giorgio Venci —dijo entre jadeos.

«Eso es lo que queremos todos —pensó el dependiente—, pero nadie puede ver al mago».

Giorgio Venci —el diseñador jefe del estudio— trabajaba detrás de la cortina, rara vez hablaba con los clientes y nunca sin cita previa. Como se trataba de un hombre de gran riqueza e influencia, a Giorgio se le permitían ciertas excentricidades, entre las cuales se contaba su pasión por la soledad: almorzaba solo, volaba en avión privado y se quejaba constantemente del número de turistas que visitaban Venecia. No era de los que disfrutan de la compañía.

—Lo siento —dijo el dependiente con una sonrisa ensayada—. Me temo que el *signore* Venci no está. ¿Puedo ayudarla yo en algo?

—Giorgio sí está —declaró ella—. Su apartamento se encuentra en el piso de arriba. Y he visto que tenía la luz encendida. Soy una amiga. Se trata de una emergencia.

La mujer hablaba con una extraña intensidad. «Una amiga, dice».

—¿Cómo le digo a Giorgio que se llama?

La mujer tomó un papel del mostrador y anotó una serie de

letras y números.

—Dele esto —dijo, entregándole el papel al dependiente—. Y, por favor, dese prisa. No tengo mucho tiempo.

El dependiente llevó el papel al piso de arriba y lo dejó en la larga mesa en la que Giorgio trabajaba inclinado sobre su máquina de coser.

—*Signore* —susurró—, ha venido alguien a verle. Dice que es una emergencia.

Sin dejar de trabajar ni levantar la mirada, el hombre extendió una mano y tomó el papel.

En cuanto lo leyó, la máquina se detuvo.

—Que suba inmediatamente —le ordenó Giorgio y rompió el papel en minúsculos pedazos.

82

El enorme avión de transporte C-130 todavía estaba ascendiendo por encima del Adriático cuando comenzó a virar hacia el sudeste. A bordo, Robert Langdon se sentía a la vez agobiado y perdido; oprimido por la ausencia de ventanas en la aeronave y confundido por todas las preguntas que se arremolinaban en su cerebro.

«Su condición médica —le había dicho Sinskey— es un poco más complicada que una simple herida en la cabeza».

A Langdon se le aceleró el pulso. ¿Qué podía ser lo que tenía que decirle? De momento, ella estaba ocupada discutiendo estrategias de contención de la plaga con la unidad AVI. Brüder, por su parte, estaba al teléfono, informándose de los movimientos de diversas agencias gubernamentales para localizar a Sienna Brooks.

«Sienna…».

Langdon todavía estaba buscándole un sentido al hecho de que ella estuviera implicada en todo eso. Cuando finalmente el avión se enderezó, el hombre menudo que se llamaba a sí mismo comandante cruzó la cabina y se sentó frente a Langdon. Juntó las puntas de los dedos bajo la barbilla y frunció el labio.

—La doctora Sinskey me ha pedido que hable con usted e intente aclararle su situación.

Langdon se preguntó qué podía decirle ese hombre para clarificar siquiera remotamente esa confusión.

—Como he comenzado a explicarle antes —dijo—, en gran medida todo esto comenzó cuando mi agente, Vayentha, le abordó de forma prematura. No teníamos ni idea de cuánto había progresado usted en su investigación ni de cuánto le había contado a la doctora Sinskey. Pero temíamos que si ella descubría la localización del proyecto que nuestro cliente nos había encomendado proteger, lo confiscaría o lo destruiría. Teníamos que encontrarlo antes de que lo hiciera ella, de modo que necesitábamos

que usted trabajara para nosotros… en vez de para Sinskey. —El hombre se detuvo un momento—. Lamentablemente, ya le habíamos enseñado nuestras cartas y no confiaba en nosotros.

—¡¿Y entonces decidieron dispararme en la cabeza?! —respondió Langdon, enojado.

—Urdimos un plan para que confiara en nosotros.

Langdon se sentía perdido.

—¿Cómo puede uno confiar en alguien después de que le han secuestrado e interrogado?

El hombre se cambió de posición. Parecía incómodo.

—Profesor, ¿está familiarizado con la familia química de las benzodiazepinas?

Langdon negó con la cabeza.

—Son unos nuevos fármacos que, entre otras cosas, se utilizan para el tratamiento del estrés postraumático. Como sabe, cuando alguien sufre un accidente de coche o una agresión sexual, los recuerdos a largo plazo pueden resultar incapacitantes de forma permanente. Mediante el uso de benzodiazepinas, los neurocientíficos son capaces de tratar el estrés postraumático como si este no se hubiera producido.

Langdon le escuchaba en silencio, incapaz de imaginar hacia dónde se dirigía la conversación.

—Cuando se forman nuevos recuerdos —prosiguió—, se almacenan en la memoria de corto plazo durante unas cuarenta y ocho horas antes de migrar a la de largo plazo. Mediante el uso de nuevos compuestos de benzodiazepinas, uno puede actualizar fácilmente la memoria de corto plazo… y borrar su contenido antes de que esos recuerdos pasen, digamos, a ser de largo plazo. Si se le administra benzodiazepina a la víctima de una agresión unas pocas horas después del ataque, por ejemplo, se le puede expurgar ese recuerdo y así el trauma nunca llegará a formar parte de su psique. El único aspecto negativo es que perderá todo recuerdo de varios días de su vida.

Langdon se quedó mirando al hombre menudo sin dar crédito a lo que oía.

—¡Me provocaron amnesia!

El comandante exhaló un hondo suspiro.

—Eso me temo. Se la indujimos químicamente. De forma muy

segura. Pero sí, borramos su memoria de corto plazo —hizo una pausa—. Mientras estaba drogado, masculló algo sobre una plaga, pero supusimos que hacía referencia a las imágenes del proyector. Nunca imaginamos que Zobrist hubiera creado una auténtica plaga —se detuvo un momento—. También balbuceaba algo que a nosotros nos pareció «*Very sorry. Very sorry*».

«Vasari». Debía de ser todo lo que había averiguado hasta ese momento sobre el proyector. *Cerca trova.*

—Pero creía que mi amnesia estaba provocada por una herida en la cabeza. Que alguien me había disparado.

El hombre negó con la cabeza.

—Nadie le disparó, profesor. No había ninguna herida en la cabeza.

—¡¿Qué?! —Instintivamente, Langdon se llevó la mano a la cabeza y sus dedos buscaron los puntos y la hinchada herida—. ¡Entonces, dígame qué diablos es esto! —Se apartó el cabello para mostrar la zona afeitada.

—Parte del engaño. Le hicimos una pequeña incisión en el cuero cabelludo y acto seguido se la cosimos. Debía creer que había sido atacado.

«¡¿Esto no es una herida de bala?!».

—Cuando se despertara —dijo el comandante—, queríamos que creyera que había alguien intentando matarlo, que estaba en peligro.

—¡Es que había gente intentando matarme! —exclamó Langdon. Su arrebato atrajo miradas de otras personas que iban en el avión—. ¡He visto cómo disparaban al médico del hospital, el doctor Marconi, a sangre fría!

—Eso es lo que ha visto —dijo el hombre sin alterar la voz—, pero no es lo que ha sucedido. Vayentha trabajaba para mí. Tenía un gran talento para ese tipo de trabajo.

—¿Matar gente? —preguntó Langdon.

—No —dijo con tranquilidad—. Hacer ver que mataba gente.

Langdon se quedó mirándolo largo rato y pensó en el doctor de la barba gris y las cejas pobladas cayendo al suelo con el pecho ensangrentado.

—La pistola de Vayentha estaba cargada con balas de fogueo —dijo—. Y lo que ha hecho es detonar por radiocontrol una bolsa de

sangre que el doctor Marconi llevaba en el pecho. Él se encuentra bien, por cierto.

Langdon cerró los ojos sin dar crédito a todo lo que estaba oyendo.

—Y… ¿la habitación del hospital?

—Un escenario improvisado rápidamente —dijo—. Profesor, soy consciente de que todo esto resulta difícil de asimilar. Teníamos poco tiempo y usted estaba aturdido, así que no hacía falta que fuera perfecto. Cuando se ha despertado, ha visto lo que quería ver: el decorado de un hospital, unos pocos actores y un ataque coreografiado.

Langdon estaba absolutamente perplejo.

—Esto es a lo que se dedica mi empresa —dijo el comandante—. Somos muy buenos creando engaños.

—¿Y qué hay de Sienna? —preguntó Langdon, frotándose los ojos.

—Tuve que tomar una decisión, y finalmente opté por trabajar con ella. Mi prioridad era proteger a mi cliente de la doctora Sinskey y Sienna compartía ese deseo. Para ganarse su confianza, ella le ha salvado de la asesina y le ha ayudado a escapar por un callejón trasero. El taxi también era nuestro. Y en la ventanilla trasera del vehículo también había un detonador radiocontrolado que hemos hecho estallar para crear la ilusión de que les disparaban. El taxi les ha llevado entonces a un apartamento que habíamos preparado.

«El apartamento de Sienna», pensó Langdon, cayendo en la cuenta de por qué parecía haber sido decorado con muebles comprados en un mercadillo.

Todo había sido una farsa.

Incluso la llamada de la amiga de Sienna desde el hospital había sido mentira. «¡*Szienna*, soy Danikova!».

—El número de teléfono del consulado de Estados Unidos que le ha buscado Sienna —le explicó— era en realidad del *Mendacium*.

—¿O sea, que no me he puesto en contacto con el consulado?

—No, no lo ha hecho.

«Quédese donde está —le había dicho el falso empleado del consulado—. Alguien acudirá inmediatamente». Luego, Sienna ha hecho ver que ataba los cabos al divisar a Vayentha al otro lado de

la calle. «¡Robert, tu propio gobierno está intentando matarte! ¡No puedes involucrar a ninguna autoridad! ¡Tu única esperanza es averiguar lo que significa ese proyector!».

El comandante y su misteriosa organización —o lo que fuera— habían conseguido que Langdon dejara de trabajar para Sinskey y comenzara a trabajar para ellos. La farsa había funcionado.

«Sienna me ha engañado por completo» pensó, más triste que enfadado. A pesar del poco tiempo que habían pasado juntos, le había tomado cariño. Lo que más le contrariaba, sin embargo, era el hecho de que un alma tan brillante y afectuosa como la de Sienna estuviera entregada por completo a la demente causa de Zobrist.

«Puedo asegurarte que —le había dicho antes Sienna—, si no tiene lugar un cambio drástico, el fin de nuestra especie se acerca… Las matemáticas son indiscutibles».

—¿Y los artículos sobre Sienna? —preguntó Langdon al recordar el programa de la obra de Shakespeare y los recortes sobre su increíble coeficiente intelectual.

—Auténticos —respondió el hombre—. Los mejores engaños utilizan la mayor cantidad posible de elementos reales. No hemos tenido mucho tiempo para prepararlo todo y el computador de Sienna y sus papeles personales han sido prácticamente lo único con lo que hemos podido contar. No debería haberlos visto, a menos que dudara de Sienna.

—Ni debería haber utilizado su computador —dijo Langdon.

—Sí, ahí es donde hemos perdido el control. Sienna no esperaba que la unidad AVI apareciera en el apartamento, de modo que, cuando han llegado los soldados, ha sentido pánico y ha improvisado. Su decisión ha sido mantener la farsa y huir con usted. Más adelante, a medida que se han ido desarrollando los acontecimientos, no he tenido otra opción que desautorizar a Vayentha, pero ella ha violado el protocolo y ha seguido detrás de usted.

—Casi me mata —dijo Langdon, y le contó el enfrentamiento que había tenido lugar en el ático del Palazzo Vecchio, cuando Vayentha había alzado su arma y le había apuntado al pecho con la intención de dispararle a quemarropa. Afortunadamente, Sienna había intervenido y la había empujado por la baranda, arrojándola al vacío.

El comandante suspiró hondo y pensó en lo que Langdon acababa de contarle.

—Dudo que Vayentha intentara matarle, su pistola solo disparaba balas de fogueo. Su única posibilidad de redención pasaba por capturarle. Quizá ha pensado que si le disparaba con una bala de fogueo, podría hacerle comprender que no era una asesina y que todo se trataba de una farsa.

El hombre se quedó un momento callado y luego prosiguió:

—No me atrevo a decir si realmente Sienna quería matarla o solo impedir que le disparara. Estoy comenzando a pensar que no la conozco tan bien como pensaba.

«Yo tampoco», pensó Langdon, aunque al recordar la expresión de horror y remordimiento de Sienna tuvo la sensación de que lo que le había hecho a la agente del cabello en punta probablemente había sido por error.

Langdon se sintió desamparado y solo. Se volvió hacia la ventanilla para mirar el paisaje, pero lo único que encontró fue la pared del fuselaje.

«Tengo que salir de aquí».

—¿Se encuentra bien? —preguntó el comandante, mirando a Langdon con preocupación.

—No —respondió el profesor—. Para nada.

«Sobrevivirá —pensó el comandante—. Solo está intentando procesar su nueva realidad».

El profesor norteamericano se sentía como si un tornado lo hubiera levantado del suelo, zarandeándolo en el aire y depositándolo en un país extranjero, conmocionado y desorientado.

Los individuos a los que el Consorcio engañaba rara vez descubrían la verdad detrás de los acontecimientos falsos que habían presenciado y, si lo hacían, desde luego el comandante no estaba presente para ver las secuelas. Ese día, además de la culpa que sentía al ver de primera mano el desconcierto de Langdon, no podía evitar sentirse parcialmente responsable de la crisis actual, lo cual le causaba una gran turbación.

«Acepté al cliente equivocado: Bertrand Zobrist.

»Confié en la persona equivocada: Sienna Brooks».

El comandante se encontraba volando hacia el ojo de la tormenta; el epicentro de lo que podía ser una plaga mortal con el

poder de causar el caos en todo el mundo. Aunque él consiguiera salir con vida de todo eso, sospechaba que el Consorcio no quedaría indemne. Habría interminables investigaciones y acusaciones.

«¿Así es como termina todo para mí?».

83

«Necesito aire —pensó Langdon—. Una ventana, lo que sea».

Tenía la sensación de que el fuselaje sin ventanas se estrechaba a su alrededor. Por supuesto, la extraña historia de lo que en verdad le había pasado no ayudaba. Las preguntas sin respuesta se agolpaban en su cerebro… La mayoría eran sobre Sienna.

Curiosamente, la echaba de menos.

«Estaba actuando —recordó—, utilizándome».

Sin decir palabra, Langdon dejó solo al comandante y se dirigió a la parte delantera del avión. La cabina estaba abierta y la luz natural que entraba por la puerta le atrajo como un faro. De pie sin que lo vieran los pilotos, Langdon dejó que la luz del sol le iluminara el rostro. El espacio abierto que tenía delante era como un manjar de los dioses. El cielo azul parecía tan pacífico, tan eterno.

«Nada es permanente», se recordó a sí mismo, intentando asimilar todavía la catástrofe que podía tener lugar.

—¿Profesor? —dijo una voz a su espalda.

Langdon se volvió y retrocedió, asustado. Ante él estaba el doctor Ferris. La última vez que le había visto estaba tirado en el suelo de la basílica de San Marcos, retorciéndose de dolor y sin poder respirar. Sin embargo, lo tenía delante, apoyado en la mampara, con una gorra de béisbol en la cabeza y la cara cubierta de una pastosa loción rosada de calamina. Llevaba el pecho y el torso vendados, y respiraba con cierta dificultad. Si Ferris tenía la plaga, no parecía que nadie estuviera muy preocupado de que fuera a propagarla.

—Estás… ¿vivo? —dijo Langdon, mirando fijamente al hombre.

Ferris asintió.

—Más o menos —se le veía cansado, pero su comportamiento había cambiado radicalmente. Ahora parecía mucho más relajado.

—Pero, yo pensaba… —Langdon se quedó callado—. En realidad, ya no sé qué pensar.

Ferris sonrió con expresión empática.

—Hoy has oído muchas mentiras y quería venir a pedirte perdón por la parte que me toca. Como ya debes haber imaginado, no trabajo para la OMS y no te recluté en Cambridge.

Langdon asintió, demasiado cansado a esas alturas para que algo le sorprendiera.

—Trabajas para el comandante.

—Así es. Me ha enviado para ofrecerles apoyo a ti y a Sienna y ayudarles a escapar de la unidad AVI.

—Entonces imagino que has hecho muy bien tu trabajo —dijo Langdon, recordando su aparición en el baptisterio. Le había convencido de que era un empleado de la OMS y luego les había facilitado el transporte necesario para escapar del equipo de Sinskey —. Obviamente, no eres médico.

El hombre negó con la cabeza.

—No, pero hoy he representado ese papel. Mi trabajo ha consistido en ayudar a Sienna a mantenerte engañado para que pudieras averiguar adónde llevaba el proyector. El comandante estaba decidido a encontrar la creación de Zobrist y a protegerla de la doctora Sinskey.

—¿No teníais ni idea de que era una plaga? —preguntó Langdon, todavía extrañado por el raro sarpullido y la hemorragia interna que había sufrido Ferris.

—¡Claro que no! Cuando has mencionado lo de la plaga, he creído que se trataba de una historia que Sienna te había contado para que estuvieras motivado y le he seguido el juego. He conseguido que subiéramos todos a un tren en dirección a Venecia… y, entonces, todo ha cambiado.

—¿Y eso?

—El comandante ha visto el extraño video de Zobrist.

—Y se ha dado cuenta de que estaba loco.

—Exacto. De repente ha comprendido en qué estaba implicado realmente el Consorcio y se ha horrorizado. Acto seguido, ha intentado hablar con la persona que conocía mejor a Zobrist, FS-2080, para ver si sabía qué había hecho.

—¿FS-2080?

—Lo siento, Sienna Brooks. Ese era el nombre en código que eligió para esta operación. Al parecer es una cosa transhumanista. Y el comandante solo podía ponerse en contacto con ella a través de mí.

—La llamada de teléfono del tren —dijo Langdon—. Tu «madre enferma».

—Bueno, obviamente no podía responder la llamada delante de ti. Cuando me ha contado lo del video, me he asustado muchísimo. Él esperaba que Zobrist también hubiera engañado a Sienna, pero cuando le he dicho que tú y ella habían estado hablando de plagas y que no parecíais tener intención de abortar la misión, se ha dado cuenta de que ella y Zobrist estaban juntos en esto. Sienna ha pasado entonces a ser un adversario. El comandante me ha pedido que le mantuviera informado de nuestra posición en Venecia. Y me ha dicho que enviaría un equipo para detenerla. El agente Brüder casi la atrapa en la basílica de San Marcos, pero ha conseguido escapar.

Langdon se quedó mirando inexpresivamente el suelo. Todavía podía ver los bonitos ojos marrones de Sienna mirándolo antes de huir.

«Lo siento mucho, Robert. Por todo».

—Es una mujer dura —dijo el hombre—. No has visto cómo me ha atacado en la basílica.

—¿Te ha atacado?

—Sí, cuando han entrado los soldados. Yo iba a gritar para revelar la posición de Sienna, pero ella debe de haberlo visto venir y me ha golpeado en el pecho con la base de la mano.

—¡¿Qué?!

—Una especie de golpe de artes marciales, supongo. Como ahí ya tenía una herida, el dolor ha sido atroz. He tardado cinco minutos en recobrar el aliento. Y Sienna te ha arrastrado al balcón antes de que algún testigo pudiera revelar lo que había pasado.

Langdon recordó a la anciana italiana que había gritado a Sienna —«*L'hai colpito al petto!*»— mientras hacía el gesto de llevarse el puño enérgicamente al pecho.

«¡No puedo! —le había respondido Sienna—. ¡La reanimación cardiopulmonar lo mataría! ¡Mire su pecho!».

Al recordarlo, Langdon se dio cuenta de lo rápido que le

funcionaba la mente a Sienna. Había traducido mal lo que había dicho la italiana. «*L'hai colpito al petto*» no era una sugerencia para que le hiciera compresiones toráxicas, sino una acusación enfurecida: «¡Le has golpeado en el pecho!».

Con todo el caos del momento, Langdon ni siquiera se había dado cuenta.

Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro de Ferris.

—Como quizá ya sabes, Sienna Brooks es muy lista.

Langdon asintió. «Algo he oído».

—Luego, los hombres de Sinskey me han llevado de vuelta al *Mendacium* y me han vendado. El comandante me ha pedido que viniera y me uniera al equipo porque, aparte de ti, soy la única persona que ha estado hoy con Sienna.

Langdon volvió a asentir, distraído por el sarpullido del hombre.

—¿Y tu cara? —preguntó Langdon—. ¿Y el moretón del pecho? No es…

—¿La plaga? —Ferris se rio y negó con la cabeza—. No estoy seguro de si ya te lo han contado, pero en realidad hoy he interpretado a dos médicos.

—¿Cómo dices?

—Cuando he aparecido en el baptisterio has dicho que mi aspecto te resultaba familiar.

—Así es. Vagamente. Tus ojos, creo. Me has dicho que se debía a que eras la persona que me había reclutado en Cambridge… —Langdon se quedó un momento callado—, lo cual ahora sé que no es cierto, de modo que…

—Mi aspecto te parecía familiar porque ya nos habíamos visto. Pero no en Cambridge. —El hombre se quedó un momento callado para ver si Langdon le reconocía. Luego prosiguió—: En realidad, he sido la primera persona que has visto cuando te has despertado esta mañana en el hospital.

Langdon recordó la sórdida habitación. Estaba aturdido y no veía bien, pero estaba seguro de que la primera persona a la que había visto era un pálido médico mayor que Ferris, con las cejas pobladas y una hirsuta barba gris, y que solo hablaba italiano.

—No —dijo Langdon—. El doctor Marconi ha sido la primera persona que he visto cuando…

—*Scusi profesore* —el hombre le interrumpió con un impecable

acento italiano—. *Ma non si ricorda di me?* —se inclinó un poco como alguien mayor, se alisó unas imaginarias cejas pobladas y se acarició una inexistente barba canosa—. *Sono il dottor Marconi.*

Langdon se quedó boquiabierto.

—Tú eras… ¿el doctor Marconi?

—Por eso mis ojos te resultaban familiares. Yo nunca había llevado barba y cejas falsas y no he descubierto hasta que ha sido demasiado tarde que soy extremadamente alérgico al adhesivo de látex que he usado para pegármelas. La reacción alérgica me ha dejado la piel en carne viva. Estoy seguro de que te has asustado cuando me has visto, teniendo en cuenta que estabais en alerta por una posible plaga.

Langdon recordó que el doctor Marconi se había rascado la barba antes de que el ataque de Vayentha le dejara tumbado en el suelo del hospital con el pecho ensangrentado.

—Encima —dijo el hombre, señalando el vendaje del pecho—, el detonador que llevaba se ha movido cuando la operación ya estaba en marcha. No he podido volver a colocarlo bien a tiempo y cuando ha estallado me ha roto una costilla y me ha provocado un hematoma. He estado respirando mal durante todo el día.

«Y yo pensaba que tenías la plaga».

El hombre respiró hondo e hizo una mueca de dolor.

—De hecho, creo que debería ir a descansar otra vez —cuando ya se marchaba, señaló a alguien que se acercaba por el pasillo—. De todos modos, parece que tienes compañía.

Langdon se volvió y vio que se acercaba la doctora Sinskey. Su largo cabello plateado ondeaba a su espalda.

—¡Por fin le encuentro, profesor!

La directora de la OMS parecía exhausta y, sin embargo, Langdon detectó un destello de esperanza en sus ojos. «Ha encontrado algo».

—Siento haberle dejado —dijo al llegar a su lado—. Hemos estado coordinando la operación e investigando un poco. —Señaló la puerta abierta de la cabina—. ¿Disfrutando de la luz del sol?

Langdon se encogió de hombros.

—Su avión necesita ventanillas.

Ella sonrió compasivamente.

—Hablando de luz, espero que el comandante le haya aclarado

algunos acontecimientos recientes.

—Sí, aunque no me ha hecho especial ilusión averiguarlo.

—Ni a mí —ella se mostró de acuerdo y luego miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos—. Créame —susurró— habrá serias consecuencias tanto para él como para su organización. Me encargaré personalmente de ello. De momento, sin embargo, debemos concentrarnos en encontrar la bolsa antes de que se disuelva y el agente infeccioso se propague.

«O antes de que Sienna llegue y provoque su disolución».

—Tengo que hablar con usted sobre el edificio en el que se encuentra la tumba de Dandolo.

Langdon había estado pensando en la espectacular estructura desde que había descubierto que era su destino. El *mouseion* de santa sabiduría.

—Acabo de descubrir algo alentador —dijo Sinskey—. Hemos hablado por teléfono con un historiador local. No tenía ni idea de por qué estábamos interesados por la tumba de Dandolo, claro, pero le he preguntado si tenía alguna idea de lo que había debajo de la tumba y a ver si adivina qué me ha dicho… —La doctora Sinskey sonrió—: Agua.

Langdon se quedó sorprendido.

—¿De verdad?

—Sí. Al parecer, los pisos inferiores están inundados. A lo largo de los siglos, el nivel del agua bajo el edificio ha ido subiendo y ha anegado al menos dos pisos. El historiador me ha dicho que ahí abajo seguro que hay todo tipo de bolsas de aire y espacios parcialmente sumergidos.

«Dios mío». Langdon pensó en el video de Zobrist y la extraña caverna en cuyas paredes musgosas había visto la leve sombra vertical de unas columnas.

—Es una sala sumergida.

—Exacto.

—Pero entonces… ¿Cómo llegó Zobrist a ella?

Los ojos de Sinskey emitieron un destello.

—Eso es lo más sorprendente. No se va a creer lo que acabo de descubrir.

En aquel momento, a menos de un kilómetro de la costa de Venecia, en la alargada isla conocida como Lido, una reluciente Cessna

Citation Mustang se elevó de la pista del aeropuerto Nicelli y comenzó a surcar el cielo crepuscular.

El propietario del avión, el prominente diseñador de vestuario Giorgio Venci, no iba a bordo, pero había ordenado a sus pilotos que llevaran a su atractiva pasajera donde ella les dijera.

84

La noche había caído sobre la antigua capital bizantina.

A lo largo de la orilla del mar de Mármara, las luces comenzaban a encenderse e iluminaban un perfil de relucientes mezquitas y esbeltos minaretes. Era la hora del *akSam*, y por los altavoces de toda la ciudad resonaban los hipnóticos cantos de la *adhān*, la llamada a la oración.

La-ilaha-illa-Allah.

«No hay más dios que Alá».

Mientras los fieles se apresuraban a llegar a las mezquitas, el resto de la ciudad seguía su curso con normalidad; los revoltosos estudiantes universitarios bebían cerveza, los empresarios cerraban negocios, los vendedores callejeros pregonaban especias y alfombras y los turistas lo contemplaban todo con ojos maravillados.

Se trataba de un mundo dividido, una ciudad de fuerzas opuestas: religiosas y seculares; antiguas y modernas; orientales y occidentales. Situada en la frontera geográfica entre Europa y Asia, esta atemporal ciudad era literalmente el puente entre el Viejo Mundo… y un mundo todavía más antiguo.

«Estambul».

Si bien ya no era la capital de Turquía, durante siglos había sido el epicentro de tres imperios distintos: el bizantino, el romano y el otomano. Por esa razón, Estambul era con toda seguridad uno de los lugares más diversos del mundo. Del palacio de Topkapi a la Mezquita Azul, pasando por la Fortaleza de Yedikule, la ciudad era escenario de incontables leyendas folclóricas de batallas, gloria y derrotas.

Esa noche, por encima del bullicio de la ciudad, un avión de transporte C-130 comenzó a descender hacia el aeropuerto Atatürk a través de una incipiente tormenta. Desde el asiento plegable que

había detrás de los pilotos, Robert Langdon miró por la ventanilla, aliviado por el hecho de que le hubieran ofrecido un asiento con ventanas.

Se sentía un poco mejor después de haber comido algo y de haber disfrutado de casi una hora de necesario descanso echando una cabezada en la parte trasera del avión.

En ese momento, a su derecha podía ver las luces de Estambul. Una reluciente península en forma de cuerno que se internaba en la negrura del mar de Mármara. Era el lado europeo, separado de su hermana asiática por una sinuosa cinta oscura.

«El estrecho del Bósforo».

A simple vista, el Bósforo parecía un amplio corte que dividía Estambul en dos. Langdon sabía, sin embargo, que el canal era el alma del comercio de la ciudad. Además de proporcionarle dos costas en vez de una, permitía el paso de barcos del Mediterráneo al mar Negro, lo cual convertía Estambul en una estación de paso entre dos mundos.

Mientras el avión descendía, la mirada de Langdon examinaba la lejana ciudad, intentando divisar el enorme edificio por el que habían venido a la ciudad.

«El lugar donde se encuentra la tumba de Enrico Dandolo».

Enrico Dandolo —el *dux* traicionero— no había sido enterrado en Venecia, sino en el corazón de la fortaleza que había conquistado en 1202, la extensa ciudad que Langdon observaba desde las alturas. Sus restos descansaban en el altar más espectacular que la ciudad capturada podía ofrecer; un edificio que hasta la fecha seguía siendo la joya de la corona de la región.

Santa Sofía.

Construida originalmente en el año 360 d. C., Santa Sofía había sido una catedral ortodoxa hasta 1204, año en el que Enrico Dandolo conquistó la ciudad en la Cuarta Cruzada y la convirtió en una iglesia católica. Más adelante, en el siglo XV, Fatih Sultan Mehmed conquistó Constantinopla y la reconvirtió en una mezquita. Siguió siendo una casa de oración islámica hasta que, en 1935, el edificio fue secularizado y convertido en museo.

«Un *mouseion* dorado de santa sabiduría», pensó Langdon.

Santa Sofía no solo estaba adornada con más azulejos dorados que la basílica de San Marcos, sino que su nombre significaba

literalmente «santa sabiduría».

Langdon visualizó el colosal edificio y recordó que, en algún lugar de sus profundidades, una oscura laguna contenía una bolsa ondulante que permanecía bajo el agua, suspendida, disolviéndose lentamente hasta liberar su contenido.

Langdon rezó para que no fuera demasiado tarde.

—Los pisos inferiores del edificio están inundados —había anunciado un rato antes Sinskey, indicándole a Langdon que la siguiera a su zona de trabajo—. No se va a creer lo que acabamos de descubrir. ¿Ha oído hablar alguna vez de un director de documentales llamado Göksel Gülensoy?

Langdon negó con la cabeza.

—Mientras estaba documentándome sobre Santa Sofía —le explicó Sinskey—, he descubierto que hace unos años Gülensoy hizo un documental sobre el edificio.

—Se han hecho docenas de películas sobre Santa Sofía.

—Sí —dijo ella, mientras llegaban a su zona de trabajo—, pero no como esta —le dio la vuelta a su ordenador portátil para que pudiera verlo—. Lea.

Langdon se sentó y echó un vistazo al artículo (una mezcla de varias fuentes de noticias, entre las cuales estaba el *Hürriyet Daily News*). En él se comentaba la nueva película de Gülensoy: *En las profundidades de Santa Sofía*.

En cuanto comenzó a leerlo, Langdon se dio cuenta de por qué Sinskey estaba tan animada. Solo las dos primeras palabras le hicieron levantar la mirada, sorprendido. «¿Submarinismo?».

—Efectivamente —dijo ella—. Siga leyendo.

La mirada de Langdon volvió a posarse en el artículo:

> SUBMARINISMO POR DEBAJO DE SANTA SOFÍA: El director de documentales Göksel Gülensoy y su equipo de submarinismo han localizado remotas estancias inundadas decenas de metros por debajo de la estructura religiosa más visitada de Estambul.
>
> Durante el proceso, han descubierto numerosas maravillas arquitectónicas, entre las cuales se encuentran las tumbas sumergidas de niños martirizados hace 800 años, así como túneles que conectan Santa Sofía con el palacio de Topkapi, el palacio de Tekfur y las supuestas extensiones subterráneas de las mazmorras

> de Anemas.
>
> «Creo que lo que hay debajo de Santa Sofía es mucho más excitante que lo que hay en la superficie», dijo Gülensoy al explicar cómo se animó a hacer la película tras ver una antigua fotografía de unos investigadores examinando los cimientos del edificio en un bote, remando por una enorme sala parcialmente sumergida.

—¡Está claro que ha dado usted con el edificio correcto! —exclamó Sinskey—. Y parece que debajo hay grandes espacios navegables, muchos de los cuales son accesibles sin equipo de submarinismo… Esto explicaría lo que vemos en el video de Zobrist.

El agente Brüder se encontraba detrás de ellos, examinando la pantalla del ordenador portátil.

—También parece que los canales que hay debajo del edificio están conectados con diversas zonas de la superficie. Si esa bolsa de Solublon se disuelve antes de que lleguemos, no habrá forma de evitar que su contenido se propague.

—El contenido… —aventuró Langdon—. ¿Tiene alguna idea de lo que es? Quiero decir… con exactitud. Sé que se trata de un patógeno, pero…

—Hemos estado analizando el video de Zobrist —dijo Brüder—, y sus imágenes sugieren que no es un elemento químico, sino biológico, es decir, algo vivo. Teniendo en cuenta la pequeña cantidad que hay en la bolsa, suponemos que es altamente contaminante y que tiene la capacidad de reproducirse. No estamos seguros de si es un agente infeccioso que se transmite por el agua, como una bacteria o si puede propagarse por el aire como un virus, pero ambas cosas son posibles.

—Ahora estamos recogiendo información sobre las temperaturas de las capas freáticas de la zona para intentar evaluar qué tipo de sustancias contagiosas podrían desarrollarse en esas aguas subterráneas. En cualquier caso, Zobrist tenía un talento excepcional y podría haber creado algo con capacidades únicas. Y me veo obligada a sospechar que hay alguna razón por la que escogió esta localización —dijo Sinskey.

Brüder asintió con resignación y les ofreció su evaluación del inusual mecanismo de dispersión —la bolsa de Solublon sumergida

—, cuya sencilla brillantez estaban comenzando a comprender. Al suspender la bolsa bajo unas aguas subterráneas, Zobrist había creado un entorno de incubación excepcionalmente estable: temperatura constante, sin radiación solar, amortiguación cinética y total privacidad. Tras escoger una bolsa con la durabilidad deseada, Zobrist podía dejar el agente infeccioso desatendido hasta su autoliberación en una fecha determinada.

«Aunque no regresara al lugar».

La repentina sacudida del avión al aterrizar hizo que Langdon regresara a su asiento plegable de la cabina. Al poco, los pilotos ralentizaron la marcha y condujeron la nave hasta un remoto hangar.

Langdon esperaba que los recibiera un ejército de empleados de la OMS con trajes de protección contra materiales peligrosos. La única persona que les estaba esperando, sin embargo, era el conductor de una gran furgoneta blanca con el emblema de una brillante cruz.

«¿La Cruz Roja está aquí?», Langdon volvió a mirar por la ventanilla y cayó en la cuenta de que en realidad se trataba de otra entidad que utilizaba el mismo estilo de cruz. «La embajada Suiza».

Rápidamente, se desabrochó el cinturón y fue junto a Sinskey y los demás, que ya estaban preparándose para bajar del avión.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó—. ¿El equipo de la OMS? ¿Las autoridades turcas? ¿Están ya todos en Santa Sofía?

Sinskey miró a Langdon con cierta incomodidad.

—En realidad —explicó—, hemos decidido no alertar a las autoridades locales. Ya contamos con la mejor unidad AVI del ECDC y, de momento, es preferible mantener esta operación en secreto y evitar una posible ola de pánico.

A su lado, Langdon vio que Brüder y su equipo metían en grandes bolsas todo tipo de material de protección contra materiales peligrosos: trajes, mascarillas y equipos de detección electrónica.

Brüder se cargó la bolsa en el hombro y se acercó a él.

—Estamos listos. Entraremos en el edificio, localizaremos la tumba de Dandolo, seguiremos el sonido del agua tal y como sugiere el poema y luego mi equipo y yo evaluaremos de nuevo la situación y decidiremos si llamar o no a otras autoridades.

Langdon ya le había encontrado un problema a ese plan.

—Santa Sofía cierra a la puesta del sol, de modo que sin las autoridades locales ni siquiera podremos entrar.

—Ya lo he solucionado —dijo Sinskey—. Conozco a alguien en la embajada suiza que se ha puesto en contacto con el conservador del Museo Santa Sofía y le ha pedido una visita privada para un VIP. El conservador ha accedido.

Langdon casi estalla en carcajadas.

—¿Una visita VIP para la directora de la Organización Mundial de la Salud? ¿Y un ejército de soldados con bolsas llenas de equipamiento contra materiales peligrosos? ¿No cree que llamaremos la atención?

—La unidad AVI permanecerá en el coche mientras Brüder, usted y yo evaluamos la situación —dijo Sinskey—. Por cierto, el VIP es usted, no yo.

—¡¿Cómo dice?!

—Le hemos dicho al museo que un famoso profesor norteamericano estaba a punto de llegar en avión con un equipo de investigación para escribir un artículo sobre los símbolos de Santa Sofía, pero que su vuelo se había retrasado cinco horas y llegaría cuando el edificio ya hubiera cerrado. Como el profesor y su equipo se iban mañana por la mañana, les hemos pedido…

—OK —dijo Langdon—. Ya lo entiendo.

—Nos recibirá un empleado del museo. Al parecer, es un gran seguidor de sus textos sobre arte islámico —Sinskey sonrió, intentando mostrarse optimista—. Nos han asegurado que tendrá acceso a todos los rincones del edificio.

—Y, lo que es más importante —declaró Brüder—, dispondremos del lugar solo para nosotros.

85

Robert Langdon iba mirando distraídamente por la ventanilla de la furgoneta mientras esta recorría a toda velocidad la carretera que conectaba el aeropuerto Atatürk con el centro de Estambul. Los funcionarios suizos se las habían arreglado para agilizarles los trámites aduaneros y Langdon, Sinskey y los demás se habían puesto en marcha en cuestión de minutos.

Sinskey había ordenado al comandante y a Ferris que permanecieran a bordo del C-130 con varios miembros de la OMS y que siguieran intentando averiguar el paradero de Sienna Brooks.

Si bien nadie creía que pudiera llegar a Estambul a tiempo, temían que llamara a algún discípulo de Zobrist en Turquía y le pidiera ayuda para llevar a cabo su plan antes de que el equipo de Sinskey lo impidiera.

«¿De verdad sería capaz Sienna de cometer un asesinato en masa?». A Langdon todavía le costaba asimilar todo lo que había pasado ese día pero, por más que le doliera, no tenía más remedio que aceptar la verdad. «Nunca has llegado a conocerla. Te ha engañado».

Había comenzado a caer una ligera lluvia en la ciudad y, mientras escuchaba el repetitivo movimiento del limpiaparabrisas, Langdon sintió que le invadía un repentino cansancio. A su derecha, en el mar de Mármara, podía ver las luces de los yates de lujo y de los enormes buques cisterna que iban y venían del puerto. Por todo el litoral, esbeltos y elegantes minaretes iluminados se alzaban por encima de las cúpulas de las mezquitas, silenciosos recordatorios de que, a pesar de que Estambul era una ciudad moderna y secular, en su esencia siempre se había encontrado la religión.

A Langdon, este tramo de quince kilómetros siempre le había parecido uno de los más bonitos de Europa. La carretera, un perfecto ejemplo del choque entre lo viejo y lo nuevo que ofrecía

Estambul, seguía parte de la muralla de Constantino, construida más de dieciséis siglos antes del nacimiento del hombre que daba nombre a esa avenida: John F. Kennedy. El presidente estadounidense había sido un gran admirador del sueño de Kemal Atatürk: una república turca alzándose sobre las cenizas de un imperio caído.

Con unas incomparables vistas al mar, la avenida Kennedy serpenteaba a través de espectaculares bosques y parques históricos, pasaba por el puerto en Yenikapi y, después, se abría paso entre los límites de la ciudad y el estrecho del Bósforo, desde donde continuaba al norte por el Cuerno de Oro. Ahí, elevándose por encima de la ciudad con una estratégica vista del estrecho, se alzaba la fortaleza otomana del palacio de Topkapi. Ese palacio era uno de los lugares favoritos de los turistas, que lo visitaban para admirar tanto las vistas como su increíble colección de tesoros otomanos, además de una capa y una espada que supuestamente habían pertenecido al mismísimo profeta Mahoma.

«No llegaremos tan lejos» sabía Langdon. Pensó entonces en su destino, Santa Sofía, que se alzaba en el centro de la ciudad, a escasa distancia de donde estaban ahora.

Al dejar atrás la avenida Kennedy y comenzar a recorrer la abarrotada ciudad, Langdon contempló la cantidad de gente que había en las calles y las aceras, y recordó las conversaciones que había tenido ese día.

Superpoblación.

La plaga.

Las retorcidas aspiraciones de Zobrist.

Aunque siempre había tenido claro adónde se dirigía la misión de la unidad AVI, hasta ese momento no lo procesó del todo. «Nos dirigimos a la zona cero». Pensó en la bolsa de plástico disolviéndose lentamente y se preguntó cómo se las había arreglado para encontrarse en esa situación.

El extraño poema que él y Sienna habían descubierto en el dorso de la máscara mortuoria de Dante les había traído hasta allí, a Estambul. Langdon estaba conduciendo a la unidad AVI a Santa Sofía. Y sabía que cuando llegaran todavía habría mucho por hacer.

Arrodillaos en el mouseion dorado de santa sabiduría

y pegad la oreja al suelo,
para oír el rumor del agua.
Adentraos en el palacio sumergido…
pues aquí, en la oscuridad, el monstruo ctónico aguarda
en las aguas teñidas de rojo sangre…
de la laguna que no refleja las estrellas

A Langdon volvió a inquietarle el hecho de que el canto final del *Inferno* de Dante terminara con una escena prácticamente idéntica: después de un largo descenso al inframundo, Dante y Virgilio llegan al punto más bajo del infierno. En busca de una salida, siguen el rumor del agua de un riachuelo que desciende por una sima cercana y, tras cruzar una abertura consiguen salir.

Dante escribió: «Hay allá abajo una cavidad que no puede reconocerse por la vista, sino por el rumor de un arroyuelo que desciende por el cauce de un peñasco. Mi guía y yo entramos en aquel camino oculto para volver al camino luminoso».

Estaba claro que Zobrist se había inspirado en la escena de Dante, pero parecía haberle dado la vuelta a la situación. Langdon y los demás tendrían que seguir el rumor del agua, pero a diferencia de la escena de la *Divina Comedia*, no les conduciría fuera del infierno… sino directamente a él.

A medida que la furgoneta se internaba por calles aún más estrechas y barrios más densamente poblados, Langdon comenzó a ser consciente de la perversa lógica que había conducido a Zobrist a escoger el centro de Estambul como el epicentro de una pandemia.

«El punto de encuentro entre Oriente y Occidente.

»La encrucijada del mundo».

A lo largo de la historia, Estambul había sucumbido a diversas plagas mortales que habían diezmado su población. De hecho, durante la fase final de la Peste Negra, la ciudad fue considerada el «centro de la plaga» de todo el imperio, y se dice que la enfermedad mataba todos los días a más de diez mil de sus residentes. Varios cuadros otomanos famosos mostraban a ciudadanos cavando fosas desesperadamente en los campos de Taksim para enterrar pilas de cadáveres.

Langdon esperaba que Karl Marx estuviera equivocado cuando dijo que «la historia se repite a sí misma».

Por las calles lluviosas, la gente, ajena a la situación, seguía con sus asuntos como si nada. Una hermosa turca avisaba a sus hijos que la cena estaba lista; dos ancianos compartían una bebida en una terraza; una pareja elegantemente vestida caminaba de la mano bajo un paraguas; un hombre con esmoquin bajaba de un autobús y, protegiendo el estuche del violín bajo su saco, apretaba a correr como si llegara tarde a un concierto.

Langdon examinaba los rostros que veía e intentaba imaginar las vicisitudes de la vida de cada persona.

«Las masas están hechas de individuos».

Apartó la mirada de la ventanilla y cerró los ojos para intentar escapar del siniestro giro que habían tomado sus pensamientos. El daño, sin embargo, ya estaba hecho.

En la oscuridad de su mente se materializó una imagen: el desolador paisaje de *El triunfo de la muerte*, de Brueghel, el terrorífico panorama de una ciudad asolada por la peste, el sufrimiento y la tortura.

La furgoneta tomó la avenida Torun y, por un momento, Langdon creyó que habían llegado a su destino. A su izquierda, alzándose entre la niebla, apareció una gran mezquita.

Pero no era Santa Sofía.

«La Mezquita Azul», advirtió rápidamente al ver sus seis esbeltos minaretes en forma de lápiz, cada uno de los cuales contaba con múltiples balcones *şerefe* y estaba coronado por una afilada aguja. Langdon había leído una vez que el exotismo de cuento de hadas de los minaretes con balcones de la Mezquita Azul había sido la inspiración del icónico castillo de Cenicienta en Disneylandia. La construcción debía su nombre al deslumbrante mar de mosaicos azules que adornaba sus paredes interiores.

«Ya estamos llegando», pensó Langdon cuando la furgoneta tomó la avenida Kabasakal y pasó junto a la extensa plaza de Sultanahmet, situada a medio camino entre la Mezquita Azul y Santa Sofía, famosa por sus vistas de ambas.

Langdon aguzó la mirada y buscó el perfil de Santa Sofía en el horizonte, pero la lluvia y los faros de los coches dificultaban la visibilidad. Por si eso no fuera suficiente, el tráfico de la avenida

parecía haberse detenido.

Langdon no podía ver más que una hilera de resplandecientes luces rojas.

—Hay un concierto, creo —anunció el conductor—. Será más rápido ir a pie.

—¿Está lejos? —preguntó Sinskey.

—No. Al otro lado de este parque que hay aquí delante. Tres minutos. Es muy seguro.

Sinskey le hizo una señal con la cabeza a Brüder, y luego se volvió hacia la unidad AVI.

—Quedaos en la furgoneta y acercaos todo lo que podáis al edificio. El agente Brüder se pondrá en contacto muy pronto.

Tras lo cual ella, Brüder y Langdon bajaron de la furgoneta y se dirigieron hacia el parque.

El grupo comenzó a recorrer los arbolados senderos del parque Sultanahmet. El dosel de grandes hojas de los árboles ofrecía cierto refugio frente a la lluvia, que parecía ir a peor. Los caminos estaban plagados de señalizaciones que indicaban a los visitantes la localización de diversos monumentos del parque: un obelisco egipcio procedente de Luxor, la Columna de las Serpientes procedente del templo de Apolo en Delphi y el Milion, que antaño servía de «punto cero» de todas las distancias del Imperio bizantino.

Finalmente, llegaron a la orilla de la piscina circular que se encontraba en el centro del parque. Al llegar a la abertura, Langdon levantó la mirada al este.

«Santa Sofía».

Más que un edificio, parecía una montaña.

Su colosal silueta resplandecía bajo la lluvia. Era como una ciudad en sí misma: su cúpula central —increíblemente amplia y con estrías de color gris plateado— parecía descansar sobre un conglomerado de cúpulas que se apilaban a su alrededor. Cuatro altos minaretes —cada uno de los cuales tenía un único balcón y una aguja gris plateada— se alzaban en las esquinas del edificio, tan lejos de la cúpula central que uno apenas podía determinar si formaban parte de una misma estructura o no.

Sinskey y Brüder, que hasta entonces habían mantenido un paso constante, se detuvieron de golpe y levantaron la mirada al tiempo que se esforzaban en asimilar la altura y amplitud del edificio que

se alzaba ante ellos.

—¡Dios mío! —exclamó débilmente Brüder, sin dar crédito a lo que veía—. ¿Vamos a buscar algo ahí dentro?

86

«Soy su prisionero», pensó el comandante mientras iba de un lado a otro del avión de transporte C-130. Había accedido a ir a Estambul para ayudar a Sinskey a hacer frente a esa situación antes de que estuviera completamente fuera de control.

Había esperado que cooperar con ella ayudara a atenuar las consecuencias penales que pudiera sufrir por su implicación involuntaria en esa crisis. «Pero ahora me tienen retenido».

En cuanto el avión había estacionado en el hangar gubernamental del aeropuerto Atatürk, Sinskey y su equipo habían descendido y la directora de la OMS le había ordenado a él y a los pocos miembros del Consorcio que habían venido con él que permanecieran a bordo.

El comandante había intentado salir a tomar aire fresco, pero se lo habían impedido unos pilotos de rostro imperturbable. Le habían recordado que la doctora había pedido que todo el mundo permaneciera en el avión.

«No es buena señal», pensó, sentándose. Comenzaba a ser consciente de lo incierto de su futuro.

Desde hacía mucho tiempo, estaba acostumbrado a ser el maestro de marionetas, la fuerza que tiraba de los hilos y, sin embargo, le habían arrebatado todo el poder.

«Zobrist, Sienna, Sinskey».

Todos le habían desafiado y manipulado.

Ahora, atrapado en la extraña celda sin ventanas del avión de la OMS, comenzaba a preguntarse si no se le habría acabado la suerte y si su situación actual no se debería a algún tipo de retribución kármica por toda una vida dedicada a la improbidad.

«La mentira es mi medio de vida. Soy un proveedor de desinformación».

Si bien él no era la única persona del mundo que se dedicaba a

vender mentiras, sí se había establecido como el mayor pez del estanque. Los demás peces, más pequeños, le parecían incluso de otra raza y le molestaba que le relacionaran con ellos.

Accesibles a través de internet, negocios como Alibi Company y Alibi Network ganaban fortunas en todo el mundo proporcionando a parejas infieles formas de engañar y no ser descubiertos. Esas empresas prometían «detener el tiempo» momentáneamente para que sus clientes pudieran escaparse de maridos, esposas o hijos. Creaban farsas como convenciones de negocios, citas con el médico e incluso bodas falsas. Esos eventos incluían invitaciones, folletos, billetes de avión, formularios de confirmación de hoteles e incluso números de contacto especiales que en realidad sonaban en centralitas de Alibi Company, donde profesionales especializados se hacían pasar por recepcionistas o lo que requiriera el engaño.

Él, sin embargo, nunca había perdido el tiempo con artificios intrascendentes. Se encargaba únicamente de engaños a gran escala. Sus servicios solo estaban a disposición de aquellos que podían permitirse pagar millones de dólares.

Gobiernos.

Grandes empresas.

Y, ocasionalmente, algún VIP multimillonario.

Para conseguir sus objetivos, esos clientes tenían a su disposición todos los activos, personal, experiencia y creatividad del Consorcio. Y, por encima de todo, la seguridad de que cualquiera que fuera la farsa que se construyera para apoyar su engaño, jamás nadie podría vincularles a la misma.

Bien fuera para sostener un mercado de valores, justificar una guerra, ganar las elecciones o conseguir que un terrorista saliera de su escondite, los líderes mundiales recurrían a planes de desinformación masiva para modelar la percepción pública.

Siempre había sido así.

En la década de 1960, los soviéticos establecieron una falsa red de espías que estuvo suministrando de forma deliberada información errónea a los británicos durante años. En 1947, el ejército de Estados Unidos ideó una elaborada farsa sobre unos OVNI para alejar la atención del accidente aéreo que había tenido un avión secreto en Roswell, Nuevo México. Y, más recientemente, habían hecho creer al mundo entero que en Irak había armas de

destrucción masiva.

Durante casi tres décadas, el comandante había ayudado a diversas personas a proteger, retener e incrementar su poder. Aunque era extremadamente cuidadoso con los trabajos que aceptaba, siempre había temido que llegaría un día en el que accedería a realizar el encargo equivocado.

«Y ese día ha llegado».

Él creía que siempre se podía determinar el origen de toda gran caída: un encuentro al azar, una mala decisión, una mirada indiscreta.

En ese caso, el momento tuvo lugar hacía casi doce años, cuando decidió contratar a una joven estudiante de medicina que quería ganar algo de dinero extra. El agudo intelecto de la mujer, sus increíbles dotes lingüísticas y su capacidad de improvisación la convertían en una persona idónea para el Consorcio.

«Sienna Brooks tenía un talento innato».

Ella comprendió de inmediato el funcionamiento de la organización y el comandante tuvo la sensación de que tampoco era ajena a los secretos. Sienna trabajó para él durante casi dos años, en los que ganó una importante cantidad de dinero que le ayudó a pagar la matrícula de la facultad de medicina. Un día, sin embargo, anunció que lo dejaba. Quería salvar el mundo y, dijo, eso no podía hacerlo ahí.

El hombre nunca imaginó que reaparecería casi una década después con una especie de regalo: un multimillonario cliente potencial.

Bertrand Zobrist.

El comandante dio un respingo al recordarlo.

«Todo esto es culpa de Sienna.

»Formaba parte del plan de Zobrist desde el principio».

A su lado, en la improvisada mesa de reuniones del C-130, la conversación telefónica de un funcionario de la OMS se estaba acalorando.

—¡¿Sienna Brooks?! —preguntó este, gritando al teléfono—. ¿Estás seguro? —El funcionario permaneció un momento callado y luego frunció el ceño—. Está bien, dame los detalles. Espero.

Tapó el auricular con la mano y se volvió hacia sus colegas.

—Parece que Sienna Brooks ha despegado de Italia poco después

de que lo hiciéramos nosotros.

Todo el mundo en la mesa se quedó petrificado.

—¿Cómo? —preguntó una mujer—. Teníamos controles en el aeropuerto, en puentes, en la estación de tren…

—Aeropuerto de Nicelli —respondió—. En el Lido.

—No es posible —contestó la mujer, negando con la cabeza—. Nicelli es pequeño. No hay vuelos regulares. Solo helicópteros locales y…

—De algún modo, Sienna ha conseguido un avión privado que estaba estacionado ahí. Todavía no tengo los detalles del vuelo —volvió a acercar el auricular a la boca—. Sí, estoy aquí, ¿qué más tienes? —Mientras escuchaba, sus hombros se fueron desplomando más y más hasta que al fin se sentó—. Comprendo, sí, gracias —terminó la llamada.

Todos sus colegas se lo quedaron mirando a la expectativa.

—El avión de Sienna se dirigía a Turquía —dijo el hombre, frotándose los ojos.

—Entonces ¡llama al Mando de Transporte Europeo! —exclamó alguien—. ¡Que obliguen al avión a dar la vuelta!

—No puedo —dijo el hombre—. Ha aterrizado hace doce minutos en el aeropuerto privado de Hezarfen, a solo veinticuatro kilómetros de aquí. Sienna Brooks sigue libre.

87

La lluvia caía con fuerza sobre la antigua cúpula de Santa Sofía.

Durante casi mil años, había sido la iglesia más grande del mundo e incluso en la actualidad resultaba difícil imaginar algo más grande. Al volver a verla, Langdon recordó la anécdota del emperador Justiniano quien, tras la finalización del edificio, se lo quedó mirando y proclamó con orgullo: «¡Salomón, te he superado!».

Sinskey y Brüder seguían avanzando con determinación hacia el monumental edificio, cuyo tamaño parecía aumentar a medida que se acercaban.

El sendero que ahora recorrían estaba flanqueado por los antiguos cañones utilizados por las fuerzas de Mehmet el Conquistador, un decorativo recordatorio de que cada conquista y reconversión del edificio para adaptarlo a las necesidades espirituales de la fuerza victoriosa había supuesto un violento capítulo en su historia.

Al acercarse a la fachada sur, Langdon contempló los tres apéndices con cúpula y aspecto de silo que sobresalían a la izquierda. Eran los Mausoleos de los Sultanes, uno de los cuales, Murad III, al parecer tuvo más de cien hijos.

De repente, sonó el timbre de un teléfono móvil. Brüder tomó el suyo, comprobó el número en el identificador de llamada y contestó con sequedad:

—¿Averiguaron algo?

Mientras escuchaba el informe, comenzó a negar con la cabeza sin dar crédito a lo que oía.

—¿Pero cómo es posible? —Escuchó un poco más y suspiró—. Está bien, manténganme informado. Estamos a punto de entrar —y colgó.

—¿Qué sucede? —preguntó Sinskey.

—Mantén los ojos abiertos —dijo Brüder, mirando a su alrededor—. Puede que tengamos compañía —se volvió hacia ella—. Parece que Sienna Brooks está en Estambul.

Langdon no se podía creer que Sienna hubiera encontrado un modo de llegar a Turquía; ni tampoco que, tras haber conseguido escapar de Venecia, se arriesgara a ser capturada o asesinada para asegurarse de que el plan de Zobrist se cumplía.

Sinskey se mostró igualmente alarmada y pareció que quería preguntarle algo más a Brüder, pero se lo pensó mejor y se volvió hacia Langdon.

—¿Hacia dónde debemos ir?

Langdon señaló la esquina sudoeste del edificio.

—La fuente de las abluciones está por ahí —dijo.

El punto de encuentro con el contacto del museo era un ornamentado manantial con enrejado que antaño utilizaban los musulmanes para sus abluciones rituales antes de la oración.

—¡Profesor Langdon! —exclamó una voz cuando estuvieron más cerca.

Un sonriente turco apareció por debajo de la cúpula octogonal que cubría la fuente, agitando animadamente los brazos.

—¡Por aquí, profesor!

Langdon y los demás apretaron el paso.

—Hola, me llamo Mirsat —dijo, y su inglés con acento rebosaba entusiasmo. Era un hombre delgado de pelo ralo, llevaba unos anteojos que le daban un aire académico y vestía un traje gris—. Es un gran honor para mí.

—El honor es nuestro —respondió Langdon al tiempo que le daba la mano a Mirsat—. Gracias por su hospitalidad a pesar de la poca antelación con la que les hemos avisado.

—Yo soy Elizabeth Sinskey —dijo la doctora mientras le daba la mano. Luego señaló a Brüder—: Y este es Cristoph Brüder. Estamos aquí para ayudar al profesor Langdon. Lamento el retraso del avión. Es usted muy amable de atendernos.

—¡Por favor! ¡No es nada! —exclamó Mirsat—. Al profesor Langdon le ofrecería una visita guiada a cualquier hora. Su libro *Símbolos cristianos en el mundo musulmán* es uno de los más vendidos en la tienda del museo.

«¿De verdad? —pensó Langdon—. Ahora sé cuál es el *único*

lugar del mundo en el que se puede encontrar el libro».

—¿Comenzamos? —dijo Mirsat, indicándoles que le siguieran.

El grupo cruzó un pequeño espacio abierto, pasó de largo la entrada de turistas y siguió hasta lo que originalmente había sido la entrada principal del edificio: tres profundos arcos con unas enormes puertas de bronce.

Dos guardias de seguridad armados les estaban esperando. Al ver a Mirsat, abrieron una de las puertas.

—*Sağ olun* —dijo Mirsat, pronunciando una de las pocas expresiones turcas que Langdon conocía: una fórmula de agradecimiento muy formal.

El grupo entró en el edificio y los guardias cerraron la pesada puerta a sus espaldas. El ruido resonó en el interior de piedra.

Langdon y los demás se encontraban en el nártex de Santa Sofía, una estrecha antecámara habitual en las iglesias cristianas, que servía de separación entre lo divino y lo profano.

«Fosos defensivos espirituales», los solía llamar Langdon.

El grupo llegó a otro juego de puertas y Mirsat abrió una. Más allá, en vez del santuario que esperaba encontrar, Langdon vio un segundo nártex ligeramente más grande que el primero.

«Un esonártex», cayó en la cuenta Langdon. Se le había olvidado que Santa Sofía contaba con dos niveles de protección del mundo exterior.

Como preparando al visitante para lo que se encontraría a continuación, el esonártex estaba significativamente más adornado que el nártex, y la bruñida piedra de sus paredes relucía bajo la luz de unos elegantes candelabros. En un extremo del sereno espacio había cuatro puertas y, sobre ellas, unos espectaculares mosaicos que Langdon no pudo sino admirar.

Mirsat se dirigió a la puerta más grande; un colosal portal de bronce.

—La Puerta Imperial —susurró con gran entusiasmo—. En la época de Bizancio, estaba reservada para el uso del emperador. Los turistas no suelen pasar por ella, pero esta es una noche especial.

Mirsat extendió la mano para abrir la puerta, pero antes de hacerlo se detuvo un momento.

—Antes de entrar —susurró—, ¿puedo preguntarle si hay algo en especial que quiera ver?

Langdon, Sinskey y Brüder se miraron.

—Sí —dijo el profesor—. Hay muchas cosas que ver, claro, pero si es posible nos gustaría comenzar por la tumba de Enrico Dandolo.

Mirsat ladeó la cabeza como si no le hubiera entendido bien.

—¿Cómo dice? ¿Quiere ver la tumba de Dandolo?

—Así es.

Mirsat pareció desanimarse.

—Pero, señor, la tumba de Dandolo es muy sencilla. No tiene símbolos. Hay mejores cosas.

—Soy consciente de ello —dijo Langdon educadamente—. Aun así, estaríamos muy agradecidos si pudiéramos verla.

Mirsat se quedó mirando a Langdon un largo rato, y luego levantó la mirada hacia el mosaico que había justo encima de la puerta, el mismo que había estado admirando Langdon. Era una icónica imagen del siglo IX del Cristo Pantocrátor: Jesucristo con el Nuevo Testamento en la mano izquierda y bendiciendo con la derecha.

Entonces, como si de repente cayera en la cuenta de algo, en las comisuras de los labios de Mirsat se dibujó una sonrisa de complicidad y comenzó a agitar el dedo índice en dirección a Langdon.

—¡Listo! ¡Muy listo!

—¿Cómo dice? —preguntó Langdon.

—No se preocupe, profesor —dijo Mirsat en un susurro conspirativo—. No le diré a nadie por qué está realmente aquí.

Sinskey y Brüder miraron a Langdon, desconcertados.

Lo único que pudo hacer el profesor fue encogerse de hombros mientras Mirsat abría la puerta y les hacía pasar.

88

Algunos habían llamado a ese espacio la octava maravilla del mundo y, ahora que se encontraba en él, Langdon no iba a ser quien rebatiera esa afirmación.

Nada más cruzar el umbral y adentrarse en el colosal santuario, recordó que en Santa Sofía solo hacía falta un instante para que sus visitantes advirtieran la impresionante magnitud de sus proporciones.

El espacio era tan vasto que parecía empequeñecer incluso las grandes catedrales de Europa. Langdon sabía que, en parte, su abrumadora inmensidad era una ilusión, un dramático efecto secundario de su planta bizantina. La *naos* concentraba todo el espacio interior en una única nave cuadrada en vez de dividirlo en los cuatro brazos de una planta cruciforme, el estilo que adoptaron las catedrales posteriores.

«Este edificio es setecientos años anterior a Notre Dame», pensó Langdon.

Tras tomarse un momento para asimilar la amplitud del espacio, Langdon levantó la mirada hacia la enorme cúpula dorada que coronaba el edificio, a más de cuarenta y cinco metros de altura. Desde su punto central, cuarenta nervaduras se extendían, como si fueran rayos del sol, hasta una arcada circular de cuarenta ventanas. Durante el día, la luz que entraba por allí se reflejaba —y ese reflejo se volvía a reflejar— en los trozos de cristal incrustados en el mosaico dorado, creando la «luz mística» por la que era famosa Santa Sofía.

Para Langdon, solo había un pintor que había sabido capturar la atmósfera dorada de ese espacio. John Singer Sargent. No era de extrañar que, en su famoso cuadro de Santa Sofía, el artista estadounidense hubiera limitado su paleta a múltiples tonos de un único color.

«Dorado».

La reluciente cúpula dorada, a la que se solía llamar «la cúpula del cielo», estaba soportada por cuatro arcos gigantescos que, a su vez, sostenían una serie de semicúpulas y tímpanos. Esos soportes daban paso a otro nivel de semicúpulas y arcadas más pequeñas, lo cual creaba el efecto de una cascada de formas arquitectónicas que descendían del cielo a la Tierra.

También del cielo a la Tierra, pero siguiendo una ruta más directa, unos largos cables descendían desde la cúpula y sostenían unos resplandecientes candelabros que parecían colgar tan cerca del suelo que los visitantes altos tenían la sensación de que iban a chocar con ellos. En realidad, esa era otra sensación provocada por la magnitud del espacio, pues se encontraban a más de tres metros del suelo.

Como todos los grandes santuarios, el prodigioso tamaño de Santa Sofía servía a dos propósitos. En primer lugar, era una prueba de las grandes distancias que el hombre era capaz de recorrer para rendir tributo a Dios. Y, en segundo, servía de tratamiento de choque para los fieles: su espacio físico era tan imponente que quienes entraban en él sentían como si, ante la presencia de Dios, su persona empequeñeciera, su ego se desvaneciera y su ser físico e importancia cósmica se encogieran hasta quedar reducidos al tamaño de una mota de polvo o un átomo en las manos del Creador.

«Hasta que un hombre no es nada, Dios no puede hacer nada con él», Martín Lutero había pronunciado esas palabras en el siglo XVI, pero la idea había estado presente en las mentes de los constructores desde los primeros ejemplos de la arquitectura religiosa.

Langdon se volvió hacia Sinskey y Brüder, que habían estado mirando el techo y acababan de bajar de nuevo la mirada al suelo.

—¡Dios mío! —dijo Brüder.

—¡Sí! —dijo Mirsat, animado—. ¡Y también Alá y Mahoma!

Langdon se rio entre dientes mientras su guía le señalaba a Brüder el altar principal. Ahí se podía ver un altísimo mosaico de Jesús flanqueado por dos enormes discos con los nombres de Mahoma y Alá escritos en una ornamentada caligrafía.

—Para recordarles a sus visitantes los diversos usos de este espacio sagrado a lo largo de los siglos —explicó Mirsat—, este

museo muestra a la vez la iconografía cristiana de cuando Santa Sofía era una basílica, y la islámica de cuando era una mezquita. —Sonrió con orgullo—. A pesar de la fricción entre ambas religiones en el mundo real, nosotros creemos que sus símbolos funcionan bastante bien juntos. Sé que usted está de acuerdo, profesor.

Langdon asintió, y pensó en toda la iconografía cristiana que había sido encalada cuando el edificio se convirtió en mezquita. La restauración de los símbolos cristianos que había al lado de los musulmanes había creado un efecto muy sugerente, en particular porque los estilos y las sensibilidades de las dos iconografías eran polos opuestos.

Mientras la tradición cristiana recurría a imágenes literales de Dios y sus santos, el islam representaba la belleza del universo mediante la caligrafía y los dibujos geométricos. La tradición islámica sostenía que solo Dios podía crear vida y, por lo tanto, el hombre no podía realizar imágenes de seres vivos; ni dioses, ni personas, ni tampoco animales.

Langdon recordaba haber intentando explicar una vez ese concepto a sus alumnos: «Un Miguel Ángel musulmán, por ejemplo, no habría pintado nunca el rostro de Dios en el techo de la Capilla Sixtina; habría escrito su nombre. Dibujar su cara se habría considerado una blasfemia».

Langdon les explicó a continuación la razón de eso.

«Tanto el cristianismo como el islam son logocéntricos —les dijo a sus alumnos—. Eso significa que son religiones basadas en “la Palabra”. En la tradición cristiana, esta Palabra se convierte en carne en el libro de Juan: “Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros”. Por lo tanto, resulta aceptable representarla con forma humana. En la tradición islámica, sin embargo, la Palabra no se convierte en carne y, por lo tanto, necesita permanecer como tal; en la mayoría de los casos, en forma de interpretaciones caligráficas de los nombres de las figuras santas del islam».

Uno de los alumnos de Langdon resumió la compleja historia con una divertida y acertada apostilla: «A los cristianos les gustan las caras, y a los musulmanes, las palabras».

—Ante nosotros —prosiguió Mirsat, señalando al otro lado del increíble espacio— tenemos una mezcla única de cristianismo e islam.

Rápidamente, les mostró la fusión de símbolos que había en el enorme ábside, entre los que destacaba la Virgen y el Niño visibles sobre la *mihrab*, el nicho semicircular que en una mezquita señala la dirección de la Meca. A su lado, una escalera conducía al púlpito del orador. Este era parecido al que se utiliza en los sermones cristianos pero, en realidad, se trataba de una *minbar*, la plataforma sagrada desde la que el imán conducía los servicios del viernes. De igual modo, la estructura que había al lado parecía un coro cristiano, pero en realidad era una *müezzin mahfili*, una plataforma elevada en la que un muecín se arrodilla y canta en respuesta a las oraciones del imán.

—Las mezquitas y las catedrales son en realidad muy similares —proclamó Mirsat—. ¡Las tradiciones de Occidente y Oriente no son tan distintas como uno podría imaginar!

—¿Mirsat? —dijo Brüder con impaciencia—. Si no le importa, nos gustaría ver la tumba de Dandolo.

Mirsat se sintió ligeramente molesto, como si el apuro del hombre fuera una falta de respeto al edificio.

—Sí —dijo Langdon—. Lamento que estemos apurados, pero no disponemos de mucho tiempo.

—Está bien, pues —dijo Mirsat, señalando un balcón alto que había a su izquierda—. Vayamos al piso de arriba a ver la tumba.

—¿Arriba? —respondió Langdon, desconcertado—. ¿No está enterrado en la cripta? —Langdon recordaba la lápida, pero no el lugar exacto en el que se encontraba. Había creído que estaría en una oscura zona subterránea del edificio.

A Mirsat le extrañó la pregunta.

—No, profesor, la tumba de Enrico Dandolo se encuentra arriba.

«¿Qué está pasando aquí?», se preguntó Mirsat.

Cuando Langdon le había dicho que quería ver la tumba de Dandolo, él había creído que se trataba de una especie de señuelo. «Nadie quiere ver la tumba de Dandolo». Había supuesto que lo que en verdad quería ver era el enigmático tesoro que había justo al lado: el Mosaico de la Déesis, un Cristo Pantocrátor que posiblemente era una de las obras de arte más misteriosas de todo el edificio.

«Langdon está estudiando el mosaico, pero no quiere que se sepa», había pensado Mirsat, creyendo que el profesor estaba

escribiendo un artículo secreto al respecto.

En ese momento, sin embargo, Mirsat se sintió confundido. Sin duda, Langdon sabía que el Mosaico de la Déesis se encontraba en el primer piso, ¿por qué entonces se mostraba tan sorprendido?

«A no ser que realmente quiera ver la tumba de Dandolo».

Desconcertado, Mirsat les condujo hacia la escalera. De camino, pasaron por delante de una de las dos famosas urnas de Santa Sofía: un enorme recipiente con capacidad para 1250 litros que había sido tallado en una única pieza de mármol durante el período helenístico.

Mientras ascendía en silencio con su séquito, Mirsat no pudo evitar sentirse algo inquieto. Los colegas de Langdon no parecían académicos. Uno de ellos, musculoso y rígido, y vestido de negro de arriba abajo, parecía más bien un soldado. Y la mujer del cabello plateado le era familiar. La había visto antes. «¿Quizá en la televisión?».

Comenzaba a sospechar que el propósito de su visita no era el que parecía ser. «¿Por qué está en verdad aquí?».

—Un tramo más —anunció con una sonrisa Mirsat al llegar al descanso—. En el siguiente piso encontraremos la tumba de Dandolo y, claro —se detuvo un momento y miró a Langdon—, el célebre Mosaico de la Déesis.

Ni siquiera se inmutó.

Al parecer, Langdon no había ido a ver el mosaico. Él y sus acompañantes parecían inexplicablemente obsesionados con la tumba de Dandolo.

89

Mientras Mirsat les conducía por la escalera, Langdon advirtió que Brüder y Sinskey estaban preocupados. Subir al segundo piso no parecía tener ningún sentido. Langdon no dejaba de pensar en el video subterráneo de Zobrist y en el documental sobre las zonas sumergidas que había debajo de Santa Sofía.

«¡Tenemos que bajar!».

Aun así, si ese era el lugar donde estaba la tumba de Dandolo, no tenían otra opción que seguir las indicaciones de Zobrist. «Arrodillaos en el *mouseion* de la santa sabiduría, y pegad la oreja al suelo, para oír el rumor del agua».

Cuando al fin llegaron al segundo piso, Mirsat torció a la izquierda. La vista desde el balcón era sobrecogedora. Langdon, sin embargo, iba con la mirada al frente, absolutamente concentrado en su misión.

Mirsat se había puesto a hablar otra vez sobre el mosaico, pero el profesor no le prestaba atención.

Ya podía ver su objetivo.

La tumba de Dandolo.

Tenía el mismo aspecto que recordaba: una sencilla pieza rectangular de mármol blanco empotrada en el pulido suelo de piedra y protegida por un cordón de seguridad.

Langdon se acercó y examinó la inscripción.

HENRICUS DANDOLO

Cuando los demás llegaron a su lado, pasó por encima del cordón de seguridad y se colocó justo delante de la lápida.

Mirsat protestó en voz alta, pero el profesor no le hizo caso y se arrodilló como si fuera a rezar a los pies del dux traicionero.

A continuación, hizo algo que provocó los gritos de horror de Mirsat: colocó las palmas de las manos en la tumba y se inclinó. Mientras acercaba la cabeza al suelo, se dio cuenta de que parecía que estuviera rezando en dirección a la Meca. La maniobra pareció desconcertar a Mirsat, que se calló de golpe. El eco de sus palabras resonó por todo el edificio.

Tras respirar hondo, Langdon se volvió hacia la derecha y pegó la oreja a la tumba. La piedra estaba fría.

El sonido que oyó a través de la lápida era inconfundible.

«Dios mío».

El final del *Inferno* de Dante parecía resonar bajo tierra.

Poco a poco, Langdon se volvió hacia Brüder y Sinskey.

—Lo oigo —susurró—. El rumor del agua.

Brüder pasó por encima del cordón y se agachó a su lado para escucharlo él también. Un momento después, asintió.

Ahora que podían oír el agua que corría por debajo, la pregunta era: «¿Hacia dónde fluye?».

A la mente de Langdon acudieron imágenes de cavernas medio sumergidas, bañadas en una siniestra luz roja en algún lugar bajo tierra.

Adentraos en el palacio sumergido...
pues aquí, en la oscuridad, el monstruo ctónico aguarda
en las aguas teñidas de rojo sangre...
de la laguna que no refleja las estrellas

Cuando Langdon se puso de pie y volvió a pasar por encima del cordón de seguridad, Mirsat lo estaba observando con una expresión de alarma y traición. Langdon era casi medio metro más alto que el guía turco.

—Lo siento, Mirsat —comenzó a decir Langdon—, como puede ver, se trata de una situación muy inusual. No tengo tiempo de explicarle el motivo, pero debo hacerle una pregunta muy importante sobre este edificio.

Mirsat asintió levemente.

—De acuerdo.

—Bajo la tumba de Dandolo se puede oír un arroyo de agua.

Necesitamos saber hacia dónde fluye.

Mirsat negó con la cabeza.

—No entiendo a qué se refiere. Bajo Santa Sofía se puede oír agua en todas partes.

Todos se quedaron petrificados.

—Sí —les explicó él—, sobre todo cuando llueve. Santa Sofía tiene unos treinta mil metros cuadrados de tejado a desaguar, lo cual a veces lleva días. Y habitualmente vuelve a llover antes de que haya terminado. El sonido del agua es muy común aquí. Santa Sofía se encuentra encima de enormes cavernas de agua. Hay incluso un documental, que…

—Sí, sí —dijo Langdon—, pero ¿sabe si el agua que se oye aquí en la tumba de Dandolo fluye hacia algún lugar en concreto?

—Por supuesto —dijo Mirsat—. Hacia el mismo lugar que el agua de todos los desagües de Santa Sofía. A la cisterna de la ciudad.

—No —declaró Brüder mientras pasaba por encima del cordón de seguridad—. No estamos buscando una cisterna. Lo que estamos buscando es un gran espacio subterráneo, puede que con columnas.

—Sí —dijo el guía—. La antigua cisterna de la ciudad es precisamente eso: un gran espacio subterráneo con columnas. Bastante impresionante, la verdad. Fue construido en el siglo VI para almacenar el suministro de agua de la ciudad. Hoy en día solo contiene un metro y medio de agua, pero…

—¡¿Dónde está?! —exclamó Brüder. Su voz resonó por toda la basílica.

—La… ¿cisterna? —preguntó Mirsat, asustado—. A una manzana al este de aquí. Se llama *Yerebatan Sarayi*.

«*¿Sarayi?* —se preguntó Langdon—. ¿Como *Topkapi Sarayi*?». De camino a Santa Sofía no había dejado de ver letreros del palacio de Topkapi.

—Pero… ¿*Sarayi* no significa «palacio»?

Mirsat asintió.

—Sí. El nombre de la cisterna es *Yerebatan Sarayi*. Significa… palacio sumergido.

90

Elizabeth Sinskey salió precipitadamente de Santa Sofía con Langdon, Brüder y su desconcertado guía. Afuera llovía a cántaros.

«Adentraos en el palacio sumergido», pensó Sinskey.

Al parecer, la cisterna de la ciudad —*Yerebatan Sarayi*— se encontraba en dirección a la Mezquita Azul y un poco hacia el norte.

Mirsat los guiaba.

La doctora no tuvo más remedio que explicarle quiénes eran y que estaban en plena carrera contrarreloj para impedir que en el interior del palacio sumergido estallara una posible crisis de salud pública global.

—¡Por aquí! —exclamó Mirsat, conduciéndolos a través del oscuro parque. Tenían la montaña de Santa Sofía detrás, y los minaretes de cuento de hadas de la Mezquita Azul delante.

Al lado de Sinskey, Brüder hablaba a gritos por teléfono. Estaba poniendo al tanto a la unidad AVI y ordenando a sus hombres que se encontraran con él en la entrada de la cisterna.

—Parece que el objetivo de Zobrist es el suministro de agua de la ciudad —dijo el agente, casi sin aliento—. Voy a necesitar diagramas de todos los conductos de entrada y salida de la cisterna. Pondremos en marcha los protocolos de aislamiento y contención. Necesitaremos barreras físicas y químicas junto con…

—Un momento —dijo Mirsat—. Me ha malinterpretado. La cisterna no suministra agua a la ciudad. ¡Ya no!

Brüder apartó el teléfono de su oreja y se quedó mirando fijamente al guía.

—¿Qué?

—Antiguamente, esa era su función —le aclaró el guía—, pero ya no. Nos hemos modernizado.

Brüder se detuvo bajo un árbol para protegerse de la lluvia y

todos lo hicieron con él.

—Mirsat —dijo Sinskey—, ¿está seguro de que nadie bebe el agua de la cisterna?

—Por el amor de Dios, no —dijo él—. Básicamente, el agua permanece ahí, filtrándose poco a poco en la tierra.

La doctora, Langdon y Brüder intercambiaron miradas de incertidumbre. La doctora no sabía si sentirse aliviada o alarmada. «Si nadie entra en contacto con el agua, ¿por qué Zobrist querría contaminarla?».

—Cuando modernizamos el suministro del agua décadas atrás —explicó Mirsat—, la cisterna dejó de utilizarse y pasó a ser un gran estanque subterráneo —se encogió de hombros—. Hoy en día no es más que una atracción turística.

Sinskey se volvió de golpe hacia él. «¿Una atracción turística?».

—Un momento… ¿Ahí abajo puede bajar gente? ¿A la cisterna?

—Por supuesto —dijo—. Miles de personas la visitan cada día. Es bastante impresionante. Hay pasarelas sobre el agua, e incluso una pequeña cafetería. La ventilación es limitada, de modo que el aire está algo cargado y es muy húmedo, pero aun así es un lugar muy popular.

Sinskey intercambió una mirada con Brüder y se dio cuenta de que ella y el agente estaban pensando lo mismo: una caverna oscura y húmeda repleta de agua estancada en la cual se estaba incubando un patógeno. Para completar la pesadilla, había pasarelas que permitían a los turistas pasear por encima de la superficie del agua.

—Ha creado un bioaerosol —declaró Brüder.

Sinskey asintió.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Langdon.

—Significa que se puede transmitir por el aire —respondió Brüder.

El profesor se quedó en silencio y Sinskey se dio cuenta de que estaba empezando a comprender la magnitud potencial de esa crisis.

Ella ya había contemplado la posibilidad de un patógeno transmisible por el aire. Sin embargo, cuando todavía creía que la cisterna suministraba agua a la ciudad, había supuesto que quizá Zobrist hubiera elegido una bioforma acuática. Las bacterias acuáticas eran robustas y resistentes a los cambios de temperatura,

pero también se propagaban con lentitud.

Los patógenos de transmisión aérea, en cambio, lo hacían con rapidez.

Mucha rapidez.

—Si se transmite por el aire —dijo Brüder—, probablemente es viral.

«Un virus. —Sinskey estaba de acuerdo—. El patógeno de propagación más rápido que Zobrist podría haber elegido».

Liberar bajo el agua un virus transmisible por el aire era algo poco frecuente, pero había muchas formas vivas que se incubaban en un líquido y luego se propagaban por el aire: los mosquitos, las esporas de moho, la bacteria que causaba la enfermedad de la Legionela, las micotoxinas, la marea roja, e incluso los seres humanos.

Mirsat se quedó mirando al otro lado de una calle repleta de autos con una expresión de gran desasosiego, y Sinskey siguió su mirada hasta un edificio achaparrado de ladrillos rojos y blancos. Su única puerta estaba abierta, y dejaba a la vista lo que parecía una escalera. Un grupo de gente bien vestida esperaba afuera con sus paraguas mientras un portero controlaba el flujo de gente que bajaba al interior.

«¿Una especie de club de baile subterráneo?».

La doctora vio entonces el letrero dorado que había en la fachada del edificio y notó que se le hacía un nudo en el estómago. A no ser que ese club se llamara Cisterna y hubiera sido construido en el año 523 d. C., ya entendía por qué su guía parecía tan preocupado.

—El palacio sumergido —tartamudeó Mirsat—. Parece… que esta noche hay un concierto.

—¡¿Un concierto en una cisterna?! —preguntó ella con incredulidad.

—Es un espacio grande y cubierto —respondió—. Se suele usar como centro cultural.

Brüder, al parecer, ya había oído suficiente, y apretó a correr a través de la maraña de autos de la avenida Alemdar. Sinskey y los demás fueron tras él.

Cuando llegaron a la entrada, se encontraron con que la puerta estaba bloqueada por un puñado de asistentes al concierto que

esperaban su turno para entrar: tres mujeres con burka, un par de turistas agarrados de la mano y un hombre con esmoquin. Se agolpaban todos en la puerta para protegerse de la lluvia.

Las notas de la música que estaban interpretando dentro llegaban hasta la calle. «Berlioz», supuso Sinskey al oír la idiosincrática orquestación. Fuera lo que fuese, parecía algo que no encajaba en aquel lugar de Estambul.

Al acercarse más a la entrada, la doctora sintió una cálida ráfaga de aire procedente de las profundidades de la tierra, que trajo a la superficie no solo el sonido de los violines sino un inconfundible olor a humedad y a aglomeración de gente.

También le causó un mal presentimiento.

Un grupo de turistas apareció en la escalera y salió del edificio conversando alegremente. El portero permitió entonces que bajara el siguiente grupo.

Brüder intentó entrar, pero el portero se lo impidió con un educado gesto.

—Un momento, señor. La cisterna está llena. En menos de un minuto saldrán más visitantes. Gracias.

Brüder parecía dispuesto a entrar a la fuerza, pero Sinskey le colocó una mano en el hombro y lo hizo a un lado.

—Espere —le ordenó—. El equipo está de camino y usted no puede registrar este lugar solo. —Le señaló la placa que había en la pared—. Es enorme.

Según la placa informativa, se trataba de una sala subterránea del tamaño de una catedral —su longitud era de casi dos campos de fútbol—, con un techo que se extendía más de treinta mil metros cuadrados y soportado por un bosque de 336 columnas de mármol.

—Mire esto, doctora —dijo Langdon, que se encontraba a unos pocos metros—. No lo va a creer.

Sinskey se dio la vuelta. El profesor le señalaba el cartel del concierto que había en la pared.

«Oh, Dios mío».

La directora de la OMS había acertado al identificar el estilo de música como romántico, pero la pieza que se interpretaba esa noche no estaba compuesta por Berlioz, sino por otro compositor del mismo período: Franz Liszt.

Esa noche, en las entrañas de la tierra, la Orquesta Sinfónica

Estatal de Estambul interpretaba una de las obras más famosas de Liszt: la *Sinfonía Dante*, toda una composición inspirada por el descenso al infierno del poeta florentino.

—Se representa durante una semana —dijo Langdon tras leer la letra pequeña del cartel—. Es un concierto gratuito. Patrocinado por un donante anónimo.

Sinskey apostó a que adivinaba su identidad. En ese caso, el gusto de Bertrand Zobrist por lo dramático era también una cruel estrategia. Esa semana de conciertos gratuitos atraería a la cisterna a más turistas de lo habitual. Ellos respirarían el aire contaminado y luego regresarían infectados a sus casas, allí o en el extranjero.

—¿Señor? —le dijo el portero a Brüder—. Tenemos espacio para dos más.

El agente se volvió hacia Sinskey.

—Llame a las autoridades locales. No sé qué encontraremos ahí abajo, pero necesitaremos apoyo. Cuando llegue mi equipo, que se pongan en contacto conmigo por radio. Mientras tanto, yo bajaré e intentaré averiguar dónde puede haber escondido Zobrist la bolsa.

—¿Sin mascarilla? —preguntó Sinskey—. No sabe si la bolsa está intacta.

Brüder frunció el ceño y alzó la mano en dirección al cálido aire que salía por la puerta.

—Odio decir esto, pero si el agente infeccioso ya no está en la bolsa, lo más probable es que toda la ciudad esté ya infectada.

Sinskey había estado pensando lo mismo, pero no había querido decirlo delante de Langdon o Mirsat.

—Además —añadió Brüder—, ya he comprobado en otras ocasiones lo que sucede cuando mi equipo entra en un sitio con trajes de protección contra materiales peligrosos. Sin duda, provocaríamos una ola de pánico general y una estampida.

Sinskey decidió hacer caso a Brüder; al fin y al cabo, él era el especialista y se había encontrado antes en situaciones como esa.

—Nuestra única opción realista —le explicó Brüder— es confiar en que la bolsa siga intacta y que todavía podamos contener el patógeno.

—Está bien —dijo Sinskey—. Hágalo.

—Hay otro problema —interrumpió Langdon—. ¿Qué hay de Sienna?

—¿Qué sucede con ella? —preguntó Brüder.

—Sean cuales sean sus intenciones en Estambul, habla muy bien varios idiomas y probablemente hable turco.

—¿Y?

—Pues que conoce la referencia que el poema hace al «palacio sumergido» y, en turco, «palacio sumergido» señala… —se volvió hacia el letrero de «*Yerebatan Sarayi*» que había encima de la puerta—, aquí.

—Es cierto. —Sinskey se mostró de acuerdo—. Puede que se haya dado cuenta sin necesidad de ir a Santa Sofía.

Brüder se volvió hacia la puerta y maldijo entre dientes.

—Bueno, aunque Sienna ya esté ahí abajo y planee romper la bolsa de Solublon antes de que podamos contenerla, tampoco creo que lleve mucho rato dentro. Además, es un lugar enorme, y probablemente no tiene ni idea de dónde buscar. Y, con toda esa gente alrededor, tampoco puede meterse en el agua sin que nadie se dé cuenta.

—¿Señor? —le volvió a decir el portero a Brüder—. ¿Quiere entrar o no?

Brüder vio otro grupo de asistentes al concierto que se acercaba por el otro lado de la calle, y le indicó al portero con un movimiento de cabeza que sí.

—Yo voy con usted —dijo Langdon, siguiéndole.

Brüder se dio la vuelta y le cerró el paso.

—Ni hablar.

Langdon le respondió con firmeza.

—Agente Brüder, una de las razones por las que estamos en esta situación es que Sienna Brooks me ha estado engañando todo el día. Y, como acaba de decir usted mismo, puede que ya estemos todos infectados, de modo que lo voy a ayudar le guste o no.

Brüder se lo quedó mirando un momento, y finalmente claudicó. Cuando cruzaron la puerta y comenzaron a descender la profunda escalera detrás de Brüder, Langdon sintió el cálido aire que procedía de las entrañas de la cisterna. La húmeda brisa transportaba las notas de la *Sinfonía Dante* de Liszt, así como un olor familiar pero inefable, el de una multitud de gente congregada en un espacio cerrado.

Langdon sintió entonces que le envolvía un fantasmal paño

mortuorio; como si los largos dedos de una mano invisible emergieran de la tierra y se aferraran a su carne.

«La música».

El coro de la sinfonía —de cien voces— estaba cantando un conocido pasaje, pronunciando con claridad cada sílaba del siniestro texto de Dante.

«*Lasciate ogne speranza* —cantaban ahora—, *voi ch'entrate*».

Esas seis palabras —el verso más famoso de todo el *Inferno* de Dante— surgían del fondo de la escalera como un aciago hedor a muerte.

Acompañado por una oleada de trompetas y cornetas, el coro entonó una vez más la advertencia. «*Lasciate ogne speranza, voi ch'entrate*».

«Los que entráis, abandonad toda esperanza».

91

Las notas de la música inspirada por el infierno resonaban por toda la caverna bañada de luz roja; el gemido de las voces, el disonante pellizco de las cuerdas y el profundo redoble de los timbales que retumbaban como un temblor sísmico.

Hasta donde podía ver Langdon, el suelo de ese mundo subterráneo consistía en una cristalina sábana de agua —oscura, inmóvil, lisa— similar a la fina capa de hielo de un estanque helado en Nueva Inglaterra.

«La laguna que no refleja las estrellas».

Cientos de columnas meticulosamente dispuestas emergían del agua y se elevaban unos nueve metros hasta el techo abovedado de la caverna. Una serie de focos rojos las iluminaban desde la base, creando la surreal sensación de que se trataba de un bosque de troncos resplandecientes que ascendían hacia la oscuridad cual imagen reflejada en un espejo.

Langdon y Brüder se detuvieron al pie de la escalera, momentáneamente paralizados en el umbral de la espectral caverna que tenían ante sí. El lugar mismo parecía desprender una luz rojiza y, mientras comenzaba a asimilar el espacio en el que se encontraba, el profesor comenzó a respirar de la forma más superficial posible.

El aire estaba más cargado de lo que había esperado.

A su izquierda, vio la multitud de gente que asistía al concierto. Este se desarrollaba en un extremo del espacio subterráneo cercano a la pared del fondo. Varios cientos de espectadores permanecían sentados en una serie de plataformas que habían sido dispuestas en círculos concéntricos alrededor de la orquesta, mientras unas cien personas más permanecían de pie alrededor del perímetro. Otras se habían situado en las pasarelas cercanas, y escuchaban la música apoyadas en las robustas barandas y con la vista puesta en el agua.

Langdon examinó el mar de amorfas siluetas en busca de Sienna. Nada. Solo veía gente ataviada con esmoquin, trajes de noche, *bishts*, burkas e incluso turistas en pantalones cortos y sudaderas. Langdon tuvo la sensación de que la variada muestra de personas congregadas bajo esa luz carmesí estaba celebrando una especie de misa negra.

«Si Sienna está aquí —cayó en la cuenta—, será prácticamente imposible localizarla».

En aquel momento, un corpulento hombre pasó a su lado y comenzó a subir la escalera sin dejar de toser. Brüder se dio la vuelta y lo examinó con atención. A Langdon le pareció sentir un picor en la garganta, pero se dijo a sí mismo que era su imaginación.

Brüder dio un tentativo paso sobre la plataforma, mientras consideraba sus numerosas opciones. El sendero que tenían delante parecía el laberinto del Minotauro. Se dividía en tres, y cada una de las ramificaciones se volvía a dividir otras tantas veces, creando una especie de laberinto suspendido sobre el agua que serpenteaba entre las columnas y se perdía en la oscuridad.

«Yo me encontraba en una selva oscura —pensó Langdon, recordando los versos del ominoso primer canto de la obra maestra de Dante—, con la senda derecha ya perdida».

Langdon se asomó por la baranda. El agua tenía una profundidad de apenas un metro y medio y era sorprendentemente cristalina. Una fina capa de lodo cubría las baldosas del suelo.

Brüder echó un vistazo rápido, emitió un gruñido evasivo y volvió a levantar la mirada hacia el fondo de la habitación.

—¿Ve algo que se parezca a la zona que aparece en el video de Zobrist?

«Todo», pensó Langdon mientras contemplaba las húmedas paredes que les rodeaban. Señaló el rincón más remoto de la caverna, a la derecha, lejos de la aglomeración de gente que había en la plataforma de la orquesta.

—Quizá por ahí.

Brüder asintió.

—Opino lo mismo.

Comenzaron a recorrer entonces la ramificación de la derecha, alejándose del concierto y adentrándose en las profundidades del

palacio sumergido.

Mientras avanzaba, Langdon se dio cuenta de lo fácil que sería esconderse una noche en ese espacio sin que nadie se diera cuenta. Zobrist debió de hacer eso para grabar su video. Aunque, claro, si había tenido la generosidad de patrocinar una semana de conciertos, también podría haber solicitado un tiempo a solas en la cisterna.

«Ahora eso ya no importa».

Brüder apresuró el paso como si de forma inconsciente siguiera el tempo de la sinfonía, que se había acelerado y se había convertido en una sucesión descendente de semitonos suspendidos.

«El descenso al infierno de Dante y Virgilio».

Langdon examinó las paredes húmedas y musgosas que había a lo lejos, e intentó compararlas con las que había visto en el video. A cada nueva bifurcación de la pasarela torcían a la derecha, alejándose de la gente y adentrándose más de la caverna. En un momento dado, Langdon miró atrás y le sorprendió la distancia que habían recorrido.

Ya casi a la carrera, pasaron al lado de un grupo aislado de visitantes. A medida que se internaban en la zona más profunda de la cisterna, la cantidad de gente era cada vez menor.

Al poco, Brüder y Langdon estuvieron completamente solos.

—Todo tiene el mismo aspecto —dijo el agente—. ¿Por dónde empezamos?

Langdon compartía su frustración. Recordaba el video, pero no reconocía nada de lo que veía.

Se iba fijando en los letreros informativos que había por la plataforma: Uno se refería a la capacidad de ochenta millones de litros de la sala. Otro señalaba una columna despareja que había sido saqueada de un edificio vecino durante su construcción, y en la que podía verse el símbolo de las Lágrimas del Pavo Real, derramadas por todos los esclavos que habían muerto durante la construcción de la cisterna.

Pero fue un letrero con una única palabra el que hizo que Langdon se detuviera de golpe.

Brüder también se paró y se dio la vuelta.

—¿Qué sucede?

El profesor señaló el letrero.

En él, acompañado por una flecha que indicaba su localización, se leía el nombre de un infame monstruo femenino; una de las temibles gorgonas.

MEDUSA →

Brüder leyó el letrero y se encogió de hombros.

—¿Y qué?

A Langdon el corazón le latía con fuerza. Sabía que la Medusa no era solo el espantoso espíritu con serpientes en lugar de cabello que convertía en piedra a todo aquel que le miraba a los ojos, sino también un prominente miembro del panteón griego de los espíritus subterráneos. Una categoría específica conocida como monstruos ctónicos.

Adentraos en el palacio sumergido...
pues aquí, en la oscuridad, el monstruo ctónico aguarda

«Nos está señalando el camino», cayó en la cuenta Langdon y, siguiendo los letreros que indicaban dónde se encontraba la Medusa, empezó a correr por la zigzagueante pasarela. Brüder apenas podía seguir su paso. Finalmente, llegó a una pequeña plataforma cercana a la base de la pared que había más a la derecha de la cisterna.

La visión que tenía delante era sobrecogedora.

Del agua emergía un colosal bloque de mármol tallado: la cabeza de la Medusa y su cabello de serpientes retorciéndose. El hecho de que estuviera colocada boca abajo hacía todavía más extraña su presencia.

«Invertida como los condenados», pensó Langdon, y recordó el *Mapa del infierno* de Botticelli y los pecadores cabeza abajo del *Malebolge*.

Brüder llegó a su lado casi sin aliento y se quedó mirando la Medusa invertida sin entender nada.

Langdon sospechaba que, originalmente, esa cabeza tallada que se utilizaba como base de una de las columnas debía de haber sido saqueada de algún otro sitio y se debió de utilizar aquí como un

elemento de construcción barato. La posición de la Medusa se debía sin duda a la creencia supersticiosa de que la inversión le arrebataría sus poderes maléficos. Aun así, Langdon no pudo evitar verse asaltado por una incesante colección de pensamientos.

«El *Inferno* de Dante. El final. El centro de la Tierra. Donde la gravedad se invierte. Donde lo que está arriba pasa a estar abajo».

Tuvo un presentimiento y aguzó la mirada a través de la neblina rojiza que rodeaba la cabeza esculpida. Gran parte del cabello de serpientes de la Medusa estaba sumergido bajo el agua, pero sus ojos quedaban por encima de la superficie y miraban a la izquierda.

Con miedo, Langdon se asomó por la baranda y volvió la cabeza para seguir la mirada de la estatua hasta un rincón del palacio sumergido que le resultó familiar.

Lo supo al instante.

Ese era el lugar.

La zona cero de Zobrist.

92

Procurando que no lo viera nadie, el agente Brüder pasó por debajo de la baranda y se metió en el agua. Le llegaba a la altura del pecho y estaba fría, lo cual provocó que, al filtrarse por la ropa, sus músculos se tensaran. El suelo de la cisterna era resbaladizo pero firme. Se quedó un momento inmóvil, evaluando la situación y observando cómo los círculos concéntricos en el agua se alejaban, como ondas expansivas.

Contuvo un momento la respiración. «Muévete despacio —se dijo a sí mismo—. No crees turbulencias».

Langdon, que permanecía en la plataforma, miró a uno y otro lado.

—Adelante —susurró—. Nadie lo ve.

Brüder se volvió hacia la cabeza invertida de la Medusa. Un foco rojo la iluminaba y, ahora que se encontraba a su nivel, le pareció todavía más grande.

—Siga la mirada de la Medusa —le susurró Langdon—. A Zobrist le gustaban los juegos simbólicos, y tenía tendencia al dramatismo. No me sorprendería que hubiera colocado su creación a la vista de la letal mirada del monstruo.

«Las grandes mentes piensan igual». Brüder agradeció que el profesor hubiera insistido en bajar a la cisterna con él; sus conocimientos los habían guiado casi directamente a ese lejano rincón de la cisterna.

Mientras las notas de la *Sinfonía Dante* sonaban a lo lejos, Brüder tomó su linterna de bolsillo impermeable Tovatec, la metió debajo del agua y la encendió. Un brillante haz de luz halógena atravesó el agua, iluminando el suelo de la cisterna.

«Con calma —se recordó a sí mismo—. No perturbes nada».

Y, sin más preámbulo, se fue moviendo en cámara lenta por la laguna sin dejar de mover metódicamente la linterna de un lado a

otro, como si fuera un rastreador de minas submarinas.
En la baranda, Langdon había comenzado a sentir una molesta opresión en la garganta. A pesar de la humedad, el aire de la cisterna le parecía viciado y sin oxígeno. Mientras el agente avanzaba con cuidado por el agua, el profesor se dijo que todo iba a salir bien.

«Hemos llegado a tiempo.

»Está todo intacto.

»El equipo de Brüder puede contenerlo».

Aun así, se sentía intranquilo. A causa de su claustrofobia, allí abajo se habría sentido mal fueran cuales fuesen las circunstancias. «Algo sobre miles de toneladas de tierra… soportadas únicamente por columnas en descomposición».

Apartó el pensamiento de su cabeza y volvió a echar un vistazo por encima del hombro por si alguien los había visto.

«Nada».

Las únicas personas cercanas estaban mirando en dirección contraria, hacia la orquesta. Nadie parecía haberse dado cuenta de que Brüder se había metido al agua.

Langdon volvió a mirar al líder de la unidad AVI. La luz halógena de su linterna seguía oscilando siniestramente delante de él, iluminándole el camino.

De repente, la visión periférica del profesor captó un movimiento: una ominosa forma negra se alzó en el agua a su izquierda. Se volvió y se quedó mirando la amenazadora sombra, medio esperando encontrarse ante una especie de Leviatán emergiendo de las profundidades.

El agente se detuvo. Al parecer, también la había visto.

La fantasmal silueta negra tenía unos nueve metros de altura, y era prácticamente idéntica a la del médico de la plaga que aparecía en el video de Zobrist.

«Es una sombra —cayó en la cuenta Langdon—. La de Brüder».

Al pasar por delante de un foco sumergido en la laguna, su sombra se había proyectado en la pared de un modo muy parecido al de Zobrist en el video.

«¡Este es el lugar! —exclamó Langdon—. Se está acercando».

Brüder asintió y continuó avanzando lentamente. Langdon lo hacía por la plataforma, manteniéndose a su altura. Mientras el

agente se alejaba más y más, Langdon volvió a mirar por encima del hombro para asegurarse de que nadie había reparado en ellos.

Nada.

Al volver a posar sus ojos en la laguna, algo en sus pies llamó su atención.

Bajó la mirada y vio un pequeño charco de líquido rojo.

Sangre.

Por alguna razón, había sangre cerca de sus pies.

«¿Estoy sangrando?».

No sentía dolor alguno, pero de todos modos comprobó frenéticamente que no tuviera alguna herida o se tratara de una posible reacción a alguna toxina que hubiera en el aire. Se aseguró también de que no le estuvieran sangrando la nariz, las uñas o las orejas.

Sin entender de dónde procedía esa sangre, miró entonces a su alrededor y confirmó que estaba solo en la pasarela desierta.

Volvió a bajar la mirada al charco y esta vez advirtió un pequeño hilo que recorría la pasarela e iba a parar a sus pies. El líquido rojo parecía proceder del final de la pasarela y descendía hasta sus pies por la inclinación de los tablones.

«Ahí hay alguien herido», pensó Langdon. Rápidamente, echó un vistazo a Brüder, que en esos momentos se estaba acercando al centro de la laguna.

Langdon comenzó a recorrer la pasarela siguiendo la corriente. A medida que avanzaba, se hacía más amplia y fluía con mayor rapidez. «¿Qué diablos…?». Apretó a correr y siguió el líquido hasta la pared, donde la pasarela terminaba de golpe.

Había llegado a un callejón sin salida.

En la lúgubre oscuridad, distinguió una gran charco de aguas rojas. Parecía que alguien acabara de ser despedazado.

En ese instante, mientras observaba cómo el líquido goteaba de la plataforma a la cisterna, cayó en la cuenta de que su primera impresión había sido equivocada.

«No es sangre».

El color rojo de las luces y de la pasarela habían conferido a esas gotas transparentes un tono rojizo y habían provocado esa ilusión.

«No es más que agua».

En vez de sentirse aliviado, la revelación le provocó más miedo

todavía. Bajó la mirada al charco de agua y reparó en las salpicaduras que había en la baranda. Y luego en las huellas.

«Alguien ha salido del agua en este punto».

Langdon se dio la vuelta para llamar a Brüder, pero estaba demasiado lejos y la música de la orquesta era ahora un *fortissimo* de vientos y timbales. Era ensordecedora. De repente, notó una presencia a su lado.

«No estoy solo».

En cámara lenta, se volvió hacia la pared donde terminaba la pasarela. A tres metros, discernió una forma en las sombras. Parecía una gran piedra envuelta en una capa negra. La forma permanecía inmóvil.

Y entonces se movió.

Comenzó a erguirse, y una cabeza sin rasgos que hasta entonces había permanecido inclinada comenzó a elevarse.

«Es una persona ataviada con un burka negro», se dio cuenta Langdon.

La tradicional vestimenta islámica no dejaba nada de piel a la vista, pero cuando la cabeza se volvió hacia Langdon, él vislumbró dos oscuros ojos mirándolo a través de una rejilla de la prenda.

Lo supo de inmediato.

De repente, Sienna Brooks reaccionó y empezó a correr. Tras embestir a Langdon y tirarlo al suelo, se escapó a toda velocidad por la pasarela.

93

Mientras tanto, en la laguna, el agente Brüder se había detenido. Algo metálico en el suelo de la cisterna acababa de destellar bajo el haz de luz de su linterna Tovatec.

Conteniendo el aliento, el agente dio un paso hacia adelante intentando no causar ninguna turbulencia en el agua. A través de la cristalina superficie, distinguió un reluciente rectángulo de titanio atornillado al suelo.

«La placa de Zobrist».

El agua era tan transparente que casi podía leer la fecha del día siguiente y el texto que la acompañaba.

EN ESTE LUGAR, EN ESTA FECHA,
EL MUNDO CAMBIÓ PARA SIEMPRE.

«Me temo que no —pensó Brüder, sintiendo que su confianza iba en aumento—. Todavía tenemos varias horas para detener esto antes de que acabe el día».

Visualizando el video de Zobrist, el agente apuntó el haz de la linterna a la izquierda de la placa en busca de la bolsa Solublon. Mientras iba iluminando el agua oscura, Brüder parecía confundido.

«No hay ninguna bolsa».

Movió el haz todavía más a la izquierda, hacia el punto exacto en el que la bolsa aparecía en el video.

Nada.

«Pero… ¡Si estaba aquí!».

Apretando los dientes, Brüder dio otro paso hacia adelante y movió lentamente el haz de un lado a otro para examinar toda la zona.

No había ninguna bolsa. Solo la placa.

Durante un breve instante, se preguntó si quizá esa amenaza, como tantas otras cosas hoy en día, no habría sido más que una ilusión.

«¿Ha sido todo un montaje?».

»¡¿Acaso Zobrist solo quería asustarnos?!».

Y entonces la vio.

A la izquierda de la placa, apenas visible, había una correa. La flácida cuerda flotaba en el agua, como un gusano sin vida. En un extremo había un pequeño broche de plástico del cual colgaban unos pocos pedazos de plástico Solublon.

El agente se quedó mirando los restos de la bolsa transparente. Colgaban del extremo de la correa como el nudo roto de un globo inflable reventado.

Lentamente, asimiló la realidad.

«Hemos llegado demasiado tarde».

Visualizó la bolsa sumergida disolviéndose. Su contenido mortal propagándose por el agua. Y, luego, las burbujas emergiendo hasta la superficie de la laguna.

Con un dedo trémulo, apagó la linterna y permaneció un momento a oscuras, intentando poner en orden su mente.

Los pensamientos dieron paso a una oración.

«Que Dios se apiade de nosotros».

—¡Agente Brüder, conteste! —exclamó la doctora Sinskey a su radiotransmisor mientras descendía la escalera de entrada a la cisterna para intentar recibir mejor la señal—. ¡No he entendido lo que ha dicho!

Volvió a sentir el aire cálido que subía por la escalera en dirección a la puerta. En la calle, la unidad AVI había llegado y sus miembros se estaban preparando detrás del edificio para evitar que la gente viera sus trajes especiales de protección contra materiales peligrosos.

—… bolsa rota… —oyó que decía la voz de Brüder en el radiotransmisor— y… propagado.

«¡¿Qué?!». Sinskey esperaba no haberlo entendido bien y siguió bajando la escalera.

—¡Repita! —ordenó cuando ya casi había llegado a la cisterna. La música de la orquesta se oía más fuerte.

Y la voz de Brüder con más claridad.

—¡… y repito…, el agente infeccioso se ha diseminado!

Sinskey dio un traspiés y casi cayó en la entrada a la caverna al pie de la escalera. «¡¿Cómo puede haber sucedido eso?!».

—La bolsa se ha disuelto —dijo la voz de Brüder—. ¡El agente infeccioso está en el agua!

La doctora levantó la mirada e intentó procesar el inmenso mundo subterráneo que ahora tenía delante. Un sudor frío comenzó a perlar su frente.

A través de la neblina rojiza, vislumbró una vasta extensión de agua de la cual emergían cientos de columnas. Sin embargo, todo lo que vio fueron personas.

Cientos de personas.

Sinskey se quedó mirando la multitud de gente, atrapada sin saberlo en la mortal trampa subterránea de Zobrist, y reaccionó instintivamente.

—Brüder, venga de inmediato. Tenemos que empezar a evacuar a la gente.

La respuesta del agente fue instantánea:

—¡Ni hablar! ¡Cierre las puertas! ¡Que nadie salga de aquí!

Como directora de la Organización Mundial de la Salud, Elizabeth Sinskey estaba acostumbrada a que sus órdenes se cumplieran sin titubeos. Por un instante, creyó haber entendido mal al líder de la unidad AVI. «¡¿Que cierre las puertas?!».

—¡Doctora Sinskey! —La voz resonó por encima de la música—. ¡¿Me oye?! ¡Cierre las malditas puertas!

Brüder repitió la orden, pero no hacía falta. La doctora sabía que tenía razón. Ante una posible pandemia, la contención era la única opción viable.

Instintivamente, se llevó la mano a su amuleto de lapislázuli. «Sacrificar a unos pocos para salvar a muchos». Con renovada determinación, se llevó el radiotransmisor a los labios.

—Confirmado, agente Brüder. Daré la orden de que cierren las puertas.

Justo cuando iba a alejarse del horror de la cisterna y dar la orden, advirtió una conmoción en la multitud.

A escasa distancia, una mujer con un burka negro corría por una abarrotada pasarela abriéndose paso entre la gente a empujones. Parecía dirigirse directamente hacia ella y la salida.

«La están persiguiendo», cayó en la cuenta Sinskey al ver que un hombre corría detrás de la mujer.

De repente, se percató de quién era. «¡Langdon!».

La doctora volvió a mirar a la mujer del burka. Se acercaba con rapidez y de repente se puso a gritar algo en turco. Sinskey desconocía ese idioma, pero a juzgar por la reacción de pánico de todo el mundo, las palabras de la mujer equivalían a gritar «¡Fuego!» en un teatro abarrotado.

Una oleada de pánico se extendió entre la gente y, de repente, no eran solo la mujer y Langdon quienes corrían hacia la escalera. Todo el mundo lo hacía.

Sinskey le dio la espalda a la estampida y comenzó a gritar desesperadamente a su equipo:

—¡Cierren las puertas! ¡Sellen la cisterna! ¡Ahora!

Para cuando Langdon torció la esquina y comenzó a subir la escalera, Sinskey ya se encontraba a medio camino de la superficie, pidiendo a gritos que cerraran las puertas. Sienna Brooks le pisaba los talones a pesar de correr con el pesado burka mojado.

A su espalda, Langdon podía notar la estampida de aterrorizados asistentes al concierto dirigiéndose hacia la salida.

—¡Cierren las puertas! —volvió a gritar Sinskey.

Las largas piernas de Langdon le permitieron subir los escalones de tres en tres y ganarle terreno a Sienna. Mientras subía, pudo ver que las gruesas puertas de la cisterna comenzaban a cerrarse.

«Con demasiada lentitud».

Sienna llegó a la altura de Sinskey, la agarró por el hombro y se impulsó con fuerza hacia adelante. La doctora cayó de rodillas en las escaleras y su querido amuleto se rompió por la mitad al golpearse con un escalón de cemento.

Langdon hizo caso omiso a su instinto de detenerse para ayudar a la mujer y en vez de pararse pasó de largo en dirección al descanso superior.

Estaba a unos pocos metros de Sienna. Casi la tenía a su alcance, pero ella llegó al descanso y las puertas todavía no se habían cerrado del todo. Sin aminorar el paso, la joven ladeó ágilmente su delgado cuerpo y se escabulló por la estrecha abertura.

Su burka, sin embargo, se enganchó en el pestillo, y la detuvo de golpe, a escasos centímetros de la libertad. Mientras la joven

intentaba liberarse, Langdon extendió la mano, agarró el burka y tiró con fuerza para volver a meterla dentro. Ella, sin embargo, se retorció frenéticamente, y de repente el profesor se quedó con un trozo de tela mojada en las manos.

Las puertas se cerraron sobre la prenda y casi le aplastan la mano a Langdon. La ropa imposibilitaba que los hombres las pudieran cerrar del todo.

A través de la rendija, Langdon pudo ver la reluciente calva de Sienna Brooks alejándose por la concurrida calle. Llevaba el mismo suéter y los mismos pantalones de antes y, de repente, el profesor no pudo evitar sentir la intensa punzada de la traición.

Pero ese sentimiento solo duró un instante. Una súbita presión lo aplastó contra la puerta.

La estampida había llegado.

En la escalera resonaban gritos de terror y confusión, y la música de la orquesta dio paso a una confusa cacofonía. Langdon podía notar cómo la presión en su espalda se incrementaba a medida que llegaba más gente al atasco. Su caja torácica comenzó a comprimirse dolorosamente contra la puerta.

Al fin, las puertas se abrieron de golpe y Langdon salió despedido hacia la noche como el corcho de una botella de champán. Se tambaleó en la acera y casi cae al suelo. A su espalda, una riada de gente emergía de la tierra como hormigas huyendo de un hormiguero envenenado.

Al oír el caos, los agentes de la unidad AVI salieron de detrás del edificio. Sus trajes y mascarillas de protección contra materiales peligrosos no hicieron sino amplificar el pánico.

Langdon se volvió y buscó a Sienna con la mirada. Lo único que podía ver era tráfico, luces y confusión.

Entonces, fugazmente, divisó a su izquierda el pálido reflejo de una cabeza calva. Se alejaba por una abarrotada acera y, de repente, desapareció por una esquina.

Langdon echó un vistazo a su espalda en busca de Sinskey, la policía o un agente AVI que no llevara un voluminoso traje de protección contra materiales peligrosos.

Nada.

Estaba solo.

Sin pensárselo dos veces, salió corriendo tras ella.

En las profundidades de la cisterna, el agente Brüder permanecía solo en el agua. El ruido del pandemónium resonaba en la oscuridad. Turistas y músicos histéricos corrían hacia la salida y desaparecían escalera arriba.

«Las puertas no se han cerrado —advirtió horrorizado—. La contención no se ha producido».

94

Robert Langdon no era un corredor, pero años de natación le habían proporcionado unas poderosas piernas, y su zancada era larga. Llegó a la esquina en cuestión de segundos. Al doblarla, desembocó en una avenida más amplia y rápidamente examinó las aceras.

«¡Tiene que estar aquí!».

Había dejado de llover y, desde esa esquina, Langdon podía ver toda la calle iluminada. No había ningún lugar donde ocultarse.

Y, sin embargo, Sienna parecía haber desaparecido.

Con los brazos en jarras y la respiración todavía jadeante, examinó la mojada calle que tenía delante. Solo vio movimiento a unos cincuenta metros. Uno de los modernos *otobüsler* de Estambul había arrancado y se alejaba por la avenida.

«¿Ha subido Sienna a un autobús?».

Parecía demasiado arriesgado. ¿Por qué iba a encerrarse en un vehículo si sabía que todo el mundo la estaba buscando? Aunque, claro, quizá creía que nadie la había visto doblar la esquina y justo entonces había visto que el bus se disponía a arrancar, ofreciéndole una oportunidad perfectamente sincronizada.

«Quizá».

En lo alto del bus había una pantalla de leds programable que indicaba su destino: GALATA.

Langdon corrió hacia un hombre mayor que se encontraba bajo el toldo de un restaurante. Iba vestido con una elegante túnica bordada y un turbante blanco.

—Disculpe —dijo Langdon casi sin aliento cuando llegó a su lado—. ¿Habla usted inglés?

—Por supuesto —dijo el hombre, algo molesto por el tono apremiante de Langdon.

—¿Galata? ¿Es un lugar?

—¿Galata? —respondió el hombre—. ¿El puente Gálata? ¿El

puerto de Gálata?

Langdon señaló el *otobüs* que se alejaba.

—¡Gálata! ¿Adónde va?

El hombre del turbante miró el autobús y, tras considerarlo un momento, contestó:

—Puente Gálata. Sale de la parte antigua de la ciudad y cruza el puente.

Langdon emitió un gruñido. Volvió a examinar la acera a uno y otro lado, pero no parecía haber rastro de Sienna. Por la avenida no dejaban de pasar vehículos de emergencia en dirección a la cisterna. Sus sirenas resonaban por todas partes.

—¿Qué sucede? —preguntó el hombre, alarmado—. ¿Hay algún problema?

Langdon volvió a mirar el bus y supo que se la jugaba, pero no tenía otra opción.

—Sí, señor —respondió—. Hay una emergencia y necesito su ayuda. —Señaló entonces un reluciente Bentley plateado que un empleado acababa de dejar junto a la acera—. ¿Es ese su auto?

—Así es, pero…

—Necesito que me lleve —dijo Langdon—. Sé que no nos conocemos de nada, pero ha tenido lugar una catástrofe y es un asunto de vida o muerte.

El hombre del turbante miró al profesor directamente a los ojos un largo momento, como si le estuviera escrutando el alma. Al fin, asintió.

—Entonces será mejor que suba.

En cuanto el Bentley arrancó, Langdon se tuvo que agarrar al asiento. Estaba claro que el hombre era un conductor experimentado y que parecía disfrutar del desafío de serpentear entre el tráfico jugando a las carreras con el autobús.

Tardó menos de tres manzanas en llegar a la altura del *otobüs*. Langdon se inclinó en el asiento y miró la ventana trasera. Las luces interiores eran tenues y lo único que podía distinguir era la vaga silueta de los pasajeros.

—No pierda de vista el autobús, por favor —dijo Langdon—. ¿Tiene teléfono?

El hombre agarró un móvil que llevaba en el bolsillo y se lo dio al profesor. Tras agradecérselo profusamente, Langdon se dio

cuenta de que no tenía ni idea de a quién llamar. No tenía el número de contacto de Sinskey ni el de Brüder. Y si llamaba a las oficinas de la OMS en Suiza tardaría siglos en que le hicieran caso.

—¿Cómo me pongo en contacto con la policía local? —preguntó Langdon.

—Uno cinco cinco —respondió el hombre—. En cualquier lugar de Estambul.

Langdon marcó los tres números y esperó. La línea sonó varias veces. Finalmente, respondió una voz grabada. Le informó en turco y en inglés de que, debido a la gran cantidad de llamadas, permanecería un momento en espera. Langdon se preguntó si ese volumen de llamadas no se debería a la crisis en la cisterna.

Con toda probabilidad, el palacio sumergido se encontraba en un estado de caos absoluto. Recordó a Brüder caminando por el agua y se preguntó qué habría descubierto. Tuvo la desagradable sensación de que ya lo sabía.

«Seguramente, Sienna se ha metido en el agua antes que él».

Las luces de frenado del autobús se encendieron al llegar a una parada. El conductor del Bentley también lo hizo, pero a unos quince metros, proporcionándole a Langdon una perfecta perspectiva de los pasajeros que entraban y salían. Solo bajaron tres personas y, a pesar de ser todos hombres, Langdon los estudió con atención, consciente del talento de Sienna para los disfraces.

Luego volvió a mirar la luna trasera del autobús. Estaba ahumada, pero ahora las luces interiores se habían encendido y pudo ver con más claridad la gente que había dentro. Se inclinó hacia adelante, estiró el cuello y acercó la cara al parabrisas del auto.

«¡Por favor, que no me haya equivocado!».

Entonces la vio.

En la parte trasera del vehículo, mirando al frente, una cabeza calva sobre unos delgados hombros.

«Solo podía ser Sienna».

Al arrancar, las luces interiores del bus volvieron a apagarse. Antes de desaparecer en la oscuridad, la cabeza de Sienna se volvió hacia atrás y echó un vistazo por encima del hombro.

Langdon bajó la cabeza e intentó ocultarse en las sombras del Bentley. «¿Me ha visto?». El conductor del turbante ya había

arrancado y seguía de nuevo al autobús.

La calle descendía hasta el mar, y al fondo Langdon pudo ver las luces de un puente bajo que se extendía sobre el agua. Parecía saturado de tráfico. De hecho, toda la zona cercana a la entrada estaba muy congestionada.

—El Bazar de las Especias —dijo el hombre—. Muy popular en noches lluviosas.

El hombre señaló un edificio increíblemente largo que había en la orilla del mar, a la sombra de una espectacular mezquita (que, si Langdon no se equivocaba, a juzgar por la altura de sus minaretes era la Mezquita Nueva). El Bazar de las Especias parecía más grande que la mayoría de centros comerciales norteamericanos. Una gran cantidad de gente entraba y salía por su enorme puerta arqueada.

—*Alo?!* —exclamó una tenue voz en el auto—. *Acil Durum! Alo?!*

El profesor bajó la mirada al teléfono que tenía en la mano. «La policía».

—¡Sí, hola! —respondió tras llevarse el aparato a la oreja—. Me llamo Robert Langdon. Trabajo con la Organización Mundial de la Salud. Ha tenido lugar una grave crisis en la cisterna de la ciudad y estoy siguiendo a la persona responsable. Va en un autobús que se encuentra cerca del Bazar de las Especias y se dirige a…

—Un momento, por favor —dijo la operadora—, deje que le pase con la central.

—¡No, espere! —Pero la llamada de Langdon volvió a quedar en pausa.

El conductor del Bentley se volvió hacia él con una expresión de miedo en el rostro.

—¡¿Una crisis en la cisterna?!

Langdon iba a explicarle qué había sucedido cuando, de improviso, el rostro del conductor se volvió de color rojo como si fuera un demonio.

«¡Unas luces de frenado!».

El conductor volvió la mirada al frente y el Bentley se detuvo justo detrás del autobús. Las luces interiores de este se volvieron a encender y Langdon pudo ver claramente a Sienna. Estaba junto a la puerta trasera, tirando del cordel de la parada de emergencia y golpeando la puerta para bajar del autobús.

«Me ha visto», se dio cuenta Langdon. Y, sin duda, también había visto el tráfico que había en el puente Gálata y sabía que no podía arriesgarse a que la alcanzaran en él.

De inmediato, Langdon abrió la puerta del Bentley, pero Sienna ya había bajado del autobús y se alejaba en la noche. Langdon le arrojó el teléfono móvil a su dueño.

—¡Dígale a la policía lo que ha pasado! ¡Y que rodee la zona!

Asustado, el hombre del turbante asintió.

—¡Y gracias! —exclamó Langdon—. *Teşekkürler!*

Tras lo cual salió corriendo detrás de Sienna, que se dirigía hacia la muchedumbre que abarrotaba la puerta del Bazar de las Especias.

95

El Bazar de las Especias es uno de los mercados cubiertos más grandes del mundo. Construido hace más de trescientos años con forma de ele, el extenso complejo tiene ochenta y ocho salas abovedadas divididas en cientos de tiendas, donde los vendedores locales pregonan una impresionante variedad de placeres comestibles procedentes de todo el mundo: especias, frutas, hierbas y el ubicuo dulce típico de Estambul: la delicia turca.

La entrada del bazar —un enorme portal de arco gótico— se encuentra en la esquina de Çiçek Pazari y la calle Tahmis, y se dice que por ella pasan más de trescientos mil visitantes diarios.

Esa noche, a medida que se acercaba a la abarrotada entrada, Langdon tuvo la sensación de que esas trescientas mil personas se encontraban ahí en ese momento. Seguía corriendo a toda velocidad sin apartar los ojos de ella. La tenía apenas a veinte metros. Iba directo hacia la entrada del bazar y no parecía tener intención alguna de detenerse.

Sienna llegó al portal arqueado repleto de gente y comenzó a abrirse paso entre la muchedumbre para entrar en el bazar. Al cruzar el umbral, echó un vistazo por encima del hombro. Langdon vio en sus ojos a una niña que huía asustada, desesperada y fuera de control.

—¡Sienna! —exclamó.

Pero ella se adentró en el mar de humanidad y desapareció.

Langdon fue tras ella. Avanzando entre la gente a empujones y estirando el cuello para localizarla, finalmente la vio huyendo por el pasillo occidental, que quedaba a su izquierda.

Toneles repletos de especies exóticas —curry indio, azafrán iraní, té de flores chino— bordeaban el camino. Sus deslumbrantes colores conformaban una especie de túnel de colores amarillos, marrones y dorados. A cada paso, Langdon olía un nuevo aroma —

setas acres, raíces amargas, aceites almizclados— que inundaba el aire como un ensordecedor coro de idiomas de todo el mundo. El resultado era un abrumador estallido de estímulos sensoriales dispuesto en medio de un incesante zumbido de personas.

De miles de personas.

Una agobiante sensación de claustrofobia atenazó a Langdon y casi lo obliga a detenerse, pero se recompuso rápidamente y siguió adentrándose en el bazar. A lo lejos, podía ver a Sienna avanzando entre la muchedumbre sin aflojar lo más mínimo el paso. Estaba claro que llegaría hasta el final, dondequiera que eso fuera.

Por un momento, Langdon se preguntó por qué la seguía.

«¿Por justicia?». Teniendo en cuenta lo que había hecho, no se le ocurría qué castigo podían aplicarle si la atrapaban.

«¿Para prevenir una pandemia?». Lo que hubiera hecho ya no tenía remedio.

Mientras avanzaba a través de un océano de desconocidos, de repente fue consciente de por qué quería realmente detener a Sienna Brooks.

«Quiero respuestas».

A apenas diez metros, Sienna se dirigía a una salida que había en el brazo occidental del bazar. Volvió a echar un vistazo por encima del hombro y se alarmó al ver a Langdon tan cerca. Cuando volvió la mirada al frente, tropezó y se cayó.

Salió despedida y chocó con el hombro de la persona que tenía delante. Mientras caía, extendió la mano para agarrarse a algo, pero solo encontró el borde de un tonel de castañas secas. El recipiente volcó y las castañas se derramaron por el suelo.

A Langdon le llevó apenas tres zancadas llegar al lugar en el que había caído la joven. Para entonces, sin embargo, solo vio el tonel volcado y las castañas.

El vendedor gritaba furiosamente.

«¡¿Adónde ha ido?!», pensó Langdon.

El profesor dio una vuelta en círculo, pero Sienna parecía haber desaparecido. En cuanto su mirada se posó en la salida occidental que se encontraba a solo quince metros, cayó en la cuenta de que la dramática caída de la joven no había tenido nada de accidental.

Corrió hacia esa puerta y salió a una enorme plaza que también estaba repleta de gente, pero no había rastro de Sienna.

Justo enfrente, al final de una carretera de múltiples carriles, el puente Gálata se extendía sobre las aguas del Cuerno de Oro. Los minaretes duales de la Mezquita Nueva se elevaban a su derecha. A su izquierda solo estaba la plaza abarrotada.

El ensordecedor ruido de las bocinas de los autos volvió a llamar la atención de Langdon otra vez al frente. Se fijó en la carretera que separaba la plaza del mar y vio a Sienna a unos cien metros, corriendo entre el veloz tráfico y esquivando por poco dos camiones que casi la atropellan. Se dirigía al mar.

A su izquierda, en la orilla del Cuerno de Oro, Langdon podía oír el bullicio de los transbordadores, *otobüsler*, taxis y botes turísticos de un centro de transportes.

Cruzó corriendo la plaza en dirección a la carretera. Cuando llegó a la valla de seguridad, se esperó a que no pasaran coches y cruzó el primero de varios carriles. Durante quince segundos, Langdon fue avanzando de mediana en mediana entre los cegadores faros y las enojadas bocinas de los vehículos. Deteniéndose, avanzando y serpenteando, consiguió llegar finalmente a la valla que había al otro lado de la carretera y saltar a una extensión de césped.

Aunque todavía podía verla, Sienna estaba ahora muy lejos. Había pasado de largo la parada de taxis y unos buses estacionados y se dirigía al muelle, donde había todo tipo de botes meciéndose en el mar: barcazas de turistas, taxis acuáticos, botes de pesca privados y lanchas. Langdon miró entonces las parpadeantes luces del lado oriental del Cuerno de Oro, y no tuvo ninguna duda de que si llegaba a la otra orilla no habría posibilidad alguna de encontrarla nunca más.

Cuando Langdon llegó al puerto, se volvió hacia la izquierda y comenzó a correr, llamando la atención de los turistas que estaban haciendo cola para embarcar en una flotilla de barcazas restaurante ostentosamente decoradas con cúpulas imitando las de las mezquitas, florituras doradas y neones parpadeantes.

«Las Vegas del Bósforo», pensó Langdon al pasar por delante a toda velocidad.

A lo lejos, Sienna ya no corría. Se había detenido en una zona del muelle repleta de lanchas privadas y hablaba con el propietario de una.

«¡No deje que suba a bordo!».

Al acercarse más, pudo ver que el joven al que Sienna intentaba engatusar se encontraba al timón de una reluciente lancha a punto de desamarrar. El hombre sonreía, pero negaba educadamente con la cabeza. La joven siguió gesticulando, pero el dueño de la lancha pareció declinar su oferta de forma irrevocable y volvió su atención a los mandos de la embarcación.

Sienna se volteó hacia Langdon. En el rostro de la joven era perceptible su desesperación. A sus pies, los motores fuera borda de la lancha se pusieron en marcha y la embarcación comenzó a alejarse del muelle.

De repente, saltó por encima del agua y aterrizó sobre el casco de fibra de vidrio del bote. Al notar el impacto, el conductor se dio la vuelta sin dar crédito a lo que pasaba. Tras frenar el bote, que se encontraba a unos veinte metros del muelle, corrió hacia su polizón sin dejar de gritar furiosamente.

Cuando llegó a su altura, Sienna se hizo a un lado y, con gran agilidad, lo tomó de la muñeca y utilizó su propio impulso para empujarlo por la borda de la lancha. El hombre cayó de cabeza al mar. Un momento después, volvió a salir a la superficie, agitando los brazos y gritando una retahíla de lo que sin duda eran obscenidades en turco.

Impertérrita, Sienna le arrojó un chaleco salvavidas, se dirigió al timón del bote y volvió a ponerlo en marcha.

Los motores rugieron y la lancha aceleró.

Langdon permanecía en el muelle, recobrando el aliento mientras veía como el lustroso casco blanco surcaba el agua y se convertía en una fantasmal sombra de la noche. Levantó entonces la mirada al horizonte y supo que Sienna tenía acceso no solo a la otra orilla, sino a la red casi infinita de canales que se extendían del mar Negro al Mediterráneo.

«Se ha escapado».

El dueño del bote salió del agua y corrió a llamar a la policía.

A Langdon le embargó una poderosa sensación de soledad al ver cómo las luces de la lancha robada se iban haciendo pequeñas y el gemido de sus potentes motores se volvía cada vez más débil.

Y entonces dejaron de oírse de golpe.

Langdon aguzó la mirada. «¿Ha apagado el motor?».

Las luces del bote parecían haber dejado de alejarse y ahora se mecían suavemente en las olas del Cuerno de Oro. Por alguna razón desconocida, Sienna Brooks se había detenido.

«¿Se ha quedado sin gasolina?».

Al ahuecar las manos junto a las orejas y aguzar el oído, pudo escuchar el leve gemido de los motores haciéndose más lentos.

«Si no se ha quedado sin gasolina, ¿qué está haciendo?».

Langdon esperó.

Diez segundos. Quince segundos. Treinta segundos.

Entonces, inesperadamente, los motores volvieron a ponerse en marcha, primero con cierta renuencia y después con más decisión. Para desconcierto de Langdon, las luces del bote comenzaron a dar un amplio giro hasta que la proa quedó de cara a él.

«Está regresando».

Cuando el bote estuvo más cerca, pudo ver a Sienna al volante, mirando inexpresivamente al frente. A treinta metros, aminoró la marcha y volvió a dejar la embarcación en el muelle del que había partido. Entonces detuvo el motor.

Silencio.

Langdon la miraba sin entender nada.

Sienna no levantó la mirada.

Hundió la cara en las manos y sus hombros encorvados comenzaron a temblar. Cuando miró a Langdon, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Robert —sollozó—. No puedo seguir escapando. Ya no tengo adónde ir.

96

«Se ha propagado».

Elizabeth Sinskey permanecía al pie de la escalera de la cisterna y, respirando con dificultad a través de una mascarilla, contemplaba la caverna evacuada. Aunque ya se había expuesto al patógeno que pudiera haber aquí abajo, cuando ella y la unidad AVI volvieron a entrar en el espacio desolado le alivió llevar puesto un traje de protección contra materiales peligrosos. Con esos holgados trajes blancos sujetos a cascos herméticos, el grupo parecía un equipo de astronautas internándose en una nave alienígena.

Sinskey sabía que en la calle se agolpaban cientos de asistentes al concierto y músicos asustados y confundidos. Muchos de ellos estaban recibiendo primeros auxilios por las heridas sufridas durante la estampida. Otros habían huido de la zona. Ella se consideraba afortunada de haber escapado solo con una rodilla magullada y el amuleto roto.

«Solo hay un agente infeccioso que viaje más rápido que un virus —pensó Sinskey—. El miedo».

Las puertas de la cisterna habían sido herméticamente selladas y estaban vigiladas por las autoridades locales. Sinskey había temido alguna fricción debido a cuestiones jurisdiccionales, pero todo posible conflicto se había evaporado al instante en cuanto vieron el material contra materiales peligrosos de la unidad y oyeron sus advertencias acerca de una posible plaga.

«Dependemos de nosotros mismos —pensó la directora de la OMS mientras miraba el reflejo del bosque de columnas en la laguna—. Nadie quiere bajar aquí».

A su espalda, dos agentes extendían una enorme sábana de poliuretano al pie de la escalera y la fijaban a la pared con una pistola de aire caliente. Otros dos habían encontrado un espacio abierto en una pasarela y habían comenzado a instalar una serie de

aparatos electrónicos. Parecían estar preparándose para analizar la escena de un crimen.

«Eso es exactamente lo que es —pensó Sinskey—. La escena de un crimen».

La doctora volvió a visualizar la mujer con el burka mojado que acababa de escapar de la cisterna. Todo indicaba que Sienna Brooks había arriesgado su propia vida para sabotear el intento de contención de la OMS y completar la retorcida misión de Zobrist. «Bajó y rompió la bolsa de Solublon…».

Langdon había salido corriendo tras Sienna, y Sinskey todavía no había recibido noticia alguna sobre lo que les había pasado a ninguno de los dos.

«Espero que el profesor esté a salvo», pensó.

Brüder permanecía de pie en la plataforma, mirando inexpresivamente la cabeza invertida de la Medusa y preguntándose cómo proceder ahora.

Como agente de la unidad AVI, había sido entrenado para pensar a nivel global. Debía dejar a un lado cualquier preocupación ética o personal y centrarse en salvar tantas vidas como fuera posible. Hasta ese momento, no había sido del todo consciente del riesgo que corría su propia salud. «He caminado por el agua infectada —pensó, lamentando la arriesgada decisión que había tomado pero sabiendo que no había tenido otra opción—. Necesitábamos una valoración inmediata».

Brüder se obligó a pensar en la tarea que tenía entre manos: implementar un plan B. Por desgracia, en una crisis de contención, el Plan B siempre era el mismo: ampliar el radio. Con bastante frecuencia, luchar contra una enfermedad contagiosa era como hacerlo contra un incendio forestal: a veces había que recular o perder una batalla con la esperanza de ganar la guerra.

Todavía no había renunciado a la idea de que la contención total fuera posible. Lo más probable era que Sienna Brooks hubiera roto la bolsa unos pocos minutos antes del ataque general de histeria y la evacuación. Si eso era cierto, a pesar de que cientos de personas habían huido de la escena, en el momento inicial de la propagación todos se encontraban demasiado lejos del origen del virus y seguramente no se habrían infectado.

«Todos salvo Langdon y Sienna —cayó en la cuenta Brüder—.

Ambos estaban aquí, en la zona cero, y ahora se encuentran en algún lugar de la ciudad».

Otra cosa preocupaba a Brüder, algo que no tenía sentido y que seguía molestándolo. No había llegado a encontrar la bolsa de Solublon. Si Sienna la había roto —con una patada, rasgándola o lo que hubiera hecho—, debería haber encontrado restos de plástico flotando en la zona.

Pero no había nada. Todo resto de la bolsa parecía haber desaparecido. Y dudaba mucho que Sienna se la hubiera podido llevar con ella, pues para entonces ya se debía de estar deshaciendo.

«Así pues, ¿dónde ha ido a parar?».

Brüder tenía la preocupante sensación de que algo se le escapaba. Aun así, se concentró en preparar una nueva estrategia de contención, lo cual requería contestar primero una pregunta crítica.

«¿Cuál es el radio de dispersión actual del agente infeccioso?».

Él sabía que esa pregunta tendría respuesta en cuestión de minutos. Su unidad había establecido una serie de aparatos portátiles de detección de virus por las plataformas a una distancia creciente de la zona cero. Esos dispositivos —conocidos como unidades PCR— utilizaban lo que se llamaba reacción en cadena de la polimerasa para detectar la presencia de contaminación viral.

Se sentía optimista. Teniendo en cuenta la ausencia de movimiento en el agua de la laguna y el hecho de que hubiera pasado muy poco tiempo, estaba convencido de que los dispositivos PCR detectarían una zona de contaminación muy pequeña y podrían atacarla con productos químicos y usando la succión.

—¿Listo? —exclamó un técnico por un megáfono.

Los agentes estacionados alrededor de la cisterna alzaron sus pulgares.

—Analicen las muestras —se oyó por el crepitante megáfono.

Por toda la caverna, los agentes se agacharon y pusieron en marcha sus dispositivos PCR. Cada aparato comenzó a analizar una muestra del lugar en el que su operador se encontraba. Se habían situado alrededor de la placa de Zobrist en arcos concéntricos y a una distancia entre sí cada vez más amplia.

En la cisterna se hizo un silencio expectante y todo el mundo rezó para que solo se encendieran luces verdes.

Y entonces sucedió.

En la máquina más cercana a Brüder, la luz roja que indicaba la detección de un virus comenzó a parpadear. Los músculos del agente se tensaron y se volvió rápidamente hacia la siguiente.

La luz roja de esta también parpadeó.

«No».

Por toda la caverna comenzaron a oírse murmullos de desconcierto. Brüder contempló horrorizado como, una a una, se encendían las luces rojas de todos los dispositivos PCR hasta la entrada de la caverna.

«Oh, Dios…», pensó. El mar de luces rojas de detección dibujaba una imagen inconfundible.

El radio de contaminación era enorme.

El virus había contaminado toda la cisterna.

97

Sienna Brooks permanecía encorvada sobre el volante de la lancha robada. Robert Langdon la miraba fijamente e intentaba encontrarle un sentido a lo que acababa de ver.

—Estoy segura de que me odias —dijo Sienna sollozando y con los ojos llorosos.

—¡¿Odiarte?! —exclamó Langdon—. ¡Ni siquiera tengo la menor idea de quién eres! ¡Lo único que has hecho ha sido mentirme!

—Ya lo sé —dijo ella en voz baja—. Lo siento. Solo intentaba hacer lo correcto.

—¿Propagando una plaga?

—No, Robert, no lo entiendes.

—¡Claro que lo entiendo! —respondió Langdon—. ¡Entiendo que te has metido en el agua de la cisterna para romper la bolsa de Solublon! ¡Querías liberar el virus de Zobrist antes de que nadie pudiera contenerlo!

—¿Bolsa de Solublon? —Un destello de confusión fue perceptible en los ojos de Sienna—. No sé de qué estás hablando. Robert, fui a la cisterna para *detener* el virus de Bertrand. Mi intención era robarlo y hacerlo desaparecer para que nadie pudiera estudiarlo, ni siquiera la doctora Sinskey y la OMS.

—¿Robarlo? ¿Por qué no querías que lo encontrara la OMS?

Sienna respiró hondo.

—Hay tantas cosas que no sabes, pero ahora ya da igual. Hemos llegado demasiado tarde. Nunca tuvimos la menor oportunidad.

—¡Claro que la teníamos! ¡El virus no se iba a propagar hasta mañana! Esa fue la fecha que escogió Zobrist, si no te hubieras metido en el agua…

—¡Robert, yo no he liberado el virus! —exclamó Sienna—. Cuando me he metido en el agua he buscado la bolsa, pero ya era demasiado tarde. No había nada.

—No te creo —dijo Langdon.

—Ya lo sé. Y no te culpo. Quizá esto te ayude —metió la mano en el bolsillo, sacó un folleto empapado y se lo arrojó a Langdon—. Justo antes de meterme en la laguna he encontrado esto.

El profesor lo agarró y lo desplegó. Era un programa de las siete representaciones de la *Sinfonía Dante*.

—Fíjate en las fechas —dijo ella.

Langdon lo hizo. Y luego volvió a hacerlo otra vez, desconcertado. Por alguna razón, había creído que la representación de esa noche era la inaugural; la primera de las siete programadas para atraer gente a la cisterna infectada. Ese programa, sin embargo, indicaba otra cosa.

—¿Hoy era la última noche? —preguntó Langdon, levantando la mirada del papel—. ¿La orquesta ha estado tocando toda la semana?

Sienna asintió.

—Me he quedado tan sorprendida como tú —se quedó un momento callada. Su expresión era sombría—. El virus ya se ha propagado, Robert. Lo hizo hace una semana.

—Eso no puede ser cierto —contestó Langdon—. Mañana es el día. Zobrist incluso hizo una placa con la fecha.

—Sí, he visto la placa en el agua.

—Entonces sabrás que estaba obsesionado con que el día fuera mañana.

Sienna suspiró.

—Robert, conocía bien a Bertrand, mejor de lo que te he dado a entender. Era un científico, una persona orientada a los resultados. Ahora me doy cuenta de que la fecha de la placa no es la de la liberación del virus. Es otra cosa, algo más importante para su objetivo.

—¿Y eso es…?

De pie en el bote, Sienna se lo quedó mirando fijamente y dijo con solemnidad:

—Es una fecha de saturación global; una proyección matemática del día en el que su virus se habrá propagado por todo el mundo y habrá infectado a toda la población.

Esa perspectiva provocó un estremecimiento en Langdon y, sin embargo, no pudo evitar la sospecha de que Sienna mentía. Esa

historia contenía un fallo crucial, y ella ya había demostrado que era capaz de mentir sobre cualquier cosa.

—Hay un problema, Sienna —dijo, mirándola—. Si esta plaga ya se ha extendido por todo el mundo, ¿por qué la gente no está muriendo?

—Porque… —comenzó a decir. Se le había hecho un nudo en la garganta y sus ojos volvían a estar llenos de lágrimas—. Bertrand no creó una plaga. Creó algo mucho más peligroso.

98

A pesar del oxígeno que respiraba a través de la mascarilla, Elizabeth Sinskey se sentía algo mareada. Habían pasado cinco minutos desde que los dispositivos PCR de Brüder habían revelado la aterradora verdad.

«La ventana de contención se ha cerrado hace solamente una hora».

Al parecer, la bolsa de Solublon se había disuelto en algún momento de la semana anterior, probablemente la noche inaugural del ciclo de conciertos (pues Sinskey había descubierto que habían estado tocando la *Sinfonía Dante* las últimas siete noches). Los pocos restos de Solublon que colgaban de la correa no se habían deshecho porque les habían aplicado una capa adhesiva para fijar mejor la bolsa al broche.

«El agente infeccioso se propagó hace una semana».

Sin posibilidad ya de aislar el patógeno, los agentes de la unidad AVI, encorvados sobre las muestras en el improvisado laboratorio de la cisterna, habían iniciado el protocolo habitual: análisis, clasificación y valoración de la amenaza. Hasta el momento, las unidades PCR solo habían revelado una única información sólida, y el descubrimiento no sorprendió a nadie.

«Ahora el virus se transmite por el aire».

El contenido de la bolsa de Solublon había emergido a la superficie y las partículas virales se habían diseminado por la atmósfera. «No deben de haber hecho falta muchas —sabía Sinskey—. Sobre todo en una zona tan cerrada».

A diferencia de una bacteria o de un patógeno químico, los virus se transmiten a mucha velocidad y tienen una gran capacidad de penetración en la población. De comportamiento parasitario, los virus entran en los organismos y se adhieren a una célula huésped mediante un proceso llamado adsorción. Entonces inyectan su

propio ADN o ARN en la célula para reclutarla y obligarla a reproducir múltiples versiones. Una vez que existen suficientes copias, las nuevas partículas del virus matan la célula y atraviesan la pared celular en busca de nuevas células huésped a las que atacar y repetir así el proceso.

Al exhalar o estornudar, el individuo infectado expulsa gotitas respiratorias fuera del cuerpo que permanecen suspendidas en el aire hasta que son inhaladas por otra persona. Entonces el proceso vuelve a comenzar.

«Zobrist está utilizando el crecimiento exponencial de los virus para combatir el de la gente», pensó Sinskey, y recordó los gráficos que ilustraban el crecimiento de la población humana.

La cuestión candente ahora era: ¿Cómo se comportaría el virus?

Dicho fríamente: «¿Cómo atacará a su huésped?».

El Ébola deteriora la capacidad de coagular de la sangre, lo cual causa que las hemorragias sean imparables. El hantavirus provoca fallos en los pulmones. Toda una serie de virus conocidos como oncovirus son cancerígenos. Y el VIH ataca el sistema inmunológico, provocando la enfermedad del sida. No era ningún secreto en la comunidad médica que, de haber sido transmisible por el aire, el VIH habría supuesto la extinción de la población.

«Así pues, ¿qué diablos hace el virus de Zobrist?».

Estaba claro que los efectos tardaban en salir a la luz… Los hospitales cercanos no habían informado acerca de ningún paciente con síntomas fuera de lo normal.

Impaciente por obtener alguna respuesta, Sinskey se dirigió al laboratorio improvisado y vio a Brüder cerca de la escalera. Había conseguido encontrar una débil señal y estaba hablando por el móvil en voz baja.

Ella llegó a su lado justo cuando estaba terminando la llamada.

—Está bien. Comprendido —dijo el agente. La expresión de su rostro se encontraba entre la incredulidad y el terror—. Y, de nuevo, no puedo hacer suficiente hincapié en la confidencialidad de esta información. Solo para tus ojos. Llámame cuando sepas algo más. Gracias —y colgó.

—¿Qué sucede? —preguntó Sinskey.

Brüder exhaló lentamente.

—Acabo de hablar con un antiguo amigo mío. Un importante

virólogo del CDC de Atlanta.

—¿Ha alertado al CDC sin mi autorización?

—He tenido que tomar una decisión —respondió—. Mi contacto será discreto, y vamos a necesitar mejor información de la que podemos obtener en este laboratorio improvisado.

La doctora echó un vistazo al puñado de agentes de la unidad AVI que estaban tomando muestras de agua encorvados sobre aparatos electrónicos portátiles. «Tiene razón».

—Mi contacto del CDC —prosiguió Brüder— se encuentra en un laboratorio microbiológico completamente equipado y ya ha confirmado la existencia de un patógeno viral muy contagioso y nunca antes visto.

—¡Un momento! —le interrumpió Sinskey—. ¿Cómo ha podido enviarle una muestra tan de prisa?

—No lo he hecho —dijo Brüder en un tono seco—. Mi amigo ha analizado su propia sangre.

Sinskey solo necesitó un momento para asimilar la información.

«Ya es global».

99

Langdon caminaba con lentitud. Se sentía extrañamente incorpóreo, como si se encontrara en una pesadilla demasiado real. «¿Qué puede ser más peligroso que una plaga?».

Sienna no había dicho nada más desde que había bajado del bote. Se había limitado a indicarle que la siguiera por un tranquilo sendero de grava para alejarse del mar y de la multitud.

Aunque había dejado de llorar, Langdon podía percibir el torrente de emociones que la embargaban. A lo lejos se oían sirenas, pero Sienna parecía absorta en sus pensamientos. Caminaba con la mirada puesta en el suelo, aparentemente hipnotizada por el rítmico crujido de la grava bajo sus pies.

Entraron en un pequeño parque y la joven le condujo a una densa arboleda en la que se refugiaron del mundo sentándose en un banco con vistas al mar. En la orilla de enfrente, la antigua Torre de Gálata relucía sobre las tranquilas residencias que salpicaban la ladera de la colina. El mundo parecía pacífico desde aquí. Algo muy distinto de lo que debía de estarse viviendo en la cisterna, imaginó Langdon. Sinskey y la unidad AVI ya se habrían dado cuenta de que habían llegado demasiado tarde para detener la plaga.

A su lado, Sienna miraba el mar.

—No tengo mucho tiempo, Robert —dijo—. Las autoridades no tardarán en encontrarme. Pero antes de que lo hagan, necesito que oigas la verdad. Toda.

Langdon asintió en silencio.

La joven se secó los ojos y cambió de posición para mirarle de frente.

—Bertrand Zobrist… —comenzó a decir—. Fue mi primer amor. Y se convirtió en mi mentor.

—Ya me lo han dicho, Sienna —dijo Langdon.

Ella lo miró desconcertada, pero siguió hablando como si

temiera perder el impulso.

—Le conocí a una edad impresionable, y me cautivaron tanto sus ideas como su intelecto. Bertrand creía, como yo, que nuestra especie se encuentra al borde del colapso y que se encamina a un final terrible con más rapidez de la que nadie se atreve a aceptar.

Langdon no contestó.

—Me pasé toda la infancia —dijo Sienna— queriendo salvar el mundo. Y lo único que me decían era: «No puedes hacerlo, así que no sacrifiques tu felicidad intentándolo». —Se quedó un momento callada. Parecía estar conteniendo las lágrimas—. Y entonces conocí a Bertrand, un hombre hermoso y brillante que no solo me dijo que salvar el mundo era posible, sino que hacerlo era un imperativo moral. Más adelante, me presentó a todo un círculo de individuos con la misma mentalidad. Gente de capacidades e intelectos asombrosos; gente que realmente podía cambiar el futuro. Por primera vez en la vida no me sentí sola, Robert.

El dolor en sus palabras era palpable.

—He vivido algunas cosas terribles —prosiguió Sienna con voz cada vez más quebrada—. Cosas que me ha costado superar —apartó la mirada y se pasó la palma por el cuero cabelludo. Luego se recompuso y volvió a mirarle—. Y quizá por eso lo único que me impulsa a seguir adelante es la creencia de que somos capaces de mejorar y de tomar medidas para evitar un futuro catastrófico.

—¿Y Bertrand también lo creía? —preguntó Langdon.

—Sí. Tenía una fe ilimitada en la humanidad. Era un transhumanista que creía que vivimos en el umbral de una brillante edad «posthumana»; una era de auténtica transformación. Tenía la mente de un futurista y unos ojos que veían las cosas de un modo que pocos podían siquiera imaginar. Comprendía el increíble poder de la tecnología y opinaba que, en varias generaciones, nuestra especie sería por completo distinta. Habríamos mejorado genéticamente y seríamos más sanos, más listos, más fuertes e incluso más compasivos —se detuvo un momento—. Solo había un problema. No creía que nuestra especie fuera a vivir el tiempo suficiente para darse cuenta de esa posibilidad.

—Debido a la superpoblación —dijo Langdon.

Ella asintió.

—La catástrofe malthusiana. Bertrand solía decirme que se

sentía como san Jorge intentando matar un monstruo ctónico.

Langdon no entendió a qué se refería.

—¿La Medusa?

—Metafóricamente, sí. La Medusa y todas las deidades ctónicas viven bajo tierra porque están asociadas con la Madre Tierra. Aunque de manera alegórica, los monstruos ctónicos son siempre símbolos de…

—Fertilidad —dijo Langdon, sorprendido de que el paralelismo no se le hubiera ocurrido antes. «Fecundidad. Población».

—Sí, fertilidad —respondió Sienna—. Bertrand utilizaba el término «monstruo ctónico» para referirse a la apocalíptica amenaza de nuestra propia fecundidad. Describía la sobreproducción de descendientes como un monstruo acechando en el horizonte. Un monstruo que había que contener enseguida, antes de que nos consumiera a todos.

«Nuestra propia virilidad nos acecha —cayó en la cuenta Langdon—. El monstruo ctónico».

—¿Y Bertrand Zobrist cómo pretendía combatir a este monstruo?

—Por favor, comprende —dijo ella a la defensiva— que no se trata de problemas de fácil solución. El triaje es siempre un proceso complicado. El hombre que le corta una pierna a un niño de tres años es un horrible criminal, hasta que se trata de un doctor que lo salva de la gangrena. A veces, la única opción es el menor de dos males. Creo que Bertrand tenía un objetivo noble, pero sus métodos… —Apartó la mirada, parecía estar a punto de romper a llorar.

—Sienna —susurró Langdon—, necesito comprender todo esto. Necesito que me expliques lo que ha hecho Bertrand. ¿Qué ha propagado?

Sienna volvió a mirarle. Sus suaves ojos marrones irradiaban un oscuro miedo.

—Un virus —susurró—. Un tipo de virus muy especial.

Langdon contuvo la respiración.

—Cuéntame.

—Bertrand creó algo conocido como vector viral. Es un virus diseñado para instalar información genética en la célula que ataca —Sienna se detuvo un momento para dejar que el profesor

procesara la idea—. En vez de matar la célula huésped, el vector viral le inserta una determinada información genética y *modifica* su genoma.

A Langdon le costaba entender lo que quería decir. «¿Este virus cambia nuestro ADN?».

—La naturaleza insidiosa de este virus —prosiguió Sienna— es que ninguno de nosotros sabe si está infectado. Nadie enferma. No provoca ningún síntoma externo de que nos está cambiando genéticamente.

Por un momento, Langdon pudo notar cómo la sangre corría por sus venas.

—¿Y qué cambios hace?

Sienna cerró un momento los ojos.

—Robert —susurró—, en cuanto este virus fue liberado en la laguna de la cisterna, comenzó una reacción en cadena. Todas las personas que se encontraban dentro y respiraron el aire se infectaron y se convirtieron en huéspedes del virus; cómplices que, sin saberlo, transfirieron el virus a otros, iniciando una proliferación exponencial de la enfermedad que, a estas alturas, ya habrá asolado el planeta como si fuera un incendio forestal. Ahora el virus ya ha penetrado en toda la población mundial. Tú, yo… todo el mundo.

Langdon se levantó y comenzó a dar vueltas frenéticamente de un lado a otro.

—¿Y qué nos hace? —preguntó de nuevo.

Sienna se quedó callada un largo momento.

—El virus tiene la capacidad de volver estéril al cuerpo humano —se removió incómoda en el banco—. Bertrand creó una plaga que causa infertilidad.

Sus palabras fueron un golpe para Langdon. «¿Un virus que nos vuelve infértiles?». Langdon conocía la existencia de virus que podían causar esterilidad, pero un patógeno transmisible por el aire y altamente contagioso que pudiera hacerlo mediante alteración genética parecía algo de otro mundo, como salido de una distopía futurista de Orwell.

—Bertrand solía teorizar acerca de un virus así —dijo Sienna—, pero nunca imaginé que intentara crearlo de verdad. Y mucho menos que tuviera éxito. Cuando recibí su carta y descubrí lo que había hecho, me quedé conmocionada. Le busqué

desesperadamente para suplicarle que destruyera su creación. Pero llegué demasiado tarde.

—Un momento —la interrumpió Langdon, capaz al fin de hablar —. Si el virus vuelve a todo el mundo infértil, no habrá nuevas generaciones y la raza humana comenzará a extinguirse… desde hoy mismo.

—Correcto —respondió ella con apenas un hilo de voz—. Pero el objetivo de Bertrand no era la extinción. Más bien al contrario. Por eso creó un virus que se activa de forma aleatoria. Aunque *Inferno* ya es endémico en el ADN de todos los seres humanos y lo transmitiremos a todas las generaciones futuras, solo se «activará» en un cierto porcentaje de personas. En otras palabras, todo el mundo es portador del virus, pero solo causará esterilidad en una parte de la población seleccionada al azar.

—¿Qué parte? —Langdon se oyó preguntar a sí mismo, sin creer siquiera que estuviera haciendo esa pregunta.

—Bueno, como sabes, Bertrand estaba obsesionado con la Peste Negra, la plaga que arrasó indiscriminadamente un tercio de la población europea. La naturaleza, creía él, sabía cómo purgarse a sí misma. Cuando se puso a hacer cálculos sobre la infertilidad, se emocionó al descubrir que esa mortalidad de uno de cada tres parecía ser la proporción exacta para cribar la población humana y reducirla a una cantidad aceptable.

«Eso es monstruoso», pensó Langdon.

—La Peste Negra purgó la población y allanó el camino para el Renacimiento —dijo ella—. Bertrand creó *Inferno* como una especie de catalizador para la renovación global. Una Peste Negra transhumanista. La diferencia es que, en vez de perecer, aquellos en quienes se manifieste la enfermedad simplemente no tendrán hijos. Si el virus de Bertrand ha arraigado, un tercio de la población es ahora estéril. Y así será ya siempre. Su efecto será similar al de un gen recesivo, que se transmite a toda la descendencia, pero solo ejerce su influencia en un pequeño porcentaje de la misma.

Sienna prosiguió. Le habían comenzado a temblar las manos.

—En la carta que me escribió, Bertrand se mostraba muy orgulloso. Decía que consideraba *Inferno* una solución muy elegante y humana al problema. —En los ojos de Sienna volvieron a aparecer lágrimas, que se secó—. Ciertamente, comparado con la

virulencia de la Peste Negra he de admitir que en su enfoque hay cierta compasión. No habrá hospitales saturados con enfermos y moribundos, ni cadáveres descomponiéndose en las calles, ni supervivientes llorando la muerte de sus seres queridos. Simplemente, los seres humanos dejaremos de tener tantos hijos. Nuestro planeta experimentará una constante reducción del índice de natalidad hasta que la curva de la población se invierta y la cantidad total comience a decrecer. —Hizo una pausa—. El resultado será mucho más potente que el de la peste. Esta solo redujo la cantidad de forma temporal, provocando una breve caída en el gráfico de la expansión humana. Con *Inferno*, Bertrand ha creado una solución a largo plazo, permanente. Una solución *transhumanista*. Era un ingeniero de la línea germinal. Se dedicaba a solucionar los problemas de raíz.

—Es terrorismo genético… —susurró Langdon—. Cambia lo que somos y hemos sido siempre al nivel más fundamental.

—Bertrand no lo veía así. Él soñaba con enmendar el defecto fundamental de la evolución humana: el hecho de que nuestra especie es demasiado prolífica. Somos un organismo que, a pesar de poseer un intelecto sin igual, no puede controlar su cantidad. No importan los esfuerzos educativos de nuestros gobiernos en materia de contracepción. Seguimos teniendo bebés lo queramos o no. ¿Sabías que el CDC acaba de anunciar que casi la mitad de los embarazos en todo Estados Unidos son no deseados? En los países subdesarrollados ese porcentaje llega al setenta por ciento.

Langdon había visto esas estadísticas y, sin embargo, solo entonces comenzaba a entender sus implicaciones. Como especie, el ser humano se comportaba como los conejos que fueron introducidos en determinadas islas del Pacífico, que se reprodujeron sin control hasta que diezmaron su ecosistema y finalmente se extinguieron.

«Bertrand Zobrist ha rediseñado nuestra especie para salvarnos, transformándonos en una población menos fértil».

Langdon respiró hondo y se quedó mirando el Bósforo. Se sentía tan a la deriva como los botes que veía a lo lejos. Las sirenas procedentes de los muelles se oían cada vez más fuerte, y tuvo la sensación de que el tiempo se agotaba.

—Lo más aterrador de todo —dijo Sienna— no es que *Inferno*

cause esterilidad, sino que tenga la capacidad de hacerlo. Un vector viral transmisible por el aire es un importante salto cualitativo. Se adelanta muchos años a su tiempo. Bertrand nos ha sacado de la edad media de la ingeniería genética y nos ha transportado directamente al futuro. Ha desentrañado el proceso evolutivo y le ha proporcionado a la humanidad la capacidad de redefinir la especie. Pandora ha abierto la caja y ya no hay modo de volver a cerrarla. Bertrand ha creado las claves para modificar la raza humana. Que Dios se apiade de nosotros si esas claves caen en las manos equivocadas. Esta tecnología no debería haber sido creada. En cuanto leí la carta en la que Bertrand me explicaba que había conseguido su objetivo, la quemé. Y luego me prometí encontrar su virus y destruir todo rastro de él.

—No lo entiendo —declaró Langdon con voz enojada—. Si querías destruir el virus ¿por qué no cooperaste con la doctora Sinskey y la OMS? Deberías haber llamado al CDC o a alguien.

—¡No lo dirás en serio! ¡Las agencias gubernamentales deberían ser las últimas entidades en el mundo con acceso a esta tecnología! Piensa en ello, Robert. A lo largo de la historia de la humanidad, todo descubrimiento científico innovador ha sido convertido en un arma, del simple fuego a la energía nuclear, y casi siempre en las manos de algún poderoso gobierno. ¿De dónde te crees que provienen nuestras armas biológicas? Tienen su origen en investigaciones hechas en lugares como la OMS y el CDC. La tecnología de Bertrand (un virus pandémico utilizado como vector genético) es el arma más poderosa jamás creada. Allana el camino a horrores que no podemos ni imaginar, como armas biológicas dirigidas a sectores específicos. Imagina un patógeno que atacara solo a aquellas personas cuyo código genético contuviera ciertos rasgos. ¡Permitiría una limpieza étnica total a nivel genético!

—Entiendo tus preocupaciones, Sienna, de verdad, pero esta tecnología también se puede utilizar para el bien, ¿no? ¿No es este descubrimiento un regalo caído del cielo para la medicina genética? Permitiría una nueva forma de suministrar vacunas a nivel global, ¿no?

—Quizá, pero he aprendido a esperar lo peor de la gente que ostenta el poder.

En la distancia, Langdon oyó el zumbido de un helicóptero. Echó

un vistazo al Bazar de las Especias a través de los árboles y vio las luces en movimiento de un aparato que sobrevolaba la colina en dirección a los muelles.

Sienna se puso tensa.

—Tengo que irme —dijo, poniéndose de pie y mirando hacia el oeste, en dirección al puente Atatürk—. Creo que puedo cruzar el puente a pie y de ahí…

—No te vas a ir, Sienna —dijo él con firmeza.

—Robert, he regresado porque creía que te debía una explicación. Ahora ya la tienes.

—No, Sienna —insistió él—. Has regresado porque te has pasado toda la vida huyendo y finalmente te has dado cuenta de que ya no puedes hacerlo más.

La joven pareció hacerse pequeña.

—¿Qué otra opción tengo? —preguntó mientras miraba los helicópteros buscándola en el mar—. En cuanto me encuentren me meterán en prisión.

—No has hecho nada malo. No has sido tú quien ha creado este virus, ni tampoco quien lo ha liberado.

—Cierto, pero he hecho todo lo posible para evitar que la Organización Mundial de la Salud lo encontrara. Si no termino en una prisión turca, acabaré siendo juzgada por algún tipo de tribunal internacional acusada de terrorismo biológico.

El zumbido del helicóptero era cada vez más fuerte. Langdon se volvió hacia los muelles. El aparato permanecía suspendido sobre el mar. Sus hélices agitaban fuertemente las aguas mientras inspeccionaban los botes, iluminándolos con potentes focos.

Sienna parecía estar a punto de salir corriendo.

—Por favor, escucha —dijo Langdon, suavizando su tono de voz —. Sé que has pasado por muchas cosas y que estás asustada, pero tienes que considerar la situación en su conjunto. Fue Bertrand quien creó este virus. Tú has intentado detenerlo.

—Pero he fracasado.

—Sí y ahora que el virus se ha propagado, las comunidades científica y médica necesitarán comprender su comportamiento. Tú eres la única persona que sabe algo al respecto. Puede que haya algún modo de neutralizarlo o de hacerse inmune a él —Langdon la atravesaba con la mirada—. Sienna, el mundo necesita saber lo que

tú sabes. No puedes desaparecer.

El delgado cuerpo de Sienna temblaba como si las compuertas del pesar y la incerteza estuvieran a punto de abrirse de golpe.

—Robert, no sé qué hacer. Ni siquiera sé quien soy. Mírame. —Se llevó una mano a la calva—. Me he convertido en un monstruo. ¿Cómo puedo…?

Langdon dio un paso adelante y la rodeó con los brazos. Podía sentir el temblor de su frágil cuerpo contra el pecho.

—Sienna, sé que quieres huir, pero no te lo voy a permitir. Tarde o temprano tienes que confiar en alguien —le susurró al oído.

—No puedo. —Estaba sollozando—. No sé si sabré cómo hacerlo.

Langdon la abrazó con fuerza.

—Empieza poco a poco. Con un pequeño paso. Confía en mí.

100

El agudo ruido del metal golpeando el fuselaje del C-130 sin ventanillas sobresaltó al comandante. Alguien llamaba a la compuerta del avión con la culata de una pistola.

—Que todo el mundo permanezca en su sitio —ordenó el piloto del avión mientras se dirigía hacia la puerta—. Es la policía turca. Ha venido hasta el avión.

El comandante y Ferris intercambiaron una rápida mirada.

A juzgar por las llamadas de pánico del personal de la OMS que estaba a bordo, el hombre tenía la sensación de que la misión de contención había fracasado. «Zobrist ha llevado a cabo su plan —pensó—. Y mi empresa lo ha hecho posible».

Al otro lado de la compuerta se oyeron unas autoritarias voces en turco.

El comandante se puso de pie bruscamente.

—¡No abra la puerta! —le ordenó al piloto.

Este se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Por qué no debería hacerlo?

—La OMS es una organización internacional —respondió el comandante— y este avión es territorio soberano.

El piloto negó con la cabeza.

—Señor, este avión se encuentra en un aeropuerto turco y hasta que salga de su espacio aéreo está sujeto a las leyes del país. —El piloto extendió la mano y abrió la compuerta.

Aparecieron dos hombres uniformados. En su serio semblante no se apreciaba el menor atisbo de indulgencia.

—¿Quién es el comandante de este avión? —preguntó uno con marcado acento turco.

—Yo —dijo el piloto.

Un agente le dio dos hojas al piloto.

—Órdenes de arresto. Estos dos pasajeros tienen que venir con

nosotros.

El piloto echó un vistazo a las hojas y se volvió hacia ambos.

—Llame a la doctora Sinskey —ordenó el comandante al piloto de la OMS—. Estamos en una misión de emergencia internacional.

Uno de los agentes lo miró con expresión burlona.

—¿La doctora Elizabeth Sinskey? ¿La directora de la OMS? Ha sido ella quien ha ordenado su arresto.

—Eso es imposible —respondió—. El señor Ferris y yo hemos venido aquí a Turquía para ayudarla.

—Pues no deben de estar haciéndolo ustedes muy bien —respondió el segundo agente—. La doctora Sinskey se ha puesto en contacto con nosotros y les ha acusado de formar parte de un complot bioterrorista en territorio turco —tomó unas esposas—. Debemos llevarles a ambos a la comisaría para que los interroguen.

—¡Exijo un abogado! —exclamó el comandante.

Treinta segundos después, él y Ferris habían sido esposados, les habían conducido a la fuerza por la pasarela del avión y les habían metido a empujones en el asiento trasero de un coche negro. Luego el automóvil arrancó y recorrió la pista hasta un remoto rincón del aeropuerto donde la alambrada había sido cortada y abierta para permitir que pasara el vehículo. Una vez fuera del perímetro, atravesó un polvoriento descampado con maquinaria de aviación averiada y, finalmente, se detuvo junto a un viejo edificio de servicios.

Los dos hombres uniformados salieron del coche e inspeccionaron la zona. Cuando estuvieron seguros de que no les habían seguido, se quitaron los uniformes de policía y los tiraron. Luego sacaron a ambos hombres del coche y les quitaron las esposas.

Mientras se frotaba las muñecas, el comandante se dio cuenta de que no se le daría demasiado bien estar en cautividad.

—Las llaves del coche están debajo de la alfombrilla —dijo uno de los agentes, señalando una furgoneta blanca—. En el asiento trasero hay una bolsa con todo lo que ha pedido: documentación, dinero en efectivo, teléfonos de prepago, ropa y otras cosas que hemos creído que le irían bien.

—Gracias —dijo—. Son buenos.

—Hemos recibido buen entrenamiento, señor.

Tras lo cual, los dos turcos se volvieron a meter en el coche negro y se marcharon.

«Sinskey no iba a dejar que me escapara», se recordó a sí mismo el comandante. Se había dado cuenta durante el vuelo a Turquía y había alertado por *e-mail* a la sucursal local del Consorcio, indicando que él y Ferris necesitarían que los rescataran.

—¿Crees que nos buscará? —preguntó Ferris.

—¿Sinskey? —Él asintió—. Sin duda, pero sospecho que ahora mismo tiene otras preocupaciones.

Los dos hombres subieron a la furgoneta blanca y el comandante repasó el contenido de la bolsa para comprobar que la documentación estuviera en orden. Vio también una gorra de béisbol y, al agarrarla, encontró dentro una pequeña botella de Highland Park de una sola malta.

«Estos tipos son buenos».

Miró el líquido de color ámbar y se dijo que debería esperar hasta el día siguiente. Luego visualizó la bolsa de Solublon de Zobrist y se preguntó cómo sería ese día siguiente.

«He roto mi regla cardinal —pensó—. He delatado a mi cliente».

Se sentía extrañamente a la deriva, consciente de que en los próximos días las noticias de una catástrofe en la que él había desempeñado un papel muy significativo inundarían el mundo. «Esto no habría pasado sin mi ayuda».

Por primera vez en su vida, dejó de parecerle que la ignorancia le proporcionara carta blanca moral. Sus dedos rompieron el sello de la botella de whisky.

«Disfrútalo —se dijo a sí mismo—. De un modo u otro, tienes los días contados».

Le dio un largo trago a la botella y sintió la calidez en su garganta.

De repente, la oscuridad se iluminó con los focos y la luz estroboscópica azul de los coches de policía que los rodeaban por todas partes.

Miró con ansia en todas direcciones y luego se quedó inmóvil.

«No hay escapatoria».

Mientras los agentes de policía turcos se acercaban a la furgoneta con los rifles en alto, el comandante le dio un último trago a la botella de Highland Park y, lentamente, levantó las

manos por encima de la cabeza.

Sabía que esa vez los agentes no eran de los suyos.

101

El consulado suizo en Estambul se encuentra en un ultramoderno y reluciente rascacielos situado en el número uno de la plaza Levent. En medio del perfil de la antigua metrópolis, la cóncava fachada de cristal azul del edificio parece un monolito futurista.

Había pasado casi una hora desde que Sinskey había dejado la cisterna para establecer un puesto de comando temporal en las oficinas del consulado. Las estaciones de noticias locales no dejaban de informar de la estampida que había tenido lugar durante la interpretación de la *Sinfonía Dante* de Liszt. Todavía no disponían de los detalles, pero la presencia de un equipo médico internacional con trajes de protección contra materiales peligrosos había desatado todo tipo de especulaciones.

Sinskey miró las luces de la ciudad por la ventana y se sintió completamente sola. En un gesto reflejo, se llevó la mano al cuello para tocar su amuleto, pero ya no estaba. Las dos mitades del talismán roto descansaban sobre su escritorio.

La directora de la OMS acababa de coordinar la celebración de una serie de reuniones de emergencia que tendrían lugar en Ginebra dentro de unas horas. Especialistas de varias agencias ya estaban de camino y ella misma tenía planeado tomar un avión en breve para informarles de la situación. Por suerte, alguien del personal nocturno le había llevado una humeante taza de auténtico café turco, que había ingerido rápidamente.

Un joven empleado del consulado se asomó por la puerta abierta.

—¿Señora? Robert Langdon está aquí.

—Gracias —contestó ella—. Hágale pasar.

Veinte minutos antes, Langdon se había puesto en contacto con ella por teléfono y le había explicado que Sienna Brooks había robado un bote y huido por mar. A Sinskey ya le habían dado esa

noticia las autoridades, que seguían inspeccionando la zona sin éxito.

Cuando el alto profesor norteamericano apareció en la puerta, ella casi no le reconoció. Llevaba el traje sucio, iba con el cabello desgreñado y en sus ojos hundidos era evidente la fatiga.

—¿Está bien, profesor? —Sinskey se puso de pie.

Langdon le sonrió.

—He tenido mejores noches.

—Por favor —dijo ella—, siéntese.

—El agente infeccioso de Zobrist —comenzó a decir Langdon sin más preámbulo en cuanto se sentó—. Creo que fue liberado hace una semana.

Sinskey asintió con expresión paciente.

—Sí, hemos llegado a la misma conclusión. Todavía desconocemos cuáles son sus síntomas, pero hemos aislado muestras y ya estamos realizando pruebas intensivas. Puede que tardemos días o semanas en descubrir en qué consiste realmente este virus y cuáles son sus efectos.

—Es un vector viral —dijo él.

Sinskey ladeó la cabeza, extrañada de que Langdon conociera el término.

—¿Cómo dice?

—Zobrist creó un vector viral transmisible por el aire y capaz de modificar el ADN humano.

«¡Eso ni siquiera es posible!», pensó Sinskey poniéndose de pie de golpe y volcando la silla.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Sienna —respondió él sin perder la calma—. Ella me lo ha dicho hace media hora.

Sinskey apoyó las manos sobre el escritorio y se quedó mirando a Langdon con repentina desconfianza.

—¿No se había escapado?

—Así es —respondió él—. Había conseguido escapar y se alejaba por el mar en un bote. Podría haber desaparecido para siempre. Pero se lo ha pensado mejor. Y ha regresado por voluntad propia. Ahora quiere ayudar.

A la doctora se le escapó una estentórea risa.

—Perdone que no confíe en la señorita Brooks. Y menos todavía

si realiza afirmaciones tan inverosímiles.

—Yo le creo —dijo Langdon con firmeza—. Y si asegura que se trata de un vector viral, creo que será mejor que se la tome en serio.

Mientras analizaba las palabras de Langdon, Sinskey sintió el peso del cansancio acumulado. Se acercó a la ventana y miró la ciudad. «¿Un vector viral que modifica el ADN?». Por improbable y aterradora que fuera esa perspectiva, tenía que admitir que había en ello una lógica siniestra. Después de todo, Zobrist era un ingeniero genético y sabía de primera mano que la ligera mutación de un único gen podía tener efectos catastróficos en el cuerpo (cáncer, fallo de órganos o afecciones sanguíneas). Incluso una enfermedad tan abominable como la fibrosis quística —que ahoga a la víctima en mucosidad— está causada por una minúscula alteración en un gen regulador del cromosoma siete.

Los especialistas habían comenzado a tratar estos trastornos genéticos con rudimentarios vectores virales que inyectaban directamente en el paciente. Esos virus no contagiosos estaban programados para viajar a través del cuerpo del paciente e instalar ADN de reemplazo que corregía las secciones deterioradas. Sin embargo, esta nueva ciencia, como todas, tenía un lado oscuro. Los efectos de un vector viral podían ser favorables o destructivos, dependiendo de las intenciones del ingeniero. Si se programaba para que insertara ADN deteriorado en células sanas, el resultado podía ser devastador. Y, si de algún modo ese virus destructivo se diseñaba para ser altamente contagioso y transmisible por el aire…

La perspectiva hizo que Sinskey se estremeciera. «¿Qué horror genético ha creado Zobrist? ¿Cómo planea purgar la superpoblación humana?».

La doctora sabía que encontrar la respuesta podía llevarles semanas. El código genético humano contenía un laberinto aparentemente infinito de permutaciones químicas. Examinarlo por completo para encontrar la alteración específica que había realizado Zobrist sería como buscar una aguja en un pajar, sin saber siquiera en qué planeta se encontraba.

—Elizabeth —la profunda voz de Langdon la hizo volver en sí.

Sinskey apartó la mirada de la ventana y se volvió hacia él.

—¿Me ha oído? —preguntó Langdon, todavía sentado y en calma—. Sienna quiere destruir este virus tanto como usted.

—Sinceramente, lo dudo.

Langdon exhaló un suspiro y se puso de pie.

—Creo que primero debería escucharme. Poco antes de morir, Zobrist le escribió una carta explicándole lo que había hecho. En esta carta le contaba con todo detalle cómo se comportaría el virus, cómo nos atacaría y cómo conseguiría sus objetivos.

Sinskey se quedó petrificada. «¡¿Hay una carta?!».

—Al leer la descripción que Zobrist hacía de su creación, Sienna se horrorizó. Quiso detenerlo. Consideraba el virus tan peligroso que no quería que nadie tuviera acceso a él, ni siquiera la Organización Mundial de la Salud. ¿No se da cuenta? Sienna intentaba destruir el virus, no liberarlo.

—¿Hay una carta con las características del virus? —preguntó Sinskey.

—Eso es lo que Sienna me ha dicho, sí.

—¡Necesitamos esa carta! Nos ahorraría meses de investigaciones para comprender qué es esta cosa y cómo debemos tratarla.

Langdon negó con la cabeza.

—El problema es que, como he dicho, Sienna se horrorizó y decidió quemarla. Quería estar segura de que nadie…

Sinskey dio un golpe en el escritorio con la palma de la mano.

—¿Destruyó la única cosa que nos podría ayudar y quiere que confíe en ella?

—Sé que, a la luz de sus actos, eso es pedir mucho, pero en vez de castigarla, convendría recordar que Sienna posee un intelecto único. Y una memoria increíble —Langdon se detuvo un momento —. ¿Si ella misma pudiera explicarle lo más importante del contenido de la carta de Zobrist no le resultaría útil?

Sinskey entrecerró los ojos y asintió ligeramente.

—Está bien, profesor, ¿en ese caso qué sugiere que haga?

Langdon señaló su taza de café vacía.

—Sugiero que pida más café y escuche la única condición que pide Sienna.

A la doctora se le aceleró el pulso y echó un vistazo al teléfono.

—¿Sabe cómo contactar con ella?

—Sí.

—Dígame qué pide.

Langdon se lo dijo, y ella se quedó un momento en silencio, considerando la propuesta.

—Creo que es lo correcto —dijo el profesor—. Y, además, usted no tiene nada que perder.

—Si todo lo que me está diciendo es cierto, le doy mi palabra. —Empujó el teléfono hacia él—. Por favor, haga la llamada.

Para sorpresa de la doctora, Langdon ignoró el teléfono. En vez de llamar, se puso de pie y, tras decirle que volvería en un minuto, salió por la puerta. Desconcertada, Sinskey se asomó al pasillo y le vio cruzar la sala de espera del consulado, empujar las puertas de cristal y salir al descanso. Por un momento, creyó que se estaba yendo, pero en vez de llamar al ascensor, se metió en el baño de señoras.

Un momento después, Langdon salió con una mujer de unos treinta y pocos años. La doctora tardó un momento en darse cuenta de que en verdad se trataba de Sienna Brooks. La hermosa mujer de cabello rubio que había visto horas antes tenía un aspecto muy distinto. Estaba completamente calva, como si se acabara de afeitar el cuero cabelludo.

Langdon y Sienna entraron en el despacho y, sin decir nada, se sentaron delante del escritorio.

—Discúlpeme —dijo la joven sin más preámbulo—. Sé que tenemos muchas cosas pendientes, pero en primer lugar le agradecería que me permitiera decir algo.

La doctora advirtió la tristeza de su tono de voz.

—Por supuesto.

—Señora —comenzó a decir con un hilo de voz—, usted es la directora de la Organización Mundial de la Salud. Sabe mejor que nadie que nuestra especie se encuentra al borde del colapso. La cantidad de población está fuera de control. Durante años, Bertrand Zobrist se puso en contacto con gente influyente como usted para tratar la inminencia de la crisis. Visitó incontables organizaciones que, según él, podían hacer algo al respecto (el Worldwatch Institute, el Club de Roma, Population Matters, el Consejo de Relaciones Exteriores), pero no encontró a nadie que se atreviera a mantener una conversación significativa sobre una solución real. Todos respondieron con planes para la mejora de la educación sexual, incentivos fiscales para las familias poco numerosas o

incluso proyectos de colonización de la Luna. No es de extrañar que Bertrand perdiera la razón.

Sinskey se la quedó mirando. En su rostro no se apreciaba ninguna reacción.

Sienna respiró hondo.

—Doctora Sinskey, Bertrand acudió a usted personalmente e intentó hacerle ver que estamos al borde del abismo. Quiso mantener un diálogo con usted. En vez de escuchar sus ideas, usted le llamó loco, le incluyó en un listado de terroristas y le empujó a la clandestinidad —dijo la joven en un tono de voz quebrado por la emoción—. Bertrand murió solo porque gente como usted se negó a abrir su mente y admitir que nuestras catastróficas circunstancias quizá requieren una solución incómoda. Lo único que Bertrand hizo fue decir la verdad. Y, por ello, fue condenado al ostracismo —Sienna se secó las lágrimas y miró a la doctora Sinskey a los ojos—. Créame, sé lo que es sentirse sola. El peor tipo de soledad en el mundo es la de ser malentendido. Puede llegar a provocar que uno pierda el contacto con la realidad.

Sienna dejó de hablar y hubo un silencio tenso.

—Eso es todo lo que quería decir —susurró Sienna.

Sinskey la estudió durante un largo momento y después se sentó.

—Señorita Brooks —dijo, tan tranquilamente como le fue posible—, tiene razón. Puede que en el pasado yo no haya escuchado —cruzó las manos encima del escritorio y miró a Sienna directamente—. Pero ahora sí lo estoy haciendo.

102

El reloj del vestíbulo del consulado suizo hacía rato que había marcado la una de la madrugada.

El cuaderno que Sinskey tenía en el escritorio era ahora un enjambre de texto, preguntas y diagramas hechos a mano. La directora de la Organización Mundial de la Salud llevaba más de cinco minutos sin moverse o hablar. Permanecía junto a la ventana, contemplando el cielo nocturno.

Detrás de ella, Langdon y Sienna esperaban sentados en silencio con la taza de café turco que se acababan de tomar todavía en las manos. El fuerte aroma de sus sedimentos pulverizados y de los pistachos inundaba la habitación.

El único sonido era el zumbido de las luces fluorescentes del techo.

Sienna podía sentir los latidos de su corazón y se preguntaba qué estaría pensando la doctora Sinskey ahora que conocía la verdad con todo detalle. «La plaga de Bertrand es un virus que causa infertilidad. Un tercio de la población se volverá estéril».

A lo largo de su explicación, Sienna se había ido fijando en la gama de emociones por las que había pasado la doctora. En primer lugar, sorpresa por el hecho de que Zobrist hubiera creado realmente un vector viral transmisible por el aire. A continuación, vio un fugaz sentimiento de esperanza al descubrir que el virus no estaba diseñado para matar personas. Finalmente, creciente horror al enterarse de la verdad y descubrir que grandes porciones de la población de la Tierra se volverían estériles. Estaba claro que la revelación de que el virus atacaba la fertilidad humana había afectado a Sinskey a un nivel muy personal.

En el caso de Sienna, la sensación predominante había sido de alivio. Había compartido el contenido completo de la carta de Bertrand con la directora de la OMS. «Ya no tengo más secretos».

—¿Elizabeth? —la llamó Langdon.

Sinskey volvió lentamente en sí. Cuando los miró de nuevo, tenía el rostro lívido.

—Señorita Brooks —comenzó a decir en un tono de voz plano—, la información que me acaba de suministrar será muy útil a la hora de preparar una estrategia para lidiar con esta crisis. Agradezco su sinceridad. Como sabe, existe una discusión a nivel teórico sobre la posibilidad de utilizar los vectores virales pandémicos para inmunizar a grandes cantidades de población, pero todo el mundo creía que todavía faltaban muchos años para la creación de esa tecnología.

La doctora regresó a su escritorio y se sentó.

—Perdone —dijo, negando con la cabeza—. Ahora mismo, todo esto todavía me suena a ciencia ficción.

«No me extraña», pensó Sienna. Todo gran salto cualitativo de la medicina siempre lo ha parecido: la penicilina, la anestesia, los rayos X, la primera vez que un ser humano miró por un microscopio y vio cómo se dividía una célula.

La doctora Sinskey bajó la mirada a su cuaderno.

—En unas pocas horas, viajaré a Ginebra y seré avasallada a preguntas. No tengo ninguna duda de que la primera será si existe algún modo de contrarrestar los efectos de este virus.

Sienna sospechaba que tenía razón.

—E imagino —prosiguió Elizabeth— que la primera propuesta será analizar el virus, comprenderlo lo mejor que podamos y luego intentar diseñar una segunda cepa que reprogramaremos para que devuelva nuestro ADN a su forma original. —Sinskey volvió a mirar a Sienna. No parecía demasiado optimista—. Que este contravirus sea posible todavía está por verse pero, hablando hipotéticamente, me gustaría conocer su opinión al respecto.

«¿Mi opinión?». De forma refleja, Sienna se volvió hacia Langdon. El profesor asintió, enviándole un mensaje muy claro: «Es tu momento. Di lo que piensas. Cuenta la verdad tal y como la ves».

Sienna se aclaró la garganta, se volvió hacia la directora de la OMS y habló con una voz clara y fuerte.

—Señora, gracias a Bernard, conozco el mundo de la ingeniería genética desde hace muchos años. Como sabe, el genoma humano es una estructura muy delicada. Un castillo de naipes. Cuantos más

ajustes hacemos, mayores son las posibilidades de alterar sin querer la carta equivocada y provocar que todo se venga abajo. Mi opinión personal es que resulta muy peligroso deshacer lo que ya se ha hecho. Bertrand era un ingeniero genético de un talento y una visión excepcionales. Estaba muchos años por delante de sus contemporáneos. A estas alturas, no estoy segura de si me fiaría de que alguna otra persona hurgara en el genoma humano con la esperanza de arreglarlo. E incluso en el caso de que se diseñara algo que supuestamente funcionara, probarlo implicaría reinfectar a toda la población con algo nuevo.

—Cierto —dijo Sinskey. No parecía muy sorprendida por lo que acababa de oír—. Aunque, claro, hay una cuestión más importante. Puede que ni siquiera queramos contrarrestarlo.

Sus palabras atraparon a Sienna por sorpresa.

—¿Cómo dice?

—Señorita Brooks, puede que no esté de acuerdo con los métodos de Bertrand, pero su análisis del estado del mundo es preciso. El planeta tiene un serio problema de superpoblación. Si conseguimos neutralizar su virus sin un plan alternativo viable, volveremos a estar en la casilla de salida.

El desconcierto de Sienna debió de ser evidente porque Sinskey se rio entre dientes y añadió:

—¿No esperaba este punto de vista?

Sienna negó con la cabeza.

—Supongo que ya no sé qué esperar.

—Entonces quizá puedo volver a sorprenderla —continuó Sinskey—. Como he mencionado antes, líderes de las agencias de salud de todo el mundo se reunirán en Ginebra dentro de unas horas para tratar esta crisis y elaborar un plan de acción. No recuerdo un encuentro de mayor importancia en todos mis años como directora de la OMS —Sinskey miró a Sienna directamente a los ojos—. Señorita Brooks, me gustaría que usted asistiera a esta reunión.

—¿Yo? —Sienna reculó en su asiento—. No soy ingeniera genética, y ya le he contado todo lo que sé. —Señaló el cuaderno de la doctora—. Todo lo que podía ofrecer está en sus notas.

—Ni mucho menos —la interrumpió Langdon—. Sienna, cualquier debate significativo sobre el virus requerirá contexto. La

doctora Sinskey y su equipo necesitarán desarrollar un marco moral desde el que elaborar una respuesta a esta crisis. Está claro que, en su opinión, tú te encuentras en una posición única para ofrecer eso al diálogo.

—Sospecho que a la OMS no le gustará demasiado mi marco moral.

—Probablemente no —respondió Langdon—, lo cual hace todavía más necesario que vayas. Formas parte de una nueva línea de pensamiento. Proporcionarás un contrapunto. Puedes ayudarles a comprender la forma de pensar de visionarios como Bertrand; individuos brillantes cuyas convicciones son tan fuertes que deciden tomar cartas en el asunto.

—Bertrand no ha sido ni mucho menos el primero.

—No —intervino Sinskey—, ni será el último. Cada mes, la OMS descubre nuevos laboratorios donde se trabaja en campos controvertidos de la ciencia: de la manipulación de células madre humanas a la cría de mezclas de especies que no existen en la naturaleza. Es perturbador. La ciencia progresa tan rápido que nadie sabe ya dónde se encuentran las fronteras.

Sienna se mostró de acuerdo. Hacía poco, dos virólogos muy respetados —Fouchier y Kawaoka— habían creado un virus mutante H5N1 altamente patógeno. A pesar de las intenciones académicas de los investigadores, su nueva creación poseía ciertos atributos que alarmaron a los especialistas en bioseguridad y crearon una gran controversia en la red.

—Me temo que esta situación solo va a ir a más —dijo Sinskey —. Nos encontramos en el umbral de nuevas tecnologías que no podemos ni siquiera imaginar.

—Y nuevas filosofías —añadió Sienna—. El movimiento transhumanista dejará de ser minoritario. Uno de sus principios fundamentales es que, como seres humanos, tenemos la obligación de participar en nuestro proceso evolucionario, de utilizar la tecnología para que la especie progrese, y crear seres humanos más sanos, más fuertes y con cerebros más potentes. Pronto todo esto será posible.

—¿Y no cree que esa forma de pensar entra en conflicto con el proceso evolucionario?

—No —respondió Sienna sin la menor vacilación—. Desde hace

milenios, el ser humano no ha dejado de evolucionar y de inventar nuevas tecnologías: ha frotado palos para obtener fuego, ha desarrollado la agricultura para alimentarse, ha inventado vacunas para combatir las enfermedades y, ahora, está creando herramientas genéticas para ayudar a rediseñar nuestros propios cuerpos y sobrevivir en un mundo cambiante —hizo una pausa—. Creo que la ingeniería genética no es más que otro paso en la larga lista de avances humanos.

Sinskey permanecía en silencio, considerando las palabras de Sienna.

—Entonces usted cree que deberíamos aceptar estas herramientas con los brazos abiertos.

—Si no lo hacemos —respondió Sienna—, mereceremos tan poco la vida como el hombre de las cavernas que muere congelado porque teme encender un fuego.

Sus palabras quedaron flotando en el aire durante un largo rato hasta que alguien habló de nuevo.

Fue Langdon quien rompió el silencio.

—No quiero sonar anticuado —comenzó a decir—, pero he sido educado con las teorías de Darwin y no puedo evitar cuestionar la inteligencia de intentar acelerar el proceso de evolución natural.

—Robert —dijo Sienna con empatía—, la ingeniería genética no es únicamente la aceleración del proceso evolucionario. ¡Es el propio curso natural de los acontecimientos! Se te olvida que ha sido la evolución la que ha creado a Bertrand Zobrist. Su intelecto superior fue el producto del mismo proceso descrito por Darwin: una evolución en el tiempo. La excepcional capacidad de Bertrand para la genética no se debía a la inspiración divina, sino a años de progreso intelectual.

Langdon quedó en silencio, considerando la cuestión.

—Y como darwinista —continuó ella—, ya sabes que la naturaleza siempre ha encontrado un modo de mantener la población humana bajo control: plagas, hambrunas, inundaciones… Pero deja que te haga una pregunta: ¿No es posible que esta vez la naturaleza haya encontrado otro modo de hacerlo? Quizá, en vez de enviarnos terribles desastres y desgracias, mediante el proceso evolutivo ha creado al científico capaz de desarrollar un nuevo método de disminuir la cantidad de seres humanos. Nada de plagas.

Ni muertes. Solo una especie más en armonía con el entorno.

—Señorita Brooks —la interrumpió Sinskey—. Es tarde. Tenemos que irnos. Pero antes de hacerlo, necesito aclarar una cosa más. Esta noche me ha dicho varias veces que Bertrand no era un hombre malvado, que amaba la humanidad y que simplemente deseaba tanto salvar la especie que fue capaz de racionalizar la adopción de medidas tan drásticas.

Sienna asintió.

—El fin justifica los medios —dijo, citando a Maquiavelo, el notorio teórico político florentino.

—¿Lo cree de verdad? —preguntó Sinskey—. ¿Piensa que el objetivo que tenía Bertrand de salvar al mundo era tan noble que sancionaba la propagación del virus?

En la habitación se hizo un tenso silencio.

Sienna se inclinó hacia adelante, acercándose al escritorio con expresión decidida.

—Doctora Sinskey, como le he dicho, creo que la forma de actuar de Bertrand fue imprudente y extremadamente peligrosa. Si hubiera podido detenerle, lo habría hecho. Necesito que me crea.

Elizabeth Sinskey extendió las manos sobre el escritorio y, con suavidad, las posó sobre las de la joven.

—Te creo, Sienna, creo todo lo que me has dicho.

103

La madrugada en el aeropuerto Atatürk era fría y brumosa. Una ligera neblina flotaba sobre la pista alrededor de la terminal de vuelos privados.

Langdon, Sienna y Sinskey llegaron en coche y les recibió un empleado de la OMS que les ayudó a bajar del vehículo.

—Estamos listos, señora. Cuando quiera, partimos —dijo el hombre, haciéndoles pasar al modesto edificio de la terminal.

—¿Y el vuelo del señor Langdon? —preguntó Sinskey.

—Avión privado a Florencia. Su documentación temporal de viaje está a bordo del avión.

Sinskey asintió.

—¿Y el otro asunto que hemos discutido?

—Ya está en marcha. El paquete será enviado en breve.

Sinskey le dio las gracias al hombre y este comenzó a atravesar la pista en dirección al avión. Luego, la doctora se volvió hacia Langdon.

—¿Está seguro de que no quiere venir con nosotras? —Sinskey sonrió, se pasó una mano por el largo cabello plateado y se lo colocó detrás de la oreja.

—Considerando la situación, no estoy seguro que un profesor de arte tenga mucho que ofrecer —dijo Langdon en broma.

—Ya ha ofrecido muchas cosas —dijo Sinskey—. Más de las que se imagina. Y entre ellas destaca… —señaló a Sienna, pero la joven ya no estaba con ellos. Se encontraba a veinte metros, frente a una gran ventana desde la que miraba ensimismada el C-130.

—Gracias por confiar en ella —dijo Langdon en voz baja—. Tengo la impresión de que no lo han hecho mucho a lo largo de su vida.

—Sospecho que Sienna Brooks y yo aprenderemos muchas cosas la una de la otra —Sinskey extendió la mano—. Buena suerte,

profesor.

—Y a usted también —dijo Langdon mientras se la encajaba—. Mucha suerte en Ginebra.

—La necesitaremos —dijo y luego señaló a Sienna con un movimiento de cabeza—. Les dejo un momento para que se despidan, cuando hayan terminado dígale que vaya directamente al avión.

Mientras cruzaba la terminal, Sinskey metió la mano en el bolsillo, sacó las dos mitades de su amuleto roto y las apretó con fuerza.

—No tires esa vara de Asclepio —exclamó Langdon a su espalda —. Tiene arreglo.

—Gracias —respondió, despidiéndose con la mano—. Espero que todo lo demás también.

Sienna Brooks permanecía sola junto a la ventana, mirando las luces de la pista. Tenían una apariencia fantasmal en medio de la niebla y las nubes bajas. A lo lejos podía ver la torre de control, sobre la cual ondeaba orgullosamente la bandera turca. Un mar rojo con los antiguos símbolos de la media luna y la estrella, vestigios del Imperio otomano que se mantenían vivos en el mundo moderno.

—Te doy una lira turca si me dices lo que piensas —dijo una profunda voz a su espalda.

Sienna no se dio la vuelta.

—Se acerca una tormenta.

—Ya lo sé —respondió Langdon.

Al cabo de un momento, la joven se volvió hacia él.

—Me gustaría que vinieras a Ginebra.

—Te lo agradezco —respondió—, pero estarás muy ocupada hablando sobre el futuro. Lo último que necesitas es cargar con un viejo profesor universitario.

Ella lo miró desconcertada.

—Crees que eres demasiado viejo para mí, ¿verdad?

Langdon soltó una carcajada.

—¡Sin duda alguna soy demasiado viejo para ti, Sienna!

Ella bajó la mirada, incómoda y avergonzada.

—Bueno, en cualquier caso, ya sabes dónde puedes encontrarme. —Sonrió con timidez—. Es decir, si quieres volver a verme.

Él le devolvió la sonrisa.

—Eso me encantaría.

Ella se sintió algo más animada y, sin embargo, se hizo un largo silencio entre ambos. Ninguno de los dos sabía muy bien cómo despedirse.

Al levantar de nuevo la mirada hacia el profesor, Sienna notó que la embargaba una emoción a la que no estaba acostumbrada. Sin advertencia previa, se puso de puntillas y lo besó en los labios. Cuando se apartó, tenía los ojos llorosos.

—Te echaré de menos —susurró.

Langdon sonrió afectuosamente y la rodeó con sus brazos.

—Yo también.

Permanecieron un largo rato envueltos en un abrazo que ninguno de los dos parecía dispuesto a terminar. Al fin, Langdon habló:

—Hay un dicho antiguo que se suele atribuir a Dante —hizo una pausa—. «Recuerda esta noche, porque marca el principio de la eternidad».

—Gracias, Robert —dijo ella, y las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas—, por fin siento que tengo un propósito.

Langdon la atrajo hacia sí.

—Siempre has dicho que querías salvar el mundo. Esta es tu oportunidad.

Sienna sonrió ligeramente y se dio la vuelta. Mientras caminaba sola hacia el C-130, pensó en todo lo que había pasado, en todo lo que todavía podía pasar, y en todos los posibles futuros.

«Recuerda esta noche —se repitió—, porque marca el principio de la eternidad».

Mientras subía al avión, confió en que Dante tuviera razón.

104

El pálido sol del atardecer descendía sobre la Piazza del Duomo haciendo relucir el mármol blanco del Campanario de Giotto y proyectando largas sombras en la fachada de la majestuosa catedral de Santa Maria del Fiore.

El funeral de Ignazio Busoni ya había comenzado cuando Robert Langdon entró en la catedral y encontró un asiento. Le hacía ilusión que la vida de Ignazio se homenajeara allí, en la atemporal basílica de la que el mismo Busoni se había ocupado durante tantos años.

A pesar de su vibrante fachada, el interior de la catedral florentina era severo y austero. Aun así, el ascético santuario parecía irradiar un aire de celebración. Funcionarios del gobierno, amigos y colegas del mundo del arte habían acudido a la iglesia para recordar al enorme y jovial hombre a quien cariñosamente llamaban Duomino.

Los medios de comunicación informaron de que Busoni había fallecido mientras hacía lo que más le gustaba: dar un paseo nocturno alrededor del Duomo.

El tono del funeral era muy animado y amigos y familia hacían comentarios humorísticos. Un colega recordó que, según había reconocido el mismo Busoni, su amor por el arte renacentista solo era equiparable al que sentía por los espaguetis a la boloñesa y el *budino* con caramelo.

Después del servicio, mientras los asistentes al funeral charlaban entre sí y recordaban anécdotas de la vida de Ignazio, Langdon deambuló por el interior del Duomo y admiró las magníficas obras de arte que Busoni tanto adoraba: *El juicio final* de Vasari bajo la cúpula, los vitrales de Donatello y Ghiberti, el reloj de Uccello o el mosaico que adornaba el suelo y que tanta gente pasaba por alto.

En un momento dado, Langdon se encontró ante un rostro

familiar: el de Dante Alighieri. En el legendario fresco de Michelino, el gran poeta permanecía de pie delante del monte Purgatorio y sostenía en las manos su obra maestra, la *Divina Comedia*, como si la ofreciera humildemente.

Langdon no pudo evitar preguntarse qué habría pensado Dante del efecto que su poema épico tendría en el mundo siglos más tarde, en un acontecimiento que el poeta florentino no podría siquiera haber imaginado.

«Encontró la vida eterna —pensó Langdon, recordando la idea de la fama de los primeros filósofos griegos—. Mientras sigan mencionando tu nombre, nunca morirás».

Acababa de caer la noche cuando Langdon atravesó la Piazza Sant'Elisabetta de regreso al elegante Hotel Brunelleschi. Cuando llegó a su habitación, sintió un gran alivio al encontrar un paquete esperándole.

Al fin, el envío ha llegado.

«El paquete que le pedí a Sinskey».

Langdon se apresuró a cortar la cinta adhesiva y sacó con cuidado su preciado contenido. Se tranquilizó al comprobar que había sido empaquetado meticulosamente y envuelto en plástico con burbujas.

Para su sorpresa, sin embargo, la caja contenía unos objetos adicionales. Al parecer, Elizabeth Sinskey había utilizado su sustancial influencia para recuperar más cosas de las que él había pedido. La caja contenía toda su ropa —camisa con cuello de botones, pantalones de pinzas y la chaqueta de *tweed* Harris— limpia y planchada. Incluso sus mocasines de cordobán estaban ahí, recién abrillantados, así como su cartera.

Fue el descubrimiento de un último objeto, sin embargo, lo que le hizo soltar una risa ahogada. Su reacción se debió en parte al alivio por haberlo recuperado, pero también a la ridiculez de que le importara tanto.

«Mi reloj de Mickey Mouse».

Se puso enseguida la pieza de coleccionista en la muñeca. El tacto de la gastada correa de cuero contra la piel le hizo sentir extrañamente seguro. Una vez vestido con su ropa y con los mocasines calzados, Robert Langdon ya casi se sentía él mismo de nuevo.

Salió del hotel con un delicado paquete en una bolsa de tela del Hotel Brunelleschi que había tomado prestada en recepción. La noche era inusualmente cálida, lo cual confería una sensación todavía más onírica a su paseo por la Via dei Calzaiuoli en dirección a la alta torre del Palazzo Vecchio.

Al llegar, los guardias de seguridad apuntaron en el registro que venía a ver a Marta Álvarez y le indicaron que fuera al Salón de los Quinientos, a esas horas todavía repleto de turistas. Había llegado justo a tiempo y esperaba que Marta lo recibiera en la entrada, pero no la encontró en ninguna parte.

Preguntó a un guía que pasaba por ahí.

—*Scusi. Dove posso trovare Marta Álvarez?*

En el rostro del guía se dibujó una amplia sonrisa.

—*Signorina Álvarez?!* ¡Ella no está aquí! ¡Ella tuvo un bebé! ¡Catalina! *Molto bella!*

Langdon se alegró de la buena noticia.

—*Ahhh… che bello!* —respondió—. *Stupendo!*

Mientras el guía se alejaba, Langdon se preguntó qué debía hacer con el paquete que llevaba.

Tras tomar rápidamente una decisión, cruzó el abarrotado Salón de los Quinientos y, procurando mantenerse fuera de la vista de los guardias de seguridad, pasó por debajo del mural de Vasari en dirección al museo del *palazzo*.

Al fin, llegó al estrecho *andito*. El pasadizo estaba oscuro y la entrada, cerrada con unos cordones de seguridad y un letrero: CHIUSO-CERRADO.

Tras asegurarse de que nadie lo veía, Langdon pasó por encima del cordón. Una vez dentro, sacó con cuidado el delicado paquete que llevaba en la bolsa y retiró el plástico de burbujas.

Ya sin el envoltorio, la máscara de Dante lo volvió a mirar fijamente. El frágil yeso seguía en su bolsa de plástico transparente. Langdon había pedido que la fueran a recoger a las taquillas de la estación de tren de Venecia. Parecía estar en perfectas condiciones con una pequeña excepción: el añadido de un poema que dibujaba una elegante espiral en la parte posterior.

Langdon echó un vistazo a la antigua vitrina. «La máscara de Dante se exhibe de frente, nadie se dará cuenta».

Sacó la máscara de la bolsa de plástico transparente y, con

mucho cuidado, la volvió a colocar en su gancho. Por fin volvía a descansar en su decorado de terciopelo rojo.

El profesor cerró la vitrina y se quedó un momento mirando el pálido rostro de Dante; una fantasmal presencia en la oscura estancia. «Al fin en casa».

Antes de salir, retiró sin que nadie lo viera el cordón de seguridad y el letrero de la entrada. Luego cruzó la galería y se acercó a una joven guía.

—*Signorina?* —le dijo—. Las luces que iluminan la máscara mortuoria de Dante deberían estar encendidas. Es muy difícil verla a oscuras.

—Lo siento —respondió la joven—, pero esa sala está cerrada. La máscara mortuoria de Dante ya no está aquí.

—Qué raro —Langdon fingió sorpresa—. La acabo de ver.

Confundida, la mujer fue corriendo al *andito* y Langdon aprovechó para salir discretamente del museo.

EPÍLOGO

A treinta y cuatro mil pies de altura sobre la oscura extensión del golfo de Vizcaya, el vuelo nocturno de Alitalia a Boston se dirigía hacia el oeste bajo la luz de la luna.

A bordo, Robert Langdon leía con fruición una edición de bolsillo de la *Divina Comedia*. La cadencia de la *terza rima* del poema, junto con el zumbido de los motores del avión, le habían transportado a un estado casi hipnótico. Las palabras de Dante parecían fluir por la página y resonaban en su corazón como si hubieran sido escritas específicamente para él en ese mismo momento.

El poema de Dante, advirtió entonces Langdon, no trataba tanto del sufrimiento del infierno como del poder del alma humana para afrontar cualquier desafío, por amedrentador que fuera.

Por la ventanilla podía admirar la deslumbrante luna, cuya luz impedía ver cualquier otro cuerpo celeste. Absorto en sus pensamientos, Langdon se puso a darle vueltas a todo lo que había ocurrido esos últimos días.

«Los lugares más oscuros del infierno están reservados para aquellos que mantienen su neutralidad en épocas de crisis moral». Para Langdon, el significado de esas palabras nunca había estado más claro: «En tiempos peligrosos, no hay mayor pecado que la pasividad».

Era consciente de que él mismo, como tantos otros millones de personas, era culpable de ello. En lo que respectaba a las circunstancias del mundo, la negación de la realidad se había convertido en una pandemia global. Langdon se prometió a sí mismo que no lo olvidaría.

Mientras el avión surcaba el cielo en dirección al oeste, pensó en las dos valientes mujeres que estaban ahora en Ginebra, tomando decisiones sobre el futuro y analizando las complejidades de un

mundo que había cambiado.

Por la ventanilla vio que un banco de nubes aparecía en el horizonte y cruzaba lentamente el cielo hasta llegar a la altura de la luna y tapar su radiante luz.

Robert Langdon se recostó entonces en el asiento con la intención de ponerse a dormir.

Apagó la luz del panel superior y miró una última vez el cielo. Al caer de nuevo la oscuridad, el mundo se había transformado. El cielo era ahora un reluciente tapiz de estrellas.

AGRADECIMIENTOS

Mis más humildes y sinceras gracias a:

Como siempre, en primer lugar, mi editor y buen amigo, Jason Kaufman, por su dedicación y talento… pero, sobre todo, por su inagotable buen humor.

Mi extraordinaria esposa, Blythe, por su amor y su paciencia durante el proceso de escritura, también por su gran instinto y franqueza como editora en la línea del frente.

Mi incansable agente y querida amiga Heide Lange, por llevar a buen puerto y con gran pericia más conversaciones, en más países, y sobre más temas de lo que yo sabré nunca. Le agradezco eternamente su talento y su energía.

Todo el equipo de Doubleday, por el entusiasmo, la creatividad y el esfuerzo que dedican a mis libros. Y gracias de manera muy especial a Suzanne Herz (por desempeñar tantas tareas… y todas tan bien), Bill Thomas, Michael Windsor, Judy Jacoby, Joe Gallagher, Rob Bloom, Nora Reichard, Beth Meister, Maria Carella, Lorraine Hyland, y también el inagotable apoyo de Sonny Mehta, Tony Chirico, Kathy Trager, Anne Messitte y Markus Dohle. A la increíble gente del departamento de ventas de Random House…, no tienen rival.

Mi sabio consejero Michael Rudell, por su atinado instinto sobre todos los asuntos, grandes y pequeños, y también por su amistad.

Mi irreemplazable asistente Susan Morehouse, por su gracia y vitalidad, sin ella todo se convertiría en un caos.

Todos mis amigos de Transworld, en particular Bill Scott-Kerr, por su creatividad, su apoyo y su buen humor, y también a Gail Rebuck, por su magnífico liderazgo.

Mi editorial italiana, Mondadori, y en especial Ricky Cavallero, Piera Cusani, Giovanni Dutto, Antonio Franchini, y Claudia Scheu; y mi editorial turca, Altin Kitaplar, en particular Oya Alpar, Erden

Heper, y Batu Bozkurt, por los servicios especiales que me han proporcionado en relación con algunas localizaciones de este libro.

Mis excepcionales editores en todo el mundo por su pasión, duro trabajo y entrega.

Por su impecable gestión de las instalaciones de Londres y Milán donde se han realizado las traducciones de la obra, León Romero-Montalvo y Luciano Guglielmi.

La brillante doctora Marta Álvarez González, por pasar tanto tiempo con nosotros en Florencia y hacer que el arte y la arquitectura de la ciudad cobraran vida.

El incomparable Maurizio Pimponi, por todo lo que hizo para mejorar nuestra estancia en Italia.

Todos los historiadores, guías y especialistas que generosamente pasaron tiempo conmigo en Florencia y en Venecia compartiendo sus conocimientos: Giovanna Rao y Eugenia Antonucci en la Biblioteca Medica Laurenziana; Serena Pini y el personal del Palazzo Vecchio; Giovanna Giusti en la Galería de los Uffizi; Barbara Fedeli en el Baptisterio y el Duomo; Ettore Vio y Massimo Bisson en la basílica de San Marcos; Giorgio Tagliaferro en el Palacio Ducal; Isabella di Lenardo, Elizabeth Caroll Consavari y Elena Svalduz por todo Venecia; Annalisa Bruni y el personal de la Biblioteca Nazionale Marciana; y a muchos otros que me olvido de mencionar en esta lista abreviada, mis más sinceras gracias.

Rachael Dillon Fried y Stephanie Delman, de Sanford J. Greenburger Associates, por todo lo que hacen aquí y en el extranjero.

Las excepcionales mentes de los doctores George Abraham, John Treanor y Bob Helm por sus conocimientos científicos.

Mis primeros lectores, que me proporcionaron perspectiva a lo largo del camino: Greg Brown, Dick y Connie Brown, Rebecca Kaufman, Jerry y Olivia Kaufman y John Chaffee.

El experto en internet Alex Cannon, quien, junto con el equipo de Sanborn Media Factory, mantiene las cosas en funcionamiento en la red.

Judd y Kathy Gregg, por proporcionarme un tranquilo santuario en Green Gables donde escribí los últimos capítulos del libro.

Los excelentes recursos en línea Dante Project de Princeton, Digital Dante de la Universidad de Columbia y World of Dante.

NOTAS

[1] Los dos últimos organismos son, respectivamente y en sus siglas en inglés: Centros para el Control y Prevención de Enfermedades, y Centro Europeo para la Prevención y Control de Enfermedades. (N. del t). < <

ÍNDICE DE CONTENIDO